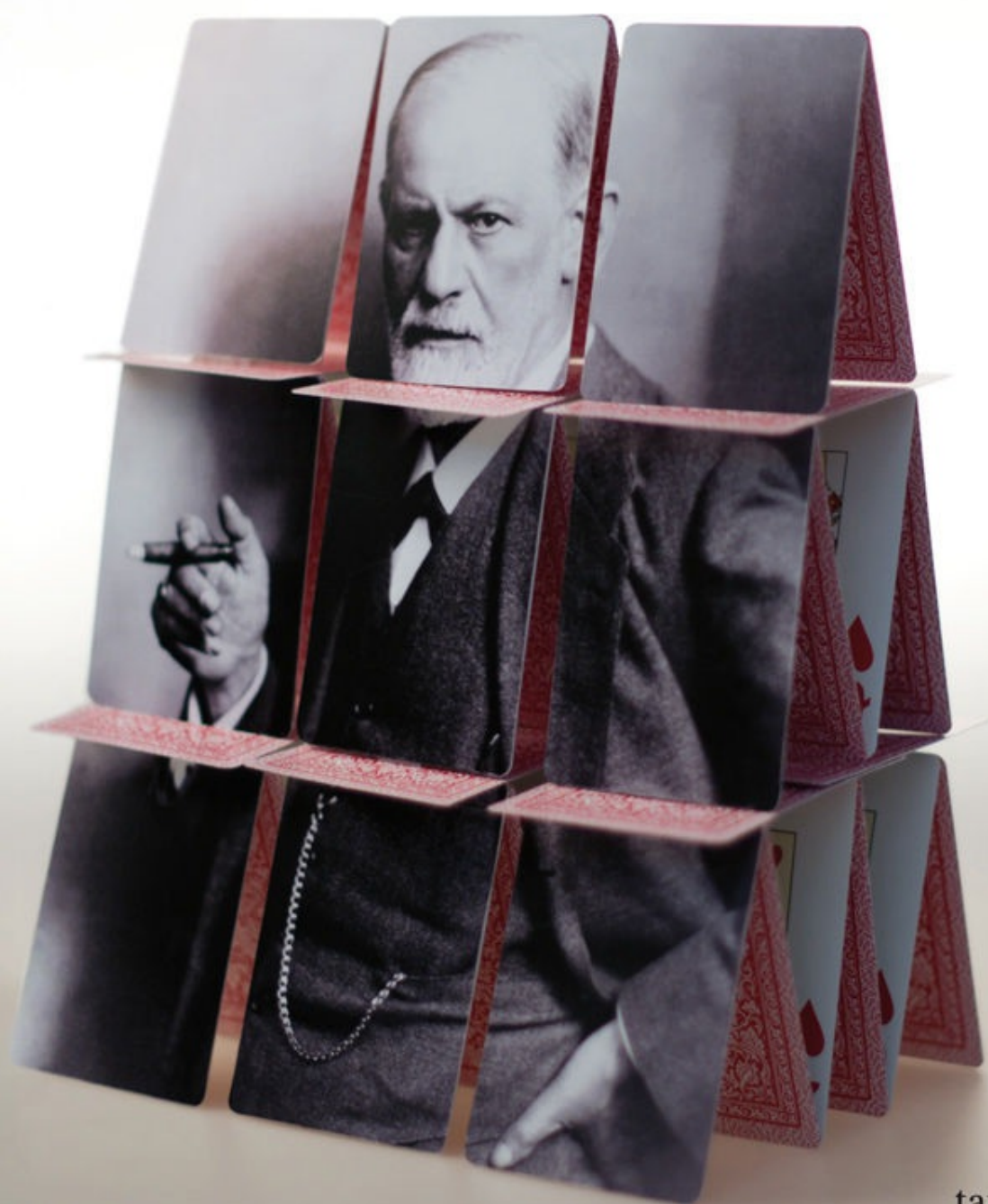


MICHEL
ONFRAY

**FREUD. EL CREPÚSCULO
DE UN ÍDOLO**



MICHEL ONFRAY

FREUD

EL CREPÚSCULO DE UN ÍDOLO

Traducción de Horacio Pons

TAURUS

PENSAMIENTO

Lo que nos mueve a dirigir a los filósofos, en su conjunto, una mirada en la que sólo se mezclan desconfianza y burla, no es tanto descubrir en todo momento qué inocentes son, cuántas veces y con qué facilidad se engañan y se extravían; en suma, cuánta puerilidad, cuánto infantilismo muestran, sino ver con qué falta de sinceridad elevan un concierto unánime de virtuosas y ruidosas protestas tan pronto se toca, por mínimo que sea, el problema de su sinceridad. Todos hacen como si hubieran descubierto y conquistado sus propias opiniones mediante el ejercicio espontáneo de una dialéctica pura, fría y divinamente impasible (a diferencia de los místicos de todo tipo, que, más honestos y palurdos, hablan de su “inspiración”), cuando lo que defienden por razones inventadas a posteriori es las más de las veces una afirmación arbitraria, un antojo, una “intuición” y, con mayor frecuencia aún, un deseo muypreciado pero depurado y cuidadosamente pasado por el tamiz. Son todos, mal que les pese, los abogados y a menudo hasta los astutos defensores de sus prejuicios, que ellos llaman “verdades”.

FRIEDRICH NIETZSCHE, *Más allá del bien y del mal*,
primera parte, § 5

A Diógenes de Sínope

Fabulación (n. f., retomado a mediados del siglo XX con un nuevo sentido):
Manera caprichosa y hasta mentirosa de presentar o transmitir hechos.

PIERRE GILBERT, *Dictionnaire des mots contemporains*, París: Robert, 1980, col. “Les
Usuels du Robert”

PREFACIO

EL SALÓN DE POSTALES FREUDIANAS

Conocí a Freud en el mercado de la subprefectura de Argentan (Orne), cuando tenía unos quince años. El hombre había asumido la apariencia de una figura de papel que firmaba los títulos de obras ajadas, compradas por unas monedas en el puesto de una librera de lance que, probablemente sin saberlo, fue el genio bueno de mis años de adolescente triste. Me acuerdo como si fuera ayer de la compra de *Tres ensayos de teoría sexual*, con la cubierta negra y violeta del libro de bolsillo de la colección “Idées” de Gallimard; tengo todavía el precioso volumen con el precio indicado en lápiz en la primera página.

Entre el puesto de los sostenes y las fajas de color carne, armazones blindadas de tela de lona destinadas a las corpulentas granjeras que acudían a hacer la compra, y el del ferretero que vendía bagatelas de hojalata a los maridos directamente salidos de un relato de Maupassant, esa señora de pelo corto, desaparecida desde entonces de la faz de la Tierra, me vendía casi por nada una gran cantidad de libros que yo leía con avidez, en el desorden y el caos de un alma hambrienta de luces.

Yo salía, en efecto, de cuatro años pasados en un orfanato de sacerdotes salesianos, pedófilos algunos de ellos, y los libros ya me habían salvado de ese infierno en el que no se sabía si, a la mañana siguiente, no se habría bajado un escalón más hacia la infamia. Viví en esa hoguera de vicio entre los diez y los catorce años, la edad de mi regreso a la vida. Entre dos clases de mi primer año en el liceo, 1973, pasaba pues por el mercado y aprovisionaba mi cartera de poetas y escritores, biografías y sociología, psicología y filosofía.

Descubría en esos años los *Manifiestos del surrealismo* de André Breton y me entusiasmaba con la escritura automática, el ejercicio del cadáver exquisito, la poesía en la calle, la prosa jubilosa y el espíritu libertario de los artistas. Rimbaud me imponía su ley, también Baudelaire, y los surrealistas de vidas quemadas me permitían encender mis promesas vacilantes en sus volcanes incandescentes.

En las bolsas de libros comprados y revendidos para comprar otros hallé tres pepitas dispersas: Nietzsche, Marx y Freud. Estaba muy lejos de imaginar que un tal Michel Foucault había transformado el nombre de esos tres pensadores en el título de una conferencia pronunciada en Royaumont en 1964, durante un coloquio “Nietzsche”. Me encontraba a años luz de saber que, bajo esa magnífica triangulación, se ocultaba una inmensa promesa de fuegos filosóficos contemporáneos. Me movía ciego en un mundo de señales ya titilantes.

En un revoltijo de libros, algunos de ellos francamente malos, hubo pues tres flechazos filosóficos: *El Anticristo* de Nietzsche, el *Manifiesto del Partido Comunista* de Marx y los *Tres ensayos sobre teoría sexual* de Freud. Esos tres relámpagos en el cielo oscuro de mis años de posorfanato alumbraron un fervor en el cual sigo

viviendo. El primer libro me enseñaba que el cristianismo no era una fatalidad, que había habido una vida antes de él y que podríamos muy bien acelerar el movimiento para la venida de una vida posterior; el segundo me enseñaba que el capitalismo no era el horizonte insuperable de nuestra humanidad y que existía un bello nombre, socialismo, para imaginar otro mundo, y el tercero me hacía descubrir que la sexualidad podía pensarse en la claridad luminosa de una anatomía amoral, sin desvelos con Dios o el diablo, sin amenazas, sin miedos, sin los temores asociados al aparato represivo de la moral cristiana. A los quince o dieciséis años, yo contaba con una considerable reserva de dinamita para hacer saltar en pedazos la moral católica, socavar la maquinaria capitalista y volatilizar la moral sexual represiva judeocristiana. ¡Ya tenía provisiones suficientes para una fiesta filosófica, y muy larga!

Comprendí entonces que la filosofía es ante todo un arte de pensar la vida y vivir nuestro pensamiento, una verdad práctica para guiar nuestra barca existencial. Vista desde ese prisma, la disciplina degrada en este pequeño mundo todo lo que no vive más que de teoricismos, entreglosas, comentarios, parloteos eruditos, minucias. El niño que ha sentido en el cuello el aliento de la bestia cristiana; aquel que ha conocido la miseria de una familia en la cual el padre, obrero agrícola, y la madre, doméstica, trabajaban duro sin poder asegurar otra cosa que la supervivencia de la casa; aquel que ha debido contar en el confesionario toda su vida sexual, la de cualquier persona de esa edad, y a quien se le ha hecho saber que la masturbación es un viaje directo a las llamas del infierno, ese niño, desde luego, descubre en Nietzsche, Marx y Freud a tres *amigos*...

Júzguese: ¡*El Anticristo* termina, en una página, con la proclamación de una “Ley contra el cristianismo”! Una ganga... Entre los cinco artículos de esa legislación por venir, el primero: “Viciosa es toda especie de contranaturaleza. La especie más viciosa de hombre es el sacerdote: él *enseña* la contranaturaleza. Contra el sacerdote no se tienen razones, se tiene el presidio”. Me habría gustado estrechar la mano de este individuo vigoroso que devuelve la dignidad al niño a quien trataron de arrebatarla. Otra propuesta: ¡arrasar el Vaticano y criar serpientes venenosas en esa tierra arrasada! Otro artículo proclamaba: “La predicación de la castidad es una incitación pública a la contranaturaleza. Todo desprecio de la vida sexual, toda mancilla de ésta con el concepto ‘impuro’ es el auténtico pecado contra el espíritu sano de la vida”. Este hombre, cabe sospecharlo, se convirtió en mi amigo: *ha seguido siéndolo*.

Sentí la misma proximidad con la palabra de Marx, quien, en el *Manifiesto del Partido Comunista*, explica que la historia, desde siempre, tiene por motor la lucha de clases. El pequeño volumen de color naranja de la colección Éditions Sociales se cubría de trazos de lápiz: el balanceo dialéctico entre el hombre libre y el esclavo, el patricio y el plebeyo, el barón y el siervo, el maestro de un gremio y el oficial, el opresor y el oprimido, yo lo leía, sin duda, y sabía visceralmente que era justo, pues lo vivía en mi carne, en la casa de mis padres, donde el salario de miseria apenas bastaba para alimentar la fuerza de trabajo de mi padre, que el mes siguiente debía volver a empezar para asegurar su supervivencia y la de la familia.

Nada de vacaciones, jamás salidas; ningún cine, ni teatros ni conciertos, claro está;

nada de museos, nada de restaurantes, nada de cuartos de baño, un dormitorio para cuatro, retretes en el sótano; nada de libros, por supuesto, salvo un diccionario y una colección de recetas de cocina heredados de los abuelos; pocas invitaciones, dos o tres amigos de mis padres, apenas menos pobres que ellos: yo sabía que Marx decía la verdad, mi padre era empleado de un propietario que tenía una lechería y una casa burguesa en la cual mi madre hacía la limpieza. Yo sabía que allí no llevaban la misma vida que en casa de mis padres, y descubría con Marx que no había ni fatalidad ni maldición en el hecho de que algunos tuvieran todo —si no mucho, al menos demasiado—, mientras que otros no tienen nada, les falta lo necesario y pueden pasar hambre...

Esa lectura hizo de mí un *socialista*, y lo soy hasta hoy. Pronto descubrí la posibilidad de serlo con otros aparte de Marx, sobre todo en compañía de los anarquistas en general y de Proudhon en particular. En el último curso del bachillerato, la lectura de *¿Qué es la propiedad?* me convenció de que el socialismo libertario encarnaba una potencialidad inexplorada, y por lo tanto una riqueza de temible actualidad en un mundo donde el marxismo podía hacer dudar de la excelencia de Marx. Creo todavía en la inmensa fecundidad de Proudhon. Pero no olvido que debo a Marx haber oído por primera vez la pólvora de la política...

¡Y después Freud! Lo descubrí en principio a través de malos libros, cuyo papel en la producción de la leyenda y la propagación de las fábulas o los mitos correspondientes en los estratos menos ilustrados de la sociedad habría que analizar: pienso en el libro de Pierre Daco titulado *Enigmas y triunfos del psicoanálisis*, una publicación asimilable a las propagandas ideológicas en el mundo político. Compré asimismo un *Psychanalyse de l'humour érotique* que brillaba menos por el psicoanálisis que por el humor erótico... Pero descubría esa palabra, *psicoanálisis*, y su olor de azufre me atraía, como el perfume de una cosa prohibida.

La lectura de Freud en directo me pareció más apropiada. La literatura de los discípulos, la producción de glosadores, la edición de numerosos comentarios, cosas abundantes en los anaqueles de mi librería de lance, constituían otras tantas escorias que alejaban del núcleo duro del pensamiento. *Tres ensayos de teoría sexual* fue mi primer libro leído, mi primera conversación con un hombre que parecía hablarme personalmente: los niños tienen una sexualidad, la masturbación representa un momento necesario en la evolución psíquica de un individuo, la ambivalencia en el camino hacia la construcción de una identidad sexual pasa por experiencias homosexuales ocasionales; todo esto iluminaba mi existencia y borraba de un plumazo años de hedor cristiano, alientos aguardentosos y bocas podridas de sacerdotes que, cada semana, detrás de la reja de madera del confesionario, sometían a tormentos a los seiscientos niños que éramos para obtener confesiones de onanismo o de manoseos.

Al reabrir hoy mi ejemplar de Freud, encuentro en el margen una marca en lápiz azul que da testimonio de mi relación íntima, entonces, con ese libro: “Desavenencias entre los padres, su vida conyugal desdichada, condicionan la más grave predisposición a un desarrollo sexual perturbado o a la contracción de una neurosis por parte de los hijos”. ¿Se aprecia alguna vez hasta qué punto las ideas de un filósofo pueden producir efectos sobre la existencia futura de un joven lector? Freud

lavaba con agua lustral años de mugre mental. Su libro borraba una mancha. Esas páginas abolían el eros nocturno en el cual la mayor parte de nosotros nos ahogábamos, nos sofocábamos. Muestran asimismo en qué medida el final de un miedo, la condenación cristiana, no constituye el final de todos los miedos, pues hay también una suerte de castigo de los psiquismos...

Nietzsche, Marx y Freud, por tanto: tres faros en la alta mar azotada por los tormentos de la adolescencia, tres estrellas en una noche que parecía sin fin, tres huellas para salir del infierno. He leído a Nietzsche durante toda mi vida; hoy sonrío al ver en los márgenes los signos que delatan mi alma de entonces: el filósofo misógino por ser incapaz de hablar a las mujeres, el elogio de la fuerza en un ser agotado, la vehemencia de un bondadoso concentrada en aforismos de guerra, el encomio heroico de la vida poética y de las nuevas posibilidades de existencia. Lo comprendo hoy como un maestro de sabiduría existencial que piensa para salvar el pellejo, como todo filósofo digno de ese nombre; en otras palabras, como todo filósofo visceral.

Dejé a Marx por los socialistas libertarios, de preferencia franceses. La dominación de Marx sobre el socialismo internacional; su talento, como el de Freud y los suyos, para imponer su ley a todo el planeta, aunque fuera a costa de las prácticas más deshonorables; su desconsideración hacia cualquier socialismo al margen del suyo, puestos por él en la misma bolsa panfletaria que las extravagancias utópicas más descabelladas; su odio a los campesinos y el mundo agrícola; su elitismo proletario de una vanguardia ilustrada y su aborrecimiento hacia el pueblo amado por Proudhon: todo eso me hizo preferir el socialismo libertario. Pero no olvido que le debo el descubrimiento de este bello mosaico: los *socialismos*.

Mis lecturas salvajes y solitarias, voraces y furiosas, anárquicas e instintivas, se cruzaron durante un tiempo con las lecturas ordenadas y colectivas, escolares y aplicadas, estudiosas y obligatorias de la clase de filosofía. Mi profesor del último curso del bachillerato ponía las cartas sobre la mesa al comienzo del año: destacaba siempre en la última clase de junio el cuaderno mejor cuidado del alumno más aplicado y se valía de él para dictar su curso del año siguiente. Recibimos así una enseñanza impartida según las reglas del arte, durante la cual se deslizaba a veces la gracia de una idea que arrebatava nuestras almas inquietas.

Freud formaba parte, pues, de la lista de autores del programa: un día, el *Boletín oficial* había puesto en conocimiento de quien quisiera enterarse una lista de nociones y autores que, por decisión de la institución, constituían el material básico de la clase de filosofía. La obtención del bachillerato, diploma iniciático, sésamo napoleónico, amuleto social, supone entonces que un alumno prepare una redacción conforme a la razón retórica o elabore un comentario de texto. Entre los extractos propuestos cada año a los examinandos: los textos de Freud...

En una lista pensada por el Ministerio de Educación Nacional, con los inspectores generales y su cohorte de subordinados, con los técnicos ministeriales flanqueados por sus *sherpas*, con los insoslayables de la pedagogía seleccionados por su docilidad y su capacidad para reproducir los engranajes de la sociedad que los ha distinguido, encontramos entonces a Sigmund Freud, entre una cantidad de *filósofos* tomados entre la antigüedad de Platón y la posmodernidad de Foucault, en el caso de la

edición más reciente.

El Freud que yo leía entonces para mi gobierno *también* era, por tanto, el Freud aconsejado por el Ministerio de Educación Nacional de la República Francesa, que considera que este autor, en efecto, forma parte del patrimonio mundial de la filosofía, escogido para ello entre millares de nombres repartidos a lo largo de veinticinco siglos de pensamiento. ¿Cómo no ver en esa elección una garantía de excelencia?

En la lista de libros que debíamos leer, nuestro profesor señalaba: la *República* de Platón, el *Discurso del método* de Descartes, *El contrato social* y el *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres* de Rousseau, los *Fundamentos de la metafísica de las costumbres* de Kant y *Tótem y tabú* y las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* de Freud. Más cerca de nuestros días, *La formación del espíritu científico* de Bachelard. Primera lección de la clase de filosofía: *Freud es un filósofo*, como Platón, Descartes o Rousseau.

Leí, en consecuencia, lo que había que leer. Freud e incluso más que la bibliografía aconsejada: agregué *El chiste y su relación con lo inconsciente*, *La interpretación de los sueños* y los trabajos sobre metapsicología. Por entonces parecía que se podía leer a Marx sin ser marxista, a Spinoza sin ser espinosista o a Platón sin ser platónico. Pero la lectura de Freud no permitía la alternativa de ser o no ser freudiano, porque el psicoanálisis parecía una certeza universal y definitiva. Había sido un progreso decisivo de la naturaleza científica, puesto que, como nadie duda hoy del heliocentrismo, el psicoanálisis no se presentaba como la hipótesis de un hombre, e incluso la ficción de un filósofo, sino como un bien común, una verdad de orden general. Pasaba por ser un descubrimiento, como el de América por Cristóbal Colón: la disciplina daba razón de la totalidad del mundo hasta el más mínimo de sus detalles; además, era una terapia que asistía, por cierto, pero también *curaba*: ¡Freud lo decía y lo escribía y lo mismo hacían sus discípulos, y con ellos tantos otros autores serios! La institución lo consentía, la edición también; si restituía esas certezas admirables, uno aprobaba y obtenía el bachillerato...

Ingresé a la Universidad de Caen en octubre de 1976, a los diecisiete años. Tuve un flechazo filosófico durante el curso de mi viejo maestro Lucien Jerphagnon consagrado a Lucrecio: descubrí con él un mundo entero, la filosofía antigua, y una obra en particular, *De la naturaleza de las cosas*, que proponía una ética rigurosa, una moral austera, una ascesis hedonista, virtudes sin Dios, un pensamiento materialista y sensualista, una visión del mundo indiferente a los dioses, una sabiduría práctica, una salvación existencial sin muletas teológicas, trascendentes. La virtud sin el diablo y la amenaza de los infiernos o la promesa de un paraíso.

El sistema de unidades de valores (UV) no permitía inscribirse sólo en filosofía. Seguí entonces cursos de historia del arte y arqueología antigua y luego de historia antigua, y ello para profundizar más en el mundo de la Antigüedad, que me fascinaba. En el Instituto de Filosofía, un joven docente marxista leninista vituperaba el psicoanálisis, ciencia burguesa. Asistí a sus clases durante un año. Luego de las vacaciones de verano, volvió convertido al lacanismo. El año fue duro para los izquierdistas zurrados con la fusta lacaniana, a lo cual el joven profesor agregaba una cucharada de Sade y una pizca de Bataille, esos subversivos de confesionario... Hoy,

pasado al bando de san Pablo, el reciente convertido pondera los méritos de su nueva secta y la acompaña con una salsa fenomenológica... El Lucrecio que invita a su lector a no temer a los dioses me había vacunado contra las genuflexiones lacanianas.

En 1979 me inscribí en una UV de psicoanálisis. El salón estaba lleno hasta los topos. El profesor dictaba dos horas por semana, antes de llegar a un arreglo con un viejo estalinista, miembro del Comité Central del Partido Comunista Francés, para alternarse con él y no ir más que una vez cada quince días, cuando daba clase durante cuatro horas seguidas: ¡uno enseñaba los grandes conceptos del psicoanálisis, y otro, el genio de Marx y la indigencia de Proudhon! El comunista se olvidaba cada dos por tres de ir a dar la clase, y cuando iba, dedicaba parte de su tiempo a hacer fotocopias y otra a las pausas para fumar, y luego se marchaba antes de hora porque no quería perder el último tren...

La clase de psicoanálisis estaba bien organizada: se proponían los conceptos esenciales de la disciplina y se examinaba su funcionamiento en los análisis presentados por Freud en sus cinco casos más célebres, reunidos en un volumen titulado *Cinq psychanalyses*. En consecuencia, pasamos el año con Dora, el pequeño Hans, el Hombre de los Lobos, el Hombre de las Ratas y el presidente Schreber, otros tantos personajes conceptuales útiles para abordar la histeria, la fobia, la neurosis infantil, la neurosis obsesiva y la paranoia. Freud afirmaba haber atendido y curado a esas personas ocultas detrás de nombres de fantasía; la cosa estaba dicha, escrita, publicada por editoriales respetables, se enseñaba en todos los cursos de filosofía de Francia y Navarra, servía como verdad revelada para aprobar el bachillerato e incluso se profesaba en el marco oficial de la universidad; con ella se podían conseguir diplomas, en este caso una licenciatura en filosofía...

En esa época, además de los análisis de los cinco casos en cuestión, leí *El malestar en la cultura*, *Psicopatología de la vida cotidiana* y *El porvenir de una ilusión*. Luego, *El autoanálisis de Freud*, el monumental trabajo de tesis de Didier Anzieu. De modo que había explorado más o menos dos mil quinientas páginas de Freud cuando, ya profesor de filosofía en un liceo técnico, yo también comencé a enseñar el programa de la disciplina que seguía incluyéndolo. En veinte años de docencia, me tocó corregir más de una vez comentarios de textos de Freud en el examen final del bachillerato.

¿Cómo no abordar cuestiones como “la Conciencia”, noción incluida en el programa, sin pasar por el psicoanálisis y exponer en clase el inconsciente freudiano? ¿O bien “la Razón”, “la Naturaleza”, “la Historia” y otros ídolos mayúsculos constitutivos del programa oficial, y silenciar las tesis psicoanalíticas? ¿Qué podría haber justificado que yo quitara de en medio a Freud, el freudismo, el psicoanálisis, en un curso de filosofía que me pedían hacer y por el cual el Estado me pagaba? El mundo de la edición seria, el Ministerio de Educación Nacional y su programa oficial de último año de secundaria, la enseñanza de la disciplina en la universidad, la prescripción freudiana en el bachillerato: nada permitía dudar de la validez científica del psicoanálisis.

Durante veinte años, por consiguiente, enseñé en mis clases de filosofía lo que había aprendido concienzudamente: la evolución sexual de los niños del estadio oral al estadio genital, a través del estadio sádico anal; las fijaciones y traumas capaces de

aparecer a lo largo de ese desarrollo; el inevitable complejo de Edipo; la etiología sexual de las neurosis; las dos tópicas del aparato psíquico y las relaciones entre represión y sublimación. Pero también: la técnica del diván; la toma de conciencia sobre la represión y la desaparición de los síntomas, y las modalidades de la cura. Daba mis clases de la misma manera que cuando enseñaba la naturaleza naturada y la naturaleza naturante de Spinoza o la famosa alegoría de la caverna en Platón...

Ahora bien, mis alumnos no lo entendían así, porque una clase sobre el imperativo categórico kantiano o el superhombre nietzscheano jamás producía tantos efectos como las consagradas al psicoanálisis. Cuando yo abordaba la constitución de la identidad homosexual o las modalidades de la relación edípica, la conexión entre trauma infantil y perturbación de la libido, la necesidad del paso de la zona clitoridiana a la zona vaginal para hacer posible una sexualidad femenina digna de ese nombre, la cuestión de las llamadas perversiones, la resistencia al discurso psicoanalítico como signo de la necesidad de tenderse en un diván, no impartía una lección sobre las nociones vagas de un corpus doctrinal aconsejado por el Ministerio, sino sobre los fragmentos biográficos y existenciales de cada uno de mis alumnos. El psicoanálisis enseñado *en la teoría* terminaba por ser *en concreto* su psicoanálisis, el análisis de su psique de jóvenes, tanto hombres como mujeres. Yo sabía que en ese pensamiento había una suerte de hechicería que era menester manejar con infinitas precauciones. La posibilidad de convertirse en terapeuta y por lo tanto mago, y por lo tanto hechicero, y por lo tanto gurú, me hacía correr frío por la espalda: se nos pedía que enseñáramos una materia eminentemente combustible a almas inflamables. Con esa experiencia llegué a tocar en parte el peligroso poder de los psicoanalistas. Desarrollé entonces una desconfianza instintiva y visceral con respecto a su casta sacerdotal y su poder de prestes...

Con la ayuda del programa, encontrábamos espacios filosóficos menos mágicos, menos perturbadores, más serenos: la articulación entre el estado de naturaleza y la necesidad de un contrato social en Rousseau, y la diferencia entre los deseos naturales y necesarios y los deseos naturales y no necesarios en Epicuro, generaban menos turbulencias... Freud había aparecido en la vida de mis alumnos, desaparecía, reaparecía bajo la forma de texto que comentar, volvía a desaparecer una vez el título de bachiller estaba en el bolsillo; seguía siendo lo que había sublevado, rozado, tocado su alma frágil. Nunca abordé esas tierras ocultas sin el temor de arrojar a identidades en proceso de formación al lado sombrío de un mundo mágico, bastante irracional, perturbador y muy tentador para temperamentos en vías de construcción...

Suscribí, pues, lo que llamaré postales freudianas. ¿Qué es una postal en filosofía? Un cliché obtenido por simplificación a ultranza, un icono emparentado con una imagen piadosa, una fotografía simple, eficaz, que se propone decir la verdad de un lugar o un momento a partir de una puesta en escena, un recorte, un encuadre arbitrariamente efectuado en una totalidad viva mutilada. Una postal es el fragmento seco de una realidad húmeda, una representación escenográfica que disimula los bastidores, un pedazo del mundo liofilizado y presentado bajo sus mejores galas, un animal disecado, un simulacro.

La tarjeta postal reúne todo un mundo complejo en una viñeta simple: ¿qué hace en filosofía? Propone atajos, resúmenes, compendios, sea bajo una forma anecdótica —

la cratera de la cicuta socrática, el ánfora cínica, el índice platónico alzado hacia el cielo, el dedo aristotélico que señala el suelo, si no Cristo en la cruz—, sea bajo una forma teórica: el “conócete a ti mismo” de Sócrates, la vida según la naturaleza de Diógenes, el mundo inteligible de Platón, etcétera. Freud no escapa del exhibidor filosófico.

Son muchas las personas para quienes la postal freudiana es suficiente. Contadas, las que procuran aprehender el movimiento de conjunto de ese pensamiento leyendo la obra completa para descubrir en ella la dialéctica de una visión del mundo global. El curso de filosofía en el último año del bachillerato y el anfiteatro de la universidad actúan como máquinas de fabricar postales: ponen la mira en algunos clichés fáciles de enseñar, simples de comentar, elementales para la difusión de un “pensamiento”. La glosa y la entreglosa universitarias producen postales de postales, reproducen los clichés en cantidad considerable y gran escala y a lo largo de mucho tiempo.

¿Cuáles son esas postales freudianas? Selecciono diez ejemplares para este exhibidor, pero podría hacer una lista más grande.

POSTAL NÚM. 1

Freud descubrió el *inconsciente* por sí solo con la ayuda de un *autoanálisis* extremadamente audaz y valeroso.

POSTAL NÚM. 2

El *lapsus*, el *acto fallido*, el *chiste*, el *olvido de nombres propios* y la *equivocación* dan testimonio de una *psicopatología* por medio de la cual se accede al inconsciente.

POSTAL NÚM. 3

El *sueño* es interpretable: en cuanto expresión disfrazada de un *deseo reprimido*, es la vía regia que lleva al inconsciente.

POSTAL NÚM. 4

El *psicoanálisis* procede de observaciones clínicas: pertenece al ámbito de la ciencia.

POSTAL NÚM. 5

Freud descubrió una técnica que, a través de la *cura* y el *diván*, permite atender y curar las psicopatologías.

POSTAL NÚM. 6

La toma de conciencia de una *represión*, alcanzada durante el *análisis*, acarrea la desaparición del *síntoma*.

POSTAL NÚM. 7

El *complejo de Edipo*, en virtud del cual el niño siente deseos sexuales por el progenitor del sexo opuesto y considera al progenitor de su mismo sexo como un rival a quien es preciso matar simbólicamente, es universal.

POSTAL NÚM. 8

La *resistencia* al psicoanálisis demuestra la existencia de una *neurosis* en el sujeto reacio.

POSTAL NÚM. 9

El psicoanálisis es una disciplina emancipadora.

POSTAL NÚM. 10

Freud encarna la permanencia de la racionalidad crítica emblemática de la filosofía de la Ilustración.

Éstas son, pues, las postales con las que se conforma el corpus enseñado por los profesores en el liceo o las universidades. Estos clichés son repetidos a coro por la mayor parte de las élites intelectuales, relevadas por la maquinaria ideológica que, con trazo cada vez más grueso a medida que se descende hacia el gran público, termina por constituir una vulgata que cabe en la mano de un niño, del tipo: “Con el psicoanálisis como teoría, Freud accede definitivamente a los mecanismos de la psique humana, en la cual la libido es ley en general, y el complejo de Edipo lo es en particular... Con el psicoanálisis como práctica, Freud perfeccionó una técnica que atiende y cura las psicopatologías”. Ahora bien, estas postales reproducen clichés en el segundo sentido del término, a saber: errores convertidos en verdades a fuerza de repeticiones, reiteraciones, redundancias de esos ritornelos ensordecedores.

En 2006 reflexioné sobre el lugar de Freud en mi *Contrahistoria de la filosofía*. Desde 2002, acompañado por algunos amigos, enseñé, en ese ámbito alternativo creado por mi iniciativa que es la Universidad Popular [UP], una historia de la filosofía olvidada, dominada por la historiografía dominante que es idealista, espiritualista, dualista y, en resumidas cuentas, cristiana, por compartir muchas de sus premisas con la religión dominante en Europa. Es imposible escribir la historia de veinticinco siglos de filosofía marginal, minoritaria, sin considerar la cuestión del freudismo.

En ese lugar, no enseñé lo que otros profesan —muy bien, por lo demás—, porque consagro seminarios bien a pensadores olvidados (de Antifonte de Atenas a Robert Owen, a través de Carpócrates o Bentivenga de Gubbio, entre otros), bien a pensadores conocidos, pero con un ángulo de ataque inédito (la comunidad política hedonista de Epicuro en el Jardín, la dicción de los *Ensayos* que Montaigne no escribió sino habló, la propuesta de una sabiduría existencial nietzscheana por medio de la construcción del superhombre, etcétera). En el caso de Freud, nos encontramos desde luego en el segundo caso. A priori, sobre la sola base de mis lecturas pasadas, me proponía leerlo como un *filósofo vitalista* que elabora su teoría en el linaje de Schopenhauer y Nietzsche, pensadores que lo marcaron a tal punto que él negaba toda influencia con una vehemencia sospechosa. Una relectura de los trabajos de metapsicología y de *Más allá del principio de placer* me confirmó en esta hipótesis de un Freud pensador vitalista.

Para preparar mis cursos en la UP, recurro a un método muy simple: la lectura de la obra completa *in extenso*, pues la mayoría de las postales proceden de cierta

holgazanería intelectual. ¿Por qué trabajar la obra íntegra si podemos conformarnos, para asegurar nuestro salario de funcionarios o cumplir con el contrato editorial —si no garantizamos la existencia en el pequeño coto privado intelectual—, con repetir todo el tiempo la vulgata? ¿Cómo se justificaría una cantidad considerable de esfuerzo si se puede alcanzar el pequeño efecto buscado con muy poco trabajo?

En consecuencia, compré la edición de las obras completas de Freud publicada por Presses Universitaires de France y las leí concienzudamente en orden cronológico. Exploré la correspondencia, esencial para presenciar el trabajo entre bastidores. Agregué las biografías, útiles para ordenar y ligar el conjunto, así como para contextualizar las producciones intelectuales en la vida de la persona, de su familia, de su época, de su tiempo. Jamás me adherí a la lectura estructuralista, que celebra la religión del texto sin contexto y aborda la página a la manera de un pergamino redactado por un puro espíritu.

Escribo una *historia nietzscheana de la filosofía* con la preocupación siempre puesta en el discurso del método que constituye a mi juicio el prefacio de *La gaya ciencia*. Lo he citado a menudo; permítaseme remitir otra vez a él, al menos a estas frases extraídas de una larga y magnífica exposición: “El disfraz inconsciente de las necesidades fisiológicas, bajo el pretexto de la objetividad, de la idea, de la pura intelectualidad, es capaz de tomar proporciones pavorosas, y más de una vez me he preguntado si, a fin de cuentas, la filosofía no habrá consistido decididamente en una exégesis del cuerpo y un malentendido del cuerpo”.

Propongo aquí, pues, una *historia nietzscheana de Freud, del freudismo y del psicoanálisis*: la historia del disfraz freudiano de ese *inconsciente* (la pluma de Nietzsche escribe la palabra...) como doctrina; la transformación de los instintos y las necesidades fisiológicas de un hombre en doctrina que sedujo a una civilización; los mecanismos de la fabulación que permitieron a Freud presentar objetiva, científicamente, el contenido muy subjetivo de su propia autobiografía: en pocas palabras, propongo aquí el esbozo de una exégesis del cuerpo freudiano...

El público de la UP, a veces más de mil personas, está constituido por individuos a menudo muy sagaces. Cada clase es de dos horas, una primera en cuyo transcurso hago una exposición —que me exige más o menos unas treinta horas de trabajo—, y la segunda, durante la cual respondo a las preguntas, a todas las preguntas, y lo hago en directo, sin red. Como es obvio, algunas de ellas son preparadas, enteradas y especializadas, a veces al extremo de parecer una trampa, lo cual me regocija: uno no se expone filosóficamente en escena sin haber trabajado, y, si ha realizado la labor necesaria, no hay nada que temer.

Es preciso por tanto haber trabajado todos los expedientes, y en detalle. Ésa es la razón por la cual, en previsión de la intervención de adversarios del psicoanálisis, he leído las obras de los historiadores críticos. Me aplicaba a la tarea con ideas falsas en la cabeza, originadas en la lectura de historiadores del psicoanálisis presuntamente honestos y que, en algunas revistas dignas de fe —eso suponía—, habían publicado reseñas que yo imaginaba serias. Esos guardianes de la leyenda descartaban de un plumazo toda la literatura crítica, que consideraban “revisionista”, antisemita, reaccionaria y con olor a camaradería con la extrema derecha. En la época, yo no había leído pues esos libros presentados como el producto de gente intelectualmente

infrecuenteable.

Ahora puedo decir que los he leído: dicen la verdad... Este descubrimiento suscitó en mí una estupefacción sin límite: ¡ante todo, esos autores no tenían nada de antisemitas, la calificación de “revisionistas” que se les endilgaba era falsa, sus posiciones políticas, si bien podían (tal vez) no ser de izquierda, no hacían de ellos, empero, militantes de la causa extremista de derecha! La designación de “revisionista” se expresa siempre en el cuerpo del texto. A pie de página, una nota señala que, como es obvio, la palabra no tiene nada que ver con los revisionistas que, camaradas de los negacionistas, niegan la existencia de las cámaras de gas... Es cierto. Pero entonces, ¿qué necesidad de utilizar una palabra que, por lo menos, alimenta la ambigüedad o, mucho peor, da a entender que el hecho de oponerse a Freud con argumentos históricos verificables pone a los historiadores críticos del psicoanálisis al lado de quienes niegan la solución final?

Descubría entonces al histérico combatiendo lo histórico en una guerra en la cual, sin lugar a dudas, las *armas racionales del historiador* tienen poco peso frente a la *fe irracional del histérico* que no vacila en recurrir a los más graves insultos (¡la insinuación de complicidad con Hitler!) para desacreditar al adversario, y por ende para evitar un verdadero debate de ideas, un auténtico intercambio de puntos de vista, una confrontación intelectual digna, una discusión calmosamente argumentada: otros tantos procedimientos que suponen la intersubjetividad cultural más elemental...

Sin entrar en el pormenor de los dichos de los historiadores críticos, ¿qué tesis salen de sus plumas? Que Freud mintió mucho, disfrazó, trabajó en su propia leyenda; que destruyó correspondencia, una actividad ardorosamente practicada en vida con sus discípulos y su hija, y luego retomada y desarrollada con mayor amplitud por los suyos hasta el día de hoy; que procuró hacer desaparecer cartas, en especial las de su intercambio con Fliess, que muestran a un Freud adepto a teorías extravagantes, de la numerología al ocultismo pasando por la telepatía; que esos intercambios epistolares fueron expurgados, reescritos de conformidad con la leyenda y difundidos durante años sólo en su versión hagiográfica (una reciente primera edición íntegra, de octubre de 2006, permite en efecto apreciar la extensión de los estragos); que con desprecio de la historia y los historiadores, los turiferarios mantienen un implacable embargo sobre una gran cantidad de archivos, inaccesibles por ello al público y vedados a los investigadores hasta fechas extravagantes como 2057 en ciertos casos, y para terminar, que algunos de esos documentos, no obstante, pueden ser consultados por investigadores de cuyo celo hagiográfico se ha asegurado el comité...

En esos historiadores críticos se constata asimismo que Freud falsifica resultados, inventa pacientes, pretende apoyar sus descubrimientos en casos clínicos inhallables y destruye las pruebas de sus falsificaciones; que sus teorías sobre la cocaína, defendidas con vehemencia, son invalidadas públicamente por científicos, y él termina por negarlas, renegar de ellas y luego silenciarlas, o presentarlas en una versión fraguada por sí mismo para mayor gloria del héroe.

Agreguemos a esto que el psicoanálisis jamás curó a Anna O., en contra de las afirmaciones constantemente repetidas por Freud durante toda su vida, y que tampoco salieron bien librados los cinco casos presentados como arquetípicos del

psicoanálisis. En algunos de ellos, el tratamiento psicoanalítico incluso agravó las cosas... Leamos para convencernos las confidencias de un Serguéi Pankejeff, el famoso Hombre de los Lobos, presuntamente curado por Freud, muerto en 1979 a los noventa y dos años, después de haber sido psicoanalizado durante siete décadas por un total de diez analistas...

Al leer a los historiadores críticos, se comprueba por último que Freud organiza el mito de la invención genial y solitaria del psicoanálisis, cuando en realidad fue un gran lector, un prestatario oportunista de muchas tesis de autores hoy desconocidos que hizo pasar por suyos esos descubrimientos de oscuros científicos; que, en contraste con la versión legendaria y hagiográfica, hay una genealogía histórica y libresca del pensamiento de Sigmund Freud, pero que durante su vida, y hasta el día de hoy, se hizo todo lo posible para evitar *una lectura histórica* de la génesis de su obra, de la producción de sus conceptos, de la genealogía de su disciplina.

¿Qué hacer una vez descubiertas esas informaciones históricas que pulverizan la leyenda? ¿Destruirlo todo, no conservar nada, abandonar en los sótanos la obra completa de Freud? ¿Mantener todo y recurrir al insulto, renegar de la historia y rechazar el debate en presencia del trabajo crítico? Frente a los hechos comprobados, a las certezas históricas innegables y verificables, en presencia de archivos indiscutibles y, paralelamente, ante esa proscripción de archivos que induce a imaginar la existencia de cosas que no sería bueno saber, puesto que se las oculta, ¿se podrá hacer durante mucho tiempo como si nada pasara e insultar a los historiadores, tachándolos con medias palabras de devotos de Hitler porque se conforman con aportar pruebas que los partidarios de la leyenda dorada se niegan a examinar?

Remitamos a los freudianos a Freud, que se ofuscaba en su *Presentación autobiográfica* ante el hecho de que hubiese adversarios capaces de oponerse a sus tesis, manifestar resistencias, no creer en sus teorías, proponer la idea sacrílega de que el psicoanálisis sería “un producto de [su] fantasía especulativa” (XVII, p. 96) [XX, p. 46]^[1], en tanto que él reivindicaba un prolongado y paciente trabajo de científico. Al dirigirse a sus adversarios, Freud llegaba a la conclusión de que reactivaban “la clásica maniobra de la resistencia: no mirar por el microscopio a fin de no ver lo que habían impugnado” (*ibid.*) [XX, p. 47]. Toma la metáfora de Cremonini, que se negaba a observar por el anteojo de Galileo y, de tal modo, se vedaba la posibilidad de acceder a la prueba de la validez de la tesis heliocéntrica. Hoy, son los freudianos quienes se niegan a observar por el telescopio histórico, y en este aspecto se asemejan a los sacerdotes del Vaticano, cuidadosos en aquella época de no someter el texto sagrado a la prueba científica.

Por mi parte, utilicé el anteojo freudiano con el objeto, a priori, de descubrir lo que Freud afirma encontrar por su intermedio. Ya se habrá advertido que no me movía un prejuicio desfavorable: me adherí durante bastante tiempo a la palabra performativa de Freud... En cambio, vi por el borde del ocular la cantidad suficiente de cosas para permitirme romper las postales clavadas durante tanto tiempo a mi pared. Propongo, pues, una serie de contrapostales:

CONTRAPOSTAL NÚM. 1

Freud formuló su hipótesis del inconsciente en una inmersión histórica

decimonónica y en respuesta a numerosas lecturas, sobre todo filosóficas (Schopenhauer y Nietzsche entre las más importantes), pero también científicas.

CONTRAPOSTAL NÚM. 2

Es posible, en efecto, atribuir un sentido a los diferentes accidentes de la psicopatología de la vida cotidiana, pero de ninguna manera en la perspectiva de una represión estrictamente libidinal y menos aún edípica.

CONTRAPOSTAL NÚM. 3

El sueño tiene sin duda un sentido, pero en la misma perspectiva que la proposición precedente: debe descartarse por completo que lo haga en una configuración específicamente libidinal o edípica.

CONTRAPOSTAL NÚM. 4

El psicoanálisis es una disciplina que pertenece al ámbito de la psicología literaria, procede de la autobiografía de su inventor y funciona a las mil maravillas para comprenderlo a él, y sólo a él.

CONTRAPOSTAL NÚM. 5

La terapia analítica es la ilustración de una rama del pensamiento mágico: como tratamiento funciona en el estricto límite del efecto placebo.

CONTRAPOSTAL NÚM. 6

La toma de conciencia de una represión jamás provocó mecánicamente la desaparición de los síntomas, y menos aún la curación.

CONTRAPOSTAL NÚM. 7

Lejos de ser universal, el complejo de Edipo manifiesta el deseo infantil de Sigmund Freud, y sólo de él.

CONTRAPOSTAL NÚM. 8

El rechazo del pensamiento mágico no obliga en modo alguno a poner el propio destino en manos del hechicero.

CONTRAPOSTAL NÚM. 9

So capa de emancipación, el psicoanálisis ha desplazado los interdictos constitutivos del psicologismo, esa religión secular posterior a la religión.

CONTRAPOSTAL NÚM. 10

Freud encarna lo que en la época de la Ilustración histórica se denominaba antifilosofía: una fórmula filosófica de la negación de la filosofía racionalista.

Freud detestaba la filosofía y a los filósofos. Como buen nietzscheano que negaba serlo, proponía poner al descubierto las razones inconscientes de los pensadores a fin de leer sus producciones intelectuales como otras tantas *exégesis de su cuerpo*. Intentemos entonces, con él, esa “psicografía” a la que invita en “El interés por el

psicoanálisis” (XII, p. 113) [XIII, p. 182]. ¿La meta? No destruir a Freud, ni superarlo, ni invalidarlo, ni juzgarlo, ni despreciarlo, ni ridiculizarlo, sino comprender que su disciplina fue ante todo una aventura existencial autobiográfica, estrictamente personal: un manual de instrucciones para un solo uso, una fórmula ontológica para vivir con los muchos tormentos de su ser...

El psicoanálisis —*ésa es la tesis de este libro*— es una disciplina verdadera y justa sólo en lo concerniente a Freud, y a nadie más. Los conceptos de la inmensa saga freudiana le sirven ante todo para pensar su propia vida, poner orden en su existencia: la criptomnesia, el autoanálisis, la interpretación de los sueños, la indagación psicopatológica, el complejo de Edipo, la novela familiar, el recuerdo encubridor, la horda primordial, el asesinato del padre, la etiología sexual de las neurosis y la sublimación constituyen, entre muchos otros, otros tantos momentos teóricos directamente autobiográficos. El freudismo es en consecuencia, como el espinosismo o el nietzscheanismo, el platonismo o el cartesianismo, el agustinismo o el kantismo, una visión privada del mundo de pretensión universal. El psicoanálisis constituye la autobiografía de un hombre que se inventa un mundo para vivir con sus fantasmas, como cualquier otro filósofo...

Terminaré este análisis nietzscheano de Freud con... Nietzsche, que brinda por su parte una respuesta a la pregunta “¿qué hacer con el psicoanálisis?” con esta frase de *El Anticristo*. Apoyada en un enorme humor, la frase propone una fórmula útil para la resolución de nuestro problema: “En el fondo, hubo un solo cristiano, y murió en la cruz”, escribe el padre de Zaratustra. Por nuestro lado podríamos pues agregar, como dichosos cómplices de la gran risa nietzscheana: “En el fondo, hubo un solo freudiano, y murió en su cama en Londres el 23 de septiembre de 1939”. Todo esto no habría sido demasiado grave si uno y otro, Jesús y Freud, no hubieran dado origen a discípulos y luego a una religión extendida por el planeta entero... Espero que se me haya comprendido: este libro propone reiterar el gesto del *Tratado de ateología* con un material llamado psicoanálisis.

PRIMERA PARTE
SINTOMATOLOGÍA

Renegado sea el que piense mal[\[2\]](#)

Tesis 1: El psicoanálisis reniega de la filosofía, pero es en sí mismo una filosofía

1. PRENDER FUEGO A LOS BIÓGRAFOS

“La verdad biográfica es inaccesible. Si tuviéramos acceso a ella, no podríamos hacerla valer.”

SIGMUND FREUD, carta a Martha Bernays, 18 de mayo de 1896

“El psicoanálisis se convirtió en el contenido de mi vida.”

SIGMUND FREUD, *Presentación autobiográfica*
(XVII, p. 119) [XX, p. 67]

Desconfiemos de los filósofos que organizan su posteridad, se guardan de los biógrafos, temen sus investigaciones, las prevén, las suscitan, envían a sus espías al frente para construir un esbozo de narración hagiográfica, destruyen su correspondencia, borran las huellas, queman papeles, escriben en vida una leyenda con la idea de que conformará a los curiosos, mantienen a su alrededor una custodia personal integrada por discípulos útiles para editar, imprimir y difundir las imágenes piadosas diseñadas con aplicación, redactan una autobiografía sabiendo muy bien que el círculo de luz proyectado aquí por ellos mismos dispensa de ir a ver más allá, en la sombra, donde su nido de víboras existencial murmura en un cuasi silencio.

Freud forma parte de esa ralea que quiere las ventajas de la celebridad sin sus inconvenientes: aspira ardientemente a que se hable de él, pero bien y en los términos elegidos por él mismo. ¿La gran pasión del inventor del psicoanálisis? Consagrar toda su existencia a dar la razón a su madre, para quien Sigmund encarnaba la octava maravilla del mundo. La realidad, casi siempre prosaica, aburre a los autores de leyendas, que prefieren una narración mirífica en la cual triunfen lo imaginario, el deseo y el sueño. Mejor una bonita historia falsa que una lamentable historia verdadera. El falsario hermosea, repinta, arregla las cosas, suprime el triunfo de las pasiones tristes activas en su existencia: la envidia, los celos, la maldad, la ambición, el odio, la crueldad, el orgullo.

El autor de la *Presentación autobiográfica* jamás deseó que se pudiera explicar su obra por su vida, su pensamiento por su autobiografía, sus conceptos por su existencia. Víctima en ese aspecto, como la mayor parte de los filósofos, del prejuicio idealista en virtud del cual las ideas caen del cielo, descienden de un empíreo inteligible a la manera de una lengua de fuego que distingue al espíritu elegido para iluminarlo con su gracia, Freud quiere resueltamente que suscribamos su relato: como el hombre de ciencia que pretende ser, sin cuerpo ni pasiones, habría descubierto, cual un místico de la razón pura, la pepita oculta en lo que bastaba con observar: un juego de niños, con tal de tener el genio necesario...

Ahora bien, como todo el mundo, claro está, Freud se formó con lecturas, intercambios, encuentros, amigos, a menudo transformados en enemigos al cabo de

un tiempo; siguió cursos en la universidad; trabajó en laboratorios bajo la responsabilidad de jefes; leyó mucho, citó poco, en contadas ocasiones practicó el homenaje y con frecuencia prefirió la denigración; escribió esto, lo contrario y otra cosa; se cruzó con mujeres, se casó con una, ocultó discretamente una relación incestuosa con otra, tuvo hijos, fundó una familia, cómo no.

En 1885, algunos días antes de cumplir veintinueve años, Freud escribe a Martha Bernays, su prometida, una extraña carta en la cual confiesa el júbilo que le ha provocado la destrucción de las huellas de catorce años de trabajo, reflexión y meditación; ha quemado sus diarios, sus notas, su correspondencia, todos los papeles en los que había anotado sus comentarios científicos; aunque aún son pocos, ha dado sus trabajos al fuego; ya no queda nada. Está exultante.

Este holocausto en miniatura borra para la posteridad, y por tanto para la eternidad, las pruebas de la naturaleza humana, muy humana, probablemente demasiado humana en su opinión, de un personaje que decidió desde sus más jóvenes años que asombraría al mundo con sus descubrimientos, capaces de estremecer a la humanidad. ¿Cuáles? Todavía lo ignora, pero no duda de que será ese hombre: el fuego sagrado lo habita e ilumina su camino. Entretanto, el futuro gran hombre —lo escribe explícitamente— imagina la cara que pondrán sus biógrafos (no dice *su* sino *sus*, sin dudar de su número, aunque él todavía no sea nada...) cuando descubran esa fechoría que, por ahora, lo llena de alegría.

Por el momento, ese hombre encantado con la mala pasada que ha hecho a *sus* futuros biógrafos no tiene gran cosa que proponer de memorable: su nacimiento el 6 de mayo de 1856 en Freiberg, hijo de Jakob Freud, comerciante en lanas, y Amalia; el judaísmo de sus padres; su nombre de pila de entonces, Sigismund; su circuncisión; su infancia trivial; sus estudios comunes y corrientes en el colegio secundario; sus años de medicina, durante los cuales se toma su tiempo sin saber demasiado hacia qué especialidad inclinarse; sus investigaciones sobre la sexualidad de las anguilas; una publicación sobre el sistema nervioso central de una larva de lamprea; su servicio militar; la traducción de algunos textos de Stuart Mill; el encuentro con su novia; las peripecias de sus infructuosas investigaciones con la cocaína y, sobre todo, las extravagantes afirmaciones presuntamente científicas publicadas acerca de esta droga que él consumirá durante unos diez años; el tratamiento de sus pacientes por medio de la electroterapia. Nada muy notable para *unas* biografías... Freud tiene, pues, veintiocho años y, al margen de obtener en el plazo más corto una reputación mundial sin saber en concreto por qué medios, su mayor preocupación consiste en ganarse rápido y bien la vida a fin de casarse con su prometida e instalarse en un barrio elegante de Viena y fundar una grande y bella familia. Tal la materia del auto de fe y la mala pasada que cree jugar a los biógrafos por venir...

El episodio de la cocaína podría explicar en parte ese gesto. Obsesionado por la celebridad a la que aspira, ha tomado al vuelo la oportunidad de un trabajo sobre esa droga. Va rápido, experimenta con un solo caso —un amigo— y pretende curar su morfinomanía por conducto de la cocaína; fracasa, lo transforma en cocainómano, comprueba que los efectos producidos no son los que él daba por descontados, afirma pese a todo lo contrario, redacta a toda prisa sus conclusiones, las publica en una revista y presenta esta droga como capaz de resolver casi la totalidad de los

problemas de la humanidad. Por el momento, la cocaína alivia su angustia, multiplica sus facultades intelectuales y sexuales, lo serena. Aquí se encuentra concentrado su método: extrapolar sobre la base de su caso particular una doctrina de pretensión universal. Digámoslo con una fórmula más trivial: *tomar su caso por una generalidad*.

La lectura de la correspondencia con Fliess, un gran archivo oculto durante mucho tiempo, publicada en un primer momento bajo la forma de fragmentos escogidos mientras se ponían a buen resguardo las posiciones teóricas extravagantes, muestra a un Freud en las antípodas de la postal que lo presenta como un científico que procede de manera experimental y traza con mano firme un surco hacia los descubrimientos que no puede no hacer, porque lleva en sí el tropismo del sabio destinado a cosas mayores.

En esas cartas descubrimos a un Freud que anda a tientas, vacilante, capaz de afirmar una cosa y después su contraria; arrebatado un día por su descubrimiento de una psicología científica, quema al día siguiente ese hallazgo ayer genial y revolucionario, convertido —él mismo lo confiesa— en una tesis sin interés. Vemos allí a un Freud que somatiza todo, del forúnculo en el escroto a las migrañas recurrentes, de la miocarditis al tabaquismo furioso, de sus fracasos sexuales a sus trastornos intestinales, de la neurosis al mal humor, del alcohol mal tolerado al hábito de la cocaína, de su fobia a los trenes a su angustia por carecer de comida, de su miedo a morir a sus muchas supersticiones enfermizas.

Para terminar, en esa correspondencia verificamos la obsesión por el éxito, el dinero y la fama que día tras día le corroe el alma: ¿qué hacer para ser un científico reputado? El 12 de junio de 1900 escribe a Fliess: “¿Puedes creer que algún día, en esta casa, se leerá en una placa de mármol que aquí, el 24 de julio de 1895, el sistema del sueño le fue revelado al doctor Freud?”. Aquí tenemos, pues, una doble información: el fantasma de la celebridad que lo atenaza y la idea de que sus teorías procederían de una *revelación* y no de lecturas, trabajos, reflexiones, cruces con hipótesis de otros investigadores, asimilación crítica de la literatura sobre el tema, deducciones, constataciones clínicas, acumulaciones de pacientes experimentaciones...

Ése es por tanto el imperativo metodológico, y se entiende que motive aquel primer auto de fe de 1885: borrar todo lo que muestre la producción histórica de la obra, suprimir cualquier posibilidad de una genealogía inmanente de la disciplina, prohibir lo que no sea la versión querida e impuesta por Freud; no un devenir histórico, sino una epifanía legendaria. Como sucede con frecuencia en casos similares, la fábula comienza con un nacimiento milagroso. ¿El psicoanálisis? Surge del muslo de un Júpiter llamado Sigmund Freud, completamente armado y con casco incluido, resplandeciente y centelleante bajo un sol vienés de fin de siglo.

Ese deseo de no ver a los biógrafos laborar en las trastiendas de su aventura lo lleva a teorizar la imposibilidad de toda biografía. Después de reírse en la carta a su novia del apuro en que pone a esos biógrafos aún no nacidos, expone un alegato *pro domo*: “No se puede ser biógrafo sin comprometerse con la mentira, el disimulo, la hipocresía, la adulación, por no mencionar la obligación de enmascarar la propia

incomprensión. La verdad biográfica es inaccesible. Si tuviéramos acceso a ella, no podríamos hacerla valer” (18 de mayo de 1896). La cosa está clara: la biografía es una tarea imposible en sí misma y por eso, para confirmarlo, ¡hagámosla imposible en los hechos! Y además, esta ambigüedad: la tarea es imposible, pero lo sería porque no podemos hacerla valer. ¿Por qué razones? ¿Acaso él, Freud, se prohíbe la aventura de la biografía cuando se trata del presidente Wilson?

No hay duda alguna de que el biógrafo mantiene con su tema una relación singular, a menudo de identificación; de que lo característico de una vida es haber sido compleja, enredada; de que algunos hacen, en efecto, un uso abundante del disimulo, la confusión de las pistas; de que otros, en vida, escriben la leyenda con el propósito de enturbiar su historia; de que los testimonios de los sobrevivientes se tejen de sueños y ensueños, anhelos y recuerdos modificados; de que la envidia y los celos están presentes aun en los *amigos* más fieles, convocados algún día a testimoniar; de que los textos autobiográficos actúan con frecuencia como embustes útiles para desviar la atención hacia lo accesorio con el fin de mantener lo esencial al abrigo de las miradas, y de que la empresa es difícil, casi siempre aproximada. Pero la dificultad de la tarea no veda la iniciativa. ¡Tendría poca gracia que, más que nadie, Freud, que invitaba a psicoanalizar a los filósofos, prescribiera para otros una posología que rechaza para sí! No sería el primero, sin embargo... Freud, el freudismo y el psicoanálisis no suponen la epifanía legendaria: la empresa biográfica puede y debe mostrarlo.

Que Freud haya enredado adrede la madeja, mezclado deliberadamente las pistas, borrado a sabiendas las huellas, teorizado la imposibilidad del asunto, falsificado los resultados de sus descubrimientos y practicado casi todo el tiempo la licencia literaria ocultándose detrás del pretexto científico; que haya destruido cartas y procurado recuperar las más peligrosas, que amenazaban el brillo de su leyenda: todo esto es, muy por el contrario, lo que hace interesante la tarea. La biografía intelectual de Freud se confunde con la biografía intelectual del freudismo, que engloba, como es obvio, la biografía intelectual del psicoanálisis.

Su carta a la novia habla de mentiras, disimulo e hipocresía. Parece una confesión enmascarada de lo que lo atormenta a él mismo. Puesto que, de hecho, las leyendas impuestas por los hagiógrafos —Ernest Jones el primero, con su suma de mil quinientas páginas titulada *Vida y obra de Sigmund Freud*— hacen imposible la biografía: a tal punto obró el doctor vienés para imponer su leyenda, sus fábulas, sus narraciones literarias, sus mitos y sus quimeras. Esa biografía sirvió de matriz a muchas otras, todas las cuales duplican a más no poder las postales del exhibidor freudiano.

Mantendré a la misma distancia las hagiografías y las patografías: las primeras se proponen regar la planta sublime, y las segundas, arrancar la vegetación venenosa. Deseo mostrar, más allá de las postales, que *el psicoanálisis es el sueño más elaborado de Freud*: un sueño, y por tanto una fabulación, un fantasma, una construcción literaria, un producto artístico, una construcción poética en el sentido etimológico. Propongo asimismo mostrar los basamentos preponderantemente biográficos, subjetivos, individuales del freudismo, pese a sus pretensiones de universalidad, objetividad y científicidad. No me sitúo en el terreno de una moral

moralizadora que juzgara que la mentira freudiana (comprobada) conduce en línea recta a la necesidad de un auto de fe de Freud, de sus obras, de su trabajo y de sus discípulos.

Conforme al principio de Spinoza, *ni reír ni llorar, comprender*, mi perspectiva es la de Nietzsche, más allá del bien y del mal. Propongo la deconstrucción de una empresa, como podría deconstruirse una sonata de Anton Webern, una pintura de Kokoschka o una pieza teatral de Karl Kraus. Freud no es un hombre de ciencia, no produjo nada que esté en la órbita de lo universal, su doctrina es una creación existencial fabricada a medida para vivir con sus fantasmas, sus obsesiones, su mundo interior, atormentado y estragado por el incesto. Freud es un filósofo, lo cual no es poca cosa, pero él mismo recusaba ese juicio, con la violencia de aquellos que, a través de su ira, señalan el sitio preciso: el del dolor existencial.

2. DESTRUIR A NIETZSCHE, DICE...

“Mi meta inicial, la filosofía. Puesto que eso era lo que quería en el origen.”

SIGMUND FREUD, carta a Fliess, 1 de enero de 1896

En su voluntad furiosa de quererse sin dioses ni maestros, Freud hace de Nietzsche el hombre a quien es preciso abatir. Veamos justamente en este blanco privilegiado una invitación a llevar a cabo una pesquisa sobre esa alergia particular y constante. ¿Por qué Nietzsche? ¿En nombre de qué extrañas razones? ¿Para proteger qué o a quién? ¿Con el fin de sofocar qué secretos? ¿Qué significa, en él, esa ardiente pasión por negar la filosofía y a los filósofos, entre quienes se cuenta? ¿Por qué ha de ser él lo que no querría que se supiera: un filósofo, precisamente un filósofo, sólo un filósofo, nada más que un filósofo? De hecho, para un hombre sediento de fama, la filosofía conduce con menos facilidad que un descubrimiento científico al reconocimiento planetario...

La inscripción del psicoanálisis en un linaje legendario, fabuloso y mitológico se acompaña de la mayor de las violencias contra la influencia más manifiesta del filósofo mismo que afirma esta idea fuerte y cierta, justa y poderosa, pero efectivamente incompatible con la leyenda: toda filosofía es la confesión autobiográfica de su autor, la producción de un cuerpo y no la epifanía de una idea venida de un mundo inteligible. Freud se pretende sin influencias, sin biografía, sin raíces históricas: la leyenda lo exige.

Freud libró sin interrupción el combate contra los filósofos y la filosofía, a la manera de aquellos que, de Luciano de Samosata a Nietzsche, pasando por Pascal o Montaigne, ilustran la famosa tradición de que *burlarse de la filosofía es propiamente filosofar*. Si un día recibió el premio Goethe en vez del Nobel de medicina que daba por descontado, fue sin duda porque, ya durante su vida, un areópago consideró que su obra pertenecía más a la literatura que a la ciencia.

En la mitología freudiana escrita por su propia iniciativa, Goethe tiene un papel importante, porque sería el desencadenante de todo un destino. En efecto, cuando Freud duda y busca su camino, en el momento mismo en que la filosofía lo tienta más que cualquier otra cosa, antes de abrazar la carrera médica que, según su confesión, fue un malentendido, una vía tomada por defecto, Goethe le señala hacia dónde ir. En la *Presentación autobiográfica*, aquél afirma que la lectura pública de “Die Natur”, el ensayo del poeta alemán, lo convenció de iniciar los estudios de medicina. ¡Podría encontrarse un disparador menos literario para un destino científico!

En 1914, en la *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico*, Freud pretende que ha leído a Schopenhauer, por cierto, pero que su propia teoría de la represión no tiene nada que ver con *El mundo como voluntad y representación*, aunque la de este libro sea exactamente igual y la preceda por más de medio siglo. El

lector de las mil páginas de la *Philosophie des Unbewussten* [Filosofía de lo inconsciente] de Eduard von Hartmann puede indicar asimismo otras proximidades entre Freud y este otro filósofo alemán, también schopenhaueriano, sobre todo en lo relacionado con la cuestión central de los determinismos del inconsciente. Freud lo asegura: ha pensado por sí solo y descubierto sin ayuda su teoría de la represión; a continuación, se sintió muy dichoso al comprobar que el pensamiento de Schopenhauer confirmaba el suyo.

Su relación con Nietzsche se muestra bajo una luz más problemática y, para decirlo todo, bastante neurótica. En esa misma confesión, Freud escribe: “Me rehusé el elevado goce de las obras de Nietzsche con esta motivación consciente: no quise que representación-expectativa de ninguna clase viniese a estorbarme en la elaboración de las impresiones psicoanalíticas” [XIV, p. 15]. ¡Curiosa revelación! ¿Por qué razones rehusarse un placer que, sin embargo, se estima tan elevado? ¿Por qué remitir a motivaciones conscientes, cuando uno ha basado su fondo de comercio en la idea de que la raíz de todas las cosas es inconsciente? ¿Qué justifica que no aplique su método y que evite cuestionar su propio inconsciente acerca de esa negativa particularmente significativa? ¿Qué hay que englobar bajo la vaga expresión de “representación-expectativa”?

Freud leyó pues a Schopenhauer, pero sus teorías jamás influyeron en él, ni siquiera donde son semejantes, ¡y por otro lado, no leyó a Nietzsche para evitar caer bajo su influencia! ¿Cómo saber empero que existe el riesgo de ser influenciado si no se tiene ya la certeza de que las tesis coinciden? Por más que el doctor vienes practique la renegación, no deja de ser cierto que el freudismo parece un retoño singular del nietzscheanismo para cualquier lector que esté aunque sea un poco informado en materia de filosofía.

Sigmund Freud conoce a Nietzsche y, aun cuando no lo haya leído, ha hablado mucho de él con interlocutores que lo conocían por haberse codeado con él en el camino de Eze, cerca de Niza. Durante sus años de universidad —esto es, entre 1873 y 1881—, Freud escuchó hablar de él en las clases de filosofía de Brentano. En una carta a Fliess, escribe que ha comprado las obras de Nietzsche. ¡Qué extraño gesto: adquirir los libros de un filósofo a quien no se leerá a fin de evitar su influencia! Dice a su amigo: “Espero encontrar en él las palabras para muchas cosas que permanecen mudas en mí, pero todavía no lo he abierto. Demasiado perezoso por el momento” (1 de enero de 1900). Ahora bien, Freud era todo menos perezoso...

El 28 de junio de 1931, cuando ya tiene a sus espaldas lo esencial de su obra, escribe a Lothar Bickel: “Me he negado a estudiar a Nietzsche a pesar de que —no, porque— corría el notorio riesgo de encontrar en él intuiciones cercanas a las probadas por el psicoanálisis”. Retengamos la lección, entonces: el filósofo tiene *intuiciones*; el psicoanalista, *pruebas*. Tal es la línea de defensa adoptada por Freud en su crítica de toda la filosofía: ese mundillo que no le incumbe —a él, el médico—, se mueve en el cielo de las ideas, postula, habla sin pruebas, afirma, produce conceptos sin preocupación por su verosimilitud; en cambio, el psicoanálisis procede de otra manera: después de observación, examen, comprobación de los casos, deducción científica, entrega verdades indubitables.

En la historia de la humanidad, por tanto, y según la opinión del hombre del diván, Nietzsche no tiene más que intuiciones, mientras que Freud se desenvuelve en el mundo científico donde las cosas se prueban... Ya veremos que no hay peor filósofo que el que se niega a serlo y se supone un científico que, para creer en su propia mentira, debe falsificar resultados, inventar conclusiones, mentir acerca del número de presuntos casos que le permiten llegar a verdades hipotéticas desautorizadas por la realidad. Pero nuestra pesquisa no hace sino empezar...

La puesta en paralelo de sus biografías nos informa sobre estos dos contemporáneos. Nietzsche es doce años mayor, una nadería cuando los individuos ya están incorporados a la escena filosófica. Su primer texto, *El nacimiento de la tragedia*, aparece en 1871, cuando Freud estudia en la escuela secundaria. El mayor publica la *Primera consideración intempestiva*; el menor ingresa en medicina. Nietzsche firma su texto sobre Wagner; Freud estudia la sexualidad de las anguilas en Trieste. Breuer comenta el caso de Anna O. a Freud; Nietzsche publica *La gaya ciencia* y aparece *Así habló Zaratustra*; Freud asiste a los cursos de Charcot. En 1886, Freud abre su consultorio en Viena el domingo de Pascua (!); *Más allá del bien y del mal* llega a las librerías. El 3 de enero de 1889, Nietzsche se derrumba al pie de un caballo en Turín e inicia un periodo de diez años de locura; durante ese mismo año, Freud perfecciona su técnica hipnótica, bastante pobre, en Nancy, con Bernheim. Nietzsche va a vivir sus últimos diez años en la postración y el silencio, acompañado por su madre y luego por su hermana, que se apoderan de él para disfrazar su obra y su pensamiento, y llevar al filósofo en dirección al nacionalsocialismo. Durante ese decenio de muerte en vida, Freud dedica escritos a las parálisis histéricas, las afasias, la etiología sexual de las histerias, otros tantos temas útiles para examinar el caso Nietzsche.

Y luego, símbolo fuerte de las fechas, Nietzsche muere con el inicio del siglo, el 25 de agosto de 1900, año bisagra en el cual aparece *La interpretación de los sueños*, una obra posdatada, dado que ya se encuentra en las librerías un tiempo antes, desde octubre de 1899; Freud, empero, desea esa fecha redonda e inaugural para dar un sentido a la salida oficial de su libro: cree que con ese texto, su fortuna, en todos los sentidos de la palabra, está asegurada. Se tiran seiscientos ejemplares, de los cuales se venden ciento veintitrés los seis primeros años; la edición tarda ocho años en agotarse. Muerte de Nietzsche, nacimiento del nietzscheanismo, advenimiento del freudismo...

Los diez años de locura de Nietzsche corresponden a una increíble moda que no puede no haber arrastrado a Freud: construcción de la Villa Silberblick, creación de los Archivos Nietzsche, edición de una biografía escrita por su hermana, reedición de sus obras en colecciones más accesibles, aparición del libro de Lou Andreas-Salomé que pone en perspectiva la vida y la obra; vigencia europea del filósofo: Mahler el vienés y Richard Strauss componen piezas musicales basadas en el *Zaratustra*, de todas partes llegan personas para visitarlo, la hermana escenifica el ritual de las visitas. Así como hubo una manía schopenhaueriana, hay ahora una manía nietzscheana, una manía fin de siglo. ¿Cómo habría escapado Freud a esta histeria de pretexto filosófico?

El filósofo descansa desde hace apenas ocho años en el cementerio de Röcken y la Sociedad Psicoanalítica de Viena consagra su sesión del 1 de abril de 1908 a este tema: “Nietzsche: ‘¿Qué significan los ideales ascéticos?’”, tercer tratado de *La genealogía de la moral*”. Si Freud no lo ha leído, de ahora en adelante ya no puede decir que ignora sus tesis, en especial las que tienen un papel tan grande en su teoría de la génesis de la civilización a través de la inhibición de los instintos... Así es como se puede conocer sin conocer, saber e ignorar al mismo tiempo, disponer de los conceptos nietzscheanos sin haber leído una sola línea del pensador, al menos si damos crédito a la hipótesis antojadiza de la compra de libros que se ha previsto no leer...

Tras la lectura de un extracto de la *Genealogía*, el orador expone directamente su tesis: “Un sistema filosófico es el producto de un impulso interior y no difiere en demasía de una obra artística”. Esta opinión sobre Nietzsche es... ¡nietzscheana! En efecto, el filósofo no dijo otra cosa en su prefacio a *La gaya ciencia* o en las páginas dedicadas a las mentiras de los filósofos en *Más allá del bien y del mal*, páginas donde acomete a martillazos contra el cristal de la tesis de una génesis celestial de las ideas, para afirmar que todo pensamiento procede de un cuerpo.

El expositor de esta lectura es Hitschmann, quien señala que conoce poca cosa de la biografía del filósofo. De todos modos, hace notar: una infancia sin padre; una educación en un medio de mujeres; muy pronto, una inquietud por las cuestiones morales; la afición a la Antigüedad en general y a la filología en particular, y una fuerte tendencia a la amistad viril a la manera romana, lo cual, en un medio de psicoanalistas siempre dispuestos a sexualizar las cosas, se convierte de modo perentorio en una tendencia a la “inversión”.

El orador señala asimismo el contraste entre su vida triste, trágica, y la reivindicación de la alegría de su obra; la contradicción que habría en propiciar la crueldad en sus libros y la práctica de la simpatía o la empatía mencionadas por todos los observadores que tomaron contacto con Nietzsche, y su relación patológica con la escritura, como lo ejemplifica la redacción de la *Genealogía* en apenas veinte días. Siguen consideraciones sucintas sobre la culpa, el bien, el mal, la mala conciencia y el ideal ascético, otros tantos conceptos reactivados más adelante en el análisis freudiano.

El conferenciante agrega igualmente lo siguiente: Nietzsche no habría advertido que su obra provenía de deseos incumplidos. Para decirlo de forma más concreta, si hubiera tenido una vida sexual normal, probablemente no habría frecuentado los burdeles y, con ello, no se hubiera afanado en denostar en el papel las lógicas del ideal ascético... Si bien el filósofo no dijo nada acerca de ese tema que lo incumbía en concreto, no dejó de hacer saber teóricamente que componía su partitura conceptual con sus fuerzas y sus debilidades, sus deseos y sus instintos, sus carencias y sus desbordes. El conferenciante termina con la “parálisis” del filósofo que impide llevar a buen puerto un análisis digno de ese nombre.

La ponencia es seguida por una discusión. Contrariamente a lo que hace suponer una idea difundida, los psicoanalistas no son liberadores del sexo ni revolucionarios en el terreno de las costumbres. Freud no lo desmiente. La homosexualidad, la inversión, la libido libertaria y hasta la masturbación son temas a cuyo respecto

encontramos, con el pretexto del vocabulario de la corporación, un espantoso conformismo burgués. Para uno, Nietzsche es “un sujeto viciado”, juicio expeditivo muy útil para despachar de inmediato al filósofo y su filosofía con el fin de concentrarse en el caso patológico. Se diagnostica una histeria y asunto arreglado. ¡Sin prueba alguna, la asamblea habla de su motivación homosexual! Para otro, Nietzsche no puede ser un filósofo, a lo sumo un moralista del talante de los maestros franceses, como La Rochefoucauld o Chamfort.

Un tercero, Adler, se expresa de este modo: “Nietzsche es el más cercano a nuestra manera de pensar”. El futuro enemigo íntimo de Freud osa incluso trazar un linaje que va de Schopenhauer a Freud vía Nietzsche... A su entender, mucho antes de la técnica psicoanalítica, este último descubrió lo que el paciente comprende con los progresos de la terapia. Y agrega que el autor de *La genealogía de la moral* entendió el lazo de causalidad entre la inhibición de la libido y las producciones de la civilización: arte, religión, moral, cultura. Todavía estamos lejos de la aparición de *El malestar en la cultura* o *El porvenir de una ilusión*, pero Adler da en el blanco.

Federn insiste con el concepto: “Nietzsche está tan cerca de nuestras ideas que ya no nos queda sino preguntarnos qué se le escapó”. Luego, crimen de lesa majestad cometido en presencia de Freud: “Anticipó por intuición algunas ideas de Freud; fue el primero en descubrir la importancia de la abreacción, de la represión, de la huida en la enfermedad, de las pulsiones sexuales normales y sádicas”. ¡Poca cosa! Resulta que al menos una vez se dijeron esas cosas, incluso en presencia del maestro, siempre silencioso. Viciado para unos, precursor de Freud para otros, será menester escoger, salvo que una cosa no excluya la otra, pero entonces también habrá que decirlo...

Freud toma la palabra. Explica que ha renunciado al estudio de la filosofía a causa de la *antipatía* —así dice— que le genera su carácter abstracto... Quien haya leído los trabajos de metapsicología o *Más allá del principio de placer* concluirá con razón que el muerto (psicoanalítico) se ríe del degollado (filosófico)... Freud confiesa ante la asamblea que ignora a Nietzsche: “Sus tentaciones ocasionales de leerlo fueron sofocadas por un exceso de interés”, informa el redactor de *Las reuniones de los miércoles: actas de la Sociedad Psicoanalítica de Viena*. Nuevo sofisma freudiano: no prestar interés por exceso de interés...

Está claro que Freud no olvida responder a aquellos, Adler el primero, que tienen la insolencia de creer que podría haber tenido predecesores que le aportaron tal o cual idea útil para su proyecto. La consigna ontológica sigue siendo la siguiente: Freud descubre todo exclusivamente por obra de su genio, está tocado por la gracia y nada ni nadie sería capaz de influenciarlo. El secretario de la Sociedad anota: “Freud puede asegurar [*sic*] que las ideas de Nietzsche no han tenido influencia alguna sobre sus trabajos”. Como puede *asegurar*lo, nadie tendrá la desfachatez de pedirle pruebas.

Es el turno de Rank, otro psicoanalista famoso. Delira sobre la pulsión sadomasoquista reprimida en el filósofo y sobre su papel en la constitución de la filosofía de la crueldad. Por su parte, Stekel, ingeniero de la “mujer frígida”, despliega una tesis que debería desencadenar una carcajada interminable pero que, dado que la seriedad es la virtud mejor repartida en los cenáculos psicoanalíticos, se abre paso en la mente de los oyentes. Este hombre, en efecto, “tiende a ver una suerte de confesión en el hecho de que Nietzsche aconseje las glándulas de lúpulo y el

alcanfor”. ¿Dónde? Nadie sabe. ¿En qué circunstancias? Tampoco se sabe. Y el lector de Nietzsche no emitirá juicio sobre el diagnóstico de Stekel, por no haber encontrado en la obra completa de aquél una sola mención de esas glándulas de lúpulo...

Como la asamblea parece no haber hecho casi ningún progreso en la resolución del caso Nietzsche, le dedica una nueva sesión el 28 de octubre del mismo año. En el menú: la aparición de *Ecce Homo*, presa codiciada para esta cofradía. El orador, Häutler, propone esta tesis: el libro es un autorretrato soñado; podríamos agregar: “pleonasma”... Para halagar al maestro defensor de la tesis de la ausencia de curación por el beneficio producido por la enfermedad, Häutler agrega que Nietzsche no quiere curarse porque sabe que su dolencia es la causa de su reflexión.

Sigue una discusión pasmosa. En ella, efectivamente, se descubre, en la más pura lógica de la alucinación colectiva, un ejemplo de sofistería que confirma a Freud en su renegación de toda contaminación con el pensamiento de Nietzsche. He aquí el paralogismo de Häutler: “Sin conocer la teoría de Freud, Nietzsche sintió [*sic*] y anticipó muchas cosas de ella: por ejemplo, el valor del olvido, de la facultad de olvidar, su concepción de la enfermedad como sensibilidad excesiva con respecto a la vida, etcétera”. Pasemos por alto el “etcétera” y apreciemos el desvarío: ¡Freud, precursor de Nietzsche!

Puesto que, a pesar de las fechas y en virtud de un efecto de inversión espectacular, Freud resulta ser un predecesor de Nietzsche. ¡No conocer a Freud pero *sentir muchas de sus cosas* supone una hazaña intelectual! En efecto, si Nietzsche hubiera leído a Freud antes de hundirse en la locura, habría tenido entre manos dos o tres artículos sobre las gónadas de las anguilas, las neuronas de cangrejo o el sistema nervioso de los peces, nada que hiciera posible una teoría del olvido, por ejemplo, sin hablar del “etcétera”. Contra toda lógica elemental, aquí casi tenemos pues a un *Freud prenietzscheano*, cuando el sentido común lleva simplemente a la conclusión de un *Freud nietzscheano*.

Para matar al Padre que es Nietzsche, podemos entonces ignorarlo, minimizar su existencia, simular no conocerlo o, mejor, declarar que nos es totalmente indiferente, afirmar que su importancia en nuestra vida se reduce a cero. También podemos cometer un asesinato simbólico, al desconsiderar al hombre con una lectura insidiosamente moralizadora. Nietzsche se convierte a la sazón en un homosexual, un invertido, un cliente regular de burdeles masculinos donde ha contraído la sífilis. ¿Faltan pruebas para afirmar esta particularidad sexual del filósofo? Basta con poner en circulación un nuevo sofisma: si nada muestra esa inversión, es porque estaba reprimida y por ende tanto más presente, aún más fuerte y poderosa en sus efectos. En virtud del principio: “Es homosexual pero, si parece no serlo, se debe a que es un homosexual reprimido y por consiguiente un ser aún más afectado a causa de la amplitud de su represión”. Todo el mundo está condenado a este régimen dialéctico, nadie se libera... Conclusión: “Es indudable [*sic*] cierta anomalía sexual”, informa el secretario. ¿Las pruebas? Premisa mayor: *Ecce Homo* testimonia un evidente narcisismo; premisa menor: ahora bien, el narcisismo constituye un notorio signo de homosexualidad; conclusión: Nietzsche es homosexual.

Y la homosexualidad es una perversión... Nietzsche perverso, Nietzsche que paga a hombres en un tugurio en el cual contrae el treponema, Nietzsche invertido,

Nietzsche afectado de una anomalía sexual, Nietzsche paralítico, Nietzsche histérico, Nietzsche que reprime en sí a las mujeres, Nietzsche narcisista: ¿cómo podría un monstruo semejante influir siquiera un poco en Freud?

In cauda venenum, Freud concluye su asesinato con una especie de gesto amable: sea como fuere, Nietzsche habría llevado la introspección a un grado pocas veces o nunca alcanzado; al menos, al que nadie llegó. ¿Freud leyó a Agustín? ¿O a Montaigne? ¿O, si no a éstos, a Rousseau? Habrá quien crea que el bello gesto podría salvar un tanto la situación. No contemos con ello: en efecto, Freud decreta que, pese a ese aspecto favorable, los logros de Nietzsche son sólo particulares, individuales, certezas que no valen sino para él. En otras palabras: nada interesante. En cambio, él, Freud, ha descubierto verdades universales.

El 21 y 22 de septiembre de 1911 se celebra en Weimar un congreso de psicoanalistas. Dos de ellos, Sachs y Jones, visitan a la hermana de Nietzsche. El peregrinaje a la casa de Elisabeth Förster-Nietzsche no se hará sin el consentimiento de Freud, que por su parte no se desplazará hasta la villa... ¡Aquí tenemos, pues, a dos apóstoles del freudismo en su visita a una de las más grandes falsarias de todos los tiempos! En efecto, esta mujer hizo todo lo posible para arrojar a su hermano en brazos del nacionalsocialismo, a fuerza de fraudes, mentiras y maldades, entre ellas la publicación de *La voluntad de poder*, una falsificación en debida forma destinada a construir la leyenda de un Nietzsche antisemita, belicista, nacionalista prusiano, pangermanista, celebrador de la crueldad, la brutalidad y la falta de piedad: un retrato de su hermana...

Tal es, pues, la mujer a cuyos pies se ponen los freudianos que le llevan mirra e incienso con la bendición de Freud. Ernest Jones es el portavoz del congreso. Reconoce las proximidades intelectuales entre Freud y Nietzsche. ¿Habrá llegado la hora de la reconciliación? ¿Habrá solucionado Freud, por fin, el problema de ese Padre filosófico, admitiendo su paternidad? En el momento de la presentación del cuerpo sagrado del psicoanálisis a la hermana del filósofo que hizo posible ese extraño parto, Freud conoce a Lou Andreas-Salomé en Weimar. Lou, el objeto fantasmático del filósofo, la autora del primer verdadero libro que demuestra el carácter autobiográfico y existencial de la obra del pensador, pero también la enemiga jurada de Elisabeth, que le profesa un odio mortal por numerosas razones, entre ellas, en parte, la ascendencia judía de esta luterana libertina culpable de arrastrar a su hermano a la pendiente (fantasmática) de sus malas costumbres.

Sachs y Jones aseguran que entre Nietzsche y Freud hay un parentesco intelectual: este reconocimiento, en un hombre que tanto ha hecho para afirmar lo contrario, está preñado de sentido. Se ignora qué piensa Freud de esta iniciativa, si la ha promovido, tolerado, qué sabe y, eventualmente, qué espera de ella, cuáles son sus verdaderas razones, sus móviles estratégicos o tácticos, pues no cabe imaginar que una confesión semejante no esté motivada por una expectativa lo bastante grande para justificar algo que podría emparentarse en él con un gesto de vasallaje intelectual. Enigma...

Elisabeth Förster, histérica notoria, antisemita en grado sumo, malvada mujer y mala persona, debió observar con curiosidad ese homenaje rendido en su propia casa por representantes de una disciplina judía capaz de significar para ella la cumbre de la corrupción moral e intelectual. Freud, por su parte, consideraba problemática la

sobrerrepresentación judía en el psicoanálisis y anhelaba, con Jung, encontrar avales “arios” (son sus palabras) para esta nueva disciplina destinada a expandirse por el planeta entero. ¿La visita a la hermana de Nietzsche se inscribía en ese marco? Nadie lo sabe.

Hacia el final de su vida, por fin mundialmente reconocido, Freud escribe en una carta a Arnold Zweig, del 11 de mayo de 1934: “Durante mi juventud, [Nietzsche] representaba para mí una nobleza que no estaba a mi alcance. Uno de mis amigos, el doctor Paneth, fue a conocerlo en la Engadina y solía escribirme una multitud de cosas a su respecto”. ¿Qué abarca esa “multitud de cosas”? Probablemente, lo que preocupaba a Nietzsche en ese momento: la transvaloración de los valores; el cuerpo identificado con la gran razón; el “ello” (un concepto fundamental de la segunda tópica freudiana) como instancia determinante de lo consciente; la naturaleza imperiosa de la voluntad de poder; la crítica de la moral judeocristiana dominante; su papel en la producción del malestar contemporáneo y la miseria sexual, como no sean las tesis de *La genealogía de la moral* sobre la culpa, la falta, la mala conciencia y otras que reaparecen apenas modificadas en los análisis freudianos.

El mismo Arnold Zweig confiesa a Freud su deseo de escribir una obra sobre el derrumbe de Nietzsche. Adjunta un primer borrador a este pedido epistolar, y recibe como respuesta una invitación a abandonar el proyecto. Con referencia a esta historia, Ernest Jones informa que Freud aconsejó a Zweig renunciar, “aunque admitía no saber con precisión por qué razones”. Podemos imaginar que la famosa nobleza nietzscheana que, en su juventud, le parecía inalcanzable, recuerda la psicología del zorro en la fábula de La Fontaine, que, al no poder llegar hasta las uvas, se aparta de ellas con el pretexto de que están demasiado verdes... ¿Nietzsche encarna un ideal del yo demasiado elevado para un discípulo incapaz de ponerse a su altura y que, debido a ello, quema lo que adora? La hipótesis me resulta tentadora...

3. EL FREUDISMO, ¿UN NIETZSCHEANISMO?

“Durante mi juventud, [Nietzsche] representaba para mí una nobleza que no estaba a mi alcance.”

SIGMUND FREUD, carta a Arnold Zweig, 11 de mayo de 1934

Es fácil comprender la resistencia opuesta por Freud a una persona a la cual, con toda probabilidad, debe tanto! Para él, el hecho de *ser hijo de*, de deber algo a un padre, lo sumía en estados psíquicos en los que mostraba un verdadero talento de asesino. Tener una deuda con Schopenhauer o Nietzsche era algo que estaba por encima de sus fuerzas libidinales... Ahora bien, muchos de sus conceptos hoy incorporados al vocabulario general suponen con frecuencia un trabajo cosmético destinado a disimular la reapropiación freudiana del material intelectual nietzscheano.

Si hay que dar crédito a los analistas que se codeaban con Freud en las reuniones de la Sociedad Psicoanalítica de Viena, los siguientes son los elementos del vocabulario freudiano que de Nietzsche pasaron a él: la etiología sexual de las neurosis; el papel de la inhibición de los instintos en la construcción de la civilización, la cultura, el arte y la moral; la lógica de la abreacción; las estrategias de la represión; la renegación y la escisión del yo; la huida hacia la enfermedad, la somatización; la fuente inconsciente de la conciencia; la importancia de la introspección en la producción de sí; la crítica de la moral cristiana dominante, culpable de generar patologías individuales y colectivas, y la relación entre culpa, mala conciencia y renuncia a los instintos. Este balance es el que se deduce exclusivamente de los dichos de los psicoanalistas, y eso, en compañía del propio Freud...

La lista recién mencionada bastaría para mostrar hasta qué punto el freudismo es un nietzscheanismo. Recordemos a las seseras formateadas que este último no se define como una adopción lisa y llana de todas las ideas de Nietzsche (por ejemplo el eterno retorno, la teoría de la voluntad de poder o el superhombre), sino como el pensamiento producido *a partir* de la cantera filosófica nietzscheana. En Freud no se encontrará nada sobre el reciclado de la teoría del eterno retorno de lo mismo o sobre el papel del arte musical en la construcción de una nueva civilización.

Nuestra pesquisa se beneficiaría también si detallara con minucia lo que el *Unbewusste* (el inconsciente) freudiano debe al *Wille* (la voluntad) de *El mundo como voluntad y representación* de Schopenhauer o al *Wille zur Macht* (la voluntad de poder) de *Más allá del bien y del mal*. Ese poder ciego que en los tres filósofos se erige en ley, domina, destruye toda posibilidad de libre albedrío, funda una tragedia de la necesidad y produce tantas ramificaciones como variaciones existen sobre un tema posible, mostraría de otra manera que el freudismo es un nietzscheanismo, y daría la razón a Adler, cuya perspicacia anuncia y enuncia el linaje que va de

Schopenhauer a Freud a través de Nietzsche. Pero ésa es una cantera con todas las de la ley...

Otra pista —y ése es el objeto de este libro— consiste en examinar cómo ilustra Freud la tesis de Nietzsche en virtud de la cual toda filosofía es confesión autobiográfica de su autor. Planteo la hipótesis de que aquí se encuentra el motivo esencial de la renegación de Nietzsche en Freud. Éste quiere ignorar lo que ya sabe: el hecho de que, en cuanto filósofo —cosa que él es y no dejará de ser—, crea a partir de sí mismo una visión del mundo para salvar su propio pellejo. Para Freud es imposible aceptar esa evidencia: contradice demasiado radicalmente su voluntad proclamada de establecerse en el terreno científico de la prueba, la demostración, el método experimental, la mesa de laboratorio, la observación clínica, lo universal. Sus flechas procuran dar en ese centro del blanco nietzscheano: toda filosofía procede de una autobiografía.

Leamos *La gaya ciencia*: “Todo el disfraz inconsciente de necesidades fisiológicas bajo la máscara de la objetividad, la idea, la pura intelectualidad, es capaz de tomar proporciones pavorosas, y con bastante frecuencia me he preguntado si la filosofía, en resumidas cuentas, no habrá consistido meramente en una exégesis del cuerpo y un malentendido del cuerpo”. Freud disfrazó inconscientemente sus necesidades fisiológicas y reivindicó la objetividad.

En él, el disimulo y el disfraz de esas evidencias adoptan un cariz extraordinario. El psicoanálisis constituye la exégesis del cuerpo de Freud, y nada más. Pero Freud afirma exactamente lo contrario: el psicoanálisis es exégesis de todos los cuerpos, salvo el suyo... Para una mirada sagaz, esa disciplina representa la lectura subjetiva de una tragedia existencial personal marcada por el sello del deseo incestuoso; pretende ser —para Freud el primero, claro está— una teoría científica del mundo de los instintos y la psique colectiva. Para decirlo sin rodeos: Freud niño desea a su madre con un fantasma de incesto; Freud adulto teoriza la universalidad de un presunto complejo de Edipo. Cualquier hijo de vecino encontrará en Nietzsche la clave, la llave de esta aventura. Freud no quería oír hablar de ella; sabía que habría una habitación oscura llena de ratas reventadas, serpientes vengativas, gusanos hambrientos...

Leamos *Más allá del bien y del mal* (primera parte, § 5):

Lo que nos mueve a dirigir a los filósofos, en su conjunto, una mirada en la que sólo se mezclan desconfianza y burla, no es tanto descubrir en todo momento qué inocentes son, cuántas veces y con qué facilidad se engañan y se extravían; en suma, cuánta puerilidad, cuánto infantilismo muestran, sino ver con qué falta de sinceridad elevan un concierto unánime de virtuosas y ruidosas protestas cuando se toca, por mínimo que sea, el problema de su sinceridad. Todos hacen como si hubieran descubierto y conquistado sus propias opiniones mediante el ejercicio espontáneo de una dialéctica pura, fría y divinamente impasible (a diferencia de los místicos de todo tipo, que, más honestos y palurdos, hablan de su “inspiración”), cuando lo que defienden por razones inventadas a posteriori es las más de las veces una afirmación arbitraria, un antojo, una “intuición” y, con mayor frecuencia aún, un deseo muypreciado pero depurado y cuidadosamente pasado por el tamiz. Son todos, mal que les pese, los abogados y a menudo hasta los astutos defensores de sus prejuicios, que ellos llaman “verdades”.

Texto temible, considerable, texto revolucionario en la historia de la filosofía, porque anuncia por primera vez que “el rey está desnudo” y descompone el cuadro en sus detalles: el filósofo pretende apoyarse en la razón pura, reivindica el uso de la

dialéctica, aspira a la objetividad, pero su motor es la intuición, como en los místicos; son caprichos los que movilizan sus tesis; se cree libre, cuando en realidad obedece a la voluntad de poder, un poder más fuerte que él que lo lleva donde quiere; se dice dueño de sí mismo, pero erra como esclavo y servidor de sus instintos, sus deseos secretos, sus aspiraciones íntimas. ¿Lo que llama sus verdades? Prejuicios...

Freud no puede, no quiere escuchar ese discurso. Una parte de sí mismo sabe que Nietzsche dice la verdad en general y en particular; otra insiste en persuadirlo de lo contrario. Ese perpetuo tropismo de atracción y repulsión se arraiga en aquella verdad escrita en los libros del filósofo, sin duda, pero también en el discurso desarrollado y desplegado por Lou Andreas-Salomé en su obra, transmitido a Freud por el doctor Paneth, el amigo del solitario de la Engadina de quien él habla tres veces en *La interpretación de los sueños* como de un “amigo”. Sin mencionar las reuniones de la Sociedad Psicoanalítica, donde el comentario del *Ecce Homo* no puede evitar esa tesis desarrollada a lo largo de toda una página en el libro.

De modo que: o bien uno acepta la verdad de lo afirmado por Nietzsche, y se condena a lo singular y lo particular, y el filósofo es entonces un artista como cualquier otro, un esteta, un literato, o bien recusa, niega, se afana en la renegación. Mejor: reivindica una posición en las antípodas. Así, “lo que Nietzsche escribe es justo, pero sólo incumbe a los filósofos; ahora bien, yo soy un psicoanalista, un científico; en consecuencia, ese análisis no me concierne. ¡Vale para Spinoza o Kant, si no para Platón, sobre quienes Nietzsche ejerce su método con una crueldad arrebatadora, pero no para Kepler o Galileo, Darwin o... yo mismo!”.

Por lo tanto, Freud proclama a voz en cuello que no es un filósofo. Que no le gusta la filosofía. Que es un hombre de ciencia. Con todo, el inventor del psicoanálisis no es más científico que Shakespeare o Cervantes, para citar a dos de sus autores preferidos. Gústele o no, es un filósofo que, con sus intuiciones, elabora verdades presuntamente universales. Piensa a partir de sí mismo, con la mira puesta en su salvación personal. Su teoría procede de su confesión autobiográfica, y ello de la primera a la última línea de su obra. Singularmente, y siempre afectado por la incapacidad de ver en él lo que pretende discernir con tanta claridad en los otros, Freud explica lo que define la filosofía: la proposición de una visión del mundo, y luego desarrolla sus teorías a lo largo de más de medio siglo proponiendo... una visión del mundo. ¡Pero que nadie diga jamás que es un filósofo!

Freud leyó mucho, sobre todo filosofía. Pero como no quiere decir qué, cuándo, cómo, ni revelar las fuentes, las influencias, sus relaciones con tal o cual gran pensador, si no con tal o cual gran pensamiento, debemos proceder a la manera de arqueólogos y buscar por doquier los afloramientos, rastrear huellas y, sobre todo, encarar excavaciones donde parezca que el *filósofo* Freud tomó préstamos de la filosofía para constituir su visión del mundo, recubierta con el bello atuendo de la ciencia.

Con el objeto de mostrar que la autobiografía está en el origen del pensamiento o los conceptos, examinaremos un espécimen de noción inventada por él para justificar su exclusión de la filosofía y los filósofos. Veremos aquí como en otros lugares —en otras palabras, en él como en todos los demás— que un concepto no cae del cielo,

sino que sube de un cuerpo a fin de justificar sus dinámicas pulsionales. Ese concepto se denomina *criptomnesia*. A la vista y el conocimiento de lo que encubre, tal vez se comprenderá hasta qué punto esta noción procede, más que ninguna otra, de la autobiografía...

La palabra aparece en una obra publicada por Freud en debida forma, pero también en una carta a Doryon del 7 de octubre de 1938. *Criptomnesia* figura, en efecto, en “Análisis terminable e interminable” (1937), para respaldar un análisis de las fuentes de la *pulsión de vida* y la *pulsión de muerte*, un par de nociones introducidas en *Más allá del principio de placer*, de 1920, cuando Freud propone una reformulación de su sistema tópico pulsional.

En la obra freudiana, la primera de esas dos pulsiones apunta a conservar la vida y mantener la cohesión de la sustancia viviente, su unidad y su existencia, mientras que el objetivo de la segunda es destruirla y volver al estado anterior a la vida, esto es, la nada. Designa asimismo lo que una de las discípulas de Freud, Barbara Low, llama *principio de nirvana*, una expresión que él retoma sin mención específica de su autora. Freud simula pues asombrarse cuando, al discurrir sobre el par Eros/Tánatos, explica que Empédocles de Agrigento ya había propuesto una teoría bastante parecida.

El filósofo de Agrigento elabora esa tesis en el siglo V a. C. y señala en su gran poema sobre la naturaleza que todo se reduce a un combate entre el amor y la guerra, dos fuerzas activas en los cuatro elementos constitutivos de lo real. La primera fuerza aglomera las partículas; la segunda disgrega la aleación. Lo real se constituye por la alternancia perpetua de esas pulsiones propias del movimiento del mundo. ¿Podría la teoría freudiana de la pulsión de vida y la pulsión de muerte deber algo al texto filosófico de Empédocles? Freud evita responder si lo ha leído o no, pero señala haber “reencontrado” su teoría en “una de las figuras más grandiosas y asombrosas de la historia de la cultura griega”. Sigue un panegírico de los talentos excepcionales de ese hombre a quien “sus contemporáneos [...] veneraban como un dios”.

En la época, esta teoría de las dos pulsiones no se granjea la adhesión de la comunidad psicoanalítica. Ahora bien, a Freud no le gusta que se le resistan. Por ello, su alegría estalla a la luz del día cuando puede oponer a esa resistencia de la corporación el genio de un filósofo presocrático que ha pensado lo mismo que él. De un lado, la impericia de una camarilla psicoanalítica incapaz de comprender su talento; de otro, Empédocles, quien, con un poco de suerte y a despecho de la cronología, también habría podido ser un freudiano sin saberlo...

Fortalecido con el patrocinio de Empédocles, Freud está casi dispuesto a afirmar la identidad de las teorías del pensador de Agrigento y las suyas. Pero la cosa es imposible. Ni hablar de comparación con un filósofo o una filosofía... En consecuencia, hay una diferencia fundamental: la teoría “del griego es una fantasía cósmica, mientras que la nuestra se ciñe a pretender una validez biológica” (p. 261) [XXIII, p. 247]. Volvemos a un terreno conocido: ¿de un lado, la intuición, la imaginación, y de otro, la ciencia! Aquí, Empédocles; allí, Freud. O bien: ayer, una poética de la ensoñación; hoy, una doctrina de la verdad.

¿Freud leyó a Empédocles? Si la respuesta es afirmativa, ¿sacó de él un beneficio intelectual al adaptar la teoría presocrática de la lucha entre el amor y la guerra a su

teoría de las dos pulsiones? Leamos lo que dice sobre la cuestión de la anterioridad de esa teoría: “A esta corroboración sacrifico de buena gana el prestigio de la originalidad, tanto más cuanto que, dada la extensión de mis lecturas en años tempranos, nunca puedo estar seguro de que mi supuesta creación nueva no fuera una operación de la criptomnesia” (p. 260) [XXIII, p. 246].

La criptomnesia define aquí, por lo tanto, el enterramiento inconsciente de una referencia adquirida por la lectura, y su posterior surgimiento inopinado en la elaboración de una teoría que se pretende exclusivamente salida de su mente virgen. ¡El teórico del funcionamiento inconsciente no considera necesario analizar con mayor profundidad ese bonito concepto tomado de Théodore Flournoy, una noción tan práctica para justificar que tal vez uno haya leído, que ya no se acuerda y que, vista la ausencia de recuerdo, la referencia antigua no tiene papel alguno en su epifanía contemporánea! El autor de una *Psicopatología de la vida cotidiana* recordaría a Freud que el olvido mantiene una relación extremadamente íntima con el inconsciente, y que detrás de ese tipo de aventura siempre se perfila la sombra de Edipo, de un padre que amenaza castrar a su hijo con un cuchillo o de una madre con la cual uno tiene ganas de acostarse...

Resulta difícil, entonces, señalar las fuentes filosóficas del pensamiento de un filósofo que no quiere serlo y aspira a la condición de científico. Pero gravosas presunciones pesan sobre el criptomnésico. He aquí una lista de los préstamos posibles tomados sólo en el mundo de la filosofía antigua: Empédocles y su teoría del par amor/destrucción & pulsión de vida/pulsión de muerte, como acabamos de ver; el basamento ontológico del “conócete a ti mismo” socrático & la necesidad de la introspección y más tarde del autoanálisis en la construcción de uno mismo; numerosos puentes, aunque Freud los niegue, entre *La interpretación de los sueños* de Artemidoro & el método simbólico de *La interpretación de los sueños* de Freud; la técnica de Antifonte de Atenas, quien, para curar patologías, hacía hablar a la gente, que a continuación pagaba por haber aliviado su conciencia, & el famoso dispositivo analítico del tratamiento por la palabra rentable; la teoría del andrógino en el discurso de Aristófanes del *Banquete* de Platón & la teoría freudiana de la bisexualidad (Freud cita esta fuente en *Tres ensayos de teoría sexual*).

Pasemos a los contemporáneos de Freud. Los elementos tomados de los científicos abundan, y trabajos voluminosos y definitivos (sobre todo Henri F. Ellenberger en su *Historia del descubrimiento del inconsciente* y Frank J. Sulloway en *Freud, Biologist of the Mind*) establecen las filiaciones, los puntos de paso, las influencias disimuladas, el material utilizado positiva o negativamente y todo lo que demuestra el arraigo de Freud en un terreno intelectual, sociológico, filosófico, pero también anatómico, histológico, fisiológico, biológico, químico, físico, neurológico, y hace polvo la leyenda de un sabio recompensado por la gracia tras un largo y paciente trabajo de observación científica, casi siempre sobre sí mismo, y nadie más.

Volvamos a Nietzsche. Dejemos de lado lo que ya se ha dicho. Agreguemos lo que no habrán advertido en su tiempo los primeros compañeros de ruta del psicoanalista. En *Más allá del bien y del mal*, Nietzsche apela claramente a “una psicología de las profundidades” inédita, nunca vista, que debe buscarse y encontrarse, si no, dice,

“inventarse”. Esa psicología será “morfología y teoría general de la voluntad de poder” (p. 12): ¿ninguna relación con un *psico-análisis* matriz del psicoanálisis?

Si agrupamos una serie de tesis diseminadas por el filósofo, que nunca dedicó una obra específica a la cuestión, encontramos numerosas hipótesis, intuiciones, afirmaciones, pistas, opiniones que reaparecen a continuación apenas transfigurados, como no sea por la magia de los neologismos, en el corpus freudiano. Así, en *Humano, demasiado humano*: la idea de que la madre actuaría como prototipo psíquico del esquema femenino sobre cuya base cada hombre construiría su relación con el otro sexo & la madre como *primer objeto de investidura libidinal*; la afirmación según la cual, si no tenemos un buen padre, tenemos que crearlo & el *ideal del yo* freudiano; en *Así habló Zaratustra*: la constatación de que el sueño procede de la economía del despertar y de que el sentido de cada uno de ellos está oculto en la vida cotidiana del soñante & la proposición freudiana del *sueño custodio del dormir*; en *La gaya ciencia*, pero también en *Más allá del bien y del mal*: el consciente tiene por origen un inconsciente instintivo y pulsional que es inaccesible al saber & la doctrina arquitectónica del *inconsciente psíquico*; en *La genealogía de la moral*: el papel dinámico del olvido como factor de mantenimiento del orden psíquico & la teoría freudiana de la *represión*; la relación entre práctica del ideal ascético y construcción de una identidad patológica & la *etiología sexual de las neurosis*; la constitución del alma por una vuelta de los instintos sobre ella misma & las dos tópicas de la *economía libidinal*; el papel patógeno de la civilización que, a través de la moral y la religión, sofoca los instintos, masacra la vida y genera malestares individuales y colectivos & el *papel inhibitor de la censura sobre el inconsciente* y luego, tras el cambio de paradigma de la segunda tópica, el *trabajo del superyó sobre el ello para constituir el yo*, sin hablar de toda la trama analítica de *El malestar en la cultura*; la implicación del autosacrificio en la economía de la producción de la crueldad & las relaciones entre *heridas narcisistas* y *genealogía del masoquismo*; la plástica de los instintos que, inhibidos aquí, salen en otra parte, transfigurados, & la doctrina de la *sublimación*, y para terminar, en *El Anticristo*, la puesta en perspectiva del odio al cuerpo, la incitación cristiana a renunciar a la vida aquí y ahora y la producción del nihilismo, la enfermedad de la civilización occidental, & la *crítica de la moral sexual dominante* y más adelante la denuncia del papel perverso de las *religiones como neurosis obsesivas colectivas*, otras tantas pistas para encarar la pesquisa de las criptomnesias freudianas en el solo terreno nietzscheano.

4. COPÉRNICO, DARWIN, SI NO NADA...

“como [...] no eran menores mi confianza en mi propio juicio y mi coraje moral.”

SIGMUND FREUD, *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico* (XII, p. 264) [XIV, p. 21]

“no soy, al menos que yo sepa, ambicioso.”

SIGMUND FREUD, *La interpretación de los sueños* (IV, p. 172) [IV, p. 156]

Todo el mundo recuerda el gesto de Napoleón, quien, en presencia del papa Pío VII y de una cantidad impresionante de grandes hombres de su tiempo que habían acudido a su coronación, se autocorona emperador, porque estima que nadie es lo bastante digno para ponerle la joya en la cabeza. Freud realiza el mismo tipo de gesto en un breve texto de 1917 titulado “Una dificultad del psicoanálisis”, escrito para una revista húngara en un contexto particular: acaba de enterarse de que el comité Nobel se ha negado a otorgarle su premio de ese año...

La dificultad mencionada en el título remite al registro afectivo y no al registro intelectual. Si el psicoanálisis no alcanza el éxito descontado, con la rapidez, la trascendencia, la perdurabilidad que Freud desea, si no se impone de inmediato, por completo, masiva y definitivamente, es porque la disciplina inflige una herida a la humanidad. Como es obvio, Freud no relaciona este texto y su fracaso en el Nobel, causalidad demasiado trivial para un hombre de ciencia que ha abrazado lo universal. Pero, sin darse cuenta de que se desliza de su caso personal a una extrapolación universal, el psicoanalista decepcionado, humillado, habla del *narcisismo*... de la humanidad. No el suyo sino —se ha leído bien— el de los hombres en su totalidad.

Freud afirma —he aquí la naturaleza de la herida en cuestión— que, según una expresión ya célebre, “el yo no es el amo en su propia casa” (XV, p. 50) [XVII, p. 135], porque en ella el inconsciente hace reinar su ley, descubrimiento reivindicado por el desafortunado candidato al Nobel... Al comprobar que no está en el centro de sí mismo, el hombre sufre pues una herida, ¡infligida por el herido del día a la totalidad de quienes viven en el planeta! Tenemos aquí, entonces, una “afrenta psicológica” (*ibid.*) [*ibid.*] que él se encarga de proclamar: donde se descubre al herido que hiere...

¿Cuáles son las dos heridas precedentes? La primera, la “afrenta cosmológica” (XV, p. 46) [XVII, p. 132], se debe a Copérnico y su demostración de que la Tierra no está en el centro del mundo, como afirma la vulgata cristiana, sino que gira alrededor del Sol, astro que ocupa aquel lugar. El hombre se creía en el punto justo del centro cósmico y resulta que ahora, con *Sobre las revoluciones de los orbes celestes*, descubre que la verdad astronómica no es el geocentrismo sino el heliocentrismo. De tal modo, navega en la periferia, perdido en un universo infinito.

Segunda herida narcisista, la “afrenta biológica” (*ibid.*) [*ibid.*] infligida por Darwin

con la publicación de *El origen de las especies* en 1859. Siempre en virtud de las enseñanzas de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana, los hombres creían en la Biblia a pies juntillas y tenían por verdadero el relato mitológico del Génesis: Dios había creado el mundo en seis días y luego consumado su creación con un hombre a su imagen, antes de tomar un descanso bien merecido el séptimo día, que muy oportunamente caía en domingo.

Ahora bien, hete aquí que Darwin, tras volver de dar una vuelta al mundo a bordo del *Beagle*, expone los resultados de su trabajo científico: el hombre no ha sido creado por Dios, sino que, por obra de una ley de la naturaleza llamada evolución de las especies, se encuentra al final de un proceso cuyo origen es un simio. Con ello, ya no existe, como cree la religión, una diferencia de naturaleza entre el hombre y el animal: lo que hay es una diferencia de grado. Esta verdad asesta un segundo golpe en la cabeza del hombre.

Ya conocemos la tercera herida narcisista: después del heliocentrismo copernicano y el evolucionismo darwiniano, se trata pues del psicoanálisis freudiano. Afrenta cosmológica, afrenta biológica, afrenta psicológica, pero —habrá de comprobarse—, en cada una de esas oportunidades, afrenta científica: al menos ése es el esquema del filósofo Sigmund Freud, que se instala con claridad en la corporación de los hombres de ciencia.

Apreciemos, de paso, que además de la inmodestia de inscribirse en vida en la estirpe que incluye a dos grandes y verdaderos sabios, a pesar de contar como único bagaje con unas pocas publicaciones, entre ellas *La interpretación de los sueños*, Freud no retrocede ante la megalomanía. Al contrario, redobra la apuesta y suma vanidad a su orgullo: si hay un podio para esos tres héroes, ¡es indudable que él no puede ocupar otro escalón que el primero! Por eso podemos leer, de su pluma, esta afirmación verdaderamente pasmosa: “Sin duda que la más sentida fue la tercera afrenta, la psicológica” (XV, p. 47) [XVII, p. 133], la suya. Y así, Copérnico y Darwin quedan transformados en buenos segundos *ex aequo*...

Comparemos esta increíble desfachatez con un análisis hecho en “Un recuerdo de infancia en *Poesía y verdad*”, un breve texto publicado en 1917, el mismo año, por tanto, que esa ceremonia de autocoronación. *Poesía y verdad* es el título de la autobiografía de Goethe. El poeta cuenta el único hecho que recuerda de su más tierna infancia: tira al suelo una pieza de la vajilla familiar y luego, alentado por tres chiquillos cómplices, lanza con entusiasmo una sucesión de proyectiles.

Este suceso antiguo, comparado con un caso similar expuesto en su diván, permite a Freud concluir que, al actuar así, el niño activa un pensamiento “mágico” (XV, p. 69) [XVII, p. 146], pues la vajilla rota remite a una situación particular: en el caso de Goethe, la llegada de un hermano menor cuya aparición amenaza la serenidad, la paz y la quietud del mayor. El intruso representa un peligro porque obliga al otro a compartir el afecto de sus padres. Amo de esa magia, Freud concluye que el lanzamiento de objetos pesados concierne a la madre. ¡Lanzamiento de cubiertos = rechazo del hermano menor! Pensamiento mágico, en efecto...

Goethe, *Poesía y verdad*, la escena de la vajilla rota, el caso similar en el diván: otras tantas ocasiones subterráneas de volver a su persona, sin indicarlo al lector, por supuesto. En una carta a Fliess, Freud señala hasta qué punto *sintió personalmente* lo

que pretende haber *deducido del análisis de un tercero*, al nacer su hermano menor: “había saludado la llegada de mi hermano, un año más pequeño que yo [muerto a los pocos meses], con malos deseos y verdaderos celos de niño y [...] su muerte dejó en mí un germen de reproches” (3 de octubre de 1897).

¿Freud tuvo malos deseos a la llegada de Julius, su hermano menor? *En consecuencia*, todo el mundo los ha tenido en el momento de nacer un hermano menor, que ha de ser para siempre y para todos un rival. Goethe también conoció, pues, como su par Freud, esa clase de sentimiento; la prueba es que tiró cubiertos al suelo, y por ende a su hermano... De ahí una teoría general presentada como una verdad universal y científica. Quienquiera que haya saludado la llegada de un hermano menor como un verdadero placer —yo, por ejemplo—, habrá disfrazado su sentimiento inconsciente de deshacerse de él.

Ese pequeño texto contiene otra perla en lo referido a Freud. Al poner a Goethe como punto de partida y de llegada, un trayecto habitual en la configuración del personaje, el psicoanalista concluye con una tesis que, en definitiva, obra como una confesión involuntaria: “Cuando uno ha sido el predilecto indiscutido de la madre, conservará toda la vida ese sentimiento de conquistador[3], esa confianza en el éxito que no pocas veces lo atrae de verdad”. Y después esto: “Goethe habría tenido derecho a iniciar su autobiografía con una observación como ésta: ‘Mi fuerza tiene sus raíces en la relación con mi madre’” (XV, p. 75) [XVII, p. 150]. Freud también.

Pues él fue desde su más tierna infancia el preferido de Amalia, su madre. Ésta creyó —y lo veremos en detalle un poco más adelante— que sería un genio, un héroe, un gran hombre, y se lo recordó regularmente. Freud pasó la vida tratando de darle ese placer, a falta de otro —sexual, éste— con el cual no dejó de fantasear. Que ese amor de ayer o antes de ayer justifique que se encarama hoy a un podio en compañía de Copérnico y Darwin, que se reserve incluso el primer lugar, que pretenda infligir una herida a la humanidad en respuesta a la herida que le inflige la humanidad al no reconocer su genio con el Nobel: tales las pruebas de la científicidad de las aseveraciones del filósofo vienés...

Señalemos en ese texto autobiográfico disimulado la palabra *conquistador*. Y comparémoslo a continuación con otra reivindicación de Freud presente en todos sus textos: se pretende científico, y ni hablar de ser filósofo. Pero entonces, ¿cómo puede reivindicar también, al mismo tiempo, la posición de *conquistador*? En una carta a Fliess escribe, en efecto:

No soy en absoluto un hombre de ciencia, un observador, un experimentador, un pensador. No soy otra cosa que un *conquistador* por temperamento, un aventurero si prefieres traducirlo así, con la curiosidad, la audacia y la temeridad de esa clase de hombres. Solemos apreciar a esas personas sólo cuando han conocido el éxito, cuando han descubierto verdaderamente algo, pero si no, las desechamos. Y esa actitud no es del todo injustificada. (1 de febrero de 1900.)

Que conste...

¿Quién piensa siquiera un momento que Hernán Cortés o Cristóbal Colón fueron científicos? Freud, que había leído tanto y sabía tantas cosas, aun cuando a veces se viera un poco afectado de criptomnesia, no podía ignorar que, para cualquier hijo de vecino, incluso medianamente culto, un *conquistador* define a un mercenario sin ley ni fe, impulsado por el afán de lucro, un bandido, a menudo fuera de la ley en su país,

que no retrocede ante ninguna inmoralidad para lograr sus fines. Debemos a los *conquistadores* genocidios, masacres, epidemias y pandemias, la propagación del tifus, la viruela y la sífilis, la destrucción de civilizaciones, matanzas en masa de poblaciones autóctonas, y todo para llenar sus cofres de un oro que ellos imaginaban abundante en las comarcas descubiertas por sus afanes con esa sola meta.

¿Dónde quedó el Freud que un mes antes había publicado en las primeras páginas de *La interpretación de los sueños* la afirmación de que era “un investigador de la naturaleza” (IV, p. 16) [IV, p. 18]? ¿Dónde está el Freud que más adelante precisa su método y sostiene que participa de un “procedimiento científico” de interpretación (IV, p. 135) [IV, p. 122]? ¿Dónde se oculta el Freud que habla del “tratamiento científico” (IV, p. 134) [IV, p. 121] de los centenares de sueños analizados en esa obra? ¿Cómo pueden coexistir con la reivindicación de la audacia del aventurero esas profesiones de fe emparentadas con proclamaciones que parecen destinadas a él solo, con el único designio de persuadirse? Aun Freud afirma que el tipo de individuo representado por el aventurero no es recomendable, no es agradable, y que hay motivos para rechazarlo, siempre que no haya descubierto nada, pues el fin justifica los medios...

Freud quiere dinero y celebridad, y debe talar el bosque en procura de ese El Dorado. Por el momento, relativamente entregado a los brazos de Fliess, propone su verdadero modo de uso: vacila en la oscuridad, habla con su amigo, le confía todo, sus enfermedades, sus malogros sexuales, sus dudas, su depresión recurrente, su cansancio de no tener ningún paciente, la falta de dinero, la imposibilidad de ganarse el pan, la falta de celebridad; da un paso adelante sin máscara y confiesa entonces su auténtica naturaleza: *es un aventurero*.

Cuando lo iluminan las candilejas, el discurso de Freud es otro. No es cuestión de descubrir su juego. En el escenario, no es un aventurero o un *conquistador* sino un hombre de ciencia. Me repito: el hombre privado que confiesa a su amigo Fliess no ser “en absoluto [*sic*] un hombre de ciencia, un observador, un experimentador”, afirma lisa y llanamente en sus libros que es “un investigador de la naturaleza”. ¿Qué hay que creer, entonces? La lectura y el análisis de la obra completa, su cruce con la correspondencia y las biografías muestran a las claras que aquí el epistológrafo dice la verdad...

Cuando reivindica la actitud del *conquistador*, no confía esa reivindicación a sus obras, claro está, sino a su correspondencia o a una conversación con Marie Bonaparte, una discípula psicoanalista que lo veía... ¡como una mezcla de Kant y Pasteur! Freud rechaza la comparación en los siguientes términos, transmitidos por Ernest Jones:

No es que sea modesto, nada de eso. Tengo en muy elevada opinión lo que he descubierto, pero no así a mi propia persona. Los grandes descubridores no son necesariamente seres superiores. ¿Quién cambió el universo más que Cristóbal Colón? ¿Y quién era éste? Un aventurero. Tenía, es cierto, energía, pero no era un gran hombre. Como ve, pues, se pueden descubrir cosas importantes sin ser pese a ello un gran hombre.

5. ¿CÓMO ASESINAR A LA FILOSOFÍA?

“De joven, no tenía otro anhelo vehemente que el del conocimiento filosófico.”

SIGMUND FREUD, carta a Fliess, 2 de abril de 1896

En su guerra total contra los filósofos y la filosofía, Freud no da cuartel: imbuido por completo de su pasión triste, mete en la misma bolsa a los materialistas y los idealistas, los ateos y los cristianos, los doctrinarios y los utilitaristas, los platónicos y los epicúreos, los antiguos y los modernos, los partidarios de Hegel y los amigos de Nietzsche, los espiritualistas y los positivistas, los místicos y los científicistas, los presocráticos y sus contemporáneos. Se trata de agruparlos en un inmenso conjunto para un incendio definitivo: Freud llega para poner fin a veinticinco siglos de errancias filosóficas.

Reproche fundamental: toda la corporación, sin excepción, ha pasado por alto su gran descubrimiento, el inconsciente. Poco importa que, antes de él, existan en filosofía las “pequeñas percepciones” de Leibniz, el “querer vivir” de Schopenhauer, el “inconsciente” de Hartmann o la “voluntad de poder” de Nietzsche, tan emparentados con su hallazgo mirífico, como no sean el “*conatus*” de Spinoza, el “*nisus*” de D’Holbach o Guyau, la “vida” de Schelling, conceptos apenas alejados del “plasma germinal” que él utiliza en abundancia desde el comienzo hasta el final de su obra: Freud ha tomado la decisión de librar una guerra total y será, pues, la guerra total.

¿Cuál es la naturaleza precisa del reproche? Para Freud, los filósofos que abordaron la cuestión lo hicieron mal: en efecto, piensan el inconsciente como una parte ignorada, oscura, desconocida de la conciencia. ¿La causa de este error? Su incapacidad para disponer de otro material de observación al margen de sí mismos. Agreguemos a ello su completa falta de interés por el sueño, la hipnosis y la clínica (al contrario de él, como ya se habrá comprendido). Mientras el pensador permanezca en su gabinete cubierto de libros sin preocuparse por sus sueños o los de sus pacientes, no dará con nada interesante, confiable, seguro y cierto.

Digámoslo de otra manera: como Kant no hipnotizó a ningún sujeto, jamás escribió una *Crítica de la ensoñación*, no pudo evaluar el efecto terapéutico de una curación con el uso de las técnicas de Charcot y no estudió sus sueños para proponer un análisis de su contenido, no puede decir nada bueno ni nada bien sobre el inconsciente o lo que escapa a la conciencia. Para replicar a Freud, podríamos aducir la dificultad de ser culpable de no haber practicado una actividad inexistente en su época. Que la hipnosis es una fórmula típicamente decimonónica cuyo ancestro cercano es la cubeta de Messmer y sus pases magnéticos. Y que la bata blanca del médico y el paciente tendido sobre una mesa de laboratorio no dispensan de errancias teóricas. Todo será en vano, puesto que, mientras el filósofo no sea psicoanalista, no

dirá nada inteligente sobre el tema. Por doquier encontramos, en la pluma de Freud, la idea de que, si uno mismo no es analista o analizado, no disfruta de legitimidad alguna para emitir un juicio sobre la disciplina. El cerrojo intelectual es, pues, inviolable: toda declaración filosófica sobre el inconsciente, al no emanar de un psicoanalista, es por principio nula y sin valor...

En la trigésimo quinta de las *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*, Freud especifica sus reproches a la filosofía. Esta disciplina se define por su proposición de una visión del mundo, y en eso se equivoca. Ahora bien, ¿qué es una visión del mundo? Una “construcción intelectual que soluciona de manera unitaria todos los problemas de nuestra existencia a partir de una hipótesis suprema; dentro de ella, por tanto, ninguna cuestión permanece abierta y todo lo que recaba nuestro interés halla su lugar preciso” (p. 242) [XXII, p. 146].

Pero ¿acaso el psicoanálisis no se ajusta más que cualquier otra disciplina a esa definición? ¿No es la más reciente visión del mundo, la más cerrada, la más hermética, la más totalizadora, la más unitaria, la más global? ¿No ha abordado todos los temas con la pretensión, por medio de la hipótesis suprema del inconsciente, de resolver todos los enigmas: las razones del arte, el nacimiento de la religión, la construcción de los dioses, la genealogía moral, la procedencia del derecho, el origen de la humanidad, la lógica de la guerra, los arcanos de la política, las actividades conscientes o inconscientes de los individuos, el sentido de sus sueños, de sus más mínimos gestos, la significación de los lapsus, de los actos fallidos, del chiste, de la ironía, del humor, de la broma, los misterios de toda vida sexual, desde la masturbación en el vientre de la madre hasta los fuegos fríos de una sublimación, pasando por las variedades de la vida de alcoba? ¿Quién pretende explicar las enfermedades mentales, las alucinaciones de toda índole, las psicosis, las neurosis, las paranoias, las crisis de histeria, las fobias y toda la psicopatología de la vida cotidiana? ¿No es Freud el que piensa que una palabra deformada en una conversación, un manojito de llaves perdido, un silencio sostenido, una inflexión de la voz, la elección de una profesión o una pareja sexual, una preferencia o una aversión alimentaria, y mil otras cosas, son pasibles de una explicación psicoanalítica que termina siempre por invocar la famosa hipótesis suprema del inconsciente?

¿No es menester una visión del mundo extremadamente totalizadora para explicar el nacimiento del fuego por la inhibición del júbilo habitual que provoca el rociarlo con orina? ¿No hay uso, si no abuso de *visión del mundo* cuando, en *El malestar en la cultura*, para que no falte una enésima explicación de *todo lo que recaba nuestro interés* —digámoslo con sus propias palabras—, el filósofo que no quiere serlo diserta sobre la concepción fálica originaria de la llama, sobre la homología entre la extinción del fuego con su chorro de orina y el acto sexual con un hombre, y sobre esa micción como goce de la potencia masculina sin la competencia homosexual? Con ello, quienquiera que aguante las ganas de rociar el fuego lo dominará, lo controlará y hará suya la potencia que él confiere. Se comprende así por qué razones —anatómicas, en este caso— la mujer no pudo participar de ese juego y se vio obligada a guardar lo que el hombre había obtenido al refrenarse de mear las llamas cuando le viniera en gana... ¡Freud afirma esto con mucha seriedad y, a modo de

conclusión, aclara que, para sostener esas verdades universales, se apoya en “las experiencias analíticas” (p. 277) [XXI, p. 89] realizadas por él mismo sobre la base de su método! Es fácil de entender que un filósofo armado de su mera imaginación no habría llegado a similares conclusiones, toda vez que semejante resultado exige, en efecto, la clínica, el diván, la observación prolongada y paciente...

¿No se mueve Freud en una *visión del mundo* cuando propone su hipótesis —científica, a no dudar— sobre el origen de la música y, en continuidad con el registro escatófilo que nos instruye más acerca de él que acerca del mundo, escribe a Stefan Zweig: “Al analizar a varios músicos, he advertido un interés especial, y que se remonta a su infancia, por los ruidos que se producen con los intestinos. [...] Un fuerte componente anal en esa pasión por el mundo sonoro” (25 de junio de 1931)? Gustav Mahler, analizado por el maestro en persona a lo largo de cuatro horas (!) de caminata por las calles de Leiden (Holanda), habrá contribuido a buen seguro a la elaboración de ese material científico...

Freud opone dos maneras de aprehender el mundo: por un lado, la del arte, la religión y la filosofía, pérfidamente asociadas en su pluma (todo el mundo sabe, en efecto, la estima que profesa a la religión), y por otro, la del psicoanálisis, es decir, la suya. Los primeros proponen fábulas estéticas, alegorías literarias, mitologías religiosas, ficciones filosóficas; los segundos —el segundo, pues, en virtud de la ley del *primus inter pares*— presentan verdades científicas obtenidas gracias a la observación clínica, como cualquiera habrá podido comprobar en el caso de la orina del rociador ontológico o el pedo del concertista.

En *Inhibición, síntoma y angustia* (1926), Freud se desata una vez más y engrosa la causa instruida contra la filosofía:

Yo no soy en modo alguno partidario de fabricar cosmovisiones. Dejémoslas para los filósofos, quienes, según propia confesión, hallan irrealizable el viaje de la vida sin un Baedeker así, que dé razón de todo. Aceptemos humildemente el desprecio que ellos, desde sus empinados afanes, arrojarán sobre nosotros (p. 214) [XX, p. 91].

¡Pasemos rápidamente por alto la invocación de humildad hecha por un hombre que ignora esa virtud! Detengámonos en el presunto desprecio de que darían prueba los filósofos ante las invenciones de su colega: ¿quiénes? ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿En qué revistas o publicaciones? ¿Cuántos libros se escribieron contra Freud en esa etapa de su existencia? Su alegación es una muestra de paranoia, puesto que nada en la historia verifica la hipótesis de una mirada altanera, desdeñosa, lanzada sobre la nueva disciplina por filósofos sin nombre ni rostro. Airado, Freud prosigue hablando del “barullo de los filósofos”, aquellos que, poseídos por la angustia, cantan en la oscuridad. A esa cohorte de estúpidos, opone el científico, su lento y paciente trabajo clínico, las horas incontables que pasa observando, examinando casos, comparando, cruzando informaciones, para luego, con mucha prudencia y tras numerosas verificaciones experimentales, proponer modestamente las conclusiones de su labor.

Podríamos retribuir a Freud el tono que él utiliza, el menosprecio, los insultos, la agresividad, los juicios inapelables sobre los filósofos vociferantes, coprófilos y ciegos que cantan en medio de las tinieblas, y preguntarnos el porqué de tanto odio.

Él, que sin razones ni pruebas, sin nombres ni referencias, pretende que los filósofos lo miran desde arriba, mira con arrogancia a los filósofos y da pruebas de ello, sin olvidar por su parte los nombres y menos aún la criminalización a través del diagnóstico: acordémonos de Nietzsche, el invertido que frecuentaba burdeles masculinos.

La intención de Freud es, por tanto, dar muerte a la filosofía: asesinarla, para ello, con un arma cuyo nombre es psicoanálisis. La temática de la *muerte de la filosofía* hará correr ríos de tinta (filosófica), suscitará numerosos libros (filosóficos), seguidos de abundantes debates (filosóficos); tiene sus raíces en ese proyecto freudiano de terminar con una disciplina de la pura afirmación y, guiado por el fantasma positivista más grande del siglo XIX, asegurar el advenimiento de la ciencia. De Marx a Freud pasando por Auguste Comte, esta fantasía arrastra a muchas grandes mentalidades, pero siempre evitó a Nietzsche.

¿Cómo terminar con veinticinco siglos de filosofía europea? Demostrando que se presenta como una ciencia, que adopta en apariencia su método, pero que, en el fondo, no es nada de eso. En 1913, en “El interés por el psicoanálisis”, Freud —que, recordémoslo, no tendría el fantasma de la visión del mundo— cuenta que su disciplina tiene cierto interés para: la psicología, la lingüística, la biología, la psiquiatría, la filogénesis, la sexualidad, las artes, la sociología, la pedagogía, la cultura, la psicología de los pueblos, la mitología, el folclore, la religión, el derecho, la moral y, por supuesto, la filosofía.

También se puede asesinar a la filosofía de otra manera: probando que en todo momento ha hecho caso omiso del inconsciente, puesto sin cesar del lado de lo místico, lo inasible o lo imposible de descubrir, otras tantas aserciones falsas, lo hemos visto, cuando se trata de los dos pensadores que ejercieron la mayor influencia sobre Freud, Schopenhauer y Nietzsche, por no mencionar a Eduard von Hartmann. Esa arma fue de mucha utilidad en el proceso parcialmente exitoso de ejecución de la filosofía en nombre del psicoanálisis que generó las famosas ciencias humanas, y en el cual se hundieron numerosas víctimas de esta creencia originada en Freud.

Para terminar, podrán darse los últimos toques al crimen si se echa a la filosofía en el diván para hacerle decir lo que contiene de inconfesable en sus entresijos. Las nuevas perspectivas propuestas por el psicoanálisis a la filosofía consisten, pues, en este programa seductor: la gracia de un diagnóstico de neurosis obsesiva, un tratamiento gratuito de desintoxicación de esta patología mediante la práctica regular del análisis. Puesto que, para Freud, el buen filósofo es, o bien un filósofo muerto, o el que se ha pasado al campo del psicoanálisis.

¿El arma del crimen? La “psicografía” (XII, p. 113) [XIII, p. 182] de la personalidad filosófica. Se trata de partir al descubrimiento de las pulsiones anímicas, los trayectos instintivos, las lógicas inconscientes, los complejos genéticos, y buscar un hilo de Ariadna capaz de devanarse en el laberinto de ese tipo de personalidad particularmente cargada —tal vez debido a una infrecuente delicadeza, Freud habla de “personas de sobresalientes dotes individuales” (*ibid.*) [XIII, p. 181]—, a fin de comprender al filósofo y por tanto su filosofía. Idea nietzscheana como pocas...

El hombre para quien, según escribía a su novia, toda biografía era imposible e

inútil cuando se trataba de la suya, dice ahora que es factible y necesaria cuando se trata de todos los demás, pues el psicoanálisis puede “pesquisar la motivación subjetiva e individual de doctrinas filosóficas pretendidamente surgidas de un trabajo lógico imparcial, y hasta indicar a la crítica los puntos débiles del sistema” (XII, p. 113) [XIII, p. 182]. ¡Una demostración bella como una página de *La gaya ciencia*! Habida cuenta de que Nietzsche disfruta de la anterioridad del descubrimiento, se me permitirá proponer este ejercicio de “psicografía” con la persona y la figura de Sigmund Freud. He aquí, pues, una *psicografía nietzscheana* del inventor del psicoanálisis.

SEGUNDA PARTE

GENEALOGÍA

La cabeza de Freud niño

*Tesis 2: El psicoanálisis no supone una ciencia,
sino una autobiografía filosófica*

1. UNA “PSICONEUROSIS MUY GRAVE...”

“Mi fuerza tiene sus raíces en la relación con mi madre”

SIGMUND FREUD, “Un recuerdo de infancia en *Poesía y verdad*” (XV, p. 75) [XVII, p. 150].

Una psicografía de Freud toma nota, pues, de la ambivalencia entre la atracción por la filosofía en su juventud y la repulsión posterior durante gran parte de su vida. Advierte asimismo la presencia de una suerte de *Aufhebung* que le permite volver a amar sin aborrecer, al mismo tiempo que integra el aborrecimiento... En 1896, año de su invención del psicoanálisis, Freud, en efecto, escribe lo siguiente a Fliess: “De joven, no tenía otro anhelo vehemente que el del conocimiento filosófico, y ahora estoy a punto de cumplirlo al pasar de la medicina a la psicología. Me he convertido en terapeuta a mi pesar” (2 de abril de 1896). Psicoanalista, por lo tanto, ya que no ha podido ser filósofo.

Ese mismo año, algunos meses antes, también había afirmado esto con referencia a su rodeo por la medicina: “Abrigo en lo más profundo de mí la esperanza de alcanzar por el mismo camino *mi primera meta: la filosofía*. A eso aspiraba en un comienzo, antes de haber comprendido con claridad por qué estaba en el mundo” (1 de enero de 1896). ¡La cursiva es de Freud! Queda dos veces dicho, por consiguiente, que su primer anhelo es la filosofía, en el momento preciso en que aparece la palabra *psicoanálisis*, con la cual él parece reencontrar su amor de juventud. Por eso afirmo claramente que *el psicoanálisis es la filosofía de Freud* y no una doctrina científica de validez universal.

Maquillado con la apariencia del científico, Freud lleva a cabo su actividad de filósofo en el registro de la autobiografía existencial. Dejemos a la leyenda, al relumbrón de los mitos elaborados por su propia iniciativa, las reivindicaciones estruendosas de Copérnico y Darwin, y tengamos presente la idea de la aventura audaz del *conquistador*. Resta saber qué es lo que este nuevo Cristóbal Colón ha descubierto verdaderamente: ¿un inmenso continente y regiones extendidas hasta el infinito o el pequeño coto cerrado de una verdad existencial subjetiva? ¿Una América remota o un principado en la puerta de su casa? Como no sea nada en absoluto: ¿una ilusión, una aparición, un espejismo en el desierto del pensamiento?

Freud da pistas en su prefacio a la segunda edición de *La interpretación de los sueños*. Es cierto, la voluminosa obra se presenta como una máquina de guerra capaz de cortar en dos la historia de la humanidad: habrá un antes y un después del descubrimiento del inconsciente psíquico. La datación simbólica adelantada a 1900 va en ese sentido, puesto que Freud sabe, cree, quiere que ese libro abra un nuevo periodo, inaugure un nuevo siglo, marque un progreso en la humanidad. Un nuevo cómputo para un calendario exclusivamente construido sobre la *ciencia* nueva.

Pero ese libro de *ciencia* delata en cada página una obra autobiográfica. El propio Freud nos lo advierte: las páginas publicadas constituyen un fragmento de un autoanálisis. El autor se vale de sus sueños, propone una introspección analítica en la gran tradición socrática de las *Confesiones* de Agustín, los *Ensayos* de Montaigne, *Las confesiones* de Rousseau, el *Ecce Homo* de Nietzsche, por no mencionar más que los monumentos del pensamiento occidental. *La interpretación de los sueños* se sitúa en ese linaje... filosófico.

¿Quién podría negarlo, cuando su autor mismo pone las cartas sobre la mesa? En primer lugar: el material de ese libro está constituido por sus propios sueños y su análisis. En segundo lugar, esta confidencia personal sobre la genealogía de la obra:

Es que para mí el libro posee otro significado, subjetivo, que sólo después de terminarlo pude comprender. Advertí que era parte de mi autoanálisis, que era mi reacción frente a la muerte de mi padre, vale decir, frente al acontecimiento más significativo y la pérdida más terrible en la vida de un hombre. Después de que lo hube reconocido, me sentí incapaz de borrar las huellas de esa influencia (IV, p. 18) [IV, p. 20].

El *conquistador* parte a la conquista de un territorio desconocido, es cierto, pero el destino no parece muy lejano, a saber: la parte oscura que lo atormenta. Su correspondencia con Fliess, otro autoanálisis, lo muestra de manera permanente enfrentado a sus migrañas, sus hemorragias nasales, sus problemas intestinales, su humor depresivo, sus malogros sexuales, su cansancio, sus somatizaciones, su inspiración agotada. Su estado de ánimo debía ser muy malo para que Ernest Jones, el fiel discípulo, el hagiógrafo jamás falto de astucia para presentar a su héroe bajo su mejor luz, el hombre incondicional que tuerce la historia para que coincida siempre con la curva de la leyenda, escribiera sin tapujos que Freud padecía “de una psiconeurosis muy grave entre 1890 y 1900”.

En su correspondencia, Freud habla dos veces (el 14 de agosto y el 3 de octubre de 1897) de su *histeria*: “Atravieso ahora un periodo huraño. El principal paciente que me ocupa soy yo mismo. Mi pequeña histeria, fuertemente acentuada por el trabajo, ha avanzado un poco en su solución. Aún quedan ocultas otras cosas. Y mi humor depende en primer lugar de ellas”. El trabajo del *científico* afecta pues al paciente, porque parece acentuar su tropismo histérico. El autoanálisis de Freud hace correr ríos de tinta en la abundante biblioteca freudiana. Tiene un lugar central, dado que su autor afirma que funda la disciplina. Pero, paradójicamente, él nunca le dedicó un texto específico. ¿Cómo es posible que ese concepto fundamental no haya sido jamás objeto de ninguna exposición en una obra completa tan voluminosa?

Una vez, en *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico*, Freud explica que un buen autoanálisis basta para ser psicoanalista si uno no es “demasiado anormal” (XII, p. 263) [XIV, p. 19] o neurótico, pero entre bastidores escribe a Fliess (14 de noviembre de 1897) que su propio autoanálisis no muestra ningún adelanto, se estanca, cosa que, después de todo, es lógica, puesto que si fuera posible no habría enfermedades causadas por la represión. Finalmente, en el congreso de 1922 de la Asociación Psicoanalítica Internacional, los analistas, a propuesta de Sándor Ferenczi, concluyen que la solución es el “análisis didáctico” efectuado con otro analista, por su parte también analizado. Sobre la base del principio del primer motor inmóvil o de la causa incausada de Aristóteles, el autoanálisis sólo puede funcionar

para el inventor del psicoanálisis y para nadie más... Los otros deberán tenderse sobre un diván oficialmente certificado por Freud o un freudiano.

Los historiadores del psicoanálisis se pelean para datar el autoanálisis de Freud. ¿Cuándo empieza? ¿Y cuándo termina? ¿Fue constante, regular, o se interrumpió por momentos? Si es así, ¿cuánto tiempo? Por lo común, los biógrafos transfiguran esta aventura —banal, a fin de cuentas— en jugada genial saludada como una audacia sin nombre, una actitud valerosa, un hecho excepcional, una tentativa heroica y perseverante, una realización grandiosa, una tarea ardua. Llueven los calificativos cuando se trata de esta introspección común y corriente a la cual invitan todos los filósofos estoicos de la Antigüedad, porque constituye para ellos uno de los grandes ejercicios espirituales de la práctica existencial de su disciplina... *Selbstdarstellung* significa simplemente presentación, descripción, análisis de sí. No hay motivo para hablar, como lo hace Jones, del “carácter único de esta hazaña” (vol. 1, p. 351).

Podríamos imaginar que el periodo del autoanálisis abarca el de la correspondencia con Fliess —vale decir, de 1887 a 1904—, durante el cual Freud enviaba a su amigo, en promedio, una carta cada diez días, además de gruesos manuscritos, entre ellos el del *Proyecto de psicología* (1895). De hecho, esa correspondencia, de carácter muy íntimo, que no evita nada y supone la puesta al desnudo de los protagonistas, podría servir a Freud para *ponerse a prueba a sí mismo* con un tercero como testigo, si no como espejo. Su palabra epistolar equivaldría a la voz articulada frente al terapeuta. Al escribir (a Fliess), se escribiría (a sí mismo). El asunto del plagio que sirve de pretexto a la ruptura no constituye un verdadero motivo: Wilhelm Fliess reprocha a Freud haber dejado filtrar sus propias tesis sobre la bisexualidad al confiar a otros lo que estaba al abrigo de la correspondencia entre los dos amigos. Freud, que no sabía en efecto mantener la reserva —confesión del propio Jones (vol. 2, p. 433)...— y que durante su prolongada carrera traicionó en muchas ocasiones el secreto profesional, rompió con alguien a quien adoraba. Si Anna hubiese sido un varón, habría llevado su nombre de pila.

¿De qué nos enteramos al leer esa correspondencia? Descubrimos a Freud el hombre, lejos de la exposición legendaria o mitológica organizada en otros lugares por su propia iniciativa; un hombre desinteresado de la leyenda o la posteridad y sin inquietudes por lo que *sus* biógrafos, para decirlo como él, puedan hacer con esa relación epistolar privada. Como cualquiera que se sabe a sus anchas, se afloja, se alivia, se libera. Se nos revela entonces la desnudez de un ser con sus zonas de sombra, sus debilidades, sus errancias, sus dudas, su carácter, su temperamento sin disimulos: vemos al hombre de *mala fe*, y volveré a esto en detalle con el caso de Emma Eckstein; al *ambicioso* obsesionado por las maneras de dejar rápidamente una huella en la historia; al *codicioso* que busca el hallazgo en condiciones de asegurarse una fortuna en el plazo más corto, como lo veremos con el asunto de la cocaína y el caso Fleischl-Marxow; al *intransigente* que renuncia sin renunciar frente a las pruebas de su equivocación, por ejemplo con la teoría de la seducción; al *supersticioso* que recurre en sus cartas a signos para conjurar la mala suerte, y más adelante veremos también la disimulación de su verdadera opinión en favor del ocultismo; al *ingenuo* que se adhiere a las tesis antojadizas de su amigo sobre los ciclos, los periodos y la superstición numerológica asociada; al *ciclotímico* que

detalla la más mínima somatización: derrame nasal, arritmias cardíacas, migrañas recurrentes, tabaquismo, forúnculo tan grande como un huevo en el escroto, alternancia de constipaciones y diarreas; al *depresivo* que confiesa trastornos padecidos desde varios años atrás (7 de agosto de 1894), un humor vacilante, un rendimiento intelectual nulo, una fatiga general, una libido claudicante, un “estado psíquico lamentable” (16 de octubre de 1895), y al *angustiado* y el *fóbico*: angustia a los viajes, miedo a la muerte, miedo a los trenes, miedo a la falta de alimentos, miedo a no tener dinero; al *cocainómano* que será durante unos diez años (12 de junio de 1895). En suma, Freud al desnudo, sin máscara; Freud humano, muy humano, demasiado humano; Freud antes del maquillaje, los proyectores y la pose para la eternidad; Freud en carne y hueso, una dura realidad para quien se soñó, se pensó y se quiso en mármol y oro...

En definitiva, el autoanálisis no tiene ni principio ni fin. Podríamos mencionar, además, el título de uno de sus últimos textos, “Análisis terminable e interminable” (1937), en el cual, al borde de la muerte, masacrado por el cáncer de mandíbula, sometido al sufrimiento que le causa su prótesis y agotado por una treintena de operaciones, da la clave de su odisea: de su *egodicea*, diría por mi parte, tomando ese bello concepto de Jacques Derrida. Freud duda de la posibilidad de afirmar que el psicoanálisis puede curar de manera definitiva y, sofista curtido, para intentar explicar que lo que vuelve no es lo imposible de tratar sino lo que proviene de otra parte, argumenta y diserta como rétor sutil acerca de la distinción entre el “análisis incompleto” y el “análisis inconcluso” (p. 235) [XXIII, p. 250], la imposibilidad de suprimir definitivamente una exigencia pulsional. Escribe: el analista debería analizarse una vez, es cierto, pero regularmente, cada cinco años, tendría que volver a tenderse en el diván. ¿Qué pasa en el caso de un autoanálisis? ¿Un proceder que ahorra transferencia y contratransferencia? Al cabo de un largo camino, Freud concluye su texto con la afirmación de que *el* análisis podría ser “una tarea [...] interminable” (p. 265) [XXIII, p. 251], y podríamos creer entonces que, en las postrimerías de su vida, constata que un análisis, *su análisis*, ha sido una tarea sin fin...

El psicoanálisis habría de ser pues el análisis sin principio ni fin de un hombre deseoso de avenirse con su psique. Un hombre que pretendió escrutarla firmemente, pero sin un deseo sincero de describir su auténtico contenido, y conforme con hacer de ella la ficción de la psique de los otros, todos los otros. Su obra completa reúne los cuadernos de notas de una búsqueda inconclusa de sí; contiene en el más breve texto dado a una revista o en un grueso libro destinado a hacer teoría —por ejemplo la *Psicopatología de la vida cotidiana*— la bitácora de un alma en pena.

Freud propone menos un *psicoanálisis científico originado en un método experimental* con conceptos universalmente válidos, que una *psicología literaria originada en una autobiografía* con nociones creadas a medida para sí mismo, y extrapoladas a continuación a toda la humanidad. *La interpretación de los sueños*, presentado a la vez como un texto científico (la fundación de una ciencia) y un relato autobiográfico (el autoanálisis consecutivo a la muerte del padre), abunda en referencias personales, subjetivas, contadas en primera persona.

En el libro encontramos, en efecto, una cantidad incalculable de sueños, alrededor

de cincuenta, que dan testimonio de la vida nocturna del autor, de sus fantasmas, de sus deseos, de sus ansias: nos cruzamos con su madre llevada sobre una cama por criaturas con pico de pájaro; con un tío de barba rubia; con uno de sus hijos en atuendo deportivo; con un amigo de mala facha; con otro hijo miope; con una inyección aplicada a una tal Irma... Nos enteramos de cosas sobre la niñera de su infancia, a quien debería su iniciación sexual; sus años de estudio; el enredo de su familia, en la que se entrelazan tres generaciones bajo un mismo techo; la agonía y la muerte del “viejo”, como dice en sus cartas a Fliess; su nominación al cargo de profesor extraordinario; sus viajes a Italia, y luego, numerosos momentos constitutivos de su psique de adulto.

Así, esta escena en la cual podría representarse una parte de la aventura que nos interesa. Escena inaugural, determinante, fundacional. Escena de la que Sartre, en el lenguaje de su psicología existencial, diría que constituye un “proyecto originario”. Escena traumatizante, es obvio, humillante para el padre y por lo tanto para el hijo. Freud tiene diez o doce años, camina por la calle en compañía de su padre. Charlan. El padre cuenta una vieja historia para mostrar el cambio de estatus de los judíos y lo agradable que es ahora para ellos vivir en una Viena tolerante: estamos en 1866-1867. Una vez, bien vestido, tocado con un bonito y flamante gorro de piel, Jakob Freud se cruzó con un cristiano que, con un gesto, le sacó el gorro, lo tiró al arroyo y lo increpó: “Judío, bájate de la acera”... Con curiosidad por conocer la reacción paternal, Freud cae de las nubes al enterarse de que su padre no hizo nada: bajó a la calzada, recogió su posesión y prosiguió su camino. Comentario del mismo Freud más de treinta años después: “Esto no me pareció heroico de parte del hombre grande que me llevaba a mí, pequeño, de la mano” (IV, p. 235) [IV, p. 211].

El niño imagina otro final para esta historia: un final que remite a Amílcar Barca cuando hace jurar a su hijo Aníbal que lo vengará de los romanos. Cabe suponer que una parte del programa existencial de Freud es un calco de ese anhelo de vengar al padre convirtiéndose a su manera en Aníbal. Freud confiesa haber erigido al cartaginés en un héroe. En principio, durante sus estudios, al leer los relatos de las Guerras Púnicas, se identifica con él; luego, cuando de joven experimenta el antisemitismo vienés, el capitán semita se convierte a sus ojos en un héroe. Desde entonces, Freud opone la católica Roma, la ciudad del hombre que humilló a su padre, a Cartago, la ciudad del caudillo guerrero que resistió a los romanos. En consecuencia, ya no tiene otra idea que la de entrar en Roma como conquistador victorioso.

La identificación con ciertas figuras atormentó a Freud. Con frecuencia, su programa existencial calcó el de tal o cual: Aníbal en un principio, Moisés más adelante, pero también Edipo, como veremos. La vida de Aníbal podría, en efecto, hacer pensar por momentos en la de Freud: la fidelidad a la palabra dada; una feroz oposición al enemigo; evidentes talentos de estrategia y táctico para alcanzar sus fines; una reputación que sobrevive a las calumnias de sus adversarios, y un final de la existencia puesto bajo el signo de la reapropiación de sí mismo a través del suicidio. Los dos hombres comparten todos estos elementos.

Pero lo que los asemeja vigorosamente, más allá de tal o cual rasgo biográfico, es ese anhelo furioso de entrar en Roma victoriosos y conquistadores. El deseo torturó

durante mucho tiempo y profundamente a Freud, que contempló la posibilidad de trasladarse a esa ciudad, trabajó sobre su topografía y examinó muchas obras dedicadas al tema. En una carta a su mujer expresa el deseo de instalarse con ella en Roma. E incluso imagina la perspectiva de renunciar a su puesto de profesor para llevar a buen puerto su proyecto. Pero en 1897, un viaje a la ciudad se detiene misteriosamente en las puertas de Trasimeno. Freud obedecía a una voz interior que le decía: “hasta aquí y no más allá”. Ahora bien, dos mil años antes Aníbal había escuchado la misma voz y se había detenido en el mismo lugar...

A decir verdad, las cartas a Fliess atestiguan esa extraña relación con Roma. Pero también lo hace la obra. En *La interpretación de los sueños*, la ciudad recorre muchos de sus sueños, y al analizarlos, Freud comprende que ocultan algo profundo, aunque también en este caso se detiene a las puertas de la significación. Llegó un día en que el viaje, por fin, fue una realidad. En *Los orígenes del psicoanálisis* puede leerse esta extraña frase con referencia a ese viaje finalmente realizado: “Fue el punto culminante de mi vida”. ¡Qué confesión!

La relación que Freud mantuvo con Italia en general y con Roma en particular es una muestra de la neurosis freudiana. Él mismo lo confirma en una carta a Fliess: “Mi vehemente anhelo por Roma es, además, profundamente neurótico” (3 de diciembre de 1897), escribe, recordando su entusiasmo de liceísta. En virtud de la lógica del recuerdo encubridor, puede suponerse en efecto que, en la proposición freudiana de lectura del caso de Aníbal, Freud destaca la hipótesis de la venganza del padre para atribuirle un papel capital en la economía de su existencia, cuando en realidad habría que ir a buscar a otra parte. Puesto que, cada vez que su progenitor aparece en la obra, lo hace más bien en calidad de padre castrador, padre rival, padre muerto o padre a quien hay que eliminar y no honrar. Freud, ya célebre, honrado, respetado en todo el planeta, deseoso de vengar a su padre, si no el honor de los judíos escarnecidos: ¡hermosa hipótesis, de una corrección política a pedir de boca, pero tan contradictoria con el resto de la obra!

Sin advertirlo, Freud da siempre las llaves de sus cerraduras más sólidas. Así, en una nota agregada en 1911 a *La interpretación de los sueños*, señala que ha publicado el análisis típico de un sueño edípico camuflado. Citando a Rank, que por su parte cita a Tito Livio, afirma que un oráculo informó a los Tarquinos que el poder sobre Roma correspondería a “aquel de ellos que primero besara a la madre” (IV, p. 447) [V, p. 400, nota 60]. Según Freud, un sueño de comercio sexuado con la propia madre aporta un presagio favorable de toma de posesión de la Madre Tierra.

Aquí tenemos pues los elementos para resolver el enigma de Aníbal y llegar a la conclusión de que la lectura propuesta por Freud de su identificación con el héroe semita que venga el honor de los cartagineses escarnecidos por los romanos, como antaño su padre fue humillado por un viénés católico (romano, entonces), oculta otra interpretación. Freud lo escribe en ese texto, pero lo repetirá regularmente en su obra: la Tierra es la Madre. Conquistar Roma es, por tanto, poseer a la Madre Tierra: entrar en la Ciudad equivale por eso, en la psique freudiana torturada por un constante deseo incestuoso, a desposar a su madre, unirse a ella. Por esas razones Freud puede desear durante mucho tiempo a Roma, girar en su torno mientras la estudia, querer abandonarlo todo para instalarse en ella, no lograr penetrarla, quedar impedido frente

a su entrada y luego, una vez penetrada, escribir que con ello ha llegado al momento culminante de su vida...

Otra escena infantil referida por él muestra otra relación con el padre: en ella, la fantasía presenta a Jakob menos como un padre a quien hay que vengar, tras no haber sido él mismo capaz de hacer pagar una ofensa antisemita, que como un padre castrador. Aclaremos que la primera aventura, leída en la perspectiva de la madre que conquistar y no del padre que vengar, devuelve a este último un lugar coherente en la visión edípica de Freud: la abundancia de imágenes del padre castrador, el padre muerto, el padre a quien hay que matar, parecía en contradicción con esta única historia del padre humillado al que su hijo venga. El progenitor aparece en una postura que conviene al hijo: un padre humillado, ofendido, a quien éste no tendrá ninguna gana de vengar, tesis puesta de relieve por él para ocultar la verdad edípica de su psique.

Ese otro hecho, que Freud juzga digno de consignar en lo que considera como su obra maestra, la que debe valerle el Nobel, el dinero, las placas conmemorativas, los bustos con su efigie, la reputación planetaria, la inscripción de su nombre en la historia de la humanidad en compañía de Copérnico y Darwin, apenas un paso por delante de ellos; el libro que anuncia la muerte de la filosofía y los plenos poderes del psicoanálisis; la suma que corta la humanidad en dos, de modo que después de ella las cosas ya no serán como antes; el libro que tarda años en agotar su primera edición, pero entierra veinticinco siglos de filosofía occidental; la suma científica que marca el paso a un nuevo mundo y va a dar pábulo a un nuevo calendario intelectual, ese libro, pues, nos informa en algunas líneas fundamentales de que un día, Freud, de siete u ocho años, entró en el dormitorio de sus padres, hizo sus necesidades en el bacín familiar y escuchó —aparentemente lastimado por una observación banal, en resumidas cuentas— a su padre decir: “Este chico nunca llegará a nada” (IV, pp. 254-255) [IV, p. 230]. Su comentario: “Tiene que haber sido un terrible agravio a mi ambición, pues alusiones a esta escena frecuentan siempre mis sueños y por regla general van asociadas al relato de mis logros y triunfos, como si yo quisiera decir: ‘Mira, no obstante he llegado a ser algo’” (*ibid.*) [*ibid.*]. Aquí tenemos, entonces, una imagen más conforme a la imagen freudiana, por lo tanto edípica, del padre en la obra completa: el padre humillado se une al padre humillante; en ambos casos, se trata en verdad de un padre detestable.

Padre castrado, padre castrador, quizás incluso padre castrador por ser un padre castrado: Freud saca a la luz a un progenitor aborrecible. El hombre que no tuvo el coraje de responder al insulto antisemita se muestra débil con los fuertes y fuerte con los débiles; en este caso, el hijo que orina en el cubo de baño de sus padres, fechoría menor. El padre dobla la cerviz bajo la humillación antisemita, pero levanta la cabeza en la castración de su pequeño hijo judío.

En el cruce de estos dos sueños se descubre que Freud parece menos querer *vengar al padre* que no supo responder a la provocación antisemita que *vengarse del padre* y de su observación castradora y ofensiva para él, que, desde su primera juventud, corre tras la celebridad, la reputación, el dinero, la notoriedad, los signos exteriores de reconocimiento social que van del cargo institucional de profesor en la universidad al premio Nobel, pasando por varias otras distinciones honoríficas.

En *La interpretación de los sueños*, cuando su padre no está castrado ni es castrador, está muerto..., según el testimonio que nos dan otros dos sueños. Uno de ellos es de la noche que precede a su entierro. En la correspondencia con Fliess seguimos en detalle el deslizamiento de su progenitor hacia la nada. Freud tiene el plan de ver a su amigo tan querido, pero la prolongación de la agonía es una contrariedad que se lo impide. Una carta del 30 de junio de 1896 cuenta los colapsos cardíacos, la parálisis de la vejiga y otros síntomas en condiciones de probar que Jakob, por entonces de ochenta y un años, se encamina hacia su fin.

Ya un mensaje anterior, del 11 de diciembre de 1893, se refería a una fuerte gripe que había dejado a su anciano padre de setenta y ocho años en un estado irreconocible: la sombra de sí mismo. A fines de septiembre de 1896, el movimiento hacia la tumba se acelera: momentos de confusión, agotamiento, neumonía, parálisis intestinal (29 de septiembre) y, signo mayor, cercanía de una fecha funesta y fatídica; recordemos que Freud, junto con su amigo, hace sacrificios a una oscura teoría de las fechas, los ciclos y las cifras, según la cual uno muere en una fecha y no en otra. En la carta siguiente, del 9 de octubre, Freud habla fríamente de la probabilidad de visitar a su amigo en Berlín: “Es probable que el estado del viejo limite mi participación al mínimo”.

El “viejo”, en efecto, muere en la noche del 23 de octubre de 1896. Freud tiene cuarenta años. Comentario del padre del psicoanálisis:

Se mantuvo con gallardía hasta el último momento, como, en suma, el hombre poco banal que era. Al final debió de tener hemorragias meníngeas, accesos de letargo acompañados de una fiebre inexplicable, hiperestesia y espasmos, tras lo cual se despertaba sin fiebre. El último ataque fue seguido por un edema pulmonar y una muerte fácil, a decir verdad. (26 de octubre de 1896.)

Los muertos son todos buenos tipos. Pero no en Freud, al menos cuando se trata de su padre. Una carta del año siguiente (8 de febrero de 1897) lo muestra otra vez como si en sí mismo la eternidad no lo cambiara. Su vida se ha consagrado a destruir o desconsiderar al padre. Ha habido una pausa durante la agonía: un mínimo de decencia. Pero el combate se reinicia aún con más fuerza a comienzos de 1897: esta vez, hay que encarnizarse con el cuerpo muerto del padre. Freud saca de la tumba ese cadáver en descomposición y vuelca su encono sobre él: en su correspondencia con Fliess, formula la hipótesis puramente gratuita de que su padre habría sido un “perverso” (*ibid.*) responsable de la histeria de su otro hijo varón y de algunas de sus hijas menores.

Es el comienzo entonces de la extravagante teoría llamada “de la seducción”, a la cual volveré más adelante. Digamos por el momento, antes de referirnos en sus pavorosos detalles a la neurosis freudiana, que esa teoría supone una etiología sexual de las neurosis que la mayoría de las veces remite a un trauma de juventud, e incluso de sus primerísimos años: de infancia, por tanto, y concerniente, en este caso, a abusos sexuales cometidos por el progenitor con sus propios hijos. ¡Aquí vemos a Freud, pues, transformar al cadáver de su padre en un perverso que viola a su progenitura! ¿Podría Aníbal querer vengar a un padre de esa calaña?

¿Hay que asombrarse de que el año de ese prurito freudiano con respecto a su padre transformado en abusador sexual de su familia sea asimismo el de dos sueños

que entraron a la historia con los títulos de “Hella” y “Encuentro en la escalera con la mujer de servicio”, a partir de los cuales va a elaborar su teoría del complejo de Edipo? 1897: año de la renuncia a los trabajos neurológicos y las tesis de su psicología científica; 1897: año en que decide escribir *La interpretación de los sueños*; 1897: año del comienzo oficial de su autoanálisis; 1897: año en que se ocupa de la lápida de su padre. ¡Y, para terminar, 1897 es igualmente el año de su viaje a Italia! Es también —véase su carta del 15 de diciembre a Fliess— el de su descubrimiento del presunto complejo de Edipo. La muerte del padre, ese acontecimiento que el propio Freud presenta como lo más importante que puede suceder en la vida de un individuo, constituye efectivamente un gran momento en la vida de un niño obsesionado por la unión sexual con su madre: el momento que devuelve a ésta a su hijo, después del rapto cometido por el padre...

Entretanto, dos sueños con el padre muerto muestran a un Freud en paz con su progenitor, que tiene el buen gusto de dejar de amenazarlo. Muerto en la víspera, Jakob vuelve por la noche a atormentar el dormir de su hijo. Prescindamos de los detalles. Freud señala en ese sueño un cartel en el cual se lee: “Se ruega cerrar los ojos”. Y/o: “Un ojo”. ¡El hijo había elegido para su “viejo” los funerales menos costosos! No era cuestión de pagar por su padre... ¿La razón de esas exequias baratas? Al difunto no le habrían gustado los gastos inútiles, asesta Freud. El hijo ve en su sueño una suerte de reproche planteado por la familia: en efecto, ésta podría mirar con otros ojos esa tacañería. El psicoanalista propone una interpretación de su sueño: una invitación a cerrar los ojos; en otras palabras, una exhortación a la indulgencia con respecto a ese gesto mediocre del hijo.

Otro sueño: de nuevo Jakob muerto. Resucitado por causa onírica, tenemos aquí a ese hombre antaño aborrecido por su cobardía ante un gesto antisemita, transfigurado en héroe de la unidad magiar. El anciano sentado, rodeado por una numerosa concurrencia en el Parlamento, parece desempeñar un papel de rey, de sabio muy escuchado... Comentario del hijo: “Me acuerdo de que en su lecho de muerte se lo veía tan parecido a Garibaldi, y me regocija que este augurio se haya hecho verdadero” (IV, p. 476) [V, p. 427]. Muerto y en un sueño, el padre bien puede ser un héroe: ya no representa ningún peligro para el hijo, cuya mirada se vuelve entonces hacia su madre, por fin libre.

Leamos *La interpretación*: “El sueño es el cumplimiento (disfrazado) de un deseo (sofocado, reprimido)” (IV, p. 196) [IV, p. 177]. ¿Qué deseo, en este caso? ¿Que su padre esté muerto y bien muerto? ¿Que sea Garibaldi a su manera? ¿Que triunfe como actor de la unificación magiar? ¿Que, interpretación del hijo, de pie y rodeado, no persista visiblemente en la situación señalada por éste, algunas líneas más adelante, de un padre muerto y que vacía los intestinos? ¿O bien que su padre pueda en efecto ser un héroe, sin duda, pero sólo post mortem? Ésa será mi hipótesis.

Recapitulemos en cuanto a la teoría: ese grueso libro anunciado como científico se basa en una introspección autobiográfica; la interpretación subjetiva del sueño y de algunas otras escenas de infancia consideradas como fundamentales por el artífice de la obra constituye el único ejercicio de un método presentado como de carácter experimental; el contenido autobiográfico satura las demostraciones, incluyendo

interpretaciones destinadas a la mayor gloria de su intérprete; la parte de autoanálisis egotista revela ser capital en las exposiciones presuntamente clínicas y abundantes, y la psicología literaria de su autor se impone a un psicoanálisis científico.

Agreguemos lo siguiente en lo relacionado con los descubrimientos útiles para nuestra psicografía: el hombre que elabora un método llamado psicoanálisis padece de una profunda afección neurótica con síntomas importantes; los sueños interpretados por él lo son por un analista que es juez y parte; las conclusiones proceden de esa imposibilidad técnica de efectuar un análisis objetivo, y el autoanálisis produce de manera inevitable una autojustificación y evita el nido de víboras de la psique.

La multiplicación de cruces entre los textos, la correspondencia, los análisis, las biografías y la obra completa conduce hacia la fuente negra de esa psiconeurosis de Freud: un odio a su padre presentado como un ser humillado, que a su vez humilla, castrador, y cuya grandeza nunca es tan manifiesta como en la muerte; una madre deseada, sexualmente codiciada, identificada con la Madre Tierra que es Roma, una ciudad en la cual él aspira a penetrar sin lograrlo y en la que luego consigue entrar, para conocer en ella el día más hermoso de su vida. Esta patología no tenía nombre; en la pluma de Freud, se convertirá en el complejo de Edipo, del que él hará una patología universal con el único objetivo de vivir menos solo con ella...

2. LA MADRE, EL ORO Y LOS INTESTINOS DE SIGMUND

“¿Mi manía de grandeza vendrá de esa fuente?”

SIGMUND FREUD, *La interpretación de los sueños* (IV, p. 229) [IV, p. 207]

La madre de Freud cumple un papel tanto más importante en la vida de su hijo cuanto que éste habla muy poco de ella en su obra. En contraste con el padre, no hay mención alguna de su muerte en un texto teórico; ningún juicio sobre su desaparición al azar de una página o una demostración, nada detallado a su respecto. De todos modos, ella está en el centro de un sueño que ha entrado en la historia con el título de “Personajes con pico de pájaro”. Freud propone su análisis en *La interpretación de los sueños*, en la sección correspondiente a los *sueños de angustia*.

Según confiesa, no ha tenido ese tipo de sueños desde hace años, pero conserva el recuerdo de uno de ellos. En la época, tenía siete u ocho años. La interpretación llega, pues, treinta años después... Apreciemos de paso hasta qué punto el contenido del sueño puede, en tres décadas, verse muy afectado por el recuerdo, la memoria, las distorsiones de la psique, los deseos y otras fuerzas psicológicas capaces de curvar los campos magnéticos del alma. El material sobre el cual trabaja el científico no es libidinalmente muy fresco, aunque nuestro autor señale acerca de ese sueño que era “muy vívido” (IV, p. 638) [V, p. 574]; pronto veremos por qué.

El sueño muestra, entonces, a “la madre querida”, escribe el hijo, “con una expresión durmiente, de extraña calma en el rostro” (*ibid.*) [*ibid.*]. Dos o tres personajes con pico de pájaro llevan a Amalia a su dormitorio y la depositan en la cama. A primera vista, esas criaturas hacen pensar en el dios egipcio Horus, hijo de Osiris, su padre, e Isis, su madre. Para vengar la muerte de Osiris, Horus se enfrentará a su tío y recibirá como herencia el trono de Egipto. Por eso su sobrenombre: “vengador de su padre”. Freud vengador de su padre, multiplicado, lleva a su madre a su dormitorio y la deposita en la cama: el argumento podría sostenerse...

Freud propone su lectura. No da nombre al dios con cabeza de gavilán, pero —al menos así lo cree— revela su procedencia: las ilustraciones de la Biblia (israelita) de Philipppson, la obra que leía su padre judío, un monumental volumen adornado con varios centenares de grabados acompañados de comentarios que remiten a la historia primitiva y las religiones comparadas. En la sección veterotestamentaria se encontraba pues toda una iconografía egipcia, incluido un relieve funerario.

Resulta que ese Philipppson, escribe Freud, le recuerda a un niño de su edad con quien jugaba en el prado que estaba frente a la casa de la familia: “yo diría [*sic*] que se llamaba Philipp” (*ibid.*) [*ibid.*], señala. Ese niño hipotéticamente llamado Philipp habría enseñado a su compañero de juegos la palabra vulgar que designa la relación sexual: la homofonía de *pájaro* (*Vogel*) y *follar* (*vögeln*) basta, según Freud, para explicar la existencia de los hombres con pico de pájaro.

Y agrega: “La expresión del rostro de la madre en el sueño estaba copiada del semblante del abuelo, a quien unos días antes de su muerte yo había visto roncando en coma. La interpretación llevada a cabo en el sueño mismo por la elaboración secundaria ha de haber sido, pues, que la madre moría, con lo cual armoniza también el bajorrelieve de la tumba” (IV, pp. 638-639) [V, p. 574]. El niño se despierta, llora, grita, llama a sus padres, ve a su madre, lo cual disipa la angustia. Conclusión: sueño de angustia.

La última línea dedicada al análisis parece muy sibilina: “Ahora bien, mediando la represión, la angustia admite ser reconducida a una apetencia oscura, manifiestamente sexual, que en el contenido visual del sueño encontró buena expresión” (*ibid.*) [V, p. 575]. Sibilina y clara en su calificación de oscura para hablar de esa apetencia que, por tanto, podría ser sexual. ¿Por qué Freud no se atreve... a entrar en Roma? Da las claves del enigma, pero no quiere utilizarlas por temor, probablemente, a descubrir en él el nido de víboras que lo muestra acoplado a su propia madre.

Retomemos la lectura freudiana y propongamos una interpretación de la interpretación, no como una verdad, una lectura que se presente como verdadera, la mía, contra una falsa, la de Freud —no tengo esa presunción—, sino, por el gusto de una lección epistemológica, una lectura hipotética destinada a mostrar que en materia de interpretación de los sueños no hay ciencia o clave universal, certeza definitiva o conocimiento objetivo, sino una proposición subjetiva presentada como una verdad: un perspectivismo nietzscheano. Con respecto al material suministrado por Freud se pueden, en efecto, proponer otras conjeturas para llegar a nuevas conclusiones, que sean incluso contradictorias con las suyas. Propongamos pues una alternativa.

Silencio, hemos visto, con referencia al nombre de Horus, vengador de su padre. *Error de apreciación* acerca de la significación del nombre de Philippson: las hipótesis de la Biblia, y luego la del niño cuya grosería daría la explicación de los hombres pájaros, evitan otra información, la de que Philipp es también el nombre del hijo de un primer matrimonio del padre de Freud. Por eso este último puede plantear *en potencial* (“yo diría...”) que ve allí al Philipp de su infancia.

Ése es pues el nombre del hijastro de su propia madre, su medio hermano. Freud nos dirá que, vista la diferencia de edad entre sus progenitores, él había fantaseado que el niño nacido de la unión de éstos, su hermano, debía ser el fruto no de su anciano padre y su joven madre, sino de esta última y aquel muchacho que tenía casi la misma edad que ella y era su hijastro. Por consiguiente, Philippson bien podía ser el nombre del responsable editorial de la Biblia israelita leída por el niño Freud, sin duda, pero etimológicamente es también el hijo de Philipp.

Represión: ¿por qué el Freud que discurre extensamente sobre los símbolos y afirma en esa misma obra que el pájaro remite al vuelo, que por su parte tiene “casi siempre un grosero significado sensual” (IV, p. 442) [V, p. 397], no piensa jamás en asociar los pájaros de ese sueño a la sexualidad y prefiere, a la vez que calla el nombre de Horus, vengador de su padre, una lectura que remite al bajorrelieve funerario? ¿Qué justificaría esa represión en el origen del deslizamiento a partir del cual el pájaro sexual deja su lugar a la hipótesis del pájaro mortuario? Un poderoso deseo de preservar a su madre y una supresión de la naturaleza sexual del sueño.

Ceguera: puesto que ese rostro calmo de la madre no parece concordar con la

comparación que hace Freud con el ronquido de un abuelo en coma pocos días antes de su muerte. El semblante del moribundo que ronca parece en contradicción con la “expresión durmiente, de extraña calma en el rostro” (IV, p. 638) [V, p. 574], de su “madre querida”, una expresión que recuerda mucho más la serenidad consecutiva a un acto sexual que la gravedad de los últimos días de un agonizante. ¿Por qué pájaros de muerte y no pájaros de vida, como no sea en razón del deseo de preferir cualquier cosa a la escena de una madre sexualmente aliviada por una relación sexual con su hijastro, una situación imposible para Freud, no por pudor o moral, sino porque ése sería su anhelo más profundo: estar en el lugar de su medio hermano Philipp? ¿Por qué no esta lectura? Esta fábula vale tanto como cualquier otra...

El enredo del árbol genealógico freudiano puede ser problemático para el joven Freud. Júzguese: Jakob Freud, el padre de nuestro *conquistador*, se había unido en primeras nupcias a una mujer de nombre Sally, con la cual tuvo dos hijos. Casado a los dieciséis años, padre a los diecisiete, viudo a los treinta y tres con dos hijos, uno de los cuales se llama Philipp. Rebecca es el nombre de su segunda mujer, de quien se sabe muy poco, dado que murió no mucho después de la boda. En terceras nupcias, por tanto, Jakob se casa con Amalia y tiene ese hijo al que llaman Sigismund el 6 de mayo de 1856. Cuando nace esta criatura destinada a la celebridad, el padre tiene cuarenta y un años y la madre, veintiuno. Otro varón nace en 1857, pero muere a los siete meses. Hemos visto que en una carta a Fliess, Freud se refiere a la contrariedad con que recibió ese último nacimiento, así como al verdadero alivio que le provocó la muerte. En abril de 1858 llega una hermana, a quien llaman Anna. Freud, como es sabido, dio ese nombre a una de sus hijas, que llegaría a ser su sombra. Ya se sabe igualmente que teorizó la suerte con que se inicia en la vida el hijo predilecto entre sus hermanos y hermanas, una tesis agregada como nota a *La interpretación de los sueños*. A esta lista de niños, sumemos una retahíla de hermanas y un hermano entre 1860 y 1866. Para Jakob, representan diez hijos en tres matrimonios.

La diferencia de veinte años entre su padre y su madre perturba al niño. Otra ocasión para no entender ni jota: su madre y Philipp, medio hermano de Freud, se llevan apenas un año. Más aún: Emmanuel, otro hijo del primer matrimonio de Jakob, el mayor, está casado y es padre de dos niños, uno de los cuales es un año mayor que Sigmund, pese a lo cual es su tío. Este Emmanuel es, desde luego, mayor que Amalia. ¿De quién, entonces, es ella madre, esposa, hermana, mujer, compañera, amante? Pregunta más trivial: ¿con quién se acuesta? ¿Con Jakob, ese señor mayor? ¿O con Philipp, ese joven de su edad, pero que resulta ser asimismo su hijastro, el medio hermano de Sigmund? ¿O acaso con Emmanuel, su otro hijastro, pero éste decididamente mayor que ella? Apostaríamos que, en un niño pequeño, esta oscura configuración familiar puede generar trastornos de identidad...

Matrimonios, divorcios, viudeces, nuevos matrimonios, maternidades, familias recompuestas, partos adyacentes, anciano padre con joven madre, todo esto afecta a Sigmund. Emmanuel le hace notar que la familia es una, pero que la componen tres generaciones: Jakob, en efecto, habría podido ser el abuelo de Sigmund, aunque era su padre... Philipp habría podido ser el marido, el amante de Amalia: era su hijastro. Jakob, una vez más, habría podido ser el padre de Amalia: era su esposo. El hijo de

Emmanuel era contemporáneo de Sigmund, pero era su tío...

Esta configuración familiar hunde a Freud en el desconcierto, tal cual lo testimonia una anécdota contada en *Psicopatología de la vida cotidiana*: lo vemos próximo a cumplir tres años —al menos así lo cree él—, mientras llora frente a un cofre cuya tapa sostiene su medio hermano, veinte años mayor que él: ¿lo abrirá o lo cerrará? En ese momento entra su madre, “bella y de fina silueta” (p. 58) [VI, p. 54]. Primera interpretación dada a este recuerdo deliberadamente buscado en su psique a los cuarenta y tres años: quizás una travesura de su hermano.

Ahora bien, las cosas son distintas: Sigmund, angustiado por la ausencia de su madre, cree que Philipp la ha encerrado en el cofre. Le pide que lo abra para verificar que ella no está allí. Ante el cofre vacío, grita. Llega su madre y la inquietud se disipa. Pero ¿por qué buscar a su madre en un cofre? Al remontarse en su recuerdo, Freud ve aparecer a su antigua nodriza. Pero sin poder efectuar una conexión entre esas dos informaciones, interroga a su madre y se entera de que aquella mujer había aprovechado su estadía en la maternidad para robarle. Una denuncia de Philipp la llevó a los tribunales.

Por eso, cuando Freud pregunta a su hermano qué pasó con la criada, la respuesta es: la “encofraron”. En otras palabras, la encarcelaron, por diez meses. Cosa que Freud, niño, entiende como “la pusieron en un cofre”. La ausencia de su madre lo lleva a interrogar a su medio hermano y a suponer que, como había guardado a la criada en un cofre, ha hecho lo mismo con ella. Su pregunta, entonces, se dirige a Philipp porque es él quien pone a las mujeres en el cofre o, para decirlo de otra manera, en la lógica del simbolismo ingenuo de Freud —“estuches, cajitas, cofres, armarios, hornos, corresponden al vientre femenino” (IV, p. 399) [V, pp. 359-360]—, quien las embaraza...

Ésa es la razón por la cual Freud relaciona: a su madre embarazada de Anna, la igual juventud de su madre Amalia y su medio hermano Philipp, la vejez de su padre Jakob, la desaparición de su niñera “encofrada”, la de su madre al volver de la maternidad y reaparecer con “fina silueta”, es decir, con el cofre vacío, y la posibilidad de que, en esa aventura, Philipp sea el padre de Anna O., en otras palabras, de que su medio hermano se haya acostado con su madre, y la haya preñado de una niña cuyo nombre de pila será el de... una de sus hijas, con la cual Freud mantendrá una relación ontológicamente incestuosa.

De esta configuración familiar, subjetiva, personal, individual, Freud va a extraer, como de costumbre, conclusiones destinadas a alimentar una teoría de pretensión universal. En “La novela familiar de los neuróticos” (1909) expone una tesis ya presente en una carta a Fliess: “Todos los neuróticos se forjan lo que suele llamarse una novela familiar [...] que está al servicio, por un lado, de la necesidad de grandeza, y por otro, de la prohibición del incesto” (20 de junio de 1898). Señalemos que, según el decir mismo de Freud, la construcción de esa novela concierne a los neuróticos, y que él confiesa haber fantaseado, en la figura de Philipp el joven, un padre que no es Jakob el viejo.

¿Qué dice ese texto? Que el niño tiende a sentirse apartado por sus padres si tiene la impresión de que no se responde a todos sus deseos. Con ello, imagina que sus padres no son sus progenitores y fantasea con otros ascendientes idealizados, más

jóvenes, más bellos, más ricos, más célebres. Esa sensación de haber sido apartado aparece precisamente, *teoriza* Freud, cuando el niño es hijo de padres viejos (Jakob tiene cuarenta y un años al nacer Sigismund) o cuando llega a la familia un hermano o una hermana menor (Julius nace en 1857 y muere pronto, y Anna nace en 1858: Freud tiene uno y dos años, respectivamente).

Al conocer el papel sexual de cada quien en la pareja, el niño sabe que siempre hay certeza con respecto a la madre pero no al padre, por lo cual la lógica de la novela familiar actúa sobre éste, y estamos a la sazón en su segundo momento: se pone a la madre “en la situación de infidelidad escondida y secretos enredos amorosos” (VIII, p. 255) [IX, p. 219]. Pero en esta lógica la infidelidad sólo es aparente, pues el padre de reemplazo casi siempre debe sus rasgos a un padre auténtico. El niño vuelve finalmente al padre imaginario, otra manera de mostrar que sigue siendo fiel a esa época de su infancia, y expresa así su pesar al ver desaparecido ese tiempo dichoso.

Se habrá advertido que este análisis de pretensión universal constituye una confesión autobiográfica apenas velada, en la cual los protagonistas se llaman Jakob y Amalia, los padres; Julius y Anna, los niños; Sigmund, y Philipp el medio hermano en el papel del padre fantaseado del niño inventor de su novela familiar. ¿Dónde y cuándo habrá habido en Freud observaciones múltiples, comprobaciones analíticas, experimentaciones clínicas y acumulación de casos en la terapéutica antes de llegar a esas conclusiones de aspiración general? ¿Cuántos pacientes? ¿Qué cantidad de “neuróticos” —ya que ésta es la palabra utilizada— habrán sido analizados por el psicoanalista para alcanzar esa certeza que no se presenta como una hipótesis redactada en condicional, sino como una verdad universal asestada de manera perentoria y afirmativa?

Basta con que el padre sea viejo, que haya humillado a su hijo al predecir que nunca llegará a nada, que haya sido lo contrario de un héroe el día de una humillación antisemita no vengada, que haya infligido a ese mismo hijo, en su más tierna infancia, la herida narcisista de un hermano menor y luego de una hermana, para que se lo castigue imaginándolo engañado por un hijo de su primer matrimonio, joven, tan fogoso como la madre de aquel niño, y que un día se teorice para la humanidad entera una “novela familiar” convertida en concepto fundamental del psicoanálisis.

Aquí tenemos, por tanto, el método de Freud puesto en evidencia: partir de uno mismo, teorizar para la totalidad de los hombres, pero, al hacerlo, volver al punto de partida, porque en definitiva uno nunca se alejó de sí mismo. La *novela familiar* constituye en efecto un excelente concepto operativo... ¡pero sólo para Freud! Al igual —lo veremos— que el *complejo de Edipo*, otro magnífico hallazgo conceptual, pero únicamente para etiquetar la patología de su autor. Freud *toma su caso por una generalidad*. Ésta es, por tanto, la clave de la epistemología freudiana: la extrapolación de una teoría universal a partir de una aventura personal.

Se constata ese fenómeno de extrapolación con la teoría del hijo predilecto expuesta en “Un recuerdo de infancia en *Poesía y verdad*”, otra teoría general originada en una aventura personal. Recordemos la tesis, que también está en *La interpretación de los sueños*: el niño preferido por su madre está dotado de una inmensa fe en sí mismo capaz de hacerle realizar grandes cosas en el futuro. Ahora bien, Freud fue el hijo preferido de su madre. En consecuencia, etcétera. En efecto,

mientras que su padre parece no haber sido otra cosa que el castrador que profetizaba que su hijo no llegaría a nada en la vida, la madre siempre pensó y dijo lo contrario.

Todo comienza con el nacimiento. Primer oráculo: cuando llega al mundo, Freud tiene un abundante pelo negro, característica que pasa entonces por un signo del destino, pues un gran renombre espera siempre a alguien tan peludo. La cosa parece tan digna de ser immortalizada que Freud la consigna en su gran libro científico, *La interpretación de los sueños*: a menudo le contaron, en efecto, que “una vieja campesina, que profetizaba a mi madre la buena ventura del recién nacido, le dijo que había echado al mundo un gran hombre”. Algunas líneas más adelante: “¿Mi manía de grandeza vendrá de esa fuente?” (IV, p. 229) [IV, p. 207]. El gran hombre no responde, pero al menos —cosa útil para nuestra psicografía— confiesa a la vista de todos ese deseo de grandeza que lo lacera.

Todo prosigue con la infancia. Segundo oráculo: hacia los once o doce años, en un café del Prater donde está con sus padres, un hombre va de mesa en mesa y, por una moneda, improvisa un cumplido en verso en el que anuncia al niño que bien podría llegar a ser ministro... “Muy bien recuerdo, aún hoy, la impresión que me hizo esa segunda profecía” (IV, p. 230) [IV, p. 207]. De hecho, durante algún tiempo considerará la posibilidad de estudiar derecho para dedicarse a la política. He aquí, pues, a alguien predestinado desde su nacimiento, según una vidente, a hacer grandes cosas para la humanidad, pronóstico que en un café, cuando tiene once o doce años, confirma un saltimbanqui al decir que podría llegar a brillar en la política. En un sueño de adulto, Freud aparece como ministro...

Amalia repetía habitualmente esas dos predicciones. No se conformó con decir que su hijo era la octava maravilla del mundo, se lo mostró desde su más tierna infancia. Cuando la familia se marcha de Freiberg tras la quiebra del padre, mal administrador, y se instala en Viena, toma posesión de un piso de tres dormitorios y un despacho. Siete miembros componen la familia. La madre asigna el uso exclusivo del despacho a su hijo, mientras que las otras seis personas comparten el resto del espacio; en otras palabras, los tres dormitorios, con lo cual dos niños van a uno, otros dos al segundo y los padres al último. Así, Sigismund es el único que dispone de un espacio privado, sin padres, ni hermanos, ni hermanas.

Su hermana menor toma lecciones de piano desde los ocho años. Él protesta: el ruido lo molesta y le impide estudiar, probablemente para llegar a ser un gran hombre. La madre reacciona de inmediato: las lecciones se interrumpen. En lo sucesivo, nadie tendrá derecho a aprender a tocar un instrumento. Ya padre de familia, Freud reproducirá ese ucase bajo su techo: nada de música en el 19 de la calle Berggasse. A él, por otra parte, no le gustaba: la música era el coto privado de su madre y al margen de ésta nadie debía complacerse con ella.

¿Cómo podría Freud entonces no escribir una teoría de su práctica, una doctrina universal nacida de su propia experiencia y redactar en el mármol psicoanalítico de “Un recuerdo de infancia en *Poesía y verdad*” esta serie de verdades presentadas como indiscutibles: el hecho de haber sido el hijo predilecto predispone a ser un “conquistador” (¿un *conquistador*?); la certeza de haber sido amado genera en el adulto la convicción de un inevitable éxito futuro, y esta seguridad crea entonces las condiciones del éxito que no puede dejar de acaecer?

Se produce la misma extrapolación entre su *sentimiento subjetivo* al nacer su hermano en 1857 y la *teoría universal* desarrollada en “Sobre la sexualidad femenina” (1931). Recordemos la carta a Fliess del 3 de octubre de 1897, donde Freud confirma que ha recibido la noticia del nacimiento de Julius “con malos deseos y verdaderos celos de niño”, pues amenazaba la exclusividad afectiva entonces otorgada por la madre a su hijo único. La muerte prematura de la criatura genera en él una satisfacción inocultable.

El análisis del recuerdo de Goethe ya lo induce a la conclusión de que el niño, al romper la vajilla, “expresa vigorosamente su deseo de eliminar al molesto intruso” (XV, p. 71) [XVII, p. 146] que es un recién nacido en la familia. El texto de 1931 confirma: Freud teoriza sobre “celos hacia otras personas, hermanitos, rivales” (XIX, p. 16) [XXI, p. 233], en virtud del principio de que “el amor infantil es desmedido, pide exclusividad, no se contenta con parcialidades” (*ibid.*) [*ibid.*]. ¡Qué autobiográfica parece en tal caso la ciencia psicoanalítica!

Prosigamos con la pesquisa dedicada a la madre de Freud, que, ya fue dicho, lo mimó, lo amó, lo cobijó, lo celebró, lo prefirió: así lo dijo, lo mostró y lo demostró, y él, desde luego, la creyó. Era imposible, entonces que Freud no amara con locura a esta mujer que le devolvía la imagen más bella, más impecable, más genial y más conforme a la idea que él se hacía de sí mismo, una idea... ¡fabricada por ella! *De allí el anudamiento del lazo incestuoso*. Pero al mismo tiempo él habría de ponerla a distancia, mantener con ella relaciones psicopatológicas, somatizar, responder a Lou, que le pedía noticias de su madre, con noticias... de su mujer.

Como un rito, Freud la visita todos los domingos con uno de sus hijos. Y todas las veces vuelve a su casa con problemas intestinales. Como siempre, evita imponerse su doctrina y zanja el problema con causalidades menos trágicas que en su consultorio, más pedestres, menos trascendentes, más inmanentes: la cena de la víspera, demasiado abundante, es la culpable... Sus cartas a Fliess permiten seguir la odisea de sus intestinos. Por ejemplo, el 31 de octubre de 1897: “Ahora, bajo la influencia del análisis, trastornos gastrointestinales reemplazan con mucha frecuencia mis problemas cardiacos”.

Cuando regresa de su viaje a Roma el 19 de septiembre de 1901, le habla a su amigo de su “desarreglo gastrointestinal”. Por otra parte, una carta a Abraham, del 2 de abril de 1914, nos informa de que en vacaciones con su cuñada Minna en la Madre Tierra que es la capital italiana (su mujer queda a cargo de los niños...), trabaja en el plan de “Introducción del narcisismo”. Leamos la carta: “Desde que terminé el ‘Narcisismo’ estoy pasando por un mal trance: un dolor de cabeza frecuente, dificultades intestinales”. La presencia en Roma, la ciudad identificable con la Madre, la reflexión sobre el narcisismo y la somatización intestinal parecen mantener una relación singular, pero no para Freud...

La correspondencia con sus amigos rebosa de consideraciones sobre su “pobre Konrad”, nombre que daba a sus intestinos. En 1910, el viaje a los Estados Unidos se salda con trastornos intestinales: ¡la culpa es del régimen alimentario! En 1914 teme padecer un cáncer y hace una consulta al respecto. En 1915 se explaya con Ferenczi sobre sus problemas y los relaciona... ¡con el pan de mala calidad! O con la pérdida de una suma considerable (cuarenta mil coronas, equivalentes a tres millones

doscientos cincuenta mil euros de 2010) a causa de la Primera Guerra Mundial. Como no se trate —pero mencionado con desgana— de “algún factor psíquico” (23 de abril de 1915) del que no se sabrá nada: la pista freudiana no puede convenir para explicar el caso Freud.

Con infinitas precauciones, Ernest Jones se aventura a hacer esta lectura coherente con la ficción psicoanalítica: “Esas indisposiciones bien podían ser la secuela psicosomática de la neurosis que tanto había molestado a Freud antes y en el transcurso de su autoanálisis” (vol. 3, p. 415). Se advertirá el recurso al sustantivo “secuela”, porque sin duda es preciso que Freud se haya curado de una “psiconeurosis muy grave” gracias al golpe de genio de su autoanálisis. Si los síntomas persisten mucho después de terminado éste, no significa que la enfermedad continúe, ya que ha sido curada: no es más que una *secuela*.

En realidad, Jones no se equivoca al indicar esa dirección: los problemas intestinales obedecen a la psicopatología del personaje. Y en ese plano, el célebre paciente no tendrá jamás un respiro. La hipótesis freudiana de una etiología de sus trastornos intestinales a raíz de la pérdida de una parte de sus economías (antes de la guerra había ahorrado más de cien mil coronas austriacas: en consecuencia, le quedaban sesenta mil a pesar de la crisis) no carece de interés si se sigue a Freud en sus hipótesis teóricas sobre la equivalente entre el dinero, el oro y la materia fecal, una doctrina que probablemente no seduzca a todos los proctólogos, pero que él defendía con la mayor seriedad.

En una carta, su madre se dirige a él con esta fórmula: “mi Sigi de oro”. Ahora bien, las visitas semanales que le hacía ese *Sigi de oro* se transformaban sistemáticamente en problemas intestinales. La teoría tiene pues, en virtud del principio ya señalado de extrapolación de sí mismo al mundo, las huellas de ese parentesco entre el oro y la materia fecal. Un día, esta patología personal duradera, e indiscutiblemente neurótica, produce por tanto una doctrina expuesta en “Carácter y erotismo anal” (1908) y “Sobre las trasposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal” (1916-1917).

Desde las líneas iniciales del primero de esos artículos, Freud escribe: “Ahora ya no sé indicar qué ocasionamientos singulares me dieron la impresión de que entre aquel carácter y esta conducta de órgano existía un nexo orgánico, pero puedo aseverar [*sic*] que ninguna expectativa teórica contribuyó a esa impresión” (VIII, p. 189) [IX, p. 153]. Habla a continuación de “experiencia” sin señalar qué parte corresponde a la autoobservación y cuál a la clínica. Cuando se conoce la implicación del autor en ese tipo de *carácter*, una reflexión sobre las relaciones entre éste y la producción de una neurosis obsesiva merecería precisiones más amplias.

Freud desarrolla una teoría de los estadios en *Tres ensayos de teoría sexual* (1905), pero también en otros textos que exponen ese programa de despliegue de la libido. En su desarrollo sexual, cada uno seguiría pues un trayecto que lo lleva del estadio oral al estadio sádico anal y el estadio fálico, para llegar, tras un periodo de latencia, al famoso estadio genital. En el primer estadio, correspondiente al primer año, el niño no ansía ningún otro objeto sexual que sí mismo; en el último, el objetivo consiste en establecer una vida sexual calificada de normal, con reproducción. En el estadio oral,

se dice que la actividad sexual es caníbal porque no está separada de los actos de nutrición: el placer reside en la ingestión de sustancias líquidas o sólidas, y la zona erógena se concentra entonces en la boca, los labios, la mucosa bucal. Por eso el placer de chupar, mamar, chupetear.

Entre el segundo y el tercer año, el estadio sádico anal se caracteriza por el desplazamiento de la zona erógena hacia el esfínter: se trata ahora de aprender a controlar la deyección, lo cual supone una capacidad de decisión en lo concerniente a la retención y expulsión de la materia fecal. El niño asocia pues el placer a esas actividades. El hedonismo incumbe “ante todo [a] la mucosa erógena del intestino” (VI, p. 135) [VII, p. 180]. La cuestión no pasa todavía por subordinar la función sexual a la reproducción, porque estamos en la organización pregenital. La “cloaca de la zona anal” polariza la libido, a la espera de un progreso hacia la genitalidad heterosexual.

En el control de su materia fecal, el niño comprende que puede decir sí o no, dar o retener: descubre su poder sobre el mundo, su autonomía, su independencia. En consecuencia, el excremento adquiere un valor, si no de uso, sí al menos de cambio: sabedor de que los padres lo esperan en la lógica del control y por lo tanto en la aparición de la limpieza, el niño puede jugar con él. La materia extraída de su vientre se le aparece como un pedazo de su cuerpo con el cual puede jugar. Todo el mundo conoce las tendencias coprófilas de los primeros años de una vida.

El estadio fálico, entre los tres y los cinco años, marca la llamada tópica normal de la libido: la zona erógena concierne a los órganos sexuales y la sexualidad se torna intersubjetiva. Es el momento del descubrimiento de la diferencia de los sexos, los papeles del padre y la madre en la sexualidad y la procreación, el del complejo de Edipo, la angustia de castración para el niño y la envidia del pene para la niña; volveré a ello. Ese tiempo corresponde también al establecimiento del superyó, la instancia de control social asociada a las fuerzas de coacción moral, social y ética.

La salida del complejo de Edipo (cuyas modalidades especificaré asimismo más adelante) desemboca en un periodo de latencia, entre los seis (cuatro en las ediciones de “Carácter y erotismo anal” posteriores a 1924) y alrededor de los once años, durante el cual la sexualidad parece la menor de las preocupaciones del niño: la fuerza del Edipo genera una represión que explica esa latencia. Es el momento de la denigración del sexo opuesto, la integración de las prohibiciones, la sublimación; en otras palabras, del desvío de los instintos hacia caminos socialmente aceptables, el devenir racional del niño, la asimilación de los ideales de la civilización.

El tiempo de la pubertad es el de la rebelión contra la autoridad, los padres, la sociedad, la religión, el orden social y moral. El cuerpo se modifica: la anatomía transforma al niño en adulto, con el trastorno inducido por esas metamorfosis corporales. La identidad sexual se revela problemática. La bisexualidad perturba al individuo. Puede haber un momento de experimentación homosexual, sin que haya motivos para presumir que la persona ha de adoptar claramente la homosexualidad. El trayecto conduce a una identidad sexual nítida, pero en el camino no faltan las dificultades.

En función de lo que haya tenido lugar durante el desarrollo de esos estadios que abarcan desde el nacimiento hasta aproximadamente los cinco años de vida, los

traumas pueden producir fijaciones que explican una serie de comportamientos, si no de patologías. Las fijaciones en el estadio anal, por ejemplo, explican la avaricia, la pasión contable, el tropismo de la extrema limpieza o la extrema suciedad, la neurosis obsesiva, la pasión por el coleccionismo (Freud coleccionaba encendedores y sellos...), en tanto que las fijaciones en el estadio oral serían productoras de la histeria. Los traumas en cuestión corresponderían ya sea a un periodo de dicha demasiado prolongado, o a un periodo frustrante, breve e insatisfactorio, o bien a un destete brutal e inopinado. Las personas dadas a la buena vida, los sibaritas, los enófilos, los oradores y los parlanchines encontrarían en ellos razones para explicar sus pasiones.

Se comprende con claridad, entonces, hasta qué punto el problema intestinal remite a Freud a un periodo particular de *la* existencia, y por lo tanto de *su* existencia. El periodo que habitualmente abarca para él el estadio oral, entre los dieciocho meses y los tres años, corresponde en su biografía a 1857-1858, esto es, durante la maternidad de su madre, Amalia, que a la sazón lleva en su seno a... *Anna*; en otras palabras, una niña que saldrá del vientre materno como las materias que causarán tanta inquietud a Freud a lo largo de toda su vida. Que él reproduzca durante su existencia entera esa neurosis intestinal como un eco del vientre hinchado de su madre alimenta una hipótesis psicopatológica a cuyo respecto cada cual juzgará si merece ser defendida. La hipótesis se establece frente a las tesis mismas de Freud, siempre de suma pertinencia para explicar su propio funcionamiento libidinal.

La materia fecal está dotada, por consiguiente, de un extraño valor. Sobre la base de cuentos, del folclore, de la cultura muy antigua, pero también del sentido común y el habla popular, Freud cita los relatos en los cuales el oro se asimila a los excrementos: del diablo, casi siempre. Luego, conclusión científica como nuestro autor sabe esculpir las en el mármol de lo universal: “el dinero es puesto en los más íntimos vínculos con el excremento” (VIII, p. 193) [IX, p. 157]. De modo que el temperamento anal produce personas con rasgos de “orden, ahorratividad y pertinacia” (VIII, p. 189) [IX, p. 155]. Aclaremos que Freud no manifestó jamás un talento particular por el desorden, el gasto desconsiderado y la flexibilidad mental.

Que un día el “Sigi de oro” de su madre pueda pensar una relación de equivalencia simbólica entre el material noble por antonomasia y el material más vil, entre el símbolo del poder, el metal con el cual se obtiene todo, y la materia fecal, símbolo del desecho, de lo que sigue siendo innoble tras la nobleza del proceso de alimentación, es lo que asombra en la pluma de un pensador que se propone la ciencia y la verdad tal y como ellas existen en Copérnico y Darwin. Esta extraña correspondencia entre el oro y el excremento parece ser muestra de una mitología personal, y concluye el retrato de la relación que Freud mantenía con su madre.

Limitémonos a agregar este detalle, aunque todo el mundo sabe que el diablo está en los detalles: Amalia muere el 30 de agosto de 1930. Ese mismo día, Freud escribe una carta a Jones en la cual confiesa que esa muerte le permite descubrir dos cosas en sí mismo: la primera, accede a una mayor libertad personal con el pretexto confeso de que su madre muere antes y, por consiguiente, él no le infligirá su propia desaparición, una configuración que temía desde mucho tiempo atrás, quizá después del diagnóstico de cáncer en 1923.

La segunda: confiesa su “satisfacción de que por fin [*sic*] haya encontrado la liberación a la que tenía derecho después de una vida tan larga”. ¿Qué liberación? ¿Liberada de qué? ¿De qué mal, de qué enfermedad, de qué sufrimientos, de qué extremas decadencias? Su madre no padecía ninguna patología; al contrario, se mantuvo vivaz y consciente hasta su último suspiro, a la edad de noventa y cinco años.

En esta situación, es él quien *por fin* se ve liberado de la angustia de tener que perder a su madre, y no ésta la que se libera de la carga de haber vivido. Para señalar su estado de ánimo, Freud agrega en la carta: “No hay dolor, no hay pena”. Último detalle confirmatorio de que la gesticulación epistolar en la que se confiesa una ausencia de dolor actúa como pantalla del extremo sufrimiento: el “Sigi de oro” no asistió al entierro y envió a su hija, *Anna*, para representarlo.

3. EDIPO, UN ESPEJISMO EN UN COCHE CAMA

“Se despertó mi libido hacia *matrem [sic]*, y ello en ocasión de viajar con ella de Leipzig a Viena, en cuyo viaje pernoctamos juntos y debo de haber tenido *[sic]* la oportunidad de verla *nudam [sic]*.”

SIGMUND FREUD, carta a Fliess, 3 de octubre de 1897

Aquí tenemos pues a Freud flanqueado por un padre viejo que fecunda a una mujer joven, casi de la misma edad que su primer hijo; un genitor frenético, esposo múltiple creador de una familia enmarañada como un cajón de sastre; un padre humillado por un antisemita, pero que dobla la cerviz bajo el insulto; un padre que humilla a su hijo porque orina en el bacín familiar; un padre perfecto cuando muere y reaparece en sueños bajo la forma de un héroe magiar; un padre que figura en el exergo de un libro anunciado por su hijo como fundador de su futura celebridad planetaria; un padre cuya muerte parece, de dar crédito a su descendiente, un trauma de tal magnitud que conduce a un autoanálisis, el cual, después de muchísimas peripecias autobiográficas, desembocará en la creación de una *ciencia* llamada psicoanálisis.

Y lo tenemos igualmente como hijo predilecto de una madre que no falló jamás en la demostración sostenida de amor a su hijo de oro; una madre que anuncia a todo el mundo que ha dado a luz a un genio destinado a ser famoso; embarazada por un hombre que tiene edad para ser su padre; pensada por su hijo como una mujer que habría podido tener un niño con su hijastro; una madre que inflige al susodicho hijo predilecto la ofensa de un hermano, aunque éste tiene la delicadeza de morir rápidamente, y después la de una hermana cuyo nombre de pila es el mismo que más adelante llevará la hija de Freud; una madre que paraliza a su hijo por el mero hecho de existir, provocándole un nudo en los intestinos durante toda la vida; una madre que, al morir, libera a su hijo del peso psíquico que representó su existencia, y que baja a la tumba en ausencia de su niño del alma, que envía a su hija para reemplazarlo...

El hijo de esas dos personas teorizará en el futuro, a la sombra de sus aventuras autobiográficas, una serie de grandes nociones del psicoanálisis. Resumamos en este punto del análisis las correspondencias entre práctica biográfica y producción conceptual: las relaciones de causalidad mantenidas entre el *autoanálisis* & la muerte del padre, la necesidad de resituarse en el centro de sí mismo; la *significación del sueño* & el mundo de los recuerdos de la infancia, portadores del secreto de los enigmas del ser; la *angustia de castración* & el bacín fundador de una reactividad existencial; la *novela familiar* & el medio hermano tan joven como su madre, que enturbia en la mente del muchacho la cuestión del linaje y la identidad sexual; la doctrina del *hijo predilecto* & la demostración furiosa del afecto de su madre como fundación y legitimación del genio y el éxito del elegido; la culpa asociada al *deseo*

de muerte ante la llegada de un hermano o una hermana en los tiernos años de una psique en proceso de constitución; el *recuerdo encubridor* en germen en el desplazamiento del sentido de un Philipp a otro en la construcción de una interpretación tranquilizadora para el alma porque evita su núcleo duro; el *carácter anal del dinero* & el eco de la madre, y luego el de su Sigi de oro en el vientre de su hijo durante toda la vida, embarazo nervioso de un hijo ontológicamente preñado por la madre.

Pues aquí se encuentra el hilo conductor de todas esas historias de una vida que, a fin de cuentas, es completamente banal. No hay, en efecto, nada fuera de lo ordinario en la existencia de ese joven: heridas narcisistas, cardenales en el alma, fantasmas y un imaginario que desposan lo real y la historia, reacciones epidérmicas, amores y odios, preferencias y aborrecimientos, hijos, un orden cronológico que no casa con el orden imaginario, pulsiones, instintos, libidos sin Dios y sin ley, fijaciones de la energía negra del sexo en lo que se pone a tiro de la psique. Banalidad existencial...

¿Y ese hilo conductor? Hoy lo conocemos bajo la denominación de *complejo de Edipo*. El epicentro del psicoanálisis es en primer lugar el corazón nuclear del alma de Sigmund Freud, pues esa *hipotética verdad científica* es ante todo un *problema existencial subjetivo*, personal, individual. Ese problema convertido, por la gracia y la magia del maestro y sus discípulos, en el tormento de cada cual desde los comienzos de la humanidad y hasta el final de los tiempos, ese problema, pues, es el de un hombre, uno solo, que logra neurotizarse a la humanidad entera con la loca esperanza de que su neurosis le parezca más fácil de tolerar, más ligera, menos penosa, una vez extendida a los límites del cosmos.

En el trámite de escribir su leyenda y esculpir su propia estatua, Freud dice en “Sobre los recuerdos encubridores” (III, p. 265) [III, p. 306] que la fábrica textil de su padre en Freiberg quebró a causa de una crisis económica en su sector, lo cual habría justificado el abandono de esa ciudad morava y la instalación en Viena en 1859. A lo cual hay que agregar la construcción de una vía férrea que habría postergado su localidad en beneficio de otras aglomeraciones. Freud tenía entonces tres años y medio. De igual modo, en virtud de una legendaria lógica similar, el crac de 1872 habría terminado de arruinar a Jakob Freud. La crisis, el tren, el crac, pero no el padre: Freud exime a su progenitor y no le reconoce responsabilidad alguna en lo que le sucede y sucede a su familia.

Al parecer, las cosas no pasaron exactamente como él afirma... Puesto que no hubo crisis en el sector económico en que trabajaba su padre: en efecto, algunas empresas florecían en la misma ciudad mientras que la suya bajaba las persianas; la vía férrea se construyó, sí, pero no pasaba lejos de la fábrica paterna y, debido a ello, aumentaba las probabilidades de comerciar con otras ciudades. La verdad parece ser que Jakob era un diletante, un individuo poco dotado para el comercio pero, en cambio, bastante talentoso en el arte de conquistar damas: a los dieciséis años se casa con una joven, a los diecisiete se convierte en padre de familia sin ningún recurso y luego, con el impulso adquirido, tiene otros cuatro hijos, dos de ellos mortinatos. Sin trabajo, con dinero prestado que no devuelve como único recurso vital, parece indiferente a todo. A los treinta y tres años, recordémoslo, su esposa muere, y él

queda con dos hijos a su cargo. Vive un tiempo con una mujer que desaparece sin más rastro, antes de casarse con Amalia, una muchacha a la que duplica en edad y a quien le hará ocho hijos en diez años. A los sesenta y siete años, con siete hijos, entre ellos Sigmund Freud, y una mujer a cargo, no da abasto: para proseguir sus estudios, Freud deberá pedir dinero, conseguir préstamos, becas, anticipos dados por miembros de la familia, amigos o profesores que lo sostienen. Nada para hacer de su padre un héroe.

La antedicha quiebra motiva, ya se ha señalado, la partida de Freiberg con destino a Leipzig y luego a Viena. El viaje se hace en tren, un medio de transporte que durante toda la vida causará fobia a Freud. Éste teme los accidentes, llega a la estación mucho tiempo antes y a veces toma un tren distinto del de su familia cuando salen de vacaciones. Al dejar la Viena nazi, partirá al exilio en ese medio de transporte; una foto célebre lo muestra en un vagón, junto a la ventanilla, con su hija Anna. Ahora bien, fue en un tren donde Freud conoció al espectro de Edipo...

Mientras sus cartas a Fliess fueron inaccesibles, la leyenda pudo funcionar: Freud se habría sumergido en los entresijos de su psique, con el coraje de un explorador de lugares peligrosos, y habría encontrado, luego de arrostrar todos los riesgos y manifestar una temeridad de *conquistador*, la verdad universal del complejo de Edipo. Esta versión legendaria que, como es evidente, no da lugar alguno a la historia, fue convalidada por los diccionarios, las enciclopedias, las instituciones educativas, universitarias y editoriales, la biblioteca de glosas interminables, la vulgata periodística, los ámbitos antiinstitucionales de la contracultura del 68 y sus adversarios, y ya son incontables los mecanismos reproductores de esta ficción. ¿Qué espíritu independiente habría podido escapar a ese totalitarismo ideológico?

Se entienden las razones de la censura de la correspondencia por los guardianes del templo, Anna Freud la primera y después, en su estela, los numerosos partidarios de la secta. Destruídas, rescatadas para ponerlas a resguardo, expurgadas, publicadas en fragmentos elegidos para mayor gloria del héroe con el único objetivo de alimentar su leyenda dorada, encerradas en archivos a cargo de los turiferarios de la causa, selladas en cajas inaccesibles al público hasta fechas irrazonables, lo que esas cartas revelan es lisa y llanamente explosivo. ¿Por qué, por ejemplo, el embargo de una conversación con Oliver Freud, su hijo, hasta... 2057?

Esa correspondencia abarca el periodo de 1887 a 1904; en otras palabras, una amplia franja de la vida de Freud que va de los treinta y uno a los cuarenta y ocho años, es decir diecisiete años en la mayor intimidad y proximidad con los secretos y confidencias de un psiquiatra depresivo, melancólico, que piafa de impaciencia frente a un éxito que se demora. Como es obvio, con ellos la leyenda se menoscaba y el mito retrocede, ya que la historia recupera por fin sus derechos. No se trata de *juzgar moralmente* una trayectoria, sino de trazar una *cartografía amoral* de ella, con el objeto de ver las verdades históricas que hubo que acallar para constituir una leyenda.

Entre esas dos fechas, Freud pasará de la electroterapia al diván legendario, a través de la hipnosis; irá de la psicología científica a la metapsicología psíquica, pasando por el método de la asociación libre; recorrerá el camino que conduce de la soledad sin dinero del consultorio sin pacientes a la creación del embrión de iglesia

consagrada a la causa, con la fundación de la Sociedad Psicológica de los Miércoles, pasando por el momento jubiloso de la posibilidad de fijar, por fin, el precio de sus consultas; fundará una familia y perderá a su padre y, para terminar, vivirá simplemente la vida de un hombre, y no la existencia de un semidiós, si no de un dios...

Freud, claro está, destruyó las cartas de Fliess —demasiado comprometedoras— en el invierno de 1907-1908. Quedan doscientas ochenta y siete cartas y una serie de manuscritos teóricos, o sea un volumen de más de quinientas páginas, en el cual se descubre a un Freud de mala fe, oportunista, envidioso, interesado, tiñoso, vacilante, seguro de sí mismo, ávido de éxito, notoriedad y dinero, un Freud que corre tras el reconocimiento universitario, neurótico, somatizador, adepto a la numerología y el ocultismo, partidario de las tesis más antojadizas de su amigo (la teoría de los ciclos y las hemorragias nasales en relación con la etiología sexual de las neurosis...), un Freud que expone todas sus dudas a Fliess, intenta demostrar una tesis (por ejemplo, la psicología científica o la teoría de la seducción) y luego la recusa.

Esa llave magnífica para penetrar en los arcanos freudianos estuvo oculta durante casi un siglo. Esta correspondencia hemipléjica se publicó en 1905 en Alemania, pero expurgada, por supuesto. En 1954 en Inglaterra y en 1956 en Francia, pero siempre después de excluir las cartas más comprometedoras o los pasajes menos aptos para servir a Freud. En esa edición fabricada a medida, se trataba de proponer una lectura coherente de *Los orígenes del psicoanálisis* (título de la edición expurgada), entendido como una conquista regular, rectilínea, sin errores ni interrupciones, sin arrepentimientos, hecha por un hombre solo enfrentado a la incompreensión de sus contemporáneos, la necesidad de su tiempo y la ruindad de la época, en especial el antisemitismo, pero que, con la fortaleza que le daba lo que siempre había llevado en su seno, logró imponer la verdad científica de una disciplina nacida de su exclusivo genio, sin fuentes, sin predecesores, sin contemporáneos útiles, sin los debates necesarios para la constitución de un saber. Esa edición mentirosa se vendió en Francia, tras numerosas reediciones, hasta... 1996, fecha de la última impresión de este monumento de desinformación. Para poder disponer de instrumentos de reflexión sobre la epistemología de esta disciplina al margen de la hagiografía de los discípulos, jueces y parte en el proceso, habrá que esperar hasta... 2006; en otras palabras, la fecha de publicación de una auténtica edición científica y crítica de esa correspondencia a medias.

Para entrever la amplitud de la superchería, se puede planear una obra específicamente consagrada a analizar en detalle la totalidad de los expedientes en juego, pero no es ése el proyecto de este libro. Se puede asimismo extraer de ese corpus abundante un concepto decisivo y ver de qué manera funciona como un emblema del “método” freudiano. Elijamos el más central, si no la clave de bóveda del edificio: el *complejo de Edipo*, que la hagiografía coincide en definir como el basamento del psicoanálisis.

Antes de su primera aparición teórica en las “Contribuciones a la psicología del amor”, de 1910, el *complejo de Edipo* procede de una genealogía práctica. Una carta a Fliess proporciona en forma explícita el detalle de esta increíble ficción, dentro de la cual, es de sospechar, cada palabra cuenta. La leyenda presenta el descubrimiento

de ese complejo por el autoanálisis de Freud. Ernest Jones transforma esa trivial aventura introspectiva en una empresa “heroica”. La conquista de ese Nuevo Mundo se efectúa esencialmente por el sueño y su interpretación, y luego por la interpretación de los accidentes microscópicos de la psique, como el lapsus, el chiste, el olvido de un nombre o una palabra, un error de cálculo y todo lo que se presentará bajo la rúbrica de *psicopatología de la vida cotidiana*.

¿Qué nos enseña la correspondencia con Fliess sobre la genealogía del complejo de Edipo? La carta del 3 de octubre de 1897 comienza con un *delirio numerológico* similar a los que los compadres suelen bosquejar. Fliess cree que ciclos de veintitrés días en los hombres y veintiocho en las mujeres explican todas las patologías: hemorragias nasales, secreciones de la nariz, menstruaciones, anginas, dientes que salen, dientes que se caen, inspiración literaria, periodos melancólicos, impotencias sexuales, fecha de la muerte...

Al cabo de las acrobacias cabalísticas con las cifras, los números y los periodos, Freud termina, desde luego, por salirse con la suya. Así, ¡propone una fórmula — científica, claro está— para explicar la relación existente entre la neumonía de una mujer y el comienzo de las contracciones de su hija embarazada! Cita: “ $a \times 28 + b \times 23$ ” (p. 339). ¡Por eso su hija está muda! De igual modo, y ya volveremos a esto, cuando Anna, su hija, llega al mundo, el padre redacta una página de cálculos basados en las fechas de las contracciones, la fecha de nacimiento de la niña, las fechas de la reanudación de las reglas de la madre, las fechas de los periodos propios de la esposa, y acumula una treintena de cifras con las cuales hace malabarismos, pasando de una suma a una división, y luego asesta esta sentencia digna de Diafoirus: “El nacimiento, por tanto, se produjo en la fecha adecuada” (1 de marzo de 1896). Copérnico está lejos... Se comprende que Anna haya velado para que la publicación de esas elucubraciones científicas de su padre estuviera prohibida durante tanto tiempo. Aquí vemos, pues, en qué contexto intelectual y bajo qué auspicios científicos Freud transmite a su amigo Fliess el descubrimiento capital que desemboca en la teoría del complejo de Edipo.

Visitemos la trastienda de esta extravagante historia. Freud confiesa que, en el momento de aquella escena calificada de fundacional, tenía entre dos años y dos años y medio: “Se despertó mi libido hacia *matrem [sic]*, y ello en ocasión de viajar con ella de Leipzig a Viena, en cuyo viaje pernoctamos juntos y debo de haber tenido *[sic]* la oportunidad de verla *nudam [sic]*”. ¡Tal es, por consiguiente, la escena primitiva, teatro en el cual la lengua de Cicerón ocupa un lugar interesante!

Así como Krafft-Ebing titula *Psychopathia sexualis* su *Estudio médico legal para uso de médicos y juristas* porque el latín permite expresar presuntas obscenidades que no lo parecen entre latinistas, quienes, como todo el mundo sabe, son gente de buen tono, Freud no ve a su *madre desnuda* sino *matrem nudam*. Primera lección: la cosa lo perturba tanto que, contrariamente a cualquier otro, que en una ocasión semejante perdería su latín, él lo recupera. Segunda lección: si se trata en verdad de esa fecha y ese viaje, Freud acompaña a su madre en el tren durante la ida de la familia a Viena; ahora bien, dicho viaje no es de 1858 o 1859, fechas que se deducen de sus indicaciones, sino de 1860: el niño no tiene dos años o dos años y medio sino tres años y nueve meses y, en consecuencia, está más cerca de los cuatro que de los dos.

Tercera lección, la más importante: el texto no dice que *ha visto* sino que *ha debido de ver*, que las cosas, con seguridad, pasaron así... En otras palabras: ¡no que esa escena ha tenido lugar, sino que habría podido tenerlo! De modo que el complejo de Edipo no procede de una observación científica debidamente comprobable y comprobada y luego confirmada por la clínica, sino de un anhelo, una hipótesis, un deseo, un afán, una apetencia, una aspiración, una avidez del niño, a quien tanto le gustaría ver a su madre desnuda en el vagón del viaje o el cuarto de hotel a la noche. No hay mejor forma de decir que aquí Freud toma sus deseos por la realidad.

A vuelo de pájaro, quinientos kilómetros separan a Leipzig de Viena. Si se suman los viajes en coche de punto hasta las estaciones, ese trayecto, en efecto, habría debido recorrerse probablemente en dos días, con una noche entre ellos. ¿En un hotel de Praga? ¿En otro lugar? ¿En el camarote de un tren nocturno? Nadie lo sabe, Freud no lo aclara. Pero conjetura que en esas condiciones, no puede no haber visto a su madre desnuda. Comienza a la sazón una aventura increíble para ese deseo infantil tal y como un adulto cree recordarlo cuarenta años después, y su devenir en la construcción de una disciplina llamada *psicoanálisis*.

En la biografía de Ernest Jones titulada *Vida y obra de Sigmund Freud* (1955), cuando se hace referencia a la carta a Fliess, la *hipótesis infantil* de la desnudez de la madre se convierte en *verdad histórica*: “En el transcurso del viaje que hizo entre Leipzig y Viena [...], Freud tuvo la ocasión [*sic*] de ver a su madre desnuda”. Mencionemos asimismo el monumental *El autoanálisis de Freud y el descubrimiento del psicoanálisis* (1959), de Didier Anzieu, quien, en las páginas dedicadas a la biografía del joven Freud, dice: “Durante el viaje de Leipzig a Viena, Sigismund percibe [*sic*] a su madre desnuda y siente una intensa emoción erótica, que recuperará y analizará más adelante” (vol. 2, p. 755). E incluso, más fuerte, en *Freud: una vida de nuestro tiempo* (1988), de Peter Gay, esto: el autor inglés cita explícitamente la carta de Freud a Fliess y transcribe el pasaje acerca de su madre: “Pude sin duda [*sic*] verla *nudam*” (p. 15). Nueve líneas más adelante, Gay señala el error de la edad: “Así, tenía en realidad casi cuatro años y no dos cuando tuvo la oportunidad de entrever [*sic*] a su madre desnuda”. No nos asombrará, pues, que aún en 2009, esto es, después de la aparición de la correspondencia *in extenso* con Fliess, el ladrillo de novecientas veinte páginas del psicoanalista Gérard Huber, *Si c’était Freud: biographie psychanalytique*, reproduzca el error y, al hablar del famoso viaje a Viena, escriba: “Se sabe que Freud sitúa en ese viaje su experiencia crucial de ver [*sic*] a su madre desnuda y sentir así el despertar de su libido que se volvía hacia ella” (p. 66). Así es como un error repetido varias veces se convierte en una verdad...

Comparemos esa carta con otro correo de Freud útil para constatar la transformación de sus fantasías personales en verdades científicas universales. El 15 de octubre de 1897 le cuenta a Fliess, siempre entre dos consideraciones numerológicas, que carece de pacientes. Sigue un recuerdo de infancia acerca de su niñera, una vieja católica que lo llevaba a la iglesia a escondidas de sus padres, pasmados al descubrir un día que su hijo tenía usos y costumbres del dios de los cristianos. Fue esa señora quien, convicta de robo, fue “encofrada” en las condiciones psicoanalíticas señaladas con anterioridad en este libro.

En dicha carta a Fliess, Freud escribe lo siguiente: “Ser completamente sincero

consigo mismo es un buen ejercicio. Un solo pensamiento de validez universal [*sic*] me ha sido dado. También en mí he hallado el enamoramiento de la madre y los celos hacia el padre, y ahora lo considero un suceso universal de la niñez temprana”. A continuación, también esto, después de hablar de Edipo y descartar con un gesto exasperado las reservas opuestas por la razón: “Cada uno de los oyentes fue una vez en germen y en la fantasía un Edipo así, y ante el cumplimiento de sueño traído aquí a la realidad objetiva retrocede espantado, con todo el monto de represión [...] que divorcia a su estado infantil de su estado actual”. Las cosas han sucedido así, *magister dixit*.

Este es pues el método en acción a plena luz del día: Freud reivindica la sinceridad retrospectiva y, después de ahumar la atmósfera, asesta esta certeza: lo que él descubre al observarse, al examinarse, tiene valor universal. ¿En virtud de qué? ¿Según qué criterios? ¿Con el respaldo de qué pruebas? Jamás sabremos nada de ello: Freud se instala en el terreno de la afirmación pura, el decreto profético, en las antípodas de las demostraciones científicas. Más un Moisés que impone sus Tablas de la Ley que un Darwin que acumula pruebas en una metódica vuelta al mundo.

El “también en mí” hace pensar que, en la carta de Fliess destruida por Freud, había asimismo una constatación de ese tipo. Ya en la otra carta, al hablar de su madre, a quien cree haber visto desnuda, señala que Fliess habría comprobado lo mismo con su hijo. Como no contamos con el intercambio de correspondencia, evitaremos una conclusión. Pero habida cuenta de que los dos amigos disponen del mismo material fantasmático, esto basta para extraer una regla general con validez universal. ¿Freud bien podría haber visto desnuda a su madre y sentirse perturbado ante esa visión, y Fliess testimonia acaso que su hijo habría experimentado las mismas emociones? Con esto basta para enunciar el primer mandamiento de la futura ley psicoanalítica.

A partir de un anhelo infantil, *ver a su madre desnuda*, Freud comienza a levantar su edificio conceptual. Lo que él ha vivido, todos lo han vivido. Más aún: todo el mundo lo ha vivido desde siempre y todo el mundo lo vivirá hasta el fin de los tiempos. Si nos remontamos a los orígenes de la humanidad, encontraremos ese sentimiento —*Tótem y tabú* lo afirma—, y si nos proyectamos lo más lejos posible en el tiempo, todos los hombres lo experimentarán: desear a la madre, sentir celos con respecto al padre. En todos los lugares, todos los tiempos, bajo todos los cielos; tal es, por tanto, la verdad asestada por Freud, que escribe: “Un solo pensamiento [...] me ha sido dado”, como algunos escriben para comenzar un cuento: *érase una vez...*

En *La interpretación de los sueños*, Freud escribe entonces las primeras líneas de ese cuento rico en desarrollos y repercusiones. En una nota agregada en 1919, aclara: “‘El complejo de Edipo’, mencionado aquí, en *La interpretación de los sueños*, por primera vez, ha adquirido por obra de ulteriores estudios una importancia insospechada para la comprensión de la historia de la humanidad y el desarrollo de la religión y la eticidad” (IV, p. 304) [IV, p. 272, nota 25], aun cuando lo que aparece allí por primera vez no sea el *complejo de Edipo* sino la *cuestión de Edipo*. Freud pone sus cartas sobre la mesa: con ese descubrimiento científico, revoluciona la comprensión de la humanidad, de la religión, de la moral.

4. LA GRAN PASIÓN INCESTUOSA

“Tenemos los dos un aspecto; lástima que no nos puedas ver.”

SIGMUND FREUD (de vacaciones con su cuñada Minna), postal a su mujer, 13 de agosto de 1898, en *Cartas de viaje, 1895-1923*

Freud escribe su vida bajo el signo de Edipo. La gran pasión incestuosa constituye su columna vertebral existencial: lo que el niño ha vivido con su madre se convierte en lo que el padre ha de vivir con su hija. Desde sus primeros días y hasta su último suspiro, el inventor del psicoanálisis sigue con sus pasos la huella trazada por los pasos del hijo de Yocasta y Layo. Aníbal y Moisés, claramente reivindicados como modelos existenciales, también proceden del esquema incestuoso. Las relaciones con su padre y su madre, su mujer y su cuñada, su hija preferida y sus demás hijos: todo se comprende con claridad una vez que la luz negra del incesto ilumina los hechos.

La vida privada de Freud se organiza, pues, en torno de esta figura; lo mismo ocurre con la vida teórica. Junto al fantasma de la madre, el ectoplasma padre, la sombra la cuñada y la silueta de la hija, el teórico adornado con el plumaje del científico alimenta a la humanidad del problema del incesto a través de *Tótem y tabú*, que pretende contar el origen de la humanidad con el asesinato del padre, jefe de la horda primordial y poseedor del rebaño sexual femenino, un padre masacrado y devorado por los hijos timados por la libertad sexual y luego, estupefactos ante su audacia, creadores como respuesta de la prohibición del asesinato y el incesto; continuará con las tesis fundamentales de *Moisés y la religión monoteísta*, en el cual se descubre un increíble ardor del judío Freud por matar a Moisés, el padre de los judíos según la tradición, transformado por obra suya en egipcio histórico. Advertidos de ese tropismo patológico, leeremos con otros ojos *El presidente Thomas Woodrow Wilson*, una obra maestra de mala fe presentada como una biografía cuyas primeras líneas destacan la “antipatía” de Freud hacia su tema; el famoso presidente no tiene más que un defecto: su padre fue “el gran personaje de su niñez. En comparación, su madre era por cierto una figura pequeña” (p. 99). Es fácil imaginar por qué, para un personaje que piensa exactamente lo contrario —la madre como gran figura y el padre tenido en poca estima—, ese presidente de los Estados Unidos pudo, en las primeras diez líneas del libro, generar en el analista esta observación sintomática: “La figura del presidente norteamericano, tal como surgió en el horizonte de los europeos, me resultó antipática desde el principio, y esta aversión aumentó al pasar los años a medida que supe más sobre él” (p. 13).

Se comprende que los exégetas, los biógrafos, los analistas y los glosadores acusen a William C. Bullitt —el coautor de ese asesinato publicado después de la muerte de Freud, pero escrito en vida del sujeto sometido a la autopsia, lo cual permite disculpar al héroe— y eviten preguntarse sobre las verdaderas razones de ese uso letal del

psicoanálisis. Pues ese odio de un hijo que ama a su madre y siente celos de su padre hacia un hijo que quería a su padre y manifestaba menos desvelos por su madre bien podría probar que, muchas veces, motivos inconfesables animaban al científico.

Esa gran pasión incestuosa motiva igualmente el ateísmo del personaje que, en *El porvenir de una ilusión*, señala hasta qué punto Dios se convierte en una criatura clara y nítida, límpida e inteligible, cuando se comprende que es un padre que da seguridad, una figura creada de cabo a rabo por los hombres incapaces de vivir con estas evidencias existenciales: tener que morir algún día, estar además en la tierra para eso, pero negarse al carácter palmario de ese destino que los lleva hacia la nada desde el primer segundo de su vida intrauterina. ¡El Dios definido en *El malestar en la cultura* como “un Padre de grandiosa envergadura” (XVIII, p. 259) [XXI, p. 74] se convierte, en efecto, en el hombre a quien debe abatirse! Freud fue un increíble e indiscutible militante de la causa atea. Más allá del bien y del mal, se entienden las razones...

El resto de la obra, como se sabe, padece de esa patología incestuosa que no deja de atormentar a Freud: el complejo de Edipo, desde ya, porque se trata de la clave de bóveda de esa catedral psicopatológica, pero también los satélites que son la angustia de castración; la envidia del pene en la mujer; la homosexualidad pensada como una interrupción en la llamada evolución normal hacia la genitalidad; la sublimación a causa de la represión del presunto incesto históricamente fundado, y la transferencia durante el análisis que remite a los periodos de esa represión: todo el edificio freudiano parte de ese supuesto descubrimiento científico que, en definitiva, se reduce a un banal deseo infantil, el que un varón siente por su madre.

¿A qué mujer escoge un hombre cuyo modelo arquetípico de la libido es su inalcanzable madre? Una novia a la que no desflora durante cuatro años; una esposa a la que toca poco, apenas en los momentos de hacerle hijos; una mujer de la que se aparta sexualmente una vez fundada la familia. Un hombre cuya sexualidad se dirige hacia un objeto que no es esa joven convertida en madre, y que elige... a la hermana de esa compañera abandonada, según la confesión del propio Freud en sus cartas a Fliess. O sea: una muchacha amada en la distancia, agasajada epistolarmente, deseada en el papel; una mujer, Martha Bernays, con la que se desposa para hacerle seis hijos en ocho años, entre el 16 de octubre de 1887 y el 3 de diciembre de 1895; una madre de familia forzada a la abstinencia por un Freud en busca de un verdadero método anticonceptivo cuya falta le permite explicar sus probables malogros sexuales, y una sexualidad adúltera e incestuosa con su cuñada (el acceso a la correspondencia está muy oportunamente vedado...). Asediado por el amor de su madre, Freud tratará toda su vida de encontrar una salida a ese laberinto libidinal.

Hay un momento singular en la biografía de Freud que es muy apto para captar la naturaleza de su psique incestuosa. Los detalles se encuentran en una carta a Eduard Silberstein fechada el 4 de septiembre de 1872. Alojado en casa de la familia Fluss, amigos de sus padres, Sigmund, de dieciséis años, se enamora de la hija de sus anfitriones, que tiene trece; disgustado con las cifras, él dirá: diecisiete en su caso, quince en el de ella. La familia hace fortuna en la industria textil de Freiberg, la ciudad donde Jakob presuntamente se declaró en quiebra a raíz de una crisis que

afectaba a toda esa actividad. Locamente enamorado, e inhibido, Freud guarda su pasión para sí durante tres días. Cuando se produce la separación, la declaración no aparece. Freud, desdichado, vagabundea por el campo. Maldice entonces a su padre, cuya impericia lo ha obligado a dejar el lugar donde probablemente, desde luego, habría conocido una alegría sin nombre junto a la niña. A falta de felicidad en Freiberg, lo tenemos desventurado en Viena, una ciudad que, a decir verdad, nunca amará.

En la carta a su amigo Silberstein, Freud explica el flechazo por un desplazamiento de amor, una transferencia libidinal: Gisela, la muchacha, resulta ser un pretexto. Pues el verdadero objeto de amor es... ¡la madre de esta joven, quien, por supuesto, podría ser la de él mismo! Sigue entonces un extenso ditirambo a la gloria de esta mujer, adornada con todas las cualidades: su extracción burguesa, sus buenos modales, su sólida cultura clásica, la corrección de su juicio en todos los ámbitos, el interés que presta a las cosas de la política, su capacidad de dirigir la empresa junto con su marido, la sumisión de los obreros a su autoridad, el éxito de la educación de sus siete hijos, su manera maravillosa de seguir los progresos de su descendencia y cumplir con su deber de madre (de pasada, Freud deplora que la suya destaque tan poco en la materia...), su talento para administrar la casa y más particularmente la domesticidad, su constante buen humor, su generosa hospitalidad; todo esto es lo que arrebató a un adolescente de dieciséis años imbuído de amor por una madre de familia que tiene casi la misma edad que la suya.

Freud cuenta que, bajo el techo de esta Venus a su alcance, fue víctima de un dolor de dientes. El futuro científico autor de *La interpretación de los sueños* no piensa aún en la existencia de “cierta relación entre los dientes y el genital masculino” (IV, p. 437) [V, p. 393]. Para calmar el dolor, el adolescente bebe alcohol, demasiado: Freud, que todavía no ha leído a Freud, y con razón, ignora que un banal onanismo como Dios manda habría podido tal vez, según su doctrina, con su dolor dental. “Caído en letargo”, como dice con un eufemismo bien escogido, deja a su paso un reguero de vómitos. En esas circunstancias, la madre de Gisela se comporta como una magnífica enfermera: ¡lo visita varias veces durante la noche! Al término de su carta, Freud habla del “fuego espiritual” que brotaba de los ojos de la mujer y vincula esa incandescencia particular a la “belleza salvaje” de la misma índole de la hija.

Fiel a su método consistente en hacer de su caso una generalidad, Freud escribirá más adelante, con toda la seriedad *científica* necesaria, que el primer objeto amoroso resulta ser la madre, e incluso la hermana: Anna para él, si tenemos a bien recordar esa información... Léase, por ejemplo, “Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa (*Contribuciones a la psicología del amor*, II)” (XI, p. 130) [XI, p. 170]. Pero el poder de la represión del incesto devora al varón que está entonces presa del mismo tropismo incestuoso con... su suegra. Sí, ha leído bien. Véase esta vez *Tótem y tabú* (XI, p. 217) [XIII, p. 25]: “La suegra constituye de hecho una tentación incestuosa para el yerno; por lo demás, no es raro [*sic*] que un hombre se enamore manifiestamente de quien luego será su suegra, antes que su inclinación migre a la hija”. Freud concluye: lo que se juega en esa aventura es “el factor incestuoso” del vínculo (*ibid.*) [*ibid.*].

Pero allí donde Freud habría podido comunicar su experiencia autobiográfica de

joven enamorado de la madre de su noviecita, el *científico* remite a los salvajes, los primitivos; hace un rodeo por la Australia de las tribus primitivas, se apoya en la etnología, la etnografía, los relatos de viajeros, y cita una biblioteca entera de literatura científica detrás de la cual se oculta, pues el objetivo sigue siendo disimular el origen personal y subjetivo de la idea presentada como universalmente válida. De hecho, para inscribirse en el linaje de Copérnico y Darwin, la madre de Gisela tiene menos peso intelectual que las publicaciones de Frazer o Marcel Mauss...

Freud, que disertó tanto sobre la sexualidad de los otros y nunca tuvo empacho en transformar a los padres de familia de sus pacientes en abusadores sexuales de su progenitura; Freud, que veía en un eccema bucal la prueba de la felación infligida en la más tierna infancia por el progenitor de la mujer afectada por ese problema dermatológico; Freud, que diagnosticaba fantasmas de sodomización con ratas en un paciente, el famoso Hombre de los Lobos, que, como él, padecía de trastornos intestinales, reducidos en su propio caso a la causalidad trivial de un pan viejo o una comida demasiado pesada; Freud, que transformaba una alucinación olfativa en reacción somática al rechazo de un avance sexual; Freud, que interpretaba el miedo a un caballo como una angustia de castración, pues bien, ese Freud jamás contó qué papel tenía la sexualidad en su propia existencia, y por lo tanto en su teoría.

Leamos entre líneas, relacionemos informaciones fragmentarias, aventurémonos en el terreno con la lupa del detective a fin de forjarnos un retrato sexual de Freud. Una vez más, la correspondencia con Fliess demuestra ser muy valiosa. Cuando una carta a éste señala que una relación sexual transcurrió correctamente, podemos preguntarnos si lo que justifica ese comentario como una información digna de mencionarse, y por ende de destacarse, no testimonia en favor del carácter excepcional del resultado positivo del acto sexual en Freud. En efecto, si lo habitual es que en ese aspecto las cosas funcionen como es debido, ¿para qué empeñarse en ponerlo de relieve? El desempeño sexual de Freud no parece notable.

Después de Gisela, que fue motivo de su amor platónico de juventud y del desarrollo del fantasma incestuoso con la madre de la adolescente, Sigmund Freud le echa el ojo a Martha Bernays, una joven cortejada con mil cartas, se dice, escritas lejos de ella, en París, donde él se exila para asistir a los cursos de Charcot: segunda oportunidad de evitar la sexualidad y vivirla en la modalidad de la sublimación. Una joven cuya madre es en definitiva el objeto de su amor, sin que toque a ninguna de las dos; una novia transformada en virgen con la tinta de sus cartas por única sustancia seminal: Freud ama la sexualidad, pero sin el cuerpo. Una manera de reservar la pureza de su ardor para su madre.

Entre el momento en que conoce a Martha (abril de 1882) y el momento de formalizar el noviazgo (27 de junio del mismo año) pasan dos meses; Freud tiene veintiséis años, vive de préstamos y de prestado, no tiene trabajo y ha terminado el año anterior, con esfuerzo, sus estudios de medicina, cuyo título ha obtenido en mayor tiempo que el común de sus camaradas: iniciados muy pronto, a los diecisiete años, y finalizados tardíamente, a los veinticinco, un total de ocho años en vez de los cinco que son lo normal. Se ha tomado su tiempo. Entre el compromiso y el casamiento (civil el 13 de septiembre de 1886, religioso al día siguiente) transcurren

cuatro años, tres y medio de ellos vividos cada uno en su casa. Freud escribe casi una carta por día.

En esa correspondencia se muestra muy celoso, posesivo en extremo, y justifica su afectividad tiránica; exhorta a su novia a no llamar a sus primos por el nombre de pila; le reclama evitar a los hombres jóvenes que pueda conocer; le explica que el papel de una mujer consiste en ser una buena esposa y una buena madre a las órdenes de su marido; agrega que Stuart Mill, cuyos excelentes ensayos sobre la emancipación de la mujer, auténticos textos feministas, ha traducido, dice puras pamplinas. El 2 de agosto de 1882 le escribe que no es bella: “Me veo obligado a confesar que no eres una belleza. No te adulo al decirlo [*isic!*], pero no sé adular”; cuenta los pormenores de su vida parisina y, como en confianza, añade que, si quisiera, podría acelerar su promoción social seduciendo a una hija de Charcot; confiesa su ardiente deseo de ser rico y célebre... Pero, por el momento, vegeta.

¿Hay que ver en esas experiencias de renuncia a la sexualidad y de neurosis personal una fuente, si no *la* fuente de sus reflexiones sobre la etiología sexual de las neurosis y la teoría de la sublimación? Es dable pensarlo, si se tiene en cuenta que el texto explica que una sexualidad no satisfecha, pulsiones sexuales reprimidas, un libido no expandida, un cuerpo inhibido en la expresión de su sensualidad, están en el origen de perturbaciones del tipo de la psicosis, la neurosis, la paranoia y la histeria. Para Freud, toda psicopatología se reduce a una obstrucción de las pulsiones libidinales.

Leamos pues con una mirada divertida “La moral sexual ‘cultural’ y la nerviosidad moderna” (1909), un texto que a primera vista parece un brulote lanzado contra la moral puritana de nuestra civilización pero que, en una segunda lectura, demuestra ser *una queja autobiográfica* apenas enmascarada, una protesta contra lo que le resulta costoso. En efecto, el 20 de agosto de 1893 Freud escribe a Fliess que, a los treinta y siete años, vive en la abstinencia sexual con su mujer; no le gustan ni el *coitus interruptus*, ni el preservativo que dificulta su (modesto) desempeño sexual, y no desea tener un sexto hijo, que lo habrá, empero: Anna, un accidente de alcoba.

Parece probable que después de esta última concesión a la reproducción de la especie, Freud se las arregle de otra manera con su sexualidad. El onanismo bien podría haber tenido un gran papel en su vida; era una práctica que él también ponía como causa de las neurosis... No hay sexualidad con su novia, luego poca y nada con su mujer, a continuación tal vez una sexualidad solitaria en el caso de gran parte de los usos de su libido, y para terminar una sexualidad adúltera con su cuñada: nada mejor para permitir al fantasma incestuoso una larga y dulce existencia al abrigo de lo real.

El texto dedicado a la moral sexual “cultural” dominante lamenta que, en una civilización, no haya cabida alguna para una satisfacción sexual disociada de la procreación y simplemente volcada al placer. En una pareja, la sexualidad queda confinada en la monogamia y la conyugalidad. De modo que la llamada sexualidad normal dura un tiempo breve y a continuación las mujeres la invisten en un nuevo objeto: su hijo. Freud, casado y varias veces padre de familia, habla por experiencia.

Nos mentimos a nosotros mismos, mentimos a los otros, nos engañamos y engañamos a los demás al creer que la sexualidad sirve para otra cosa que para

seleccionar al más viril y, en consecuencia, el que está en mejores condiciones de contribuir a la perpetuación de la especie: tesis schopenhaueriana. Somos víctimas de la naturaleza y no tenemos otra alternativa. La cultura pone dique a unas pulsiones que, de lo contrario, pondrían en peligro todo el edificio social. Ahora bien, Freud no tiene el espíritu nihilista de un destructor de la maquinaria social.

Las necesidades insatisfechas causan la neurosis moderna o desembocan en satisfacciones sustitutivas, cuando no en perversiones; en otras palabras, desviaciones de la libido hacia objetos no genitales: la perversión define ese falso camino del cual, a su juicio, forma parte la homosexualidad. Otro tanto en el caso de la masturbación. Pues Freud piensa la sexualidad dirigida hacia una normalidad, el acoplamiento heterosexual genital, y denomina “perversión” todo lo que escapa a ese esquema rector.

La sofocación de los instintos y las pulsiones es necesaria, sin duda, porque representa el origen de toda cultura y toda civilización. No es cuestión, entonces, de una revolución: Freud se contenta con una *reforma*. Lo ideal sería una vida sexual libre, autónoma, independiente, despreocupada de las obligaciones sociales; sin embargo, ni soñemos con ello, lo ideal no es de este mundo y sólo debemos contar con lo real. Freud se conforma con desear algunas modificaciones: aspira a una contracepción confiable, en eso consiste toda la liberación freudiana...

Lo que Nietzsche llama “prejuicio monogámico” es pues causa de neurosis, sufrimientos, malestares, histerias, patologías mentales y afectivas en su mayor parte. Unos pocos individuos excepcionales escapan a esta maldición por medio de la sublimación: su energía sexual sofocada, reprimida, reaparece investida sin pérdida cuantitativa en objetos intelectuales sustitutivos de fuerte capacidad simbólica: las bellas artes, la literatura, la filosofía, la religión, la poesía, la política. Esta pulsión conserva su fuerza y no hace más que modificar su camino: “A esta facultad de permutar la meta sexual originaria por otra, ya no sexual, pero psíquicamente emparentada con ella, se la llama la facultad de la *sublimación*” (VIII, p. 203) [IX, p. 168].

¿Y el psicoanálisis? Freud previene: “Un artista abstinente difícilmente sea posible; en cambio, no es raro [*sic*] un joven erudito abstinente. Este último acaso gane, por la continencia, fuerzas libres para su estudio; en el caso del primero, es probable que su rendimiento artístico sea poderosamente incitado por su vivenciar sexual” (VIII, p. 212) [IX, p. 176]. Ahora bien, como se habrá comprendido, Freud es un científico y, por lo tanto, mediante su continencia puede liberar fuerzas para sus estudios. La sublimación es, entonces, un magnífico concepto *pro domo*: uno más.

Magnífica y muy oportuna creación conceptual: permite, en efecto, justificar la renuncia real de Freud a la sexualidad (conyugal) para explicar al margen la construcción de un edificio intelectual destinado a la madre amada, sublimada, querida, preservada, adorada, venerada. Amalia mantiene su estatus radiante de ideal sexual tan elevado que, a falta de él, el sujeto preferirá *en teoría* la abstinencia, la renuncia y hasta la ascesis si, *en la práctica*, esta postura kantiana viene acompañada por un recurso al onanismo, al adulterio generador de culpa y a cualquier otra actividad sustitutiva que desemboque en una neurosis.

La renuncia sexual a la que nos invita la sociedad produce hombres castrados,

individuos incapaces de acción, y de ningún modo sujetos dotados de energía: ningún liberador ni reformador, sino carne inútil porque las mujeres, dice Freud, prefieren a los hombres que “ya se han acreditado como hombres ante otras mujeres” (VIII, p. 212) [IX, p. 176]. En esta configuración, dos soluciones se ofrecen a las mujeres: engañar a sus maridos o refugiarse en el placer solitario que lleva directamente a la neurosis. Como la sociedad prohíbe la primera solución, todas se precipitan en la segunda. De modo que, frías, renunciando, aferradas a su padre y su madre como a peñascos en una tempestad, olvidadas de sus maridos, se polarizan en sus hijos que concentran lo esencial de su libido. En noviembre de 1911, en un correo a Emma Jung, Freud afirma: “El matrimonio está amortizado desde hace mucho, ahora no hay más que morir”. Aunque él no tenía ganas de morir tan rápido como parecía pretenderlo...

Lúcido, escribe por tanto: “Durante unos años, únicamente, existe dentro del matrimonio un comercio sexual satisfactorio (deducidos, desde luego, los periodos en que la esposa está vedada por razones higiénicas). Pasados esos tres, cuatro o cinco años, el matrimonio fracasa en cuanto a su promesa de satisfacer las necesidades sexuales” (VIII, pp. 209-210) [IX, p. 174]. Lo cual, en la biografía de Freud que proporciona a desgana las llaves para abrir las cerraduras de las puertas que él mismo ha atrancado, corresponde al periodo de fines de 1889, 1890 o 1891, o sea entre los treinta y tres y los treinta y cinco años; en otras palabras, entre dos y cuatro años antes de que señale su abstinencia sexual a Fliess. Concluamos pues, como decía Anna —que no lo ignoraba—, que el nacimiento de ésta el 3 de diciembre de 1895 fue en verdad el accidente de un genitor de treinta y nueve años cuya sexualidad, al menos conyugal, era casi un desierto.

En efecto, si seguimos leyendo el texto con una perspectiva biográfica, descubrimos que Freud suministra en algunas palabras lo que es a su juicio el mejor antídoto para evitar las miserias sexuales infligidas por la moral dominante: “El remedio para la nerviosidad nacida de este último [el matrimonio] sería más bien la infidelidad conyugal; cuanto más severa haya sido la crianza de una mujer, cuanto más seriamente se haya sometido al reclamo cultural, tanto más temerá esta salida y, en el conflicto entre sus apetitos y su sentimiento del deber, buscará su amparo otra vez... en la neurosis” (VIII, p. 211) [IX, pp. 174-175]. Pero no forzosamente todas se someten de manera tan definitiva a la ley dominante.

Destaquemos de este texto que, de la boca para afuera y sólo de pasada, Freud teoriza el adulterio burgués en el papel y lo legitima secretamente en su vida privada: no habla de la necesidad de facilitar y liberalizar el divorcio, no incita a una vida sexual libre, no celebra el libertinaje y menos aún la revolución sexual, no desaconseja el matrimonio, no fustiga a la familia exhortando a no fundarla, sino que propone un remedio antiguo como el mundo: el viejo y buen adulterio de las familias que, de Plauto y Terencio a Labiche y Feydeau pasando por Molière y Goldoni, es la alegría de los teatros europeos y de tantos de sus bastidores...

A los guardianes del templo freudiano no les gusta que se afirme, con pruebas en la mano, que su héroe pudo haber unido el gesto a la palabra o que, en el texto sobre la moral sexual “cultural”, siembra a su pesar, como tantas veces, las piedrecillas útiles

para seguirle la pista. Pues la relación sexual que se le presume con su cuñada Minna Bernays —la hermana de su mujer, en consecuencia— pasa para ellos, que por lo demás no se privan de ver sexo en todos lados, por una caída en el arroyo: el *conquistador* escribió que había renunciado a su sexualidad para encauzar la libido hacia la sublimación genial que lleva el nombre de *psicoanálisis*, y poner en duda esa palabra santa constituye una blasfemia.

Ahora bien, Franz Maciejewski ha efectuado investigaciones concretas de los registros de los hoteles —de lujo, en su mayoría— en los que Freud se alojaba con su cuñada. ¿Qué supo por ellas? Que el 13 de agosto de 1898, la pareja se presentó en la recepción del hotel Schweizerhaus bajo el nombre de “Dr. Sigm. Freud y señora” para reservar una habitación con cama doble por tres noches. Los devotos freudianos recusan esta tesis y pretenden que los números de habitación y la disposición de las camas cambiaron desde entonces... De plantearse la hipótesis de un hotel sin la posibilidad de habitaciones separadas para Freud y su cuñada, hay que señalar que en la época había otros cinco en Maloja.

Ese famoso sábado 13 de agosto, Freud envía una postal a su mujer, en la cual le habla de la belleza de los paisajes. También puede leerse lo siguiente: “Tenemos los dos un aspecto; lástima que no nos puedas ver. Nos hemos hospedado en un modesto establecimiento suizo, delante tenemos el hotel, como una fortaleza”, probablemente con habitaciones individuales... En total, el viaje duró diez días, del 4 al 14 de agosto de 1898.

Si no hubiera sucedido nada que se asemejara a una relación adúltera e incestuosa entre Freud y su cuñada, ¿por qué prohibir entonces la consulta de las cajas que, en los archivos de la Freud Collection de la Biblioteca del Congreso de Washington, ocultan al investigador las cartas enviadas por aquél a Minna en la época en que no vivían bajo el mismo techo y que, según el propio decir de un biógrafo muy opuesto a la tesis del adulterio, son “cartas apasionadas [escritas] a Minna Bernays cuando él estaba de novio con su hermana” (Peter Gay, p. 846)? Si no hubiera nada que ocultar, ¿por qué ocultar? Y dado que se oculta, ¿qué hay que disimular que merezca alimentar el misterio? Consideremos ciertas esas cartas *apasionadas* enviadas a la hermana de su prometida: el incesto sigue dictando su ley en la vida sexual de Freud.

Puesto que, por lo que ha podido trascender de esas cartas misteriosas, se sabe que Freud escribía a las dos hermanas al mismo tiempo y reservaba a la menor, y no a su Dulcinea, entradas en materia del tipo “tesoro mío” y esta extraña firma: “Tu hermano Sigmund”. Seducir a la hermana de su novia y presentarse como su hermano es hacer asimismo de su prometida —su futura esposa y por tanto la madre de sus propios hijos— una hermana más. ¡Qué curiosa confesión en la pluma del inventor de una ciencia idónea para revelar las claves del inconsciente! Agreguemos que en el momento en que Minna recibe esas cartas de su futuro cuñado, ella misma es festejada por un amigo de Freud. Después de la desaparición prematura de ese novio en 1886 a raíz de una tuberculosis, no se le conocerá a Minna ninguna aventura amorosa, sexual, afectiva o conyugal. A fines de 1896 se instala en casa de los Freud. Vivirá cuarenta y tres años en ella.

Para cualquier lector de la *Psicopatología de la vida cotidiana*, el lugar ocupado en el gran apartamento de Berggasse 19 tiene sentido. La vivienda no carece de

habitaciones —diecisiete—, pero Minna se instala en un cuarto provisto de un tocador personal al que *sólo* se accede a través del dormitorio matrimonial de Freud... Por consiguiente, no se podía entrar o salir de él como no fuera perturbando el espacio conyugal del psicoanalista. En ese apartamento, Minna disponía asimismo de un salón para recibir. Ese lugar permitía instalar un dormitorio en el cual ella pudiera entrar o salir, o hacer entrar o salir a alguien, sin ocasionar molestias a su hermana y su cuñado. Pero, de tal modo, este último controlaba el acceso a su intimidad. La habitación de la “tía Minna” constituye un apéndice del cuarto de Freud y su esposa.

Ernest Jones escribe la leyenda de sus relaciones: inteligente, Minna borda magníficas tapicerías, lee, juega a las cartas con el dueño de casa, hace epigramas apreciados por todos. Freud, desde luego, jamás sintió atracción sexual por ella. Para terminar, “él hacía a veces en su compañía pequeñas excursiones cuando Martha no podía trasladarse. Todo esto dio origen a algunas maledicencias absolutamente infundadas, según las cuales Minna habría reemplazado a Martha en el afecto de Freud” (vol. 1, p. 168). Si bien celebra teóricamente el adulterio como única solución para evitar la neurosis conyugal, por una vez Freud no puede, sin duda, suscribir sus tesis: quienquiera que lo sugiera se unirá al bando de los maledicentes.

¿Cuáles son esas “pequeñas excursiones”? Un viaje a Florencia; una semana junto al lago de Garda; cuatro curas en Bad Gastein, Austria; diecisiete días en Roma; un veraneo en los Alpes; una estadía de quince días en el Tirol, en agosto de 1898; otra en Berchtesgaden en septiembre de 1900; un viaje a Roma y Nápoles entre agosto y septiembre de 1902; retorno a Tirol Sur en agosto de 1903; Atenas en agosto y septiembre de 1904; el norte de Italia en septiembre de 1905; Roma en septiembre de 1907; Tirol Sur en septiembre de 1908, y otra vez en septiembre de 1913: *pequeñas excursiones*, en efecto.

Se advertirá cómo hace Peter Gay para referirse a un momento poco glorioso en la vida conyugal freudiana: “Durante el verano de 1919, mientras su mujer prosigue su convalecencia en un sanatorio, Freud se las arregla [*sic*] para pasar un mes en Bad Gastein, una de sus estaciones termales preferidas, en compañía de su cuñada Minna. Lo avergüenza un poco [*sic*] el hecho de tomarse unas vacaciones tan lujosas, pero se defiende [*sic*] alegando la necesidad de recobrar fuerzas con vistas a la estación fría que deberá afrontar” (p. 439). Aclaremos que Martha está en un sanatorio para reponerse de la gripe española que la ha afectado, una epidemia que acaba de cobrar quince mil muertos en Viena y treinta millones, por decir poco, en toda Europa...

Los hagiógrafos siguen la leyenda de Jones a pies juntillas e indican que esos viajes se hacían en el mayor de los decoros. Se habrá comprendido lo que Jones engloba en la expresión “pequeñas excursiones” y lo que es menester entender cuando señala que Freud viaja con Minna sólo “cuando Martha no puede trasladarse”. La lectura de la correspondencia de viaje no deja de traslucir cierto cinismo: Freud cuenta a su esposa, que se ha quedado con los niños, la felicidad que siente al estar de vacaciones con Minna, y le habla del buen tiempo, los bonitos glaciares, las fantásticas caminatas, los paisajes sublimes, los hoteles acogedores, los conciertos de calidad, la cocina perfecta, el descanso. En una postal del 13 de agosto de 1898 confiesa, vivaracho: “Tenemos los dos un aspecto; lástima que no nos puedas ver”.

Freud, tan a menudo melancólico o depresivo en la correspondencia con otras

personas, toma a su mujer por testigo. Se impone una conclusión: lejos de ella, conoce verdaderamente la dicha. Por si Martha no hubiera comprendido, su hermana añade: “Estamos entusiasmados a tal punto que cambiamos de cama todas las noches [*sic*], lo cual es el ideal de Sigi [*re-sic*]. Tiene un aspecto insolentemente *espléndido* y está alegre como unas Pascuas, desde luego, no puede quedarse quieto” (6 de agosto de 1898). Más adelante, Minna leerá probablemente la *Psicopatología de la vida cotidiana*...

El joven Sigmund Freud que seducía a su futura mujer diciéndole que no era bella y que él, si quisiera, podría hacerle la corte a la hija de Charcot; que la exhortaba a no llamar a sus primos por su nombre de pila y a no hablar con hombres solteros, y que le recordaba que él era horriblemente celoso pero había que avenirse a ello, escribe traviesas postales de vacaciones a su esposa, que se ha quedado en casa. En sus envíos, deja un pequeño lugar a su cuñada, que agrega algunas palabras. Así, el 10 de agosto de 1898 Minna escribe: “Por fin puedo pavonearme con mi vestido de franela y todas mis alhajas, y Sigi, por supuesto [*sic*], siempre me encuentra de una elegancia extrema, pero no sé si los demás comparten esa opinión”. Mientras tanto, Martha se ocupa de las tres niñas y los tres varones... Los hagiógrafos lanzan todos los insultos posibles a cualquiera que se atreva a pensar que, tal vez, entre Minna y Sigmund, el cuerpo puede haber tenido algún papel...

Esos mismos hagiógrafos eliminan la referencia a Jung, un *Aryen* según la calificación de Freud (carta a Abraham del 26 de diciembre de 1908: “De hecho, nuestros camaradas arios nos son indispensables; sin ellos, el psicoanálisis caería bajo el peso del antisemitismo”), un traidor porque no suscribía a ciegas la totalidad de la teoría freudiana. Por esa razón, todo lo que él afirma resulta sospechoso. Ahora bien, sus informaciones sobre el tema de las relaciones entre Freud y su cuñada no carecen de interés. En 1907, Jung visita a Freud en Viena y conoce a Minna, quien a veces contestaba el teléfono y se presentaba como “la señora Freud”.

Leamos la confidencia hecha por Jung a un periodista y referida por Peter Gay:

Ella era muy bonita y no sólo sabía bastante de psicoanálisis, sino que conocía casi todas las actividades de Freud. Algunos días más adelante, cuando visité el laboratorio de éste, su cuñada me preguntó si podía hablar conmigo. Estaba muy perturbada por sus relaciones con él y se sentía culpable. Me hizo saber que Freud estaba enamorado de ella y que sus relaciones eran extremadamente íntimas (p. 844).

Jung confiesa su desencanto.

Dos años después, invitado junto con Freud a los Estados Unidos para difundir durante siete semanas la buena palabra psicoanalítica en el Nuevo Mundo, uno y otro se entregan a un intento de análisis de sus propios sueños. El viejo menciona sueños recurrentes con el triángulo Freud/su mujer/su cuñada. Informado de los detalles ocultos —cosa que el amante de Minna ignora—, Jung propone la hipótesis de que Freud, de acuerdo con el principio de la asociación libre que él mismo ha teorizado, podría quizá revelar lo que le pasa por la cabeza en relación con ese singular triángulo. Y dice en su confidencia ya citada: “Me dirigió una mirada glacial y respondió: ‘Podría decirle más, pero no puedo permitirme arriesgar mi reputación’” (*ibid.*). Agreguemos que Jung comentó varias veces en público estas cosas y Freud jamás las desmintió.

5. BAUTIZAR, NOMBRAR, DETERMINAR...

“¡Sin duda no te opondrás en absoluto a que llame Wilhelm a mi próximo hijo! Si llega a ser una niña, el nombre elegido es Anna.”

SIGMUND FREUD, carta a Wilhelm Fliess, 20 de octubre de 1895

Freud tiene pues seis hijos con su esposa Martha: tres varones y tres mujeres. Ni hablar de que su mujer elija los nombres. En cada una de las oportunidades, él impone un nombre de pila vinculado a su mitología personal; a la madre le está vedado opinar. La primogénita, nacida el 16 de octubre de 1887, responde al nombre de Mathilde, en homenaje a Mathilde Breuer, la esposa de su maestro Josef Breuer, de quien, en un primer momento, Freud hablará muy bien en una de sus “Cinco conferencias sobre psicoanálisis” (1909) pronunciadas en los Estados Unidos. Él, que detesta a los norteamericanos, recibe con lágrimas en los ojos el doctorado *honoris causa* otorgado por la Universidad Clark de Worcester.

La conferencia de Freud fue improvisada sobre la base de unas notas tomadas en el curso de un paseo vespertino. En ella dice: “Si constituye un mérito haber dado nacimiento al psicoanálisis, ese mérito no es mío. Yo no participé en sus inicios. Era un estudiante preocupado por pasar sus últimos exámenes cuando otro médico de Viena, el doctor Josef Breuer, aplicó por primera vez ese procedimiento a una muchacha afectada de histeria (desde 1880 hasta 1882)” (X, p. 5) [XI, p. 7].

Pero Freud vuelve a la cuestión en la *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico* (1914), y encontramos entonces al hombre que rechaza y recusa a los predecesores, la persona que niega con vigor las lecturas y las influencias, el sofista que forja el concepto de criptomnesia para explicar, justificar y legitimar el olvido de eventuales préstamos teóricos. Decreta inapropiado ese homenaje y culpa a su estado de ánimo: la emoción lo ha embrollado. Los testigos, en efecto, hablan de su intensa emoción cuando recibió el diploma norteamericano. Freud se oculta pues detrás de “amigos bienintencionados” (XII, p. 250) [XIV, p. 8] que le habrían hecho notar que el psicoanálisis no nació con el *método catártico* de Breuer, sino con el rechazo de la hipnosis y la adopción de la *teoría de la asociación libre*. Con él, por tanto.

De modo que Breuer no sería tanto el inventor como el coautor, tesis desarrollada en lo sucesivo por Freud. Éste ve en los insultos y los reproches que sólo se concentran en su nombre la prueba de que él es sin duda el inventor de la disciplina. A lo cual agrega que, en los trabajos de Breuer sobre la histeria, el viejo siempre cita su nombre entre paréntesis cuando aborda la cuestión de la conversión, prueba adicional de que la invención del psicoanálisis supone una doble firma. Pero la genealogía del psicoanálisis se hará, en definitiva, sobre la base del caso Anna O., tema de los *Estudios sobre la histeria*: a partir de 1914, Freud sostendrá que el caso de esta Anna O., cuyo verdadero nombre era Bertha Pappenheim, fue mal analizado

por Breuer, que no habría visto un embarazo histérico debido al fenómeno de transferencia, en tanto que él, Freud, habría comprendido la índole sexual de su neurosis y curado a esa paciente; no sucedió así, claro.

En la *Presentación autobiográfica*, Freud refina su versión: catorce años mayor que él, Breuer tuvo importancia en su vida y, a través de la estrecha relación que entablaron, lo ayudó y socorrió en más de una circunstancia. El joven confiesa su deuda con el mayor, pero la confesión está siempre acompañada por un sobresalto motivado por una reacción de orgullo: el Freud que en la primera de las “Cinco conferencias sobre psicoanálisis”, de 1909, afirma que Breuer fue el inventor del psicoanálisis, y que en *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico*, de 1914, escribe: “El psicoanálisis es [...] obra mía” (XII, p. 249) [XIV, p. 8], hace saber en la *Presentación autobiográfica* de 1924 que “el desarrollo del psicoanálisis me costó después su amistad. No me resultó fácil pagar ese precio, pero era inevitable” (XVII, p. 66) [XX, p. 19]. En otras palabras: cuando el discípulo supera al maestro, es lógico que éste quede resentido y se disguste con él.

Freud aduce otra razón de la ruptura, la insigne debilidad de la que habría dado muestras Breuer al aparecer en 1895 los *Estudios sobre la histeria*, obra firmada por ambos: “Su confianza en sí mismo y su capacidad de resistencia no estaban a la misma altura que el resto de su organización espiritual” (XVII, p. 71) [XX, p. 30]. Una hipotética reseña periodística negativa habría decidido la suerte de la amistad entre los dos hombres: “Yo pude reírme de esa crítica ininteligente, pero él se ofendió y descorazonó”. Al comprender, tal vez, que ese argumento puede parecer demasiado débil, Freud agrega: “Sin embargo, lo que más contribuyó a su decisión fue que mis propios trabajos más vastos emprendían una orientación con la que en vano procuraba reconciliarse” (*ibid.*) [*ibid.*].

Desde luego, Freud ocultó la verdadera razón de la ruptura: durante los largos años de vacas flacas, Josef Breuer había dado mucho dinero a su alumno. Cuando, ya rico, el ex discípulo quiso devolverlo al maestro, éste se negó a recibirlo, lo cual humilló a Freud y le causó un intenso disgusto. Comoquiera que sea, su gesto de proponer dinero equivalía a una declaración de guerra contra Breuer: su aceptación lo habría humillado, su rechazo lo humilló. En todo caso, con la intervención del dinero, que Freud, según sus propias palabras, tomaba teóricamente por “mierda”, el psicoanálisis siempre ganaba.

Mathilde se sitúa, por lo tanto, bajo el signo de Breuer: en este caso, el de su esposa. El nombre es un homenaje evidente. La fecha de nacimiento corresponde al periodo en que Breuer y su mujer se comportan como padres sustitutos que subvienen a las necesidades del joven pobre. Recuerdos de la época en que ambos hombres trabajaban juntos, cuando Breuer, después de una jornada de trabajo, le ofrecía la hospitalidad de su bañera o un cubierto en la mesa familiar.

Mathilde lleva el signo de un pasado del que Freud quiere deshacerse: en su biografía abunda el odio que sentirá por Breuer durante el resto de su vida. La leyenda que escribe es simple: Breuer presintió algo importante, a saber, la etiología sexual de las neurosis, pero careció del coraje que le habría permitido abordar el nuevo continente descubierto por Freud. El viejo fue cobarde y no supo afrontar la inmensidad de la tarea, para la cual se requería una valentía que sólo él fue capaz de

mostrar. Freud mata a su primer padre.

El segundo hijo, un varón nacido el 7 de diciembre de 1889, se llama Jean-Martin. Nuevo homenaje, esta vez a Charcot. Freud obtiene una beca para estudiar en París. En el laboratorio parisino, disecciona cerebros infantiles para estudiar su histología en el microscopio. Con el fin de tener acceso a su primer círculo, propone a Charcot traducir el tercer volumen de sus *Lecciones sobre las enfermedades del sistema nervioso: dadas en la Salpêtrière*. La audacia da sus réditos y Freud entra en el cenáculo de los colaboradores.

En muchas cartas cuenta a su futura mujer la fascinación que suscitaban en él las clases dadas por Charcot en la Salpêtrière en presencia de un numeroso público, con fotógrafos y ecos de sociedad, escenas de histeria y teatralización de la enfermedad mental, demostraciones hipnóticas del maestro, comedia de la improvisación del diagnóstico, atmósfera de misa psiquiátrica, vibraciones magnéticas. Freud, que no se anda con chiquitas, habla incluso de la sensación que debió de tener Adán cuando Dios le presentó sus criaturas para nombrarlas: la sensación, pues, de Freud transfigurado en Adán de su Dios.

Cuando a los veintinueve años uno ha conocido a Dios en persona; ha sido invitado a su casa junto con una cincuentena de personas notables; se ha atiborrado de cocaína para no hacer mal papel en esa situación; se ha acercado a la hija del hombre célebre y reconocido con la esperanza de convertirse en su yerno, y se le deben emociones experimentadas por el primero de todos los hombres, ¿cómo no rendir homenaje a un personaje semejante? Lejos de su novia, cerca de un hombre a quien no vacila en comparar con Dios, en contacto con Charcot, Freud abandona la neurofisiología para consagrarse al tratamiento de las enfermedades mentales. Dejadas atrás las gónadas de las anguilas, se ocupa en lo sucesivo del inconsciente.

Con el fin de tratar de beneficiarse con el aura del personaje, una vez de regreso en Viena, Freud dicta conferencias para exaltar los méritos del método hipnótico de Charcot en el tratamiento de la histeria, un concepto polivalente muy práctico para denominar una serie de patologías heterogéneas. Compra además una reproducción litográfica de *Una lección de medicina con el doctor Charcot en la Salpêtrière*, la célebre pintura de André Brouillet —de la que volveremos a hablar— y la cuelga en su consultorio, no muy lejos de una foto dedicada por el propio maestro. Como éste, comienza a coleccionar piezas de arqueología antigua. Por último, envía a Charcot y a sus discípulos más allegados separatas de sus primeros trabajos.

El recién nacido Jean-Martin Freud carga pues, por su parte, con ese fragmento del pasado de Freud: el entierro de la fisiología, el abandono de la anatomía, el fin del laboratorio, el despido de la neurología y, en consecuencia, la muerte de las anguilas, y tras ello la epifanía de la terapia magnética, el tratamiento hipnótico, la polarización en los histéricos, la carrera en la psicopatología y, para terminar, el nacimiento del diván. Cuando Freud envía una esquela de nacimiento a Charcot, recibe a vuelta de correo una nota en la que el hipnotizador de la Salpêtrière dice esperar que ese nombre de pila —acerca del cual omite señalar que *también* es el suyo— ponga al primer varón de la familia Freud bajo el signo de san Juan Evangelista y del centurión que cortó su manto para ofrecer la mitad a un mendigo desnudo. ¡Para un judío, esa

referencia explícitamente católica parecía poco oportuna!

El tercer hijo, Oliver, nace el 19 de febrero de 1891. Cambio de registro: Freud ya no rinde homenaje a la mujer de su primer maestro, que fue durante un tiempo una especie de madre sustituta, y tampoco a Charcot, Dios Padre o algo parecido para él, que confiesa a Martha: “Ningún otro hombre tuvo jamás tanta influencia sobre mí” (24 de noviembre de 1885). Los vivos decepcionan. Los muertos, un poco menos. Freud dirige por eso su mirada hacia Cromwell, Oliver Cromwell, una referencia *política* que todos los autores que se ocupan del Freud político omiten mencionar. De hecho, en esa elección encontramos informaciones útiles para contradecir la leyenda de un Freud apolítico, pero judío liberal y demócrata.

Pues Oliver Cromwell dista de encarnar al político liberal y demócrata: este puritano calvinista exaltado mantiene a su costa un ejército de fanáticos de su misma calaña, con los cuales libra una guerra sin piedad contra el poder católico instituido. Después de varias batallas y una depuración del Parlamento, llega al poder y decreta la república, pero masacra a una gran cantidad de católicos irlandeses y confisca sus bienes. Cromwell reprime las revueltas a sangre y fuego, disuelve las asambleas por la fuerza, instaura un régimen despótico. El puritano, el militar, el guerrero, el déspota, el depurador, el masacrador, pero también aquel que, ciento cincuenta años antes de la Revolución Francesa, consigue en 1649 decapitar al rey Carlos I, el representante de Dios sobre la tierra: vaya extraño modelo político para un hijo...

El propio Freud da una razón de ese bautismo en *La interpretación de los sueños* y habla de

mi segundo hijo varón, a quien le he dado el nombre de pila de una gran personalidad histórica que me había atraído mucho en mi juventud, en particular desde mi estadía en Inglaterra. Durante la espera me formé el designio de darle precisamente ese nombre en caso de que naciese un varón, y con él saludé, altamente satisfecho, al recién nacido. Es fácil observar que la sofocada manía de grandeza del padre se trasfiere, en sus pensamientos, al hijo (IV, pp. 496-497) [V, p. 446].

¿Manía de grandeza sofocada? Una confesión de Freud que lo muestra bajo una luz contradictoria con la leyenda dorada. Ahora bien, lo que él escribe a su respecto oculta casi siempre otra información: la pasión por el regicidio; en otras palabras, una variación sobre el asesinato del Padre que es siempre la decapitación de un rey católico.

El cuarto hijo, que recibe el nombre de Ernst, llega al mundo el 6 de abril de 1892. Retorno a los vivos, retorno al pasado, retorno a los maestros: el homenaje toca esta vez a Ernst Brücke, maestro de fisiología de Freud en cuyo laboratorio éste trabajó seis años entre 1876 y 1882. Cuarenta años más grande que su alumno, Brücke forma parte de la flor y nata de la universidad, es titular de la cátedra de fisiología en Viena y pasa por ser el fundador de la histología. Este hombre manifiesta un filosemitismo liberal, frecuenta a Josef Breuer y, por otra parte, lo presenta a Freud. Reservado, pero capaz de ejercer una verdadera autoridad, aficionado al arte y pintor, positivista en sus investigaciones, recibe a Freud en su laboratorio para trabajar en principio sobre la sexualidad del *Ammocoetes petromyzon*, un pez rudimentario, y luego sobre la anatomía cerebral humana.

En el epílogo de *¿Pueden los legos ejercer el análisis? Diálogos con un juez imparcial*, Freud confiesa que Ernst Wilhelm von Brücke (1819-1892) fue “la máxima autoridad que haya influido sobre mí” (XVIII, p. 81) [XX, p. 237]. Cuando se conoce su incapacidad para conceder un elogio sin incluir a continuación una fórmula que lo modera, si no lo anula, se aprecia la amplitud del homenaje. Después de Charcot, un cuasi dios, Brücke se convierte en un cuasi padre. ¿Es por esa razón que en 1878, el año en que conoce a su maestro, Freud decide abandonar el Sigismund que permitía a su madre hablar de su “Sigi de oro” para adoptar el ahora famoso Sigmund? Nunca lo sabremos...

En su *Presentación autobiográfica*, afirma que debió la obtención de la beca para ir a París y conocer a Charcot a “una cálida recomendación de Brücke” (XVII, p. 60) [XX, p. 12], aun cuando en una carta a Martha, del 3 de junio de 1885, considera que su protector no movilizó mucho su energía para procurarle esa gratificación. Esta ambivalencia, el elogio para la posteridad y la reserva para la intimidad, muestra a un Freud que mantiene con su maestro, como él mismo dice, una relación de sumisión filial.

Dedicado a la interpretación de un sueño, Freud invoca a Brücke para explicar un contenido específico: una impuntualidad. Cuenta que, cuando trabajaba en el laboratorio como ayudante, a veces llegaba tarde. Un día, Brücke lo esperaba y lo recibió con algunas palabras lacónicas y precisas que Freud no menciona, pues lo importante no es eso sino su mirada: “Lo imponente eran los terribles ojos azules con que me miró y ante los cuales quedé aniquilado” (IV, p. 470) [V, pp. 422-423].

Freud sueña pues con él y propone una extraña interpretación: Brücke le pide un preparado anatómico muy particular, porque consiste en una disección de su propio cuerpo en dos partes, con las piernas y la pelvis eviscerada y por lo tanto sin sexo, procedimiento al que asiste sin sentir dolor. Freud, tan dispuesto a ver sexo por doquier, no lo ve donde sí lo está: el hecho de que Brücke, considerado como una autoridad paterna, ordene a su alumno un tipo de preparado anatómico que es fácilmente asimilable a una castración no se le ocurre, y ve en ello, antes bien, el signo del... ¡autoanálisis (IV, p. 503) [V, p. 474]! Recordemos que, según propia confesión, la muerte de su padre en 1896 generó en él ese deseo de autoanálisis.

Sophie llega al mundo el 12 de abril de 1893. Cabría imaginar que, a través de la etimología, Freud desea de tal modo rendir homenaje a la sabiduría, pero hemos visto hasta qué punto, en su estrategia de pasar por un científico, le es necesario dar la espalda a los filósofos. El hecho de llamar a su hija Sophie, en la perspectiva de un homenaje a la disciplina de Platón, Schopenhauer o Nietzsche, representaría un deseo reprimido, inconsciente, en este hombre que reivindica el linaje Copérnico/Darwin, pero nada permite suponer que así sea.

Jones señala que Sophie lleva ese nombre de pila en homenaje a uno de los amigos de la época de las investigaciones en el Instituto de Fisiología, el profesor Samuel Hammerschlag, quien, en el liceo, enseñó las Escrituras y el hebreo a Freud. Éste indica una vez más que ese hombre fue como un padre para él (Jones, vol. 1, p. 180). Ahora bien, Hammerschlag tenía una sobrina llamada Sophie. No sabemos si era un buen docente, pero si tenemos en cuenta que en 1930 Freud necesitó una traducción

para comprender la simple dedicatoria redactada en hebreo por un autor judío que le había enviado un libro, podemos imaginar que, o bien él mismo fue un mal alumno, o bien su profesor no destacó en su enseñanza, a menos que, también en este caso, la represión pueda ser un actor protagónico...

Comoquiera que sea, Freud, judío, tuvo una boda religiosa pero prohibió la práctica de los ritos en su casa, para grave perjuicio de su esposa Martha, a quien, hija del gran rabino de Hamburgo, le habría gustado perpetuar la tradición bajo el techo familiar: Freud la disuadió de ello con brutalidad. A los setenta y cinco años, Jakob Freud, liberal originario de un medio jasídico, regaló a su hijo, por entonces de treinta y cinco, una Biblia que había recibido de su padre, con otra dedicatoria en hebreo que Sigmund tampoco supo descifrar esta vez.

Como respuesta al deseo del padre de extender el linaje judío, testimonio de lo cual es el regalo de la Biblia dedicada, Freud vedó la circuncisión de sus hijos, la concurrencia a la sinagoga, la educación religiosa, la práctica familiar y la devoción privada de su mujer. En Berggasse 19, la Navidad se festeja en la familia con un pino y velas, y el día de Pascua, con huevos pintados. Aunque es cierto que Freud no se prohíbe en 1897 la inscripción en la B'nai B'rith, la asociación judía liberal cuya filial vienesa se ha fundado dos años antes, donde dicta conferencias y hace proselitismo por el psicoanálisis.

Pero una vez más, como cuando se perfila la sombra del padre, da pruebas de ambivalencia: se adhiere a esa filial; será administrador de la Universidad de Jerusalén; se presenta como antisionista en su juventud y luego, ante la evidencia de la persecución de los judíos en la Europa fascista y nazi, no excluye la posibilidad de un Estado específicamente judío para responder a ese problema, pero consagra un libro, *Moisés y la religión monoteísta*, a demostrar que Moisés no es judío sino egipcio; excluye la posibilidad misma de Dios y hace de toda religión una “neurosis obsesiva”. No quiere ser judío, pero considera que la resistencia a su pensamiento supone de manera oscura, secreta, ciega, un antisemitismo profundo contra el cual desea prevenirse haciendo del “ario” Jung su heredero, antes de echarlo.

Freud reúne todos esos fragmentos y cree superar las contradicciones al reivindicar el 6 de mayo de 1926 ante los miembros de la B'nai B'rith la “clara conciencia de la identidad íntima, de la familiaridad en una misma construcción anímica” [XX, p. 264]. Sophie da testimonio de aquella clara conciencia y encarna esta construcción anímica.

En enero de 1913, la joven se casa con Max Halberstadt. En septiembre del mismo año, mientras está en Roma con la inevitable tía Minna, Freud escribe una postal a su yerno y firma: “Recuerdo de un padre totalmente huérfano” [sic]. *Huérfano*: se ha leído bien... Al desposar a Sophie, Halberstadt le quita su bien. Sin embargo, en el matrimonio, el marido accede a la sexualidad de su mujer; en otras palabras, no se le atribuye despojar al padre de lo que éste no dispone. Al utilizar esa palabra, Freud reivindica un derecho igual al de su yerno: la posesión sexual, la disposición del cuerpo, la propiedad de la intimidad de una persona.

Por otra parte, *huérfano* —los diccionarios lo aseveran— designa a la persona que ha perdido a su padre o a su madre, si no a ambos. Y no a un padre que haya perdido a su hijo o su hija. ¿A qué debería Freud el derecho a reivindicar ese privilegio

incestuoso? ¿Dónde ha visto que un padre posee en su hija aquello a lo cual el esposo de ésta accede con el matrimonio? ¿Qué permite al inventor del psicoanálisis, tan pronto a destapar la sexualidad y la libido por doquier, siempre que se trate de los otros, comportarse como un ciego, a la manera de Edipo, cuando escribe una cosa semejante? ¿Cómo explicar que el autor de la *Psicopatología de la vida cotidiana* pueda hacer a tal extremo caso omiso de una confesión psicopatológica como ésta? ¿Freud huérfano porque Sophie se ha casado? ¿Un padre privado de su hija porque ella se mete en la cama de otro hombre? Buena materia de meditación sobre la intimidad de la relación de Freud con su anteúltima hija...

Ella será la hija predilecta, su “niña del domingo”, según su expresión, y morirá en 1920, a los veintiséis años, a causa de la gripe española. Deja entonces dos hijos, el menor de los cuales tiene trece meses. El mayor la seguirá rápidamente a la tumba.

6. NACER BAJO EL SIGNO HISTÉRICO

“De haber sido un varón te hubiera teleografiado la noticia, porque habría llevado tu nombre. Como resultó ser una niñita llamada Anna, acaba de presentarse en tu casa con demora [por correo].”

SIGMUND FREUD, carta a Fliess, 3 de diciembre de 1895

Anna llega al mundo, por tanto, en esta configuración onomástica muy vigorosa en el terreno de los símbolos, el 3 de diciembre de 1895. Anna, la anti-Sophie. No es el pretexto de ningún homenaje, no está encargada de señalar a los antiguos maestros su paternidad sustituta, no carga con la memoria de la psique judía de Freud, no encarna la figura fuerte del cesarismo político puritano. Además —ella misma nos suministra el dato—, jamás habría nacido si sus padres hubieran contado con una contracepción digna de ese nombre. Anna, la futura psicoanalista de niños, sabe pues que no es un producto del amor.

Una carta a Fliess nos permite saberlo: si el bebé hubiera sido un varón, recordemos, habría llevado su nombre de pila, Wilhelm. Cuando se ha leído la correspondencia entre los dos hombres, apreciado la amplitud y profundidad de su relación afectiva y afectuosa, si no amorosa, sorprende que Freud no haya visto en la viga de esa historia la paja que identifica y denuncia con tanta frecuencia en otros: jamás pone esa relación bajo el signo de la homosexualidad reprimida.

En cambio, cuando quema lo que ha amado, resulta que Fliess padece de una psicosis paranoica debida a la represión de los sentimientos eróticos que él y sólo él, desde luego, abrigaba con respecto a Freud... El diagnóstico aparece dos veces: en una carta a Jung, del 3 de diciembre de 1910, y en otra a Ferenczi, del 10 de enero del mismo año. Freud, por su parte, pretende que no se ha enfermado como Fliess porque ha sublimado en doctrina la pasión por su amigo. Dice a Ferenczi: “Una parte de la investidura homosexual se ha retirado en beneficio del crecimiento de mi yo. He tenido éxito donde el paranoico fracasa” (6 de octubre de 1910). En otras palabras: en esa historia había homosexualidad, pero Fliess la reprimió y terminó por volverse paranoico, en tanto que Freud la transfiguraba para inventar el psicoanálisis. Recordemos que la ruptura no es obra de Freud.

Ahora bien, los dos compadres dan a la noción de bisexualidad un lugar importante en sus intercambios. Esta teoría permite a Freud proponer su etiología de la homosexualidad, y lo lleva incluso a sugerir a Fliess ser coautor de un libro que se titularía *La bisexualidad humana*, y que terminará por ser *Tres ensayos de teoría sexual*. La obra aparecerá sólo con su nombre. Por lo demás, el deterioro del clima entre los dos amigos gira en torno a la cuestión de la bisexualidad, reivindicada por Freud como su descubrimiento, aunque sea una idea de Fliess. Éste tomará la iniciativa de la ruptura. Mientras la atmósfera entre ambos se enfría, Freud pretende

haber advertido el progreso de las fisuras.

En una carta importante, del 7 de agosto de 1901, recuerda a su corresponsal el siguiente hecho: Breuer sugirió antaño a la esposa de Fliess la conveniencia de que Freud estuviera en Viena y su amigo en Berlín, ¡con el fin de evitar que la proximidad de los dos hombres fuera un peligro para el matrimonio Fliess! Freud reprocha a su amigo que admita esta tesis y le reproche a su vez apropiarse de su tesis sobre la bisexualidad. Y prosigue:

Si soy lo que tú dices, no te queda más que arrojar mi Vida cotidiana al cesto de los papeles, sin leerla. Está llena de cosas que se relacionan contigo: manifiestas, cuyo material me has proporcionado, y ocultas, en las cuales el motivo remite a ti. También te debo el epígrafe. Si se exceptúa lo que haya de permanente en su contenido, puede dar testimonio del papel que has desempeñado en mi vida hasta el día de hoy.

El texto epigráfico del que habla Freud es una enigmática cita extraída del *Fausto* de Goethe: “El aire está ahora colmado de tal elemento fantasmal / Que nadie sabe cómo evitarlo”. ¿Cuál es ese fantasma? ¿Fliess? Probablemente. En efecto, ¿por qué razón, si no, pedir a su corresponsal la autorización para utilizar esa frase? Como Freud destruyó todas las cartas enviadas por Fliess, no sabremos a qué remite toda esta historia, pero los últimos mensajes muestran a un Freud enamorado perdido que confiesa a su amigo que lo encuentra por doquier en su trabajo, y por lo tanto *en él*.

Anna no tendrá pues que llamarse Wilhelm porque nacerá, como todas las mujeres, con un “mutilado pene” (véase “Sobre la sexualidad femenina”, de 1931). Pero ¿por qué Anna? Curiosamente, ella, el accidente sexual, parece ser la única que no participa de una genealogía edípica, puesto que hay “Annas” en la biografía de Freud, si no en su familia, y será interesante ver cuáles. Señalemos ante todo que el nacimiento de Anna coincide poco más o menos con el del psicoanálisis: 3 de diciembre de 1895 en el caso de la niña no esperada y 30 de marzo de 1896 en el de la primera aparición del término, en francés [*psycho-analyse*], en “La herencia y la etiología de las neurosis”, un texto escrito para Charcot y sus discípulos. En una carta a Fliess del 6 de febrero de 1896, Freud aclara que redactó ese artículo en los tres meses previos a esta última fecha, esto es, entre comienzos de noviembre de 1895 y principios de febrero de 1896, un espacio temporal en el que Anna llega y se engarza como un diamante negro.

Una primera Anna ausente de las referencias proporcionadas para explicar ese nombre de pila podría ser... Anna O. ¡La famosa Anna O.! En otras palabras, Bertha Pappenheim, el caso que permitió a Breuer y Freud fundar el psicoanálisis. Anna sería pues *el signo de la genealogía del psicoanálisis*, lo cual parece corresponder con la fecha de nacimiento proclamada del *psico-análisis* y del destino de la muchacha no deseada, destinada a convertirse en la guardiana del templo psicoanalítico, su gran sacerdotisa, su pitia, su vestal, su virgen, su casta encarnación edípica. Pero asimismo la garantía de su policía hagiográfica, la celosa autora por procuración de la doble leyenda biográfica de su padre y de su criatura literaria.

¿Quién era Bertha Pappenheim, Anna O. en la leyenda freudiana? La primera paciente de Breuer, la heroína de los *Estudios sobre la histeria*, a cuyo respecto algunos historiadores críticos no vacilan en decir que brinda la oportunidad de la

“primera mentira psicoanalítica”. Recordemos los hechos: en noviembre de 1880, la paciente, de veintiocho años, sufre de patologías manifiestas, dolores occipitales, estrabismo convergente, problemas de visión, parálisis de los músculos del cuello, contracturas y anestias diversas, alucinaciones con abundantes visiones de serpientes negras, fobias —sobre todo miedo al agua, al derrumbe de las paredes—, trastornos del lenguaje, mutismo, olvido de su lengua materna, mezcla de idiomas extranjeros, desdoblamiento de la personalidad, negativa a alimentarse, incapacidad de reconocer a la gente. Tales son los auspicios bajo los cuales Freud podría situar el nacimiento de su hija: nacimiento del psicoanálisis, por cierto, pero también figura tutelar de la histeria más profunda.

Versión freudiana: el tratamiento hipnótico realizado por Breuer cura a esa paciente muy afectada. Por conducto de esa técnica, ella toma conciencia de sus represiones y, consecuentemente, se cura: el texto habla del “hecho asombroso” [*sic*] (II, p. 65) [II, p. 70] constituido por la desaparición *duradera* de los síntomas tras la expresión verbal formalizada bajo hipnosis. De ahí el nacimiento de una “técnica terapéutica” que reemplaza la hipnosis. Anna O. habla de “cura de conversación” e incluso —la formulación nos despierta una sonrisa— de “limpieza de chimenea”. Breuer y Freud evitan esta metáfora y se refieren a un “método catártico”.

Versión histórica, esto es, no legendaria: Anna O. jamás se curó y experimentó numerosas recaídas, cosa de la que da fe el propio Jones en su biografía (vol. 1, p. 248). En efecto, Bertha Pappenheim no dejó de sufrir estados depresivos seguidos de fases delirantes; por la noche, una vez acostada, volvía a ser incapaz de hablar su lengua materna, y se creía espiada y vigilada. Aunque oficialmente curada el 7 de junio de 1882, hasta 1887 fue hospitalizada cuatro veces por la persistencia de sus síntomas. Tras ocho años de enfermedad, a comienzos de 1890 se embarca en actividades literarias y filantrópicas. Breuer mantiene a Freud al tanto. Este último escribe a Martha, el 5 de agosto de 1883 (un año después de la curación anunciada en el texto publicado) que Anna O. ha sido internada “una vez más” [*sic*]. Agrega que Breuer expresa su “deseo de que estuviera muerta, para que la pobre mujer se liberara de sus padecimientos. Dice que nunca se repondrá y que está completamente destruida”. Comprendamos ese deseo de muerte, pues de cumplirse arreglaría mucho más los asuntos del tándem Breuer/Freud que los de la paciente curada en los papeles, pero que sigue sufriendo en su cama de hospital...

En 1888, aunque informado del estado real de Anna O., Freud escribe en “Histeria” que el método de Breuer es excelente y permite “éxitos terapéuticos que de otro modo no se alcanzan” [I, p. 62]. Y se regocija, pues con esta mentira toma desprevenidos a sus adversarios franceses (entre ellos a su bestia negra, Janet, que hoy merecería una rehabilitación) que, por su parte, experimentan, avanzan con cuidado, acumulan casos clínicos y no se conforman con un solo paciente, se dispensan de mentir, de manera tal que, precavidos, prudentes, perseverantes, no se apresuran a sacar conclusiones, mientras que Freud pasa por alto todas esas reservas y se alegra de llegar antes que nadie. Pero ¿adónde? ¿Y a qué precio?

Durante toda su vida, Freud afirmará sin avergonzarse que el tratamiento de Anna O. fue un éxito: en 1916-1917, en las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (XIV, p. 265) [XVI, p. 251]; en 1924, en la *Presentación autobiográfica* (XVII, p.

68) [XX, p. 22]; en 1925-1926, en “Psicoanálisis” (XVII, p. 289) [XX, p. 251], y en 1932, en “Mi contacto con Josef Popper-Lynkeus” (XIX, p. 280) [XXII, p. 203]. En privado, confiesa sin embargo el fracaso, pero éste se debe a... la incapacidad de Breuer para ver en la histeria de Anna O. el efecto de una transferencia de naturaleza sexual: Breuer fracasó donde él, Freud, tuvo éxito, y por eso la ruptura entre los dos hombres. En su opinión, aquel participó sin duda en los orígenes del psicoanálisis, pero con un papel menor, puesto que, para alumbrar la verdad de esa disciplina —la etiología exclusivamente sexual de las neurosis—, eran precisos el coraje y la audacia, la inteligencia y el genio de Freud.

Con el pretexto *legendario* de poner el nacimiento de su hija bajo los auspicios del psicoanálisis, tenemos pues a Anna posiblemente instalada bajo el signo *verdadero* de una histérica, de un tándem de fabuladores deseosos de llevarse las palmas *psicoanalíticas* antes que nadie, cualquiera que sea el precio a pagar. La lógica seguida con los hijos anteriores, un nombre de pila asociado a un apellido simbólicamente pesado de llevar, no corre con el de un anónimo. En cambio, desde el punto de vista de los signos y el sentido, ese anonimato se corresponde bastante bien con el de Anna O., un nombre elegido por Breuer.

En la hipótesis de un nombre que no fuera el de la oscura hija de un maestro aún más oscuro de cuya historia no se sabe absolutamente nada, Anna llega al mundo, entonces, bajo el sol negro de una construcción cínica, mentirosa, fabuladora. ¿Y si Freud, nada ignorante de los entresijos —y con buenas razones—, hubiera ocultado ese origen posible del nombre de su hija, sabedor de que la verdad real no coincidía con su verdad legendaria, y con ese fin hubiese inventado a la hija de un maestro que no dejó huella alguna en la historia? Hipótesis tentadora...

He aquí otra posibilidad como origen de ese nombre. Su mérito radica en estar en consonancia con el tropismo incestuoso de Freud. Por otra parte, no veda la posibilidad precedente: en efecto, Anna O. no impide una primera Anna Freud: en otras palabras, Anna, la hija de su propia madre Amalia y su padre Jakob; o sea, para decirlo de otra manera: la hermana misma de Sigmund Freud... Puesto que, según sus propios dichos, éste tuvo que sufrir, efectivamente, ante la llegada de una rival llamada Anna. Su hermano menor Julius desempeñó ya el papel de competidor, con un nacimiento pronto borrado por la muerte el 15 de abril de 1858. Pero el día del entierro del niño en el cementerio judío, Amalia *ya* está embarazada de Anna... De modo que el rival desaparecido resulta reemplazado por otra amenaza de nombre fatídico.

Freud tiene dos años y medio cuando su madre lleva en su seno a Anna, e ignora todavía las leyes que presiden la generación de los niños. Pero una serie de elementos: los recuerdos de la niñera “encofrada”; la ausencia de su madre con motivo del parto —una madre desaparecida a semejanza del aya “guardada”— y su reaparición con el vientre deshinchado, y el fantasma inducido por la novela familiar en cuyo transcurso Freud imagina que su viejo padre no ha podido ser el genitor de esa niña, mientras que la juventud de su medio hermano Philipp parece un argumento propicio para atribuirle esa paternidad, ponen a Anna en el centro de un dispositivo psíquico y autobiográfico de considerable magnitud. ¿Cómo podría Freud, o su inconsciente, ahorrarse la hipótesis de esa Anna para justificar, explicar, legitimar el

nombre de pila de su propia hija?

Al llamar Anna a su última hija no deseada, el mismo nombre de la hija de su madre —de su propia hermana, por tanto—, Freud sustituye a su padre Jakob como genitor de Anna. Inscribe en su propia carne la materialidad de su novela familiar personal. Al hacer coincidir su nacimiento con el de lo que él mismo considera como su otro hijo, el psicoanálisis, Freud destaca el rasgo autobiográfico de esa aventura que se empeña en no presentar jamás como una historia literaria sino como un descubrimiento científico. Al darle el nombre de Anna O., la histérica promovida al rango de caso genealógico del psicoanálisis, incluso con lo que esto supone de compromiso con la fabulación y la mentira, Freud pone a su hija bajo el filo edípico de una espada de Damocles.

7. UNA VIDA EDÍPICA

“Hubo al parecer —como cabe deducir de varios indicios— una compleja relación pregenital entre Freud y su madre, una relación que él jamás sometió a un verdadero análisis.”

MAX SCHUR, carta a Ernest Jones, 6 de octubre de 1955

En este punto del análisis ya lo sabemos: el psicoanálisis es la disciplina inventada por un hombre para vivir con su parte sombría. Las zonas más oscuras de Freud pierden su carácter impenetrable a medida que se desenreda la madeja familiar: nuevo matrimonio de un padre viejo con una mujer joven; embrollo de una familia recompuesta en la cual se mezclan tres generaciones; sospecha sobre la paternidad del anciano genitor; fantasma del medio hermano que toma el lugar sexual del padre; transfiguración del hijo mayor en octava maravilla del mundo; rivalidad ante el nacimiento de un hermano menor; culpa al morir éste; reiteración de la competencia con los otros miembros de la fratría; deseo de amor sexual de una madre excesivamente cariñosa y demostrativa en su amor, y rivalidad desplazada hacia el padre, tal es el mundo en el que Freud se mueve durante sus primerísimos años.

En ese contexto psíquico se inscribe esta evidencia: Freud mantiene extrañas relaciones incestuosas con sus hijas, como lo hemos visto en lo concerniente a Sophie. El psicoanálisis aparece pues como una autobiografía que su autor rechaza como tal, y por eso su ostensible desprecio por la filosofía en general y por Nietzsche en particular, aunque ése sea el universo donde se desenvuelve; de ahí su deseo furioso de que lo consideren un científico. Las confidencias personales abundan en la obra completa, los sueños pululan y son otras tantas vías regias que llevan al inconsciente... de Freud y sólo de él.

Uno de ellos permite ver que, en su transcurso, tiene “sentimientos exageradamente tiernos” (carta a Fliess, 31 de mayo de 1897) por su hija Mathilde. Ese sueño no le parece problemático en absoluto; todo lo contrario, dado que en su opinión corrobora la teoría de la seducción que en la época él defiende con uñas y dientes, antes de verse en la obligación de renegar públicamente de ella por razones que ya expondremos. Freud no da los detalles, pero podemos imaginar que un padre *exageradamente* tierno con su hija es un padre que se acuesta con ella. ¿Problema? Ninguno.

Freud, en efecto, afirma: “El sueño muestra naturalmente mi deseo cumplido de pillar a un *pater [sic]* como causante de la neurosis, y así pone término a mis dudas, que siguen agitándose”. En otras palabras: el sueño prueba la verdad de la hipótesis freudiana de una etiología sexual de las neurosis, sobre todo con el trauma infantil infligido por el padre a los hijos durante su infancia. Freud sueña; he aquí el sueño convertido en realidad... Se advertirá de paso el uso del latín para aludir al padre,

exactamente como en el fantasma del niño que cree haber visto a *matrem nudam* en el vagón de tren.

Retengamos asimismo la formulación y recordemos que se trata de una carta, por tanto de un texto escrito al correr de la pluma, sin borrador, con la libertad de tono de quien no se vigila, como sí sucede en un texto destinado a aparecer o hacerse público. ¿Qué dice Freud? Que ese sueño incestuoso con su hija *muestra naturalmente su deseo cumplido*... ¿Cuál? ¿Acostarse con ella o tener una confirmación de su teoría de la seducción que supone, de todas maneras, que habría podido llevarla a la cama, puesto que, según su parecer, son muchos los padres que perpetran ese tipo de hazaña!

Siempre en su correspondencia, la trastienda del alma de Freud, el psicoanalista refiere a Otto Rank, el 4 de agosto de 1922, un “sueño profético” [*sic*] acerca de “la muerte de mis hijos, Martin en particular”. ¿Qué es un sueño profético? De limitarnos banalmente a dar crédito al diccionario, el Littré, por ejemplo, un sueño que anuncia lo que va a suceder.

Ahora bien, conocemos ese sueño de la noche del 8 al 9 de julio de 1915, porque Freud revela su contenido en un texto titulado “Sueño y telepatía” publicado el mismo año de la carta a Rank. El título lo indica: la cuestión es examinar las relaciones existentes entre sueño y *telepatía*; esta segunda palabra tiene toda su importancia. Ése es el contexto, pues, en que Freud cuenta el sueño: “Cierta vez, por ejemplo, durante la guerra, soñé que uno de mis hijos que se encontraba en el frente había caído. El sueño no lo decía directamente, pero era inequívoco; lo expresaba con los medios del conocido simbolismo de la muerte” (XVI, p. 122) [XVIII, p. 189]. Sigue una descripción de sus pormenores, y luego, esta conclusión: “Mi hijo, a quien aquel sueño proclamaba muerto, volvió sano y salvo de los peligros de la guerra” (*ibid.*) [XVIII, p. 190]. ¿Por qué contar ese sueño? Para mostrar que no hay sueños *premonitorios*.

Sin embargo, en la mencionada carta a Rank, Freud no habla de sueño *premonitorio* sino de sueño *profético*. ¿Por qué, entonces, ese lapsus que, cuando Freud considera el sueño en su relación con la *telepatía*, lo lleva a relacionarlo con la *profecía*? Él afirma romper con el pensamiento antiguo, según el cual el sueño predice el futuro. De modo que, a su entender, el carácter premonitorio debe descartarse, porque el sueño no anuncia *lo que va a ocurrir*, sino que cuenta en una lógica propia *lo que no ha ocurrido* a causa de una represión. Conocemos la tesis de *La interpretación de los sueños*, convertida en cantinela: “El sueño es el cumplimiento (disfrazado) de un deseo (sofocado, reprimido)” (IV, p. 196) [IV, p. 177].

Ese sueño de la muerte de un hijo en el frente, si creemos en su clave dada por el padre mismo, sería por lo tanto el cumplimiento disfrazado de un deseo sofocado. Si agregamos, siempre en virtud de lo que Freud indica sobre el lapsus en *Psicopatología de la vida cotidiana*, que ese tipo de accidente de pluma, de expresión, de palabra, delata un deseo inconsciente reprimido, no nos costará mucho, con las armas provistas por el propio autor, hacer del lapsus cometido en la carta a Rank un anhelo inconsciente... Y suscribiremos asimismo esta aserción: “Épocas de guerra como la presente promueven una serie de deslices en el habla cuya inteligencia

no ofrece dificultad alguna” (p. 81) [VI, p. 74].

Esto es, entonces, lo que nos enseñan dos sueños de Freud y un lapsus en una carta a su amigo psicoanalista: deseos incestuosos con su hija Mathilde, sentimientos exageradamente tiernos por ella, y por tanto escenas sexuales entre el padre y la hija que demuestran la validez de su teoría de la seducción, y un sueño “profético” que anuncia la muerte de un hijo sólo herido, un sueño que, aunque fuera “premonitorio”, anunciaría una *noticia a medias cierta* y por ende *a medias falsa*. También hay que recordar la confesión hecha por Freud en una postal en la que se califica de huérfano cuando su hija se convierte en la mujer de otro hombre. Conclusión: un fuerte tropismo incestuoso con su descendencia femenina, un deseo de asesinato con su filiación masculina. Edipo no deja nunca de merodear.

Freud escribe su vida bajo el signo de Edipo. Una anécdota contada por Ernest Jones nos informa sobre esa pasión freudiana por el hombre que, tras acostarse con su madre, mata a su padre. En 1906, sus amigos, discípulos y allegados se reúnen para festejar su medio siglo. ¿El regalo? Una medalla con el perfil de Freud en una cara y, sobre la otra, una representación de Edipo al responder a la Esfinge. Todo el mundo conoce el enigma: “¿Cuál es el ser que, dotado de una sola voz, tiene en un principio cuatro piernas, luego dos y por último tres?” (Apolodoro, *Biblioteca*, III, 5, 8), así como la respuesta dada por Edipo: “El hombre. En efecto, cuando es niño tiene cuatro piernas, pues se desplaza en cuatro patas; adulto, camina sobre sus dos piernas, y cuando es viejo tiene tres, dado que se apoya en su bastón”.

Descubierto su secreto, la Esfinge, que en caso de fracaso devoraba a los impetrantes, se arroja desde lo alto de las murallas y muere. De ese modo, Edipo puede entrar en la ciudad de Tebas y unirse a su madre, porque el trofeo prometido y ofrecido al hombre capaz de resolver el enigma y liberar a los tebanos de la maldición de la Esfinge era la unión con Yocasta: su propia madre... Edipo, pues, se acostó con su madre y de esa unión nacieron cuatro hijos: Eteocles, Polinices, Antígona e Ismene.

En el canto de la medalla obsequiada a Freud por sus cincuenta años podían leerse estos versos de Sófocles: “Quien resolvió el famoso enigma y fue un hombre de muy grande poder”. Cuando Freud recibe la medalla, palidece, se agita, tiembla, se expresa con voz sofocada y pregunta a los reunidos quién ha tenido la idea de hacerle ese regalo. Ernest Jones escribe: “Se comportó como si se hubiera topado con un espectro, y sin duda era eso lo que había sucedido”. ¿Qué había sucedido, pues?

Joven, sólo rico en ilusiones y atormentado por las predicciones de su madre, mientras se paseaba por la galería de bustos que reproducían a los profesores célebres de la universidad, Freud había soñado que algún día el suyo estaría entre ellos. ¡En ese anhelo de joven orgulloso había pensado incluso que esos mismísimos versos de Sófocles acompañarían su efigie! Jones, el fiel apóstol, el san Pablo de la causa freudiana, cumplió el deseo de su héroe al donar más adelante a la universidad dicho busto conmemorativo.

En esa palidez, ese temblor, esa lividez, esa sofocación de la voz, ese encuentro con un espectro, la banda de psicoanalistas no vio más que la emoción de un hombre maduro festejado por sus amigos y allegados. Ninguno de ellos consideró que esas

somatizaciones brutales, ese conjunto de reacciones fisiológicas notables, tenían que ver con la mecánica psíquica detallada por su mentor. Nos quedamos con la boca abierta al comprobar que esas personas presuntamente cultas, versadas en griego antiguo, conocedoras del teatro de Sófocles, amantes de esa tragedia en particular, que han escogido esos versos precisos en una pieza donde hay tantos otros, ignoran que comparar a Freud con Edipo es *también*, y quizá *sobre todo*, poner en relación a un hijo con el deseo de asesinar a su padre (Jakob/Layo) y la apetencia de sexualidad con su madre (Amalia/Yocasta), sin hablar de la relación neurótica con su hija (Anna/Antígona) a quien su padre —por increíble que resulte— apodará un día... ¡Antígona!

La historia mítica de Edipo funciona como esquema existencial de Freud. Luego, por extrapolación, éste hace de esa clave ontológica personal una estructura universal vivida por todos, desde siempre y para siempre. Todos los hombres, desde el comienzo de la humanidad; todos los hombres aquí y ahora, sean cuales fueren las latitudes de su geografía y los tiempos de su historia, y todos los hombres venideros, por mucho que dure la humanidad, conocieron, conocen y conocerán la verdad de ese tropismo. ¿Freud deseó a su madre y anheló la desaparición de su padre? Ha sido así, es así y será así por toda la eternidad para todos los seres humanos del planeta: a falta de demostrarlo, Freud lo afirma.

En *La interpretación de los sueños* escribe: “Quizás [*sic*] a todos nos estuvo deparado dirigir la primera moción sexual hacia la madre y el primer odio y deseo violento hacia el padre; nuestros sueños nos convencen de ello. El rey Edipo, que dio muerte a su padre Layo y desposó a su madre Yocasta, no es sino el cumplimiento de deseo de nuestra infancia” (IV, p. 303) [IV, p. 271]. ¿Qué pruebas? Ninguna. Del “quizás” hipotético de la primera formulación, Freud llega a la afirmación, a la certeza, y luego, convertido su deseo en verdad y transformado su anhelo en verdad científica, el complejo de Edipo pasa del estatus de sueño infantil al de ley de la naturaleza biológica. *El deseo del niño* de dos años y medio de ver a su madre desnuda en el vagón del tren nocturno que lo lleva de Leipzig a Viena —en otras palabras, de su infancia a su diván vienés—, termina por ser *la verdad científica del psicoanalista* difundida a través del planeta entero como un descubrimiento asimilable al del heliocentrismo de Copérnico o el evolucionismo de Darwin.

Somos portadores, nos dice Freud, y no hay necesidad alguna de demostrarlo, de ese deseo de infancia: cada uno de nosotros quiso un día acoplarse con el padre del sexo opuesto y consideró al de su mismo sexo como un rival cuya desaparición anhelaba. Freud lo vivió así en su pellejo; es preciso, pues, que todos lo hayan vivido alguna vez de la misma manera en el suyo. La alternativa es simple: o bien cada cual se acuerda de esa configuración libidinal y las cosas son claras, Freud tiene razón, o bien no se acuerda y el asunto es aún más claro y Freud tiene entonces aún más razón, puesto que el hecho de no recordar prueba el tremendo poder de la represión, tanto más necesaria cuanto más potente fue ese deseo edípico. En todos los casos, Edipo triunfa, pero también, y sobre todo, Freud, cuya neurosis ya no le parece insoportable una vez extendida a la totalidad. Cuando todos padecen esa patología, ya nadie sufre ninguna.

8. LA VERDAD DEL “MITO CIENTÍFICO”

“Conceptos básicos claros y definiciones de nítidos contornos sólo son posibles en las ciencias del espíritu en la medida en que éstas pretendan aprehender un campo de hechos en el marco de una formación intelectual de sistema. En las ciencias naturales, a las que pertenece la psicología, semejante claridad de los conceptos máximos huelga [*sic*], y aun es imposible.”

SIGMUND FREUD, *Presentación autobiográfica* (XVII, p. 105) [XX, p. 54]

Freud se remonta en el tiempo para tratar de probar que lo que el niño deseó en el tren austriaco, todos los hombres lo vivieron desde las más remotas edades históricas. Aquí lo vemos, pues, decidido a observar a los pueblos primitivos con el objeto de sondear la psique del hombre prehistórico. ¿Su intención? Proponer un “mito científico”, como no vacila en llamarlo en *Psicología de las masas y análisis del yo* (XVI, p. 74) [XVIII, p. 128], en este caso “el mito científico del padre de la horda primordial”, un mito útil para intentar probar la universalidad del complejo de Edipo.

Se ha leído bien: ¡un *mito científico*! Este oxímoron resume toda la ambigüedad del personaje y por ende de la disciplina. Puesto que un mito define una historia sin autor, sin fecha de nacimiento, que, a través de un relato poético en el sentido etimológico, *poietikos*, creador de formas, se propone la explicación del mundo o de una de sus partes. Así, el mito de Sísifo que ilustra el eterno retorno de la negatividad, el de Ícaro al significar el castigo infligido al orgulloso que desafía a los dioses, o el de Prometeo, destinado a celebrar el poder del hombre sobre las divinidades. Pero ni Sísifo, ni Ícaro, ni Prometeo están en la órbita de la ciencia...

En efecto, mientras que el mito funciona con la alegoría, la metáfora transmitida oralmente de generación en generación y procedente del antiquísimo mundo de los dioses, la ciencia propone exactamente lo contrario: la hipótesis, la investigación, la experiencia, la reproducción de la experiencia, la validación de la hipótesis, la producción de una ley verificable por su reproductibilidad. El poeta habita el mito; el científico habita el mundo, y el mundo no es un mito, aunque el mito pueda generar un mundo.

El heliocentrismo no es un mito forjado por Copérnico, y la evolución de las especies no constituye un mito inventado por Darwin, para atenernos a los genios tutelares y los héroes en cuyo linaje Freud anhela inscribirse: son descubrimientos científicos que reemplazan los mitos judeocristianos del geocentrismo o la creación de los hombres. La ciencia permite salir del mito, al que torna caduco e inútil; el mito, por su parte, hace caso omiso de la ciencia y apela a los poetas, los rétores, los magos.

¿Qué sería, pues, un “mito científico”? Una ficción pura, una historia, así como se habla de “contar historias” con el significado tanto de mentir cuanto de dirigirse al

alma de los niños. Ahora bien, en *Psicología de las masas y análisis del yo*, Freud retoma, aunque distorsionada, una crítica que se le hizo al publicar *Tótem y tabú*. El autor de la reseña norteamericana de este último libro, Robert Ranulph Marett, considera que la hipótesis del asesinato del padre, jefe de la horda primordial, seguido del consumo de su cuerpo por sus hijos en un banquete caníbal, es una “*just-so story*”, una historia que es así porque es así; en otras palabras, “sólo una historia” entre muchas otras posibles.

Cuando remite a una “*just-so story*”, la otra manera de denominar un “mito científico”, Freud cita el nombre de Kroeber cuando en verdad se trata de Kroeber; no tendré la crueldad de recordar que el olvido de los nombres propios o su deformación, si no el maltrato infligido a su ortografía, constituyen un capítulo entero de la *Psicología de la vida cotidiana*, y que ese tipo de accidente viene a ser, en opinión del propio Freud, algo así como una vía regia que lleva al inconsciente del masacrador... Además, Freud confunde la atribución: la expresión, “*just-so story*”, no es de Kroeber/Kroeber sino de Robert Ranulph Marett, de modo que, primero, aquél se equivoca de nombre y, segundo, también masacra el apellido erróneo. ¡Dos lapsus valen más que uno!

Freud propone entonces su “mito científico” sobre la base de su biblioteca, porque, de la misma manera que Marcel Mauss teoriza sobre los ritos polinesios, los intercambios en Samoa, el don melanesio, el espíritu maorí de la cosa dada, la visión de la muerte de tribus australianas o neozelandesas, los ritos funerarios esquimales, si no las lenguas orientales, sin abandonar su escritorio parisino ni su cátedra del Collège de France, Freud emprende la creación de un vasto fresco sobre los aborígenes australianos en el despacho bien cálido de Berggasse 19, en Viena.

El subtítulo de *Tótem y tabú* es *Algunas concordancias en la vida anímica de los salvajes y de los neuróticos*. El libro inaugura la extraña y muy lamentable confusión entre el salvaje, el primitivo y el enfermo, el neurótico, antes de asimilar todo ese mundo al hombre del común. Una de las más raras perversiones de Freud habría de ser, en efecto, la de borrar toda frontera entre lo normal y lo patológico: una manera muy comprensible, para cualquier persona afectada de una patología, de convertirse al punto en un individuo *normal*.

Freud parte del principio de que examinar el alma del primitivo de 1900 es acceder a la del hombre de las cavernas, y por tanto descubrir el alma del hombre como tal. No hay mejor modo de afirmar que, en lo concerniente a la psique, no se cree en la importancia de la historia, la existencia de la evolución, la necesaria consideración de las condiciones de existencia concreta de una realidad, por psíquica que sea: el alma parece flotar en un mundo irreal, ininteligible, sin raíces en la realidad concreta, y suscita la impresión de moverse en un éter de ideas puras, inaccesibles a la vulgaridad, la trivialidad sensible. En consecuencia, Freud cree menos en un real histórico que en un real de las esencias. En el siglo de la historia, no hay posición más esencialista, por no decir platónica... Pero recordemos que Freud parte a la búsqueda de un mito.

Descripción del mundo primitivo: en el mundo de los hombres de antes de los hombres no existen construcciones, agricultura, alfarería, crianza de animales. Los

hombres cazan y se alimentan de raíces, de bayas silvestres y de todo lo que pueden recolectar. No hay jefe ni rey. No se venera a ningún dios, ninguna fuerza superior. Los aborígenes son caníbales. Pero, en ese mundo que tiene un extraño parecido con la ficción rousseauniana del estado de naturaleza, ¿cómo se puede llegar a la prohibición del incesto, toda vez que la moral parece la última de sus preocupaciones?

Esos hombres sin dios practican el totemismo. En otras palabras: cada uno existe en función de un animal o una planta que posibilita la identificación. El tótem no se destruye. No se come. Hereditario, superior a los lazos de sangre, no está ligado al suelo sino a estructuras extremadamente complejas de filiación. Dentro de un mismo referente totémico el matrimonio está prohibido, porque totemismo y exogamia están vinculados y la transgresión de este interdicto se castiga con la muerte. El tótem se hereda a través de la madre y no se modifica con el matrimonio.

El parentesco no es asunto de la intersubjetividad sino de la relación de un individuo con un grupo. El padre no designa al genitor: cualquiera podría serlo. Lo mismo vale para la madre, los hermanos y las hermanas. La parentela no tiene nada que ver con la sangre, sino con lo simbólico y lo imaginario relacionales. Los hijos se consideran como hermanos y hermanas aun cuando no tengan la misma madre. Los nombres suponen ensambladuras matrimoniales de los grupos previas a los matrimonios individuales de los que proceden a continuación los nacimientos.

Un número determinado de hombres disponen de derechos conyugales sobre un número determinado de mujeres. La prohibición del incesto se refiere a la interdicción del sexo en el grupo. Freud examina algunos ritos de distanciamiento del hijo por su madre, del hermano por su hermana y del primo por su prima. ¿El objetivo? Evitar la sexualidad endogámica. Estudia asimismo los ritos de distanciamiento sexual de la suegra por el yerno, una cuestión eminentemente autobiográfica para él, como es sabido, si se recuerda el asunto de la madre de Gisela, su amor de juventud.

Freud infiere que el temor al incesto entre los salvajes revela un rasgo infantil común con los neuróticos. Poco bastaría para que el psicoanalista afirmara que sólo a los salvajes, los primitivos, los niños, los neuróticos y los enfermos mentales les repugna la idea de acoplarse dentro de una misma familia, mientras que los adultos evolucionados y sanos de espíritu, domiciliados por qué no en Viena, podrían contemplarla sin dificultad.

Tras un análisis del totemismo, Freud examina la cuestión del tabú y los interdictos y luego propone una genealogía. En esos análisis, *Tótem y tabú* actúa en la economía de su pensamiento como *La genealogía de la moral* de Nietzsche: Freud revela la clave del nacimiento de la civilización, la cultura, la moral, las costumbres, la religión, el arte, la filosofía y todo lo que uno quiera. Un sésamo ontológico. El “fundamento del tabú es un obrar prohibido para el que hay intensa inclinación en lo inconsciente” (XI, p. 235) [XIII, p. 40]. ¡Misterio! ¿Un obrar prohibido? ¿Cuál? ¿Un fuerte tropismo para esa prohibición? ¿Cuál? Y todo eso en la oscuridad más densa del inconsciente... Freud alarga el suspenso: todo tabú procede de un gran interdicto enterrado en las tinieblas de la psique.

Gran lector en general, pero aficionado a los relatos etnológicos en particular,

Freud resume las tesis existentes sobre la cuestión del tabú y llega a la conclusión de que, nominalistas, sociológicas, psicológicas, no pueden ser fructíferas, porque sólo el psicoanálisis aporta con justeza la luz faltante. Con anterioridad a él, nadie podía comprender los fenómenos ligados al tótem, al tabú, al animismo, al interdicto, a la magia, a las estructuras elementales del parentesco, a la endogamia o la exogamia, a la prohibición del incesto, a la proscripción del asesinato, por la sencilla razón de que, con anterioridad a él, nadie supo descubrir el *complejo de Edipo*, la piedra angular de su construcción, pero también la piedra filosofal de toda realidad de aquí abajo.

¿Cómo se llega a esa certidumbre? A través, justamente, de ese “mito científico” que constituye, más gracias a la fértil imaginación de Freud que a su genio científico de descubridor, el asesinato del padre en la horda primordial. Éste es pues el relato freudiano: “un padre violento, celoso, que se reserva todas las hembras para sí y expulsa a los hijos varones cuando crecen” (XI, p. 360) [XIII, p. 143]. Es cierto, no hay manera de observar la cosa, pero Freud la postula como una evidencia sin aportar prueba alguna. ¿Lo que sigue? “Un día los hermanos expulsados se aliaron, mataron y devoraron al padre, y así pusieron fin a la horda paterna” (*ibid.*) [*ibid.*]: la misma observación, es imposible probarlo, pero no podría ser de otro modo porque Freud así lo afirma. ¿Y después?

Que devoraran al muerto era cosa natural [*sic*] para unos salvajes canibales. El violento padre primordial era por cierto [*sic*] el arquetipo envidiado y temido de cada uno de los miembros de la banda de hermanos. Y ahora [*sic*], en el acto de la devoración, consumaban la identificación con él, cada uno se apropiaba de una parte de su fuerza. El banquete totémico, acaso [*sic*] la primera fiesta de la humanidad, sería [*sic*] la repetición y celebración recordatoria de aquella hazaña memorable y criminal con la cual tuvieron comienzo tantas cosas: las organizaciones sociales, las limitaciones éticas y la religión (*ibid.*) [XIII, pp. 143-144].

Así es, entonces, como este mito adquiere su carácter científico: mediante deslizamientos progresivos de las hipótesis a las certezas, mediante pasajes sucesivos del deseo a la realidad, por traslados acumulativos del fantasma a la historia. Lo que fue una *just-so story* se convierte en una *historia justa* gracias a la magia de Freud y su postulación arbitraria de que las cosas sucedieron así.

La horda primordial, el padre poseedor exclusivo de las hembras, los hijos frustrados, el asesinato del genitor, el devorar la carne paterna hipotéticamente deducida de las lecturas de Freud sobre las tribus australianas: ¿no es preciso, más bien, ponerlos en relación con la biografía del autor? ¿La horda primordial? La complicada familia de Freud, que mezcla tres generaciones en una sola casa. ¿El padre poseedor exclusivo de las hembras? Jakob Freud como amo y señor de los nueve hijos de su primer y su segundo matrimonios, pero también de las antiguas mujeres de una vida anterior y, luego, de una joven esposa y la nueva familia que él constituye. ¿Los hijos frustrados? Ante todo Sigismund... ¿Asesinar al padre y devorarlo? El deseo del niño que anhela destruir todo lo que lo priva del amor exclusivo de su madre.

Este argumento que pretende ser histórico es, de hecho, un argumento realmente histórico: falso etnólogo de la psique prehistórica, Freud proyecta su historia, sus historias, sus fantasmas, sus deseos infantiles, y transfigura las agonías de su libido de niño en un mito autobiográfico que le es imperativo transformar en verdad científica.

La colisión bien puede producir un “mito científico” de acuerdo con sus ambiciones teóricas, pero no por ello deja de ser cierto que esa criatura híbrida y antojadiza señala un mito y nada más: más aún, un mito personal, pero no, a buen seguro, una verdad universal.

¿Qué ocurrió tras el asesinato ritual del padre? ¿Cuáles fueron las consecuencias de ese banquete caníbal? ¿Qué hicieron los hijos una vez digerido el cuerpo del padre? Freud no aborda la cuestión de la defecación del padre devorado, a pesar de chiflarse por lo que en otro lugar llama su “mierdología”: véase, por ejemplo, la carta a Fliess del 29 de diciembre de 1897. Nada de materia fecal, antes bien, vaya uno a saber por qué, “mociones tiernas” (XI, p. 362) [XIII, p. 145]: a la hora de la digestión, tras masacrar a su padre, los hijos ahítos, con la barba probablemente manchada de sangre paterna, ¡sienten de improviso remordimientos! ¿Cómo explicar la transformación súbita de esos guerreros caníbales en hijos contritos? “Ambivalencia”, escribe Freud, y está dicho todo: *ambivalencia*. Es cierto, eran malos, pero se volvieron buenos. ¿Por qué razones? *Ambivalencia*...

Ausente, el padre se torna aún más presente. Muerto, se transforma en viviente eterno. Comido aquí, resucita por doquier en otros lugares. Odiado ayer por sus hijos, resulta que hoy sus asesinos lo aman. “Arrepentimiento”, “culpa”, escribe Freud. ¿Por qué? ¿Cómo? ¿En virtud de qué misterio? ¿Por qué la moral de que carecía el criminal se vuelve todopoderosa una vez cometido el crimen? Porque para Freud, la muerte del padre libera, quita el peso que impedía vivir: el padre frustraba a sus hijos y la represión que generaba alimentaba las ansias de asesinato.

Una vez occiso y deglutido lo paterno y desaparecida la causa de la represión, la frustración ya no se erige en ley. Las promesas de acoplamiento con las hembras por fin disponibles mudan el alma de los criminales. Finalmente capaces de unirse a las mujeres de la fratría, entre ellas la madre, sin temor a que se les prohíba hacerlo por la violencia, los hijos imaginan una moral para vedar que se les haga lo que ellos han hecho: *para gozar de su hazaña, prohíben su infamia*. Aunque Freud no lo aclara, se advierte la lógica que lo anima: como no quieren a su vez ser muertos, quienes han matado prohíben el asesinato, y de ahí el nacimiento de la moral, construida sobre un crimen por el cual se hace imposible el crimen. El problema de Freud siempre fue cómo deshacerse del padre. Para vivir con esta obsesión, postula su carácter universal desde el comienzo de la humanidad.

La religión sigue a esta aventura: asesinato del padre, interdicción del asesinato, nacimiento de la moral, retorno del padre bajo la forma de ley y construcción de una formidable máquina de reciclar al Padre: la religión. Con una fórmula eficaz, Freud escribe: “Dios en el fondo no es más que un padre enaltecido” (XI, p. 366) [XIII, p. 149]. Freud el judío hace el elogio del cristianismo, aclarando que esta religión ha comprendido el mecanismo del asesinato del Padre en la crucifixión del Hijo, el consumo de su carne a través del misterio de la eucaristía que es devoración del cuerpo y la sangre del Hijo de Dios, la fundación de una moral en ese sacrificio del cual surge la Ley.

El hecho de que ese esquema prehistórico reaparezca milenios más adelante en una religión prueba a las claras, a su juicio, la verdad del complejo de Edipo que atraviesa las épocas, nutre todas las culturas y habita la psique individual por transmisión

filogenética. Lo que apacigua la psique personal de un tal Sigmund Freud es que el asesinato del padre dé pábulo a la posibilidad de la Ley. Sin embargo, ¿era menester atribuir ese fantasma personal a la totalidad de la humanidad pasada, presente y futura? Nada es más improbable...

9. MATAR AL PADRE, UNA VEZ MÁS Y SIEMPRE

“También en mí he hallado el enamoramiento de la madre y los celos hacia el padre, y ahora lo considero un suceso universal de la niñez temprana.”

SIGMUND FREUD, carta a Fliess, 15 de octubre de 1897

Freud vivirá toda su vida con la ambición de matar al padre en cuanto se presente la ocasión: en *El malestar en la cultura* o *El porvenir de una ilusión* y luego en *Moisés y la religión monoteísta*, pero también en *El presidente Thomas Woodrow Wilson*, se encarniza con todas las figuras paternas, Dios en primer lugar, pero asimismo con ese pobre presidente de los Estados Unidos detestado desde las primeras páginas de la psicobiografía que le consagra, ¡por la mera razón de que ese hombre quiso a su padre durante toda su existencia! Sin temor al encarnizamiento, niega incluso la paternidad de sus obras a Shakespeare.

En *El porvenir de una ilusión*, Freud propone una deconstrucción de la fe, la creencia y la religión, un trabajo que en el plano intelectual lo eleva a la misma altura que Feuerbach, su héroe de juventud. Reencontramos las tesis de éste, es cierto, pero cuando son justas, se trata menos de... criptomnesia que de reiteración de un análisis certero: los hombres creen en su dios por debilidad para ser, impotencia para vivir su finitud, incapacidad para mirar a la muerte a la cara o siquiera pensarla, conceptualizarla. Cuando la consideran, se imaginan muertos como son en vida. La muerte es el espanto contra el cual los hombres se previenen mediante una denegación: inventan un trasmundo infinito, eterno, para vivir aquí abajo en un mundo finito, mortal.

Freud agrega que es pesado tolerar la vida porque la civilización exige la renuncia a los instintos, los deseos, las pulsiones y los placeres. Se construye, se constituye y perdura con la sofocación de esas fuerzas reprimidas, y de ahí la genealogía de las neurosis. La vida inflige permanentemente heridas narcisistas: envejecer, sufrir, morir, padecer los efectos de la entropía en uno mismo y los suyos, aquellos a quienes uno ama. A partir de las fuerzas de la naturaleza, y sobre la base del principio de figuras humanas, los hombres se inventan dioses a los cuales confían sus penas: el resultado son el animismo, el totemismo, el politeísmo. El hombre atribuye a sus divinidades el carácter del padre.

Los dioses cumplen pues tres funciones: exorcizar los terrores de la naturaleza; reconciliar con la crueldad del destino, incluida la muerte, y resarcir de los sufrimientos impuestos por la vida en común y la cultura. Ahora bien, con el paso del tiempo y los progresos de la ciencia, se descubre que es inútil espantarse por lo que sucede en la naturaleza y se comprende asimismo que las causalidades mágicas deben arrumbarse en el depósito de los accesorios metafísicos, dado que, para todo fenómeno natural inexplicable a priori, existe a posteriori una explicación física y

racional. El transcurso del tiempo hace que los “cuentos religiosos” (XVIII, p. 170) [XXI, p. 29] queden relegados en beneficio de la razón razonable y razonante. En su afán de contribuir al reflujo de esos cuentos, Freud hace su aporte racional con el análisis psicoanalítico de la religión.

La religión, por consiguiente, procede de los “cumplimientos de los deseos más antiguos [...] de la humanidad” (XVIII, p. 170) [XXI, p. 30], con un Padre que da seguridades, protege, actúa como una Providencia apaciguadora de la angustia, el pavor, el miedo. Así,

se desarrollan respuestas a ciertos enigmas que inquietan al apetito humano de saber; por ejemplo, el de la génesis del mundo y el del vínculo entre lo corporal y lo anímico; significa un enorme alivio para la psique del individuo que se le quiten de encima los conflictos, nunca superados del todo, que nacieron en su infancia en torno del complejo paterno, y se le provea una solución universalmente admitida. (XVIII, p. 171) [XXI, p. 30].

Con Dios, cada persona reactiva su relación con el Padre. Comprendamos entonces que, para Freud, el ateísmo constituye una evidencia existencial y por ende teórica.

En las páginas más vehementes con respecto a las religiones, Freud afirma que para la cultura es más peligroso conservarlas que desembarazarse de ellas. Es cierto, no ignora que, por la vía de la sublimación, se les debe mucho en el terreno del arte, la literatura y las producciones estéticas, porque las religiones engendran las civilizaciones y, en efecto, han domeñado una serie de pulsiones asociales que, de lo contrario, habrían producido perjuicios irreversibles a las comunidades humanas.

Pero sabe igualmente que, al mismo tiempo, el precio que debe pagarse por esas represiones es alto: un gran número de patologías mentales individuales y colectivas. Las religiones han fallado: muestran toda su incapacidad para hacer felices a los hombres, darles consuelo, alegría, paz, serenidad. Esas ficciones no reconcilian con la vida: todo lo contrario, pues incitan a apartarse de ella. Jamás logran hacer que los hombres sean más morales, jamás impiden la crueldad, el mal, la guerra, la brutalidad, el derramamiento de sangre.

¿Es preciso, entonces, seguir defendiendo la religión? Freud responde con claridad: no. Observemos ante todo que, con el tiempo, la religión ha perdido terreno y tiene hoy menor poder sobre la minucia de la vida cotidiana de la gente, cada vez más consciente de que sus promesas jamás se cumplen. Agreguemos a ello que los progresos de la ciencia de la naturaleza invalidan las explicaciones mágicas propuestas por la religión.

La élite ya no se adhiere a las fábulas. En cambio, la masa inculta y los oprimidos persisten en la ilusión que proporciona un poco de bálsamo. ¿Qué hacer? Freud lo sabe: algún día, la masa se enterará de que la élite ya no cree en Dios, con el riesgo de que la legitimación religiosa de la moral desaparezca y la prohibición de matar deje de basarse en el eficaz temor a un castigo divino para descansar sobre el miedo relativo a una punición humana. Frente a esta evidencia sólo hay dos posibilidades: o imponer un estricto sometimiento político de las masas que implique prohibirles la crítica de las religiones, o modificar las relaciones entre cultura y religión.

Para concretar esta segunda posibilidad hay que romper con la *genealogía teológica* del derecho, la ley, la moral, la cultura y la civilización. Pero ¿de qué manera? Proponiendo una *genealogía psicoanalítica* del derecho, la ley, la moral, la

cultura y la civilización. Dejemos pues de creer que Dios decide sobre el bien y el mal o que nos exige un comportamiento en función del cual seremos juzgados y luego recompensados o castigados. Abracemos a continuación a la tesis expuesta en *Tótem y tabú* acerca de la horda primordial, el padre que frustra el comercio sexual de los hijos con las mujeres, los hijos que matan al padre, devoran su cuerpo, lo lamentan y, a partir de ese remordimiento, construyen una Ley que expresa el poder del Padre muerto. Por lo tanto, el crimen y el incesto están prohibidos no por motivos religiosos, teológicos, irracionales, neuróticos, sino, dice Freud, por motivos psicoanalíticos, consecuentemente presentados como científicos, racionales y no patológicos.

La neurosis representa un momento necesario en la llamada evolución normal de un niño, y brinda un esquema útil para comprender su necesidad en la evolución de una civilización también obligada a atravesar esa fase neurótica. Sobre la base del principio de que la religión es la “neurosis obsesiva humana universal” (XVIII, p. 184) [XXI, p. 43], Freud propone terminar con esta patología emparentada con una “confusión alucinatoria” (*ibid.*) [*ibid.*]. Por ello, declara la muerte de Dios.

Recordemos que, en *El malestar en la cultura*, define a Dios como “un Padre de grandiosa envergadura” (XVIII, p. 259) [XXI, p. 74]; se comprende entonces que siga los pasos de Feuerbach, desde luego, pero aún más claramente de Nietzsche, el autor del ahora célebre “Dios ha muerto”, el signatario de *El Anticristo* que anuncia la necesidad de terminar con la civilización judeocristiana causante de malestares, patologías y neurosis, tanto individuales como colectivas. *El porvenir de una ilusión*, *El malestar en la cultura* y *Moisés y la religión monoteísta* se activan como máquinas de guerra parricidas.

El malestar en la cultura (1930) sigue las mismas huellas que *El porvenir de una ilusión* (1927). Las dos obras explican la construcción de la civilización por la represión pulsional y, en consecuencia, por la frustración genealógica de patologías individuales y sociales. Dios y la religión se convierten en combates de retaguardia que suponen lógicas infantiles. Freud precisa su análisis acerca del asesinato del padre. Somos naturalmente hedonistas: de ordinario, cada uno procura, en efecto, satisfacer sus pulsiones vividas en la tensión, puesto que la realización de un deseo suprime el dolor de esa tensión y proporciona un placer, una satisfacción, un bienestar hacia el cual tendemos. La cultura obliga a la represión del placer en provecho de la realidad, constituida además por fuerzas reprimidas, sublimadas y concentradas en nuevas direcciones, las de la civilización.

¿En nombre de qué lógica renunciamos a la satisfacción de nuestras pulsiones en beneficio de la construcción de una instancia que perpetúa nuestra frustración? ¿Por qué somos los verdugos de nosotros mismos? ¿Qué extraña lógica nos impulsa a abandonar la senda jubilosa de la satisfacción en provecho del camino sombrío de las represiones? La lógica del *superyó*, una instancia constitutiva de la segunda tópica presentada en *El yo y el ello* (1923) y asimilable al censor, al juez, a la ley, y heredada... ¡del complejo de Edipo! La formación del *superyó* se produce durante la declinación de ese complejo: cuando ha comprendido que no podrá realizar su deseo de unirse al padre del sexo opuesto y deshacerse del padre de su propio sexo, y

advierde que tendrá que buscar otros objetos de investidura libidinal que no sean sus progenitores, el niño renuncia a sus deseos y esa renuncia se redobra con una interiorización del interdicto.

Movidos por el odio, los hijos matan al padre, pero el asesinato suscita en ellos remordimiento y culpa, en nombre de una ambivalencia de cuyo origen nada dice Freud; se contenta con postularla o hablar de ella como si fuera evidente. Los hijos frustrados de la horda primordial asesinan pues al padre, lo devoran y tras el festín caníbal descubren que ese padre aborrecido era también un padre amado. Así, “satisfecho el odio tras la agresión, en el arrepentimiento por el acto salió a la luz el amor; por vía de identificación con el padre, instituyó el superyó, al que confirió el poder del padre a modo de castigo por la agresión perpetrada contra él, y además creó las limitaciones destinadas a prevenir una repetición del crimen” (XVIII, p. 319) [XXI, pp. 127-128]. El superyó encarna por tanto la sombra del padre, y se alimenta del asesinato primigenio y de su recuerdo. A través de ese crimen, el complejo de Edipo proporciona entonces la genealogía de la moral según Freud.

En consecuencia, cada uno carga con un superyó relacionado con su manera personal de haber vivido el complejo de Edipo. Examinemos el caso de un niño con un padre débil e indulgente: el resultado es la constitución de un superyó en extremo severo, porque el sujeto sólo se tendrá a sí mismo como objeto de agresión, toda vez que su genitor no le brinda la oportunidad de oponerse francamente a él. Veamos ahora el caso de un niño abandonado, educado sin amor: en él, la tensión entre yo y superyó desaparece y la agresión se vuelca hacia el exterior. Masoquismo en el primero, sadismo en el segundo.

Freud plantea arbitrariamente lo siguiente: “El padre de la Prehistoria era por cierto [*sic*] temible y era lícito [*sic*] atribuirle la medida más extrema de agresión” (XVIII, p. 318) [XXI, p. 126]. ¿Por qué razones ese “*por cierto temible*” o la “*medida más extrema de agresión*”? ¿En virtud de qué demostraciones? Desde un punto de vista científico no sabremos nada, por supuesto, aun cuando el lector debe empezar a formarse cierta idea. Algunos elementos de respuesta: “El impedimento de la satisfacción erótica provoca una inclinación agresiva hacia la persona que la estorbó” (XVIII, p. 322) [XXI, p. 134]. Ahora bien, cuanto más grande ha sido la frustración, más intenso es el deseo homicida. El padre encarna, consecuentemente, una gran frustración. De tal forma, el padre de los padres, el primero de los padres, ¿cómo no habría sido el peor de ellos —cosa que, *por cierto*, Freud corroboraría—, debido al enorme capital de frustraciones que imponía a sus hijos? Por el simple hecho de ser padre, el padre es el desencadenante de su propio asesinato.

Llegado al final de su análisis, Freud se pregunta si, así como hay individuos neuróticos, habrá civilizaciones neuróticas. Como carece de instrumentos para evaluar correctamente las patologías, no llega a ninguna conclusión. La neurosis individual es diagnosticada y atendida por un psicoanalista que dispone de los medios para interpretar los síntomas y proponer una terapia. Pero ¿a qué podría asemejarse un diagnóstico colectivo? ¿A una terapia de masas? Freud apela a una disciplina inédita capaz de mitigar esa carencia.

Sin embargo, a la hora de la conclusión reitera su pesimismo: con el desarrollo de la tecnología, los hombres cuentan ahora con medios para destruirse (aunque todavía

no existía la bomba atómica). Por eso la inquietud, la angustia, el miedo, los temores. El combate entre Eros y Tánatos, la pulsión de vida y la pulsión de muerte, las fuerzas pulsionales constructivas y su contrapartida exacta, los instintos destructores, es una lucha titánica. El asesinato del padre dio origen al superyó, sin duda, pero, transmitida por la tecnología moderna, la violencia instintiva amenaza hundir el planeta. Estamos en 1929 y Freud escribe bajo la luz negra de la Primera Guerra Mundial. En los diez últimos años de su vida, el crecimiento de los peligros, la llegada del nacionalsocialismo al poder, la perspectiva de una Segunda Guerra Mundial, ilustran más bien la tesis de un desencadenamiento del ello, sin que ningún superyó logre ponerle coto.

Tercer aspecto referido al asesinato del padre en Freud: *Moisés y la religión monoteísta*, una obra publicada en 1939, año de su muerte. Se advertirá, pues, que las salvadas se suceden: en 1912, en *Tótem y tabú*, monopolio sexual del padre sobre las mujeres en la horda primordial, frustración de los hijos, asesinato del padre, devoración de su cadáver, remordimientos e institución de la prohibición del incesto tras el crimen, y luego genealogía de la civilización. En 1927, con *El porvenir de una ilusión*, deconstrucción de la religión entendida como una neurosis obsesiva, con epicentro en un Dios asimilable a un padre enaltecido; necesidad de reemplazar el mito teológico de un Dios fuente de la moral por el “mito científico” freudiano del asesinato del padre inducido por el complejo de Edipo, y celebración del ateísmo equiparable a un parricidio ateológico. En 1930, de acuerdo con *El malestar en la cultura*, el superyó da testimonio de una permanencia del asesinato del padre en nosotros bajo la forma de interdictos, Ley, moral y virtud. Y por último, en 1939, *Moisés y la religión monoteísta*, un parricidio fundamental para Freud, que desarrolla una tesis capaz de pasar por antisemita si por ventura la firmara un *goy*, a saber: *Moisés no era judío sino egipcio*. Asesinato del Padre de los judíos, asesinato del padre de su propio padre Jakob, asesinato del padre de su pueblo. ¿Se podía ir más lejos?

En diciembre de 1930, en el prólogo a la edición en hebreo de *Tótem y tabú*, Freud, judío, hijo de judío, circunciso, escribe que “no comprende la lengua sagrada, se ha enajenado por completo de la religión paterna —como de toda otra—, no puede simpatizar con ideales nacionalistas y, sin embargo, nunca ha desmentido la pertenencia a su pueblo, siente su especificidad de judío y no abriga deseos de cambiarla”. Y prosigue, siempre en tercera persona:

Si se le preguntara: “¿Qué te queda entonces de judío, si has resignado todas esas relaciones de comunidad con tus compatriotas?”, respondería: “Todavía mucho, probablemente lo principal”. Pero en el presente no podría verter eso esencial con palabras claras. Es seguro que alguna vez lo conseguirá una intelección científica (XI, p. 195) [XIII, p. 9].

¿Qué debemos retener de este breve texto? Freud reivindica su incapacidad de leer el hebreo, una lengua aprendida, sin embargo, en el liceo con un profesor que lo marcó a tal punto que llamó Sophie a una de sus hijas en homenaje a él, una de cuyas sobrinas, lo hemos visto, tenía ese nombre; y confiesa haber roto por completo con la religión de sus *padres*. Así es: Freud ha proscrito toda práctica religiosa bajo su techo y la ha prohibido a su mujer, pese a la devoción de ésta (que volvió a ella tras la

muerte de su marido); proclama con claridad su ateísmo, y revela no compartir el ideal nacionalista del sionismo, pero se siente no obstante plenamente judío sin desear otra identidad.

Lo más sorprendente radica en esta extraña profesión de fe: si bien ha abandonado todo signo exterior de pertenencia al judaísmo, lo reivindica como su más profunda interioridad y luego alude de manera enigmática al futuro y más particularmente a los progresos de la ciencia, capaz de resolver un problema cuya solución él ignora. ¿Qué ciencia podría aportar la prueba de que la judeidad está potencialmente visible en su ser? ¿Una ciencia biológica como la genética? ¿Un gen judío? No me atrevo a creer que Freud se adhiriera a una idea semejante. ¿O una ciencia de su misma índole que, con la ayuda de un nuevo “mito científico”, demuestre la existencia de una suerte de horda primordial específicamente judía? Nadie lo sabe...

A falta de hipótesis confiables, no me impediré plantear la siguiente: una vez pensado el psicoanálisis como disciplina valedera y eficaz sólo para Freud —una ciencia privada, por tanto—, cabría imaginar que el complejo de Edipo, del cual depende la horda primordial —relato matricial si los hay—, remitiera a su aventura personal y por ende autobiográfica, entre su madre judía y su padre judío, lo cual mostraría que, en lo más recóndito de su ser, la judeidad ocupa un lugar cardinal, por ser el marco estructurante de la disciplina creada por su iniciativa y de la cual, en la *Presentación autobiográfica*, él nos dice que es su criatura, su creación.

Las últimas palabras, tan gravosas y enigmáticas, de ese breve prólogo de apariencia anodina podrían ser una prueba en tal sentido, porque Freud afirma no haber abordado la cuestión del origen de la religión y la moral desde el punto de vista judío, si bien aspira a que sus lectores coincidan con él “en el convencimiento de que la ciencia sin prejuicios no puede permanecer fuera del espíritu del nuevo judaísmo” (XI, p. 195) [XIII, p. 9]. ¿El psicoanálisis, una disciplina que encarna el *espíritu del nuevo judaísmo*? La idea no tiene un desarrollo explícito en el resto de la obra de Freud...

¿Hay que considerar entonces que *Moisés y la religión monoteísta* propone una pista para comprender a qué podría parecerse ese nuevo judaísmo, ateo, irreligioso, metapsicológico, construido sobre un “mito científico” o sobre una “novela histórica”, como el propio Freud califica su trabajo dedicado a Moisés? ¿Una nueva religión sin Dios, sin trascendencia, inmersa en su totalidad en la inmanencia metafórica de las disposiciones psíquicas, llena del murmullo de una hermenéutica simbólica? ¿Una nueva religión que encuentra sus certezas en la invisibilidad del inconsciente y lee los sueños como otros tantos ejercicios talmúdicos capaces de entrar en contacto con una tópica psíquica atópica? ¿Un tipo de Dios que huye cuando se acerca al Verbo, el dios de la teología negativa, nunca más presente que cuando se lo cree ausente? Por qué no.

De la misma manera que Aníbal y Edipo, Moisés tiene para Freud un papel importante en la escritura de sí mismo. En 1914 publica “El *Moisés* de Miguel Ángel” para intentar resolver el enigma que le ha planteado esa escultura en septiembre de 1901. De vacaciones con Minna, envía una postal a su mujer, en la que escribe: “Esta tarde, algunas impresiones que nos darán tela para cortar durante

años”. Luego cuenta su visita al Panteón y a la iglesia San Pietro in Vincoli, donde “he visto el *Moisés* de Miguel Ángel (de repente, por error)”. ¡*Por error!*

En cada una de sus estadias romanas visita diariamente esta estatua. Mira, espía, mide, dibuja. Necesita un año para redactar aquel breve texto, una treintena de páginas impresas. ¡Y de trece años de gestación! ¿Qué significa esa estatua? ¿Por qué esos dedos en medio de la barba, algunos ocultos, otros visibles? La postura física del Moisés, ¿en qué momento de su historia lo capta? ¿Cuando la ira lo petrifica en su intención de destruir las Tablas de la Ley de su pueblo apóstata, que baila en torno a un ídolo? ¿O después de haber renunciado a ella, como un sabio que ha dominado su pasión? Freud concluye: Miguel Ángel sorprende a Moisés en el momento de renunciar a castigar a su pueblo, pero en ese instante las Tablas de la Ley que ha desistido de destruir se le resbalan de las manos y bien podrían estrellarse contra el suelo.

Freud se ve sobrecogido ante la obra, petrificado a su vez delante del mármol. En la correspondencia con Weiss habla de su relación con esa escultura como la que mantendría con un “hijo del amor” (12 de abril de 1933). Al publicarse, el texto aparece sin firma. Para explicar la ausencia de ésta, se pretexto que el autor ha elaborado su análisis con meros fines de diversión. Freud confiesa avergonzarse de su diletantismo y duda de la validez de sus resultados; sólo ha aceptado la publicación, nos dice, bajo la cordial presión de sus amigos...

Esta abundancia de precauciones, la modestia proclamada, la duda acerca de sí mismo, la incertidumbre con respecto a sus propias conclusiones, la desaparición de su nombre propio: nada de esto es característico de él. Agreguemos que obra con artimañas y escribe una noticia para esconderse detrás de la redacción de la revista, al anunciar que ésta acepta ese texto procedente de un personaje “próximo a los círculos analíticos”, cuyo “abordaje muestra cierta semejanza con la metodología del psicoanálisis” [XIII, p. 217, nota 1]. ¿Por qué tanto misterio?

Lo que seduce a Freud radica en la captación estética que el artista tiene de esa figura histórica legendaria. Visto por el artista y no por el historiador, Moisés es una encarnación de lo “sobrehumano” (XII, p. 155) [XIII, p. 237]: la palabra tiene su importancia. ¿Qué es lo que entusiasma al psicoanalista? El vigor muscular, la fuerza que desborda el mármol, el imponente volumen físico, la capacidad para la ira titánica, el dominio de los afectos y esta suma proeza psíquica: “sujetar su propia pasión en beneficio de una destinación a la que se ha consagrado” (*ibid.*) [XIII, p. 238]. ¿Qué pasa con la *pasión*? ¿Y con la *sujeción*? ¿Qué pasa, asimismo, con la *destinación*? ¿Se trata de Moisés, o de Freud? ¿Sujetar su pasión incestuosa en beneficio de la destinación que sería la invención del psicoanálisis? ¿*Moisés sería entonces un autorretrato como Padre?*

A menos que examinemos el término “sobrehumano” escogido por Freud para calificar el *Moisés* de Miguel Ángel. Recordemos que se tomó su tiempo para escribir ese puñado de páginas, y por lo tanto para elegir con precisión cada una de sus palabras. Recordemos también que, en *Psicología de las masas y análisis del yo*, Freud asocia al padre de la horda primordial y la famosa figura nietzscheana. Así, al hablar del Padre, escribe: “En los albores de la historia humana él fue el superhombre que Nietzsche esperaba del futuro” (XVI, p. 63) [XVIII, p. 118]. Pasemos por alto la

increíble incomprensión de Nietzsche revelada por esta frase y tengamos en cuenta que, para él, el Padre y el Superhombre mantienen una relación; en consecuencia, el Padre, el Superhombre y Moisés están ligados. *¿Moisés sería entonces un retrato del padre?*

¿El *Moisés* de Miguel Ángel visto y leído por Freud como autorretrato del padre? La idea es perturbadora, desde luego. Y sirve para justificar la posición del hijo sometido al padre, temeroso de la castración y conocedor del castigo paterno, angustiado ante la idea de haber provocado su indignación por haberlo escrutado tan largamente con el fin de descifrar el misterio de sus pensamientos. Trece años de duda, una revelación anónima del resultado de sus investigaciones, una teatralización de la desaparición del nombre propio y la función, una borradura del descubridor del psicoanálisis bajo el disfraz escénico agujereado y apolillado de un allegado a los círculos analíticos: ¡vaya medios para diferir el asesinato del padre! Estamos en 1924, por lo tanto después de trece años de gestación; habrá que esperar hasta 1939, el año de su muerte, para que Freud se atreva a hacer aquello de lo que había sido incapaz entonces: *romper la estatua de Moisés*. De la postal enviada a su mujer en 1901 a la publicación de *Moisés y la religión monoteísta* en 1939, poco antes de morir, ha pasado casi cuatro decenios bajo la sombra amenazante de la figura de Moisés.

Es de sospechar que, del mismo modo, la génesis de *Moisés y la religión monoteísta* no es simple. Tampoco lo es su construcción, que atestigua una dificultad para construir con una destrucción. En el cuerpo de su texto, Freud confiesa además no haber borrado todas las huellas de la génesis de su trabajo, escrito en varias oportunidades y dos lugares: el gabinete de Viena y el escritorio de Londres. Es evidente que el texto es una reacción a la llegada de Adolf Hitler y los nazis al poder en enero de 1933: Freud se pregunta cómo pueden los judíos concentrar hasta tal punto el odio de los otros. Dejado a un lado, retomado, abandonado, el texto no satisface a su autor, que duda de las tesis propuestas y desarrolladas, se inquieta por su capacidad de llevar a buen puerto ese estudio u otros, se pretende incluso incapaz de dar con nuevas ideas, suspende la publicación, la posterga, contempla la posibilidad de renunciar a ella para evitar los ataques que imagina masivos y a los cuales, falto de pruebas, cree no poder responder. Su llegada a Londres en 1937 coincide con su decisión de terminar el libro y hacerlo publicar. Freud presenta su trabajo como una continuación de *Tótem y tabú*. El libro sale en 1939, poco antes de su muerte.

En su correspondencia, Freud habla varias veces de “novela histórica” (carta a Lou Andreas-Salomé, 6 de enero de 1935; carta a Jones, 2 de marzo de 1937) para calificar *Moisés y la religión monoteísta*. Se reconoce en esa calificación la contraparte del “mito científico” de *Tótem y tabú*. En efecto, ¿qué sería una novela histórica? Un nuevo oxímoron: la novela supone imaginación, invención, ficción, y Freud recurre a ellas sin dificultad; incluso confiesa a Arnold Zweig que va a “dar libre curso a [su] fantasía con respecto a Moisés” (21 de febrero de 1936). Pero la historia supone exactamente lo contrario: la exploración y el hallazgo de pruebas de las tesis propuestas, la búsqueda de certezas fundadas en archivos, demostraciones apoyadas sobre otra cosa que la imaginación. Una “novela histórica” representa una

construcción híbrida en la cual, si la fantasía tiene derecho de ciudadanía, la historia ya no tiene ninguna razón de ser.

Lo que valía para el oxímoron “mito científico” de la horda primordial vale igualmente para la “novela histórica” de un Moisés egipcio inventor del pueblo judío y retrato histórico del gran hombre como encarnación de la figura del padre, con el deseo de asesinato que recorre el imaginario freudiano... Se entiende que, antes de levantar la mano contra el padre, Freud vacile, dilate su parricidio, tiemble, dude, hasta que, al borde de la tumba, se atreve a plantar cara por última vez a todas las prohibiciones, incluidas las de su comunidad que, al vivir en Europa bajo el terror nazi, toma efectivamente ese texto por lo que es: una mala pasada.

Cuando analiza la recepción y la posteridad de la obra en su monumental *Dictionnaire des œuvres psychanalytiques*, Paul-Laurent Assoun escribe:

Ésta fue la obra de Freud que desencadenó las críticas más apasionadas, como lo atestiguan las “cartas al editor” anónimas, procedentes de Palestina, Canadá, los Estados Unidos o Sudáfrica, aun antes de su publicación. A ese judío incrédulo que es el autor se le reprocha justificar la renegación de las verdades primeras de la religión judía y suministrar una nueva arma a “Goebbels y las demás bestias feroces”. Una carta trata a Freud de “viejo imbécil” a quien “más le hubiera valido ir a la tumba sin deshonorarse”, y desea que, como los renegados, termine en los campos de concentración de los “gánsteres alemanes”.

Freud sabía que, al publicar ese estudio, se encontraría con esta clase de inconvenientes. ¿Por qué, entonces, dar armas a sus enemigos?

Este libro plantea con claridad un interrogante: ¿qué principio está en el origen de la creación del carácter judío? Es cierto, podemos hablar de carácter judío en general, en el cielo de las ideas, pero también podemos remitir a sus encarnaciones en el mundo mismo de Freud y abordar las cosas a través de sus padres. La teoría freudiana de la judeidad no podría hacer caso omiso de su padre y su madre, judíos ambos. El violento anticlericalismo de Freud y su feroz ateísmo se nutren de lo que él vio y vivió en esa familia emblemática del carácter judío.

Si damos crédito a los testimonios coincidentes de varios miembros de la familia, Amalia pasa por ser una madre judía arquetípica. ¿Cliché o verdad histórica? Se la califica de subida de color, caprichosa y enérgica, dotada de una voluntad de hierro, resuelta a hacerlo todo para obtener lo que quiere, tanto en las grandes como en las pequeñas cosas. Coqueta hasta el final de su vida, ya nonagenaria, se la describe egocéntrica, con sentido del humor y capaz de reírse de sí misma. Su sobrina decía: “Era encantadora cuando había extraños, pero en lo que a mí respecta, siempre tuve la sensación de que con sus íntimos era una tirana, y una tirana egoísta”. En cuanto a su nieto Martin, afirmaba lo siguiente: “Judía polaca típica con todos los defectos que eso podía acarrear”, ¡sin más detalles! Luego, esto: “Hablabla con tono imperativo y no tenía pelos en la lengua; una mujer de carácter resuelto, poco paciente y de extrema inteligencia”. Una razón, en efecto, para tener verdadero peso en la vida de su “Sigi de oro”...

El padre era un judío no practicante. Recordemos que regaló a su hijo mayor la Biblia que había heredado de su padre e hizo de esa obra el “libro de los libros”, en el cual, decía, están reunidas todas las fuentes del conocimiento intelectual.

Pero, por lo que se sabe, la judeidad de los dos personajes era menos manifiesta en la madre que en el padre. El regalo de una Biblia hebrea puede representar en Freud,

efectivamente, un verdadero reto edípico: el judaísmo es la religión reivindicada por el padre como fuente de toda verdad, encarna la Ley del padre transmitida como es debido en la lengua identitaria del pueblo de marras. Freud era nieto y bisnieto de rabinos, y uno de sus antepasados fue incluso uno de los más grandes talmudistas de Galitzia, su región natal. El judaísmo no es pues una mera cuestión de teoría, sino también un asunto de familia y, más particularmente, de familia paterna.

¿Cuál es el proyecto claramente reivindicado por Freud en *Moisés y la religión monoteísta*? “Quitarle a un pueblo el hombre a quien honra como al más grande de sus hijos” (p. 7) [XXIII, p. 7]. ¿Es posible decirlo mejor? Este libro se propone, pues, matar al Padre de los judíos, cometer el parricidio de los parricidios. Es en consecuencia la religión de su padre y de los ancestros de su padre, la religión de su madre, la religión de su mujer y por ende la de sus hijos, si aceptamos que la madre transmite la judeidad; es esa religión aplastada por la brutalidad nacionalsocialista en el poder desde fines de enero de 1933, sin hablar del crecimiento de esta chusma en el decenio previo, y es esa religión, y ninguna otra, la que Freud ataca en el peor de los contextos: la conquista nazi de Europa.

Los nazis construyeron campos de concentración y persiguieron a los judíos, transformados en ciudadanos de segunda categoría y luego en subhombres constantemente atormentados, embrutecidos, maltratados. Esas cosas visibles para todos también lo son, claro está, para el propio Freud, que no deja de reivindicar su judeidad pero no escribe nunca contra Hitler, contra el nacionalsocialismo, contra la barbarie antisemita, aunque no vacila en publicar habitualmente extensos análisis contra el comunismo, el marxismo, el bolchevismo, la experiencia marxista leninista soviética. ¡Así, pues, Freud acomete a Moisés en ese contexto europeo de antisemitismo furioso!

¿Cuáles son las tesis de ese libro que, con una firma muy distinta, pasaría por una obra antisemita? Uno: al contrario de lo que afirman los mitos, Moisés no es judío sino egipcio, cosa que mostraría la etimología de su patronímico; dos: la circuncisión es una vieja práctica muy anterior a las costumbres judías, puesto que los faraones se sometían a ella; tres: la religión judía no es judía, ya que descende en línea directa del monoteísmo egipcio de Akenatón; cuatro: la civilización judía es inferior a la de los constructores de pirámides, pero también, cinco: el judaísmo es... la religión del Padre.

Un año después de la llegada de Hitler al poder, en plena brutalidad nazi, Freud escribe lo siguiente: “Es lícito partir de un rasgo de carácter de los judíos que gobierna su relación con los demás. No hay duda de que tienen de sí mismos una opinión particularmente elevada, se consideran más nobles, de más alto nivel, superiores a los otros” [XXIII, p. 102]. ¿Por qué razones? Siguen consideraciones sobre el pueblo elegido que permiten llegar a la conclusión de que “un hombre, Moisés [...], creó a los judíos” (p. 143) [XXIII, p. 103]. ¿Cómo? Al enseñarles que fueron señalados por el propio Dios. Y de esa designación ellos dedujeron una fuerza, una certeza, una confianza en sí mismos que generó en otros pueblos, en este caso los cristianos, un resentimiento, una animosidad, unos celos y una rivalidad que son constitutivos del antisemitismo. Así reencontramos la tesis freudiana del hijo predilecto...

Si se sigue el razonamiento de Freud y se ponen en perspectiva declaraciones diseminadas en la profundidad de un discurso redundante, puede inferirse la existencia de una relación de causalidad entre la palabra del padre que designa a su hijo predilecto y el odio de los hijos no beneficiados hacia el elegido; por un extraño efecto de contragolpe, el antisemitismo se convertiría así en una creación de los judíos mismos por el primero de los suyos (¿Moisés?). En la pluma de Freud, este tipo de idea parece impensable, imposible. ¡Y sin embargo...!

Habríamos podido sospecharlo: Freud retoma su teoría de la horda primordial, el asesinato del padre, el banquete caníbal y el nacimiento de la Ley. La circuncisión practicada por los judíos actúa entre los cristianos o los no judíos, escribe, como una amenaza de castración. Ésta remite a la represión del “mito científico” de los orígenes. Ahora bien, aunque reprimido, ese miedo a la emasculación está instalado en la psique en virtud de la herencia filogenética. Este temor arcaico propone por tanto una matriz al antisemitismo. Si Freud tiene razón, su extraño libro autoriza una variación complementaria sobre el “odio a sí mismos de los judíos”, caro a Lessing, al presentar a un judío antisemita.

¿Por qué, entonces, el asesinato del padre encarnado por Moisés se comete en medio de la celebración de un pueblo, una historia, una civilización presentados como superiores a los de su linaje? ¿El pueblo judío? Un pueblo egipcio exilado. ¿La historia judía? Un apéndice de la historia egipcia. ¿La civilización judía? Una civilización egipcia menguada. ¿La religión judía? La religión de un faraón monoteísta. ¿Moisés, el primero de los judíos, el inventor del pueblo judío? Un egipcio que farfulla su lengua. ¿La circuncisión? Un ritual antiguamente visible en las momias egipcias.

La dilección particular del inventor del psicoanálisis por las antigüedades egipcias es conocida. Charcot, quien fue en un tiempo su dios, tenía una colección en su despacho. En ocasiones especiales, el propio Freud recibía piezas regaladas por sus amigos, así como por algunos de sus pacientes. Compraba regularmente objetos menos escogidos por su valor estético que por su significación simbólica. A veces, durante la comida, ponía sobre el mantel de la mesa del comedor su última adquisición, como si se tratara de un huésped de nota...

Egipto actúa en él como un arquetipo antijudeocristiano, una contra-Roma. Porque en la tradición cristiana neotestamentaria, el incesto está formalmente prohibido. La madre es virgen; el padre no copula pero pese a ello insemina virtualmente; el hijo es engendrado por la acción del Espíritu Santo; una paloma reemplaza al semen, y el susodicho hijo vive en un anticuerpo desprovisto de sensualidad y virilidad, no bebe ni come, salvo símbolos, no se acopla y resucita tres días después de muerto. Una religión del Hijo: nada más apropiado para disgustar a Freud, que quiere ser su propio padre.

En cambio, Egipto encarna la zona geográfica y mental, el espacio ontológico y metafísico en el cual se practica... el incesto. Freud lo sabe, ya que en *Moisés y la religión monoteísta* escribe sobre este preciso tema: “Lo que, según se supone [*sic*], afrontaríamos nuestros sentimientos más sagrados era costumbre universal en las familias gobernantes del antiguo Egipto y otros pueblos anteriores; se diría que era un uso sagrado” (p. 162) [XXIII, p. 116]; los buenos tiempos libidinales... Luego agrega: “de

igual modo, el universo de las sagas griegas y germanas no tomaba a escándalo tales vínculos incestuosos” (*ibid.*) [XXIII, p. 117]. Época bendita a la que su colección bien podría aludir con nostalgia.

Recordemos igualmente el malestar vagal —llamémoslo así— de un Freud que, al cumplir cincuenta años, recibe como obsequio de sus discípulos, amigos y allegados una medalla con la Esfinge en el anverso y su retrato en el reverso, con el agregado del enigma escrito en griego antiguo en el que se lo asimila a ese animal fabuloso. Ahora bien, éste, de origen egipcio, migra a Asiria y luego llega a Grecia. En la colección freudiana de antigüedades también encontramos piezas asirias.

En Grecia, la esfinge, que tiene cara de mujer, es enviada por Hera, la diosa del matrimonio, a castigar a Layo, que es —recordémoslo de pasada— el genitor de Edipo. ¿El motivo de ese castigo? Antaño, el padre de Edipo había violado al joven Crisipo e inventado así la pederastia; la información debe tenerse presente para comprender las premisas de la teoría freudiana de la seducción. Layo se negaba a dar un hijo a su esposa legítima. Un esquema ideal para Freud, que pensaría durante mucho tiempo que los padres, entre ellos el suyo, abusan de sus hijos, un fantasma sublime para él, porque su padre se negaría a su madre, la mujer codiciada por el niño.

Ya en el comienzo de *Moisés y la religión monoteísta*, Freud anuncia el tono: la comunidad judía, es cierto, le reprocha maltratar a los judíos (en una época en que la historia los elimina metódicamente), pero él no tiene por qué preocuparse por esas cuestiones triviales; la verdad ante todo: “Quitarle a un pueblo el hombre a quien honra como al más grande de sus hijos no es algo que se emprenda con gusto o a la ligera, y menos todavía si uno mismo pertenece a ese pueblo. Mas ninguna ejecutoria podrá movernos a relegar la verdad en beneficio de unos presuntos intereses nacionales” (p. 7) [XXIII, p. 7]. Tales son las primeras líneas de ese texto capaz de pasar por un panfleto autobiográfico.

Freud se apodera del mito de Moisés para hacer de él una aventura personal con proyección de sus propios fantasmas como sombras chinescas. Ésta es la estructura del mito tal como él lo deconstruye: Moisés llega al mundo en una familia de elevado rango, ha sido abandonado; las dificultades han precedido a su nacimiento: abstinencia, esterilidad, prohibiciones; durante el embarazo, sueños y oráculos anuncian desventuras a causa del niño; puesto sobre aviso por esos malos presagios, el padre decide abandonarlo, matarlo; el niño es recogido por personas de humilde condición que lo crían; ya adulto, Moisés reencuentra a sus progenitores y... ¡se venga del padre! Una vez vengado, alcanza el renombre que le conocemos. Freud pone entonces en relación a dos héroes, Edipo y Moisés, puesto que, escribe con el mayor candor y la desarmante ingenuidad de una confesión autobiográfica: “Un héroe es quien, osado, se alzó contra su padre y al final, triunfante, lo ha vencido” (p. 13) [XXIII, p. 11].

En la lógica de su “mito científico”, Freud sostiene la idea de que hay “huellas mnémicas” (p. 134) [XXIII, p. 95] que se transmiten de generación en generación: el uso simbólico de la lengua, el asesinato del padre y el complejo de Edipo constituyen el material de aquello que, por haber sido importante o haberse repetido con

frecuencia, e incluso por las dos razones, atraviesa las épocas y queda oculto en la psique de cada individuo. Esta propagación varias veces milenaria saltea la fisiología, la anatomía, la carne y el cuerpo y sólo concierne al inconsciente: ¿los prolegómenos del “nuevo judaísmo” anunciado por Freud? Es posible.

El partidario del “mito científico” y el especialista en la “novela histórica” puede afirmar de la manera más perentoria: “Los seres humanos han sabido siempre [...] que antaño poseyeron [*sic*] un padre primordial y lo mataron” (p. 136) [XXIII, p. 97]. Poco importa que esta afirmación no cuente con el respaldo de prueba alguna. Freud ha tenido el cuidado de anteponer al anuncio de esta tesis la siguiente confesión epistemológica caprichosa: “No vacilo en declarar que” (*ibid.*) [*ibid.*], etcétera. En efecto, no ha vacilado aquí, como no lo hizo en otros lugares, en *afirmar*, a la manera de Moisés al enunciar los artículos de las Tablas de la Ley. Método de filósofo si se quiere, pero no de científico.

Lo que se selecciona y se transmite de manera filogenética y psíquica, pero sin la ayuda de un soporte fisiológico, es, nos dice el psicoanalista, ese gesto importante, fuerte y varias veces reiterado del asesinato del padre: al matar a Cristo, los judíos asesinaron a su gran hombre y repitieron el gesto de la horda primordial. Se negaron a adoptar una religión —a la sazón el cristianismo— que asume el asesinato de Dios. Por ser un parricidio, el deicidio prueba la excelencia de la religión de Cristo, porque da testimonio de su inscripción en la verdad del “mito científico” del asesinato del padre.

Más aún: la eucaristía católica, al repetir el banquete caníbal de la escena primordial, demuestra la excelencia de la propuesta de san Pablo, un judío, de construir una religión sobre el asesinato de Dios que es la crucifixión de Jesucristo, su hijo convertido a su vez en Dios al asumir todos los pecados del mundo. Una parte del pueblo judío siguió esta lectura, y puede hablarse de judeocristianismo para calificar la religión que ve en el cristianismo la consumación y la verdad del judaísmo.

Durante ese tiempo, otra parte del pueblo judío se negó a tomar el camino paulino: “Los que se rehusaron se llaman todavía hoy judíos. Por esa división se segregaron de los demás todavía más tajantemente que antes” (p. 182) [XXIII, p. 131]. ¿Hoy? Hay que rendirse a la evidencia, es la expresión utilizada por Freud en las últimas páginas de su último libro publicado en vida para explicar que en plena barbarie nazi, en 1938, los judíos que se negaron a convertirse en cristianos se apartaron por sí mismos del mundo; conocemos las consecuencias funestas de esa secesión con respecto a la religión cristiana dominante en Europa: Freud lo ignoraba, por supuesto, pero *Auschwitz* iba a nombrar los resultados de esa separación de los judíos de la presunta verdad cristiana de su religión.

Apreciemos con horror hasta qué punto la obsesión con el asesinato del Padre genera en Freud tomas de posición extravagantes, delirantes, incomprensibles e *incluso antisemitas*, si no se las relaciona con los arreglos de cuentas libidinales, el combate de una psique atormentada en lo más recóndito de sí por el tropismo incestuoso. Esa sumisión de la teoría psicoanalítica al imperativo autobiográfico guía a Freud en cada uno de sus pasos de ciego... como Edipo.

10. LA ANTÍGONA VIRGEN Y MÁRTIR

“[Anna] es magnífica y completamente independiente en el plano intelectual, pero no tiene vida sexual.”

SIGMUND FREUD, carta a Lou Andreas-Salomé, diciembre de 1927

El incesto habría de ser, pues, el gran fantasma de Freud: con su propia madre sexualmente codiciada en el coche cama a la edad de dos años y medio, según un recuerdo redescubierto al parecer tres decenios más tarde; con su primera enamorada, a cuya madre desea cuando es adolescente; con su cuñada, la amante albergada bajo el techo familiar durante unos cuarenta años; con una de sus hijas, que frecuenta sus sueños eróticos, pero también, y sobre todo, con Anna, la hija con la que fue más lejos en ese camino. En “Análisis terminable e interminable”, Freud enuncia tres tareas imposibles: gobernar, psicoanalizar, educar. Sabe de qué habla, al menos en los dos últimos casos, puesto que su relación con Anna fue la apoteosis del abandono edípico.

Recordemos algunos datos ya expuestos en lo concerniente a ella: nace como un accidente de alcoba, ya que si sus padres hubieran tenido un medio anticonceptivo seguro jamás habría venido al mundo; por esa razón, entonces, debe ser el origen de la abstinencia sexual definitiva de la pareja Sigmund/Martha. Comprobamos que no sólo lleva el nombre de pila de la hija, esta vez, de Samuel Hammerschlag, el profesor de hebreo de Freud en el liceo, sino que además es la ahijada de ese mismo Hammerschlag, mientras que los nombres de sus otros hermanos y hermanas están bajo el signo de los grandes hombres: de los maestros de Freud a sus héroes, como Cromwell.

Pero Anna, si aspiramos a contar con otra hipótesis que no sea la cortina de humo propuesta por las biografías oficiales, es asimismo el nombre de pila clínico de Anna O., como ya hemos visto, y acaso sobre todo el de la hermana de Freud, la hija que es el fruto de la madre y el padre de éste, lo cual permitiría al mismo Freud reencontrarse no lejos de los parajes incestuosos que lo asedian: es padre de una niña como su padre lo fue con Amalia (¿deseo de sustituir al padre que se acuesta con su madre?). Hija no deseada, de tardío arribo, puesta bajo el signo del anonimato o la histeria, si no del fantasma incestuoso, los augures inclinados sobre la cuna de la niña habrían podido predecir sin esfuerzo alguno un porvenir sombrío para esa pequeña psique.

Vista y leída a la luz de *Edipo rey* de Sófocles (pieza teatral que funciona como un esquema existencial para Freud), Anna cumple el oráculo pronunciado por el hijo de Layo y Yocasta con respecto a su propia descendencia después de acostarse con su madre y matar a su padre: “Cuando tengáis edad casadera, / ¿quién osará, hijos míos, / asumir tamaña vergüenza, / tan desastrosa para vosotros como para sus padres?”. Y

más adelante: “Cargaréis con esa vergüenza, ¿y quién os desposará? / Nadie, hijos míos. Tendréis que terminar estériles y vírgenes”. Anna obedecería el oráculo: a la edad casadera, ningún hombre la cortejó; después, nadie la desposó, y por último, murió muy probablemente virgen y estéril, pero *psicoanalista de niños*...

Desde los trece o catorce años, esta jovencita asiste a las reuniones de la Sociedad Psicoanalítica de Viena. Al leer las minutas de las sesiones en las cuales habría podido participar, sorprende que un padre expusiera a su muy joven hija a debates sobre la sexualidad anal, el incesto, la confusión histérica femenina, el desamparo libidinal, las perversiones sexuales, los efectos nocivos del onanismo, las condiciones infantiles del masoquismo. Entre lo que ella podía realmente comprender y lo que debía resistirse al entendimiento de una niña prepúber o apenas púber, podemos preguntarnos qué idea rondaba por la cabeza de Freud al aceptar que su hija menor asistiera a ese tipo de sesiones de adultos que disertaban sobre las partes oscuras de la sexualidad humana.

¿Hay que asombrarse? Anna padece de anorexia... No hace falta ser perito en la materia, y menos aún psicoanalista de niños. El padre considera que su hija es demasiado severa consigo misma, demasiado delgada, demasiado encorvada: decide que viaje a Italia durante ocho meses —casi la duración de un embarazo— con su tía Minna, a fin de recobrar la salud y, sobre todo, aumentar de peso. Pero, sin que pueda precisarse la naturaleza de esta sorprendente causalidad, su hermana Sophie se compromete y, *por lo tanto*, el viaje queda cancelado. ¡Misterio sobre las razones de esa renuncia! Otro enigma, también imposible de resolver (a menos que la apertura de las cajas norteamericanas permita algún día dar una respuesta gracias a alguna carta...): Anna se mantendrá al margen de la ceremonia de esponsales. Su padre le escribe: “La ceremonia muy bien puede celebrarse sin ti, e incluso sin invitados, festejos, etcétera, que de hecho no te interesan en absoluto” (13 de diciembre de 1912).

A falta de una carta que revele el verdadero motivo, un correo enviado por Freud a Ferenczi el 20 de julio de 1912 nos da una pista: ese suceso entraría en resonancia con un tema sobre el cual él trabaja, las tres hijas del rey Lear. ¿Qué nos enseña de útil la obra de Shakespeare para desatar este nudo familiar? El rey decide dividir equitativamente su reino entre sus tres hijas, Gonerila, Regan y Cordelia; ahora bien, Freud también tiene tres hijas, Mathilde, Sophie y Anna. La división se efectúa en una gran ceremonia durante la cual Lear pide a cada una de las hijas que le expresen su amor. Las dos mayores cargan las tintas y no vacilan en apelar a la adulación. La menor, reservada, se mantiene a un lado, pese a que quiere a su padre con pasión. Ofendido, Lear deshereda a su última hija y la echa. Pasado un tiempo, el rey descubre la superchería de sus dos tramposas hijas mayores, astutas y mentirosas. Loco de dolor, abandona la corte y encuentra refugio con Cordelia.

La pieza contiene una segunda intriga también capaz de complacer a Freud: el conde de Gloucester tiene dos hijos varones, uno de los cuales, ilegítimo, le hace creer que su medio hermano prepara un complot en su contra. Con esa mentira, pretende obtener una herencia que no le corresponde a causa de su bastardía. Para castigarse por su ingenuidad, Gloucester se hace saltar los ojos (¿hace falta precisar: como Edipo?). La obra prosigue con un duelo del que sale vencedor el hijo legítimo.

Después de una increíble serie de golpes de efecto —malentendidos, equivocaciones, muertes, suicidios, renegaciones, envenenamientos, retractaciones—, el rey Lear no puede impedir la muerte de su hija Cordelia: el telón cae sobre el espectáculo de un padre estragado por el dolor, que abraza el cuerpo de una hija fiel hasta la muerte.

Ignoramos cuáles son, en la familia Freud, las correspondientes traiciones de Mathilde o Sophie, las intrigas de hijos parricidas, el papel de los yernos, los envenenamientos metafóricos, los suicidios alegóricos o las renegaciones simbólicas; lo cierto es que alrededor de 1912 los Freud parecen haber padecido una serie de psicodramas asimilables a la tragedia en general y a su formulación shakespeariana en particular. Ante la imposibilidad de asignar con claridad los papeles, Anna puede, con todo, asimilarse sin gran riesgo a Cordelia, la hija púdica, incapaz de una sobrepuja hipócrita para mostrar a su padre que, de las tres hermanas, ella es la más afectuosa, exilada en un primer momento (¿los famosos ocho meses en Italia?), pero, en definitiva, heredera de su reino, cosa que pagará, de todas formas, con una especie de muerte simbólica.

Como siempre, ese fragmento de autobiografía en la vida de Freud va a ser un generador de teorías. Alertados por una carta a Ferenczi, descubrimos que en 1913 aquél publica “El motivo de la elección del cofre”, texto en el cual se ocupa, entre otros temas, de las tres hijas del rey Lear... Al hablar de Cordelia, de quien veremos cada vez más y mejor hasta qué punto es Anna, Freud nos dice, en un cruce de los mitos que saca a la luz para respaldar su tesis, que es... ¡la diosa de la muerte! Las tres hermanas encarnan por tanto a las Nornas, las Parcas y las Moiras: Anna/Cordelia, la que corta el hilo del destino.

¿Cómo vivir entonces con la evidencia de que Anna sería la muerte? ¿La encarnación de la muerte? ¿La que secciona toda existencia? Con una pirueta psicoanalítica extraordinaria que es un testimonio cabal del arte sofisticado y la retórica del mago Sigmund Freud: en virtud de un principio postulado como inmutable y cierto, aunque no demostrado porque es indemostrable, “existen dentro de la vida anímica motivos que propenden a la sustitución por lo contrario en lo que llamamos ‘formación reactiva’” (XII, p. 62) [XII, p. 314], la muerte es aquí... ¡el amor!

No desmintamos a Freud cuando, unas líneas más adelante, escribe: “No se concibe mayor triunfo del cumplimiento de deseo” (*ibid.*) [XII, p. 315], lo que en lenguaje común podríamos llamar *tomar sus deseos por la realidad*. En efecto, soberbio ejemplo, aquí, de ese tipo de “cumplimiento de deseo”: Freud asimila las tres hijas del rey Lear a las tres suyas en general, y Cordelia a Anna en particular, baraja los mitos, los cuentos y la literatura para proponer una hipótesis, la descubre, la anuncia, la enuncia y... resulta que se trata de una identificación entre su hija y la muerte. Gracias a la magia de una inversión que no tiene nada de científico, pero que puede comprenderse en términos autobiográficos, Freud, que rechaza esto, explica que, en función de una misteriosa virtud dormitiva del opio psíquico, a veces la muerte no es la muerte para ser, mucho más, el amor.

En conclusión, Freud devana su metáfora, prefiriendo siempre lo imaginario a lo real, la interpretación extravagante a la simplicidad y la verdad de lo real: el rey Lear no es el rey Lear sino un anciano que va a morir; sus tres hijas no son sus tres hijas sino tres maneras diferentes de ser mujer; el padre no carga el cadáver de su hija sino

que, “si la invertimos [*sic*], la situación se nos vuelve inteligible y familiar” (!) (XII, p. 64) [XII, p. 316], y es su hija la diosa (!) la que lleva al padre, y ello en virtud de otros hallazgos psicoanalíticos: la “mudanza del deseo” (*ibid.*) [XII, p. 317] y la “elaboración regresiva” (*ibid.*) [XII, p. 317], nuevas variaciones sobre el tema de la “formación reactiva” y la “inversión del deseo”.

Si esas tres hijas del rey no son lo que son, ¿qué son? Por obra del pensamiento simbólico, que significa la imposibilidad del pensamiento, Freud escribe que se trata de los “tres vínculos con la mujer, para el hombre inevitables: la paridora, la compañera y la corrompedora”. ¿Versión psicoanalítica de la mamá o la puta? Y prosigue:

O las tres formas en que se muda la imagen de la madre en el curso de la vida: la madre misma, la amada, que él elige a imagen y semejanza de aquélla [*sic*], y por último la Madre Tierra, que vuelve a recogerlo en su seno. El hombre viejo en vano se afana por el amor de la mujer, como lo recibiera primero de la madre; sólo la tercera de las mujeres del destino, la callada diosa de la muerte, lo acogerá en sus brazos (XII, p. 65) [XII, p. 317].

Cuando, agotado por años de cáncer, Freud conoce el desenlace fatal, recuerda a su médico la promesa que éste le ha hecho de inyectarle, llegado el momento, la sustancia para poner fin a todo, y le dice: “Háblelo con Anna, si ella piensa que es justo, entonces terminemos”. Anna/Cordelia encarna pues, según la confesión de su propio padre, la tercera forma tomada por su madre; Amalia, Martha y Anna reunidas en una misma tragedia personificada por su hija menor, para la mayor felicidad del padre...

Pese a la deontología definida por el propio Freud en “Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico” (1912), que exhorta al psicoanalista a no tender jamás en su diván a allegados, amigos o familiares, el padre somete a su hija a un análisis desde el verano de 1918 hasta 1922, y luego desde la primavera de 1924 hasta 1929, o sea una terapia extendida a lo largo de nueve años a razón de cinco o seis sesiones semanales. Se leerá con una sonrisa un poco triste esta afirmación de la señora Freud que refiere Henri F. Ellenberger en *Historia del descubrimiento del inconsciente*: “El psicoanálisis se detiene frente a la puerta del dormitorio de los niños” (p. 482). Podemos imaginar con esto cuántas cosas inconcebibles para ella ocurrían bajo su techo.

No es seguro, en efecto, que la señora Freud haya estado al tanto de que su hija Anna pasó casi diez años en el diván de su padre, contando sus fantasmas sexuales, sus angustias existenciales, sus inquietudes libidinales, sus miedos y aprensiones, su vida íntima, el desierto de su sexualidad —al menos la inexistencia de otros en su vida sexual—, sus recuerdos de infancia con... su padre, su madre, sus hermanos y hermanas, su manera de vivir el deseo de acoplarse con su padre y excluir a su madre, la periodicidad de sus menstruaciones provocadas por los medicamentos, las evidentes y habituales confesiones hechas en el diván.

Desdibujada y sumisa, discreta y silenciosa, completamente al servicio de su marido, Martha Freud no tenía una gran opinión del psicoanálisis en general y de la actividad de Sigmund en particular. El psicoanalista francés René Laforgue, que frecuentó a la familia Freud durante la década de 1920, cuenta en un libro de

recuerdos que Martha veía en las teorías de su esposo “una forma de pornografía”. Puede apostarse que ignoraba la estrecha unión en que esa pornografía mantenía a su marido y la hija menor de ambos, al padre y la hija...

El trabajo de los historiadores nos permite hoy conocer una parte de lo que se dijo en ese diván. En efecto, el texto que Freud publica en 1919 con el título de “Pegan a un niño” y el subtítulo de “Contribuciones al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales” concierne explícitamente a Anna. Esta última confirma a su manera lo que se encuentra en él, ya que escribe por su parte “La relación de fantasías de flagelación y un sueño diurno” (1922), un texto que debe leerse en contrapunto con el de su padre. El artículo fue en su origen una conferencia pronunciada en la Sociedad Psicoanalítica de Viena el 31 de mayo de 1922, para luego convertirse en el ejercicio teórico que le valió su investidura solemne en el movimiento psicoanalítico.

Aquello de lo que nos enteramos sobre el estado psíquico de Anna es desolador. Freud diserta para dar largas al asunto: pegar a un niño; ser real o fantasmáticamente golpeado; ver, de niño, a un niño golpeado; deseo infantil de que peguen a otro niño; pegan a un niño: ¿quién lo hace? ¿Es siempre el mismo niño? ¿Quién le pegaba? ¿Un adulto u otro niño? Nos imaginamos que éstas fueron otras tantas variaciones sobre el tema propuesto por Anna en sus asociaciones libres. Freud no responde a ninguna de esas preguntas. Peor, de leerlo bien se advertirá que llega incluso a escribir: “El conocimiento teórico sigue siendo incomparablemente más importante para nosotros que el éxito terapéutico” (XV, p. 124) [XVII, p. 181]. En otras palabras: poco importa la curación, con tal de que la ciencia progrese. Tratándose de su propia hija, es muy lícito asombrarse de la crueldad de semejantes palabras.

Veamos: ¿cuál es su problema? Anna fantasea con escenas de flagelación impuestas por su padre. Al construir su sexualidad en torno a este deseo sadomasoquista, se hunde en prácticas masturbatorias compulsivas. Tal es el epicentro de este artículo plagado, además, por una cantidad increíble de consideraciones parásitas que demoran o impiden su cabal inteligencia. Echada en el diván de su padre, Anna cuenta que se masturba con frenesí mientras imagina que él la azota. Freud concluye con su piedra filosofal: ese fantasma tiene sus raíces en... ¡el complejo de Edipo!

Para él no se trata en modo alguno de pensar en términos históricos, biográficos, o siquiera con un liso y llano sentido común psicológico. La hipótesis de un complejo arcaico que se remonta a los más añejos tiempos de un asesinato del padre seguido de un banquete caníbal lo dispensa de preguntarse sobre su propia responsabilidad en lo que él mismo llama las *perversiones sexuales* de su hija. ¡La filogénesis mitológica es sin duda muy dulce cuando exime de una verdadera ontogénesis analítica! Habida cuenta de que la perspectiva explícita del padre no es tanto aliviar los sufrimientos de su hija, esto es, atenderla, y hasta curarla brindándole la posibilidad de una vida sexual al margen del onanismo, como hacer avanzar la ciencia, *su* ciencia.

Ahora bien, una simple autocrítica permitiría al padre comprobar su participación en la creación de los fantasmas de su hija. Freud, en efecto, se comporta con ella como un padre celoso, posesivo, tiránico. Cuando, a los diecinueve años, Anna planea instalarse en la casa londinense de Ernest Jones, el futuro hagiógrafo del héroe, Freud multiplica los consejos castradores. Advierte a Jones: hay que desechar

de plano un idilio con su hija, a quien él ha prescrito inscribir esa relación en el estricto terreno de la igualdad y la amistad. Pese a que ella no ha abordado la cuestión afectiva o sexual, Freud la pone en guardia: debe conocer más y mejor las cosas de la vida antes de contemplar la posibilidad de una relación seria. Y fija una fecha: no antes de cinco años; en otras palabras, no antes de que cumpla veinticuatro. En las cartas preparatorias de la estadía en Londres, Freud habla a Jones de su “hija única”. Recordemos, sin embargo, que en esos días, 1914, Mathilde tiene veintisiete años y Sophie, veintiuno...

Al dirigirse a Anna, su padre vuelve a la carga: Jones tiene treinta y cinco años, es un señor que acusa casi el doble de su edad y necesita una esposa de su generación, más al corriente de la vida. Y agrega que, hijo de pobres, Jones se abrió camino “a pulso” [*sic*], de modo que “carece del tacto y el sentido de las consideraciones delicadas”. A Jones, sobre Anna: “No espera en modo alguno que la traten como mujer, pues todavía está lejos de experimentar deseos sexuales y tiende más bien a rechazar al hombre [*sic*]”. A lo cual el corresponsal inglés, futuro autor de *Papers on Psycho-Analysis*, responde con un elogio de Anna seguido por esta frase premonitoria: “Llegará sin duda a ser una mujer notable, si su represión sexual no la perjudica” (27 de julio de 1914).

¡En esa época, Anna, encorvada sobre su labor, teje compulsivamente y planea ser maestra! Si bien todavía no ha comenzado su análisis, en el otoño de 1915 fantasea con un argumento que más adelante revelará a su padre: “Hace poco soñé que tú eras un rey y yo una princesa, y que pretendían separarnos mediante toda clase de maquinaciones políticas. Era desagradable y hasta trastornador”. Tiene veinte años, y su padre no está lejos de los sesenta.

En 1916, ya familiarizada desde muy joven con las discusiones de psicoanalistas en la Sociedad Psicoanalítica de Viena, asiste a las conferencias dictadas por su padre en la universidad: las futuras *Conferencias de introducción al psicoanálisis*. Por entonces se somete regularmente a experiencias de telepatía con él: una y otro sienten el sublime deleite que procura el adivinar el pensamiento de un tercero. ¡Leer en los pensamientos más íntimos del otro, vaya un fantasma de unión estrecha sin nombre! Como consecuencia de las conferencias de su padre, Anna renuncia a la vocación de maestra y decide ser psicoanalista. A los veintitrés años, comienza un análisis.

Al mismo tiempo que resuelve que Anna no se inclina por los hombres y le impone la ley del padre, prohibiéndole formalmente llevar una vida sexual independiente, el autor de “La moral sexual ‘cultural’” echa a su hija en brazos de las mujeres. ¿Qué mejor manera de guardarla para él solo; de evitar que otro hombre la profane o la manche; de conservarla *ad vitam aeternam*, y de hacer de ella la diosa de la muerte consagrada total y exclusivamente a la vida de su padre?

Freud la encamina hacia Lou Andreas-Salomé y desea a las claras favorecer la amistad entre ambas mujeres. El 3 de julio de 1922 escribe a la amiga de Nietzsche: “Inhibida a través de mí, en el plano masculino, hasta hoy no ha tenido gran suerte con sus amigas. De cuando en cuando [*sic*] quiero verla con un hombre de bien, y a veces [*sic*] sufro por anticipado ante la idea de perderla”. Tres años después, a la misma Salomé: “Tengo miedo de que su represión sexual le juegue malas pasadas.

No puedo hacer nada para liberarla de mí, y nadie me ayuda a conseguirlo” (10 de mayo de 1925). Pero ¿qué otro podría hacerlo? ¿Su madre? Freud y Anna la mantienen firmemente apartada. ¿Sus hermanos y hermanas? Imposible. ¿Su tía? Seguramente no. Nadie...

Entretanto, el descubrimiento del cáncer de mandíbula de Freud en 1923 brinda la oportunidad de estrechar sus lazos: ella es la primera en saberlo, lo aprovecha para excluir a su madre y se convierte en enfermera de su padre. Anécdota: ese año, a la edad de sesenta y siete, Freud el científico se somete a una ligadura de los canales espermáticos con el pretexto de que ese tipo de operación quirúrgica rejuvenece al sujeto y reaviva la potencia sexual claudicante. Los partidarios de la versión hagiográfica del héroe que renuncia a la sexualidad para sublimar su libido en la producción de una obra universal, el psicoanálisis, deberán revisar su ejemplar. En cambio, para quienes aducen una vida sexual activa con la tía Minna, y sostienen la hipótesis de un viaje a Italia a raíz de un aborto, las cosas parecen coherentes. Los hagiógrafos afirman santurronamente: ¡esa ligadura prevenía la recidiva del cáncer!

Pese a ese procedimiento testicular y preventivo, Freud tuvo que sufrir mucho tiempo a causa del cáncer. Una treintena de operaciones, prótesis cuya implantación y uso eran cada vez más dolorosos: Anna, a quien correspondía desde luego la tarea, tardaba a veces media hora en colocarlas. En su testamento, Freud pide a sus hijos varones que renuncien a su parte de la herencia en favor de su madre y... de la dote de su hermana para el casamiento o cualquier otro arreglo de su preferencia. Pues Anna ha terminado por ser lesbiana, si no con el cuerpo, sí al menos de corazón. La elegida se llama Dorothy Burlingham, una norteamericana llegada a Viena en 1925. Anna ha comprado una casa con ella, que es madre de cuatro niños pequeños y está separada de un marido maniaco depresivo analizado en un primer momento por Reik y después... por Freud; ¿quién, si no? Más adelante, y durante doce años, Freud tendrá en su diván... ¡a la compañera de su hija!

La norteamericana hace analizar a sus hijos y, a su vez, comienza a trabajar como analista, especializada, por supuesto, en niños. Freud le aconseja divorciarse. Dorothy lo hace. Su marido se arroja por una ventana. Más adelante, en 1970, uno de sus hijos, alcohólico, tomará barbitúricos para suicidarse, después de haberse echado en la cama de Anna Freud, su psicoanalista, la probable amante de su madre. Entretanto, Dorothy Burlingham regala su primer chow-chow a Freud, que en diciembre de 1927 escribe a Lou Andreas-Salomé: “[Anna] es magnífica y completamente independiente en el plano sexual, pero no tiene vida sexual”. Y, más adelante: “¿Qué hará sin su padre?”.

En un correo a Ferenczi fechado el 12 de octubre de 1928, Freud compara a Anna... con Antígona. La misma comparación en una carta a Arnold Zweig del 12 de mayo de 1935. ¿Debemos aclarar que Antígona es el fruto del incesto entre Edipo y Yocasta, en otras palabras, entre Freud y Amalia? El sufrimiento provocado por el cáncer se torna intolerable. El hedor es tanto que los perros se mantienen a distancia de su amo. Sabiendo próximo su fin, Freud dice a Schur, su médico: “El destino ha sido bueno al otorgarme la presencia de una mujer semejante; hablo de Anna, por supuesto”.

Freud había decidido largo tiempo antes que, llegada la hora, tendría que poner fin

a su vida. Agotado por los padecimientos, cansado de todo y tras haber soportado la enfermedad con verdadera grandeza de alma, pide a su médico que avise a Anna: el momento ha llegado. La primera inyección se le aplica el 21 de septiembre de 1939, y la segunda, al día siguiente. Freud muere el 23 de septiembre a las tres de la madrugada. Su cuerpo es incinerado la mañana del 26 del mismo mes. Stefan Zweig lee la oración fúnebre. Las cenizas descansan en el cementerio londinense de Golders Green. En 1971, Anna regresa a Viena después de ejercer durante toda su vida como psicoanalista en Londres. Recibe a su vez una medalla grabada en la cual puede leerse: “Anna-Antígona”... En la casa donde terminará sus días, se la verá cuarenta y tres años después de la muerte de su padre envuelta en el abrigo de éste. Muere el 9 de octubre de 1982, sin haber tenido jamás, se dice, una sola relación sexual con un hombre.

Post scriptum a esta vida trágica: en agosto de 1956, un chófer abre la puerta del Rolls que acaba de detenerse frente a la casa de Anna Freud. Del automóvil baja una mujer con el pelo rubio oculto bajo un sombrero de fieltro y los ojos azules detrás de unas gafas de sol: Marilyn Monroe visita a la hija de Sigmund Freud. La actriz actúa en un filme que se rueda en Londres, y está a punto de hundirse otra vez en la depresión nerviosa. En la lujosa villa que ha alquilado cerca de Windsor, pasa horas hablando por teléfono con su psicoanalista Marianne Kris. El icono de *Los caballeros las prefieren rubias* se analiza con ella desde hace un año. Su analista norteamericana no puede cruzar el Atlántico para arreglar los problemas del momento de Marilyn. Le aconseja, entonces, ir a ver a su amiga Anna. En consecuencia, la actriz desaparece de los platós durante una semana y nadie sabe dónde ubicarla. En realidad, está echada en el diván...

Anna Freud la lleva un día al jardín de infantes de su clínica, donde Marilyn se distiende y se divierte con los niños. En el transcurso de esta visita, la actriz revela a la psicoanalista que leyó *La interpretación de los sueños* en 1947 y que le interesó en particular “El sueño de turbación por desnudez” (IV, p. 281) [IV, p. 253], donde Freud analiza el caso de una persona total o parcialmente desnuda a la que le gustaría sustraerse a las miradas de los espectadores, sin conseguirlo. La conclusión del análisis habla del carácter exhibicionista del soñante. La analista de Marilyn trataba en su paciente este tipo de tropismo recurrente: en efecto, a la actriz le encantaba desvestirse en público.

Anna apela al mismo método que utiliza con los niños: sentada a un extremo de una mesa, instala a su paciente en el otro. Le da canicas de vidrio y, en función de lo que el otro hace con ellas, emite un diagnóstico. Marilyn lanza las canicas una tras otra. El oráculo freudiano se pronuncia: “Deseo de un contacto sexual”. El método paterno produce sus efectos: la canica no es la canica, el lanzamiento de una de ellas no es el lanzamiento de una de ellas y así sucesivamente, hasta que la interpretación, por la vía de la estrategia simbólica, desemboca en un diagnóstico. Ese juego banal brinda el pretexto para la sentencia del gurú.

En el fichero de los archivos del Centro Anna Freud, la ficha correspondiente a Marilyn Monroe consigna esta pericia: “Inestabilidad emocional; impulsividad exagerada; necesidad constante de aprobación exterior; no tolera la soledad;

tendencia a las depresiones en caso de rechazo; paranoica con brotes de esquizofrenia”. La actriz retoma el rodaje. De vuelta en los Estados Unidos, envía un jugoso cheque a la hija de Sigmund Freud.

Más adelante, John Huston considera la posibilidad de realizar un filme sobre Freud, cuyo título sería *Freud, pasión secreta*. En él, el doctor vienés debe atender a una paciente histérica, y para representar ese papel se sondea a Marilyn Monroe. El realizador pide a un tal Jean-Paul Sartre que escriba el guion. El filósofo redacta dos versiones que totalizan quinientas páginas: siete horas de película, según comenta Huston después de recibir un manuscrito “gordo como sus muslos”. Pero los dos hombres no llegan a entenderse[4].

Marilyn Monroe, analizada por Anna Freud, también lo fue antes, como ya dijimos, por Marianne Kris, en cuarenta y siete sesiones distribuidas a lo largo de tres meses; luego estuvo internada en una clínica psiquiátrica y, para terminar, pasó por un segundo análisis, éste a cargo de Ralph Greenson, formado en Viena en la década de 1930 y recibido en la casa del propio Freud. Greenson sería su analista desde enero de 1960 hasta el 4 de agosto de 1962, día de su muerte. Cuando le aconsejó comprar una casa, la actriz viajó a México para conseguir varios muebles iguales a los que había en el domicilio de su analista. Éste lograría que renunciara a trabajar en el filme de Huston.

Algunas horas antes del suicidio de la actriz, su psicoanalista mantuvo una larga charla telefónica con ella. Por haber sido la última persona en verla con vida y la primera en constatar su muerte, durante un tiempo se sospechó que Ralph Greenson la había matado, pero finalmente esa presunción fue desestimada. A los treinta y seis años, Marilyn, efectivamente, se había suicidado mediante la ingestión de barbitúricos. Si bien su psicoanalista no la mató, ni él ni su ciencia impidieron que muriera. En su testamento, la actriz legó la cuarta parte de sus bienes y sus derechos de autor a Marianne Kris, quien, antes de morir, nombró a su vez a la Fundación Anna Freud heredera de esa inmensa fortuna. Cada mes, las regalías originadas por la leyenda Marilyn Monroe ingresan en las cuentas de la Fundación Anna Freud de Londres...

TERCERA PARTE
METODOLOGÍA

Castillos en el aire

*Tesis 3: El psicoanálisis no es un continuo científico,
sino un revoltijo existencial*

1. LA CORTE DE LOS MILAGROS FREUDIANOS

“Tuve en cuenta las exigencias económicas e inicié el estudio de las enfermedades nerviosas.”

SIGMUND FREUD, *Presentación autobiográfica* (XVII, p. 63) [XX, p. 11]

Es indudable que la biografía de Freud impone su ley en su teoría, de modo que, al contrario de lo que la leyenda querría hacer creer, no encontraremos en la obra completa un extenso continuo sin desvíos que, a través del autoanálisis, conduzca de una genealogía simple a la formulación definitiva de un corpus homogéneo, indemne a las contradicciones y las mudanzas bruscas y desconocedor de los arrepentimientos. El pensamiento del psicoanalista, lo hemos visto, obedece a las agonías de una vida cotidiana y sufre la ley de la historia, tanto la de su pequeño mundo como la de la historia universal. El pensamiento de Freud no es, pues, un continuo científico, porque se adhiere a las variaciones existenciales de su autor.

En más de cincuenta años, entre 1886 y 1939, Freud escribió mucho, más de seis mil páginas publicadas, sin contar la correspondencia. En un inicio, numerosas reseñas, y después introducciones, prefacios o epílogos, resúmenes de conferencias o alocuciones, noticias. A menudo pequeños textos, breves análisis o artículos reunidos para constituir obras. Como no se trate de conferencias pronunciadas: las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* o las *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*. Más adelante, necrologías. El conjunto se deja ver como un gran mosaico compuesto de fragmentos heterogéneos: por ejemplo, los *Estudios sobre la histeria* escritos con Breuer en sus años de juventud, 1895, no tienen mucho que ver con el *Esquema del psicoanálisis*, una obra de síntesis escrita en 1938 en su exilio londinense, cuando tiene ochenta y dos años.

Ese pensamiento en archipiélago, si no en fragmentos, cambió mucho. Sobre la base de una serie de muestras tomadas con tino, se puede hacer decir a Freud una cosa y su contraria: elogio de la hipnosis, crítica de la hipnosis. O, más importante: el partidario del psicoanálisis integrista puro y duro reivindicará la extrema abstracción conceptual de los trabajos de metapsicología o los textos consagrados a la técnica psicoanalítica para justificar el carácter puramente verbal de su terapia, pero el lector de *Esquema del psicoanálisis*, su testamento intelectual, su legado teórico, se apoyará en la historia formulada por un anciano acerca de un futuro en el cual la química tornará caduco el psicoanálisis (p. 51) [XXIII, p. 182]; en otras palabras: entre la verdad ideal ahistórica de una pura doctrina intelectual y el pragmatismo ajustado a la dialéctica progresista de la historia, ¿qué elegir? ¿La palabra antigua de Freud por el verbo y contra el medicamento? ¿O su propuesta prospectiva por el medicamento contra el verbo? ¿El diván o los neurolépticos? El texto freudiano puede legitimar ambas cosas.

Una lectura atenta de la obra completa saca a la luz numerosas contradicciones, incoherencias, posiciones heterogéneas. Dejemos atrás el proceder consistente en cruzar la biografía con la obra, para cruzar ahora los textos entre sí. Está claro que no encontraremos en ellos un hilo de Ariadna devanado en línea recta por un genio portador de sus intuiciones más geniales desde las primeras horas de su trabajo, sino vagabundeos, si no errancias. Los más de veinte volúmenes de la obra completa se parecen menos a un Schönbrunn conceptual que al palacio del cartero Cheval con sus platos rotos, sus cascos de botella y su gruesa mampostería[5].

Ejemplo: en su *Presentación autobiográfica*, Freud habla de su intención de “vivir del tratamiento de enfermos nerviosos” (XVII, p. 68) [XX, p. 15], confirmada por otra confesión en la misma obra: “Tuve en cuenta las exigencias económicas e inicié el estudio de las enfermedades nerviosas” (XVII, p. 63) [XX, p. 11]. Puesto de patitas en la calle por los responsables del laboratorio de anatomía cerebral a causa de sus teorías sobre la histeria masculina, dice, y del uso poco profesional de la hipnosis, debe encontrar una solución. En lo sucesivo, Freud se ahorra la investigación, la fisiología, la anatomía y la medicina e inventa un tratamiento que evita el recurso a la medicina clásica: deberá encontrar sin poder buscar, salvo en su mente... Con ello, desde la cocaína hasta el diván, pasando por la imposición de manos, la electroterapia, el magnetismo, la hipnosis, el método catártico y el de la asociación libre, la trayectoria freudiana se parece al laberinto de un Dédalo en procura de escapar al Minotauro de la pobreza y el anonimato.

Sigamos a Freud, entonces, en ese laberinto terapéutico. En 1884 quiere ser rico y célebre. Leamos una confidencia hecha a Martha: él corre “tras el dinero, una situación y un nombre” (7 de enero de 1885). Su nacimiento con buena estrella lo anunciaba. Su madre se lo había predicho. Una vidente lo había proclamado. Un poeta malabarista había confirmado la cosa en un café del Prater. Las cartas de Freud a Fliess vuelven sin cesar a la cuestión: el futuro camarada de Copérnico y Darwin en la historia de la humanidad ha conocido a Martha Bernays, pretende una respetabilidad burguesa, quiere casarse a fin de instalar a una mujer dichosa en un interior confortable, aspira a tener una retahíla de niños, y desea fundar una familia capaz de regocijar a su esposa, en condiciones de expandirse y realizar su destino de mujer en el hogar. El de toda mujer en todo el planeta, según él.

La medicina lo aburre. La investigación no permite elevarse de una sola vez a la cima de una reputación nacional, y menos aún mundial. Para lograrlo, él debería efectuar un descubrimiento digno de ese nombre. La enseñanza en la universidad es problemática: para un hombre apremiado, la espera de su turno en el juego de sillas musicales de la promoción no es digno de un genio que sabe que ha nacido para eso. Su trabajo en el laboratorio como joven postulante no permite imaginar un ascenso en la jerarquía antes de la elección de otros con más antigüedad que él. Por el momento, no se gana la vida, pide dinero prestado, contrae deudas, tiene que mostrarse agradecido a tal o cual generoso donante, Breuer, por ejemplo, a quien transforma en enemigo potencial, a causa, justamente, de su generosidad.

En esta configuración de un joven Freud deseoso de descubrir con rapidez algo que le haga un lugar en la burguesía de Viena, obsesionado por el hallazgo capaz de

facilitar su matrimonio, el médico bisoño y sin dinero cree encontrar en la cocaína una piedra filosofal. Gran lector, pero también muy reservado acerca de sus lecturas, ha leído en una revista el artículo de un cirujano militar que convierte en una panacea esa nueva sustancia completamente desconocida en la época. ¡Administrada a los soldados, la jerarquía militar comprobaba la mejora del desempeño físico y mental de las tropas! Freud escribe a su novia: aquí hay “una ganga para poder instalarnos”. En otra revista descubre otro texto, que atribuye a esa sustancia la facultad de liberar de... la morfina. El ejército que provee de cocaína a sus reclutas, y una droga que dispensa de drogarse: ¡en efecto, dos nuevos horizontes muy prometedores!

En consecuencia, Freud se procura el famoso polvo, lo prueba y comienza a consumirlo con frecuencia y regularidad. Estamos en 1884, pero aún diez años después, el 12 de junio de 1895, para ser precisos, escribirá a su amigo Fliess: “necesito mucha cocaína”. Es decir, al menos un decenio de adicción. Se la ofrece a su prometida, le prescribe las dosis y aclara desde París, donde se encuentra, que la droga actúa como un tónico sexual, cosa que él se propone demostrarle cuando vuelvan a verse en Viena; también la consume para desinhibirse antes de ir a las recepciones mundanas dadas por Charcot, veladas en las cuales el joven médico conoce a lo más selecto de la capital francesa.

Muchos de sus comportamientos, si no tales o cuales de sus propuestas teóricas; algunos de sus entusiasmos, seguidos de una completa desaprobación de lo que ha producido en el frenesí eufórico del efecto de la sustancia; una parte de sus humores sinusoidales; la famosa “psiconeurosis muy grave” revelada por el propio Ernest Jones; sus problemas de arritmia cardíaca; la desaparición de su libido; sus delirios paranoicos centrados en quienes no se adhieren a la totalidad de sus tesis; sus múltiples pánicos; sus problemas de tabique nasal, y sus reiterados catarros no están probablemente desvinculados de ese hábito adquirido en una hora temprana de su vida.

Mi hipótesis es que esos entusiasmos y depresiones en serie producen también efectos teóricos en su pensamiento. Es probable que así ocurra durante la redacción del *Proyecto de psicología*. Al respecto, Freud escribe a Fliess, el 20 de octubre de 1895:

Durante una noche de trabajo la semana pasada, y cuando la intensidad del dolor había alcanzado el grado que produce el estado óptimo para mi actividad cerebral, las barreras se levantaron de improviso, cayeron los velos y pude penetrarlo todo con la mirada, desde el detalle de las neurosis hasta las condiciones de la conciencia. Todo parecía encajar, los engranajes se ajustaban y tenía la impresión de que ahora la cosa era en verdad una máquina y de que pronto también funcionaría por sí sola.

Luego, el 29 de noviembre del mismo año: “Ya no entiendo el estado de ánimo en que me encontraba cuando elucubré la psicología; no logro concebir cómo pude infligírtela”. En octubre, el proyecto era genial; cuatro semanas después, sólo sirve para tirarlo al cesto de los papeles. En junio de ese año, Freud confesaba su necesidad de cocaína...

Durante sus experimentaciones, Freud constata que la cocaína le produce una verdadera euforia: su melancolía se volatiliza, su rendimiento físico y psíquico se multiplica, su neurastenia y lo que hoy llamaríamos un estado depresivo desaparecen. Entonces, extrapolando su caso para atribuirlo a la generalidad, un método destinado

en él a convertirse en hábito, Freud afirma que la cocaína cura las afecciones neuróticas y trata los estados de debilidad psíquica, y lo hace sin generar dependencia; así declara, perentoriamente, contra la opinión de algunos que, más lúcidos, indican su efecto adictivo. Ha encontrado la piedra filosofal con la cual se resolverán los problemas psiquiátricos. En una carta a Martha, Freud se sincera: con este descubrimiento va a hacer fortuna, en todos los sentidos del término.

Casi sin diferenciarse de los artículos leídos, Freud presenta como suya la hipótesis de que la cocaína sirve para desembarazarse de la dependencia de la morfina. En la primavera de 1884 experimenta con su amigo Fleischl-Marxow, intoxicado antaño con la segunda de esas sustancias para calmar los dolores ocasionados por la amputación de un pulgar infectado a raíz de un corte en el laboratorio. El joven doctor, impaciente, interviene en la Sociedad de Psiquiatría y afirma, terminante, que en veinte días ha obtenido excelentes resultados.

En 1885 Freud da a conocer una *primera versión* de las cosas en un artículo titulado “Über coca”, donde podemos leer lo siguiente: “Aconsejaré sin vacilaciones [*sic*] administrar la cocaína en forma inyectable”. Luego confiesa haber llevado a la práctica este método, cuyo efecto consistió en una considerable mejoría del estado del paciente, en quien la dependencia de la morfina desapareció por completo. Seguro de sí mismo, Freud asevera que con la cocaína podrán por fin tratarse la depresión, la melancolía, la histeria, la hipocondría.

Quince años después, en una *segunda versión*, la de *La interpretación de los sueños* (1900), ya no dice en absoluto lo mismo, puesto que entre ambas fechas su amigo ha muerto a raíz de la prescripción freudiana de una inyección subcutánea del producto... Ahora, Freud pretende haber prohibido en forma explícita la inyección y recetado claramente la ingestión; habla de su “desdichado amigo *que se envenenó con cocaína* [¡la cursiva es de Freud!]. Yo le había recomendado ese recurso sólo para aplicación interna [vale decir, oral] durante la cura de desmorfinización; pero él, acto seguido, se aplicó inyecciones de cocaína” [IV, p. 136]. Unas páginas más adelante vuelve al asunto: “Como dije, nunca fue mi intención prescribir inyecciones con ese remedio” [IV, p. 138]. El cotejo de las dos versiones permite juzgar la probidad del personaje.

Ahora bien, cuando interviene en la Sociedad de Psiquiatría y luego, al redactar su artículo, Freud sabe a las claras que el estado de su amigo se agrava, puesto que lo visita en el hospital y puede darse cuenta por sí mismo de que la cocaína no libera de la morfina, no suprime los trastornos del paciente y, peor aún, suma una segunda dependencia a la primera. Día tras día, su amigo sufre convulsiones, agitación, excentricidades, insomnios, abatimiento, delirio, alucinaciones, confusión, angustia, deseos suicidas: Freud lo constata en el dormitorio mismo del enfermo. ¿La prueba? Cartas a su mujer en las que la mantiene con regularidad y en detalle al corriente de la degradación de su amigo. El 12 de mayo de 1884 escribe: “Con Fleischl, las cosas van tan mal que no puedo congratularme de ningún éxito”. Confidencias hechas a sus íntimos y confesiones diseminadas en las cartas a diversos corresponsales —se entiende que sean inaccesibles a los investigadores críticos— confirman esa sensación de fracaso y la lucidez de Freud acerca de la falta de resultados de su terapia. No importa, él necesita transformar ese fiasco en éxito: lo que se juega es su

proyecto originario (para decirlo en el lenguaje sartreano del psicoanálisis existencial) de ser un gran hombre, sin parar en mientes.

Tres años después, descubierta la superchería, Freud destruye las pruebas: el artículo “Über coca” desaparece de su bibliografía oficial, la que envía, por ejemplo, a las instituciones universitarias para postularse al cargo de profesor. Una desaparición que sus hagiógrafos, probablemente sin recordar su lectura de *Psicopatología de la vida cotidiana*, ¡atribuyen a una mala pasada jugada por su inconsciente! (Señalemos que la referencia a ese texto, a pesar de que lleva la firma de Freud, está curiosamente ausente en las mil quinientas páginas del *Dictionnaire des œuvres psychanalytiques* de Paul-Laurent Assoun aparecido en 2009, y que la publicación de la edición francesa de las *Obras completas*, en veintiún volúmenes, comienza de manera muy oportuna con textos de... 1886.)

Un psicoanalista muy diligente se apresura incluso a correr en auxilio del maestro y explicar que la desaparición de ese texto en la bibliografía de Freud procedía de un deseo inconsciente motivado por un gesto de amistad para con su amigo muerto, puesto que lo que aquél descartaba en este asunto no era tanto la jeringa que se había utilizado en las inyecciones como un sustituto del falo... Al “olvidar” “Über coca” en la bibliografía de sus obras completas, Freud no habría querido pues, para ser educados, *sodomizar* a su amigo, cosa que, sin embargo, de cierta manera...

Tras el fracaso con la cocaína, Freud inaugura su consulta privada en 1886. Durante cuatro años, hasta 1890, practica la electroterapia. Todo ese fárrago: la vieja galvanoterapia, la franklinización, los choques eléctricos, el electrochoque, la sacudida voltaica, forma parte del aparato terapéutico desde hace más de un siglo. En una carta a Fliess, Freud señala que aplica el “tratamiento galvánico” (24 de noviembre de 1887). En la época, ese tratamiento está de moda. Freud, que tiene muchas ganas de ascender rápidamente en el escalafón universitario para obtener un cargo en una facultad, planea publicar algo sobre el tema. Como el material es costoso, un cofrade se ofrece a suministrárselo.

En su *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico*, Freud aborda el tópico, pero, tal vez por temor al ridículo, transforma ese periodo poco glorioso para su cientificismo de dos centavos en “terapia fisicista” (XII, p. 251) [XIV, p. 9]: algo más noble, claro. Para integrar este episodio digno del profesor Tornasol a la leyenda psicoanalítica, agrega que se dio cuenta muy rápidamente, por supuesto, de que “los éxitos obtenidos con el tratamiento eléctrico en el caso de las perturbaciones nerviosas eran éxitos de sugestión” (*ibid.*) [*ibid.*]. Hábil lectura retrospectiva...

¿Por qué, entonces, esta leyenda de la “terapia eléctrica” como reveladora de la eficacia sugestiva y su desembocadura directa en el claro de la hipnosis que, muy pronto, conducirá al psicoanálisis en 1896, cuando en 1910 Freud parece creer tan poco en la eficacia de su método revolucionario que prescribe una “cura con sonda (o psicróforo)” para calmar el onanismo de un paciente? En efecto, en una carta a Ludwig Binswanger, un profesional que trata de casar psicoanálisis y fenomenología, descubrimos que en esa época (9 de abril de 1910, año de la publicación de las “Cinco conferencias sobre psicoanálisis”) Freud cree en la eficacia de esta medicina extravagante.

¿Por qué extravagante? Porque esos tratamientos se emparentan con las *locuras terapéuticas* que supuestamente curan las *locuras enfermizas*. Así es: las medicinas de la locura fueron durante mucho tiempo locas, y algún día probablemente consideraremos las nuestras con la misma mirada divertida que posamos hoy sobre los eméticos y las sangrías de Diafoirus. La técnica utilizada por Freud con un paciente en 1910 no deja de sorprender. Además, permite dudar de la validez del psicoanálisis, puesto que aquél escribió “El método psicoanalítico de Freud” en 1904, “Sobre psicoterapia” en 1905, “Las perspectivas futuras de la terapia psicoanalítica” en 1910 y, ese mismo año, “Sobre el psicoanálisis ‘silvestre’”, para detallar el ritual de la sesión, el diván, los honorarios y la asociación libre, pero indica para J. v. T. (iniciales del paciente neurótico de Binswanger) un sondeo de la uretra con un catéter hueco por el cual circula agua fría. ¡Tales son pues, en 1910, los tratamientos que el inventor del psicoanálisis teóricamente consumado aconseja a un enfermo que padece de una “depresión melancólica”, y cuya patología más grave consiste en masturbarse a menudo!

Según la leyenda dorada del psicoanálisis, la electroterapia deja su lugar a la hipnosis: tras comprobar el fuerte poder curativo de la sugestión en la terapia galvánica, Freud se encamina con paso seguro hacia su descubrimiento. Así, la hipnosis forma parte del momento necesario en ese movimiento presuntamente científico del descubrimiento de la nueva disciplina. Esa hipnosis, como sabemos, está pues representada por Jean-Martin Charcot y luego por Josef Breuer.

Los historiadores de la medicina destacan la existencia de enfermedades que brillan durante un tiempo y después desaparecen. Es cierto, algunas son francamente erradicadas por un medicamento, una sustancia, pero la histeria, por ejemplo, desapareció de la nosología contemporánea sin que la medicina encontrara de manera indudable un remedio o una profilaxis adecuados. El siglo XIX fue la época bendita de la histeria y los histéricos, pero hoy ya nadie utiliza ese concepto que, por lo demás, se ha incorporado al vocabulario común y corriente para designar un poco de todo, de una mujer inquietante por su femineidad a una extravagancia comportamental, pasando por una alteridad chusca.

Para explicar la desaparición de la palabra, algunos historiadores de la medicina proponen la idea de que la cosa encuentra una definición mejor: muchos histéricos que hicieron las delicias de las teatralizaciones de la Salpêtrière serían hoy claramente etiquetados con patologías que resultaron visibles e identificables gracias a la existencia de un material de investigación perfeccionado y capaz de permitir un diagnóstico preciso: en este caso, epilepsias neuronales, lesiones microscópicas del encéfalo, afecciones de la materia nerviosa; y esas lecturas científicas invalidarían las lecturas mágicas.

El gran teatro histérico necesita espectadores, como lo atestigua la presencia de fotógrafos dedicados a fijar para la eternidad una sesión de Charcot y tomar el retrato de las convulsivas o inmortalizar con sales de plata los cuerpos catalépticos o catatónicos, y la de la gente de mundo del momento, con la figura del maestro como atañor de esas pulsiones plásticas. En él vemos también a un pintor, André Brouillet, realizar una obra destinada a la celebridad: *Una clase de medicina con el doctor*

Charcot en la Salpêtrière (1887). La pintura se ha convertido en un icono de ese acontecimiento en la historia de la psiquiatría.

Entre el 13 de octubre de 1885 y el 28 de febrero de 1886, Freud fue pues uno de esos espectadores fascinados por el teatro de histéricos en el cual el profesor Charcot ofició de 1862 a 1893, es decir, más de treinta años, como un semidiós que decidía la voluntad de los pacientes por gestos, encantamientos, un verbo, una escenografía de su propio cuerpo que magnetizaba a la asamblea. En una carta de julio de 1912, Ludwig Binswanger señala a Freud que está impresionado por su “enorme voluntad de poder o, más exactamente, de dominio de los hombres”. Prosigue:

Una prueba de ello es el hecho de que haya querido estudiar ante todo derecho, y que los ministros tengan un papel tan grande en usted. Esto me parece significativo. Usted es un maestro nato, y el haber orientado ese instinto de magisterio hacia el dominio psíquico de los hombres ha sido una sublimación excepcionalmente lograda. ¿No es cierto que esa pulsión de dominio de la humanidad está presente en toda su obra científica? Por lo demás, la relación de dicha pulsión con su complejo paterno aparece con claridad en *La interpretación de los sueños*. (Carta del 4 de julio de 1912.)

¿Qué responde Freud a ese comentario? ¡Que está de acuerdo! *¿Dominar psíquicamente a los hombres* y después, más adelante, *dominar a la humanidad*? Freud no ve objeciones: acepta ese buen diagnóstico.

Por lo tanto, la hipnosis es la solución. ¿Ser el equivalente de Charcot en Viena? Ésa es la salida a la interminable espera de una fama que se demora. Así pues, de vuelta en Austria Freud propone al maestro de la Salpêtrière traducir su obra. Sin referirse al autor, redacta notas a pie de página. Cuando el libro aparece, Charcot le envía una carta para felicitarlo por esos agregados. Al construir su leyenda, y con menosprecio de lo verdaderamente ocurrido, Freud escribirá que Charcot tomó a mal esa licencia; por ende, el escultor de su propia estatua sigue afirmando que, si hubo maestro, el discípulo no fue dócil, servil, sumiso, y que manifestó su autonomía, su independencia intelectual, su espíritu crítico.

A fines de 1887, *a la vez que continúa con la electroterapia*, Freud pone su consultorio en sintonía con la hipnosis. El 28 de diciembre de ese año escribe a Fliess: “He retomado la hipnosis y logrado toda clase de éxitos, modestos pero notables”. ¡Nos gustaría saber cuáles fueron esos pequeños éxitos que, a pesar de su modestia, son notables! En cambio, nos enteramos de lo siguiente: “En este momento, tendida frente a mí, tengo a una señora bajo hipnosis, y por lo tanto puedo seguir escribiendo tranquilamente”. Más adelante veremos en qué medida lo que Freud llama “atención flotante” del psicoanalista en la cura permite, en efecto, ese tipo de práctica. Desde entonces, se sabe que a veces se dormía durante sesiones pagadas a precio de oro, pero como durante esa clase de encuentros sólo los inconscientes se comunican, el psicoanálisis no ve en ello nada reprochable.

Sin embargo, Freud no consigue dormir con facilidad a los pacientes, aun cuando, como escribe a Fliess, el nombre de Charcot contribuye a llenar su consultorio (4 de febrero de 1888). Como algunos clientes oponen resistencia y el ridículo cubre al hipnotizador, cuyos parroquianos no consiguen entrar en el estado idóneo pese a los gestos, las palabras y los encantamientos, y eso tras haber pagado la sesión en moneda contante y sonante, el psicoanalista renuncia al método. Y, por las buenas razones del zorro de La Fontaine, Freud, que considera decididamente demasiado

verdes esas uvas, escribe en las “Cinco conferencias sobre el psicoanálisis” que renuncia a la hipnosis a causa de su carácter “místico” (p. 19) [XI, p. 19]. ¡El honor del científico adepto a los trances sonámbulos está a salvo!

La cocaína entre 1884 y 1885, la electroterapia entre 1886 y 1890, la balneoterapia en las mismas fechas, pero por muy poco tiempo, porque no es lo bastante rentable — en efecto, “enviar [a alguien] tras una sola consulta a un instituto de cura de aguas no significaría un ingreso suficiente” (*Presentación autobiográfica*, XVII, 63) [XX, p. 15]—, la hipnosis de 1887 a 1892, la psicroforia hasta 1910 (!), dejan su lugar, por tanto, a la técnica de la imposición de manos sobre la frente, una puesta en escena tomada de Bernheim.

El hipnotizador francés Hippolyte Bernheim trabaja en Nancy. Charcot sostiene que la hipnosis sólo funciona con los histéricos: el futuro le dará la razón. Por su parte, Bernheim afirma que todo es cuestión de sugestión y, en consecuencia, todo el mundo puede prestarse a ella con éxito. Una tesis interesante para el mal hipnotizador que es Freud. En 1889 visita al hombre de Nancy. Tras hacerlo con Charcot, traduce pues a su rival y presenta una edición de la principal obra del adversario de su Dios parisino: *De la sugestión y de sus aplicaciones a la terapéutica*. Más vale pájaro en mano...

En sus *Estudios sobre la histeria*, Freud informa de su práctica de imposición de manos. Para tratar a una histérica, propicia por tanto un... *masaje del útero*. Se limita a teorizar e invita a un profesional a efectuar el procedimiento, tras lo cual afirma triunfalmente acerca de la salud mental de la paciente: “Uno de nuestros ginecólogos más conspicuos [...] le puso en su lugar el útero mediante masajes, de suerte que pasó varios meses libre de dolencias” (II, p. 95) [II, p. 97]. En 1893, entonces, Freud hace masajear el útero para volver a ponerlo en su lugar y suprimir los síntomas histéricos. Recordemos que todas las buenas enciclopedias dicen que la palabra *psicoanálisis* data de 1896, pero el pasaje consagrado al análisis de ese caso ya habla, en 1893, de una paciente que “yacía sobre el diván” (II, p. 98) [II, p. 99]. Convengamos en la posibilidad de hablar, antes de la palabra, de la cosa psicoanalítica.

En su comunicación del caso de una paciente, Miss Lucy R., Freud explica que, para ir más allá de las resistencias de las personas yacentes sobre un diván, o para enfrentar la situación de fracaso en la cual se encuentra cuando, acercando un dedo a los ojos del enfermo, anuncia a éste que va a dormir... y no se duerme, agrega pues esta técnica del cuerpo, este pasaje al acto físico con contacto, cuyo único objetivo es “constreñirlos a comunicar[se]” (II, p. 129) [II, p. 127].

Cuando solicita a un paciente reticente que dé informaciones sobre su patología, actúa de este modo: “Ponía la mano sobre la frente del enfermo, o tomaba su cabeza entre mis manos, y le decía: ‘Ahora, bajo la presión de mi mano, se le ocurrirá. En el instante en que cese la presión, usted verá ante sí algo, o algo se le pasará por la mente como súbita ocurrencia, y debe capturarlo. Es lo que buscamos’” (II, p. 129) [II, p. 127]. ¿Resultado? Éxito garantizado..., según Freud, claro está.

En 1909, en las “Cinco conferencias sobre el psicoanálisis”, Freud explica otra vez su procedimiento, como lo había hecho en los *Estudios sobre la historia*, especialmente en el capítulo titulado “Sobre la psicoterapia de la histeria” (II, p. 293) [II, p. 261]: tender al paciente en un diván, invitarlo a relajarse, interpelarlo

verbalmente, anunciar que en el momento en que ceda la presión de las manos aparecerá un recuerdo. Entonces, gracias al surgimiento del recuerdo oculto, el paciente registra la desaparición del síntoma y el psicoanalista logra una curación sistemática.

De tal modo, no hay necesidad alguna de hipnotizar realmente, una tarea, lo hemos visto, en que a decir verdad Freud no sobresalía: esta nueva técnica que agrega la mano sobre la frente a la vieja práctica hipnótica permite al psicoanalista salvar la cara, porque la imposibilidad de hipnotizar se atribuye en cada ocasión, no a su incapacidad o incompetencia, sino a las del paciente que manifiesta una resistencia. ¿Freud no está dotado para adormecer a sus pacientes? La culpa es del inconsciente del paciente que resiste, nunca suya.

Después de este viaje por el laberinto terapéutico de Freud, del milagro de la cocaína (1884) al abandono del método hipnótico a pesar de ponderarse su eficacia, pasando por la superación del momento de la imposición de manos (1888) que, Freud *dixit*, trataba y curaba, sin olvidar, en el caso del onanismo, las prescripciones de introducción de una sonda uretral (1910) con la cual se obtenían excelentes resultados, se aprecia la errancia de Freud entre los veintiocho y los cincuenta y cuatro años, o sea *un cuarto de siglo de consultas en su gabinete*.

Leeremos pues con verdadera estupefacción esta frase extraída de la *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico* (1914), que muestra a un Freud modesto y, según escribe, dudoso de sí mismo desde 1902, fecha de inicio de las reuniones de los miércoles de la Sociedad Psicoanalítica de Viena, hasta 1907, presentado como el año en que su pensamiento llegó por fin a la certeza teórica: “Yo mismo no me atreví a exponer una técnica todavía inacabada y una teoría en continua formación con la autoridad que probablemente habría ahorrado a los demás muchos extravíos y aun desviaciones definitivas” (XII, p. 268) [XIV, p. 25].

Evitemos leer “Über coca”, los *Estudios sobre la histeria* e incluso las “Cinco conferencias sobre psicoanálisis”, por no hablar de la correspondencia, en la cual Freud jamás dudó de la excelencia de su método en los momentos en que se encaprichaba con uno en desmedro de otro, para imaginar que nunca se mostró terminante y seguro de sí mismo ni anunció que disponía de la piedra filosofal capaz de tratar y curar las patologías mentales. No hubo durante esos dos decenios ninguna inquietud por insistir en el carácter “inacabado” de su trabajo, el devenir inestable de su pensamiento, su naturaleza incierta y la “continua formación” de su doctrina y, peor aún, de sus terapias.

¿Dónde está, por tanto, el verdadero Freud? ¿Es el vendedor de cocaína, decretada como la sustancia apta para todo en 1885? ¿O el promotor de la electroterapia de 1886-1887? ¿No será el que prescribe baños y masajes hidroterápicos durante la misma época? A no ser que se trate del mercader de sueños hipnóticos de 1888, al cual habría que agregar el partidario de imponer las manos sobre la frente. ¿Qué hacer, entonces, de la receta de una sonda uretral y chorros de agua fría en la verga, en 1910?

La elaboración de la leyenda, con la ayuda de los textos autobiográficos que tan a menudo cumplen esa función, *Contribución a la historia del movimiento*

psicoanalítico (1914) y *Presentación autobiográfica* (1925), pone en orden ese revoltijo gracias a la ficción de un descubrimiento lineal en el que cada momento errático se presenta como una etapa en la preparación del acceso al sanctasanctórum: el psicoanálisis convertido en icono perfecto e intocable. En esta configuración de reescritura de la historia, vuela el momento cocainómano; la electroterapia enseña a Freud que su efecto radica en la *sugestión*; no se dice una palabra sobre el recurso al psicróforo, término inhallable en la obra completa, aunque por suerte la correspondencia habla de él, y por eso el interés de los turiferarios por controlarla, destruirla o vedar el acceso a ella; silencio sobre la balneoterapia y otras majaderías termale, practicadas durante tanto tiempo por Freud en compañía de su cuñada; del mismo modo, la imposición de manos suple la incapacidad de hipnotizar efectivamente, pero sus fracasos llevan a aquél a descubrir la *resistencia*, concepto cardinal del psicoanálisis para tratar de explicar psicoanalíticamente sus límites.

Un individuo que, en su consultorio, reivindicara hoy la electricidad, el magnetismo, la cocaína, la sonda uretral, la hipnosis, la haptonomía —como se dice ahora— y el termalismo para tratar y curar, encontraría sin dificultad páginas y análisis en la obra completa de Freud (entre 1884 y 1910, lo que no es poca amplitud cronológica: un cuarto de siglo, lo recuerdo...) para justificar todas estas prácticas contradictorias y heterogéneas cuya eficacia en ciertos casos sólo se explicaría por el efecto placebo, al igual que sucede —lo veremos— con el psicoanálisis.

En esta corte de los milagros de la terapia freudiana, hagamos lugar a un texto ausente en la edición de las *Obras completas*^[6]. Ese informe se lee en el marco de la publicación de la correspondencia con Wilhelm Fliess, pues fue un manuscrito sin perspectivas editoriales enviado a su amigo. El *Proyecto de psicología* data de 1895 y participa de la errancia freudiana, entre el método de asociación libre de 1892 y el psicróforo de 1910. Ya hemos visto cuánto debía ese texto, en su irrupción eufórica y su rechazo total un mes más adelante, a los probables efectos del abundante consumo de cocaína por parte de su autor.

Pero sus páginas merecen una mirada atenta, puesto que el neurólogo que se encamina hacia la terapia de las enfermedades mentales con la ambición de ganarse la vida rápido y bien, el oportunista deseoso de obtener el mismo éxito mundano y material que Charcot con la hipnosis, el teórico vaporoso de la etiología sexual de las patologías mentales que habla de histeria masculina y logra que la institución se le ría en las narices, ese hombre, no ha renunciado por completo a las *tentaciones de la performatividad autobiográfica* que está en la base de su método.

Con el *Proyecto de psicología*, Freud propone en efecto, como su título [francés] lo indica..., una *psicología científica*; en otras palabras, lo contrario de la *psicología literaria* que define su obra, su pensamiento y su proceder. El texto ilustra con claridad la ambivalencia de Freud (lo mostraré más adelante en “¿Cómo dar la espalda al cuerpo?”) y su prolongada vacilación entre *renegación del cuerpo*, olvido del cuerpo, si no desprecio del cuerpo, la posición que triunfará, y *preocupación por el cuerpo*, la posición reprimida.

Porque este *Proyecto* de 1895 y, cuarenta y dos años después, las consideraciones sobre la posibilidad de que la química decreta algún día la caducidad del

psicoanálisis, consignadas en “Análisis terminable e interminable” (1937), defienden una misma posición. Como un puente sobre el conjunto de la obra, prueban la existencia de un Freud científico, verdaderamente científico, que ya no diserta sobre tópicos atópicos, sobre metáforas y metonimias reivindicadas como tales, sino que reflexiona sobre cantidades de energía física, la economía de las fuerzas nerviosas, las producciones neuronales, las vitalidades biológicas.

Estamos lejos —aunque el año, 1895, es el mismo— de los *Estudios sobre la histeria* en los que Freud, como se recordará, propicia la idea de una hipnosis con imposición de manos para tratar, y “curar”, las psicopatologías. En ese texto excluido de las *Obras completas* e inaccesible durante mucho tiempo, la cuestión estriba en comprender los mecanismos de la represión a partir de las neuronas. Es cierto, en él encontramos el tropismo freudiano de la declaración perentoria, la afirmación gratuita y sin pruebas, sin demostraciones, sin trabajos de laboratorio que convaliden sus hipótesis, en la verdad propinada a la manera asertórica acerca de la existencia de tres tipos de neuronas caracterizadas por tres letras del alfabeto griego: *fi*, *psi* y *mu*; en otras palabras, las neuronas que *reciben* los estímulos, las que los *transmiten* y las que los *hacen afluir a la conciencia*.

Estas neuronas, distintas aunque poseedoras de una misma estructura, mantienen relaciones económicas, es decir, de gestión de los flujos nerviosos: inversiones cuantitativas, transferencias de calidades, estimulación de energía, interacciones excitantes, conjunciones de cantidades, procesos de rechazo, descarga de tensiones psíquicas y otras modalidades de ordenamientos. Estamos lejos de las hipótesis del asesinato del padre y de la horda primordial, si no del complejo de Edipo, arquetipos transmitidos por una inmaterial biología de la psique. Aquí descubrimos a un Freud que erra, intenta formular una hipótesis científica, física, se fascina por ella, la considera revolucionaria para luego, muy pronto, asombrarse de haber podido mostrar entusiasmo por lo que ya no le parece de interés alguno. Esta tentación científica no lo abandonará jamás y durante toda su vida estará subyacente a sus análisis metapsicológicos.

Reconozcámoslo: la epistemología de un Gaston Bachelard haría tal vez su agosto con este *Proyecto* en condiciones de ilustrar los mecanismos del obstáculo epistemológico científicista: con su cantidad de energía llamada “Q” (en alemán ningún juego de palabras es posible), sus aventuras de la energía psíquica (excitación, sustitución, conversión, descarga) capaces de rendir cuentas de los estados psíquicos, su recurso al apresto de formulaciones aparentemente científicas (tres neuronas bautizadas en griego, los estados libres y ligados de la calidad, los procesos primarios y secundarios, las tendencias del sistema nervioso al compromiso, las reglas biológicas de la atención y la diferencia, los signos de cualidad, realidad y pensamiento, etcétera), Freud bien podría, a pesar de reivindicar el vocabulario de la ciencia, volver a situarse en el ámbito precientífico de carácter literario.

Pero ese momento científicista en la economía del pensamiento freudiano vale por síntoma de su ambivalencia: Freud el filósofo, antaño tentado por la filosofía, pero decepcionado por la disciplina, convertido en turiferario de mala fe de una actividad juzgada incapaz de reportar en los plazos más breves fortuna y fama, sus objetivos monomaniacos; Freud, lector y aficionado a las hipótesis filosóficas reprimidas de

Schopenhauer y Nietzsche acerca de una biología metafísica del universo (véanse el *querer* del primero y la *voluntad hacia el poder* del segundo); Freud, que recusa toda visión global del mundo cara a los filósofos (es su opinión), reivindica la paciente experimentación del científico, a la vez que propone su propia visión del mundo, global y general; Freud, que invoca a Copérnico y Darwin y no, en modo alguno, a los autores de *El mundo como voluntad y representación* o *Así habló Zaratustra*, pero que piensa como los filósofos y no como el astrónomo o el naturalista, ese Freud, pues, manifiesta con el *Proyecto* surgido de su ser, impulsado por la fuerza de la cocaína, un deseo reprimido: partir de la materia del mundo para comprenderlo.

Sin embargo, a lo largo de toda su carrera reprimirá esa materia del mundo para preferir la materia de otro mundo, el de sus sueños y sus ensueños, sus deseos y sus fantasmas. Es probable que durante un breve tiempo la cocaína haya podido con sus inhibiciones. El manuscrito sin título enviado a su amigo, luego perdido durante mucho tiempo antes de ser recuperado en su correspondencia, vivió una asombrosa odisea: vendido a un librero por la viuda de Fliess tras la muerte de éste, identificado por Marie Bonaparte, a quien Freud pide que lo haga desaparecer (por su parte, él ha destruido todas las cartas recibidas de Fliess), comprado empero por ella, guardado en el banco de los Rothschild después de la entrada de los nazis en Viena, salvado de la Gestapo y puesto a buen resguardo en la legación de Dinamarca, el texto, que cruzó el canal de la Mancha envuelto en una tela impermeable, terminará por aparecer en 1950 en Londres, y seis años después en París. En sus páginas se escucha la voz que habla en *Más allá del principio de placer*, un texto en el cual el cuerpo reaparece en parte, aunque ahogado en un océano conceptual, que, con todo, parece más consistente que el océano de brumas que envuelve tantas otras de sus obras.

2. A LA CAZA DE LOS PADRES PERVERSOS

“Por desdicha, mi propio padre era uno de esos perversos”.

SIGMUND FREUD, carta a Fliess, sobre el papel del padre en la etiología sexual de las neurosis, 8 de febrero de 1897

Freud erra, pues, por el terreno de la terapia. Pero también por el de la etiología sexual de las neurosis. Así, la *teoría de la seducción* muestra a un hombre seguro de su doctrina, en virtud de la cual los padres abusan de sus hijos, motivo del trauma de todos los neuróticos que acuden a su consulta, pero ese mismo hombre efectúa después un repliegue a campo raso, no sin dificultades, por incapacidad para confesar su error. En esta cuestión, por sí sola, Freud erró durante mucho tiempo y, más grave, causó más de un estrago en familias y personas sin lugar a dudas ya muy frágiles.

Asediado por pulsiones incestuosas, Freud ve el incesto por doquier. De modo tal que elabora una teoría del origen traumático de las psicopatologías sobre la base de una única fuente: el abuso cometido por el genitor sobre su descendencia, el abuso de una niña por su padre. Ese ardor por transformar al padre en monstruo y querer verificar esta hipótesis personal en todos los casos que le es dado examinar lo conduce al peligroso camino de una universalización de su máxima obsesiva. La llamada *teoría de la seducción* fue asimismo un nuevo fracaso en el terreno de la psicoterapia: uno más.

Freud afirma, por tanto, que en el origen de toda patología siempre hay un abuso sexual del padre contra su hijo, cometido en la más tierna infancia de éste. ¿Pruebas? Ninguna. La cosa se plantea a priori como una verdad absoluta, cual si fuera palabra del Evangelio. Freud actúa a la inversa de los científicos que formulan una hipótesis y procuran verificarla multiplicando las experimentaciones. Cree una cosa y ésta se convierte en el acto en una verdad, toda vez que no deja de encontrarla por doquier en los demás, para lo cual proyecta su monomanía en todo lo que es objeto de su aprehensión intelectual.

La genealogía de esta horrorosa teoría de la seducción está, como sucede con frecuencia, en una carta a Fliess (8 de febrero de 1897) dedicada a la etiología sexual de las neurosis. Su padre ha muerto dieciséis semanas antes, el 23 de octubre de 1896. Freud, que se ha pasado la vida deseando la muerte de ese padre culpable de impedirle el acceso al lecho materno, podría declarar una tregua, visto que su desaparición le deja el campo expedito para abordar a su madre, por fin viuda. Pero no. Necesita matar una vez más al cadáver y encarnizarse con el cuerpo paterno en descomposición.

Leamos: “Por desdicha, mi propio padre era uno de esos perversos y fue responsable de la histeria de mi hermano (cuyos estados corresponden en su totalidad a una identificación) y de algunas de mis hermanas menores. La frecuencia de esa

relación me da a menudo que pensar”. ¡Es estremecedor leer esta denuncia calumniosa, este ultraje al muerto, que transforma sin pruebas a su padre en violador de uno de sus hijos y de algunas de sus cuatro hijas! ¿Cuántas fueron en la familia las víctimas de la sexualidad perversa de Jakob Freud, sin que la madre dijera nada o se diera cuenta? Freud no lo dirá: la madre no podría tener responsabilidad alguna en ese proceso exclusivamente sustanciado contra el padre.

A ese fantasma aludido en una carta, Freud agrega un sueño sobre su hija Mathilde. Un *fantasma* y un *sueño*: ¡qué magras pruebas para una teoría tan pesada que interna a la humanidad en el camino de un incesto universal cometido por los padres con sus hijos! Ese famoso sueño incestuoso, recordemos, en el cual el padre confiesa haber tenido “sentimientos exageradamente tiernos” (31 de mayo de 1897) por su hija le permite extrapolar: en nada perturbado por el contenido sexualmente consanguíneo del sueño, el analista ve en él la prueba de la validez de su hipótesis, según la cual los padres abusan del cuerpo de sus hijos.

Resumamos: lo que Freud hace es, en consecuencia, confesar un *deseo* y no presentar el resultado de investigaciones llevadas a cabo de conformidad con un método científico con verificaciones múltiples y repetidas de las hipótesis, mediante un proceso susceptible de ser reproducido; pero, pese a la extrema fragilidad epistemológica de un deseo, aquél afirma que esa simple apetencia edípica garantiza la desaparición de sus dudas, sin interrogarse ni una vez sobre el hecho de que lo que dio tan fácil cuenta de éstas es, precisamente... un deseo, es decir: su deseo de tener razón.

Freud teoriza la cuestión del abuso sexual de los niños por su padre en “La etiología de la histeria” (1896). Tiene la precaución de aclarar que no se mueve en el terreno de la hipótesis, de la opinión terminante, de la fantasía teórica, sino que ha trabajado sobre dieciocho casos y llegado a sus certezas después de exámenes clínicos, observaciones de pacientes, análisis concretos. “Planteo entonces esta afirmación: en la base de todo caso de histeria se encuentran *una o varias vivencias* —reproducibles por el trabajo analítico, no obstante que el intervalo pueda alcanzar decenios— *de experiencia sexual prematura*, y pertenecientes a la tempranísima niñez. Estimo que ésta es una revelación importante, el descubrimiento de un *caput Nili* [origen del Nilo] de la neuropatología” (III, p. 162) [III, p. 202, traducción modificada]. Advirtamos de paso que Freud *plantea la afirmación de que*, cuando le bastaría con precisar que *ha llegado a la conclusión de que*, pero he aquí que el camino no es verdaderamente el mismo[7]. ¿Quién hablaba de ese tipo de accidentes como vías de acceso al inconsciente de sus autores?

Mientras se adhiere a esa teoría, Sigmund Freud aplica un tratamiento consecuente con ella. En su consultorio, en 1897, se vale pues del fantasma del padre seductor para arreglar los problemas de sus pacientes. Siempre obsesionado por el reconocimiento, la celebridad y el dinero, escribe a Fliess que ese descubrimiento le va a valer “la perspectiva de eterna fama”. Hace diez años que espera ese momento, y no oculta su alegría.

Ahora bien, una lectura atenta de las cartas a Fliess permite ver que los dieciocho casos invocados para fundar y confirmar esa teoría sólo existen en la mente de Freud. En efecto: ¡un mes y medio después de presentar sus tesis sobre “La etiología de la

histeria” en la Sociedad Neurológica de Viena, escribe a su amigo (4 de abril de 1897) que lamenta no tener un solo caso nuevo! Peor: no ha logrado terminar ninguna cura en curso. ¿Cómo habría podido entonces tener en consulta dieciocho casos relacionados con ese único tema, la histeria? Un mes después señala una vez más que no ha conseguido llevar a buen puerto una sola terapia con sus pacientes. La misma observación en una carta de enero de 1897, y otro tanto en marzo. En consecuencia, Freud miente en lo concerniente a esos dieciocho casos: jamás existieron y suponen una falsificación destinada a acrecentar la seriedad científica de una tesis antojadiza que proviene de su propia psicopatología o, al menos, de sus fantasías existenciales y autobiográficas.

A Fliess, le cuenta la historia de una paciente: una mujer acude a consultarlo, padece de dificultades de expresión, ha desarrollado un eccema alrededor de la boca, se advierten asimismo lesiones en las comisuras de los labios y por la noche produce abundante saliva. ¿Diagnóstico? Su padre la obligó a una felación a los doce años, el recuerdo quedó enterrado y asedia su psique. Por consiguiente, la causa de esa patología es la represión. “*Habemus papam!*” (3 de enero de 1897), exclama Freud, contento consigo mismo y con su hallazgo. ¿Qué pruebas? Ninguna. Sus ganas de que sea así, y nada más...

Freud da su interpretación de buenas a primeras. En un principio la joven se adhiere a ella y luego, apréciase la fórmula, “come la tontería de pedir explicaciones al viejo mismo”. Es una tontería, en efecto, querer cotejar las hipótesis fantasmáticas de un terapeuta con la realidad, la verdad histórica que, para la paciente, implica a su propio padre. Frente a esa increíble acusación que transforma a un padre en violador de su hija, Freud analiza la protesta de inocencia del hombre injustamente acusado: ¿lo niega? Entonces es verdad... ¿La paciente también rechaza esta hipótesis? Con la ayuda de la represión, aquí tenemos la clara prueba de la verdad.

Puesto que la alternativa es simple: o uno confiesa, y confirma la verdad, o niega, y la confirma aún más y mejor, porque de ese modo manifiesta el poder de la represión, causa de la patología. En los dos casos, Freud triunfa. En efecto, ante la denegación del padre y la rebelión de la hija, escribe: “La he amenazado con despedirla y me he convencido [*sic*] de que ya ha hecho suya una gran parte de certeza que no quiere reconocer”. Para calificar este tipo de chanchullo en el cual uno gana siempre, la sabiduría popular dice: “Cara gano yo, cruz pierdes tú”...

Otro caso expuesto a su corresponsal berlinés el 22 de diciembre de 1896: un paciente confiesa su terror a afeitarse, redoblado por una incapacidad para beber cerveza. Es lógico: de niño, debió presenciar una escena en cuyo transcurso la niñera se sentó con las nalgas desnudas (“*podice nudo*”, escribe en latín, como cada vez que su propia sinrazón se arrebatara: recordemos al *pater* violador o la *matrem* desnuda) en un tazón de afeitado poco profundo lleno de cerveza, “para hacerse lamer a continuación”. ¡Situación muy probable, en efecto, y sin duda origen de la patología en cuestión!

Ese mismo mes, Freud trata a una mujer que sufre de dolores de cabeza. Elemental: su hermano también padece la misma dolencia y cuenta que a los doce años le lamía los pies a la hermana por la noche, cuando se desvestían. Migraña de uno, migraña de otra, pero ¿por qué esa transferencia de patología? Explicación: “Irrumpió en su

inconsciente el recuerdo de una escena en que ella (a los cuatro años) mira a papá, en plena embriaguez sexual, lamer los pies de una nodriza. Así había adivinado [*sic*] que la afición particular del hijo provenía del padre. Que éste, en consecuencia [*sic*], también había sido el seductor del hijo. Ahora ella podía identificarse con él y hacerse cargo de sus propios dolores de cabeza”. *Quod erat demonstrandum...*

Este tipo de expresión autorizada de un terapeuta que manda a los pacientes a su casa con el diagnóstico de que la heterogeneidad de sus males —eccema, tartamudeos, migrañas, inhibiciones, fobias— depende de una sola y la misma causa, un trauma infantil debido a un abuso sexual en el cual está implicado el padre, no puede carecer de efectos concretos en lo real más trivial: los hijos se sinceran con sus padres sobre esa aserción de un médico de gran solvencia, y estos últimos, insultados, no pueden tolerar mucho tiempo esa grave acusación en desdoro de su integridad moral.

No hay dudas de que esas peligrosas ficciones originadas en el consultorio del doctor Freud afectan las relaciones entre hijos y padres. Por ello, cuesta imaginar la conformación de una clientela duradera con ese tipo de ejercicio consistente en reducir toda patología a la violación cometida por el padre en la infancia de sus vástagos. ¡En Viena, poco tiempo durará el negocio si a la menor oportunidad se emiten semejantes profecías, que destruyen a los individuos a quienes la terapia debe supuestamente ayudar a reconstruirse! No se dude de que con esa actitud el tropismo parricida de Freud sale ganando, pero es muy difícil mantener una clientela con tamaños delirios. La sinrazón freudiana choca aquí con sus límites.

En consecuencia, Freud va a renunciar a esta teoría, como ha renunciado a la panacea de la cocaína, a la excelencia de la electroterapia, a la pertinencia de la balneoterapia y a los formidables resultados de la hipnosis —incluso en su variante haptonómica—, y como hará más adelante con la introducción de sondas en la uretra de los onanistas para curarlos de esa enfadosa psicopatología que es lisa y llanamente... ¡la masturbación! Habida cuenta de que el consultorio corre el riesgo de vaciarse de clientes, la teoría justifica otra vez el abandono de lo que se presentaba como una técnica de tratamiento irrefutable. Fin de la teoría de la seducción...

La cosa se anuncia sobriamente en una carta a Fliess, por supuesto: “Voy a confiarte el gran secreto que, en el transcurso de los últimos meses, se ha abierto paso poco a poco en mí. Ya no creo en mis *neurotica*” (21 de septiembre de 1897). Como siempre, el latín señala la gravedad. Sigue entonces una explicación muy en el talante del personaje, que le permite ir del descubrimiento de las fuentes del Nilo, capaz de asegurarle un reconocimiento eterno, a la renegación pura y simple, sin condiciones.

Primera razón: ¡Freud hace saber que con ese método nunca pudo sacar adelante ninguna terapia! Si damos crédito a su correspondencia con el amigo Fliess, sólo habría deducido su teoría de tres casos: la eccematosa de la felación, el barbudo de las nalgas en la cerveza y la migrañosa de los pies lamidos. Pacientes que él habría sido incluso incapaz de curar con su método, presentado sin embargo como revolucionario a su corresponsal. ¿Dieciocho casos? Esbocemos una sonrisa: esa cifra caprichosa enmascara la fantasía bajo apariencias de cientificidad.

Recordemos que en “La etiología de la histeria” Freud había escrito:

La singularización del factor sexual dentro de la etiología de la histeria en modo alguno proviene en mi

caso de una opinión preconcebida. [...] Sólo las más laboriosas indagaciones de detalle me han llevado — con mucha lentitud— a abrazar la opinión que hoy sustento. Si someten al más riguroso examen mi tesis según la cual también la etiología de la histeria residiría en la vida sexual, ella sale airosa de la prueba, como lo indica el hecho de que en unos dieciocho casos de histeria pude discernir ese nexo para cada síntoma singular y, toda vez que las circunstancias lo permitieron, corroborarlo con el éxito terapéutico (III, p. 158) [III, p. 199].

Esto es lo que se dijo el 21 de abril de 1896 en la conferencia celebrada en la Asociación de Psiquiatría y Neurología, donde, según propia confesión, la asamblea brindó una recepción glacial a esta teoría. Leamos con mirada divertida esta confidencia consignada en *Psicopatología de la vida cotidiana*: “Quizá sea consecuencia de mi práctica del psicoanálisis que apenas pueda mentir ya” (p. 237) [VI, p. 216]. *El “apenas” lo dice todo...*

Segunda razón: “La deserción de la gente que durante un tiempo parecía más enganchada”. No hagamos comentarios sobre el tema: ¡había que ser ingenuo para creer en la fidelidad de una clientela después de anunciar a los pacientes que sus problemas obedecían a violaciones infligidas por sus padres en la infancia!

¿Cómo reaccionar frente a todas esas dudas? Freud responde: “Tengo que admitirlas como el resultado de un trabajo intelectual honesto y vigoroso, y enorgullecerme por ser capaz de una crítica así tras haber profundizado a tal punto en el problema”. Más adelante: “Cosa notable es también que falte todo sentimiento de bochorno, para el cual podría haber ocasión”. Pero además: “Tengo, en verdad, más el sentimiento de un triunfo que el de una derrota (lo cual, empero, no es correcto)”. Y para terminar: “Por cierto que podría sentirme desanimado: ¡era tan hermosa la perspectiva de eterna fama y de seguro bienestar, la plena independencia, viajar, ahorrarles a mis hijos las graves preocupaciones que malograron mi propia juventud!... Todo eso dependía de que la histeria quedase resuelta”. Finalmente, este lamento: “Lástima que no se pueda vivir, por ejemplo, de la interpretación de los sueños”.

En otras palabras, frente al desastre de una teoría fantasiosa, extravagante, falsa, con la cual Freud destruye a gente ya bastante maltratada, al tiempo que hace lo propio con sus padres, el doctor del diván confiesa: la honestidad intelectual de su trabajo; el orgullo de saberse capaz de autocrítica (!); la ausencia de toda vergüenza cuando, por propia confesión, debería sentirla, y la sensación de haber obtenido una victoria (¡hurra!). Ni una palabra sobre los pacientes quebrados o los perjuicios colaterales en la familia, ningún remordimiento por los otros. Pero sí lamentos por sí mismo: no será rico ni célebre y ni siquiera estará en condiciones de llevar la vida burguesa a la que aspira. Un deseo que actúa como una pista: ¡estaría tan bien vivir de una actividad en la cual el error no se pagara al contado como en el caso de la teoría de la seducción! Pronto, el psicoanálisis le permitirá cumplir ese sueño.

A Freud debió costarle renunciar verdaderamente a su teoría de la seducción. Ya en una de sus cartas a Fliess, explica que, entre las razones de su renuncia —la tercera, por ende—, estaba igualmente el hecho de que tenía que transformar en perversos a todos los padres, y en consecuencia al suyo. ¡Una afirmación que, si bien se mira, era difícil de sostener! En una carta fechada el 3 de octubre de 1897, declara finalmente la inocencia paterna: “Sólo puedo decirte que en mi caso el viejo no desempeñó un

papel activo”. Por ello, debe explicar los motivos de su fracaso. Un relámpago de sinceridad cruza esta carta tan llena de monstruos: “La comprobación indudable de que no hay signo de realidad en el inconsciente, de modo que no es posible diferenciar la verdad y la ficción investida de afecto” (21 de septiembre de 1897). *La ficción investida de afecto*: una confesión que, por cierto, brilla con todos los resplandores de una pepita de oro en ese lodazal epistolar. Pero como sucede cada vez que Freud se acerca al fuego de la verdad, se aparta de él con la misma rapidez para volver a sus fantasmas congelados.

¿Cómo hace para efectuar ese viaje en la oscuridad? A través de la manifestación de una evidente mala fe. Siempre sobre la cuestión de la teoría de la seducción, afirma, en un respingo de orgullo que le da la impresión de no haberse equivocado nunca, que el trauma está enterrado a tal profundidad que jamás sale a la superficie. Entonces, el hecho de que los pacientes no lo reconozcan no significa que el trauma no haya existido en su infancia, que no haya tenido lugar verdadera, real, concretamente. El trauma reprimido no puede irrumpir en la conciencia, y por eso, Freud tiene razón y el paciente se equivoca: su denegación prueba a las claras la verdad de la teoría freudiana.

Cuando vuelve a la susodicha teoría de la seducción en su *Presentación autobiográfica*, Freud comienza por la apariencia de una autocrítica y habla, en efecto, de “un error en que caí durante un tiempo y que pronto se habría vuelto funesto para toda mi labor” (XVII, p. 81) [XX, p. 32]. Por tanto, hubo error: que conste. Pero ¿de quién es la culpa? No de él, Sigmund Freud, sino de los pacientes: dado que estos enfermos cuentan cosas, ¡y el único error de él consiste en haberlas creído! En consecuencia, Freud jamás postuló esa funesta teoría de la seducción y luego proyectó sus fantasmas parricidas sobre sus pacientes, porque lo engañaron: el padre no abusa de los hijos, pero él sí sufrió el abuso de esos ex niños; tal es en lo sucesivo la fórmula de la leyenda.

Si alguien sacude la cabeza con desconfianza ante mi credulidad, no podría yo decirle que anda del todo descaminado, pero aduciré que era la época en que acallaba mi crítica a fin de volverme imparcial y receptivo frente a las muchas novedades que diariamente me salían al paso. [...] Cuando me sosegué, extraje de mi experiencia las conclusiones correctas, a saber, que los síntomas neuróticos no se anudaban de manera directa a vivencias efectivamente reales, sino a fantasías de deseo, y que para la neurosis valía más la realidad psíquica que la material (XVII, pp. 81-82) [XX, pp. 32-33].

¡Jamás creería Freud cuánto acertaba!

Las *fantasías de deseo* designan en efecto al neurótico. Pero ¿quién manifiesta esas fantasías? ¿Los enfermos? Freud responde que sí, sin vacilar. Puesto que, por su parte, reconoce sus errores (¡una confesión constitutiva de otras tantas cualidades!): ha pecado por exceso de imparcialidad (!), se contenía de reflexionar por honestidad intelectual (!), se volvía receptivo a todo por curiosidad científica (!), creyó en lo que se le decía sin tener en cuenta que se trataba de personas que, en su totalidad, tomaban sus deseos por la realidad; pero él, desde luego, aunque psicoanalista descubridor del continente desconocido del inconsciente, ignora los defectos de sus pacientes. ¿Culpable? Sí, pero sólo de haber sido demasiado honesto, haber estado demasiado absorbido por su tarea de descubridor de un nuevo mundo científico, haberse mostrado demasiado íntegro, demasiado objetivo: demasiado heroico, en

cierto modo.

El descubrimiento del complejo de Edipo, escribirá Freud, demostrará, por su parentesco con la teoría de la seducción, que en rigor no se había equivocado. En este caso, como en otros, el presunto error no lo fue, porque preparaba, como todo lo precedente, la futura verdad universal: el advenimiento del psicoanálisis. Por consiguiente, en la obra completa de Sigmund Freud nunca encontramos errores, contradicciones, virajes, renegaciones, faltas, vacilaciones, sino una lenta progresión hacia la verdad. Las inyecciones de cocaína, las descargas eléctricas, las curas de agua, los pases hipnóticos, la introducción de una sonda en la verga, la imposición de manos, el echarse en el diván, el verbo parricida: nada de eso se contradice de manera alguna y todo va en la misma dirección, porque Freud lo dice...

3. UN *CONQUISTADOR* EN UNA OSCURA CLARIDAD

“Protesto, sin embargo, contra el malentendido de que yo sostendría que, siendo el mundo tan complejo, cualquier aseveración que uno haga acertará por fuerza con algún fragmento de la verdad. No; nuestro pensar se ha tomado la libertad de excogitar [*sic*] relaciones de copertenencia y nexos a los que nada corresponde en la realidad efectiva, y es evidente que aprecia en mucho este don, puesto que tanto lo usa así dentro como fuera de la ciencia.”

SIGMUND FREUD, *Moisés y la religión monoteísta*, p. 145 [XXIII, p. 104, nota 3]

La ambivalencia freudiana se manifiesta en la abundancia de momentos en los cuales Freud reivindica la hipótesis, en alternancia con otros que lo muestran seguro de sí mismo, pasando sin pruebas de la proposición a la afirmación. La aserción constituye el modo freudiano típico de expresión: Freud aventura una proposición sin mostrar de dónde viene —y por buenas razones, pues de lo contrario tendría que poner de relieve su mero carácter performativo— y luego, de manera imperceptible, se instala en la certeza sin otra necesidad demostrativa que su afirmación pura.

Así, en *La interpretación de los sueños* (1900) escribe: “[cuando] pretendemos penetrar más a fondo en los procesos anímicos envueltos en los sueños, todas las sendas desembocan en la oscuridad” (IV, p. 603) [V, p. 506]. Incluso es posible, prosigue, que su psicología del sueño no sea justa. Lo cual no le impide, sin embargo, proponer una lista increíble de equivalencias simbólicas de las que no duda ni un segundo: todas las llaves son fálicas y todas las cerraduras se convierten en vaginas, o bien, sin que se sepa por qué, la corbata es un pene, la calvicie una castración y el sueño de vuelo, una erección. Luego Freud teoriza extensamente sobre el carácter significativo del deseo inconsciente en un capítulo entero.

Lo mismo en los *Tres ensayos de teoría sexual* (1905), donde, al comprobar una “insuficiente claridad” (VI, p. 114) [VII, p. 162], reivindica la hipótesis. Se afirma escéptico acerca de sus “intelecciones del periodo infantil de latencia o de diferimiento” y confiesa saber poco de las influencias recíprocas entre la zona erógena oral y el placer de comer o la anorexia. La misma observación en lo concerniente a la relación entre zona erógena y placer intelectual. Ignorancia, asimismo, sobre las transiciones entre el placer preliminar infantil y la determinación del objeto sexual del adulto: ¿por qué ese tipo particular de fetichismo? Desconocimiento, también, de la esencia y el origen de la excitación sexual. Impotencia y tanteos en lo referido a placer y displacer. Incapacidad de distinguir libido del yo y otras energías actuantes en este último: “Una prosecución de la teoría de la libido sólo es posible, provisionalmente, por vía especulativa” (VI, p. 157) [VII, p. 199]. Otro tanto con la imposibilidad de dilucidar con claridad la relación entre las actividades de la zona genital y las otras fuentes de la sexualidad. Habla de “las

lagunas que presentan nuestras intelecciones de la vida sexual infantil” (VI, p. 172) [VII, p. 214], pero propone no obstante una teoría de los estadios como Dios manda. En lo tocante a la cuestión de la fijación de las impresiones de la vida sexual, Freud habla de una “mera provisionalidad psicológica” (VI, p. 180) [VII, p. 221]. En las últimas líneas del libro señala que “estas indagaciones acerca de las perturbaciones de la vida sexual han dado un fruto insatisfactorio” (VI, p. 181) [VII, p. 222], porque le faltan conocimientos... ¡en biología!

Un escepticismo similar impregna “La moral sexual ‘cultural’ y la nerviosidad moderna” (1908). Así, en el análisis de la homosexualidad: ¿cómo puede el objeto elegido, en el proceso de constitución de una identidad sexual, convertirse en el cuerpo del semejante sexual? En esta época, Freud no lo sabe y reivindica el signo de interrogación. Algunos años después, en 1914, en “Introducción del narcisismo”, así como en “Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos”, de 1925, y más tarde en “Sobre la sexualidad femenina” (1931), propone hipótesis más precisas para intentar responder verdadera y definitivamente a esta cuestión.

Tótem y tabú también ilustra ese escepticismo latente en el desarrollo del pensamiento de Freud. Una vez más, tanto en esta obra como en *Psicología de las masas y análisis del yo* (XVI, p. 61) [XVIII, p. 116], ante la imposibilidad de observar, reivindica la hipótesis. En efecto, como la geografía y la historia son lo que son, Freud no puede desplazarse en el tiempo ni remontarse hasta la Prehistoria para verificar la validez de su “mito científico” acerca de la existencia de una horda primordial, un asesinato del padre, un banquete caníbal y una reacción a ese crimen como genealogía de la moral; tampoco puede realizar un viaje en el espacio que lo lleve, en tierras australianas, a los pueblos primitivos aborígenes, que a su juicio representan una humanidad fósil de las épocas primigenias. Sostiene entonces, sobre la cuestión de la horda primordial, una “hipótesis que acaso parezca fantástica” (XI, p. 360) [XIII, p. 143]. La obra está sembrada de precauciones metodológicas de uso.

Vayamos, en los trabajos de metapsicología, al artículo “Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños”, de 1915. En una nota al pie, el autor declara: “Desde luego, de ninguna manera puede ocultarse o embellecerse el carácter tentativo, inseguro, de estas elucidaciones metapsicológicas. Sólo una ulterior profundización puede aportarnos cierto grado de probabilidad” (XIII, p. 257) [XIV, p. 233, nota 38]. Tal vez sea mejor decir, aunque la cosa se plantee como una simple apostilla, que la ciencia en proceso de elaboración se lleva adelante en la noche ya señalada y que la claridad tarda en llegar, aun cuando —confianza freudiana en sí mismo obliga— un trabajo asiduo probablemente conducirá algún día a esa luz.

El mismo progreso en la oscuridad acompaña a Freud, que, en “Duelo y melancolía” (1917), dice que le faltan muchos datos útiles para llegar a una conclusión definitiva sobre los temas anunciados en el título: “Renunciamos de antemano a pretender validez universal para nuestras conclusiones” (XIII, p. 261) [XIV, p. 241]. En consecuencia, suspende su juicio a la espera de resultados más amplios que permitan una conclusión digna de ese nombre. Lo cual no le impide, sin embargo, presentar una serie de tesis de vigencia certificada sobre esta cuestión. En él, el escepticismo no es estructural sino coyuntural.

En *Más allá del principio de placer*, Freud afirma no estar convencido de sus propias hipótesis, que abundan, sobre todo en este texto, y parecen tan a menudo problemáticas cuando se las pretende articular con la doctrina de la obra desde el inicio. En lo concerniente a esas famosas nuevas hipótesis, escribe: “Ni yo mismo estoy convencido, ni pido a los demás que crean en ellas” [XVIII, p. 57]. Y más adelante: “Sólo los creyentes que piden a la ciencia un sustituto del catecismo abandonado echarán en cara al investigador que remodele o aun rehaga sus puntos de vista” (XV, p. 338) [XVIII, p. 62]. Apelación a futuros descubrimientos...

Digámonos: la contradicción o el catecismo, no hay otra alternativa. Y como nadie querrá estar del lado de los devotos que declaman piadosamente un catálogo de recetas, es menester avenirse a aceptar las contradicciones freudianas; en otras palabras, adherirse a otro catecismo, no tan bien compuesto. Ello, a la espera de las soluciones que no dejarán de llegar: como Freud se pasa el tiempo buscando, entonces, con ayuda de su genio, ha de encontrar cuando llegue el momento.

La *Presentación autobiográfica* propone un análisis interesante para reunir la diversidad de esas tomas de posición escépticas en una fórmula epistemológica: en ese variopinto revoltijo teórico, la unidad del conjunto radica en la *naturaleza metafórica* del discurso freudiano. En este caso, metáforas espaciales para significar el funcionamiento de la vida psíquica. Ahora bien, no se trata de tomar las metáforas por la realidad. Y si las primeras cambian, no es menos cierto que la segunda persiste. Sigmund Freud no podría confesar con mayor claridad que el psicoanálisis participa de la *psicología literaria*, exactamente como la de Proust en *En busca del tiempo perdido*.

Las metáforas utilizadas para indicar las modalidades de la vida psíquica no remiten pues a zonas del cerebro ni a ningún elemento somático o anatómico: “Estas representaciones y otras parecidas pertenecen a una superestructura especulativa [*sic*] del psicoanálisis; todas y cada una de sus piezas se sacrificarán o trocarán sin daño ni lamentaciones tan pronto como demuestren su insuficiencia” (XVII, p. 80) [XX, p. 31]. Cualquiera que haya sido la idea de Freud al respecto, esta famosa *superestructura especulativa* lo instala, según propia confesión, en el honorable campo de los filósofos, ¡junto a Schopenhauer o Nietzsche!

En *¿Pueden los legos ejercer el análisis?*, Freud hace hincapié en el carácter dinámico y plástico del psicoanálisis. En cuanto ciencia, como le gusta a nuestro autor, esta disciplina se constituye, avanza, progresa. Nada asegura que mantendrá su forma en el momento de su examen: por lo tanto, el psicoanálisis resulta ser, según el propio Freud, una *alegoría dialéctica*, una metáfora capaz de admitir nuevas configuraciones. Nunca terminado, siempre en movimiento, evita así ser verdaderamente aprehendido. La teoría refrenda pues su inasibilidad. Eficacia polemológica garantizada...

Nuevo ejemplo: en *El malestar en la cultura*, el filósofo diserta profusamente sobre unas cuantas tesis, entre ellas el proceso de verticalización del hombre; el paso de la cuadrupedia a la bipedia; la liberación de la mano que resulta de ello; el desarrollo concomitante del cerebro; la genealogía del neocórtex; el paso del estímulo olfativo al estímulo visual; el aislamiento de las mujeres durante el periodo menstrual; la fundación de la familia generada por esas proposiciones, y la genealogía

de la cultura y la civilización. Una larga odisea, por ende, para explicar la formación del mundo moral. Luego, esta frase: “Ésta es sólo una especulación teórica” (XVIII, p. 286) [XXI, p. 98]. E incluso: “Por ahora se trata sólo de posibilidades muy inciertas, no refrendadas por la ciencia” (XVIII, p. 293) [XXI, p. 104]. Luego, sobre la represión de las pulsiones como genealogía de la culpa, Freud escribe: “Este enunciado merecería nuestro interés aunque sólo fuera correcto en una aproximación *[sic]* global” [XXI, p. 134].

Otro ejemplo, esta vez del *Esquema del psicoanálisis*, donde leemos lo siguiente: “El psicoanálisis establece un postulado *[sic]* fundamental cuyo examen queda reservado al pensar filosófico y cuya justificación reside en sus resultados” [XXIII, p. 143, traducción modificada]. Más adelante, Freud precisa que las “provincias” de las tópicas (*inconsciente, preconsciente, consciente y ello, yo, superyó*) son “supuestas” *[sic]*. Luego: “Según nuestro postulado *[sic]*, el yo tiene la tarea de obedecer a sus tres vasallajes —de la realidad objetiva, del ello y del superyó— y mantener pese a todo su organización, afirmar su autonomía” (p. 39) [XXIII, p. 173, traducción modificada][8].

Alentado por la invitación hecha por Freud, me comprometo pues a discutir filosóficamente ese postulado, pero desde ahora y sin más informaciones, sobre la sola base del término utilizado por él, podemos afirmar que dicho postulado encarna exactamente lo contrario de un descubrimiento obtenido por un método bien empleado: se postula lo que no se ha probado, ni demostrado, ni alcanzado a través de un razonamiento científico o por medio de un método experimental. Con ello, es tan posible postular una cosa como su contraria, la existencia de una quimera o su no existencia.

Ese escepticismo confeso viene acompañado de una gran cantidad de contradicciones perceptibles a lo largo de toda la trayectoria intelectual freudiana, extendida durante más de medio siglo de publicaciones. En efecto, durante su larga vida intelectual, Freud cambió mucho de opinión, modificó sus palabras, rectificó algunas de sus afirmaciones: hubo el Freud fliessiano, que, como lo testimonian numerosas cartas de la correspondencia, creía en los periodos biológicos descritos por su amigo, en la magia de la nariz asimilada al órgano sexual y en las fantasías numerológicas capaces de explicarlo todo, y luego el que quemó todo eso; hubo el Freud que experimentaba con la telepatía, llevaba a cabo experiencias de transmisión de pensamiento con su hija, redactaba cartas favorables al ocultismo en las que afirmaba ver en éste una materia útil para el psicoanálisis, pariente en más de un concepto de ese mundo —véase “Psicoanálisis y telepatía” (XVI, p. 101) [XVIII, p. 170]—, y luego el que decía doctamente no creer en esas historias, el de “Sueño y telepatía” (XVI, p. 121) [XVIII, p. 195]; hubo el Freud que vilipendiaba la moral sexual porque sofoca los instintos y genera la mayoría de las neurosis, consideraba demasiado alta su exigencia y estimaba que semejante obligación, por su rigor, no produce más que negatividad psíquica, y luego el que condenaba la homosexualidad o la masturbación como otras tantas perversiones (léanse las lamentables páginas de “La sexualidad en la etiología de las neurosis”); hubo el Freud de la primera tópica en *La interpretación de los sueños* y luego, veinte años más tarde, el de la segunda

tópica en *Más allá del principio de placer*; hubo el Freud que exigía que el análisis se pagara y representara un costo para el paciente, una relación teorizada, además, en la economía de un psicoanálisis exitoso —léase “Sobre psicoterapia” (p. 15) [VII, p. 252]—, y luego el Freud que, inusual elevación lírica de tono social y preocupada por los pobres a quienes, por otra parte, humilla tan a menudo —por ejemplo en “Sobre la iniciación del tratamiento” (p. 92) [XVIII, p. 134]—, desea en “Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica” una “psicoterapia para el pueblo”, gratuita y brindada en los sanatorios (p. 139) [XVII, pp. 162-163], un anhelo, como cabe sospechar, sin consecuencias; hubo el Freud que hacía de la religión la causa de las neurosis, el de *El malestar en la cultura* y *El porvenir de una ilusión*, y luego el que ponía en relación el debilitamiento de las religiones y el aumento de las neurosis en “La moral sexual ‘cultural’ y la nerviosidad moderna”, y hubo por fin el Freud pesimista de, otra vez, *El malestar en la cultura*, que no esperaba ningún cambio posible, ningún progreso en la evolución del mundo, y luego el de “Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa”, que aventura la hipótesis optimista de nuevas orientaciones posibles para la civilización (XI, p. 141) [XI, p. 184].

Y después, como se recordará: el Freud que cree en la teoría de la seducción y la consigna en los *Estudios sobre la histeria*, y luego el que deja de creer en ella; el Freud que teoriza la posibilidad de una psicología científica y el que recusa ese texto para inclinarse por un inconsciente radicalmente psíquico; el Freud que cree en la excelencia de la cocaína (véase “Über coca”) y las maravillas de la electroterapia en paralelo con el termalismo, el Freud que difunde los éxitos de la hipnosis, con imposición de manos o sin ella, el Freud del psicróforo, y luego el que, sin más ceremonias, arrumba todo eso en el almacén de los accesorios; el Freud que defiende con tesón la cura por la palabra en los textos agrupados por los editores con el título general de *Trabajos sobre técnica psicoanalítica*, y el último Freud que, en “Análisis terminable e interminable”, plantea la hipótesis de que los progresos de la química bien podrían algún día volver inútil el psicoanálisis. E incluso el Freud que prohíbe el análisis de sus parientes en “Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico” (1912) (p. 71) [XII, p. 119], y el que seis años después analiza a su hija, luego a la amante de su hija y por último a los hijos de la amante de su hija. ¿Dónde está pues el verdadero Freud? ¿El buen Freud? ¿El Freud que habla con justeza?

Como no ignora en absoluto esas volteretas teóricas, Freud tiene la precaución, por tanto, de teorizarlas y, así, diluirlas mejor. En las *Conferencias de introducción al psicoanálisis*, por ejemplo, escribe: “En el curso de mis trabajos he modificado mis opiniones sobre algunos puntos importantes sustituyéndolas por otras nuevas, de lo cual, desde luego [*sic*], hice comunicación pública en cada caso” (XIV, p. 253) [XVI, p. 225]. Un poco más adelante: “No me abstendré de rehacer y corregir todas mis doctrinas según lo exija mi experiencia más avanzada” [*ibid.*]. Por último: “En las intelecciones básicas, hasta ahora no he hallado nada que modificar; y espero que en lo sucesivo sea también así” [*ibid.*]. Resumamos: Freud confiesa *cambios, modificaciones, reelaboraciones, correcciones*, pero, por supuesto, lo fundamental se mantiene intacto.

Buscaremos en vano esas famosas comunicaciones *desde luego* puestas en conocimiento del público, puesto que Freud afirma una cosa, más tarde otra, a veces

contradictoria —acabamos de leer un sucinto catálogo en esa materia—, pero no vuelve jamás a algo dicho con la perspectiva de una crítica franca y clara. El episodio de la cocaína muestra sin lugar a dudas que, lejos de publicar puntualizaciones, difundir arrepentimientos, redactar confesiones, revelar extravíos o confesar errores, prefiere borrar las huellas de lo que pensó y sostuvo firmemente algún día, antes de verse en la necesidad de dar marcha atrás a causa de los desmentidos de lo real: así sucede con la muerte de su amigo morfinómano y sus dos teorías contradictorias sobre el uso de la cocaína...

En sustancia, el escepticismo habitualmente proclamado en la obra y las contradicciones identificadas en los libros publicados encuentran su resolución dialéctica en la figura del *conquistador*, una postura reivindicada a las claras por Freud y que, cabe sospecharlo, por sus métodos reduce a nada todo lo que pueda parecer extravío o contradicción. Freud se desenvuelve en un revoltijo existencial e invoca el continuo ideológico, pero para realizar ese pase de manos apela a las armas del *conquistador* que, como todo el mundo sabe, poco caso hace de la ética.

¿A qué se asemeja ese *conquistador*? Antes de proponer una definición, demos un rodeo por *Moisés y la religión monoteísta*, un texto en el cual Freud crea la categoría oximorónica de “novela histórica”. En esta obra habla de herencia arcaica, transmisión filogenética, paso de individuo a individuo, desde el origen de los tiempos, de la historia del asesinato del padre y el banquete caníbal de su cuerpo, y luego precisa:

Concedido que por el momento no poseemos, respecto de las huellas mnémicas dentro de la herencia arcaica, ninguna prueba más fuerte que la brindada por aquellos fenómenos residuales del trabajo analítico que piden que se los derive de la filogénesis; empero, esa prueba [*sic*] nos parece lo bastante fuerte para postular [*sic*] una relación así de cosas. Si fuera de otro modo, por el camino emprendido no daríamos un paso más ni en el análisis ni en la psicología de las masas. Es una temeridad inevitable. [XXIII, p. 96.]

He aquí, pues, una frase que muestra sin disimulo alguno el método de Freud: pruebas obtenidas por el análisis, con un carácter lo bastante convincente para... no admitirlas como tales, ¡sino postular que prueban! Una de dos: o la prueba prueba, y no hace falta postular, o se postula, y las pruebas, en consecuencia, no han probado nada. Pero ¿probar y apoyarse en las pruebas para postular? ¡Vaya extraño mecanismo epistemológico! De hecho, la resolución de esta contradicción requiere sin duda apelar a la *temeridad*.

En efecto, la epistemología freudiana se resume en esta sola palabra: *temeridad* o, en otras palabras, un tipo determinado de descaro, un deseo, una voluntad, una avidez de decir, hacer o pensar. Desde la Edad Media, el sentido moderno supone incluso cierta arrogancia. En una nota, siempre el lugar estratégico en una obra, Freud reivindica “la libertad de excogitar [*sic*] relaciones de copertenencia y nexos a los que nada corresponde en la realidad efectiva, y es evidente que apreci[o] en mucho este don, puesto que tanto lo us[o] así dentro como fuera de la ciencia” (p. 145) [XXIII, p. 104, nota 3]. En ese punto del análisis, nos lo habríamos figurado.

Ésta es por lo tanto la primera cualidad del *conquistador*: la temeridad. Es decir: no la preocupación por la verdad, ni el afán de virtud, ni la exigencia de razón, ni la voluntad científica. En una carta a Fliess podemos leer lo siguiente: “Espero que, por

tu lado, no permitas que te disuadan de expresar tus ideas públicamente, aun cuando no sean más que suposiciones”. Luego, más fuerte, este alegato *pro domo*: “No se puede prescindir de quienes tienen el coraje de pensar lo nuevo antes de poder demostrarlo” (8 de diciembre de 1895). Todo Freud se resume aquí en una frase: no hacen falta pruebas para afirmar, y, cuando se actúa de tal modo, no se muestra ni suficiencia, ni arrogancia, ni pretensión, ni altanería, ni insolencia, sino —habríamos debido pensarlo— *coraje*.

Se comprenderá entonces que, en su pretensión de ser absolutamente científico —una reivindicación sobre la que insiste en mil lugares de su obra—, Freud pueda invocar sin pestañear el “mito científico” o hablar de una “novela histórica” para aludir a sus ficciones acerca de la horda primordial o la inexistencia de un Moisés judío. De ese modo, lo que en la obra completa aparece bajo las rúbricas de la *hipótesis*, el *postulado*, la *presuposición*, el *tanteo*, la *especulación*, la *posibilidad* —otras tantas palabras utilizadas por él para caracterizar sus fabulaciones—, se convierte gracias a la intervención del Espíritu Santo, el otro nombre de la pura voluntad de Freud, en verdades constitutivas del psicoanálisis.

4. LA FICCIÓN PERFORMATIVA DEL INCONSCIENTE

“¡El inconsciente es metafísico y nosotros lo tomamos simplemente por real!”

SIGMUND FREUD, según LUDWIG BINSWANGER, *Correspondencia* (segunda visita de Binswanger a Viena, 15 a 26 de enero de 1910)

En su *Presentación autobiográfica*, Freud explica que después de leer en la Sociedad de Medicina de Viena una ponencia en la cual expuso lo que había visto y aprendido con Charcot durante su estadía en París, se le brindó una mala recepción: ese 15 de octubre de 1886, en efecto, él había sostenido la existencia de una histeria masculina. Ahora bien, para los profesionales tradicionales, respaldados en la etimología de la palabra “histeria”, que remite explícitamente a “útero”, esa patología no podía ser sino femenina. En consecuencia, la propuesta del oxímoron *histeria masculina* constituía una aberración nosológica.

El ramillete de médicos opuestos a Freud le piden entonces que encuentre en la propia Viena ese tipo de casos, a fin de presentarlo en su asociación. Freud se lanza a la búsqueda de individuos que sirvan para apoyar su tesis, pero los médicos jefes de los servicios a los que acude le niegan el acceso a esas personas para observarlas y trabajar sobre sus casos. Finalmente, fuera de la institución hospitalaria, Freud descubre un ejemplo y lo expone ante la Sociedad. Recepción cortés, y nada más.

¿La versión de Freud? Dejó de ir de buenas a primeras a la Sociedad de Medicina. El propio Ernest Jones muestra que no sucedió nada de eso y que el psicoanalista siguió concurriendo a esa entidad. Al sacar a relucir esa autojustificación, Freud explica que se negaron a reconocerle el carácter revolucionario de la idea, presentada como suya, de que existen casos de histeria masculina. Por ello, demasiado adelantado a su tiempo, y frente a un areópago de ancianos incapaces de captar la novedad de sus palabras, habría sido excluido de la carrera institucional. Ahora bien, el mismo Jones señala que, en la asamblea de médicos, había algunos que aceptaban esa idea exhibida por Freud como subversiva y original.

En la fabricación de su propia leyenda, Freud pone justo después del episodio de la comunicación a la Sociedad de Medicina esta frase singular: “Poco después se me cerró el acceso al laboratorio de anatomía cerebral y durante un semestre no tuve dónde dictar mi curso; entonces me retiré de la vida académica y de la Sociedad de Medicina” (XVII, p. 63) [XX, p. 15]. Cabe así imaginar que después de exponer esas tesis, y a causa de su contenido, la institución se deshizo de él. ¿Freud, culpable de haber tenido razón de manera demasiado prematura? Tal es la hipótesis de la leyenda dorada.

Ahora bien, como hemos visto, la recepción brindada a su ponencia no consistió en una reprobación unánime; muy por el contrario, hubo incluso un neurólogo que la refrendó y subió la apuesta al explicar que, de hecho, también él había estudiado

casos de histeria masculina, y hasta agregó que los había diagnosticado veinte años antes de la presentación freudiana. Otro declaró que en ésta no había escuchado nada que fuera nuevo para un médico vienés. Un tercero y un cuarto se inclinaban por una etiología traumática neuronal, pero en todo ello no había nada que testimoniara una franca animosidad y ni siquiera una unanimidad contra el joven que, vuelto de París con ideas que creía novedosas y revolucionarias, no hizo vacilar a esa pléyade de viejos y avezados médicos. En realidad, estos mandarines vieneses curtidos en la institución no se deshicieron en elogios, bravos y demostraciones de entusiasmo hacia un Freud que esperaba ser recibido como un mesías en esa materia.

La explicación parece menos prosaica que la leyenda: contra la presunción de la existencia de una camarilla de viejos retrógrados incitados por la institución vienesa que no han entendido nada de las tesis innovadoras de un joven médico de treinta años que les presenta la verdad en bandeja, debemos ver más bien a un Freud ofendido por no haber sido cooptado de inmediato después de una actuación que juzgaba revolucionaria. De allí este episodio en el que se le priva de laboratorio, es castigado por los universitarios y lo condenan a ser un científico maldito, errante, puesto de patitas en la calle a causa de su genio. Ahora bien, él quiere “vivir del tratamiento de enfermos nerviosos” (XVII, p. 63) [XX, p. 15].

Como la Sociedad de Medicina no podía serle útil para acelerar el movimiento, pretende haberla abandonado; sin embargo, aún acude varias veces a ella... A decir verdad, es él mismo quien ha dejado el laboratorio; conociéndolo, si lo hubieran echado como él aduce, habríamos sabido inevitablemente quién, cuándo, cómo, de qué manera y por qué razones la institución lo había excluido de su seno. El culpable hubiera tenido su nombre grabado en el mármol negro de la leyenda freudiana: encarnaría hoy al icono demoniaco por excelencia.

Sencillamente, Freud detestaba a esa gente que no reverenciaba como era debido su genio y, sin esperar más... abrió su consultorio el Domingo de Pascua de 1886, Pésaj entre los judíos, esto es, el día de la salida de Egipto bajo la conducción de Moisés, un momento inaugural del don de los Diez Mandamientos y de la peregrinación hacia la Tierra Prometida. Freud pone pues las cartas sobre la mesa: ¿los médicos de la institución vienesa no han querido asegurar su carrera? No hay inconveniente: hace suya la leyenda de la ira de Moisés y se pone bajo los auspicios del fundador de una religión. Se entiende que el *Moisés* de Miguel Ángel haya podido preocuparlo durante tantos años.

Freud, que en su *Presentación autobiográfica* (XVII, p. 68) [XX, p. 15] dice que dejó de nutrirse de la vida asociativa de la cual pretende haberse retirado en 1886, ¡interviene en una asociación de médicos vieneses el 21 de abril de 1896, es decir, diez años después de esa presunta renuncia! Prueba, si las hay, de que seguía esperando un respaldo de la institución vienesa y sus redes, contrariamente a lo que afirmaba, y de que dicha institución tampoco le negaba sus invitaciones: en efecto, ¿por qué motivos invitar *aquí* a exponer sus tesis a un médico al que se hubiera privado *allá* de laboratorio?

Vemos pues a nuestro presunto científico maldito mientras explica a los doctos miembros del Colegio de Médicos de Viena las ideas contenidas en “La sexualidad en la etiología de las neurosis”. En medio de ese público selecto de médicos,

neurólogos y sexólogos encontramos a Krafft-Ebing, el famoso autor de la *Psychopathia sexualis* que tanto inspiró a Freud. Éste, en una carta a Fliess, sostiene que con esa intervención intenta escandalizar al burgués. Ese texto sería, en efecto, “un tanto impertinente y esencialmente destinado a provocar alboroto, cosa que, además, conseguirá” (4 de enero de 1898).

¿Qué hay con ese brulote? En él leemos que las neurastenias, las diversas neurosis y las otras afecciones psicopatológicas tienen por causa una disfunción de la sexualidad. Estas consideraciones sobre los “tullidos de la sexualidad” (III, p. 229) [III, p. 267] permiten a Freud proseguir su combate de toda la vida contra la masturbación, una práctica que parece conocer bien:

El logro principal que podemos alcanzar en favor de los neurasténicos atañe a la profilaxis. Si la masturbación es la causa de la neurastenia en la juventud, y luego, por el aminoramiento de la potencia, que ella produce, cobra también significatividad etiológica para la neurosis de angustia, prevenir la masturbación en ambos sexos es una tarea que merece más atención de la que se le ha prestado hasta ahora. (III, pp. 232-233.) [III, p. 270.]

He aquí, pues, la hoja de ruta propuesta a la concurrencia: para impedir la aparición de las neurosis, trabajen en la prevención del onanismo. ¿Cómo? Hablando de la sexualidad, debatiendo esos temas, sin avergonzarse de abordar públicamente el problema. ¡Un trabajo capaz de ocupar los próximos cien años, según Sigmund Freud!

Entretanto, el Doctor de almas aspira a la respetabilidad, la reputación, el dinero, un estatus social, logros que le permitan ingresar en el círculo de la burguesía de su ciudad. Su deseo originario consiste en honrar la profecía transmitida por su madre: llegar a ser célebre y, ya que estamos, rico. Sus estudios de medicina, más largos que el programa normal, lo habían llevado a obtener el diploma de médico. Su progreso en la carrera docente no lo conforma: hay colegas que tienen que esperar menos para cambiar de estatus, ascender un escalón y cobrar las regalías de esas promociones. La trayectoria deliberadamente solitaria de un Rastignac vienés acaso pudo suscitar desagrado en la capital austriaca. El hecho de no tener talante corporativo supone que se tenga afición a la soledad. Pero Freud no tenía ni uno ni otra.

Sin embargo, en marzo de 1897 el comité de habilitaciones presta su acuerdo. Pero el ministro no se da por enterado. En 1900, agraviado por no haber podido integrarse en el cuerpo de profesores extraordinarios, Freud hace una visita a un mandarín y éste le aconseja que busque una recomendación. Una ex paciente, Elise Gomperz, hace gestiones sin éxito. Freud solicita la intervención de otra paciente, la baronesa Ferstel, que habla directamente con el ministro en favor del “médico que la había curado” (carta a Fliess, 11 de marzo de 1902). ¿El precio? Donar una pintura al museo que el ministro proyecta construir. El trámite se realiza con prontitud y la promoción se concreta en los plazos más cortos. Freud no cabe en sí de alegría y cuenta a su amigo de Berlín las satisfacciones que le produce la situación.

La cosa todavía no es oficial y él ya escribe lo siguiente: “Aquí estoy, cubierto de enhorabuenas y flores, como si el papel de la sexualidad hubiese sido de una vez oficialmente reconocido por Su Majestad, la significación del sueño confirmada por el Consejo de Ministros y la necesidad de una terapia psicoanalítica de la histeria

sancionada en el Parlamento por una mayoría de dos tercios”. Humor, desde luego, pero el autor de *El chiste y su relación con lo inconsciente* conoce más que nadie el vínculo existente entre la broma y la inhibición largo tiempo contenida.

Embelesado con ese nuevo estatus que lo colma y satisface su orgullo, Freud lamenta no haber tomado antes “la decisión de romper con la virtud y hacer las gestiones adecuadas, como lo hacen también los demás seres humanos”. Se califica de burro: una vez al año no hace daño... ¡De hecho, virtuoso hasta ese momento, como hemos visto, Freud experimenta por primera vez las prosperidades del vicio y los infortunios de la virtud! Falsamente ingenuo, este viejo hombre joven de cuarenta y seis años confiesa a Fliess: “He aprendido que este viejo mundo es gobernado por la autoridad, como el nuevo por el dólar. He hecho mis primeras zalemas a la autoridad y puedo, por tanto, esperar una recompensa. Si el efecto en las esferas alejadas es tan grande como en las cercanas, bien podría ser que mis esperanzas estuvieran justificadas”. A título indicativo, recordemos que en *La interpretación de los sueños* escribía: “No soy, al menos que yo sepa, ambicioso” (IV, p. 172) [IV, p. 156].

Molesto por no ser solemnemente investido por los mandarines, a quienes le gustaría ver como pares; mortificado por haber esperado tanto tiempo su nombramiento, y ofuscado con la corporación médica, que se muestra tan poco cooperativa con uno de sus integrantes, Freud, por las suyas, da totalmente la espalda a la medicina, la anatomía, la fisiología, los neurólogos, los médicos, el cerebro, el sistema nervioso y el laboratorio, pero, según su costumbre, renuncia a lo que codiciaba por incapacidad de alcanzarlo, no por la comprobación de una incompatibilidad epistemológica. Al escribir su leyenda con una pluma de oro, transforma su despecho en gloria: queda así lista la postal del héroe maldito de la ciencia, que oculta la decepción de un Rastignac vienés vejado por no lograr integrarse a los círculos selectos de la buena sociedad austriaca. En lo sucesivo, contra la institución deseosa de verdades científicas y pruebas tangibles, Freud bruñe un arma extraordinaria: *un inconsciente psíquico invisible pero omnipotente*. Copérnico y Darwin se alejan para dejar su lugar a una mezcla de Cristóbal Colón y Mesmer.

Incapaz a partir de ahora de *trabajar sobre lo somático* por no haber querido seguir compartiendo el camino con ancianos poco inclinados a reconocer sus méritos de hombre joven apremiado, Freud decide *trabajar sobre lo psíquico*, un filón que no exige la paciencia del investigador, la humildad del trabajo en equipo, la perseverancia en la sombra con la perspectiva de una vida apagada, sin dinero, sin celebridad, sin recreos mundanos. La temeridad reivindicada como un principio le permite enfilar a toda velocidad hacia el reconocimiento del mundo, las alegrías de la notoriedad y la gratificación económica.

Quedan pues arrumbados en el almacén de antigüedades los trabajos sobre la sexualidad de las anguilas y las disecciones de cerebros de niños. De ahora en adelante, Freud se ocupa de lo invisible, lo impalpable, lo inmaterial, lo incorpóreo, lo imperceptible: lo espiritual, por lo tanto. Contrariamente a una leyenda tenaz que hace de él un pensador materialista (¿dónde están entonces los átomos de un inconsciente psíquico?), el filósofo autor de los *Trabajos de metapsicología* se sitúa

en lo sucesivo en el campo de los idealistas, los platónicos, los kantianos. El nóúmeno expuesto por Kant en la “Estética trascendental” de la *Crítica de la razón pura* interesa a Freud, que interroga a Ludwig Binswanger sobre el tema la segunda vez que este último lo visita en su casa de Viena, en Berggasse 19, entre el 15 y el 26 de enero de 1910.

En su diario, Binswanger anota:

En el transcurso de una de esas conversaciones, yo repetí una de sus fórmulas de las reuniones de los miércoles: “¡El inconsciente es metafísico y nosotros lo tomamos simplemente por real!” Esta frase prueba que, en lo concerniente a esa cuestión, Freud se ha resignado. Dice que hagamos como si el inconsciente fuera una realidad a imagen del consciente. Pero como verdadero investigador científico [*sic*], no dice nada en cuanto a la naturaleza del inconsciente, porque no sabemos nada seguro o, mejor, no podemos inferirlo sino a partir del consciente. Afirma que, así como Kant postuló la cosa en sí detrás de la apariencia, él, por su parte, ha postulado, detrás del consciente accesible a nuestra experiencia, el inconsciente, que jamás podrá, empero, ser un objeto de experiencia directa.

Y concluye: “La comparación con Kant no me parece del todo correcta en el detalle”. Durante una tercera visita de Binswanger a Viena, el 17 y 18 de mayo de 1913, Freud vuelve a tocar el tema: “Freud me ha preguntado si ‘la cosa en sí’ de Kant no será como lo que él entiende por ‘inconsciente’. Lo negué riendo y di a entender que las cosas se situaban en planos del todo diferentes”.

Binswanger puede pues reírse de la pregunta freudiana, y tiene razón si se trata de hacer una lectura kantiana de Kant, pero Freud no puede hacer más que una lectura freudiana de éste, así como un filósofo proyectará sus preocupaciones personales en el concepto kantiano de cosa en sí y como Nietzsche, por ejemplo, verá en él un avatar del mundo inteligible platónico reforzado por el espiritualismo cristiano, mientras que Schopenhauer, antes de él, lo considerará el otro nombre de su *querer vivir*. En consecuencia, Freud defiende aquí una lectura freudiana del nóúmeno kantiano, es decir una lectura... schopenhaueriana.

La lectura de *El mundo como voluntad y representación* prueba a lo largo de páginas enteras la tesis de que el querer y el nóúmeno significan exactamente lo mismo. En efecto, Schopenhauer dice con claridad: “La voluntad, esto es, la cosa en sí propiamente dicha” (libro II, § 29, p. 213). El conjunto de su obra se apoya sobre esta asimilación: el mundo como voluntad asimilable a la cosa en sí kantiana, el nóúmeno definitivamente incognoscible y el mundo como representación, identificable con lo fenoménico, susceptible de ser imperfectamente conocido por los sentidos y la razón, pero, de todos modos, objeto de conocimiento.

En Schopenhauer, ese dualismo engloba asimismo el que anima al platonismo: el cielo de las ideas incognoscibles, vagamente aprehensibles en lo intelectual mediante el uso de una razón conducida de manera juiciosa, y el mundo sensible que participa, en un modo degradado, de ese universo inteligible matriz de todo universo fenoménico. Lo sabemos por la famosa alegoría de la caverna: la Idea supone una procesión intelectual que exige al filósofo despojarse de todo lo que en él delata su naturaleza sensible, y por lo tanto su materialidad más trivial, y que reclama su parte divina —su alma, en consecuencia—, de una sustancia idéntica a la de las Ideas, aptas para entrar en contacto con ella gracias a su homología ontológica.

¿Qué dice Kant del nóúmeno en su “Doctrina trascendental del juicio”? Que

nombra “una cosa que debe concebirse no como objeto de los sentidos, sino como una cosa en sí (únicamente por un entendimiento puro)” (p. 228). Este concepto limita las ambiciones del conocimiento sensible y las audacias de una razón demasiado crítica: “El concepto de nóumeno es, pues, simplemente un *concepto limitativo* cuya meta es restringir las pretensiones de la sensibilidad” (p. 229). En cierto modo, el nóumeno hace de policía de la razón crítica al impedir su funcionamiento más allá de lo que Kant juzga plausible. Para este luterano prusiano, la razón debe ser libre, es cierto, pero tiene que velar por la libertad, la inmortalidad del alma y Dios, postulados de la razón pura sin los cuales ningún mundo cristiano es posible. El nóumeno es arma de guerra antimaterialista.

Tales son las buenas razones intelectuales por las cuales Freud, que ha dado la espalda al mundo fenoménico del laboratorio, al universo sensible de las gónadas de anguilas, se inscribe en una filiación filosófica, a pesar de que dice execrar la filosofía. No elige sin razón militante la referencia nouménica del criticismo kantiano: ésta constituye el mejor argumento para luchar contra el empirismo, el sensualismo, el materialismo y el pragmatismo que rigen toda reflexión científica digna de ese nombre. No nos asombraremos al leer en la pluma del Nietzsche imprecador del *Crepúsculo de los ídolos*, en la sección “Incursiones de un inactual”, este arrebatado flamígero: “Guardo rencor a los alemanes por haberse equivocado con Kant y su ‘filosofía de las puertas traseras’, como yo la llamo; *no* era ésa la personificación de la honestidad intelectual” (§ 16).

La referencia a lo nouménico kantiano veda todo trabajo científico: con ella entramos en la epistemológica teológica, si se me permite este temible oxímoron. Por su intermedio, en efecto, Freud puede reivindicar los “mitos científicos” de *Tótem y tabú* y la “novela histórica” de *Moisés y la religión monoteísta*, y también se siente autorizado a conversar epistolarmente con Ferenczi de sus “fantasías científicas” (8 de abril de 1915), pero, aunque se mueve en ese registro etéreo, se fastidia cuando Krafft-Ebing califica su ponencia sobre la etiología sexual de las neurosis de “cuento de hadas científico”.

Deseoso de convocar lo nouménico para definir y conceptualizar su inconsciente, Freud muestra enseguida su juego: esta noción de naturaleza estructural en el edificio psicoanalítico está definitivamente al margen de cualquier aprehensión científica. La ciencia exige, en efecto, un método experimental que supone la observación y por tanto el uso de los cinco sentidos, la totalidad del cuerpo, del cerebro y de la inteligencia. Mirar, observar, comparar, repetir las experiencias, volver a mirar, observar una vez más, deducir, someter a prueba las hipótesis, elaborar un protocolo de verificación, llevar a cabo prolongadas, lentas y pacientes investigaciones en el laboratorio o sobre el terreno clínico del hospital, trabajar en equipo, cruzar los resultados. A la inversa, al registro nouménico le alcanza con la afirmación performativa que el lingüista Austin define a través de una extraña alquimia en virtud de la cual la producción de un enunciado crea lo que enuncia; en otras palabras: Freud crea el inconsciente al pronunciar su nombre. Esta magia de la creación de un mundo por el solo hecho de su enunciación define el método de Freud: *él dice, y las cosas son*.

En las seis mil páginas de su obra completa, buscaríamos en vano una definición clara y precisa del inconsciente. A la manera de los adeptos de la teología negativa, para quienes decir Dios es aminorarlo, por la sencilla razón de que afirmar una cualidad es excluir la contraria y de que no podría imaginarse a un Dios al que le faltara una cualidad, de modo que quien pida una prueba tiene prohibida toda demostración, Freud toma la precaución de impedir el debate al anularlo desde un punto de vista metodológico.

En efecto, en la *Presentación autobiográfica*, decididamente el gran libro de la escritura de sí como leyenda, se anticipa a la objeción:

He oído repetidas veces la manifestación despreciativa de que no puede esperarse nada de una ciencia cuyos conceptos máximos son tan imprecisos como los de libido y pulsión en el psicoanálisis. Pero en la base de este reproche hay un completo desconocimiento de la situación real. Conceptos básicos claros y definiciones de nítidos contornos sólo son posibles en las ciencias del espíritu en la medida en que éstas pretendan aprehender un campo de hechos en el marco de una formación intelectual de sistema. En las ciencias naturales, a las que pertenece la psicología, semejante claridad de los conceptos máximos huelga [*sic*], y aun es imposible (XVII, p. 105) [XX, pp. 53-54].

Siguen consideraciones sobre la incapacidad de la zoología y la botánica en sus inicios para definir correctamente al animal y la planta, sobre la imposibilidad en que se ve la biología, en 1925, de proponer un contenido a la noción de ser vivo, y sobre el hecho de que la física misma se mostró durante tanto tiempo incapaz de precisar el sentido exacto de los conceptos de materia, fuerza y gravitación. Por ello, el psicoanálisis balbuceante no tiene la necesidad de producir los testimonios nosológicos y conceptuales que otras ciencias, entre las más honorables, fueron incapaces de dar en un mismo estado embrionario. Aquí tenemos pues el performativo freudiano al abrigo de la obligación arriesgada de definir con claridad inconsciente, libido, pulsión.

¿Cómo hacer, entonces, cuando se aborda el psicoanálisis por sus grandes conceptos, habida cuenta de que una definición no es posible ni pensable? Abramos el célebre e insoslayable *Diccionario de psicoanálisis* de Laplanche y Pontalis en el artículo “Inconsciente”: “Si hubiera que resumir en una palabra el descubrimiento freudiano, esa palabra sería indiscutiblemente ‘inconsciente’”. Está dicho, pues: el inconsciente constituye la clave de bóveda del psicoanálisis. Pero este concepto no puede decirse ni nombrarse; no podemos precisarlo ni definirlo de manera clara y distinta. *La interpretación de los sueños* teoriza incluso esa imposibilidad, puesto que allí se lee que el inconsciente designa lo reprimido, y lo reprimido, por definición y naturaleza, es invisible.

Aunque imposible de definir, Freud intenta empero decir lo indecible que a su juicio es el inconsciente. Para ello, no ahorra esquemas, con figuras, flechas, indicaciones de movimientos, abreviaturas identificables con valores algebraicos (*Pc*, *Ics*, *S*, *S*, *S*, *M*) que dan credibilidad a la reivindicación científica para representar el funcionamiento del aparato psíquico en el cual el inconsciente actúa en las sombras, dado que maneja los hilos de ese teatro de títeres de valores desconocidos e indecibles. A lo cual Freud agrega: “Desde luego [*sic*], sería vano empeñarse en indicar con palabras el significado psíquico de un sistema semejante” (IV, p. 592) [V, pp. 532-533]. De hecho, como la palabra se muestra reacia, la demostración no se

producirá: en consecuencia, se pide al lector que *crea en la palabra del autor*.

Tras la representación esquemática y algebraica, Freud remite a una metáfora fotográfica para expresar de manera metafórica el funcionamiento del aparato psíquico, puesto que hay que poner “el mayor cuidado en no caer en la tentación de determinar esa localidad como si fuera anatómica” (IV, p. 589) [V, p. 529]. Así, en la lógica de esta comparación, “la localidad psíquica corresponde entonces a un lugar en el interior de un aparato, en el que se produce uno de los estadios previos de la imagen. En el microscopio y el telescopio, como es sabido, éstas son en parte unas localizaciones ideales, unas zonas en las que no se sitúa ningún componente aprehensible del aparato” (*ibid.*) [V, pp. 529-530].

He aquí, pues, un espacio sin dimensión, un lugar atópico en el cual se nos pide que creamos literalmente, y que suscribamos sin pruebas: ¿hay que conformarse con tales perspectivas? No, dado que en la obra completa hay una serie de consideraciones capaces de permitir un retrato en negativo de esa figura cuya naturaleza consistiría en sustraerse. Esparcidas, diseminadas, fragmentarias, esas informaciones posibilitan hacerse una imagen impresionista, si no puntillista del inconsciente: no sabremos *qué* es, pero sí *qué* contiene. Aun cuando el contenido no contribuya a la definición del continente por los objetos que encontramos en él, tal vez sepamos así de lo inefable un poco más de lo que sabríamos si apeláramos a esquemas adornados de incógnitas algebraicas representadas por letras, si no a abrir aparatos fotográficos, microscopios o telescopios para tratar de ver en ellos una invisible cámara negra entre dos lentes pulidas...

Las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* nos informan de la existencia de un fondo filogenético transmitido de era en era y que se remonta al periodo más remoto de la humanidad. El inconsciente primitivo de los primeros hombres sigue activo, por tanto, en el dispositivo psíquico de los contemporáneos del aparato fotográfico freudiano. ¿Qué encontramos como herencia de nuestros ancestros cavernarios? El complejo de Edipo, por supuesto, y por consiguiente la horda primordial, el asesinato del padre, el banquete caníbal, el miedo a la castración, la seducción infantil, la capacidad para lo simbólico, la excitación del niño ante el espectáculo de la sexualidad de sus padres. Es cierto, esas “huellas mnémicas” no deben concebirse como imágenes y menos aún como si fueran una película, al modo del recuerdo clásico en la memoria tradicional. Son recuerdos sin imágenes, memorias sin formas, fuerzas, de alguna manera, pero fuerzas sin cantidades mensurables, potencias dinámicas, afectos activos en el terreno pulsional.

La lectura de “De guerra y muerte. Temas de actualidad” nos enteramos, pero siempre en la modalidad performativa, de que el inconsciente ignora la muerte: “¿Cómo se comporta nuestro inconsciente frente al problema de la muerte? La respuesta tiene que ser [*sic*]: casi de igual modo que el hombre primordial. En este aspecto, como en muchos otros, el hombre de la Prehistoria sobrevive inmutable en nuestro inconsciente. Por tanto, nuestro inconsciente no cree en la muerte propia, se conduce como si fuera inmortal” (XIII, p. 151) [XIV, p. 297].

Sin embargo, en la página siguiente Freud enuncia —siempre performativo— que “nuestro inconsciente mata incluso por pequeñeces” (XIII, p. 152) [XIV, p. 298],

porque desea la muerte de los individuos que se entrometen en nuestro camino. Tales son por ende las razones por las cuales el inconsciente puede ignorar la muerte pero quererla al mismo tiempo; en otras palabras, desconocer una cosa pero aspirar con ardor a ella, en virtud de ese muy útil rasgo de carácter que ignora la contradicción.

Cerrojo ideal, en efecto, este otro performativo por medio del cual Freud plantea que “los opuestos coinciden en su interior” (XIII, p. 151) [XIV, p. 297]. Con ello, no se puede decir nada del inconsciente, pero, reverso de la medalla, también puede decirse todo y lo contrario de todo, en virtud de un estatus epistemológico de excepción: la inexistencia de la lógica de ordinario rectora de la razón razonable y razonante, por ejemplo con el principio de no contradicción, que no podría incumbir a esa fuerza que, no obstante, y si damos crédito a Freud, se erige en ley de manera muy estructurada.

En *Más allá del principio de placer*, Freud señala que el inconsciente quiere llegar a ser consciente: performativo, una vez más. Ése es su tropismo natural, su discurso del método. A lo cual el filósofo añade que en el *Ics* reina la omnipotencia del principio de placer: el inconsciente quiere, pues, gozar sin trabas, desea una vida propagada, anhela la expansión sin límites de las fuerzas hedonistas. De manera correlativa, procura evitar todo displacer. Sometido al principio de realidad que obliga a la renuncia, la represión, sufre por tanto presiones no sobre la cantidad pulsional sino sobre sus trayectorias.

En otro texto, *El yo y el ello*, Freud afirma, autorizado por una misma estrategia performativa: “Lo reprimido es para nosotros el modelo de lo inconsciente” (XVI, p. 260) [XIX, p. 17]. Y agrega, con la misma temeridad epistemológica: “Vemos [*sic*], pues, que tenemos dos clases de inconsciente: lo latente, aunque susceptible de conciencia, y lo reprimido, que en sí y sin más es insusceptible de conciencia” (*ibid.*) [*ibid.*]. De tal modo, el inconsciente latente se denomina preconsciente, mientras que el inconsciente en sentido estricto queda limitado a lo reprimido.

Un nuevo artificio retórico permite preservar el carácter misterioso del asunto: si lo inconsciente termina, pese a todo, por saberse, deja de serlo para entrar en otra categoría conceptual, otra figura metafórica, el *Pcs* en el catálogo del algoritmo freudiano. El artificio sofisticado que posibilita la organización teórica del carácter inasible consiste en afirmar que esta noción imposible de aprehender se puede asimilar al menos de dos maneras: una calificada de dinámica, otra, de descriptiva. Como se habrá comprendido, la dimensión dinámica llega en el momento oportuno para rendir cuentas de un deslizamiento, un desplazamiento, una desaparición de lo que debe mantenerse inhallable aunque se lo haya decretado omnipotente.

El *Esquema del psicoanálisis* nos informa de que la primera tópica que articula *Ics*, *Pcs* y *Cs*, propuesta al lector en *La interpretación de los sueños* de 1900, deja su lugar a una segunda tópica, la de *El yo y el ello*, en 1923. Nuevas perspectivas sobre un mismo objeto imperceptible como no sea por el sesgo, el desvío, la sombra tendida, la oblicuidad de la metáfora o la licencia de la alegoría. Pero el *Esquema*, el testamento teórico de Freud que resume medio siglo de trabajo, el último texto inconcluso, agrega consideraciones pocas veces difundidas y, sin embargo, bastante inesperadas. Freud explica, en efecto, que con *ello*, *yo* y *superyó* la segunda tópica significa metafóricamente, y que abre nuevas perspectivas para la psicología, porque

“este esquema general del aparato psíquico habrá de considerarse válido también para los animales superiores, semejantes al hombre en lo anímico” (p. 6) [XXIII, p. 145].

Ya en *Lo inconsciente*, Freud escribía: “Si hay en el hombre unas formaciones psíquicas heredadas, algo análogo al instinto [*Instinkt*] de los animales, eso es lo que constituye el núcleo del Ics” (XIII, p. 233) [XIV, p. 191]. Concluyamos entonces que el *Homo sapiens* de la era del teléfono comparte con el hombre de las cavernas y algunos mamíferos superiores un mismo núcleo oscuro, impenetrable, indestructible, aunque todopoderoso, que se llama inconsciente...

Para terminar, el inconsciente tiene gran memoria y no olvida nada. Lo que sucedió hace treinta años sigue guardado: una humillación, por ejemplo, y Freud piensa en su infancia, en su padre humillado por un antisemita, pero también en su progenitor que lo humilla a causa de un uso fuera de lugar del bacín. Todo eso permanece estancado en aquella memoria inmaterial y produce —o podría producir— efectos muchos decenios después. En el inconsciente tal y como Freud lo quiere, lo ve, lo piensa, lo afirma, lo crea, el pasado no existe, y tampoco el olvido: todo está presente, eternamente presente, inmutable, sin cambios.

A falta de saber *qué es* el inconsciente, hemos podido entrever en parte *su contenido*. Freud explica igualmente *cuál es su dinámica*. La primera tópica, en efecto, pone en escena la articulación de tres actores principales: el Ics, el Pcs y el Cs. En el Ics hay pulsiones, instintos cuyo movimiento natural consiste, a la manera de un principio de Arquímedes psíquico, en salir a la superficie hacia el Cs en virtud del principio también performativo de que el Ics quiere convertirse en Cs. Tres posibilidades se ofrecen entonces a esa aspiración del inconsciente al consciente: *una primera*, la *satisfacción* pura y simple, pues los deseos inconscientes no presentan ningún peligro, ningún riesgo, y habrán de ser autorizados por la censura, que separa Pcs y Cs, a llegar a este último, que decidirá sobre la realización del deseo. De tal modo, éste, vuelto consciente, se realiza con facilidad y al mismo tiempo desaparece la tensión.

Las otras dos posibilidades destinales conciernen a deseos socialmente imposibles de presentar al Cs, porque la censura, que representa la fuerza de la moral, el poder de la ley, el peso de las prohibiciones, el vigor de las costumbres, impide su surgimiento. De allí *una segunda posibilidad*: la *sublimación*, es decir, la realización desviada de un deseo socialmente inaceptable convertido en deseo socialmente aceptable: una pulsión erótica impresentable ante el Cs alimenta, por ejemplo, una creación artística, una producción intelectual, una obra filosófica, y recicla así un instinto, una pulsión. Los análisis realizados por Freud en el ámbito del arte sobre el *Moisés* de Miguel Ángel, *La Virgen*, *el Niño Jesús y santa Ana* de Leonardo da Vinci o la *Gradiva* de Jensen proponen seguir en el detalle psicoanalítico el trayecto de una sublimación.

La *tercera posibilidad*, en el caso de la imposible presentación de un deseo inconsciente al Cs, resulta ser la *represión*. En este caso, la censura efectúa un trabajo radical, no se deja engañar en beneficio de una sublimación, asimilable a una seducción exitosa del deseo con respecto a ella. De tal modo, el deseo en cuestión vuelve a alojarse en el Ics del que proviene y donde va a permanecer para llevar a cabo el trabajo de zapa psíquico constitutivo de todas las psicopatologías.

El psicoanálisis se propone dar nombre a esa represión, hacerla consciente por medio del trabajo analítico y luego, debido a ello, gracias al mero proceso de irrupción de aquélla en la conciencia y del retorno de lo reprimido, curar al paciente. La verbalización de lo reprimido, la detección de las razones de la represión —la mayoría de las veces un trauma libidinal antiguo—, producen, por obra del verbo del analista, la volatilización del síntoma. Ésa es al menos la enseñanza de Freud.

Pero ¿cómo tomar conocimiento de ese inconsciente invisible pero plenipotenciario? ¿Hay vías de acceso inesperadas pero eficaces para penetrar en esa fortaleza? Ignorantes de *lo que es*, más o menos al corriente de *lo que contiene*, instruidos sobre las grandes líneas de *su dinámica*, podemos por último agregar que disponemos de medios para saber un poco más a su respecto si proponemos *lo que lo perfora*, es decir, el sueño, la pesadilla, el lapsus, el acto fallido, el chiste, la broma, la ironía, el olvido de una serie de cosas: los nombres propios, los nombres comunes, los nombres de lugares, objetos, impresiones o proyectos, pero también torpezas, errores de cálculo, atolondramientos y todo lo que Freud llama psicopatología de la vida cotidiana.

Nos encontramos, pues, frente a una extraña paradoja: para deformar una imagen conocida, el inconsciente parece ser un círculo cuyo centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna; da la impresión de existir como una figura nouménica pensada por el cerebro de un filósofo idealista; se resiste a las palabras y sólo las alegorías ópticas, las metáforas espaciales, las imágenes algorítmicas dan a entender que, tal vez, podríamos acercarnos un poco a su sombra; flota en el cielo de las ideas como una mera cosa en sí, invisible pero omnipotente; no se dice, pero quiere todo lo que es; se impone como una fortaleza inexpugnable, inaccesible, sombría y amenazante, que esconde extrañas maquinaciones, pero un botón mal cosido, una alianza perdida, un objeto roto, el extravío de las llaves de una casa, una dirección mal escrita en un sobre, una moneda mal devuelta, una bolita hecha con miga de pan, un sobado manojito de llaves, un retruécano, una combinación ferroviaria perdida, la elección de un número al azar, un sueño de enuresis y otros mil pequeños detalles accidentales de la vida cotidiana despanzurrean la ciudadela y dejan a la vista sus secretos. He aquí, entonces, una temible cosa en sí invisible cuyas prerrogativas no deja de amenazar una inmensa constelación fenoménica: el Dios del inconsciente nouménico se oculta, es cierto; se resiste al develamiento, claro está, pero el diablo está en los detalles fenoménicos. El psicoanálisis se hace compañero de ruta del diablo bajo el sol negro de ese Dios.

5. ¿CÓMO DAR LA ESPALDA AL CUERPO?

“Nuestra tópica psíquica *provisionalmente* [sic] nada tiene que ver con la anatomía.”

SIGMUND FREUD, *Lo inconsciente* (XIII, p. 214) [XIV, p. 170]

La renegación freudiana de la carne no se da sin retorno de lo reprimido, para decirlo con su lenguaje. En efecto, la decisión de dar la espalda al cuerpo para interesarse en un inconsciente psíquico nouménico, esto es, cerrado bajo siete llaves para que la razón razonable y razonante no lo moleste, no podría borrar de un plumazo conceptual el cuerpo, la carne, la materia del ser. Freud reivindica la hipótesis, multiplica las precauciones lingüísticas, anda a tientas, va y viene, erra tanto en la terapia como en la doctrina, recurre a metáforas, diserta sobre imágenes, lleva hasta el final las consecuencias de una ficción conceptual, desarrolla brillantemente un pensamiento a partir de un ideograma espacial, hace malabarismos con los conceptos como un kantiano avezado, pero sabe, en el fondo de sí mismo, que en última instancia el que habla es el cuerpo, y no el lenguaje. ¿El lenguaje que habla? Una tautología de lingüista.

Cuando elabora su segunda tópica, en *El yo y el ello*, Freud habla del “plasma germinal”, y deja de tal modo aparecer algo de lo que reprime. Las tópicas actúan como metáforas espaciales para tratar de decir lo indecible inconsciente. Cuando una figura de estilo parece más pertinente para significar mejor, Freud la adopta de buena gana: no profesa la religión de sus imágenes. Entonces, tomemos esta reivindicación dialéctica del propio Freud para destacarla en la perspectiva de un *después de Freud* en condiciones de superar y conservar lo que fue el psicoanálisis en la primera mitad del siglo XX.

Agreguemos a ello esta idea expuesta en *La interpretación de los sueños*: “Aun allí donde la investigación permite reconocer en lo psíquico la ocasión primaria de un fenómeno, un estudio más profundo sabrá descubrir, en cada caso, la continuación del camino que lleva hasta la fundamentación orgánica de lo psíquico. Pero donde lo psíquico haya de resultar, para el estado actual de nuestro conocimiento, la estación final, será preciso admitirlo” (IV, p. 72) [IV, p. 67]. En otras palabras: Freud reivindica aquí la verdad *puntual* de su doctrina, a la espera de que, con el paso del tiempo (utiliza el futuro, no el potencial), se abra una oportunidad en el sentido de la “fundamentación orgánica de lo psíquico”.

Este famoso inconsciente psíquico postulado y creado según el modo performativo bien podría no ser, por tanto, más que el nombre *provisorio* que un descubrimiento venidero tornará caduco. Y ese hallazgo, Freud no lo imagina en el terreno del psiquismo, del progreso en el psicoanálisis, su criatura, sino en el de lo somático. ¿El inconsciente? ¿Una hipótesis *temporaria* mientras se aguarda un descubrimiento

verdaderamente científico? Treinta y ocho años después, la tesis expuesta en *La interpretación de los sueños* (1900) tiene su corroboración en las conclusiones del *Esquema del psicoanálisis* (1938), que considera que la química será capaz de curar y archivar el psicoanálisis. ¿Una “fundamentación orgánica” del aparato psíquico sobre la cual se podría intervenir, para modificar sus aberraciones psicopatológicas, por medio de “sustancias químicas”? He aquí un Freud dialéctico que, debido a ello, accede a lo universal en la humanidad por la inscripción de su trabajo en la historia.

Rescatemos pues esos momentos freudianos que, pese a la omnipotencia del psiquismo, señalan que el inconsciente no es, como el dios aristotélico, una causa incausada o un primer motor inmóvil, sino que también es movido. ¿Por quién? ¿O por qué? Por ese famoso “plasma germinal” presente por doquier en la obra. Es cierto, Freud toma esta expresión del médico biólogo August Weismann (1834-1914), a quien se debe asimismo la teoría de que los caracteres adquiridos por un individuo no pueden transmitirse hereditariamente. Para este biólogo, el plasma germinal supone que los organismos multicelulares se compongan de *células germinales*, que contienen la información hereditaria, y de *células somáticas*, que se ocupan de las funciones vitales. Las primeras no sufren la influencia de lo aprendido por el cuerpo ni de una capacidad adquirida a lo largo de la vida. En consecuencia, no pueden transmitir esas adquisiciones a la generación siguiente.

Esta tesis reaparece en Freud. Por ejemplo en *Lo inconsciente*: “el individuo es un apéndice temporario y transitorio del plasma germinal, cuasi inmortal, que le fue confiado por [el proceso de] la generación” (XIII, p. 170) [XIV, p. 120]. Por consiguiente, el individuo cuenta con una doble existencia: en cuanto es para sí mismo su propio fin, pero también como eslabón de una larga cadena en la cual toma su lugar. Schopenhauer diría: como representación y como querer. O bien: individuo con todas las de la ley, en el sentido corriente del término, y miembro de la especie, mortal en el primer caso, inmortal a su manera en el segundo.

En el texto freudiano encontramos consecuentemente las “pulsiones del yo” y las “pulsiones sexuales”: las unas al servicio de la conservación de nuestra existencia individual, las otras dedicadas a asegurar la permanencia de la especie. Existe entonces un *plasma germinal inmortal*, asimilable en mayor o menor medida al *querer* schopenhaueriano o a la *voluntad hacia el poder* nietzscheana, si no al *Inconsciente* de Eduard von Hartmann, que cada uno de nosotros lleva consigo durante el breve lapso de su vida en la tierra; y un *plasma germinal mortal* que desaparece al mismo tiempo que nosotros. Digámoslo de otra manera, en un vocabulario kantiano revisado y corregido por un Schopenhauer leído por Freud (!): un plasma germinal nouménico y un plasma germinal fenoménico, o, para reformularlo en el lenguaje platónico, un plasma germinal inteligible y un plasma germinal sensible.

Como idealista convencido, Freud sostiene que estamos compuestos de un *soma mortal*, una parte condenada a la muerte, destinada a la nada, reducible al cuerpo, con excepción de la sustancia sexuada y hereditaria, y de un *plasma germinal inmortal* utilizado con fines de reproducción de la especie y su prolongación en el tiempo. En *El yo y el ello* escribe: “La repulsión [*Abstossung*] de los materiales sexuales en el acto sexual se corresponde en cierta medida con la división entre soma y plasma

germinal” (XVI, p. 290) [XIX, p. 48]. Probablemente no lo habríamos sospechado, pero, bueno, es así... De allí la analogía, subraya el autor, entre gozar y morir, y otras comparaciones convencionales entre la eyaculación y la pequeña muerte.

El freudismo encarna por tanto un vitalismo enmascarado por la reivindicación furiosa de un panpsiquismo. Puesto que Freud no se preocupa en modo alguno por el cuerpo, la carne, los nervios, las neuronas, y orienta su análisis hacia la libido, los instintos, las pulsiones; construye la totalidad de su edificio sobre el inconsciente, y en los repliegues de frases disimuladas en la obra completa se descubre una doctrina vitalista clásica, porque inconsciente, libido, pulsiones, instintos y otras fuerzas psíquicas significadas metafóricamente están en el origen de todo, es cierto, pero en el origen de este origen encontramos... ¡lo somático! Las últimas líneas de la última página de “Análisis terminable e interminable”, un texto del Freud postrero, enuncian: “Para lo psíquico lo biológico desempeña realmente el papel del basamento rocoso subyacente” (p. 268) [XXIII, p. 253].

Este reconocimiento de una genealogía somática en todo lo que es psíquico está, pues, presente por doquier en la obra. Inventario de ese camino señalizado con guijarros: en 1905, en los *Tres ensayos de teoría sexual*, Freud se interroga sobre la formación de la identidad sexual y para dilucidar el problema remite a conexiones “en el organismo” (VI, p. 145) [VII, p. 189]. Ya no se trata, entonces, de esquemas y algoritmos, incógnitas de naturaleza algebraica o metáforas literarias, fotográficas u ópticas. Si bien confiesa no saber muy bien de dónde proviene la excitación sexual, Freud dice con todo que ésta mantiene relaciones de causalidad con “sustancias particulares que provienen del metabolismo sexual” (VI, p. 155) [VII, p. 197]: en efecto, habla claramente del “quimismo sexual” (*ibid.*) [*ibid.*, nota 12].

Más adelante, en “El interés por el psicoanálisis”, de 1913, Freud escribe: “Constituiría un serio error suponer que el análisis se propone alcanzar, o postula, una concepción puramente psicológica de las perturbaciones anímicas. No puede ignorar que la otra mitad del trabajo psiquiátrico tiene por contenido el influjo de factores orgánicos (mecánicos, tóxicos, infecciosos) sobre el aparato anímico” (XII, p. 109) [XIII, p. 178]. Insistiendo sobre “el factor indudablemente orgánico”, teoriza el apartamiento de la biología para evitar el parasitismo del juicio analítico y añade: “Empero, luego de consumir el trabajo psicoanalítico, nos vimos precisados a hallar su enlace con la biología” (XII, p. 116) [XIII, p. 184]. ¡Peticiones de principio de total claridad, sin duda!

Nos habría gustado, en efecto, que esa tesis, tan justa, fuera también la del psicoanalista indiferente a los factores orgánicos cuando analiza sus casos célebres: Freud no dejó de negar esa verdad teórica afirmada, para sumirse por completo en una terapia puramente verbal y defender una etiología marcada en forma exclusiva con el sello de lo simbólico y el fantasma. El caso de Emma Eckstein (al cual volveré a referirme) parece emblemático de esa renegación del cuerpo y de la polarización excluyente, si no extraordinariamente porfiada, en los mecanismos psíquicos. Freud *teoriza* de una manera exacta y justa aquello que, sin embargo, *no practica* en su diván.

El año siguiente, 1914, en “Introducción del narcisismo”, podemos leer otra vez esto: “Todas nuestras provisionalidades [*sic*] psicológicas deberán asentarse alguna

vez en el terreno de los sustratos orgánicos” (XII, p. 224) [XIV, p. 76]. Pero también: “La hipótesis [*sic*] de unas pulsiones sexuales y yoicas separadas, y por lo tanto la teoría de la libido, descansa mínimamente en bases psicológicas, y en lo esencial tiene apoyo biológico” (XII, p. 223) [XIV, p. 76]. Siempre la inscripción de las hipótesis en una lógica dialéctica y la idea de que, con el tiempo, el movimiento llevará inevitablemente hacia la fisiología, la anatomía, el cuerpo somático en lugar del cuerpo psíquico.

En 1915, Freud escribe los artículos que los editores agruparon luego bajo el título de *Trabajos sobre metapsicología*, y entre ellos, *Lo inconsciente*. En ellos, apela profusamente a la biología para basar su teoría de la pulsión. Hemos visto que la teoría del plasma germinal le permite pensar las pulsiones del yo y las pulsiones sexuales con referencia a la autoconservación y la reproducción de la especie. Luego considera “las relaciones del aparato psíquico con la anatomía”, ya que “es un resultado incommovible de la investigación científica que la actividad del alma se liga con la función del cerebro como no lo hace con ningún otro órgano” (XIII, p. 213) [XIV, p. 170]. Si la actividad psíquica no se localiza en las zonas neuronales, no es por razones estructurales sino coyunturales. De modo que, según este texto, algún día podríamos imaginar una localización, que autorizaría aun hoy, o mañana, una visualización del inconsciente por los aparatos médicos de imágenes. En efecto: “Nuestra tópica psíquica *provisionalmente* [*sic*] nada tiene que ver con la anatomía” (XIII, p. 214) [XIV, p. 170]. Se leyó bien: *provisionalmente*, y no *definitivamente*. Conclusión: la tópica psíquica es por el momento metafórica, pero nada impide que algún día sea anatómica.

Más allá del principio de placer (1920) aborda la cuestión de la pulsión de muerte en relación con la biología. En este texto psicoanalítico de la más alta densidad filosófica, Freud ve en los protozoarios, los paramecios, los animálculos, los infusorios, otras tantas vías de acceso al ser vivo pensado como animado por un principio de nirvana en virtud del cual la vida, en definitiva, no quiere otra cosa que el estado anterior a la vida; en otras palabras: el retorno a la nada. Para esta nueva doctrina, el psicoanalista redoblado por el filósofo, si no a la inversa, reivindica el hecho de “tomar préstamos a la ciencia biológica” (XV, p. 334) [XVIII, p. 58]. Leamos: “Tenemos que esperar de ella los esclarecimientos más sorprendentes y no podemos columbrar las respuestas que decenios más adelante dará a los interrogantes que le planteamos” (*ibid.*) [*ibid.*]. Y además: “Quizá las dé tales que derrumben todo nuestro artificial edificio de hipótesis” (*ibid.*) [XVIII, pp. 58-59]. Conclusión: si la verdad del momento parece estar del lado del psicoanálisis, la de mañana, según la confesión misma de Sigmund Freud, bien podría estar del lado de la biología.

Tres años después, en *El yo y el ello* (1923), Freud escribe que “el yo es sobre todo una esencia-cuerpo” (XVI, p. 270) [XIX, p. 27], y luego: “Sobre la base de consideraciones teóricas, apoyadas por la biología, suponemos [*sic*] una pulsión de muerte, encargada de reconducir al ser vivo orgánico al estado inerte, mientras que el Eros persigue la meta de complicar la vida mediante la reunión, la síntesis, de la sustancia viva dispersada en partículas, y esto, desde luego, para conservarla” (XVI, p. 283) [XIX, p. 41].

Jamás fue Freud tan claramente vitalista como en esta página donde señala que hay

pulsión de vida y pulsión de muerte en “cada fragmento de sustancia viva” [XIX, p. 42]. Algunas líneas más adelante dice: “Una sustancia podría tomar sobre sí la subrogación principal del Eros” (XVI, p. 284) [XIX, p. 42]. De modo que pulsión de vida y pulsión de muerte se encarnan efectivamente, en el sentido etimológico. No son, pues, metafóricas, ficticias, alegóricas, matemáticas, algorítmicas, sino sustanciales, concretas, materiales.

En 1926, año de la aparición de *¿Pueden los legos ejercer el análisis? Diálogos con un juez imparcial*, el mismo bajo continuo para una melodía similar: las pulsiones se localizan en el yo corporal. Dan nombre a necesidades fisiológicas que procuran obtener satisfacción. Puesto que el vitalismo freudiano define igualmente un hedonismo: las pulsiones buscan su satisfacción porque quieren “un imperio del principio de placer” [XX, p. 187], evitan la frustración, la represión, el displacer de un estrangulamiento o un estancamiento dinámico. ¿Su tropismo natural? La caída de la tensión de la necesidad por medio de una respuesta apropiada a la exigencia, un proceso que no deja de generar un placer. De manera correspondiente, el crecimiento de la tensión de una necesidad produce displacer. En el origen de todo este dispositivo están, una vez más, el cuerpo, la fisiología, la biología.

Para terminar, en el *Esquema del psicoanálisis* de 1938, libro final e inconcluso de un pensador al cabo de medio siglo de reflexión y ochenta y dos años de vida, Freud confirma desde las primeras líneas que el cerebro y el sistema nervioso constituyen los lugares del psiquismo: “De lo que llamamos nuestra psique (vida anímica), nos son consabidos dos términos: en primer lugar, el órgano corporal y escenario de ella, el encéfalo (sistema nervioso) y, por otra parte, nuestros actos de conciencia, que son dados inmediatamente” (p. 5) [XXIII, p. 143]. La obra comienza de este modo y termina con los puntos suspensivos que la muerte impone a un texto inacabado.

Tenemos pues, de 1900 a 1938, unos cuantos de esos guijarros con los que se señala un camino vitalista. En ese aspecto, Freud no cambió. Ahora bien, la afirmación de que el inconsciente hace la ley, pese a su invisibilidad, pero que, a fin de cuentas, el psiquismo se apoya en un basamento biológico innegable, lo pone en una posición incómoda. En realidad, esa ambivalencia ronda el texto de la obra completa, pero de manera puntual, parcial, distante, velada, aunque constante y regular, no obstante el hecho de que casi toda su extensión está ocupada por las aventuras inmateriales de una vida psíquica desconectada de la materia corporal en general o del plasma germinal en particular, de la biología o la fisiología, de la anatomía o de la sustancia carnal, de las neuronas o del cerebro. ¿Cómo explicar esa escisión, a saber, que lo somático es genealógico, sin que ello impida polarizarse en lo psíquico y nada más que en lo psíquico?

Freud no era muy bueno cuando se trataba de hacer un diagnóstico. Así, esta anécdota contada en la *Presentación autobiográfica*: joven médico con un cargo de docente adscrito, se ocupa de las enfermedades orgánicas del sistema nervioso y luego disecciona y localiza con precisión centros en el encéfalo. ¡Su renombre, dice, se expande! E incluso hace que médicos norteamericanos acudan a su servicio, en el cual él enseña su ciencia en inglés. Ahora bien, un día no logra diagnosticar... una neurosis, tomada por una meningitis.

En él, sin embargo, la confesión siempre es borrada por una información que la

anula: “Nótese en mi descargo que en ese tiempo, en Viena, aun autoridades mayores que yo solían diagnosticar la neurastenia como tumor cerebral” (XVII, 60) [XX, p. 12]. Frente a ese error de diagnóstico, quienes habían acudido a aprender y sabían se apartaron de él. ¿El suceso fue el desencadenante del deseo de perfeccionar sus conocimientos de la neurosis con Charcot? Lo cierto es que en su autobiografía, el pasaje dedicado a su partida hacia la Salpêtrière viene inmediatamente después de la confesión de su error de diagnóstico. ¿Hay que ver en la afrenta personal de ese fracaso el deseo de dar la espalda a lo somático y no interesarse ya en otra cosa que el psiquismo?

No siempre competente en la comprensión de las afecciones psicológicas, Freud tampoco lo era en las del cuerpo. En rigor, sabía que sus extravíos lo habían llevado a cometer graves errores médicos. Así lo testimonian el entusiasmo por la cocaína, seguido de la muerte de su amigo; sus tanteos con la electroterapia; sus chapucerías con la hipnosis, para la cual confiesa no estar dotado, pese a la baza del artilugio haptonómico, y su prescripción de la invasiva y monstruosa terapia basada en sondas e inyecciones de agua helada en la verga, a todo lo cual es menester agregar experiencias traumatizantes en su trayectoria personal, por ejemplo Emma Eckstein o el accidente que bautizaré como *caso Mathilde*.

Esta última historia aparece en *La interpretación de los sueños*. Freud habla de “una triste vivencia médica” (IV, p. 147) [IV, p. 132]: un error de prescripción medicamentosa que ocasiona la muerte de la joven mujer. En su defensa, Freud aclara que recetaba habitualmente esa sustancia, cuya toxicidad, en la época, nadie conocía. La denegación de ese error médico, al margen de no arrancarle arrepentimiento alguno, ni una palabra de compasión, provoca una reacción violenta en el culpable: rechaza la causalidad somática en beneficio de una causalidad mágica, en que la renegación del cuerpo juega en favor de la psique. Lejos del plasma germinal, volvemos a dar con los fantasmas inmateriales del terapeuta.

Leamos su explicación:

La enferma que sufrió la intoxicación llevaba el mismo nombre que mi hija mayor. Hasta ahora nunca había reparado en ello; ahora todo ocurre casi como una venganza del destino. Como si la sustitución de las personas debiera proseguirse en otro sentido; esta Mathilde por aquella Mathilde, ojo por ojo y diente por diente. Es como si yo buscara todas las ocasiones que pudieran atraerme el reproche de falta de probidad médica (IV, p. 147) [IV, pp. 132-133].

Freud reprime por lo tanto el error médico que causa la muerte de su paciente, no porque se trate de una prueba de su impericia, sino porque la fallecida tenía el mismo nombre que su hija.

De la misma manera, el episodio del deceso de su amigo Ernst Fleischl-Marxow en 1895 —a raíz, como se recordará, de su prescripción de inyecciones subcutáneas de cocaína para curarlo de una morfinomanía— no genera ningún remordimiento, ninguna piedad en Freud, cuya completa culpabilidad, sin embargo, es sabida (él también lo sabía, ya que destruyó las pruebas publicadas que lo acusaban), sino una renegación seguida de una reconstrucción de lo sucedido. Algunas líneas antes de abordar el *caso Mathilde*, Freud recuerda el fatal infortunio y propone su versión legendaria: “Un caro amigo, ya muerto en 1895, apresuró su fin por el abuso de este

recurso” (IV, p. 147) [IV, p. 132], la cocaína, a la sazón. En 1900, el terapeuta Sigmund Freud ya tiene al menos dos muertes sobre la conciencia, debidas al mero efecto de su incompetencia...

En una nota de *Psicopatología de la vida cotidiana*, Freud cuenta otra historia de parecidos lineamientos. Siempre renegación de lo somático, rechazo del cuerpo y polarización en lo psíquico. En el momento de redactar las páginas de esa obra, se refiere al detalle de un olvido: al consultar su libro de cuentas, no logra asociar las iniciales de un individuo a la suma de los honorarios indicados frente a esa entrada. Sin embargo, cuando compulsaba el libro constata que ha atendido a esa persona en un sanatorio y que, por tanto, tuvo tiempo de codearse con ella durante varias semanas. En un primer momento es imposible rememorar la identidad del personaje. Luego se acuerda de una niña de catorce años.

La niña estaba aquejada de una inequívoca histeria, que en mis manos experimentó una rápida y radical mejoría. Tras esta última, los padres me la quitaron; aún se quejaba de unos dolores abdominales, a los que correspondía el papel principal en el cuadro de síntomas histéricos. Dos meses después, moría de sarcoma en las glándulas abdominales. La histeria, a la cual la niña tenía una [indiscutible]^[9] [sic] predisposición [sic] suplementaria, había tomado la formación tumoral como causa provocadora, y yo, cautivado por las ruidosas pero inofensivas manifestaciones de la histeria, quizá descuidé los primeros síntomas de la subrepticia e incurable [sic] enfermedad (pp. 156-157) [VI, p. 145, nota 22].

Explicación: aun en el caso de muerte de una chiquilla, Freud no duda un segundo de la excelencia de su diagnóstico —histeria, una vez más— ni de ninguna otra cosa. Por lo demás, la niña tenía una indiscutible predisposición, y si era así, ¿quién lo discutiría? Freud tampoco duda de su terapia: la trató y la paciente experimentó una radical mejoría; una vez sucedido esto, la niña abandonó la institución en que él la atendía. Se siente, de paso, que la formulación freudiana da a entender que, si los padres no se la hubieran llevado, el desenlace no habría sido fatal. Si bien Freud revela, con todo, la existencia de una patología somática que confiesa no haber advertido, sigue siendo el médico con título universitario, el profesional hospitalario autorizado a tomar decisiones, incluso contra los padres si cometen un error al retirar a su hija del sanatorio.

Su intención es salvar la cara: no ha diagnosticado el tumor, es cierto —lo cual sería, de una manera u otra, un error grave por parte de un médico, desde luego—, pero éste era el origen de la histeria, deducción a la cual no volverá. ¿Podría dudar un poco de sí mismo cuando confiesa haberse distraído a causa de una patología que, quizá, no existe realmente, y que lo habría llevado a hacer caso omiso de una afección mortal que, ella sí, tenía una existencia bien concreta? De ningún modo. Una muchacha ha muerto, pero la responsabilidad de Freud no puede estar comprometida porque él se ha ocupado de lo único que valía: la histeria, aunque esta afección sólo haya existido en su deseo.

Recordemos lo siguiente: Freud aclara que atendió rápido y bien la improbable histeria, lo cual lo pone a resguardo de cualquier responsabilidad por el deceso; el responsable es el cáncer, que, de todas formas, el doctor Freud, tras ocho años de estudio de medicina en la Universidad de Viena, no ha diagnosticado... Tercera muerte que recae sobre un mismo médico. Aunque no sea ducho en las sutilezas del psicoanálisis, el lector comprenderá sin dificultades los mecanismos del *olvido* y

pasará por alto los pormenores de los capítulos dedicados a ese tema en *Psicopatología de la vida cotidiana*. Vemos con claridad por qué el individuo siempre tiene interés en no acordarse de lo que afecta la bella idea que se hace de sí mismo.

Un caso emblemático ayuda a comprender el funcionamiento de Freud en materia de escisión del yo, denegación y rechazo del cuerpo y la carne, acompañado de su polarización obsesiva en lo que denomina vida psíquica: Emma Eckstein. Algunas cartas a Fliess permiten seguir en detalle el caso; es comprensible que la familia de Freud —en primer lugar su hija— hayan querido mantener lejos de la mirada de los lectores esas páginas temibles para el gran hombre. En ese intercambio salen a la luz rasgos de carácter del personaje que lo dejan muy mal parado: una porfiada mala fe en un individuo que se niega a reconocer sus equivocaciones y prefiere incendiarlo todo antes que confesar un error comprobado.

Emma Eckstein tiene treinta años en enero de 1895. Desde hace dos o tres años, Freud la analiza debido a lo que a su juicio son trastornos histéricos, con síntomas como dolores gástricos y menstruaciones dolorosas con hemorragias abundantes, males que la atormentan desde la adolescencia. Freud impugna cualquier enfoque somático y rechaza incluso todo examen médico. ¿La hipótesis del analista? Una etiología sexual y nada más. Más particularmente —gran obsesión freudiana—, una masturbación reprimida en el origen de todos sus síntomas. Convengamos en que el pasaje al acto onanista, al igual que su represión, constituyen asimismo las neurosis, como lo testimonian el caso del paciente del psicróforo y el de la clienta en cuestión. Ahora bien, ¿quién escapa a la alternativa: masturbarse o no masturbarse, dos casos desemejantes de una misma patología?

Freud explica las razones que lo han llevado a esa conclusión, que, como siempre, es una muestra de performatividad: creación de la verdad al nombrarla. ¿Cuál es esa verdad nombrada? Todos los gastrálgicos son masturbadores: “Es un hecho bien sabido”, escribe. Fliess y Freud comulgan en unas cuantas extravagancias: una teoría numerológica de pretensión científica, por ejemplo, pero también la extraña idea de una correspondencia íntima entre la nariz y los órganos genitales.

En 1893, Freud envía un manuscrito a Fliess y le habla de las “múltiples relaciones existentes entre la nariz y el órgano sexuado”. Siempre lo performativo... El 8 de octubre de 1895, invita a su amigo a publicar sus conclusiones bajo la forma de una “separata, ‘Nariz y sexualidad femenina’”; Fliess acepta la sugerencia y en 1897 publica un libro titulado *Die Beziehungen zwischen Nase und weiblichen Geschlechtsorganen* [“Las relaciones entre la nariz y los órganos sexuales femeninos”]. En las cartas que siguen, Freud habla de esa obra y la bautiza “Nariz y sexo”. ¡Recordemos que el psicoanalista calificaba a su amigo de “Kepler de la biología” (30 de julio de 1898)!

De allí esta idea de Freud: habría que someter a Emma Eckstein a una operación de nariz para poner fin a su patología histérica. De conformidad con esa propuesta, Fliess viaja de Berlín a Viena a fines de febrero de 1895 para efectuar una intervención quirúrgica, en este caso la ablación del cornete nasal medio izquierdo, y luego regresa a su casa; la paciente queda bajo el cuidado de su amigo. Dos semanas

después, Freud informa por carta de la situación de la clienta: padece un edema facial, hemorragias nasales, coágulos, secreciones purulentas fétidas, dolores y un estado infeccioso. Pesada presencia de lo somático, por tanto.

Desconocemos la respuesta de Fliess, porque Freud atinó a destruir toda la correspondencia con su ex amigo. Como va a hacer un informe que amenaza lastimar a su camarada, Freud toma precauciones; espera, no obstante, que éste se reponga rápidamente de la siguiente información: pese al drenaje y las limpiezas, los síntomas somáticos persisten. ¡Hasta que un asistente, mientras limpia la herida, descubre algo que resulta ser “un pedazo de gasa de un buen medio metro de largo” (8 de marzo de 1895), olvidado en la cavidad nasal por el cirujano y su compadre! A la vista del hallazgo, la paciente sufre un malestar debido a una pérdida abundante de sangre y una caída del pulso. Entretanto, Freud, en la habitación de al lado, bebe un poco de agua y, según sus propias palabras, se juzga *lastimoso*, una sensación que, cabe sospecharlo, no durará mucho tiempo y que algún día él hará pagar. Bebe una copa de coñac y vuelve al cuarto donde está Emma Eckstein. Ésta, al constatar los estragos, le dice: “¡Vaya con el sexo fuerte!”.

Algunos días más tarde, nuevas limpiezas y raspados. Freud lamenta haber obligado a Fliess a viajar de Berlín a Viena, operar, marcharse y dejar a su paciente; se declara culpable: no habría debido poner a su amigo en semejantes molestias. Agrega que ese tipo de cosas puede pasarle a todo el mundo. Ni una palabra para la víctima. Algún tiempo después, Freud vuelve a aludir a este caso en otra carta. Ha sido necesaria una nueva operación: ¡“No era nada y nada se ha hecho”, escribe el 23 de marzo de 1895! Y agrega: “Ella escapará a la desfiguración”, cosa no confirmada por la sobrina de Emma, una pediatra que, por su parte, escribe: “Le han desfigurado la cara [...], le ahuecaron el hueso y uno de los lados se le ha hundido”...

En una carta del 28 de marzo de 1895, Freud vuelve a lanzarse al asalto y pega aún con más fuerza: humillado por haberse sentido *lastimoso*, agraviado por haber sido ridiculizado como un espécimen imperfecto del sexo fuerte, reaparece agresivo: “Como es natural, comienza a haber otra vez histerias originadas en estos últimos tiempos, que yo procedo a descomponer”. La mejor manera de no hablar del cuerpo de Emma, de su carne herida, de su rostro desfigurado, del fracaso vergonzoso de los dos amigos, de su error quirúrgico, consiste pues en volver a poner en funciones la tesis histérica.

Un año después, tiñoso, Freud acomete con mayor vigor: “Voy a probarte que tienes razón, que sus sangrados eran histéricos, motivados por el *deseo vehemente* [10] y probablemente acaecidos en fechas sexuales. (La muchacha todavía no me ha dado esas fechas, a causa de la resistencia)” (26 de abril de 1896). He aquí, pues, el mecanismo puesto bajo la luz del día: la operación fallida, la gasa olvidada, infectada, hedionda, las hemorragias consecutivas al error quirúrgico, todo eso no cuenta para nada. ¿El origen del problema? El deseo libidinal de Emma por Sigmund, y ninguna otra cosa. Una atracción sexual reprimida: eso es todo.

El 4 de mayo, Freud vuelve a la carga: “Sangró debido al *deseo vehemente*”. Circunstancia agravante: de todos modos, en tiempos normales ella ya perdía naturalmente mucha sangre, así que... De niña, cuando se cortaba, tenía una hemorragia considerable. ¿Los dolores de cabeza en la época de sus primeras reglas?

Un efecto de la sugestión. Lo que sigue sería risible si no fuera lamentable: “Por eso recibe con alegría los violentos sangrados de sus periodos, prueba [*sic*] de que estaba efectivamente enferma, lo cual termina por admitirse”.

¿Su deseo de sangrar? El de una mujer joven por un médico irresistible llamado Sigmund Freud. ¡Ésa es la razón por la cual, cuando el psicoanalista reaparece en la habitación tras el descubrimiento de la gasa olvidada, ella sufre un malestar! No a causa de la pérdida de sangre, del hundimiento del pulso, sino porque “encontró realizado en su estado de enferma la antigua apetencia de amor”. De modo que, al borde de la pérdida de conciencia, “se sintió dichosa como nunca”. La idea de que una caída de la presión arterial podría ocasionar un desvanecimiento ni siquiera roza la mente de Freud, que persiste en sus fantasías sobre la etiología sexual de todas las patologías.

Esa noche misma, Emma Eckstein deja pues el hospital para ir a una casa de reposo. Ha dormido mal. ¿Por qué motivos? ¿La angustia, el estrés, la inquietud? Olvidémoslo. El motivo es mucho más clínicamente obvio: “A raíz de la intención inconsciente de su deseo vehemente, que era el de atraerme”, escribe Freud, “y cuando yo no fui esa noche, ella tuvo una nueva hemorragia, medio infalible para volver a despertar mi ternura”. Como Emma sangró espontáneamente tres veces y la hemorragia duró cuatro días (!), Freud concluye: esto “debe tener una significación”.

Un decenio más adelante, a los cuarenta años, Emma Eckstein sigue sufriendo. Tiene la cara definitivamente desfigurada, y Freud diagnostica... ¡una recaída en la neurosis! Le propone retomar el análisis. Ella se niega y consulta a una joven médica, que remueve un voluminoso absceso abdominal. Algunos años después le sacan el útero, con un diagnóstico por fin serio: un mioma; en otras palabras, un tumor benigno del tejido muscular, probablemente responsable de las hemorragias desde la época adolescente.

Enclaustrada, inactiva, en cama, desfigurada, Emma Eckstein morirá en 1924 como consecuencia de un accidente cerebrovascular. En 1937, Freud afirmará sin pestañear que el psicoanálisis la trató con éxito. ¡Si sufrió una recaída, fue debido a la histerectomía que despertó la neurosis! En “Análisis terminable e interminable”, Freud pronuncia su sentencia como un último golpe asestado a la muerta: “Hasta el final de la vida ya no volvió a ser normal” [XXIII, p. 225]. Aclaremos que, en el ínterin, llegó a ser psicoanalista, prueba del formidable talento de mago de Sigmund Freud. Observación final: en las mil quinientas páginas de la biografía de Ernest Jones, el nombre de Emma Eckstein no se menciona ni una sola vez.

Uno de sus pacientes célebres, el famoso Hombre de los Lobos, pone un día en conocimiento de Freud esta frase de Nietzsche, extraída de *Más allá del bien y del mal*: “‘*Hice esto*’, dice mi memoria. ‘¡Imposible!’, replica mi orgullo, y se obstina. Al fin y al cabo, la que cede es la memoria”. La frase explica todos los errores de diagnóstico de Freud: su memoria, en efecto, podía decirle que había cometido graves equivocaciones en cuestiones de diagnóstico, pronóstico y tratamiento, pero su orgullo siempre le haría afirmar que todo eso era imposible.

En la economía del pensamiento freudiano, esta idea de Nietzsche se convierte en *escisión del yo y denegación*. En “La escisión del yo en el proceso defensivo” (1938),

Freud explica que en caso de conflicto entre la reivindicación de la pulsión y la objeción planteada por la realidad, hay denegación de la realidad cuando no hay reconocimiento del peligro acompañado de angustia. Para evitar el peligro, la angustia, la negatividad desagradable, el recuerdo ofensivo, el sujeto afirma que lo real no ha sucedido. O, al menos, que lo que ha sucedido no debe entenderse como lo querría la evidencia.

Entonces: ¿un joven médico llamado Sigmund Freud se equivoca al tomar una neurosis por una meningitis? La comunidad médica entera incurre en esa época en esa clase de confusión. ¿Un amigo morfinómano tratado por él con cocaína intravenosa para provocarle la deshabituación no se cura, y luego muere? Con todo, Freud tenía razón al recetarle la ingestión y no inyecciones, aunque un texto pruebe lo contrario... ¿Una niña presentada por su iniciativa como histérica muere a causa de un sarcoma que el médico Sigmund Freud no ha visto? La chiquilla de catorce años fue sustraída a la sagacidad médica de Freud por sus padres; por lo demás, la histeria existía efectivamente, causada por el cáncer, y fue éste el que ocasionó la muerte, y no su impericia profesional. ¿Una mujer llamada Mathilde, como su hija, muere a raíz de un error cometido por Freud al recetarle un medicamento inapropiado? En la época, todo el mundo ignoraba la toxicidad del remedio. ¿Una paciente con diagnóstico de histérica padece horribles tormentos? Está inconscientemente enamorada de él y manifiesta un amor de transferencia. ¿Aunque se encuentre en su cavidad nasal medio metro de gasa infectada, olvidada por su amigo tras la operación? Afirmativo: amor de transferencia.

En consecuencia, Freud da la espalda a lo somático, demasiado problemático. Es cierto, reconoce su importancia y, al mismo tiempo, asegura incluso que lo esencial está en el plasma germinal, en la biología, en el epicentro material de las células donde se enfrentan pulsión de vida y pulsión de muerte, en la anatomía, en la fisiología. Y habla incluso del sistema nervioso y localiza la actividad psíquica en el cerebro, después de precisar que todo lo que se afirma sobre el inconsciente o el aparato psíquico se formula, por defecto, en una modalidad metafórica, dado que el psicoanalista es incapaz, en su momento histórico, de saber más sobre la naturaleza de los mecanismos biológicos.

Con ello, Freud conoce el cuerpo, pero lo excluye. La mirada y la inteligencia consagradas por completo a la observación de su mundo creado según el principio performativo, ya no se preocupa por lo real, que le trae sin cuidado. El problema no es ya la verdad material del mundo, el espesor de la carne de los hombres, sino la superioridad del universo conceptual que él ha fabricado, producto magnífico de la sublimación tan bien analizada por obra suya. El cuerpo desaparece como por encanto: demasiado exigente, demasiado reivindicativo, demasiado presente, demasiado pesado, demasiado inquietante, demasiado poco entretenido para un *conquistador* ávido de descubrir un Nuevo Mundo. Es cierto, la verdad de la vida psíquica es biológica; Freud se pasó la vida diciéndolo, pero ¿de qué sirve una verdad lúgubre y triste, que no abre ninguna perspectiva de conquista, que no autoriza ninguna realización de su sueño de celebridad universal, que impide la epifanía de su destino, si la ficción, por su parte, da acceso a potencialidades mucho más interesantes? Freud, por lo tanto, va a dar la espalda a las mesas de laboratorio: la

gloria provendrá de un diván.

CUARTA PARTE
TAUMATURGIA

Los resortes del diván

*Tesis 4: La técnica psicoanalítica participa
del pensamiento mágico*

1. SIGMUND EN EL PAÍS DE LAS MARAVILLAS

“Las reglas decisorias de la lógica no tienen validez alguna en lo inconsciente; se puede decir que es el reino de la alógica.”

SIGMUND FREUD, *Esquema del psicoanálisis*, p. 32 [XXIII, p. 167]

La denegación del cuerpo y el rechazo de lo real llevan a Freud hacia un mundo creado del principio al fin por su propia iniciativa, un mundo al cual atribuye plenos poderes. El psicoanalista, aferrado a su denegación de lo tangible, se entrega en cuerpo y alma a ficciones, conceptos, ideas, noúmenos. Anima con gran talento filosófico ese teatro de sombras en una obra absolutamente monumental que rivaliza con las de Kant, Hegel o un gran nombre del idealismo alemán, Schelling, si no con la de un romántico como Novalis.

A la manera de un niño que prefiere su universo al de los adultos, inventa un mundo mágico en el cual la vida de las ficciones que apaciguan vale más que una existencia en compañía de verdades que inquietan. Freud camina junto a la Alicia de Lewis Carroll, a través del espejo, donde todo un cine abigarrado de personajes conceptuales se anima para el mayor deleite de los espectadores de esta proyección infinita: libido, pulsiones, instintos, inconsciente, Edipo, horda primordial, asesinato del padre, represión, sublimación, Moisés, neurosis, psicopatología, tales los grandes actores de esa noria filosófica encantada.

La relación que Freud mantiene con lo real es mágica: en su mundo, el sarcoma no existe, tampoco las vendas de gasa ni los morfinómanos, y ni siquiera los tumores de útero o los errores en la prescripción farmacéutica. En cambio, la farándula freudiana da vida a imágenes de un padre a quien hay que matar, deseos de acostarse con la madre, anhelos de incesto, apetencias homicidas, pruritos masturbatorios, úteros enloquecidos, escenas de padres en plena copulación, lactantes onanistas, banquetes caníbales, sueños en anamorfosis, niños golpeados y todo un pandemonio con frecuencia sexual que molestará a Freud, ofuscado, ultrajado, contrariado, disgustado, escandalizado de que se hable de su *pansexualismo*.

Ese mundo mágico habría sido de escasa importancia si Freud no hubiera tenido el deseo de convertir a él a la humanidad entera, fustigando a las personas de buen sentido que preferían lo real a su ficción. Poco importa, después de todo, que un hombre cree para sí un universo y prefiera vivir en él en vez de transcurrir su existencia en un espacio donde se siente ajeno. Un artista, y Freud lo fue, no deja de tomar sus deseos por la realidad, y no se echará en cara a un músico que escuche el mundo sólo con sus oídos y no con los de otros, o a un pintor que vea con sus ojos y no con los del vecino.

Ahora bien, Freud no se conformó con crear un mundo mágico; llevó a él a muchas personas y quiso sumar a toda la humanidad sin excepción. Insultó a los insolentes

que se negaban a tomar su teatro por el mundo verdadero y los trató de neuróticos, enfermos, reprimidos que tenían mil cosas que reprocharse en el espeso cenagal de su vida psíquica. Con ese fin, inventó un dispositivo para acceder a su circo quimérico: el diván. Echado sobre ese mueble destinado por sus afanes a convertirse en concepto, el impetrante se encontraba con que se le proponía, y aún hoy se le propone, un billete de entrada al mundo mágico, el universo encantado en el cual se arremolinaban las criaturas del filósofo artista.

Nada de esto habría sido problemático si se hubiera tratado de un viaje como los que realizamos en una pintura, una ópera, una novela, un poema, un filme, una fotografía, un grabado. Pero Freud pretendió que, al viajar en su compañía, uno se curaría de neurosis, psicosis, malestares, neurastenias, histerias, angustias, fobias y otras patologías del alma. Esta promesa de terapia supone compartir la creencia de que la entrada a ese mundo implica la recuperación de la salud, la paz del alma y el fin de toda psicopatología.

En su consultorio vienés, Freud proponía pues, para tratar la desconexión con lo real, avalarla, y redoblar ese aval con la investidura de armas de otro mundo capaz de curar de lo real. En otras palabras, proponía una huida, un viaje organizado a un mundo de ficción, a la manera de las religiones que, para que el mundo de aquí abajo sea tolerable, inventan un más allá en el cual las cosas parecen tanto más simples... Para terminar con el dolor existencial de aquel mundo, un recorrido por este universo: después de ver en él a los propios padres enlazados en un abrazo carnal, un banquete de carne humana paterna, un hijo que copula con su madre, un lactante que se mete el índice en el ano, un padre que sodomiza a la criada, es indudable que las cosas terminarán por ir mucho mejor. ¿Freud, pensador de las Luces? Vamos...

El mundo mágico de Freud da radicalmente la espalda a un universo donde la razón de Voltaire constituya la ley. No cualquiera es Nietzsche... La leyenda propone, en efecto, inscribir al psicoanalista vienés en el panteón de los grandes liberadores a quienes la humanidad tanto debe, por haberla desembarazado, al parecer, de mitos, ficciones, fábulas, fantasías, fabulaciones. Ahora bien, Freud no dejó de reivindicar la sabiduría popular, el mito, la proximidad con el ocultismo; léase y reléase el muy instructivo “Psicoanálisis y telepatía”, un texto jesuítico a más no poder en el cual su autor, sin querer parecer con demasiada claridad un compañero de ruta, apela a las mayores prudencias, pero destaca de pasada, en un análisis aparentemente neutral y objetivo, muchos puntos de convergencia entre los dos mundos: un mismo tratamiento desdeñoso infligido por la institución, una mala reputación común de misticismo, un idéntico desprecio por parte de la ciencia oficial, una genealogía similar que debe buscarse por el lado de “las oscuras pero indestructibles vislumbres del pueblo” (XVI, p. 102) [XVIII, p. 170]; y todo eso, según el filósofo de la Ilustración vienesa, permite esta conclusión: “Una alianza y una comunidad de trabajo entre analistas y ocultistas parecería tan natural como promisoría” (*ibid.*) [*ibid.*]. Como declaración de *Aufklärer*, habremos visto cosas más volterianas.

Es cierto, esta pequeña obra maestra de retórica sofística prosigue con lo que separa ambos campos y jura por sus grandes dioses que un camino en común no es imaginable. La correspondencia de Freud lo prueba: él sabe, por razones estratégicas, que una confesión de proximidad franca y sólida con los ocultistas desacreditaría para

siempre al psicoanálisis. En sus textos publicados, por lo tanto, Freud previene al lector de que no tomará partido y de que sería inútil buscar en él la más mínima adhesión a las tesis ocultistas. Y es cierto, reivindica abiertamente la imparcialidad, pero habla de los “fenómenos [sic] telepáticos” (XVI, p. 121) [XVIII, p. 210] y diserta sobre “el indiscutido [sic] favorecimiento de la telepatía por el estado del dormir” (*ibid.*) [*ibid.*]. Si uno quiere no tomar partido y mantenerse imparcial, probablemente haya algo mejor que hablar de los *fenómenos* telepáticos.

Interrogado por Edoardo Weiss acerca del ocultismo, Freud le contesta el 24 de abril de 1932:

Mi punto de vista no es el de un rechazo arrogante a limine. [...] Estoy dispuesto, es cierto [sic], a creer que detrás de todo fenómeno supuestamente oculto se esconde algo nuevo y muy importante: el fenómeno [sic] de la transmisión de pensamiento, es decir, de la transmisión de los procesos psíquicos a otras personas a través del espacio. Debo la prueba [sic] de ello a observaciones hechas a la luz del día, y planeo expresarme públicamente sobre ese punto. Como es natural, para usted, en su papel de pionero del psicoanálisis en Italia, sería nefasto declararse al mismo tiempo partidario del ocultismo.

Por tanto: el ocultismo se interesa por los mismos objetos que el psicoanálisis; los pensamientos y otras formas psíquicas se transmiten en el espacio; Freud basa esta tesis en experiencias realizadas por él, como se recordará, con su hija Anna, de quien dirá a Karl Abraham que tiene “sensibilidad telepática” (9 de julio de 1925); sin embargo, afirmarse camarada de los ocultistas sería suicida para el psicoanálisis...

Otras cartas al mismo interlocutor (8 de mayo de 1932) suman elementos al jesuitismo freudiano: el ocultismo, sí; los ocultistas, no; sobre el tema se preferirá a... los psicoanalistas, por su... ¡cientificidad! Pero, en lo que respecta al fondo del asunto, siempre el mismo discurso: “Que un psicoanalista evite tomar público partido sobre la cuestión del ocultismo es una medida de orden puramente práctico y sólo temporaria [sic], que no constituye de manera alguna la expresión de un principio. El rechazo despectivo de esos estudios dedicados al ocultismo sin mostrar interés por ellos significaría, en los hechos, seguir el lamentable ejemplo de nuestros adversarios”.

El tono franco de la correspondencia contrasta con el estilo sumamente diplomático de los textos consagrados a esta cuestión: “Psicoanálisis y telepatía” (1921) y “Sueño y telepatía” (1922). Como estrategia sagaz y hábil táctico, Freud conoce la necesidad de marcar distancias y sostenerlas, por obvias razones de ocupación del campo intelectual vienés, europeo y mundial. ¿La línea oficial? El psicoanálisis es una ciencia. La revelación de la existencia de una camaradería con el ocultismo ocasionaría de facto un descrédito ruinoso para la causa.

En *Psicopatología de la vida cotidiana*, Freud examina la significación de los hechos ocultos: ¿qué encontramos detrás de una transmisión de pensamiento, una telepatía y otras “fuerzas suprasensibles” (p. 278) [VI, p. 253]? ¿Meros productos de la imaginación? Respuesta: “Lejos estoy de pretender condenar sin apelación todos estos fenómenos, sobre los cuales aun hombres de sobresaliente intelecto nos presentan tantas observaciones detalladas” (*ibid.*) [*ibid.*]. Estamos, pues, liberados: los hechos ocultos están comprobados, no se trata de ningún modo de ficciones, relatos imaginarios, fabulaciones. *Lo Real oculto*: tal es, en efecto, el objeto *científico* del psicoanalista.

¿Qué falta? Estudios, análisis, reflexiones. No condenas o un soberano desdén, sino auténticos esclarecimientos. Completa ausencia de cuestionamientos del hecho oculto y, en cambio, una inquietud por comprenderlo: el mundo de Freud no es, en consecuencia, incompatible con el mundo ocultista. Sigamos leyendo: “Y aun si hubieran de probarse [*sic*] otros fenómenos —por ejemplo, los aseverados por los espiritistas—, emprenderíamos las modificaciones que de nuestras ‘leyes’ demandare la experiencia nueva, sin que se nos desconcertara por eso la trama de las cosas dentro del mundo” (p. 279) [VI, pp. 253-254]. Se ha leído bien: Freud habla del espiritismo, esto es, para mantener la neutralidad y apoyarnos en la definición que Littré da del término, de la “superstición de los espíritus”. En el mismo diccionario, leemos en la entrada “espiritista”: “Persona que pretende comunicarse con los espíritus de los muertos por conducto de un médium”.

En consecuencia, Freud no excluye el espiritismo de su mundo encantado: si hubiese procedido con esta práctica ocultista como con la religión monoteísta, sus páginas sobre el tema, cabe sospechar, tendrían otro sabor. La virulencia crítica del llamado pensador ilustrado casi no se ahorra con la religión en general y con el judeocristianismo en particular, pero es inhallable en el caso de la telepatía, la transmisión del pensamiento y el espiritismo.

Sobre la transmisión del pensamiento, las cosas son claras: “Creo en la *transmisión del pensamiento* y sigo dudando [*sic*] de la ‘magia’”, escribe Freud a Fliess el 5 de mayo de 1901, aunque una edición francesa reciente habla de *lectura de los pensamientos*, una expresión menos comprometedora desde el punto de vista intelectual. Se comprueba que *dudar* no es afirmar con claridad su incredulidad radical: en *El malestar en la cultura* y *El porvenir de una ilusión*, Freud no duda de Dios ni de la religión, afirma de manera terminante su ateísmo y su rechazo de los consuelos asociados al otro mundo.

Freud procura dar una explicación científica de sus creencias: el pensamiento se transmitiría según el principio de las ondas materiales. Irrefutable. Pero ¿cuáles? ¿De qué tipo? ¿Y cómo podría un pensamiento circular intacto en el espacio, partir de un emisor que no dice nada y llegar sin perjuicios al receptor, que tomaría conocimiento de la sustancia del mensaje al comprender lo presuntamente formulado de manera ondulatoria?

El razonamiento exhibe todas las apariencias de un desarrollo científico, pero sólo las apariencias, puesto que carece de todo lo que no es performativo en este asunto. En cuanto a la telepatía, Freud aclara que hace falta una empatía, un deseo de comunicarse entre dos personas que mantienen una relación de complicidad afectiva. Además, el material telepático está forzosamente constituido por un acontecimiento mortificante: un accidente, un duelo, un trauma. ¿Por qué razones? No se dirá más. Es así...

Freud sostiene que a lo largo de su existencia ha vivido varias veces momentos de intervención de lo oculto. Transmisión de pensamientos y telepatía, por tanto, pero también: escuchar pronunciar su nombre en ausencia de interlocutor; soñar con la muerte de su hijo en el frente; escribir un mensaje a alguien creyéndose bajo el influjo de una fuerza telepática procedente de Hungría, en este caso Ferenczi, quien, por su lado, afirmaba cartearse de ese modo a través del Atlántico. Freud interrogaba

habitualmente a tal o cual para saber qué pensaba, decía o hacía en un momento preciso en que él había creído advertir un incidente notable.

Por ejemplo, cuando rompe sin quererlo su alianza de compromiso, el futuro autor de *Psicopatología de la vida cotidiana* es asaltado por un verdadero pánico. Él, que cree que todo, absolutamente todo, es signo aquí abajo, y ello con referencia al mundo encantado de la vida psíquica; él, que atribuye al más pequeño detalle un alcance universal; él, que reconstruye en los otros, sin vergüenza, un mundo a partir de un jarrón roto o una chaqueta mal abotonada; él, a quien la cadencia de una voz encamina hacia el descubrimiento de un continente ignorado por el mundo entero, es presa de la angustia como el más frágil de sus pacientes.

El 26 de agosto de 1882 escribe una carta a Martha y le pregunta si, el día de la rotura del anillo, a la hora precisa del incidente, ella lo amaba menos, se aburría más o, acaso, ¡le había sido infiel! Acto seguido, sin temer la contradicción ni el ridículo, el científico alardea: no ha sentido miedo alguno ante el anillo roto, no se le ha encogido el corazón, en ningún momento, desde luego, temió la ruptura del compromiso ni imaginó (¡vaya idea!) que él tenía un lugar más pequeño en la mente de su novia. Pero entonces, ¿por qué aquellas preguntas un renglón antes? Preguntas “de mal gusto”, para utilizar su terminología. Aclaremos: en respuesta al interrogante de su enamorado, Martha ha respondido que en ese momento comía un pastel. ¡Ningún motivo para azotar a un inconsciente!

Digámoslo sin tapujos para quien todavía no lo haya entendido: Freud es supersticioso, característica que cuesta articular con la razón científica y el modo de pensamiento racional. Una vez más, las pruebas pululan en la correspondencia con Wilhelm Fliess. Así, en las montañas de Harz, en Baja Sajonia, hay una costumbre para conjurar la mala suerte: dibujar con tiza tres cruces latinas en las puertas. Freud conocía la región, ya que solía pasar las vacaciones en ella. El Comité Secreto, que durante un tiempo reunió a los más fieles entre los fieles freudianos, se trasladaba al lugar para encontrarse con él.

Ahora bien, cuando pretende conjurar algo en un mensaje a su amigo, Freud dibuja tres cruces en la carta. De tal modo, el signo cabalístico se asocia a lo femenino (5 de noviembre de 1899); a las cosas prohibidas presentes en la *Psicopatología de la vida cotidiana*, sin que se sepa cuáles (8 de mayo de 1901), y a un sueño cuyo contenido también desconocemos (26 de abril de 1904). Volvemos a encontrar ese signo, asimismo, al margen de la correspondencia privada, entre ella la mantenida con Jung, porque *La interpretación de los sueños* recurre a él en un pasaje donde el psicoanalista no desea escribir el nombre de su hija Mathilde, afectada por la difteria (IV, p. 150) [IV, p. 134], para no atraer la mala suerte sobre ella.

Esta superstición se manifiesta igualmente en la creencia en el delirio numerológico. Fliess era un partidario convencido de una nebulosa teoría de los ciclos según la cual todo sucede en virtud de una lógica contenida en las cifras. Una larga cita con cálculos, entre tantas otras de la misma índole, dispensa de más comentarios. Dicha cita ocupa toda una parte de la carta fechada el 1 de marzo de 1896, año de aparición de “La etiología de la histeria”. Freud habla de las primeras contracciones de su mujer, embarazada de Anna:

El nacimiento se produjo el 3 de diciembre. El periodo menstrual volvió el 29 de febrero. Martha siempre ha sido regular desde la pubertad. Su periodo dura un poco más de veintinueve días; digamos veintinueve y medio. Del 3 de diciembre al 29 de febrero hay, pues: $88 \text{ días} = 3 \times 29 \frac{1}{3}$.

$$\begin{array}{r} 28 \\ 31 \\ 29 \\ \hline 88 \div 3 = 29 \frac{1}{3} \text{ días} \\ - 28 \end{array}$$

Del 10 de julio al 3 de diciembre hay: $5 \times 29 \frac{1}{5}$.

$$\begin{array}{r} 21 \\ 31 \\ 30 \\ 31 \\ 30 \\ 3 \\ \hline 146 \div 5 = 29 \frac{1}{5} \\ - 46 \\ - 1 \end{array}$$

Si tenemos en cuenta un periodo de un poco más de veintinueve días, el nacimiento, por lo tanto *[sic]*, se produjo en la fecha adecuada y los primeros movimientos de la niña tuvieron lugar en la quinta falta de la menstruación.

Por eso su hija es muda...

Pero Freud puede ser aún más neurótico cuando no tiene el presunto respaldo legitimador de una ciencia, la de su amigo Fliess. Un ejemplo, los pánicos numerológicos con su número de teléfono. En Viena, la Administración de Telecomunicaciones le había asignado el número *a 1817 o*, que lo fascinaba porque en él encontraba reunidas sus dos cifras fetiches, 18 y 17, enmarcadas por la *a* y la *o*, *alfa* y *omega*. Pero un número anterior, 1 43 62, lo había puesto fuera de sí porque correspondía a una amenaza de muerte: como él tenía “cuarenta y tres” años y *La interpretación de los sueños* acababa de aparecer —de ahí el “uno”—, *entonces* iba a morir a los “sesenta y dos” años...

Angustiado, presa del pánico, aterrorizado por la muerte, Freud confía a Fliess que morirá a... los “cincuenta y un” años. Así queda descartado el “sesenta y dos”. El 22 de junio de 1894 escribe, con la mayor seriedad del mundo: “Tengo una idea de compromiso que no puedo fundar científicamente, y es que aún voy a sufrir durante cuatro, cinco u ocho años trastornos variables, con buenos y malos periodos, y que a continuación, entre los cuarenta y los cincuenta años, voy a morir de repente a causa de una ruptura cardíaca”. Es difícil, en efecto, fundar científicamente esta idea.

De todas maneras, recordemos dos cosas. *La primera*: en esa época, junio de 1894, Sigmund Freud recibe desde hace unos tres años en Berggasse 19 y tiende en su

diván a una clientela privada a la que pretende atender y curar sobre la base de su teoría, por dinero contante y sonante. *La segunda*: Freud no morirá de repente, víctima de un infarto, a los cincuenta y un años, sino de las secuelas de un prolongado y doloroso cáncer que lo pondrá a prueba durante dieciséis años y podrá con él cuando tenga ochenta y tres.

Muy dotado para analizar la paja en el ojo ajeno y, como todo el mundo, bastante incapaz de comprobar que una viga en el propio le impide ver correctamente, Freud despliega un análisis de la psicopatología de la vida cotidiana en el cual explica que, por mucho que hagamos, elegir por azar una cifra que, según creemos, se nos pasa por la cabeza sin motivo, siempre es obedecer al más riguroso de los determinismos de la vida psíquica. En su mundo encantado, el azar no existe: no hay más que pura necesidad mágica.

Para fundar su tesis, Freud remite en el cuerpo de su análisis a una carta escrita a un amigo, en la cual, en el momento de la corrección de las pruebas del manuscrito de *La interpretación de los sueños*, confesaba su cansancio ante una labor tan árida. Agrega que, aunque quedaran 2.467 errores, ya no tenía valor para leer y releer su texto. ¿Por qué “2.467”? Respuesta dada por el propio Sigmund Freud, donde veremos en acción la *lógica del pensamiento mágico* que empapa la obra completa del teórico. Primer indicio: Freud leyó en un periódico que un general a quien había conocido en su servicio militar pasaba a retiro. Primera conclusión: encuentro en 1880, retiro en 1899, o sea diecinueve años para recorrer el camino de la vida activa al cese de actividades.

Segundo indicio: Freud transmite la noticia a su mujer, quien se pregunta si su marido no debería también retirarse. Segunda conclusión: la esposa no es caritativa; ¿acaso lo considera apenas capaz de sobresalir? Freud rehace su cálculo. Leamos el peregrino análisis que presenta en la muy seria *Psicopatología de la vida cotidiana*: “Mi mayoría de edad, vale decir, mi 24º cumpleaños, lo festejé estando bajo arresto militar (por haberme ausentado sin permiso). Fue, pues, en 1880; han pasado desde entonces 19 años. ¡Ahí tienes el número 24 que aparece en 2467! Toma ahora el número de mi edad, 43, y agrégale 24 años: ¡obtendrás 67!” [VI, pp. 236-237] (los signos de admiración son del mismo Freud...). Lo cual quiere decir que, ante el asombro de su mujer, Freud se asignaba veinticuatro años más antes de considerarse en edad de decidir su retiro. Nuestro calculista siente pues crecer en él una alegría inocultable cuando descubre que le queda casi un cuarto de siglo de trabajo para consumir su gran obra.

Camaradería con el ocultismo; creencia en la transmisión del pensamiento; experimentación con la telepatía; escepticismo con respecto a la magia, y no condena franca y clara; consagración solemne del fenómeno espiritista; práctica personal de ritos de conjuro de la mala suerte, incluso en la obra psicoanalítica publicada; adhesión total a la numerología falsamente científica de Fliess; adhesión, asimismo, a la numerología supersticiosa en la práctica, pero también en la teoría: Freud vive sin duda en el país de las maravillas. La leyenda de un pensador de la Ilustración hace agua, la postal de un *Aufklärer* del siglo XX se aja, la ficción de un digno heredero de los filósofos del siglo XVIII europeo palidece...

2. EL REINO DE LAS CAUSALIDADES MÁGICAS

“El malentendido que la lleva a sustituir leyes naturales por leyes psicológicas.”
SIGMUND FREUD, *Tótem y tabú*, en respuesta a la pregunta “¿Cuál es la esencia de la magia?” (XI, p. 293) [XIII, p. 87]

Como demuestra una cita en *Tótem y tabú* (XI, p. 286) [XIII, p. 82], Sigmund Freud leyó el “Esbozo de una teoría general de la magia”, un texto de 1902-1903 escrito por Marcel Mauss. ¿Qué habrá pensado de él, en el fondo? Nadie lo sabe. Hemos visto que Freud *duda* de la magia, lo cual significa que no la condena por completo. Cuando quiere manifestar una franca oposición, evita de ordinario las perífrasis y no anda con rodeos: las afirmaciones de que la religión es una neurosis obsesiva, de que Moisés el egipcio inventó al pueblo judío o de que el cristianismo sofocó la moral sexual son otras tantas verdades claramente enunciadas y sostenidas con constancia en un plano teórico. ¿Por qué entonces la magia, y hasta el ocultismo, nunca suscitan en él una crítica virulenta, radical, franca, nítida, precisa e inequívoca?

Tótem y tabú contiene algunos análisis de la magia. Ninguno de ellos es despreciativo. ¿Qué dice Freud en esas páginas? Distingue el encantamiento de la magia: uno supone el arte de granjearse a los espíritus, apaciguarlos, ganarlos para el propio bando, deshacer su poder; otra, en cuanto técnica animista, actúa en un mundo donde el misterio de la naturaleza aún no se ha explicitado por completo, procura someter ciertos procesos naturales a la voluntad del hombre, pretende proteger a los seres humanos de toda negatividad y, por último, confiere la facultad de perjudicar.

A continuación, Freud examina algunos comportamientos mágicos: cómo hacer llover, activar la fecundidad, tener éxito en la caza, perjudicar a un enemigo, apropiarse de la fuerza o las virtudes de un muerto. Comenta los análisis de folcloristas, antropólogos y etnólogos. Después propone una definición que es interesante cuando la intención, como en mi caso, es poner en relación psicoanálisis y pensamiento mágico. ¿Qué es, a juicio de Freud, lo que constituye la definición de la magia, su esencia? “El malentendido que la lleva a sustituir leyes naturales por leyes psicológicas” (XI, p. 293) [XIII, p. 87]. Se ha leído bien: un desconocimiento de lo real, una ignorancia del mecanismo de lo que es visible en la naturaleza, una incapacidad para dar razón de lo que se resiste al conocimiento científico, y resulta que surgen... *leyes psicológicas* como explicaciones de lo que parece inexplicable por no haberse explicado.

Es indudable, y acabamos de verlo, que Freud señaló durante toda su trayectoria intelectual, medio siglo de pensamiento y escritura, que los hombres que estaban en la bisagra de los siglos XIX y XX, sus contemporáneos y por lo tanto él mismo entre ellos, no contaban con respuestas científicas dignas de ese nombre para resolver las grandes cuestiones acerca de la genealogía de las psicopatologías, las neurosis y, más

en general, el funcionamiento del aparato anímico. Por eso, según propia confesión, la orientación de Freud hacia lo psíquico, dado que lo somático oponía resistencia al conocimiento: el inconsciente metafórico contra el plasma germinal anatómico, una metáfora mágica para contrarrestar una oscuridad científica.

Con ello, podría aplicársele aquella frase de Freud a el mismo y proponer la hipótesis de que el psicoanálisis obedece al mecanismo de este pensamiento primitivo; en otras palabras, pensamiento primero, pensamiento de los orígenes que postula una causalidad mágica temporaria en lugar de una causalidad científica venidera. Las leyes psicológicas freudianas tendrían pues una vigencia por defecto, a la espera de que las leyes científicas nos dispensen de recurrir a ese mal menor precientífico. Muchas afirmaciones del psicoanalista apuntalan esta hipótesis, en especial las ya citadas acerca de un porvenir en la biología del alma y la química de la psique. Entretanto, Freud inscribe su discurso en la polémica, con la precaución de atribuir a esta palabra el sentido que le dan Marcel Mauss o Claude Lévi-Strauss.

Otra cita freudiana sobre la magia funciona a las mil maravillas cuando se la aplica al psicoanálisis: “Como similitud y contigüidad son los dos principios esenciales de los procesos asociativos, llegamos a la conclusión de que es el imperio de la asociación de ideas el que explica toda la insensatez de los procedimientos mágicos” (XI, p. 292) [XIII, p. 86]. La lectura de *La interpretación de los sueños*, sobre todo las páginas consagradas al simbolismo de los objetos presentes en el sueño, ilustra a la perfección esta tesis.

El principio de similitud explicaría numerosas acciones mágicas: por ejemplo, para hacer llover, el primitivo imitaría el ruido del aguacero con instrumentos musicales o cantos; para mejorar la fertilidad de un campo, remedaría el acoplamiento sexual con la tierra; para obtener los favores de las piezas de caza, celebraría danzas rituales cubierto con pieles de animales; en suma, haría *como si* y, *de hecho*, conseguiría el objeto de su codicia: el agua que cae, la cosecha generosa, el alimento abundante.

¿Qué hace Freud cuando interpreta un sueño? Hace *como si* y, *de hecho*, obtiene un sentido. Por ejemplo, en el caso del “sueño de una mujer joven, agorafóbica a consecuencia de una angustia de tentación”, mencionado en *La interpretación de los sueños* (IV, p. 406) [V, p. 366], una paciente cuenta que pasea por la calle, en verano, llevando “un sombrero de paja de forma extraña: su copa es puntiaguda y sus alas penden hacia abajo [la descripción se hace aquí vacilante], y de tal modo que una cae más que la otra” (*ibid.*) [*ibid.*]. Alegre, jubilosa, serena, pasa frente un grupo de jóvenes oficiales y se dice que no pueden hacerle nada.

Interpretación: Freud hace *como si* el sombrero no fuera un sombrero y, *de hecho*, obtiene, por la gracia del pensamiento mágico, “un genital masculino con su parte media enhiesta y las dos partes laterales colgantes” (*ibid.*) [V, pp. 366-367]. Pregunta del doctor: ¿la señora tendrá un marido dotado de un órgano sexual de ventajosas proporciones? Respuesta afirmativa de la señora del sombrero... E incluso, detalle anatómico que confirma la justeza de la interpretación, con un testículo más bajo que el otro, ¡exactamente como las partes laterales del tocado! ¿No es para quedarse estupefacto? De tal modo, una dama que se pasea con una anatomía simbólica tan encantadora sobre el moño no tiene nada que temer de los militares de sombrero probablemente minúsculo.

Otro ejemplo de funcionamiento del pensamiento analógico como signature del pensamiento mágico lo ilustra la asimilación del cigarro al falo. El diablo está en los detalles, y todo Freud se condensa en su relación con los cigarros. A los veinticuatro años comienza con cigarrillos, como su padre, que fumó hasta los ochenta y un años. Luego sigue con los cigarros, una pasión que lo embargará durante toda la vida, ya que su muerte a raíz de las secuelas de un cáncer de mandíbula, después de una treintena de operaciones y quince años de sufrimientos sin nombre, parece bastante clara y directamente ligada a su consumo: “Se acusa al tabaco de ser el origen de esta rebelión de los tejidos”, escribe Freud a Jones el 25 de abril de 1923. En efecto, fumaba una veintena de cigarros por día y —ahora lo sabemos— padecía una serie de somatizaciones, entre ellas las arritmias cardíacas y un catarro nasal abundantemente detallado en muchas de las cartas a su amigo Wilhelm Fliess: cantidad de pus, cualidad de los colores, relación de los olores y tamaño de los coágulos, frecuencia de los derrames, nada falta.

Para tratarlo, su interlocutor lo conmina a dejar de fumar. Freud lo intenta y mantiene a su amigo al corriente de sus hazañas: nada, luego una recaída, uno o dos cigarros por día, después uno por semana, antes de volver a la dosis habitual, el famoso paquete de veinte que va a buscar cada día Paula Fichtl, una doméstica de la casa.

Pero Freud informa a Fliess de que la suspensión de los cigarros produce en él un redoblamiento de los síntomas: tres o cuatro veces por día, sufre de trastornos cardíacos, arritmia, tensión, opresión, sensaciones de dolor cerca del corazón, parálisis del brazo izquierdo, disnea, y todo ello acompañado de una depresión psíquica asociada a sus ideas de muerte.

En un comentario sobre su “abstinencia” —una palabra elegida por él, que conocía su peso consciente e inconsciente—, Sigmund Freud escribe a Wilhelm Fliess, el 19 de abril de 1894: “Desde ese momento (hoy hace tres semanas) ya no tuve verdaderamente calor entre los labios”. No nos asombrará, entonces, que teorice de este modo el hábito de fumar: “He llegado a creer que la masturbación es el único gran hábito, la ‘necesidad primitiva’, y que todos los otros apetitos, como las necesidades de alcohol, morfina, tabaco, no son sino sus sustitutos, sus productos de reemplazo” (siempre a Fliess, 22 de diciembre de 1897). Así —*La interpretación de los sueños* (IV, p. 432) [V, p. 388] lo testimonia—, el cigarrillo o el cigarro equivalen simbólicamente al falo...

Todo Freud, por tanto, está ahí: la psiconeurosis del personaje con un hábito de fumar como adicción compulsiva; extravagantes equivalencias simbólicas: cigarro = falo, fumar = masturbarse; la tiranía de las pulsiones personales en la economía intelectual del personaje; la denegación de la muerte asociada a la negativa a terminar con su tabaquismo compulsivo, y el tropismo “toxicómano” (la palabra es de Jones), sus doce años de consumidor de cocaína. Pero también, y sobre todo, la extraña manera de considerar que su persona escapa a la teoría que él pretende valedera para el resto del planeta.

De tal modo, cuando, con referencia a su doctrina del cigarro onanista, un amigo psicoanalista bien inspirado le pregunta cuál es el sentido de esa pasión por los habanos, Freud responde: “En ocasiones, el cigarro no es más que un cigarro”. Debe

deducirse entonces que, en virtud de la docta teoría de Sigmund Freud, todo fumador del planeta chupetea el pecho de su madre y se activa en la lógica de un onanismo de sustitución, salvo él que se limita a fumar...

Se encuentra otra correspondencia explícita entre los análisis freudianos de la magia y la teoría psicoanalítica en esta cita de *Tótem y tabú*: “Entre los primitivos el pensar está todavía sexualizado en alto grado; a esto se debe la creencia en la omnipotencia de los pensamientos, la confianza incommovible en la posibilidad de gobernar al mundo” (XI, p. 299) [XIII, p. 93]. A lo cual se agregará esta otra frase: “A modo de resumen podemos decirnos ahora: el principio que rige la magia, la técnica del modo de pensar animista, es el de la ‘omnipotencia de los pensamientos’” (XI, p. 295) [XIII, p. 89]. ¿Un autorretrato con pensamiento mágico?

Apelación a un pensamiento mágico por falta de un pensamiento científico disponible o posible, “dominación de la asociación de ideas” en la lógica mental primitiva, “sexualización del pensamiento” y “creencia en la omnipotencia de los pensamientos” en la psique de los pueblos más antiguos: ¿no se trata de otros tantos principios activos en la obra completa de Sigmund Freud? Recordemos que éste, en *Tótem y tabú*, analiza “algunas concordancias en la vida anímica de los salvajes y de los neuróticos”, que es, por lo demás, el subtítulo del libro. Ahora bien, todo el mundo sabe que Freud no es un salvaje, en el sentido que él da a la palabra en esa obra.

Freud, entonces, trató a sus pacientes sobre la base del principio de la causalidad mágica: *por un lado*, síntomas, dolores, sufrimientos, psiconeurosis, patologías mentales y la ignorancia en la cual están los médicos del alma —él incluido, piense lo que pensare— a la hora de explicar, curar y atender; *por otro*, un pensamiento mágico que afirma la etiología sexual de todas las neurosis, el papel genealógico de la seducción sexual de los niños por su padre, la naturaleza original traumática libidinal de todo padecimiento mental. Entre ambos, la palabra de aquel que, al efectuar la conexión por medio de su causalidad mágica, reúne lo que en la realidad no mantiene ninguna relación de causa a efecto.

El caso de Emma Eckstein ya permitió ver cómo funcionaba esa lógica en la mente de Freud: por una parte, las hemorragias, las reglas dolorosas, las migrañas de una mujer joven; por otra, el deseo histérico de la paciente enamorada de su médico, Freud mismo, según la interpretación de éste; entre ambas, la palabra de un terapeuta juez y parte que hace *como si* esa mujer hubiera reprimido un deseo onanista y luego, más adelante, manifestado un amor de transferencia, lo cual, *de hecho*, explicaría la histeria diagnosticada por él y los desangramientos asociados.

¿Una joven médica propone otro diagnóstico al margen del pensamiento mágico, más inspirado por la ciencia, y descubre un tumor en el útero, antes de proceder a la histerectomía necesaria? Freud sostiene la tesis rutilante de su pensamiento mágico: es cierto, no niega en este caso lo somático —¿cómo podría hacerlo, por lo demás? —, pero lo sitúa en segundo plano: lo que prima es efectivamente la histeria, y si él no logra tratar a su paciente según el orden de sus razones mágicas, la culpa es de la cirujana que, mediante su procedimiento, ha despertado el mal histérico. ¡Irrefutable!

Otro caso permite confirmar la permanencia de la causalidad mágica en el pensamiento freudiano, y también, por desdicha, en su terapia. Katharina es la hija de un posadero en cuyo establecimiento Freud pasa unas vacaciones en 1893. Informada de la profesión de su huésped, la joven le confía su malestar: ardor en los ojos, pesadez en la cabeza, horribles zumbidos en los oídos, flojedades al borde del desvanecimiento, opresión en el pecho, incapacidad de recobrar el aliento, nudos en la garganta, anginas recurrentes y alucinaciones: un cuadro clínico de bulto.

Freud la interroga y obtiene esta confesión, en pleno periodo de la teoría de la seducción del doctor vienés: ella sorprendió a su padre en la cama con la criada, un padre que, es de sospechar, hizo insinuaciones sexuales a su hija, que las rechazó. Sin examinarla, ni auscultarla, ni indicar ninguna prueba clínica, Freud —¡ah, la causalidad mágica!— diagnostica una histeria. En atención al cuadro clínico, hoy, y en virtud de una causalidad científica, un médico diagnosticaría probablemente una epilepsia del lóbulo temporal.

El mismo comportamiento con Mary R., que tiene alucinaciones olfativas: siente un olor a budín quemado. Con esta única información, Freud presenta su diagnóstico: histeria. La mujer, sin embargo, ha sido operada a raíz de una infección nasal crónica asociada a caries del etmoides —hueso entre la nariz y el cráneo—, una intervención en cuyo transcurso perdió el uso del sentido del olfato y tras la cual se manifestaron los síntomas; la información, como sea, no parece carecer de interés nosológico.

Pero Freud no quiere oír hablar de ello: histeria, ése es el sésamo de todo su pensamiento mágico. El psicoanalista bosqueja entonces el siguiente argumento explicativo: Mary R. había sido despedida por su empleador, a quien había declarado su amor. Entonces, esto, el despido, explica aquello, la alucinación olfativa. ¿Sobre la base de qué razones científicas? Lo performativo, aún y siempre... Un médico versado en la ciencia contemporánea trataría quizás una parosmia causada por el deterioro del nervio olfativo durante la operación.

En los “Agregados a la interpretación de los sueños”, de 1911, Freud vuelve a una observación frecuentemente hecha al psicoanálisis y referida al simbolismo, una postura que es a menudo el origen de la oposición a su doctrina, y lo hace para defender su elección: “Nadie que trabaje con el psicoanálisis puede renunciar al supuesto [*sic*] de un simbolismo tal” (XI, p. 3) [V, p. 366, nota 21]. El pensamiento simbólico es otra manera de denominar el pensamiento mágico. Su proceder consiste en intercalar entre lo real y el juicio pronunciado sobre él consideraciones que obran como anamorfosis del mundo: lo que es, es *más* que lo que aparece, *otra cosa* que lo que aparece, *diferente* de lo que aparece. No hay mejor manera de conjurar lo real y provocar el advenimiento de lo imaginario investido de todas las cualidades de ese real excluido.

En el ejemplo precedente, un sombrero no es un sombrero y, en cambio, significa, simboliza, vale por otra cosa, en este caso el pene del marido de la soñante. ¿En qué se basa Freud para llegar a esa conclusión? ¿En su extrapolación, toda vez que la hipótesis sombrero = pene se ve, a su entender, ratificada por una nueva asociación en la asociación: ese sombrero cuelga de los dos lados de la cara? Pues bien, como la ecuación sombrero = pene es válida, entonces partes laterales del sombrero = partes

laterales del sexo del marido, esto es, testículos. Los testículos acuden en auxilio, por decirlo así, de la hipótesis de Freud, que encuentra su verificación —de ese modo lo entiende él, al menos— en su exceso. Cuanto más simboliza el símbolo, más se ve hipotéticamente confirmada su verdad. De conformidad con los principios del pensamiento simbólico, lo real es falso, lo virtual es verdadero. La inmanencia material es una ficción, dado que sólo el símbolo es realidad.

No se produce pensamiento más platónico con desconsideración de lo sensible fenoménico y culto de la idea inteligible. El Freud que ambiciona a toda costa que su inconsciente sea nouménico confiesa el deseo de inscribir su disciplina en la gran tradición del pensamiento idealista que invierte todos sus esfuerzos en la promoción de lo imaginario y lo simbólico, en lugar de lo real y su materialidad tangible. El psicoanálisis se activa en la caverna platónica, diserta sobre ideas, da la espalda a la verdad de los objetos del mundo. Su universo es un contramundo, un antimundo, un mundo invertido, un teatro en el cual los sombreros son penes, las cerraduras son vaginas, las cajas son úteros, el dinero es materia fecal, un diente que cae es un deseo de onanismo y la caída del pelo es la castración.

¿Por qué, entonces, esas equivalencias planteadas de manera puramente arbitraria: pez, serpiente, corbata, espárrago, tronco de árbol, vela, paraguas, aeronave, nariz = pene; caja, cofrecillo, cofre, armario = sexo femenino; cigarro = falo, si no por mera analogía formal? ¿Por qué razones una mesa con los cubiertos puestos es igual a la femineidad, como no sea por el deslizamiento falocrático y autobiográfico de un Freud que asocia tontamente la madre y la esposa (que se encarga de la cocina, los cubiertos, las comidas) a lo femenino, cuyo destino, según él, es consagrarse a esas tareas? ¿Cómo explicar, por fin, que un sueño en el cual vemos a ladrones que irrumpen en una casa equivalga a padres que despiertan a un niño para sentarlo en un orinal, salvo por puro capricho performativo?

Este pensamiento analógico ilustra el grado cero de la reflexión. *La interpretación de los sueños* de Freud no realizó un solo progreso en el terreno de la asimilación simbólica desde *La interpretación de los sueños* de Artemidoro, en el siglo II d. C. La onirocrítica antigua y la freudiana proceden de los mismos principios: plantear equivalencias arbitrarias, poner según el capricho del intérprete un signo de igualdad entre una cosa y otra, en el caso de Freud con un tropismo sexual evidente, ya que en su mente un fragmento de lo real significa siempre algo relacionado con el sexo. La disertación, el comentario, lo que se presenta como un análisis, una *interpretación*, permite entonces menos el acceso a una verdad universal que la admisión a la subjetividad del exégeta. En sus propuestas de análisis de sueños, Freud no descubre tanto la verdad de los otros como la suya propia. El sueño es la vía regia que conduce al inconsciente del intérprete.

La prueba: cuando varios psicoanalistas, cada uno por sí, se afanan en dar su lectura de un mismo sueño, no llegan a una conclusión objetiva que resulte en una versión similar, sino que proponen la exposición de su propio fantasma, el cual supone la proyección de sus obsesiones. Para un mismo objeto de análisis, se obtienen diagnósticos heterogéneos y personales del tipo: complejo de Edipo freudiano, inferioridad de órgano adleriana, arquetipo jungiano, estasis de orgón reichiana, objeto *a* lacaniano y otras construcciones tópicas performativas con las

cuales se construye la historia del psicoanálisis.

En efecto, si existiese *una sola interpretación* para un mismo hecho psíquico y todos los psicoanalistas llegaran sistemáticamente, sin concertarse, a una misma interpretación, podría hablarse entonces de verdad, de ciencia, de certeza, y considerar luego la inscripción del trabajo de Freud y los psicoanalistas en el linaje de los descubrimientos definitivos de Copérnico en astronomía y Darwin en ciencias naturales. Pero la interpretación enseña más sobre el intérprete que sobre el interpretado. Para todos los astrofísicos la Tierra es redonda y gira sobre sí misma y alrededor del Sol siguiendo una trayectoria elíptica; para todos los científicos el hombre es el producto de la evolución de una especie de simio en el transcurso de la historia de la humanidad; para todos los psicoanalistas un mismo hecho psíquico supone una multiplicidad de lecturas, lo que autoriza a pensar el psicoanálisis como un perspectivismo (de tipo nietzscheano) y no como una disciplina científica.

La creencia en el poder del pensamiento simbólico supone un postulado teórico expuesto por Freud en su *Esquema del psicoanálisis*: “Las reglas decisorias de la lógica no tienen validez alguna en lo inconsciente; se puede decir que es el reino de la alógica” (p. 32) [XXIII, p. 167]. ¿Podíamos esperar semejante confesión? Aquí tenemos pues, formulado por Freud en persona, el principio de la causalidad mágica. Como se ocupa del reino de la alógica, le es menester inventar una lengua, un lenguaje, un mundo, un universo entero: una utopía conceptual, una atopía mental, una ucronía verbal, y habitar ese imaginario con el candor de un niño que toma sus deseos por la realidad. Los niños adoptan panoplias para enfrentar a enemigos inexistentes; Freud, por su parte, se hace a medida un traje de *conquistador* a fin de descubrir mundos quiméricos. En el reino de la alógica, el psicoanalista es el rey.

Siempre aficionado a alegorías y metáforas, Freud plantea que el inconsciente equivale a un enigma por descifrar: ¡Edipo obliga! En una carta a Fliess, del 6 de diciembre de 1897, el nómeno freudiano pierde su carácter inaccesible al conocimiento para convertirse en signo y más particularmente en inscripción, a la manera de una lengua antigua para la cual habría que descubrir la piedra de Rosetta con el objeto de leerla con la misma facilidad que el griego o el latín, si no los jeroglíficos. Descifrar, traducir: tal es, por tanto, la tarea del psicoanalista.

Pero ¿cómo hacer con una lengua en la que, se nos dice, reina la alógica? ¿Qué es, por otra parte, una lengua alógica, si no una glosolalia, es decir, una lengua inventada por un individuo para su uso exclusivo, que impide entonces toda comunicación: un oxímoron? Frente a una glosolalia se plantean dos posibilidades: la primera, reírse y proclamar la desnudez del rey que chapurrea una jerigonza solipsista; la segunda, el psitacismo, esto es, la manía del loro que repite ese idioma con seriedad y gravedad, convencido de que esta lengua que no quiere decir nada tiene sentido, dado que un puñado de discípulos se adhieren con aplicación a ella. O sea: desmitificar o arrodillarse para rezar.

El pensamiento simbólico encarna por antonomasia el pensamiento sectario de los psitacistas. Supone el aprendizaje de la falsa lengua, la verificación de los conocimientos con el maestro, una posición de sometimiento del discípulo, la interrogación del misterio al cual se responde con otro misterio que entraña el asentimiento de la secta, rituales repetitivos de una serie de encantamientos verbales

con los objetos sagrados de la religión en miniatura: la veintena de conceptos con la cual se reconoce el hablar freudiano, el hablar jungiano, el hablar lacaniano. Freud propone entonces un mundo con su lengua. La habla. Con ello, convencidos y deseosos de servidumbre voluntaria, sus discípulos la aprenden y constituyen el núcleo sectario capaz, algún día, de dar origen a una religión.

Freud introduce una teoría del sueño que justifica y legitima la renuncia al pensamiento racional y asigna plenos poderes al pensamiento simbólico. Si bien *La interpretación de los sueños* se parece en más de un concepto al libro de igual título de Artemidoro, él quiere deslindarse de la vieja oniocrítica para presentarse como el autor de un trabajo revolucionario que expone algunas novedades, entre ellas la que hace del sueño, no el anuncio premonitorio de *lo que ha de suceder*, sino la resolución nocturna de un problema diurno y la presentación en anamorfosis de *lo que no ha podido suceder*, a causa de una represión que es, desde luego, de naturaleza sexual.

El grueso libro titulado *La interpretación de los sueños* dice de hecho pocas cosas; éstas, al menos, se resumen en unas cuantas líneas, y las contadas tesis freudianas deben mucho a la literatura científica de la época. Por otra parte, una cantidad considerable de páginas se dedica al comentario de una abundante bibliografía sobre el tema, para mostrar cuánto se ha equivocado todo el mundo. Como es evidente, no hay posibilidad alguna de encontrar en el cuerpo de ese voluminoso libro ninguna mención de trabajos que, antes de Freud, desarrollaran las ideas que éste presenta en él.

Sin embargo, la idea de un sueño disociado de la premonición no es nueva; la que hace de él la resolución de un enigma del estado de vigilia, tampoco: no pocos científicos escribían esas cosas desde hacía tiempo. Sin necesidad de buscar en los anaqueles de una biblioteca, podemos remitir a Nietzsche, que en su *Zaratustra* escribe claramente: “Tu vida misma, oh Zaratustra, nos ha dado la clave de ese sueño” (*Œuvres complètes*, p. 156), y también podríamos mencionar otros textos del filósofo sobre la misma cuestión.

El robusto volumen freudiano rebosa de análisis de sueños: unos cincuenta de su propio autor y cerca de doscientos de otros. Comentario crítico de la bibliografía, análisis de una gran cantidad de sueños con abundancia de detalles, queda poco para la doctrina con que Freud machaca habitualmente a lo largo de su demostración. Si hubiera que hacer un resumen de sus tesis, éste cabría en una página, si no en una cita. La tesis se condensa en un puñado de palabras: *el sueño es la realización de un deseo inconsciente reprimido*. Para decirlo de otro modo: realiza en el dormir lo que está prohibido en la vigilia. Eso es todo.

Pero las cosas no parecen tan sumarias como podría esperarse: el deseo de acostarse con la madre, para tomar un fantasma freudiano recurrente, no se manifiesta con tanta crudeza en el sueño. Demasiado simple... ¡Freud no explica en ninguna parte por qué razones el inconsciente, que ignora el tiempo, la muerte, la moral, la contradicción, la lógica, complica de tal modo las cosas! ¿En nombre de qué? ¿Por qué no obrar franca, clara, directamente? ¿Sigmund Freud sueña con meterse en la cama de su genitora? ¿Por qué entonces, deseo reprimido, no sueña la escena tal y

como pasaría si tuviera que ocurrir: un hijo en la misma cama que su madre, copulando con ella? ¿El inconsciente será mojigato al extremo de apelar a un mecanismo complejo de formación del sueño, que Freud pretende haber descubierto?

¿Qué motivo justifica que el inconsciente disfrace, disimule, desplace, modifique, cambie las perspectivas, a punto tal que un hijo deseoso de incesto sueña con aviones que hablan de la erección, con una enuresis que significa la potencia, con una casa pequeña entre dos grandes que indica el camino sexual que seguir para llevar a buen puerto su proyecto libidinal? ¿Por qué debería soñar con un lugar ya conocido para que le signifique el órgano sexual de la madre, según lo establece una ley performativa por la que, al parecer, todos recordamos la vagina a través de la cual salimos del seno materno para entrar al mundo? ¿Por qué tantas complicaciones sin razones valederas? ¡Para ser una instancia psíquica indiferente a la historia y la moral, el inconsciente parece estar muy ocupado en vueltas y revueltas con el fin de ocultar su juego!

Freud expone pues su teoría del sueño, como Copérnico y Darwin sus descubrimientos científicos. ¿Queremos saber qué es lo que lo hace merecedor de la placa de mármol puesta en su casa? Veámoslo: *primero*, en el sueño hay un *contenido real* y un *contenido manifiesto*; aquí tenemos, por tanto, una primera pista: lo real no será lo real, porque sólo será *real* lo *manifiesto* que debe decodificarse. Lo real del sueño importa poco y nada, puesto que la realidad es su ficción. El contenido onírico no debe tomarse al pie de la letra: ésta es la confesión de la denegación de la realidad que está en la base del mecanismo mágico freudiano. Se trata por consiguiente de “dos lenguajes diferentes” (IV, p. 319) [IV, p. 285], pero resulta que Freud es el único que habla el idioma adecuado. El contenido real utiliza *imágenes*; el contenido manifiesto, *signos*.

Segundo, el trabajo del sueño supone tres etapas: condensación, desplazamiento y presentación. ¿Qué pasa con cada una de estas instancias? El trabajo de *condensación* implica la reducción de la diversidad de los materiales utilizados para un mismo sueño a muy pocas cosas, incluso a un contenido pobre y lacónico; el trabajo de *desplazamiento*, como su nombre indica, corresponde a un traslado, un cambio de perspectiva: de modo que, en nombre de esta hipótesis muy útil, lo que hay en un sueño puede muy bien no guardar relación alguna con su interpretación, por haber tenido lugar un temblor, un movimiento. ¿Por qué razones esta vibración tan oportuna? No sabremos nada de ello, pero es así como Freud lo plantea: siempre un performativo. Para terminar, el trabajo de *presentación*, mediante el cual el inconsciente contribuye a la confusión general al reunir cosas separadas en el tiempo y el espacio, y presentificarlas en un nuevo espacio tiempo que ya no obedece en absoluto a las leyes lógicas que rigen la verdad de estas dos instancias.

El trabajo de presentabilidad se produce muy en particular en ocasión de la convocatoria del símbolo y su legitimación. Freud afirma que el sueño sexual se impone a todos los otros porque, en nuestra sociedad, la sofocación libidinal es la más fuerte. Luego enuncia el corazón de la central nuclear conceptual freudiana:

Quando insisto ante mis pacientes en la frecuencia del sueño edípico de comercio sexual con la madre propia, obtengo esta respuesta: “No puedo acordarme de un sueño semejante”. Mas poco después emerge el

recuerdo de otro sueño, irreconocible e indiferente, que en la persona en cuestión se repitió a menudo; y el análisis muestra que ese sueño tiene idéntico contenido, vale decir, es un sueño edípico. Puedo asegurar *[sic]* que entre los sueños de comercio sexual con la madre son muchísimo más frecuentes los disfrazados que los francos (IV, p. 446) [V, p. 400].

En consecuencia: con respecto a un sueño anodino en el que no aparecen ni padre ni madre, Freud afirma que es edípico; el paciente se sorprende, el psicoanalista reitera: la prueba del sueño edípico es que en apariencia no lo es, y de ello se deduce que oculta un sueño más reprimido que, por consiguiente, no puede sino ser edípico; presuntamente, la clínica permite al analista afirmar lo que necesita para justificar su interpretación, que es una proyección: la mayoría de los sueños son edípicos, incluidos, muy en especial, los que parecen estar en las antípodas de esa afirmación llevada a un alcance universal.

Aquí encontramos entonces, en flagrante delito, las modalidades de acción de Freud en el operativo de organización de la desaparición de lo real. Juego de prestidigitación fraudulenta llevado a cabo con la excelencia de una sofística y una retórica hoy convertidas en una teoría que se enseña en el mundo entero. De suerte tal que el hijo deseoso de acostarse con su madre bien podrá, gracias a los malabarismos entre contenido real y contenido manifiesto, condensación, desplazamiento, presentación —en otras palabras, desfiguración—, soñar que se encuentra en la proa de un barco mientras orina por encima de la borda, disfruta de la salpicadura de las olas y ve pasar delfines que tienen la cara de su superior jerárquico, y todo eso significará *indiscutiblemente* el ansia edípica del soñante, y no —¿a quién podría ocurrírsele?— el fantasma del intérprete...

A este arsenal que permite a Freud sustituir la causalidad racional o científica por la causalidad mágica hay que agregar un tercer elemento: después del *sofisma del contenido manifiesto y el contenido latente*, y del *sofisma del trabajo del sueño* con los tres estadios, condensación, desplazamiento, presentación, hay que convocar ahora el *sofisma del puro contenido de la ocurrencia*, presente en un pequeño texto cardinal en la economía de la justificación racional de lo irracional y la legitimación retórica de la causalidad mágica. Lacan, Freud al cuadrado en lo concerniente a la fabulación, no se equivocó al utilizar con suma habilidad la tesis de ese brevísimo artículo.

Estas páginas tituladas “La negación” aparecieron en una revista en 1925, un texto aparentemente olvidado por Paul-Laurent Assoun en su *Dictionnaire des œuvres psychanalytiques*. ¡Sin embargo, el artículo vale su peso en oro freudiano! ¿Qué dice? En sustancia, que, para un analista, *no* = *sí*, lo cual, cabe sospecharlo, permite abrir todas las puertas que se resistan para entrar en el maravilloso mundo encantado de las causalidades mágicas. Así funciona este sésamo de los psicoanalistas:

El modo en que nuestros pacientes producen sus ocurrencias durante el trabajo analítico nos da ocasión de hacer algunas interesantes observaciones. [...] “Usted pregunta quién puede ser la persona del sueño. Mi madre no es”. Nosotros rectificamos: Entonces *[sic]* es su madre. Nos tomamos la libertad, para interpretar, de prescindir de la negación y extraer el contenido puro de la ocurrencia. (XVII, p. 167.) [XIX, p. 253.]

No es posible hacer saber con mayor claridad que, sin importar la verdad, la palabra del paciente o lo que podría informar una palabra no autorizada, el verbo

psicoanalítico es la ley: si el pensamiento lógico no funciona en el inconsciente — véase el *Esquema* (p. 32) [XXIII, p. 167]—, no funciona tampoco en el cerebro del psicoanalista; y se comprenderá tanto mejor que el reino de la alógica triunfe en el psicoanálisis, puesto que el analista no recurre a su razón, a su inteligencia, a su conciencia cuando está detrás de su paciente, sino a su... inconsciente, lo cual se dice francamente en “Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico” (p. 66) [XII, p. 115]. Ya volveré a ello en “El diván, una alfombra mágica de gas hilarante”.

Negar es afirmar lo reprimido, y como esto, por definición, es lo que la conciencia del paciente no puede conocer, sólo el psicoanalista, puesto que se presenta como maestro de lo reprimido, puede establecer la equivalencia que pulveriza el principio de no contradicción: *no = sí*. De manera que la interpretación, en virtud del estatus de extraterritorialidad epistemológica de que disfruta el intérprete, puede afirmar lo que este último quiera, aun cuando el paciente recrimine; y me atrevería a decir: *sobre todo* si el paciente recrimina.

Así como en el momento de la teoría de la seducción Freud veía en la denegación del abuso sexual la prueba de la verdad de lo que se denegaba, el psicoanalista teoriza para sus discípulos esta regla dictatorial: *el analista dice la verdad porque es analista*; correlativamente, lo que dice el paciente es falso, porque es el paciente. Descubrimos aquí el imperativo categórico que, detrás del diván, organiza en lo conceptual, legitima con la teoría y justifica dialécticamente el reparto de los papeles entre la dominación del analista y la servidumbre del analizado, pasaporte de ingreso al mundo maravilloso de las causalidades mágicas.

¿En qué desemboca esta sofística que deja a un lado el pensamiento racional tal y como se practica desde que constituye la honra de la filosofía —de Demócrito a Nietzsche, a través de la Ilustración histórica del siglo XVIII—, para consagrar el ocultismo, la telepatía, la transmisión del pensamiento, el espiritismo; convocar a las causalidades mágicas; celebrar el mundo encantado de lo nouménico y dar al mismo tiempo la espalda a lo fenoménico, y regocijarse con los malabarismos conceptuales efectuados con los objetos inteligibles, las Ideas puras? En lastimosas conclusiones...

Se leerá y releerá, como me sucedió a mí al descubrir ese análisis indigente de Freud, este ejemplo que ilustra a las mil maravillas el pensamiento mágico freudiano. En “Sobre la iniciación del tratamiento”, un texto de 1913, aquél escribe lo siguiente: “Un joven y espiritual filósofo, con actitudes estéticas exquisitas, se apresura a enderezarse la raya del pantalón antes de acostarse para la primera sesión; revela haber sido antaño un coprófilo de extremo refinamiento, *como cabía esperarlo* [la cursiva es mía: así de grosero es el artificio] del posterior esteta” (p. 98) [XII, p. 139].

Pasemos por alto la patada del asno freudiano al filósofo, que le permite maltratar a la corporación —de la que él, empero, forma parte— al asociar filosofía y postura de dandi, y tratemos de comprender el prodigio mediante el cual se puede asociar un gesto, *enderezarse la raya del pantalón* (quizá después de echarse en el diván, cosa que puede entenderse sencillamente sin invocar a Edipo), y el diagnóstico muy poco ameno de ser *un coprófilo de extremo refinamiento*. ¡Causalidad mágica en toda su soberbia! Puesto que arreglar la raya de un pantalón arrugado no parece significar científicamente la confesión de un deleite particular por la materia fecal.

Esta verdad asestada como un descubrimiento científico capaz de granjearle el reconocimiento eterno de la humanidad procede de la lisa y llana afirmación de Freud. No dejamos de movernos en la performatividad más pura: él nombra la equivalencia y con ello crea la realidad que significa. Así como el sacerdote o el alcalde declaran marido y mujer a los novios y, a través de su fórmula, realizan la unión, el psicoanalista declara que la preocupación por la raya del pantalón es signo de coprofilia ¡y con eso basta para que el filósofo esteta quede etiquetado según el vocabulario de la nosología psicoanalítica! Freud pretende haber analizado un millar de sueños para fundar su *ciencia* de los sueños, como él mismo dice y como aún puede leerse en nuestros días. ¿Era esto necesario para dar a conocer explicaciones que, en muchos casos, hacen pensar en un puro y simple plagio de *La interpretación de los sueños* de Artemidoro?

Como tampoco lo hace en otros lugares, Freud no se desenvuelve aquí en la ciencia. La performatividad que constituye la clave de bóveda de su edificio tiene por genealogía la proyección, la sugestión y hasta la expectativa misma del analista. Lo que Freud quiere descubrir, lo encuentra después de proyectar sus propios fantasmas. El psicoanálisis actúa como revelador de su autorretrato. Quiero apelar como prueba a este análisis expuesto en *La interpretación de los sueños*: un adolescente de catorce años sufre de tics compulsivos, vómitos histéricos, dolores de cabeza, “etc.” [sic]. Freud le pide que cierre los ojos y le cuente lo que le viene a la mente. El chico habla entonces de una escena en la cual juega a las damas con su tío. Comenta las jugadas posibles y las combinaciones prohibidas. Sobre el tablero hay una navaja —posesión de su padre—, una hoz y una guadaña. Sigue la imagen de un campesino que siega su campo. Éste es pues el *contenido manifiesto* de esa ensoñación.

Comentario de Freud: el paciente tuvo una infancia difícil, su padre era duro, colérico; su madre, dulce y tierna; los padres no se entendían. Divorcio de la pareja y nuevo matrimonio del padre. La patología del adolescente se desencadena después de la presentación de la madrastra. Solución: “Una reminiscencia de la mitología proporcionó el material” (IV, p. 674) [V, p. 606]. Éste es, por tanto, el *contenido latente* del relato:

La hoz es aquella con que Zeus castró al padre; la guadaña y la imagen del campesino pintan a Cronos, el viejo violento que devoraba a sus hijos y del que Zeus se vengó de manera tan poco filial. El casamiento del padre era una ocasión para devolverle los reproches y amenazas que el niño antes tuvo que oír de él por jugar con sus genitales (el juego de damas, los movimientos prohibidos, la navaja con la que se puede matar). Aquí son recuerdos largo tiempo reprimidos y sus retoños que han permanecido inconscientes los que se cueban en la conciencia como imágenes sin sentido aparente por el rodeo que se les ha abierto (*ibid.*) [*Ibid.*].

Salvo que se crea que nacemos informados de los complejos arcanos de la mitología griega, ¿cómo imaginar que un niño de catorce años pueda soñar ese tipo de cosas extremadamente precisas, agudas, que suponen un muy buen conocimiento del mito y por ende una lectura atenta de los pasajes que Homero y Hesíodo dedican a esta historia en la *Iliada* y la *Teogonía*? Es cierto, Freud cree en la existencia de una filogénesis psíquica en condiciones de inscribir en la vida anímica las historias mitológicas de manera hereditaria. Pero ¿estarán ellas en la psique con tantos detalles? El padre Urano, la madre Gea, el hijo Cronos, la hoz fabricada por la madre,

la complicidad del hijo con ésta para castrar a su padre en el momento en que el marido va a acostarse con su esposa, los testículos cercenados y arrojados al mar, todo eso, y las mitologías restantes, ¿se encontraría en todos sus pormenores en la psique, como un material accesible en cualquier momento, a disposición del inconsciente?

Si la respuesta es sí, la ensoñación del adolescente de catorce años remite sin duda a la hoz de la emasculación, pero ¿cómo creer que una persona de esa edad disponga, por el mero hecho de cerrar los ojos y transmitir las imágenes que se le pasan por la mente, referencias mitológicas que, *como por casualidad*, obsesionan a Freud? En efecto, el padre castrado en el momento preciso en que va a meterse en la cama de su mujer, la complicidad de la madre con uno de sus hijos —en tanto que los otros se han negado a cometer el acto simbólicamente parricida—, la abolición de la virilidad del genitor por su progenitura, son obsesiones freudianas antes de ser las de ese niño que sale del colegio.

El pensamiento simbólico —Freud tiene razón— no es lógico; es fantasmático, mágico, analógico, proyectivo, oculto, obedece a un orden que no es el de la razón, un orden irrazonable, ilógico, insensato; procede de juegos de palabras, homofonías, deslizamientos semánticos, palabras autorizadas por los habitantes del mismo mundo irreal, ficticio, en definitiva infantil, en el cual los deseos se toman por la realidad y lo real, por obra de la anamorfosis interpretativa, se convierte en el ordenamiento de un mundo aparte, que obedece a otras leyes, otros tiempos, otros espacios, otras referencias que los del mundo corriente, banal, de cualquier hijo de vecino que no trata de vivir en el cielo de las ideas. En un estudio sobre Demócrito, Nietzsche decía que el verdadero materialista enseña lo siguiente: “Conténtate con el mundo dado”. Si se lo compara con este envite programático, Freud fue indiscutiblemente el más antimaterialista de los filósofos del siglo XX.

3. EL DIVÁN, UNA ALFOMBRA MÁGICA DE GAS HILARANTE

“Mi moral depende mucho de mis ganancias. El dinero es para mí un gas hilarante.”

SIGMUND FREUD, carta a Fliess, 21 de septiembre de 1899

Freud creó un mundo y, como todos los artistas que escriben, novelistas o poetas, inventó sus reglas del juego y propuso una fórmula literaria para él. Pero también hizo de esa creación conceptual una propuesta terapéutica. De modo que el psicoanálisis dice dos cosas: la primera expresa un cuerpo de doctrina, *el* psicoanálisis, la doctrina firmada con el nombre de Freud. Pero hay igualmente otra manera de utilizar esa palabra, *un* psicoanálisis, que dice otra cosa, aunque ésta derive de la primera.

En “Cinco conferencias sobre psicoanálisis”, Freud dice que el psicoanálisis es un “nuevo método de indagación y terapia” (X, p. 5) [XI, p. 7]; *el psicoanálisis*, nuevo método de indagación, *un psicoanálisis*, el método de terapia, puesto que la cosa se dice con toda claridad y sin restricción alguna: en cuanto terapia, permite eliminar el padecimiento (X, p. 36) [XI, p. 34]. La teoría de la comprensión de la vida anímica, del funcionamiento del psiquismo, de la etiología de las neurosis, de la lógica del sueño, de los arcanos de la metapsicología, de la psicopatología de la vida cotidiana, desemboca en la posibilidad de una práctica a cuyo respecto se nos dice, ante todo en las “Cinco conferencias”, pero a continuación también en el resto de la obra, que encarna la panacea en materia de recuperación de la salud mental. ¡Ya hemos podido ver cuánto sufría la leyenda al comparársela con la historia! Iremos más lejos en “Una abundancia de curaciones de papel”.

Freud querría que el psicoanálisis fuera una ciencia entre las ciencias. Pero en el repliegue de tal o cual frase encontramos siempre a un autor menos fascinado por el rigor de los científicos que por las narraciones mitológicas, los relatos legendarios, los cuentos folclóricos, los refranes populares. En *¿Pueden los legos ejercer el análisis?* reivindica la inscripción de su disciplina en ese linaje no científico y hasta anticientífico. Por eso, al volver a la historia de Cronos y cómo devora a sus hijos, puntualiza que, con el psicoanálisis, se comprende que se trata de la castración: Freud busca la luz en la oscuridad de los mitos. De allí esta frase sorprendente: “la mitología le infundirá ánimo para creer [*sic*] en el psicoanálisis” (XVIII, p. 35) [XX, p. 198].

¿Qué significa *creer en el psicoanálisis* cuando se cuenta con dos acepciones para el mismo término? ¿Creer en el psicoanálisis como teoría explicativa del mundo? ¿Creer en el poder terapéutico de la práctica? ¿Creer en ambos, porque uno no existe sin otro y no podría imaginarse una visión del mundo sin los cuidados que él pretende brindar? ¿Creer que Freud dice la verdad en sus libros, cualquiera que sea el tema y

diga lo que dijere? ¿Crear que Freud atendió y resolvió los casos que afirma haber curado? ¿Crear que su disciplina es una ciencia? Por lo demás, *creer*, ¡vaya invitación peregrina! ¿Se habla de creer en el heliocentrismo de Copérnico como podría creerse en la fábula cristiana de la creación del mundo por Dios en el Génesis? ¿O de creer en las tesis de Darwin sobre la genealogía animal del hombre? Se cree en los dogmas de una religión, los preceptos de una secta, los catecismos que suponen una adhesión sin razón, pero creer en el psicoanálisis es una fórmula muy extraña cuando procede de una persona que no pierde ocasión de calificarse de hombre de ciencia... Veamos pues qué podría significar: creer en el psicoanálisis como terapia.

El diván es a Freud lo que el tonel a Diógenes: un atajo para expresar lo máximo con lo mínimo, una imagen, una palabra, una fórmula, un objeto. A los ojos del gran público, que puede incluso ignorarlo todo acerca de Freud y el freudismo, el psicoanálisis se reduce a ese elemento específico del mobiliario: una cama que no lo es, un sillón que por anamorfosis se convierte en lecho, un tocador vienes cubierto por un tapete y provisto de una almohada, y, detrás, un hombre que escucha, calla, habla poco y nada y luego embolsa una suma de dinero en efectivo, no sin haber echado una mirada al reloj de pared y puesto fin a la confesión al cabo de una hora, tras la cual habrá otras...

El pasaje entre el pensamiento mágico expuesto por el psicoanalista y la práctica terapéutica reivindicada en el consultorio se efectúa sobre ese diván: éste actúa como una alfombra mágica que lleva de los conceptos performativos a la salud recobrada, de las palabras a los males, del papel al cuerpo, de los libros al alma y por tanto a la carne. Tendido sobre esa nave regresiva, transportado por las aguas amnióticas de una ola verbal, el paciente boga hacia el útero de su alma, del que saldrá purificado. Freud lo escribe, Freud lo dice, Freud lo piensa, Freud lo cree; luego, es verdad.

¿Qué pasa, pues, en ese diván? ¿Qué se intercambia entre el analista y el analizado? *Palabras*. Freud lo dice con sencillez en *¿Pueden los legos ejercer el análisis?*: “Entre ellos no ocurre otra cosa sino que conversan” (XVIII, p. 9) [XX, p. 175]. Eso es entonces un psicoanálisis: el habla de un paciente transmitida a una persona que se calla y, así, dice que ejerce una terapia. En consecuencia: nada de auscultaciones, nada de exámenes clínicos, nada de estetoscopio o de instrumento para tomar la presión o la temperatura, nada de material médico, nada de recetas, nada de medicamentos: ese dispositivo destinado a curar por la palabra, y ninguna otra cosa.

Un diván, pues, con cojines, a fin de que el paciente se instale con comodidad, casi sentado, en realidad no echado, no como si fuera a dormir, sino en una posición de cabal relajamiento, con la espalda ligeramente levantada: es preciso evitarle todo esfuerzo muscular, todas las sollicitaciones sensuales, sensoriales, escuchar, sentir, mirar... En Berggasse 19 se ponía una manta en el extremo del diván, que podía utilizarse para cubrir los pies. El analista también se instala confortablemente. Ya en la primera sesión solicita una palabra libre, sin restricciones, sin preocupación por la coherencia: se trata de formular lo que a uno se le ocurre, sin control, sin censura, sin prohibiciones. La entrada en análisis supone la interrupción de todo tratamiento químico. Ningún tercero, desde luego, es admitido en el bastión del consultorio. Esta

regla no tiene excepción alguna.

El método procede de una larga evolución que supone la participación de Josef Breuer y Charcot. El diván, lo hemos visto (II, p. 98) [II, p. 99], existe ya en 1893, en los tiempos de la colaboración con Breuer. En “Sobre la iniciación del tratamiento”, Freud aborda lo que denomina “ceremonial [*sic*] de la situación en que se ejecuta la cura” (p. 93) [XII, p. 135]: “Mantengo el consejo de hacer que el enfermo se acueste sobre un diván mientras uno se sienta detrás, de modo que él no lo vea. Esta escenografía tiene un sentido histórico: es el resto del tratamiento hipnótico a partir del cual se desarrolló el psicoanálisis” (*ibid.*) [*ibid.*]. Freud explica que lo quiere así porque no soporta que lo observen durante ocho horas por día e incluso más, y con el objeto, por otra parte, de que el paciente no interprete los signos legibles en su rostro. Argumento doctrinal: evitar la contaminación del inconsciente del analizado por las mímicas perceptibles en la cara del analista. Argumento trivial, expuesto por el propio Freud en una carta a Fliess fechada el 15 de marzo de 1898: “Duermo durante los análisis de la tarde”... Algunos pacientes lo atestiguarán. Por ejemplo, Helene Deutsch, futura psicoanalista, revelará que aquél se adormeció al menos en dos oportunidades durante su análisis.

¿Es grave que el psicoanalista duerma mientras lleva adelante un análisis, cuando se le paga por escuchar lo que se le dice? No, responde Freud. Y construye una teoría que, como siempre, justifica sus debilidades existenciales: el analista puede dormir porque se sirve “de su inconsciente como instrumento”, escribe en “Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico” (p. 67) [XII, p. 115], y no de su consciente. No aclara cómo puede funcionar el inconsciente del analista mientras éste duerme, pero en este caso, como en otros, juegan las causalidades mágicas. ¡En el análisis, los inconscientes se comunican, y las leyes del inconsciente son impenetrables!

Freud elabora otra teoría para justificar sus adormilamientos, sus letargos, sus siestas detrás del diván: para el analista, la cuestión no pasa por estar rigurosamente despierto, atento con sus cinco sentidos a lo que se dice, concentrado en la palabra y deseoso de no perder ni una coma de lo que se manifiesta. No hay necesidad alguna de un plan preconcebido. Ningún interés en tomar notas, ya que el garrrapateo sobre el papel podría perturbar al paciente, que bosquejaría entonces teorías erróneas al asociar el uso del lápiz a la necesidad de anotar una información importante, lo cual perjudicaría el desenvolvimiento fluido de la cura. Es menester —magnífico concepto *pro domo*— una “atención parejamente flotante” (p. 62) [XII, p. 111]; en otras palabras, una escucha distraída, que evite polarizarse sobre algo en particular, que deje hacer y transcurrir. Esa *atención flotante* es necesaria, teoriza el profesional, porque una jornada de análisis, ocho horas si damos crédito a su confidencia, no permite ocho horas de atención sostenida.

El analista, en consecuencia, no destaca nada de la ola de palabras vertidas, por la sencilla razón de que ignora dónde está lo importante. Se deja sorprender. La afectividad es estrictamente condenada: el facultativo no está ahí para amar o ser amado, agradar o ser bien visto. Durante toda la jornada, mientras pasa el tiempo de paciente en paciente, deja hacer a sus “memorias inconscientes” (p. 63) [XII, p. 112] y, de ser necesario, por la noche, tras el análisis, puede consignar por escrito fechas o

cualquier otra cosa que considere de importancia.

¿A qué se parecen los primeros momentos del análisis? ¿Qué dice el analista la primera vez? Propone un tratamiento de uno a dos meses, a prueba. Durante ese lapso, entabla una conversación a fin de descubrir si el análisis podrá llevarse adelante en buenas condiciones. Explica los pormenores de horarios y honorarios: se fijan un día y una hora, que son de aquí en adelante el día y la hora del paciente. Toda sesión estipulada y no realizada debe pagarse. Se determina la periodicidad: una sesión por día, salvo los domingos y festivos. En un caso más leve, tres sesiones por semana. Y unas pocas horas para Gustav Mahler, en el transcurso de una caminata con el maestro...

Freud señala con claridad que el analizado puede dar término a la aventura según su deseo y sin tener que aducir razones. Lo cual no corresponde, por supuesto, al momento en que el psicoanalista, por su parte, ha de juzgar que las cosas pueden dejarse ahí, porque el análisis ha terminado. De dar crédito a “El método psicoanalítico de Freud”, al comienzo el paciente se compromete a hacer un tratamiento cuya duración va “desde medio año hasta tres años” (p. 18) [VII, p. 242]. Por su lado, el analista también puede interrumpir el tratamiento por conveniencia personal. El Hombre de los Lobos, tomemos por caso, se analizó durante más de medio siglo.

¿Quién puede analizarse? El psicoanálisis se desaconseja a unas cuantas personas: el personaje confuso, el depresivo melancólico, el carácter mal formado, la constitución degenerada, el paciente carente de sentido moral, aquel en quien falta la inteligencia, el individuo de más de cincuenta años —pero no hay edad mínima—, quien no ha hecho la gestión personal de iniciar un análisis y ha llegado al diván conducido por un tercero, la anoréxica histérica. En “El interés por el psicoanálisis”, Freud señala que “El psicoanálisis no consigue terapéuticamente nada en las formas graves de las genuinas enfermedades mentales” (XII, p. 99) [XIII, p. 169]. Convengamos en que, prudente, Freud descarta a mucha gente, actitud que dará lugar a esta ocurrencia no del todo falsa: el psicoanálisis sólo cura a las personas sanas.

Una broma que la siguiente cita extraída de “Sobre psicoterapia” parece confirmar: “Es afortunado que así pueda prestarse ayuda sobre todo a las personas más valiosas y de más alto desarrollo en otro sentido” (p. 18) [VII, p. 254]. Luego, modesto como de costumbre, Freud agrega que, “con relación a los casos en que la psicoterapia analítica puede conseguir muy poco, podemos consolarnos diciendo que seguramente [*sic*] ningún otro tratamiento habría logrado nada [*sic*]” (*ibid.*) [*ibid.*]. Por tanto: el psicoanálisis de Freud no trata todo, pero lo que no trata, los otros tampoco lo curan; por añadidura, tiene más éxito que los demás tratamientos.

Añadamos que existe otra categoría de gente imposible de tratar: los pobres... Freud manifiesta un cinismo incalificable al teorizar su desprecio hacia el pueblo: en primer lugar, el análisis es demasiado caro para sus parcas billeteras. Como se verá, no es cuestión de favores comerciales: ¡pagar fuertes sumas es igual a entregarse por entero y por ende asegurar la rapidez de la curación! Cosa que no podrían hacer los obreros, los pordioseros, los parados, los trabajadores, visto que Freud suscribe la extendida idea de que, obligados a ganarse la vida, los pobres disponen de menos tiempo para caer en la neurosis.

Y además, mayor cinismo aún, y en este punto se impone la cita:

Es muy difícil sacar al pobre de la neurosis una vez que la ha producido. Son demasiado buenos los servicios que le presta en la lucha por la afirmación de sí, y le aporta una ganancia secundaria de la enfermedad demasiado *[sic]* sustantiva. Ahora reclama, en nombre de su neurosis, la conmiseración que los hombres denegaron a su apremio material, y puede declararse eximido de la exigencia de combatir su pobreza mediante el trabajo (“Sobre la iniciación del tratamiento”, p. 92) [XII, p. 134].

Aclaremos que esta consideración teórica está precedida por una confesión: “Uno puede situarse muy lejos de la condena ascética del dinero” (*ibid.*) [*ibid.*], etcétera.

Así pues, cuando se haya descartado a los pobres y la gente demasiado enferma, preferido a las personas evolucionadas y de más alto valor, esto es, a los pacientes ricos de la burguesía vienesa, el éxito será más sencillo. Pero ¿cuáles son las condiciones de éste? Freud no teme proclamarlo claramente en sus *Conferencias de introducción al psicoanálisis*: la confianza, y el paciente debe dar muestras de paciencia, docilidad y perseverancia. El analizado se pone en manos del analista y cree que éste se encargará del análisis hasta el final, y que su resultado será un éxito. Digámoslo de otra manera: para curarse, el paciente debe creer que el terapeuta va a curarlo. El misterio y la magia del tratamiento están íntegros en este contrato: abandona cuerpo y alma en manos del sanador.

El paciente debe creer en los poderes del analista y éste debe imponerlos a su cliente. En “Las perspectivas futuras de la terapia psicoanalítica”, Freud informa haber comprobado lo siguiente: que debe “estimar[se] la multiplicación de nuestras posibilidades terapéuticas cuando recib[i]mos la confianza general” (p. 69) [XI, p. 138]. La autoridad tiene que emanar del terapeuta, como el aura que se desprende del mago, el hechicero o el chamán. Freud afirma que en sus inicios, cuando los pacientes llegaban a su casa, descubrían un interior modesto y constataban su escaso renombre y su falta de títulos universitarios, pensaban que, muy probablemente, ese hombre no disponía del poder que pretendía tener, porque, de haber sido un buen médico, habría ganado dinero y, por tanto, no viviría en un lugar como ése.

En esta configuración chamánica, ¿qué es un buen analista? Si el psicoanálisis experimenta fracasos, no es a causa del psicoanálisis sino del paciente, que no tiene la fe suficiente en esa aventura. En *¿Pueden los legos ejercer el análisis?* la cosa se dice con toda claridad: “El neurótico se pone a trabajar porque presta crédito *[sic]* al analista” (p. 50) [XX, p. 210]. De tal modo, las “cualidades personales” (p. 44) [XX, p. 205] desempeñan un papel considerable: esa persona debe tener “cierta fineza de oído” (*ibid.*) [*ibid.*] exclusivamente adquirida por la práctica analítica.

Es cierto, el analista se ha formado durante dos años en la técnica psicoanalítica, pero la teoría no ha cumplido rol alguno en esa formación: ésta consiste en haber sido analizado por otro psicoanalista. De manera que, en algún aspecto, uno llega a ser analista en la transmisión de padre simbólico a hijo —antes de que las mujeres también lo logren, con Lou Andreas-Salomé, y luego Marie Bonaparte y tantas otras—, la única filiación consentida por Freud, obsesionado con el parricidio. La cooptación: tal es el modo de producción y reproducción del analista. El hecho de habernos echado en el diván permite conocernos, no ignorar nada de los arcanos de nuestro inconsciente y, entonces, evitar las proyecciones de nuestro propio caso sobre la realidad de la persona analizada. Informado de las modalidades de resolución de su

complejo de Edipo, de eventuales traumas infantiles, de la manera como ha atravesado los estadios de la constitución del objeto sexual, del detalle de su vida anímica, el psicoanalista, instruido con respecto a sí mismo, al tanto de su identidad libidinal y psíquica, cuando aborde al paciente no lo contaminará con sus propias neurosis.

El analista que analiza ha sido analizado por un analista que se ha analizado; la reproducción incestuosa es indudable: uno está en la intimidad, en una misma familia, y por eso los psicodramas con los hijos rebeldes que fueron Jung y Ferenczi, antes de tantos otros. Se advertirá que, sobre la base del principio genealógico mítico, el primer hombre, el genitor de todo el linaje, el Adán del Génesis, es Freud mismo, y en persona: *in fine*, el padre único de todos los hijos parece un doble del padre de la horda primordial. Un padre al cual se vuelve cada cinco años para hacerse analizar de nuevo.

Así se asegura, admitámoslo, la fidelidad al corpus doctrinal y metodológico y se pretende garantizar teóricamente la objetividad del trabajo analítico, pero también se coagula la aventura en la repetición, la ritualización, si no la sacralización de lo que Freud llama *ceremonial*. El hombre que un día anunciará el fin del análisis, que efectuará la síntesis de esa aventura, que hablará finalmente, ahorra la mayor cantidad posible de palabras a lo largo del tratamiento. No interviene, o lo hace muy poco. No pregunta. No solicita ni suscita. No da ningún consejo, salvo casos excepcionales, aunque en este punto, como en otros, Freud no siempre será freudiano y no se privará de aconsejar habitualmente a sus pacientes acerca de su vida cotidiana.

¿Qué nos asegura que su silencio es justo o que, cuando se pronuncia, su palabra llega en el momento oportuno? “Cuestión de olfato” (p. 44) [XX, p. 206, traducción modificada][11], responde Freud, que, decididamente, apela a la animalidad del psicoanalista: cierta *fineza de oído*, cierto *olfato*, talentos que, si recordamos *El malestar en la cultura*, eran los de los primeros hombres, los talentos de los “superhombres” de la horda primordial. Todo esto se agrupa bajo la rúbrica vaga, imprecisa y nada científica de la “ecuación personal” (*ibid.*) [*ibid.*], que designa lisa y llanamente la subjetividad del personaje.

Ésa es la razón por la cual el hombre que se pasó la vida haciendo del psicoanálisis una ciencia, y más en particular una ciencia de la naturaleza —y no, en absoluto, una ciencia humana—, el autor vindicativo que fustiga a los universitarios incapaces de comprender la naturaleza seria de su disciplina, el polemista furioso contra los escépticos que clasifican su producción entre las fantasías, puede escribir, sin temor a la contradicción, que el psicoanálisis es un “arte de la interpretación” (p. 54) [XX, p. 214]. En efecto, se leyó bien, un *arte* y por lo tanto algo distinto de una ciencia.

Estamos pues muy lejos de la ciencia, de sus métodos, de su objetividad, de sus descubrimientos de leyes universales, verificables por la repetición de las experiencias que permitieron alcanzarlas; lejos de fórmulas que resuman los hallazgos de manera definitiva, por toda la eternidad, a la manera del principio de Arquímedes o del teorema de Euclides. Freud, entonces, reivindica el arte; démosle la razón. Pero el artista no pasa por ser el parangón de la epistemología rigurosa; se mueve más bien en el ámbito *poiético* griego, es decir, en la producción arbitraria y subjetiva del creador de formas inéditas, cual un novelista que escribe sagas literarias.

Así como el éxito de la ciencia analítica descansa en gran parte sobre el carácter y el temperamento del analista, el científico alega el carácter no científico del análisis: la famosa “ecuación personal” en la que se apoya el éxito de éste no podría generar sus efectos en la astronomía copernicana o el evolucionismo darwiniano. No hay necesidad alguna, efectivamente, de tomar en consideración el talento de artista de Copérnico o el genio poético de Darwin para que sus proposiciones tengan la jerarquía de verdades científicas.

Freud hace una pregunta que en verdad es lícito plantearse: ¿qué nos prueba que no estamos en presencia de un curandero? Si formula con toda precisión este interrogante, es porque en 1924 ha tenido que enfrentar el problema. En efecto, un camarada acusó entonces de tal al psicoanalista Theodor Reik, que debió comparecer ante la justicia por ese motivo. En consecuencia, Freud aborda el tema en *¿Pueden los legos ejercer el análisis?* Otro psicoanalista, Wilhelm Stekel, había denunciado a Reik por ejercicio de la profesión sin ser médico; ése es aquí el sentido de la palabra *lego*. El caso llegó a los titulares de los diarios vieneses. Freud envió a la prensa una declaración titulada “El doctor Reik y el problema del curanderismo” para defender la práctica del psicoanálisis por personas sin estudio alguno de medicina, el caso de su hija Anna, que tenía formación de maestra.

En el texto antes citado, Freud explica qué es un análisis: nada más que una conversación entre el paciente y el analista. El psicoanalista alude al poder de las palabras, su fuerza, su capacidad de destruir o construir, y también a su potencia terapéutica. Para ello, insiste en el poder hechizador del verbo y reivindica el *ensalmo*: “No despreciemos la *palabra*” [XX, p. 175], y, más adelante: “Ahora bien, la palabra fue originariamente, en efecto, un ensalmo, un acto mágico, y todavía conserva mucho de su antigua virtud” (XVIII, p. 10) [XX, p. 176]. Por eso el intercambio verbal en el diván es asimilable a un acto mágico: el psicoanalista conoce el poder hechizador de su palabra, se sabe el actor principal de ese *ensalmo*, un mecanismo que, por consiguiente, el fundador del psicoanálisis no recusa ni rechaza. ¡Habremos de convenir, empero, en que el ensalmo no forma parte habitual del arsenal del científico!

Ocupémonos del curandero: ¿qué es? Para Freud, no aquel que carece de títulos sino “quien emprende un tratamiento sin poseer los conocimientos y capacidades requeridos para ello” (XVIII, p. 56) [XX, p. 216]. Rétor cínico y sofista jesuita, concluye que, de acuerdo con esta nueva definición, “los médicos entregan al análisis el mayor contingente de curanderos” (*ibid.*) [*ibid.*]. ¡Bonita inversión de la situación: para atender las enfermedades mentales el médico es a menudo un curandero, mientras que la maestra revoluciona la disciplina!

Así las cosas, en esta configuración precisa, ¿cuál es el individuo encargado de decidir quién es curandero y quién no lo es? Freud mismo, porque sólo él decreta quién puede ser analista y quién no puede serlo. Es cierto, *en teoría*, todo analista debe haberse analizado: la tesis es estrictamente freudiana, pero, *en la práctica*, Karl Abraham, médico fundador de la Sociedad Psicoanalítica de Berlín y presidente de la Asociación Psicoanalítica Internacional, u Otto Rank, no habían necesitado echarse en el diván para disfrutar, a su vez, del derecho de tener pacientes que se tendieran en él, y no por ello los trataban de curanderos.

¿El psicoanalista Otto Rank exhibía notorios trastornos de comportamiento, puesto que padecía de una fobia al contacto que lo obligaba a usar permanentemente guantes? No importa: era un discípulo fiel y afanoso, había dedicado su libro *El trauma del nacimiento* al maestro y llevado su celo hasta el extremo de hacer de Freud el padre de su idea, desempeñaba el cargo de secretario de la asociación psicoanalítica y pertenecía al Comité Secreto; en consecuencia, Rank, *analista no analizado*, no era un curandero. Más adelante, las derivas teóricas manifestadas por él pudieron más que la protección con que contaba. Freud mudó entonces de parecer y le exigió un análisis improvisado y rápido, impuso la conclusión de la existencia de problemas de salud mental y luego ejecutó fríamente a su viejo protegido.

El Estado no tiene que meter las narices en los asuntos de los psicoanalistas. La ley no tiene derecho alguno sobre la corporación de divaneros y sus artimañas. La evaluación y el juicio sobre los efectos del psicoanálisis hechos desde afuera son nulos y sin valor. Las estadísticas referidas a la eficacia de la atención en un consultorio de analista son completamente impensables (XIV, p. 478) [XVI, p. 420]. La salud pública, el interés general en el terreno médico, la inquietud sanitaria de la comunidad: nada de esto cuenta en absoluto. El curanderismo no compete ni al Código Civil ni al Código Penal. El analista no tiene que rendir cuentas a los tribunales sobre lo que se trama en el secreto de su consultorio. Agreguemos de paso que, en esas páginas, Freud reclama asimismo que no se legisle *tampoco* en materia de... ¡ocultismo (XVIII, p. 64) [XX, p. 222]! Reivindica pues una extraterritorialidad jurídica para su profesión y la de sus discípulos. Seguimos en eso: la corporación rechaza en nuestros días la evaluación hecha por quien no es miembro de la tribu, es decir, sólo acepta a un individuo que sea a la vez juez y parte.

En consecuencia, Freud legitima la autolegitimación: de ese modo encierra a su disciplina en un círculo infernal. Quien no sea psicoanalista, en la época solemnemente armados por el maestro, no tiene ningún derecho a juzgar el psicoanálisis. El maestro es un juez absoluto y, como todo dictador, su palabra se confunde con la ley: es ley. Así, él puede escribir que un psicoanalista debe haberse analizado para poder analizar, y autorizar al mismo tiempo a algunos analistas tenaces, escogidos y elegidos por su propia iniciativa, a ejercer sin haber seguido una cura didáctica; que un analista no puede tener en su diván a un íntimo o un miembro de su familia, y analizar él mismo a su hija, la amante de su hija y los hijos de la amante de su hija; que el análisis requiere un ritual, un “ceremonial”, con el paciente en el diván, la reserva de un horario determinado del día, el escalonamiento de las sesiones en la semana y la repetición de los encuentros a lo largo de cierto tiempo, sin hablar del necesario aislamiento del mundo para evitar los parasitismos sensoriales, y analizar a un paciente célebre —Gustav Mahler, en este caso— durante unas horas mientras dan un paseo vespertino por un jardín. La palabra del maestro es la Ley y crea el Derecho.

¿Qué puede suceder durante un análisis? Se pone al paciente sobre aviso: no es cuestión de sentir satisfacción alguna, la cura no es una excursión al campo. Más aún, o peor: en “Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica” se dice que el análisis debe hacerse “en un estado de privación —de abstinencia—” (p. 135) [XVII, p. 158]. Los padecimientos no deben desaparecer con demasiada rapidez. Freud, que *odia* a los

norteamericanos, les reprocha muchas cosas sobre su manera de conducir un análisis, pero muy en particular ese deseo de tratar aceleradamente y alcanzar una pronta curación. La preocupación del analista vienés no es la recuperación de la salud del paciente, sino la investigación, la profundización de la teoría, escribirá en varias ocasiones, más interesado en construir una doctrina que en curar a los enfermos.

Mencionemos, por ejemplo, esta cita tomada de las *Conferencias de introducción al psicoanálisis*:

Tenemos el derecho, más aún, el deber, de cultivar la investigación sin mirar por un efecto útil inmediato. Al final —no sabemos dónde ni cuándo— cada partícula de saber se traspondrá en un poder hacer, también en un poder hacer terapéutico. Aunque para todas las otras formas de contracción de enfermedades nerviosas y psíquicas el psicoanálisis se mostrara tan huero de éxitos como en el caso de las ideas delirantes, seguiría siendo, con pleno derecho, un medio insustituible de investigación científica (XIV, p. 264) [XVI, p. 234].

En otras palabras, aunque el tratamiento no ande aquí, la doctrina funciona en otra parte...

Como siempre, Freud construye teorías para justificar sus *afirmaciones arbitrarias*, sus *antojos*, sus *anhelos más caros*, según las palabras de Nietzsche, que sostenía que el filósofo nunca hace otra cosa que dar una forma universal a problemas autobiográficos concretos, si no triviales. Aquí: la forzosa larga duración del análisis y la necesidad de frustrar la esperanza del paciente de recuperar rápidamente la salud. Argumento teórico, doctrinal y noble: un resultado demasiado rápido arriesgaría conducir a una falsa victoria, un tipo de éxito engañoso que disimula la probabilidad de una recaída acelerada a causa de un tratamiento de insuficiente profundidad. En consecuencia, la duración es imperiosa: la teoría lo exige.

Como la frustración ha provocado la enfermedad del paciente, el psicoanalista tiene el deber de recrear las condiciones en las cuales se produjo el trauma, para volver a sumergir al analizado en la situación capaz de permitirle conocer el origen del proceso patológico. En la cura, en efecto, el intercambio de palabras apunta a hacer decir al paciente más de lo que él mismo sabe, obligándolo a buscar en las profundidades oscuras de su inconsciente lo reprimido que causa los síntomas, porque la doctrina enseña que la toma de conciencia de la represión suprime esos síntomas y cura. Un éxito demasiado rápido amenazaría eliminar los síntomas sin que haya habido tiempo para acceder a su causa. Por eso el riesgo de que la neurosis reaparezca algún tiempo después a raíz de un análisis mal conducido. Ahora bien, Freud quiere hacer las cosas como se debe.

Pero cabe imaginar de la misma manera que esta teoría, honorable desde un punto de vista teórico y deontológicamente seductora, oculta explicaciones mucho más triviales, sobre todo motivos crematísticos. Puesto que con ella, el psicoanalista puede justificar la dominación, la posesión y el sometimiento de una clientela cautiva que asegure por largo tiempo sus ingresos. La seguridad presupuestaria sabe entonces casar oportunamente con el corpus doctrinal: que los pacientes se traten durante más tiempo es bueno para el éxito de la terapia, sin duda, pero también para las finanzas de la familia que vive de las palabras del diván.

El dinero constituye un punto doctrinal freudiano: el paciente debe pagar con regularidad, en efectivo, una suma que le cueste realmente porque le costará en lo

simbólico. La cuestión está grabada en el mármol doctrinal en “Sobre la iniciación del tratamiento”:

El analista no pone en entredicho que el dinero haya de considerarse en primer término como un medio de sustento y de obtención de poder, pero asevera que en la estima del dinero coparticipan poderosos factores sexuales. Y puede declarar, por eso, que el hombre de cultura trata los asuntos de dinero de idéntica manera que las cosas sexuales, con igual duplicidad, mojigatería e hipocresía (p. 90) [XII, p. 132].

De tal modo, el psicoanalista aborda la cuestión del dinero con franqueza y sin falsa vergüenza: pide que le paguen en fechas fijas y próximas, por ejemplo mensualmente. No se trata de que se haga el filántropo falsamente desinteresado: “Es notorio que no se eleva en el enfermo la estima por el tratamiento brindándoselo demasiado barato” (*ibid.*) [XII, p. 133]. Así: “En pro de sus honorarios el analista alegrará, además, que por duro que trabaje nunca podrá ganar tanto como los médicos de otras especialidades” (p. 91) [XIII, p. 133]. Nada de regalos, entonces...

E incluso:

Por las mismas razones tendrá derecho a negar asistencia gratuita, sin exceptuar de esto ni siquiera a sus colegas o los parientes de ellos. Esta última exigencia parece violar la colegialidad médica; pero debe tenerse en cuenta que un tratamiento gratuito importa para el psicoanalista mucho más que para cualquier otro: le sustrae una fracción considerable del tiempo de trabajo de que dispone para ganarse la vida (un octavo, un séptimo de ese tiempo, etcétera), y por un lapso de muchos meses. Y un segundo tratamiento gratuito simultáneo ya le arrebatará una cuarta o una tercera parte de su capacidad de ganarse la vida, lo cual sería equiparable al efecto de un grave accidente traumático (*ibid.*) [*ibid.*].

Nada de colegialidad, entonces... La doctrina lo dice: la gratuidad aumenta la resistencia y, por ende, retarda o impide la curación. En otras palabras: pague y se curará, o, mejor, pague caro y se curará rápido.

La misma razón explica que Freud no tenga ninguna gana de atender a los pobres. Una vez más, pone en juego la teoría para justificar sus opiniones y creencias. La teoría que ampara esa fechoría moral personal se denomina *beneficio de la enfermedad*. En efecto, algunas personas no se curan en la terapia analítica a causa, no del psicoanalista, y menos todavía del psicoanálisis, sino de sí mismas. Así son las cosas: ciertos pacientes siguen enfermos porque obtienen una ventaja superior, una ganancia incomparable con el hecho de persistir en la patología, el dolor, el sufrimiento, el mal, en vez de recuperar la salud.

“Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica” nos lo enseña: “Las condiciones de nuestra existencia nos restringen a los estratos superiores y pudientes de nuestra sociedad” (p. 140) [XVII, p. 162]. No es cuestión de curar toda la miseria del mundo... El Estado podrá ocuparse del tratamiento del pueblo, vale decir, aclara Freud: de hombres que beben, de mujeres frustradas, de niños depravados o neuróticos. Pero si algún día el Estado se hace cargo de ellos y, por medio de dispensarios gratuitos, deja el consultorio privado a los ricos, “haremos probablemente la experiencia de que el pobre está todavía menos dispuesto que el rico a renunciar a su neurosis; en efecto, no lo seduce la dura vida que le espera, y la condición de enfermo le significa otro título para la asistencia social” (p. 141) [XVII, p. 163].

Una buena manera de decir que Freud no hace ningún misterio de su posición:

avala la posibilidad de una medicina de dos velocidades, una para los ricos, de pago y onerosa, la suya, y otra para los pobres, gratuita, una “psicoterapia para el pueblo” (*ibid.*) [*ibid.*], la de los dispensarios de ayuda social a los que reserva un tratamiento teórico desdeñoso. En esos lugares destinados al pueblo podría repartirse un poco de dinero, agrega Freud a sus consideraciones teóricas: una forma de atender al proletariado mediante la limosna y algo de “influjo hipnótico” (*ibid.*) [*ibid.*]. Todo un programa político: ¡un poco de caridad y mucha hipnosis! Estamos lejos del diván freudiano instalado en los barrios acomodados de Viena y de los honorarios exorbitantes fijados por el psicoanalista. ¿Un Freud burgués liberal, que manifestó durante toda la vida una sensibilidad de izquierda? Otra postal que hay que romper.

Como hemos visto, Freud se niega a abordar el problema del dinero con hipocresía. Démosle la razón y, por tanto, consideremos francamente la cuestión: *¿cuánto cuesta un psicoanálisis en su consultorio?* Como es obvio, el teórico no se rebaja a hablar de tamaña trivialidad. Por más que reivindique una relación clara y sin complejos con el dinero y teorice incluso que cada uno se manifiesta en su totalidad en su vínculo con el oro, no encontraremos en la obra completa ningún elemento para resolver este enigma en términos concretos. Jung confiesa que una sesión en Berggasse 19 costaba mucho. Sin duda, pero ¿cuánto?

En todos los materiales que leí para este libro (cerca de diez mil páginas), apenas encontré consideraciones de este orden. O bien se pasa púdicamente por alto el tema, o bien —otra manera de actuar, de igual eficacia para no perder el tiempo, y también más hipócrita— se consignan sumas en dólares de 1920, chelines austriacos, moneda de la preguerra, moneda depreciada de la posguerra, de suerte tal que el lector dispone de informaciones que no informan de nada. Así, en las mil páginas de la biografía de Peter Gay apenas nos enteramos de esto: “A veinte dólares la sesión, y luego a veinticinco, Freud se ganaba bien la vida; pero [*sic*] se hacía viejo y seguía necesitando divisas fuertes” (p. 521). ¿Qué significa *ganarse bien la vida* en la mente del biógrafo?

En otros lugares de ese libro rebosante de detalles sobre tantos otros temas, nos enteramos, en lo concerniente a la cuestión del dinero, que la Primera Guerra Mundial le costó cuarenta mil coronas (p. 445); que antes de ese conflicto había ahorrado más de cien mil coronas (*ibid.*); que tenía en La Haya una cuenta en divisas fuertes (p. 444); que hacia 1925, como fue dicho, cobraba veinticinco dólares la sesión, lo cual correspondía a “honorarios relativamente [*sic*] elevados” (p. 679), y que al marchar al exilio dejó a sus hermanas sesenta mil chelines (p. 724). Ésa es la cosecha: pobre... Como es obvio, no se da ningún equivalente en moneda contemporánea que permita saber a cuánto corresponden esas sumas que, de manera evasiva y lapidaria, dan a entender que Freud se ganaba bien la vida, es indudable, pero sin más precisiones.

En consecuencia, yo mismo llevé a cabo, con la ayuda de un amigo contable, las investigaciones necesarias para poder hablar en euros de 2010. Éste es el resultado de mi pesquisa: en 1925, Freud cobraba más o menos 415 euros por sesión, incluidas aquellas en que aprovechaba para dormir la siesta; antes de la guerra de 1914 había ahorrado cerca de ocho millones de euros; tras el conflicto, habría de perder alrededor de 3.250.000, y dejó a sus hermanas, que morirían en la deportación, unos 350.000.

Estos datos permiten ver más claro.

En “Sobre la iniciación del tratamiento” (p. 93) [XII, p. 135], Freud explica que puso su sillón detrás del diván para evitar la mirada de los pacientes (los clientes): “No tolero permanecer bajo la mirada fija de otro ocho horas (o más) cada día” (*ibid.*) [*ibid.*]. Podemos inferir entonces que una jornada en la vida del doctor Freud significaba la atención de ocho pacientes, si no más. En 1921 confiesa tener diez... Una simple multiplicación, *sobre la base de la hipótesis conservadora*, permite saber que al fin del día encontramos en su caja, la mayoría de las veces en efectivo, por supuesto, una suma equivalente a 3.300 euros. En 1913, en el recién citado “Sobre la iniciación del tratamiento”, cuando se refiere a la frecuencia de las sesiones, Freud propone *una por día* salvo los domingos y festivos (p. 85) [XII, p. 129]. Tres por semana para los menos afectados. De modo que a fin de mes se llega a la suma de 80.000 euros. Multiplicados por once meses, el diván reporta anualmente alrededor de 875.000 euros.

Se entiende que en la teoría, desde luego, la gratuidad implique obstáculos para el buen desenvolvimiento de la cura; que los pobres no tengan ningún interés en echarse en el diván debido al *beneficio de la enfermedad*, ya que, neuróticos, consiguen más de la sociedad que curados; que las sesiones deban ser muy seguidas, y ello en tratamientos prolongados, y que el tropismo norteamericano de una cura rápida pueda plantear problemas... ¡de doctrina!

De igual manera, se concibe mejor que el psicoanalista sea el único habilitado para decidir cuándo poner fin al análisis. Por lo demás, ¿cuál es el buen momento? En “Análisis terminable e interminable” Freud resuelve el problema con sencillez: el asunto “queda librado al tacto” (p. 234) [XXIII, p. 222]. A lo cual el último Freud, el de 1937, agrega que un análisis... ¡nunca se termina! Es cierto, hay que apuntar a la desaparición de los síntomas, pero jamás se suprime definitivamente una exigencia pulsional. El psicoanalista teoriza el carácter infinito e interminable del análisis. “Acaso no sea ocioso, para evitar malentendidos, puntualizar con más precisión lo que ha de entenderse por la frase ‘tramitación duradera de una exigencia pulsional’”. No es, por cierto, que se la haga desaparecer de suerte que nunca más dé noticias de ella. Esto es en general imposible, y tampoco sería deseable [*sic*]” (p. 240) [XXIII, p. 227]. ¿Y por qué?

En efecto, puede comprenderse por qué razones —doctrinales y teóricas, claro está— no es deseable curar definitivamente a un paciente, y que, *magister dixit*, uno tiene que aprender a vivir con su mal. En el vocabulario vienés se habla de una pulsión negativa “admitida en su totalidad dentro de la armonía del yo” (*ibid.*) [XXIII, p. 228]. En otras palabras, para reformularlo en un vocabulario básico: soportar el propio sufrimiento, *avenirse a él*. Aquí es donde se capta el parentesco entre psicoanálisis y método Coué[12].

Sin embargo, Freud había tomado sus precauciones: para que el análisis funcionara, había que evitar las patologías demasiado densas e inapropiadas, y por lo tanto escoger gente no demasiado afectada; descartar a los pobres por principio; elegir de preferencia a sujetos cultos, diplomados, intelectualmente “dóciles” y convencidos de los beneficios de la curación por la palabra; privilegiar a los clientes procedentes de una burguesía capaz de pagar el elevado costo de una larga cura;

seleccionar al paciente que no amenazara provocar el fracaso de la terapia por amor a su propia enfermedad, y saber por último que un análisis, a fin de cuentas, nunca se termina, que su naturaleza es ser interminable y que, para actuar como corresponde, es menester inducir al paciente a aceptar la idea de que deberá transigir con su mal durante toda la vida. ¿Era verdaderamente preciso todo ese rodeo para llegar a la indigencia de semejante conclusión?

4. UNA ABUNDANCIA DE CURACIONES DE PAPEL

“Es indiscutible que los psicoanalistas no han alcanzado por entero en su propia personalidad la medida de normalidad psíquica en que pretenden educar a sus pacientes.”

SIGMUND FREUD, “Análisis terminable e interminable” [XXIII, p. 249]

“Quizá sea una consecuencia de mi práctica del psicoanálisis que apenas [*sic*] pueda mentir ya.”

SIGMUND FREUD, *Psicopatología de la vida cotidiana* [VI, p. 216]

“A la cura psicoanalítica se le llama ‘un blanqueo de negro’. No es del todo equivocado, si nos elevamos por encima del nivel reconocido de la medicina interna. A menudo me consuelo diciéndome que si somos tan poco competentes en el plano terapéutico, aprendemos al menos por qué no podemos serlo más.”

SIGMUND FREUD, carta a Binswanger, 28 de mayo de 1911

Freud siempre terminó sus análisis con la observación de que el resultado era un éxito. ¿Anna O.? En los *Estudios sobre la histeria* de 1895, Freud afirma: “En cuanto al hecho asombroso [*sic*] de que, desde el comienzo de la enfermedad hasta su término, todos los estímulos provenientes del estado segundo, así como sus consecuencias se eliminaran duraderamente al ser declarados en la hipnosis, ya lo he descrito” (II, p. 65) [II, p. 69]. Algunas líneas más adelante incluso habla claramente de la “curación final de la histeria” (*ibid.*) [*ibid.*]. ¿El caso Dora? Ésta habría de resolver su problema y “se recuperaría para la vida”, sostiene en 1905 el *Fragmento de análisis de un caso de histeria* (VI, p. 301) [VII, p. 107]. ¿El pequeño Hans? Las “consecuencias del análisis son [...] que Hans ha sanado”, asevera en 1909 el *Análisis de la fobia de un niño de cinco años* (IX, p. 128) [X, p. 115]. ¿El Hombre de las Ratas? También curado, porque en 1909, en *A propósito de un caso de neurosis obsesiva*, Freud explica lo que habría sucedido “de continuar la enfermedad” (IX, p. 214) [X, p. 193]. ¿El Hombre de los Lobos? Las últimas líneas de la última nota de *De la historia de una neurosis infantil*, publicado en 1918, no dejan lugar a dudas: Freud atendió y curó al paciente poco antes del estallido de la Primera Guerra Mundial. Restaba analizar “un fragmento de la transferencia todavía no superado” (XIII, p. 118) [XVII, p. 110], no porque la cura hubiera sido ineficaz, por supuesto, pues había tratado bien lo que había tratado (!), sino porque no se había ocupado de todo. Salvo por ese detalle, el paciente se curó, ya que Freud habla de “restablecimiento” (*ibid.*) [*ibid.*].

¿Por qué entonces, en 1974, al comienzo de *Conversaciones con el Hombre de los Lobos*, Serguéi Pankejeff dice de sopetón a Karin Obholzer, la periodista que dialoga

con él: “Sabe usted, me va tan mal, en los últimos tiempos tengo siempre estas terribles depresiones”? El caso más célebre de Freud tiene ochenta y siete años, y este hombre presuntamente curado, capaz de llevar una vida normal, restablecido en los papeles, aclara que, no obstante, todos los martes a la tarde acude al consultorio, aunque ya no crea en la eficacia de ninguna terapia.

Todo: el aplomo con que Freud publica los resultados aparentemente positivos de su terapia analítica en sus artículos y libros —sobre todo los relacionados con sus cinco casos más famosos, algo así como su Biblia—; la difusión de éstos en circuitos editoriales honorables; el aprecio de que disfrutaban entre universitarios reconocidos y en ámbitos institucionales indiscutidos, y sus comentarios en congresos de psicoanalistas y encuentros internacionales multidisciplinarios, ha contribuido a alimentar una mitología que desde hace un cuarto de siglo la gran prensa se encarga de reproducir: *el psicoanálisis asiste y cura*.

Sigmund Freud puntualizó desde una óptica teórica que su método no funcionaba con todo el mundo, que un análisis bien podía llegar a ser interminable y que se producen algunos fracasos (porque proceden de resistencias, del beneficio de la enfermedad, de restos transferenciales), pero en ninguna parte informa de un caso fallido (lo cual contribuiría, empero, a dar credibilidad a sus declaraciones teóricas) ni se refiere a los pormenores y motivos de un fiasco. Si la falta de éxito tiene existencia en los papeles, ¿por qué no constituye en parte alguna el objeto del estudio de un caso clínico, o siquiera de una mención acerca de tal o cual tratamiento malogrado? ¿Por qué no hay una galería de retratos negativos capaces de ilustrar la tesis freudiana, y que muestren a su autor bajo una luz distinta de la que lo hace ver como el sanador a quien ninguna patología se le resiste?

Pues la falta de pruebas de los límites del psicoanálisis expresamente señalados por Freud en “El interés del psicoanálisis” (XII, p. 99) [XIII, p. 170] se redobra con una presentación exclusiva de los casos exhibidos como triunfos. La leyenda tiene necesidad de la bruma que la historia y el historiador siempre disipan. Así, uno de los historiadores más competentes en el campo del psicoanálisis, Henri Ellenberger, ha mostrado que el caso de Anna O., presentado ya en 1892 como un completo éxito, era en realidad un fracaso lamentable.

Otros trabajos de historiadores dejan ver que sucede lo mismo con la totalidad de los casos expuestos por Freud como curaciones. Según los turiferarios de la disciplina, como la práctica la confirma, la teoría es verdadera. Ahora bien, la legitimidad científica de Freud nunca superó los límites de la performatividad que lo caracteriza. Como la construcción editorial de los *Cinq psychanalyses* [\[13\]](#) muestra de manera muy oportuna un éxito en el terreno de la *histeria*, un segundo en el de la *fobia*, un tercero en cuanto a la *neurosis obsesiva*, un cuarto sobre la *paranoia* y un quinto y último en materia de *neurosis infantil*, la prueba existe: ¡Freud sobresale en todo el espectro de la psicopatología de su tiempo!

En las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* se hace saber: poco importan las curaciones; lo que cuenta, en definitiva, es el progreso de la doctrina. Para un *conquistador*, la temeridad representa la primera de las virtudes. Esta afirmación viene bien, porque, en efecto, las curaciones distaron de acudir a la cita, cosa que investigaciones escrupulosas realizadas por historiadores dignos de ese nombre

muestran hoy a quien se interese en saberlo.

El doctor vienés no amaba a sus pacientes, pero el hecho no suele mencionarse: produciría el peor de los efectos. Ludwig Binswanger habla no obstante de ello al contar una visita hecha a Freud entre el 25 y el 28 de mayo de 1912 en Kreuzlingen. En su libro *Mis recuerdos de Sigmund Freud* podemos leer lo siguiente: “Otra vez le pregunté en qué términos estaba con sus pacientes. Respuesta: ‘Les torcería bien el cuello a todos’. En este punto, mi memoria, decididamente, no se engaña”. Más adelante, en 1932, ese aborrecimiento a los clientes tiene una confirmación en el *Diario clínico* de Sándor Ferenczi: “Debo recordar algunas observaciones de Freud, que éste deslizó en mi presencia con la idea evidente de que mantendría la discreción: ‘Los pacientes son una chusma. Sólo son buenos para permitir que nos ganemos la vida, y como material para aprender. De todas maneras, no podemos ayudarlos’”.

Esta comprobación de la ineficacia de la cura psicoanalítica reaparece en una carta de Freud a Binswanger del 28 de mayo de 1911, con una extraña metáfora: “A la cura psicoanalítica se le llama ‘un blanqueo de negro’. No es del todo equivocado, si nos elevamos por encima del nivel reconocido de la medicina interna. A menudo me consuelo diciéndome que si somos tan poco competentes en el plano terapéutico, aprendemos al menos por qué no podemos serlo más”. ¿Hacen falta comentarios?

¿Qué importan la clínica, los resultados, las curaciones, si sólo cuenta la construcción de la visión del mundo a la que Freud consagra todo su tiempo? Como esteta deseoso de producir una bella obra de arte, el psicoanalista no tiene interés alguno en la verdad o la salud, la justeza o la curación. ¿Por qué molestarse? Que su castillo sea magnífico, inmenso, imponente, majestuoso, impresionante: eso es lo esencial. Poco importa que se trate de una construcción de papel, una ficción inhabitable, una obra de arte tan verdadera como una novela o una ópera.

En los *Estudios sobre la histeria*, Freud escribe: “A mí mismo me resulta singular que los historiales clínicos por mí escritos se lean como unas novelas breves, y de ellos esté ausente, por así decir [*sic*], el sello de seriedad que lleva estampado lo científico” [II, p. 174]. ¡Tanto ingenio nos deja estupefactos! Casos narrados al modo novelesco, el placer de moverse en el registro literario, un júbilo no fingido al no practicar el género serio propio de los científicos: Freud nunca confesó con tanta claridad, y sin quererlo, que el premio Nobel al que aspiraba no podía ser en ningún caso el de medicina, sino el de literatura.

Para relajarse después de las consultas del día, el doctor Freud leía habitualmente novelas policiacas; de hecho, la factura literaria de sus grandes casos (Dora, Hans, el Hombre de los Lobos, el Hombre de las Ratas, etcétera) procede de ese género que se destaca en la presentación de la psicología de personajes involucrados en un enigma por resolver. Edipo vigila... El cadáver está en un ropero y se trata de encontrar al culpable. En otras palabras, el inspector halla indicios, los síntomas, y debe atrapar al culpable, una felación hecha al padre, un revolcón con la madre, el descubrimiento de la copulación de los padres.

Pero si esos casos se leen como novelas, es porque lo son: novelas cortas, para ser preciso. En efecto, los historiadores lo muestran desde hace medio siglo, Freud recupera materiales dispersos en el estudio de varios casos clínicos para reunirlos en una sola figura con la cual crea un personaje conceptual o un carácter en el sentido de

La Bruyère: Dora es *la* Histérica, Hans es *el* Fóbico, Schreber es *el* Paranoico, el Hombre de los Lobos es *el* Neurótico. El retrato se bosqueja entonces con la perspectiva de armar una galería de prototipos psicopatológicos. La ficción establece una nosología destinada a fundar la disciplina y legitimar su eficacia teórica y práctica.

A la manera de un pintor del Renacimiento italiano que concentra tiempos y espacios diferentes en una creación estética que homogeneiza el todo gracias al artificio de su arte, el narrador confunde tiempos diversos y múltiples en el mismo espacio intelectual de su relato. Así, reorganiza la cronología para procurar dar credibilidad a su hipótesis, siempre un postulado en relación con sus propias obsesiones. De modo que, a veces, lo que sucede *antes, en el tiempo de la historia*, y debería por tanto ser una *causa*, se inserta *después, en la ficción del relato*, y se convierte de tal manera en un *efecto*. Otro ejemplo de los malabarismos que Freud hace con las causalidades mágicas para el mayor deleite del relato, es cierto, pero en las antípodas del proceder científico que él no deja de reivindicar, aunque se regocije de no respetar sus códigos. Si la verdad histórica queda pulverizada, la verdad literaria se nutre de ese innegable talento novelesco del psicoanalista.

Pero el material de Freud, que no amaba a sus pacientes y prefería la ficción inventada a partir de ellos, era un verdadero material histórico, con gente real, sufrimientos auténticos, patologías encarnadas, desasosiegos profundos de ser y de vivir, dolores concretos. So pretexto de respetar el anonimato de sus pacientes, los casos se presentaban con nombres falsos, pero tal vez Freud también apelaba a ese recurso con el objeto de evitar que alguno de aquéllos recusara la historia escrita sobre su base. O para poder, a través de un personaje conceptual, un héroe de ficción, crear una figura útil para la fundación, la legitimación y la perpetuación de la disciplina psicoanalítica, sin miramientos por lo que pensarán los protagonistas reclutados a la fuerza en esa guerra para imponer la fabulación freudiana como ciencia.

Ahora bien, esa carne herida convertida en carne psicoanalítica de cañón era un mero instrumento. En efecto, todos los molinetes freudianos que concluyen cada análisis con una satisfacción pregonada ocultan finalmente una serie de mentiras: Freud no resolvió los casos que pretende haber curado. O, para decirlo de otra manera: Freud curó por cierto los casos de papel, las ficciones, los casos teóricos, a los personajes conceptuales, pero no a los individuos auténticos ocultos detrás de esos nombres fingidos, esos patronímicos destinados a la escena teatral freudiana...

Así, Freud curó a Anna O. pero no a Berta Pappenheim; curó a Dora pero no a Ida Bauer; curó al pequeño Hans pero no a Herbert Graf; curó al Hombre de las Ratas pero no a Ernst Lanzer; curó al Hombre de los Lobos pero no a Serguéi Pankejeff; en otras palabras, curó en los papeles, en el silencio de su gabinete, a lo largo de artículos y páginas; curó para los biógrafos que son hagiógrafos, curó para la leyenda y las enciclopedias, los diccionarios y los discípulos, pero no los cuerpos a los cuales, para hacerlo, daba la espalda una vez más. Las curaciones freudianas son nouménicas, intelectuales, teóricas, pero lo real desmiente a la cohorte de creyentes en los poderes del mago. La historia de esas curaciones de papel merece que nos demoremos en ellas.

Ya he examinado el caso de Anna O. y mostrado que suponía la primera ficción destinada a producir el Génesis del texto sagrado freudiano. Agreguemos a ello los Evangelios que son los *Cinq psychanalyses*, una obra fabricada como una compilación de casos prototípicos con el objetivo de funcionar como manual de psicoanálisis clínico, catecismo de la terapia analítica, pequeños relatos de la gran leyenda freudiana. En el prefacio al primer caso, *Dora*, Freud precisa que los pacientes bien pueden no querer que se expongan sus problemas en la plaza pública, pero su deseo no es importante, porque lo que cuenta es la ciencia que servirá a otros pacientes en el futuro. De suerte que lo que podría pasar por una traición al secreto profesional, una fenomenal indiscreción con respecto a personas que revelaron en el secreto del consultorio médico la parte oscura de su psique, en la pluma de Freud muda en un gesto heroico, valeroso y científico cuyo beneficio, claro está, recae por entero en él.

Así, en el *Fragmento de análisis de un caso de histeria* podemos leer esta justificación que sirve para legitimar la develación de la intimidad de Ida Bauer, alias Dora: “La comunicación pública de lo que uno cree saber acerca de la causación y la ensambladura de la histeria se convierte en un deber, y es vituperable cobardía omitirla, siempre que pueda evitarse el daño personal directo al enfermo en cuestión” (VI, p. 188) [VII, p. 8]. En la pluma de Freud, la traición del secreto médico se convierte pues en un deber, y su preservación, en una cobardía.

En una nota a pie de página de su *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico*, Freud aborda la cuestión de las reservas planteadas por un paciente que no desea que sus confesiones se utilicen con fines públicos: “Me sirvo de su comunicación sin recabar su consentimiento porque no puedo admitir [*sic*] que una técnica psicoanalítica se proteja [*sic*] tras la pantalla de la discreción médica” (XII, p. 312) [XIV, p. 62, nota 24]. El mérito de esta declaración es su claridad: la indiscreción se torna, pues, una virtud científica, y la discreción es una muestra de pusilanimidad.

Se entiende entonces que Freud pueda escribir en *Psicopatología de la vida cotidiana* esta extraña frase acerca de Dora, que coincide con la cohorte de la “pobre gente [que] ni siquiera su nombre puede conservar” (p. 259) [VI, p. 235]. Y un poco más adelante: “Y cuando al día siguiente buscaba un nombre para una persona *que no podía conservar el suyo*, no se me ocurrió otro que el de ‘Dora’” (*ibid.*) [*ibid.*], el nombre de pila de una doméstica de su hermana. Cada cual apreciará la significación metafórica de ese destino de domésticas de los pacientes de Freud, sacrificados a la causa del maestro.

¿Qué puede significar *no tener derecho* a conservar el propio nombre? ¿En virtud de qué jurisdicción? ¿Según qué tribunal? ¿Con qué juez? Decisión unilateral de Freud: manda la ciencia, no el paciente. ¿Preocuparse por la intimidad del cliente que ha pagado —mucho—, se ha echado en el diván para revelar los pormenores de su vida sexual más oculta, y aspira luego a que ese secreto siga siéndolo y no llegue al conocimiento de la mayor cantidad de gente, incluidos parientes, amigos, hijos, la familia, los padres? Esas consideraciones triviales y vulgares importan poco: la ciencia psicoanalítica debe doblegar toda resistencia, en ello se juega la salvación de los futuros pacientes. Bien puede sacrificarse un puñado de víctimas inocentes aquí y

ahora cuando la cuestión es la dicha de la humanidad en un porvenir seguro pero lejano. Reconocemos aquí una lógica familiar para los ideólogos del siglo XX.

Freud toma precauciones: el análisis se ha publicado de manera diferida, ha aparecido en una revista científica que llega a pocos, el anonimato se ha respetado, la clienta estaba curada. “Desde luego, no puedo impedir que la paciente misma sufra una impresión penosa si por casualidad [*sic*] le cae en las manos el historial de su propia enfermedad. Pero no se enterará de nada que no sepa ya, y podrá decirse a sí misma que muy difícilmente otro averigüe que se trata de su persona” (VI, p. 188) [VII, p. 8]. Se comprende mejor que el deseo de torcer el cuello a sus pacientes revelado por Freud a Binswanger también pueda tomar esta forma *sublimada*.

Los historiadores críticos, pero también los biógrafos autorizados como Ernest Jones y Peter Gay, afirman que Freud no respetaba el anonimato en la correspondencia, los congresos y las reuniones de analistas, por ejemplo las celebradas en la Asociación Psicoanalítica de Viena. Revelaba los secretos del diván a quien le parecía y jamás guardó silencio acerca de los detalles picantes de fantasmas sexuales, vida íntima y secretos de alcoba. Así, transmite a Jones y luego a Ferenczi las informaciones íntimas expuestas en su diván por las amantes de ambos. Con el pretexto del avance de la ciencia, los analistas intercambian las confesiones de consultorio. Cuando Freud decida transformar al amigo de la víspera en enemigo a causa de la falta de celo de su discípulo, utilizará sin reparo lo que ha conocido durante el análisis; más de un amigo caído en desgracia pagará cruelmente las consecuencias.

Examinemos los cinco casos constitutivos de la doxología freudiana. En 1900, Dora, de dieciocho años, va contra su voluntad a ver a Freud, llevada por su padre que, antaño, fue curado por éste, por entonces neurólogo, de las secuelas de una sífilis. El padre, un hombre de negocios que sufre de tuberculosis, mantiene una relación adúltera con la mujer de un amigo, y éste, por su parte, le hace proposiciones a la joven hija de la familia. Dora ya ha tenido que rechazar, a los catorce años, los avances de ese amigo de su padre.

La joven responde con una bofetada a las demandas apremiantes del caballero, que, al ver que las cosas toman mal cariz, da la vuelta a las cosas y hace creer que es Dora quien se le ha insinuado, lo cual no tendría nada de sorprendente si se tienen en cuenta las lecturas libertinas que le inventa. El viejo verde transforma a la muchacha que se le niega en una obsesionada por el sexo, y hace de sí mismo su víctima. Cuando llega al consultorio, Dora tose, se le va la voz, padece depresión e irritabilidad, piensa en el suicidio y las migrañas la atormentan.

En tiempos normales, cabría imaginar que, sin invocar a Edipo, la horda primordial o el banquete caníbal de un padre masacrado por sus hijos, sin tender a la paciente en el diván, sin reunir toda la panoplia metapsicológica, se apelaría al mero sentido común: una chiquilla de catorce años rechaza, como es natural, a un hombre de cuarenta y cuatro que trata de llevarla a la cama, porque para una adolescente es repugnante aceptar los avances sexuales de un hombre mayor. Asqueada y luego descorazonada al ver que, como siempre, el verdugo se cubre con el hábito de la víctima y transforma a una presa que se niega en una obsesiva sexual, no hay, para un

individuo normal, nada anormal en que Dora se sienta mal consigo misma y somatice.

Ahora bien, Freud no lo entiende de la misma manera: una adolescente que rechaza los avances sexuales de un libidinoso con edad para ser su padre es... una histérica, ya que el caso ilustrado por ella en los *Cinq psychanalyses* se presenta como emblemático de esa patología. De allí la interpretación del doctor vienés: el hombre se acerca a ella, *por lo tanto* tiene el sexo erecto, *por lo tanto* se frota contra ella, *por lo tanto* ella siente el miembro turgente a través de la ropa, *por lo tanto*... ¡está excitada! Ni se le ocurre que la conclusión podría ser otra: *por lo tanto*, está asqueada.

Entonces, esto explica aquello: ¡una adolescente que se niega a un viejo es una histérica! El *no* de la joven, siempre en virtud de la sofistería dialéctica del teórico del psicoanálisis, debe entenderse como un *sí*. El análisis desplegado en “La negación” nos ha acostumbrado a este tipo de trasmutación de los valores: en el plano teórico, la protesta expresa un deseo, el rechazo demuestra una aceptación, la negación significa la afirmación; en la práctica, por consiguiente, el repeler los avances lúbricos de un hombre muchos años mayor equivale a regocijarse con sus proposiciones libidinales.

Así se explica el nudo en la garganta: la muchacha pensó sin duda en una felación. Durante la consulta, ¿manipula ella compulsivamente el cierre de su pequeño monedero? Delata de esta manera no un desasosiego existencial, una ansiedad imposible de sofocar debido a la situación en la cual la pone un mentiroso lúbrico, sino, desde luego, una desbordante actividad masturbatoria. ¿Padece de dificultades respiratorias? Nada que ver con una opresión de la caja torácica causada por la angustia: no, ella repite los jadeos de sus padres, a quienes habría sorprendido en medio de un acto sexual.

¿Y si el analista pide un sueño para promover su novela científica y Dora habla de un joyero que es preciso salvar durante un incendio? Condensación, desplazamiento y presentación: la puesta en marcha de esta sofistería permite probar que la joven sufre a causa de un deseo inconsciente de acostarse con el amigo de su padre y por ende con este mismo, cuando, si apeláramos al pensamiento simbólico más elemental, podríamos replicar a Freud que salvar un estuche de joyas (sexuales) del incendio (libidinal) de un casi cincuentón significaría querer escapar a él más que darle consentimiento...

De dar crédito a la conclusión de Freud en el momento de la publicación del caso, Dora habría recuperado la paz después del análisis: se casó, se apartó de su padre y la vida volvió por sus fueros, nos dice en sustancia la última frase del centenar de páginas del informe. Ahora bien, no sucedió nada de eso. En efecto, un año y medio después de esta interpretación extravagante que la culpabilizaba y disculpaba al quincuagenario pedófilo, Dora volvió al consultorio a causa de una neuralgia facial que Freud interpretó como... ¡un remordimiento tardío motivado por la bofetada asestada al viejo seductor! Prueba, por tanto, de que ella lamentaba haberlo golpeado y aspiraba, en verdad, a acostarse con él; y prueba también, de paso, de que a pesar de la denegación de Dora, Freud acertaba sin duda al diagnosticar una histeria.

El doctor vienés agregó que, como acababan de nombrarlo profesor y la prensa había difundido la información, Dora no podía no saberlo. De modo que, al infligirle

su neuralgia facial incluso en su consultorio, transfería la agresividad destinada al amigo de su padre a... él mismo. Algunos estiman que el *caso Dora* apenas maquillado y publicado debe leerse como una forma de venganza de Freud, agraviado por el hecho de que la joven no hubiera aceptado sus análisis, por lo menos dudosos, y hubiese puesto fin al tratamiento el 31 de diciembre de 1900, por decisión propia. El texto de este análisis extravagante fue rechazado en dos ocasiones por dos jefes de redacción diferentes, con el argumento de que violaba el secreto médico. Aunque se publicó modificado, las modificaciones no fueron las suficientes para mantener oculta la identidad de la paciente.

Años después, Dora era una mujer atrabiliaria que cojeaba y padecía de vértigos de Menière. Trastornos digestivos crónicos descuidados durante mucho tiempo desde un punto de vista somático resultaron en un cáncer de colon que, diagnosticado demasiado tarde, la arrebató en 1945. Al terminar la redacción de su análisis, Freud escribió a Fliess: “Es lo más sutil que he escrito hasta el día de hoy, y generará aún más rechazos que de costumbre” (25 de enero de 1901). En efecto...

Segundo caso: el pequeño Hans. En 1907, el hijo de un musicólogo y una actriz que lo educan según los principios de Freud, a tal punto que éste, en *Análisis de la fobia de un niño de cinco años*, dice de ellos que son sus “más cercanos partidarios” (IX, p. 6) [X, p. 8]. Nada de frustraciones capaces de generar traumas, nada de sofocación de la sexualidad, nada de amenazas de castración, nada de restricciones, nada de culpa ligada al cuerpo sexuado, y por tanto, ningún riesgo de favorecer una neurosis. El padre, analista, es un asiduo concurrente a las reuniones de los miércoles. Anota los sueños del niño, vela por su evolución, acecha sus más mínimas palabras, llena cuadernos con observaciones referidas a él.

Sin embargo, aunque ilustrados, esos padres se muestran todavía un poco marcados por el oscurantismo, porque la madre amenaza a su hijo con llamar al doctor para que le corte el “hace-pipí” (IX, p. 7) [X, p. 8] cuando descubre en él un onanismo inconfundible. A lo cual los padres agregan, al nacer la hermana, que la ha traído la cigüeña. Prueba de que el freudismo familiar tenía límites, cosa que servirá a los hagiógrafos para explicar el surgimiento de una neurosis en un niño de cinco años educado en las ideas freudianas.

En efecto, el pequeño Hans comienza a temer de manera fóbica que lo muerda un caballo. También tiene miedo a las caídas de los caballos, accidentes frecuentes en el pavimento húmedo de Viena; es de imaginar el estrépito de un tiro de equinos al derrumbarse sobre la calzada a la altura de un niño. De modo que evita todos los lugares donde exista la posibilidad de toparse con ese animal. Por otra parte, en el zoológico lo fascina el gran sexo de los elefantes y las jirafas. Siempre freudianos de lo lindo, los padres explican que el tamaño del pene está en relación con el volumen y la talla de los animales: no es cuestión de comparar al padre con la bestia...

Interpretación y diagnóstico de Freud: el padre del pequeño Hans tiene la cara cruzada por un bigote abundante, como... ¡un caballo que llevara un bozal! Por lo tanto, en virtud del pensamiento mágico freudiano y gracias al artificio simbólico por el cual una cosa nunca es lo que es, sino siempre otra, y debido por último a que en ese registro de ficción pura la analogía o la semejanza producen colisiones mentales

presentadas como verdades, cabe imaginar lo que sigue en este universo intelectual donde comparación vale por razón: el caballo no es el caballo, sino algo distinto, y será en consecuencia... el padre. La prueba, el bigote, que no es un bigote sino un bozal.

Con ello, y por obra y gracia del complejo de Edipo, el pequeño Hans desea unirse sexualmente con su madre, a quien Freud considera muy bonita, pero su padre se lo prohíbe. Consecuencia, amenaza de castración. La fobia a la mordedura de un caballo se analiza por tanto como el temor a que le corten el pene, según la lógica clásica de la emasculación. El miedo a la caída de un caballo debe igualmente relacionarse con este análisis que, una vez más, reduce los problemas concretos a la famosa ficción del triángulo edípico.

Años después, ya grande, el pequeño Hans cuenta que la escena no tenía nada que ver con la interpretación freudiana. Sus padres se han divorciado y él trabaja como director de un teatro de ópera donde también hace puestas en escena. Confiesa no adherirse a la hipótesis freudiana. En cambio, revela una causalidad trivial —muy poco mágica, por consiguiente—, nada misteriosa y sin relación alguna con el fárrago de fantasmas sexuales de adultos: el 7 de enero de 1908, durante un paseo, presencié, escena extremadamente traumática, el derrumbe de un caballo de tiro a sus pies.

Una tonelada de músculos que resbala y se desploma en un estrépito sonoro de arcos rotos y herraduras que echan chispas sobre el pavimento, el animal que se debate antes de intentar volver a ponerse de pie, sin hablar de hipotéticas roturas de pértigas y ruedas o vuelco de la carga: puede imaginarse que para un niño de alrededor de un metro de altura, el trauma haya podido ocasionar legítimamente el miedo a los caballos, sin que haga falta invocar la fobia a la castración. Como es lógico, el niño dejó de tener miedo algunos meses más adelante: Freud hizo de ese progreso psicológico natural un éxito terapéutico que debía atribuírsele.

A los diecinueve años, en la primavera de 1922, Herbert Graf, alias *el pequeño Hans*, visita a Freud y afirma no acordarse de nada. En función de la lógica introducida por el propio Freud, el hecho de no recordar una cosa demuestra la verdad de ésta. En efecto, según la teoría de la represión, lo no recordado es tanto más cierto cuanto menos se lo recuerda: ¿Hans/Herbert no tiene remembranza alguna de lo que muestra el análisis? Ésa es pues la demostración de la justeza de éste. ¿Y la verdadera caída del verdadero caballo en una verdadera calle de Viena? La cosa no merece siquiera comentarse: la realidad del mundo es siempre una ficción para Freud, que piensa en cambio que sólo sus ficciones son verdaderas.

Tercer caso: después de una *histerica* y un *fóbico*, tenemos una *neurosis obsesiva* con el Hombre de las Ratas. En las primeras líneas de *A propósito de un caso de neurosis obsesiva*, Freud se ocupa de decir que no puede revelar toda la verdad y nada más que la verdad, a causa de la “curiosidad indiscreta” (IX, p. 135) [X, p. 123] de los vieneses. ¡De modo que si la verdad no siempre es verdadera, imputémoslo a la honestidad del redactor que desea preservar el anonimato de su paciente! Las distorsiones freudianas de lo real proceden, entonces, de una inquietud ética de elevadas miras.

Freud puntualiza: si bien no logra penetrar en todo su misterio la neurosis de

coacción, no podría tratarse, sin embargo, de adjudicar ese déficit a las limitaciones de su inteligencia o los impedimentos de su razón: la responsabilidad incumbe a las resistencias del paciente. De todas maneras, al final del análisis, confiesa haber tratado y curado efectivamente al Hombre de las Ratas. Resulta pues que, pese a una teoría que se le escapa en el detalle, es capaz de una práctica con la cual, si bien desconoce lo que trata, obtiene consumados efectos terapéuticos.

Las notas destruidas mostraban que el análisis no duró “cerca de un año” (IX, p. 135) [X, p. 123], como se dice en *A propósito...*, sino *tres meses y veinte días*. Así como el análisis del pequeño Hans se realizó sobre la base de notas suministradas por el padre del niño, y en rigor Freud sólo vio a éste *unos instantes* en marzo de 1908, mientras que Dora se analizó apenas *once semanas* entre octubre de 1900 y el 31 de diciembre de ese mismo año, el Hombre de las Ratas pasó aún menos tiempo echado en el diván: siete sesiones en total. No hablemos del presidente Schreber, analizado en los papeles y *jamás* visto personalmente por Freud.

El 26 y 27 de abril de 1908, este último debía intervenir en el Primer Congreso Internacional de Psicoanálisis, reunido en Salzburgo. Pero el 19 de ese mes todavía no tenía nada preparado, según lo testimonia una carta a Jung: “El asunto terminará por ser sin duda una mezcla de observaciones aisladas y comunicaciones generales, relacionadas con un caso de neurosis obsesiva” (19 de abril de 1908). Procedentes de seis países, unos cuarenta invitados esperaban la palabra del padre fundador: una semana antes de la fecha fatídica, éste decide presentar el caso del Hombre de las Ratas. Llegado el día, Freud realiza una hazaña de orador y, dice la leyenda, mantiene a su público en vilo durante cinco horas.

El Hombre de las Ratas es un jurista brillante de veintinueve años, inteligente y culto; es además quien hace conocer a Freud un célebre aforismo de *Más allá del bien y del mal* sobre la denegación, explicada por la renuncia de la memoria ante el poder del orgullo. Freud citará más de una vez ese texto del filósofo alemán. Cuando va a la consulta, Lanzer detalla sus síntomas: deseo de hacer sufrir —a sí mismo y los otros—, ganas repentinas de matar o de cortarse la garganta con una navaja, pero también miedo a perder a su padre o a la mujer que ama. Sigue una serie increíble de historias extremadamente embrolladas. Luego, esta información: de niño, habría padecido una zurra infligida por su padre, probablemente como castigo por una trastada sexual.

Al contar los pormenores de su vida sexual, Ernst Lanzer precisa que su primera aventura amorosa tuvo lugar con una señorita que respondía al nombre de Robert. ¡Vaya patronímico masculino! Por otra parte, Lanzer se refiere a una historia escuchada en un cuartel. Se trata de una tortura: un recipiente con ratas que el torturador ata al trasero de su víctima, de modo que los animales, en su intento de escapar al encierro, pueden penetrar en el recto del supliciado.

Sobre esa base, Freud construye una teoría: una vez más, la rata no es la rata, sino algo distinto... No hay necesidad alguna de buscar muy lejos: rata = pene. Luego, mediante un largo rodeo que le permite plantear equivalencias simbólicas según la modalidad performativa, la rata se convierte en el análogo del padre. El suplicio relatado expone entonces el fantasma de la persona misma que lo cuenta. Conclusión del doctor vienés: el Hombre de las Ratas querría que su padre lo sodomizara.

Algunas semanas después del fin del tratamiento, acerca del cual afirma que concluyó con “el restablecimiento total de la personalidad y la cancelación de sus inhibiciones” (IX, p. 135) [X, p. 123], Freud escribe a Carl Gustav Jung que el Hombre de las Ratas, Ernst Lanzer, no ha solucionado en modo alguno sus problemas. Celebrado el congreso y anunciada la curación, ¿para qué abundar con el resto? ¿Acaso la ciencia no había progresado según el anhelo más entrañable de Freud? La muerte del Hombre de las Ratas a comienzos de la Primera Guerra Mundial eliminó toda huella de la persona cuya inmortalidad recayó entonces en Freud: éste ya no tuvo que temer que un individuo de carne y hueso recusara sus hipótesis.

Cuarto caso: el presidente Schreber (1842-1911). Este caso, penúltimo de los *Cinq psychanalyses*, muestra a las claras que Freud no se preocupa mucho por el cuerpo y la verdad concreta de su paciente. En efecto, jamás estuvo cara a cara con Schreber y su análisis procede de la mera lectura de las voluminosas *Memorias de un enfermo de nervios*, publicadas en 1903. No hay mejor manera de encarnar una tesis difundida en la obra y la correspondencia freudianas, a saber, que la carne del paciente cuenta poco, ya que sólo la ciencia importa. Así, esta carta a Edoardo Weiss: “Contados son los enfermos dignos de los esfuerzos que les consagramos, de modo que nuestra posición no debe ser terapéutica y, en cambio, tenemos que considerarnos dichosos de haber aprendido algo con cada caso” (11 de febrero de 1922). Escasa es, pues, la importancia del hombre y su salud mental: la cuestión es perfeccionar el catálogo de las psicopatologías ilustrando un aspecto de la nosología, la paranoia.

Schreber fue presidente de una Corte de Apelaciones y un jurista de renombre, que se hundió en la locura después de ser derrotado en unas elecciones. Tras una estadía de varias semanas en un hospital psiquiátrico, volvió a sus funciones, pero una recaída le significó nueve años de internamiento. Redactó entonces sus famosas *Memorias de un enfermo de nervios*, en las cuales propone una nebulosa teoría del universo apoyada en una teología extravagante. Se le habría asignado una misión que exige de él un cambio de sexo a fin de devolver al mundo su felicidad perdida...

En consecuencia, el presidente Schreber es objeto de un análisis publicado por Freud con el título de *Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente*. El ensayo aparece en 1911, año de la muerte involuntaria del paciente. En las primeras líneas, leemos: “Es posible que el doctor Schreber viva aún y se haya retractado lo suficiente del sistema delirante que sostenía en 1903 como para que le resulten penosas las puntualizaciones que hago sobre su libro” (X, p. 232) [XII, pp. 11-12], pero no importa demasiado.

En el momento de escribir esas palabras, el caso exhibido en la plaza pública acaba de desaparecer: el presidente Schreber muere el 14 de abril de 1911 y, sin que Freud se preocupe por la opinión de su sujeto, el texto aparece en el verano del mismo año. Será leído en el Congreso Internacional de Psicoanálisis de Weimar el 22 de septiembre. Para legitimar la publicación de su trabajo, Freud cita el texto del enfermo que justificaba la aparición de sus memorias, aunque en ellas hubiera informaciones concernientes a personas identificables, con el pretexto del interés superior de la ciencia; en otras palabras, de sus fantasmas de enfermo. Cabe deducir

con ello que Freud se apoya claramente en el delirio de un paranoico para justificar y legitimar su poco delicado gesto: si un loco internado se permite hacer a un lado sus escrúpulos, ¿por qué no él, entonces?

El presidente sufre de angustia, teme ser torturado, se imagina víctima de una cantidad considerable de alucinaciones. Freud se concentra en el texto publicado por el paranoico, ya que está en extremo interesado en la paranoia. En efecto, cuando aborda el tema, entra en colisión con Adler y luego con Jung. No carece de interés el hecho de que, con prescindencia del cuerpo vivo de Schreber, tenga la inquietud de proponer una teoría general de la paranoia en el momento en que cree que algunos de sus discípulos quieren atacarlo personalmente, puesto que no muestran una adhesión ciega a sus tesis.

Se advierte entonces por qué, sin inquietarse por otra cosa que las *Memorias*, Freud tiene ya desde el principio la idea de hacer del presidente Schreber un paranoico homosexual. De tal suerte que el trabajo de escritura del internado equivale a la búsqueda de amor de un hijo por su padre. Siguen las habituales consideraciones sobre el sol como sustituto del padre, la práctica del onanismo asociada al miedo a la castración, la ambivalencia con respecto a la figura paterna, etcétera. Así, la represión del interdicto de la relación incestuosa y homosexual con su padre genera la patología que le vale el internamiento en un hospital psiquiátrico. *Quod erat demonstrandum!*

Un trabajo menos centrado en la ficción literaria de ese enfermo paranoico y más abierto a las condiciones de la genealogía existencial del individuo habría puesto en relación las máquinas que pueblan su místico y delirante universo de papel con las reales que su padre construía. En efecto, el padre del presidente dejó huella en la historia como médico higienista, fundador de la medicina terapéutica, autor de un libro muy leído y varias veces reeditado: el *Manual popular de gimnasia de sala médica e higiénica*. Así es: el doctor Schreber construía máquinas ortopédicas muy rigurosas, algunas de las cuales encorsetaban el cuerpo para mantener la cabeza derecha. El padre probaba en su descendencia esos aparatos de acero, concretamente traumatizantes para la carne de los individuos enderezados, corregidos, rectificadores. Cabe imaginar que el trauma de un individuo así comprimido en su infancia pueda provocar los síntomas que atormentan el cuerpo y el alma del presidente, sin que haga falta apelar a una homosexualidad reprimida que tiene al padre como meta. El esquema freudiano aplicado al caso de papel del presidente Schreber ahorra en exceso la verdad existencial y biográfica de un ser sufriente. Pero si es por el bien de la disciplina y el progreso de la ciencia analítica...

Quinto caso, probablemente el más célebre de Freud: el Hombre de los Lobos. Serguéi Pankejeff llega a su consultorio en 1910, cuando tiene veintitrés años. Este joven aristócrata ruso vive en medio del lujo, con numerosa servidumbre. Ya ha consultado a algunos psiquiatras de renombre, porque padece de fobias a los animales, ideas obsesivas, crisis de angustia y gustos eróticos escabrosos. Su hermana lo habría iniciado en la sexualidad a los tres años. Mientras se masturbaba frente a ella, su nodriza, al parecer, lo amenazó con amputarle el sexo. Aterrorizado por esa amonestación, Serguéi se habría refugiado en una regresión al estadio sádico anal y masoquista, y por eso los episodios en cuyo transcurso arranca las alas a las

mariposas y procura que su padre le pegue. Todas las mujeres de las que se enamora son de baja condición, y la pasión se desata de inmediato en él cuando las ve hacer la limpieza a cuatro patas.

En el diván de Freud refiere un sueño de diecinueve años antes: tiene cuatro años, está acostado en su cama y, al abrirse la ventana, ve enfrente, en un árbol, a seis o siete (XIII, p. 27) [XVII, p. 29] lobos blancos que se parecen a zorros o perros pastores, sentados en las ramas. La escena transcurre en invierno. El niño tiene miedo de que lo devoren, se despierta, llora, grita. Pintor aficionado, el Hombre de los Lobos dibuja lo que ha visto en el sueño. En el dibujo, los seis o siete lobos son cinco: una invitación a la sonrisa, cuando se conocen las extrapolaciones de Freud sobre la significación de esas cifras en el sueño.

El análisis duró cuatro años, de febrero de 1910 a julio de 1914. Constatemos, para volver a las cuestiones de dinero y, esta vez, abordar en concreto el tema, que en sus conversaciones con Karin Obholzer, Pankejeff señala que iba todos los días, salvo los domingos, a Berggasse 19, donde tenía una sesión de una hora. Si se convierten los dólares de la época a euros de 2010, los cuatro años de psicoanálisis del Hombre de los Lobos costaron alrededor de quinientos mil euros.

Freud vivía en un departamento de diecisiete habitaciones de un barrio elegante de Viena, con tres domésticas, una de las cuales, Paula Fichtl, dormía en un pasillo, sobre una banqueta que se armaba todas las noches. El “Profesor Freud”, como indicaba la placa profesional, tenía seis hijos, por lo cual, si se incluye a la tía Minna, había que alimentar a doce personas día tras día. Pankejeff podía decir en 1974: “El inconveniente del psicoanálisis es sin duda que sólo pueden tenerlo en cuenta los ricos. Poca gente está en condiciones de pagar semejante tratamiento” (pp. 68-69). En efecto, Freud lo había confirmado teóricamente en 1905, en “Sobre psicoterapia” (p. 15) [VII, p. 252].

¿Qué produjo, pues, este famoso análisis? La teoría freudiana del sueño, con la lógica de la *condensación*, el *desplazamiento* y la *presentación*, supone una serie de equivalencias con los objetos oníricos. Este análisis de un centenar de páginas abunda en ecuaciones extravagantes: el lobo, a causa de su blancura = un cordero; la inmovilidad de los lobos = el movimiento de los padres; su actividad = su pasividad; ser mirado = mirar; el árbol = un abeto de Navidad; los lobos = regalos; los lobos blancos = ropa interior blanca de los padres; el lobo = un profesor de latín cuyo apellido era Wolf; las colas tupidas = una falta de cola; la ventana abierta = la expectativa sexual; la escena navideña = una escena estival; blanco = muerte; orugas cortadas en pedazos = niños troceados; un padre que da dinero a su hija = un genitor que hace a su hija el regalo simbólico de un hijo; cinco lobos = cinco de la mañana; el movimiento del ala de una mariposa = el juego de piernas de una mujer durante el acto sexual; la punta de las alas = símbolos genitales; el ala de la mariposa = una pera = el nombre de una criada; orinar sobre el piso = tentativa de seducción; el miedo a las mariposas = el miedo a la castración; la gonorrea = la castración, y el miedo a ser devorado por los lobos = “ser poseído sexualmente por el padre” (XIII, p. 103) [XVII, p. 97].

Tras esas equivalencias propuestas sobre la base de una lógica irrefutable, Freud da su explicación del sueño: cuando era niño o, para ser más preciso, cuando tenía un

año y medio (XIII, p. 35) [XVII, p. 36], Pankejeff dormía la siesta en la habitación de sus padres, a las cinco de la tarde, un día de verano. “Al despertar fue testigo de un *coitus a tergo* repetido tres veces, pudo ver los genitales de la madre así como el miembro del padre y comprendió el hecho así como su significado” (*ibid.*) [XVII, p. 37]. Freud concibe que el hecho de contar hasta tres al año y medio, comprender que se trata de un acto sexual y recordarlo más de dos decenios después podría sorprender legítimamente al fulano defensor del uso de una sana razón razonable y razonante. Pero explica que va a aclarar las cosas, y entretanto ruega al lector... ¡“prestar una creencia *provisional* en la realidad de esa escena” (XIII, p. 36) [XVII, p. 38]!

La prueba aparece, en efecto, mucho más adelante. Serguéi Pankejeff ha visto lo que Freud dice que ha visto a la edad de un año y medio porque, *dixit De la historia de una neurosis infantil*: “Las escenas de observación del comercio sexual entre los padres, de seducción en la infancia y de amenaza de castración son indudablemente [*sic*] un patrimonio heredado, herencia filogenética, pero también pueden ser adquisición del vivenciar individual” (XIII, p. 94) [XVII, p. 89]. De tal modo, las cosas son simples: o bien ha visto o bien no ha visto, pero en ambos casos ha visto porque, en el primero, su *ojo ontogenético* ha registrado la escena concreta, y en el segundo, el *ojo filogenético* de su inconsciente ha conservado esta escena desde la más remota humanidad primordial. Así pues, en todos los casos *ha visto*...

¿Cómo tratar una patología semejante (me refiero a la del paciente)? Respuesta de Freud: “Su enfermedad sólo lo abandona cuando le es permitido sustituir a la mujer, a la madre, para hacerse satisfacer por el padre y parirle un hijo” (XIII, pp. 97-98) [XVII, p. 92]. Como es fácil imaginar que esas condiciones son de muy difícil cumplimiento, cabe sospechar que el paciente se verá en figurillas para curarse, al menos si damos crédito al propio Freud. Y, de hecho, esta predicción se verificó: el Hombre de los Lobos nunca se curó.

Ahora bien, la conclusión del análisis señalaba un “restablecimiento” (XIII, p. 118) [XVII, p. 110]. ¿Qué pasó? Dejemos la palabra a Serguéi Pankejeff. Sobre la interpretación del sueño: “De una u otra manera, es traída por los pelos” (p. 70), afirma el hombre que aclara, por ejemplo, que no dormía jamás en el dormitorio de los padres, sino en el de la criada; vivió toda la vida con depresiones y confiesa fumar treinta cigarrillos por día aun a los ochenta y siete años. Sobre su estado de salud: “Sufro de cierta enfermedad intestinal que, por desdicha, me pesqué a causa del psicoanálisis” (p. 81), y así nos enteramos de que Freud, que impugnaba todo tratamiento médico porque sólo creía en la eficacia del psicoanálisis, también recetaba, *a pesar de todo*, medicamentos (p. 81). Sobre la reaparición recurrente de las crisis: “Si me hubiera curado, eso no habría debido pasar” (p. 86). Sobre la curación anunciada por Freud: “Ya he hecho tantos análisis... [...] Estoy harto de los análisis” (p. 123), y puntualiza que a los ochenta y siete años sigue en tratamiento (p. 149). De hecho, Serguéi Pankejeff, *curado* por Freud, fue tratado por diez psicoanalistas hasta 1979, fecha de su muerte a los noventa y dos años. Había dicho: “Todo el asunto me da la impresión de una catástrofe. Estoy en la misma situación que antes de empezar el tratamiento con Freud”. Y luego: “En lugar de hacerme bien, los psicoanalistas me hicieron mal” (p. 149).

Poco importa el tratamiento, enseñaba Freud, con tal de que la teoría avance. ¿Qué

importa el recipiente humano, siempre que disfrutemos de la embriaguez doctrinal? Pero ¿la teoría avanzó realmente? ¿La ciencia se ha visto acrecentada? El *conquistador* hizo su camino, eso es cierto. Pero, con todo, ¿ha ganado su lugar junto a Copérnico y Darwin? Es de sospechar que no... En cambio, hoy se sabe que esas curaciones fueron curaciones de papel. Sigmund Freud se inscribe en la larga tradición de curanderos, chamanes, magos, hechiceros, magnetizadores, radiestesistas y otros faquires posmodernos. En un momento dado de la historia, el curandero adoptó el nombre de psicoanalista...

5. FREUD NO INVENTÓ EL PSICOANÁLISIS

“En primer lugar, les recordaré que la psicoterapia no es un procedimiento terapéutico moderno. Al contrario, es la terapia más antigua de que se ha servido la medicina.”

SIGMUND FREUD, “Sobre psicoterapia” (VI, p. 48) [VII, p. 248]

Freud no inventó el psicoanálisis: no creó ni la palabra, al contrario de lo que se repite por doquier, ni la cosa, que es preexistente a él desde la más remota antigüedad, y que le sobrevivirá ornada de nuevas galas. Comencemos por la cosa. Me imagino que la *medicina prehistórica* procedía de un chamanismo que supone un mundo de espíritus inmateriales susceptibles de ser interpelados en favor de una curación o un maleficio por medio de gestos, fórmulas, encantamientos específicos. Puede suponerse que decocciones, fumigaciones, ungüentos, pociones o tisanas se utilizaban para el tratamiento, y que todo esto significaba realmente un gran alivio.

Los egipcios, tan caros al corazón de Freud, que conocía muy bien su medicina, disponían de una magia con sugerencias, alusiones mitológicas, enumeraciones, artificios, fórmulas esotéricas, remedios y amuletos, ritos y toda la panoplia capaz de curar con palabras sostenidas por algunas prescripciones concretas dotadas de un poder farmacológico. Esta *medicina egipcia* precientífica surtió numerosos efectos sobre una gran cantidad de pacientes desde el Imperio Antiguo hasta la época copta. La arqueología lo atestigua: no faltan las fórmulas de agradecimiento grabadas en la piedra conmemorativa.

Nadie ignora que en la época helenística la *medicina griega* tenía una especial relación con el teatro en general y con la tragedia en particular: las patologías del alma se trataban entonces en los teatros, donde los terapeutas, después de embolsar el dinero, recurrían a sugerencias, puestas en escena ritualizadas, con cantos, danzas sobre pieles de animales, abluciones, palabras, encantamientos, invocación de potencias mágicas, noches pasadas en el santuario, imposiciones de manos y, desde luego, curaciones, según lo testimonian los exvotos encontrados en excavaciones arqueológicas; unos exvotos a cuyo respecto Diógenes decía, con perfidia, que habría habido muchos más si los pacientes los hubieran ofrecido en caso de fracaso...

Habitualmente, la historiografía dominante, y Freud el primero, silencian el caso de Antífonte de Atenas, que da la impresión de haber sido el inventor del psicoanálisis en el sentido contemporáneo del término. De este personaje se ignora casi todo, salvo el hecho de que la historiografía dominante lo encasilló bajo el útil marbete de sofista y de que prodigaba sus consejos de analista en el ágora corintia en el siglo V a. C. ¿Qué se sabe de él? Que enseñaba que el alma gobierna el cuerpo, sin profesar empero una discontinuidad entre las dos instancias; que, a cambio de dinero, se comprometía a interpretar los sueños con el recurso a causalidades inmanentes, y que

fue el autor de un libro perdido titulado “El arte de escapar a la aflicción”.

Por el testimonio del Pseudo Plutarco se sabe asimismo que había inventado una *logoterapia*: “En Corinto, cerca del ágora, tenía un local donde se ufanaba de tratar el dolor moral por medio del discurso; indagaba las causas de la aflicción y consolaba a sus enfermos”. El mismo autor informa de que difundía igualmente sus teorías en conferencias públicas. Otro sofista, Gorgias, también enseñaba que se podía tratar y curar por las palabras, la estricta y simple definición dada por Freud de su disciplina en *¿Pueden los legos ejercer el análisis?* (XVIII, p. 9) [XX, p. 175].

El cristianismo celebró asimismo ese pensamiento mágico, y la *medicina cristiana* para contrarrestar los maleficios se basa en iguales premisas: la posibilidad de terminar con el mal sin otros remedios y recursos que palabras sanadoras, gestos codificados, rituales terapéuticos, un ceremonial ritualizado punto por punto y con un desarrollo preciso y riguroso, a cargo de un sacerdote iniciado en los arcanos del exorcismo por su jerarquía. Durante mucho tiempo, todo este arsenal surtió efectos en el territorio católico. Por otra parte, aún en nuestros días cada obispo cuenta con su sacerdote exorcista.

La lista de las llamadas medicinas tradicionales que, desde los tiempos más remotos de la humanidad chamánica hasta el día de hoy, ilustran esta creencia en la virtud de curanderos, terapeutas, magos, hipnotizadores y hechiceros, abarca todos los continentes. El pensamiento mágico asume la forma, pero sólo la forma, de la ciencia del tiempo; de todas maneras, se apoya en el viejo fondo irracional, si no irrazonable, según el cual el chamán suprime los males gracias a un poder oculto que desborda los límites de la ciencia.

La hipnosis fue una de esas formas paracientíficas, en la misma medida que la cubeta de Mesmer o el diván de Breuer, destinado a ser el de Freud. Y no es sorprendente que el psicoanálisis nazca en las mismas aguas mágicas de un siglo XIX que es testigo de la proliferación de la homeopatía inventada por Samuel Hahnemann, una llamada medicina suave presentada como una ciencia por algunos que suponen que, pese a la ausencia de huellas de sustancias químicas en el medicamento a causa de su desaparición lisa y llana durante las múltiples diluciones que están en el fundamento del principio homeopático, esa sustancia sin sustancia trata y cura. Efecto placebo, una vez más.

Me encanta la pintura de Jerónimo Bosch, *El Bosco*, que se resiste a todos los análisis. Sus cuadros dejan ver extraños paraísos y misteriosos infiernos probablemente relacionados con una secta milenarista que se mantuvo casi muda, un silencio que, por lo tanto, condena la mayoría de esas pinturas a lo enigmático. Pero hay en ese fabricante de obras maestras dos óleos sobre madera que expresan, entre fines del siglo XV y comienzos del siglo XVI, toda la verdad futura del psicoanálisis: *Extracción de la piedra de la locura* (hacia 1494) y *El prestidigitador* (hacia 1502).

La temática de la primera de estas obras no es original; suele encontrarse en los grabados o las pinturas de la escuela flamenca de la época. Por entonces se creía, en efecto, que la locura era causada por la presencia en el cerebro de un cuerpo extraño, del que bastaba deshacerse para recuperar la salud. Un hombre con todas las apariencias de ser un cirujano está pues en situación de extraer la cosa, casi siempre

una piedra, inclinado sobre el cráneo de un paciente despierto, en presencia de un público constituido por un monje y una religiosa con un libro sobre la cabeza. Bien puede sospecharse que el cirujano, tocado con el embudo de los tontos, sacará hábilmente una piedra de su bolsillo y la mostrará al bobalicón que tiene una incisión en el cuero cabelludo. Este pánfilo reunirá en una misma imagen la compresa llena de sangre, la intervención quirúrgica y la visión de la piedra y, como es obvio, quedará curado, después de recompensar, de paso, al curandero. El Bosco pinta aquí el efecto placebo.

Probablemente sea la misma piedra la que vemos entre el pulgar y el índice del prestidigitador que propone un juego de escamoteo asimilable al trile en el cual —lo testimonian los cubiletes sobre la mesa—, por un efecto de destreza manual acompañada por una letanía hipnótica, va a hacer desaparecer y aparecer la piedra donde y cuando quiera, con la precaución de embolsar de antemano el dinero de las apuestas para ganarse la vida. Señalemos de pasada que el embaucado será dos veces despojado: una vez por el escamoteador que acopia la suma apostada, y otra por quien le corta la bolsa, un probable cómplice del primero que aprovecha el trance en que se encuentra su víctima frente al charlatán.

El efecto placebo constituye el basamento de toda medicina precientífica: alude al crédito científico aportado, *a causa de la puesta en escena*, a una práctica reducible a la sugestión verbal, el encantamiento, la magia, el poder sanador del verbo, el gesto o el rito. No hay duda de que el paciente de ese médico tocado con un embudo —El Bosco no oculta su juicio— cree en el poder de su gesto, adornado con todas las apariencias de la cientificidad. El curandero recurre a las técnicas, las palabras, los efectos de anuncio y los artefactos de la ciencia, en este caso el extractor metálico que remeda el instrumento del verdadero cirujano. El enfermo ha pagado para ser curado; el estafador ha anunciado que es capaz de curar y de hacer lo necesario para llegar a ese fin, y el cliente, cautivado, proclamará por doquier su curación. ¿Hay que deducir de ello que el escamoteador cuenta con un poder real? De ninguna manera. Basta con el crédito del paciente: ese medicamento participa de la automedicación psicosomática y consigue numerosos éxitos.

Para comprender las lógicas del pensamiento mágico que actúa en las terapias por el verbo, un rodeo por Marcel Mauss representa una ayuda de utilidad. Pues Freud conoce esos análisis y, criptomnesia o no, muchos momentos constitutivos del psicoanálisis se asemejan hasta confundirse a las instancias mágicas pensadas por el antropólogo francés. Recordemos que en *Tótem y tabú* Freud cita el “Esbozo de una teoría general de la magia”. ¿Qué dice Mauss? Que el mago define al individuo que realiza gestos mágicos. Es cierto... Pero ¿a qué puede llamarse mágico? Lo que un tercero reconoce como tal. ¿Algo más? Que recurre a formas solemnes, actos creadores. Para decirlo de nuevo en el vocabulario del lingüista Austin: es el hombre de la performatividad. El hombre que engendra al decir, que hace surgir un mundo al ponerle palabras, que crea lo que nombra. “La palabra fue originariamente, en efecto, un ensalmo, un acto mágico, y todavía conserva mucho de su antigua virtud” (XVIII, p. 10) [XX, p. 176]. ¿Qué otra cosa hace el psicoanalista con su silencio, vendido como un estuche para una palabra tanto más sanadora cuanto más escasa es?

¿Cómo se convierte uno en mago? Mauss responde: por revelación, consagración o

tradición. *Revelación* del complejo de Edipo, de la horda primordial, del asesinato del padre, del banquete caníbal ritual, otros tantos descubrimientos efectuados por un autoanálisis capaz de iluminar la parte oscura contenida en nosotros desde la noche de los tiempos. *Consagración* por el maestro mismo que inviste solemnemente a quien inviste solemnemente, y ello en la más pura lógica de la cooptación del discípulo por el maestro. *Tradición* del padre Sigmund que inicia a su hija Anna que inicia a su amante Dorothy que inicia a sus alumnos, y esto *ad libitum*.

Los actos del mago constituyen ritos cuyas condiciones suponen observancias adicionales: la fijación de un horario en la semana; una periodicidad; las modalidades del pago; el ritual del consultorio; la lógica del diván; el silencio del analista y la palabra sin freno del paciente, y la decisión de la síntesis efectuada por el primero cuando la haya decidido, que actúa como un rito de salida de la aventura mágica. Pero también, y sobre todo, Mauss puntualiza que, para que haya magia, “se exigen ciertas disposiciones mentales; es necesario tener fe” (p. 41). Freud no dirá otra cosa cuando, en *¿Pueden los legos ejercer el análisis?*, hable de la necesidad de “creer en el psicoanálisis” (XVIII, p. 35) [XX, p. 198] para concebir con éxito el trabajo analítico.

La causalidad mágica indica sin duda alguna que nos encontramos en el registro primitivo, no científico. Leamos así en el “Esbozo de una teoría general de la magia”: “La magia hace las veces de ciencia y ocupa el lugar de las ciencias por nacer”. Los magos “se imaginan de una manera mecánica virtudes de las palabras o de los símbolos” (p. 69). De hecho, Freud fue un gran maestro en causalidades mágicas y un rey de las correspondencias simbólicas. *La interpretación de los sueños* rebosa de ejemplos en que el pensamiento de una cosa no es pensamiento de esa cosa sino de otra, decretada por el capricho interpretativo freudiano: un sombrero = un pene, una cerradura = una vagina, una calvicie = una impotencia, un diente que cae = un onanismo, un lobo = un cordero, etcétera.

Por último, Marcel Mauss afirma: “la magia, como la religión, es un bloque, se cree o no se cree en ella” (p. 85). Ésas son las razones por las cuales Freud jamás confesó un solo fracaso terapéutico, ni siquiera en los casos más evidentes, pues basta una falla para que todo el edificio se derrumbe. El caso de Anna O., falsamente expuesto por él como una curación, se presentó como el arquetipo fundacional de la ciencia psicoanalítica. Si este caso constituye una ficción comprobada, entonces el freudismo entero es una ficción, y por eso el interés de los hagiógrafos en disimular la verdad histórica y promover el triunfo de la leyenda.

Se va a ver al mago como se acude al consultorio del psicoanalista: porque se tiene fe en él; y se cree en él porque afirma por doquier y dice públicamente, en congresos, en artículos, en la prensa, en libros, que trata con el diván y siempre cura; se le da crédito porque sus discípulos también se refieren a sus hipotéticos éxitos; no se duda de su poder porque él sostiene en libros, los *Cinq psychanalyses*, por ejemplo, que ha eliminado las patologías de Dora la histérica, si no de Anna O., que también sufría esa patología polivalente en el siglo XIX; del pequeño Hans el fóbico; la neurosis obsesiva del Hombre de las Ratas, y la neurosis infantil de Serguéi Pankejeff, llamado el Hombre de los Lobos.

¿Y si la cosa no funciona? Es que, pese a todo, funciona. Ya que “la magia tiene tal

autoridad que en principio la experiencia contraria no debilita la creencia”, escribe Mauss. Si el análisis no funciona, no surte efecto, el principio no tiene por qué ponerse en cuestión: *el psicoanálisis cura*; si da la impresión de no haber curado, es porque el paciente no quiso que así fuera, debido al deseo inconsciente de seguir afectado, al “beneficio de la enfermedad” —dice la teoría freudiana—, a su “resistencia” o a la intromisión de los parientes que impiden el buen funcionamiento de la terapia. Cualquier fracaso del psicoanálisis señala su éxito, porque para explicar el fiasco aquél recurre a las razones psicoanalíticas y embiste contra todo, salvo contra la terapia del diván.

Mauss explica que el fracaso de la magia siempre tiene por causa una contramagia que valida la tesis de la primera: ¿no estamos en presencia de un mecanismo intelectual similar? Leamos: la magia “es sustraída a todo control. Aun los hechos desfavorables obran en su favor porque siempre son el efecto de una contramagia, de errores rituales, o porque no se han respetado las condiciones necesarias de la práctica. Así, un maleficio fallido aumenta la autoridad del hechicero, porque éste es aún más necesario para mitigar los efectos de una fuerza terrible que puede volverse contra el torpe que la ha desatado inoportunamente”.

Freud decide, por ejemplo, que ha curado al Hombre de los Lobos. ¿El cliente vuelve y confiesa que, por su parte, no siente que las cosas sean así? El psicoanalista hace saber que ha tratado bien lo que ha tratado, que no hay duda alguna al respecto y que el paciente está real y definitivamente curado de lo que ha sido tratado. Pero —siempre hay un pero— ocurre que surge otra patología, los “restos transferenciales” según el decir de Freud. La responsabilidad, por tanto, no es obviamente del psicoanalista y tampoco del psicoanálisis, sino del paciente que no ha invertido lo suficiente en el proceso analítico. Ni la magia en general ni el mago en particular, sino el cliente: he aquí al culpable.

Mauss sostiene por fin que, cuando pretende extraer piedras asimiladas al mal durante una manipulación ritual, el mago sabe a las claras que las saca del bolsillo donde las ha guardado. ¡De todas formas, ese mismo mago irá a buscar a un colega cuando él también quiera hacerse atender y curar de un mal! ¿La razón? Los hechos de magia comportan “un acrecentamiento” (p. 88) constante. Así, Emma Eckstein, desfigurada por el tándem Fliess/Freud, una mujer al corriente de los desastres quirúrgicos (una gasa infectada olvidada en su cavidad nasal al cabo de la operación), recurrirá una vez más al psicoanálisis y ella misma llegará a ser psicoanalista.

El mago se engaña a sí mismo como el actor que, al interpretar a don Juan en un escenario teatral, cree que sigue siendo ese personaje en los bastidores y aun en el resto de su vida. El mago simula, pero por eso se acude a él. ¿Por qué razones? Mauss escribe: “La simulación del mago sólo es posible debido a la credulidad pública” (p. 90). ¿Y por qué hay credulidad? Porque el fulano frágil prefiere una falsa respuesta a una verdadera pregunta, una mentira que alivia a una verdad perturbadora, una ficción reconfortante a una veracidad inquietante; la angustia lo trastorna y todo lo que la suprime lo tranquiliza. Aunque sea la palabra de un hechicero...

Freud inscribe pues su psicoanálisis en un extenso linaje de terapia mágica y curación ritual; desciende en línea directa del chamán de los tiempos prehistóricos. Su taumaturgia es, *en el fondo*, tan vieja como el mundo; su novedad radica *en la*

forma, que, por su parte, procede de las manías científicas de su tiempo, de los tics del lenguaje psiquiátrico de la época, de los descubrimientos anatómicos o fisiológicos del momento, de los accidentes biográficos del personaje, de su inscripción en un contexto histórico y geográfico dado: el psicoanálisis de Freud encarna un chamanismo vienés contemporáneo de la emperatriz Sissi y de Luis II de Baviera.

Si Freud no es el inventor de la *cosa psicoanalítica*, tampoco lo es de la *palabra psicoanálisis*. Esta historia es menos conocida. Los diccionarios y las enciclopedias, en efecto, avalan la idea de que él inventa el término al mismo tiempo que la cosa, como si el médico vienés no procediera de una historia de la cual hereda mucho, antes de dar con éxito un golpe de Estado filosófico que asocia de manera definitiva su nombre a la disciplina presuntamente descubierta por él como solitario genial.

Así son las cosas: cuando la palabra aparece por primera vez en un texto suyo, no se trata de psicoanálisis [*psychanalyse*] sino de *psico-análisis* [*psycho-analyse*]. La primera aparición, bajo esta forma, está en “La herencia y la etiología de las neurosis”, un artículo publicado en francés en la *Revue neurologique*, 4(6), del 30 de marzo de 1896. Freud habla entonces de un procedimiento terapéutico por medio del cual se rastrea el trauma sexual en el origen de la neurosis. En ese momento, el autor atribuye la paternidad del *psico-análisis* (III, p. 115) [III, p. 151] a... Josef Breuer. Se trata, según él, de un nuevo método de análisis psicológico más eficaz que otros, el de Janet, por ejemplo, para llegar al inconsciente del paciente.

En 1910, Freud persiste en el homenaje. En efecto, en la primera de las “Cinco conferencias sobre psicoanálisis” escribe claramente: “Si constituye un mérito haber dado nacimiento al psicoanálisis, ese mérito no es mío. Yo no participé en sus inicios. Era un estudiante preocupado por pasar sus últimos exámenes cuando otro médico de Viena, el doctor Josef Breuer, aplicó por primera vez ese procedimiento a una muchacha afectada de histeria” (X, p. 5) [XI, p. 7]. El propio Freud escribe y publica esta información en 1910, cuando tiene cincuenta y cuatro años; él no ha inventado el psicoanálisis, el mérito corresponde a Josef Breuer. Recordemos lo que decía en “La herencia y la etiología de las neurosis”: “Debo mis resultados al empleo de un nuevo método de psicoanálisis, al procedimiento de exploración de Josef Breuer” (III, p. 115) [III, p. 151].

Por lo demás, en esa época, y a los ojos de todos, incluidos los de Sigmund Freud, que también lo proclama, el psicoanálisis pasa claramente por ser la invención de Josef Breuer. Así, en 1910 Ludwig Frank publica un libro titulado *Die Psychanalyse* [El psicoanálisis] en el cual critica las libertades que Freud se ha tomado con el verdadero psicoanálisis, es decir con la invención de Breuer. Precisemos que ya en esa fecha el psiquiatra suizo le reprocha su pansexualismo, una crítica destinada a ser recurrente en la historia de la disciplina. Freud no apreció en absoluto el libro.

Algunos de los que escriben psicoanálisis y no *psico-análisis* —el ya mencionado Frank, Dumeng Bezzola o Auguste Forel, por ejemplo— ridiculizan moderadamente a Freud por su barbarismo y hacen notar que la lógica de formación de nuevas palabras a partir de raíces griegas no puede derivar en el término con un guion en el medio, sino sin él. En 1919, Auguste Forel, un médico suizo que practica la hipnosis

y la utiliza para atender y curar, puntualiza en *Der Hypnotismus* [El hipnotismo]: “Escribo *psicoanálisis* como Bezzola, Frank y Bleuler, y no *psico-análisis* como lo hace Freud, en vista de la derivación racional y eufónica de la palabra. Al respecto, Bezzola señala con justa razón que también se escribe *psiquiatría* y no *psicoiatría*”. Freud ya había tropezado con la formación de *narcisismo*, que en principio había escrito *Narzissmus*, esto es, *narcismo* (X, p. 283) [VII, p. 133].

Con el éxito, Freud apunta cada vez más a la hegemonía sobre el movimiento psicoanalítico europeo, en el que por entonces participa sin ser todavía su líder. La construcción de una máquina de guerra freudiana para tomar el poder y asegurar la supremacía de su fórmula pasa por la introducción de un dispositivo extremadamente complejo de intrigas, redes, colaboradores muy fieles, discípulos sumisos, instancias editoriales, publicaciones ortodoxas y, luego, de un comienzo de depuración y exclusión de todo lo que abogue por una multiplicidad de psicoanálisis y una diversidad de métodos para el mismo tratamiento del sufrimiento mental: los episodios de eliminación de Jung y Adler, entre los más conocidos, inauguran la puesta en vereda del psicoanálisis en el terreno europeo y, pronto, internacional.

Freud decide entonces afirmar su omnipotencia sobre la palabra y la cosa. Cambio de rumbo: si en 1910 confiesa que el origen del psicoanálisis está en Breuer, la *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico*, de 1914, pone las cosas en su lugar. En los Estados Unidos la opinión ha cambiado: se trata de conquistar el Nuevo Mundo, y por lo tanto el mundo. Se dan los últimos toques al texto, escrito bajo el golpe de la disidencia de Adler y Jung. Con ello, finiquitado el homenaje al creador del psicoanálisis, Josef Breuer, Freud decide ante la historia, y para la historia, que él es su único hacedor:

En efecto, el psicoanálisis es creación mía, yo fui durante diez años el único que se ocupó de él, y todo el disgusto que el nuevo fenómeno provocó en los contemporáneos se descargó sobre mi cabeza en forma de crítica. Me juzgo con derecho [*sic*] a defender este punto de vista: todavía hoy, cuando hace mucho he dejado de ser el único psicoanalista, nadie puede saber mejor que yo [*sic*] lo que el psicoanálisis es, en qué se distingue de otros modos de explorar la vida anímica, qué debe correr bajo su nombre y qué sería mejor llamar de otra manera (XII, p. 249) [XIV, p. 7].

Aquí tenemos pues a Freud autoproclamado inventor, creador, maestro, descubridor, autor, propietario del psicoanálisis. ¿Y Breuer, a quien tocaba en las “Cinco conferencias sobre psicoanálisis” de 1910 el mérito exclusivo de ese descubrimiento (X, p. 5) [XI, p. 7]? Se acabó... ahora es un precursor de importancia desdeñable (XII, p. 250) [XIV, p. 8] que pasó a un costado del descubrimiento porque le faltó el coraje de aceptar el papel cardinal de la sexualidad en la etiología de las neurosis. Él, Freud, tuvo ese coraje, esa audacia, esa fuerza de ánimo, esa temeridad de *conquistador*: sólo él se atrevió, sólo él, en consecuencia, merece el título.

La *Contribución*... funciona como un auténtico golpe de Estado: Freud explica que el psicoanálisis es su creación solitaria y genial; que un autoanálisis puede bastar para convertirse en analista: su caso; que el reconocimiento de la verdad de la transferencia y de la resistencia es suficiente para autocalificarse de analista, lo cual, de hecho, excluye definitivamente a Breuer como padre fundador; que el rechazo del psicoanálisis señala con toda certeza la necesidad de una cura en el diván; que, de tal modo, cualquier individuo que rechaza el freudismo es un enfermo que necesita cura,

y que el antisemitismo bien podría explicar el repudio del psicoanálisis, un argumento destinado a ser de mucha utilidad.

Luego expone en detalle su plan de guerra para conquistar el mundo: reagrupamiento de una serie de amigos desde 1902 para enseñar y difundir el psicoanálisis; creación de la Sociedad Psicoanalítica de los Miércoles; ampliación del pequeño círculo; en 1907, llegada de Jung, que desplaza el centro de gravedad de Viena a Zúrich, pero también de un círculo de artistas, médicos y otras personas cultas que ingresan en los ámbitos institucionales de la salud mental; Jung asegura, escribe Freud, una apertura de la disciplina a los no judíos, lo cual evita, desde un punto de vista estratégico, el confinamiento del psicoanálisis en la caracterización de “ciencia judía”; fundación de la Asociación Psicoanalítica Internacional; creación de una revista dirigida por Freud, y celebración de congresos. Con este arsenal del que ningún otro análisis pensó en dotarse, Freud marcha solo a la guerra... y por tanto la gana.

En lo sucesivo, existe una definición canónica de la disciplina dada por él mismo en “Psicoanálisis” y “Teoría de la libido”, artículos escritos en el verano de 1922 para el *Handwörterbuch der Sexualwissenschaft* [Manual de sexología] dirigido por Max Marcuse, que aparecerá en 1923. En el primero de ellos, Freud dice:

Psicoanálisis es el nombre: 1) de un procedimiento que sirve para indagar procesos anímicos difícilmente accesibles por otras vías; 2) de un método de tratamiento de perturbaciones neuróticas, fundado en esa indagación, y 3) de una serie de intelecciones psicológicas, ganadas por ese camino, que poco a poco se han ido coligando en una nueva disciplina científica (XVI, p. 183) [XVIII, p. 231].

De tal modo, no son psicoanalistas quienes no defienden la teoría freudiana del psicoanálisis, y más en particular quienes no construyen su terapia sobre la ficción del complejo de Edipo: adiós a Jung, adiós a Adler, adiós a todos los que no manifiesten un estricto acatamiento al discurso del maestro.

El psicoanálisis que Freud no inventó, pero sobre el cual habría de efectuar el *hold-up* ideológico más impresionante del siglo XX, se ha convertido en la ciencia inventada y descubierta por Sigmund Freud en persona. En adelante, hablar de psicoanálisis es nombrar la psicología literaria freudiana. A nadie se le ocurre que haya podido existir un *psicoanálisis no freudiano*: en otras palabras, un *psicoanálisis antes de Freud* (un psicoanálisis de Breuer, si se da crédito al propio Freud entre 1896 y 1910, o del muy injustamente olvidado Pierre Janet, catedrático y doctor en filosofía, profesor en el Collège de France y médico) y un *psicoanálisis después de Freud* (Carl Gustav Jung y Alfred Adler, claro está, pero también tantos otros), por ejemplo el freudomarxismo (Wilhelm Reich o Herbert Marcuse, si no Erich Fromm) o el psicoanálisis existencial de Ludwig Binswanger, retomado y modificado por un tal Jean-Paul Sartre.

6. UN CERROJO SOFÍSTICO

“La verdad no puede ser tolerante.”

SIGMUND FREUD, *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* (XIX, p. 244)
[XXII, p. 148]

Y si no se cree en las ficciones freudianas? ¿Si no se adhiere a su psicología literaria? ¿Si se duda de la universalidad del complejo de Edipo? ¿Si no se hacen sacrificios a la hipótesis de un deseo sexual de todo varón por su madre y, por consiguiente, de un anhelo de matar simbólicamente a su padre? ¿Si se opone resistencia a la idea de que todos hemos asistido a la escena primitiva de una copulación entre nuestro padre y nuestra madre, sea *de visu*, sea porque nuestro inconsciente conserva la huella de lo que no puede haber ocurrido en el origen de la humanidad? ¿Si se piensa que el tropismo incestuoso es asunto de un solo hombre, sin que la humanidad entera esté afectada por él? ¿Si se estima que un mito se sitúa en las antípodas de la ciencia y que, debido a ello, no podría hablarse de mito científico? ¿Si no se suscribe la idea de que todos los padres tienen el fantasma inconsciente de someter a sus hijos a un abuso sexual? ¿Si se piensa que el banquete primordial con devoración del cuerpo del padre de la horda primordial es una conjetura extravagante? ¿Si se considera que la verdad del cuerpo concreto debería tener mayor peso en la preocupación por la patología de los otros que la hipótesis de un inconsciente nouménico dotado de todas las cualidades de un dios monoteísta? ¿Si se prefiere la causalidad dialéctica a la causalidad mágica? ¿Si uno se decide menos por el chamán o el hechicero y más por el médico o el cirujano para solucionar sus problemas de salud? ¿Si se sospecha que el diván es un accesorio moderno en el viejo teatro de los curanderos? ¿Si se juzga, tras un examen del *dossier*, que Freud mintió mucho, trató poco y no curó casi nada? ¿Si se intuye que el psicoanalista está más interesado en sí mismo, sus ingresos, su disciplina, su corporación, que en la curación de su paciente? ¿Si se supone que un *conquistador* no vive en el mismo planeta que un hombre de ciencia? ¿Si se opina que el psicoanálisis es una excelente terapia, pero para su inventor y sólo para él? Entonces, uno está muy enfermo y necesita con urgencia echarse sobre un diván.

En efecto, Freud lo previó todo para impedir que, en el plano intelectual, pudiera dudarse de su invención, puesto que la *doctrina incluye una lectura doctrinaria de su rechazo*. De modo que no se puede evitar depender del imperio freudiano: no hay modo de escapar a la dominación ideológica de ese pensamiento totalizador y por lo tanto totalitario, en el cual no hay puerta alguna de salida. Desde un punto de vista ideológico, la sociedad psicoanalítica está enclaustrada, cerrada sobre sí misma. Ha previsto el tribunal para juzgar a los opositores, el alegato está en la obra, la exposición argumental se propone diez veces y el discurso del fiscal que habla por el

inconsciente aparece destilado por doquier en la obra completa de Freud.

La construcción de la leyenda se encaró, pues, a través del *alegato personal* de Freud, que recurre a la escultura hagiográfica de sí en la autobiografía: la *Presentación autobiográfica* y la *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico* proporcionan el basamento; prosiguió con la empresa de *producción de una matriz biográfica* llevada a cabo por un discípulo afanoso, Ernest Jones, quien, por medio de un monumento de papel, retoma la fábula del maestro tal y como se expone, por iniciativa de éste, en los relatos autobiográficos; a continuación, supone la muy eficaz *construcción de un aparato de dominación ideológica* vienés, austriaco, europeo, americano, planetario, por la vía de congresos, editoriales, revistas, discípulos, organizaciones secretas o públicas, y todo ello gobernado con mano maestra según el modelo del padre, el dios, el jefe, el dominador de la horda primordial. La *fabricación de un cuerpo argumentativo para uso del tribunal revolucionario freudiano* supone pues un cerrojo sofisticado, que se activa no bien surge la más mínima crítica.

Estamos aquí, entonces, frente al esquema de un alegato tipo contra el historiador que hace su trabajo y propone una lectura de la leyenda en la que priman los hechos, la verdad, lo real, las pruebas, lo indiscutible, lo cierto, lo evidente. Con la ayuda del espíritu de equipo, el *conquistador* dispone, un siglo después de su desembarco en las costas del país de las maravillas inconscientes, de un ejército empeñoso que desenvaina el sable para defender el reino de las causalidades mágicas con el recurso a una dialéctica fullera.

Visita del arsenal. *Uno*: toda oposición expresada por un individuo no analizado es nula y sin valor; *dos*: toda represión del análisis señala sin lugar a dudas a un neurótico cuyas palabras, de facto, son inválidas; *tres*: toda crítica del psicoanálisis se apoya en una crítica a Freud que era judío, y por ende siempre es sospechosa de antisemitismo; *cuatro*: toda crítica emanada de un tercero excluido del par analista/analizado es infundada; *cinco*: todo fracaso del psicoanálisis es imputable al paciente, jamás al psicoanalista —véanse las resistencias, el beneficio de la enfermedad, el fracaso a causa del éxito, la neurosis que puede ocultar otra: la viscosidad de la libido, la transferencia negativa, la pulsión de muerte, el masoquismo, el deseo de probar la propia superioridad al analista—, y *seis*: cuando se ha intentado todo para justificar la disciplina, se puede contemplar a veces la posibilidad de que el psicoanalista no sea todavía bastante psicoanalista... Explayémonos.

Primer sofisma: toda oposición expresada por un individuo no analizado es nula y sin valor. Para poder manifestarse acerca del psicoanálisis, el corpus, la doctrina, las ideas fuertes de Freud, la validez de sus hipótesis, la pertinencia de sus resultados clínicos, es menester entonces haberse analizado. La cuestión se expone en el prólogo del *Esquema del psicoanálisis*: “Las enseñanzas del psicoanálisis se basan en un número incalculable de observaciones y experiencias, y sólo quien haya repetido esas observaciones en sí mismo y en otros individuos está en condiciones de formarse un juicio propio sobre aquél” [XXIII, p. 139]. La independencia sería, pues, privilegio y patrimonio de los sujetos dependientes del sistema freudiano.

Aun cuando comparación no sea razón, este tipo de cordón ideológico equivaldría, para un cristiano, a prohibir la crítica del cristianismo a cualquiera que no haya asistido al catecismo durante diez años, no haya sido bautizado, no se haya iniciado en la eucaristía a través de la comunión y no haya sido confirmado por el obispo. E incluso a no autorizar el ateísmo a quien haya sido seminarista, obtenido un doctorado en teología, pronunciado sus votos de pobreza, obediencia y castidad o heredado un curato (el *del* cura, entendámonos bien). La consigna de que el adoctrinamiento es necesario antes de la manifestación de cualquier espíritu crítico funciona como imperativo categórico de toda sociedad cerrada, por no decir tiránica, dictatorial o totalitaria.

La historia del psicoanálisis muestra que, aun cuando Freud reconozca en los papeles —el prólogo recién citado— el derecho de los analizados y los analistas a emitir un juicio sobre la disciplina, no permitirá ejercerlo en la realidad: las exclusiones, los despidos, las expulsiones, las proscripciones, los ostracismos, las exoneraciones de psicoanalistas considerados heterodoxos por Freud durante su vida fueron una multitud: en una carta a Ludwig Binswanger se refiere a “la eliminación de todos los elementos dudosos” (17 de diciembre de 1915). Freud dedicó un tiempo sustancial de su existencia a vigilar el grado de sumisión de sus discípulos y la magnitud de su celo, y no dejó de promover a los más diligentes y destruir, a veces con brutalidad, a los viejos amigos convertidos en enemigos por falta de un afán suficiente.

Segundo sofisma: toda represión del análisis señala sin lugar a dudas a un neurótico cuyas palabras, debido a ello, son inválidas. El rechazo de Freud, del freudismo y del psicoanálisis representa para el doctor vienés una sola y la misma cosa, y equivale a negar lo que el análisis no podrá dejar de enseñarnos, a saber, que somos deudores de las verdades científicas de la disciplina. Nos negamos a saber lo que inconscientemente sabemos que debemos descubrir al echarnos en el diván; prueba, pues, de que hay cosas que descubrir y por tanto razones para tenderse en él. La resistencia señala la represión que prueba la neurosis...

Leamos el argumento freudiano en *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico*:

Si era cierto que los nexos descubiertos por mí eran mantenidos lejos de la conciencia de los enfermos por obra de resistencias afectivas interiores, estas últimas surgirían también en las personas sanas tan pronto se les hiciese presente, mediante una comunicación de fuera, lo reprimido. Y que ellos se las ingeniasen para justificar con fundamentos intelectuales esa repulsa dictada por los afectos, nada tenía de asombroso. A los enfermos les sucede lo mismo con pareja frecuencia, y los argumentos aducidos [...] eran idénticos y no muy penetrantes (XII, p. 266) [XIV, pp. 22-23].

En otras palabras, los argumentos de las personas sanas son los argumentos de otros tantos enfermos.

Nadie quiere saber qué pasa con su vida sexual infantil, sus relaciones incestuosas con la madre, el deseo de asesinar al padre. Nadie tiene ganas de descubrir que, filogenéticamente, su inconsciente ha heredado escenas primordiales en las cuales sus padres copulan, el genitor abusa de su descendencia, sus hermanos se sientan a la mesa en un banquete para devorar al padre tras haberle dado muerte, e incluso que el

padre fuerza a sus hijos a hacerle felaciones. Ningún individuo tiene interés en saber que en su más tierna infancia se masturbó y que esa actividad fue un “motivo para rebelarse contra la persona prohibidora, vale decir [*¡sic!*], la madre” (XIX, p. 17) [XXI, p. 234]. El inconsciente sabe estas cosas, pero el consciente reprime ese saber oculto (por lo demás, ¿cómo reprimir lo que se ignora?), prueba, por ende, de que hay disimulo. Rechazar el psicoanálisis es resistirse al autoconocimiento.

De todas maneras —Freud no deja de decirlo en su obra—, no hay diferencia de naturaleza sino de grado entre el enfermo y la persona sana. De las *Actas de la Sociedad Psicoanalítica de Viena* (vol. 2, p. 532) a *Moisés y la religión monoteísta* (p. 167) [XXIII, p. 120], pasando por los *Tres ensayos de teoría sexual* (VI, p. 169) [VII, p. 135], *Psicopatología de la vida cotidiana* (p. 296) [VI, p. 270] o el *Esquema del psicoanálisis* (p. 68) [XXIII, p. 183], Freud no cesa de machacar: “Se ha reconocido de manera general que las diferencias entre los individuos normales y los neuróticos son de naturaleza cuantitativa y no cualitativa” (*Actas...*, vol. 4, p. 59).

De tal modo, en virtud de esta peligrosa revolución nihilista llevada a cabo por Freud y los suyos, que se empeñan en destruir la diferencia entre lo normal y lo patológico, ya no se efectúa la separación entre personas normales & gente anormal; psicopatología & salud mental; neurosis, psicosis, fobia, paranoia & equilibrio mental, necrófilos, zoófilos, pedófilos & personas equilibradas; perversos antisemitas constructores de campos de la muerte & nobles víctimas judías, sino entre analistas & analizados, pacientes & psicoanalistas o, en otras palabras, Freud & los demás... Gilles de Rais, Sade y Lacenaire pueden, en efecto, convertirse en héroes positivos, y los otros, sus víctimas, por ejemplo, acudir al consultorio psicoanalítico más cercano.

Tercer sofisma: toda crítica del psicoanálisis se apoya en una crítica a Freud, que era judío, y por ende siempre es sospechosa de antisemitismo. Como Freud no dejó de afirmar a lo largo de toda su vida que ésta y el psicoanálisis se confundían —“el psicoanálisis se convirtió en el contenido de mi vida” (XVII, p. 119) [XX, p. 67], se lee en su *Presentación autobiográfica*—; como agregó que a veces podía dar la impresión de alejarse del judaísmo por no respetar sus usos y costumbres, sus ritos y tradiciones, pero que el fondo de su ser, lo más íntimo, era judío; como en el prólogo de la edición en hebreo de *Tótem y tabú* sostuvo que inscribía su trabajo en el “espíritu del nuevo judaísmo” (XI, p. 195) [XIII, p. 9], y como en vida tomó la páfida precaución de recurrir él mismo al argumento, para criticar las críticas (XII, p. 285) [XIV, p. 38], cualquier oposición queda bajo la sospecha de camaradería consciente —o inconsciente, claro está, y con ello el ataque se ve facilitado— con el antisemitismo.

Por ejemplo, cuando no logra ascender como lo desearía en el escalafón universitario o en el mundo de la medicina de su tiempo, Freud incrimina al antisemitismo. Para explicar que, a su juicio, el psicoanálisis no consigue imponerse, apela al mismo argumento. Para quejarse de que, ya célebre, no lo es tanto como querría o merecería, vuelve a utilizar esa razón. Para pulverizar a Pierre Janet, cuyo trabajo crítico no careció de utilidad para él, Freud decide lanzar la polémica en torno de la anécdota —el debate de fondo jamás se producirá— e invoca una vez más el antisemitismo. ¿Cómo?

En el Congreso Internacional de Medicina de Londres, en 1913, Janet critica el pansexualismo freudiano y explica que procede de la atmósfera característica de Viena, una ciudad en la cual la sexualidad tiene un lugar exagerado. Si bien el argumento parece francamente pobre, Janet no habla en ningún lado de los judíos ni remite a nada que pueda hacer pensar en una crítica antisemita. Freud, a quien no le gusta no gustar, comenta así las palabras de aquél en la *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico*:

Ese *aperçu* sostiene que el psicoanálisis y, más precisamente, la aseveración de que las neurosis se reconducen a perturbaciones de la vida sexual, sólo podía originarse en una ciudad como Viena, en una atmósfera de sensualismo e inmoralidad que sería ajena a otras ciudades; simplemente sería el reflejo, la proyección teórica, por así decir, de estas condiciones particulares de Viena (XII, p. 285) [XIV, p. 38].

Teoría insensata, escribe, y podemos darle la razón. Pero tan insensata que, prosigue, uno se pregunta si este argumento no oculta otro. No dirá nada más, pero la nota que acompaña el texto en la obra completa señala: “Presumiblemente, el origen judío de Freud” (*ibid.*) [*ibid.*, nota 27]. Así, la cosa se dice sin decirse, sin aparentar decirla. Esta figura de estilo se denomina *insinuación*, actúa con el veneno más fulminante y mata sin derramar una gota de sangre.

De manera menos insinuante, más directa, la cuestión se retoma en “Las resistencias contra el psicoanálisis”:

Por último, el autor, con las reservas del caso, tiene derecho a plantear esta cuestión: quizá su propia personalidad, como judío que no quiso ocultar su judaísmo, tuvo algo que ver en la antipatía de los contemporáneos hacia el psicoanálisis. Rara vez se expresó en alta voz un argumento de este tipo, pero por desdicha nos hemos vuelto tan recelosos que no podemos dejar de conjeturar que esa circunstancia no ha sido del todo ajena. Y, por otro lado, acaso no fue mera casualidad que el primer sostenedor del psicoanálisis fuera un judío. Para abrazarlo hacía falta cierta aquiescencia frente al destino de encontrarse aislado en la oposición, un destino más familiar al judío que a los demás (pp. 133-134) [XIX, p. 235].

El aislamiento queda por probar...

La lectura de la *Chronologie de la psychanalyse, 1856-1939: du temps de Freud* [“Cronología del psicoanálisis, 1856-1939, en tiempos de Freud”] morigerará la paranoia freudiana: él se pasó la vida diciendo cuánto lo habían despreciado, qué poco lo habían amado, cuánto habían tardado en reconocer su talento, su trabajo, su disciplina. Ahora bien, cerca de doscientas páginas de esta cronología reducida a la estricta información muestran que sus trabajos son comentados en la Facultad de Medicina de Salvador de Bahía, en Brasil, ya en 1899, antes de la aparición de *La interpretación de los sueños*; que ese mismo año se comentan sus *Estudios sobre la histeria* en la Clark University de los Estados Unidos; que en Lyon, en 1900, se defiende una tesis apoyada en sus trabajos; que en 1902, Bergson habla de Freud en una conferencia pronunciada en el Instituto General de Psicología; que en 1903, en Japón, Mori Ogai, el más célebre escritor de la era Meiji, menciona la teoría freudiana de la sexualidad en un artículo médico; que el año siguiente, en la Argentina, un psiquiatra criminólogo habla de Freud en un artículo; que *Sobre el sueño* se traduce en Rusia; que en Suiza, Bleuler recurre al psicoanálisis en una clínica; que en 1905, el *Psychological Bulletin* de la India señala la existencia del psicoanálisis; otro tanto en Noruega; en Holanda, August Stårke abre un consultorio psicoanalítico y publica

artículos sobre el tema; en 1909, durante su travesía del Atlántico con destino a los Estados Unidos, donde va a recibir un doctorado *honoris causa*, Freud dice haber visto a un mozo de camarote absorbido en la lectura de *Psicopatología de la vida cotidiana*; en 1910, el psicoanálisis entra en Cuba, y un largo etcétera. Con el paso del tiempo, es de imaginar cuánto se incrementa esta cronología con noticias que testimonian una difusión planetaria.

Cuarto sofisma: toda crítica emanada de un tercero excluido del par analista/analizado es infundada. Freud prohíbe que una persona ajena al diálogo terapéutico se inmiscuya, sea real o intelectualmente, entre las dos partes integrantes, que deben seguir siendo las únicas instancias interesadas. Para ello, en las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* recurre a una metáfora continuada, la del cirujano: no se trata de que el facultativo deje entrar en el quirófano a los miembros de la familia, los amigos, ni de que el paciente, tendido en la mesa de operaciones, escuche los consejos dados por los allegados al hombre que se apresta a utilizar el bisturí. De igual manera, en su consultorio, el analista evitará toda presencia ajena: “En los tratamientos psicoanalíticos, la intromisión de los parientes es directamente un peligro” (XIV, p. 476) [XVI, p. 418]. Por lo demás, escribe, algunos manifiestan a veces un interés en que el paciente no se cure.

Freud extenderá esta regla a la totalidad de la relación con el analista. El tercero no tiene que interponerse entre el psicoanalista y su paciente, pues la relación verbal de éstos sólo les incumbe a ellos. En efecto, durante la cura siempre llega un momento en que surgen informaciones acerca del padre y la madre, el hermano y la hermana, el amigo y el colega, la amante y el amante, y tantos otros actores de una vida cotidiana. Ninguno de ellos debe convertirse en participante de esa aventura discreta, si no secreta, entre dos personas que trabajan la transferencia y la contratransferencia, es decir, la fijación afectiva positiva que luego se convierte en negativa como reacción ante la situación regresiva a la cual el analista conduce a su cliente.

La transferencia supone que el análisis se desarrolle sin tropiezos, pues el analizado traslada al analista sentimientos vividos en su primera infancia con los padres. ¿Qué mejor manera de decir que la cura infantiliza al paciente? En esa escena vuelve a representarse el lazo con los primeros objetos del apego libidinal. Al corriente de esa lógica, el analista sabe que lo que parecen sentimientos de amor no están personalmente destinados a él, sino dirigidos a los padres de su paciente. De igual modo, la desaparición de la transferencia dejará su lugar a sentimientos de agresividad que, otra vez, tampoco lo tienen como su destino: él sabrá manejar las turbulencias con una calma imperturbable, una serenidad total con respecto a los pacientes. Es inadmisibile, por ello, que una persona ajena a esa relación íntima pueda reivindicar un papel cualquiera.

Quinto sofisma: todo fracaso del psicoanálisis es imputable al paciente, jamás al psicoanalista. Véanse, como subsofismas, el beneficio de la enfermedad, el fracaso a causa del éxito, la neurosis que puede ocultar otra, etcétera. *Primer subsofisma:* al analizar el caso Dora en *Fragmento de análisis de un caso de histeria*, Freud desarrolla la idea de que, en ocasiones, el inconsciente está interesado en mantener

una enfermedad, porque los beneficios asociados a la patología demuestran ser más importantes que los que induciría la curación. En efecto, la patología atrae sobre el paciente, por parte de los otros, atención, afecto, amor, ternura, proximidad, disponibilidad, actitudes que en otras circunstancias faltan. Y dispensa de salir al encuentro de los más grandes sinsabores: un hombre afectado de neurosis de guerra evita volver al frente, otro elude un combate que tendría que librar en su vida profesional (VI, p. 225) [VII, p. 40].

Para dar un ejemplo (en el cual se advertirá de paso cuánto estima el padre del psicoanálisis la condición obrera), Freud toma el caso de un albañil inválido a raíz de la caída desde un techo a quien se propusiera recuperar la salud de antes del accidente, cuando ahora se gana la vida por medio de la mendicidad. ¿Cuál sería su reacción? Probablemente de descontento, porque en este momento vive de su invalidez: “Si se le quita ésta, quizá se lo deje totalmente inerte; entretanto ha olvidado su oficio, ha perdido sus hábitos de trabajo y se ha acostumbrado a la holgazanería, quizá también a la bebida” (VI, p. 224) [VII, p. 40]. Como por casualidad, Freud toma ya ejemplos de obreros para explicar el funcionamiento del beneficio de la enfermedad que desarrollará en “Sobre la iniciación del tratamiento”.

Así, el niño encauza hacia sí la inquietud de sus padres y la mujer ignorada vuelve a captar el interés de su esposo, de modo que su vida psíquica se esfuerza en la conservación de lo que ha producido la enfermedad. En ese caso, por cierto, ningún psicoanalista, ni siquiera el más talentoso, podría luchar contra fuerzas tan poderosas. El fracaso no es, por tanto, muestra de la impericia del terapeuta, de su incompetencia analítica, de su incapacidad para dirigir una cura hasta su final, sino que obedece a la especificidad de ese hallazgo magnífico para aliviar el ego del analista: el beneficio de la enfermedad.

Segundo subsofisma: otro dispositivo capaz de contribuir al encierro bajo llave de la disciplina contra eventuales espíritus críticos se agrega al beneficio de la enfermedad. Para explicar que el psicoanálisis cura siempre y que, cuando le toca apuntar un fracaso, la responsabilidad incumbe a otra cosa y no al método, esto es, a la estructura mental del paciente descrita por el psicoanalista, la doctrina habla de *fracaso a causa del éxito*, ¡una hermosa ilustración de la sofística freudiana! Este magnífico subterfugio se expone en “Análisis terminable e interminable”.

Durante un análisis muy cercano al éxito —no sabemos en qué se reconoce esa cercanía—, un paciente fracasa porque está al borde de un feliz desenlace. Si bien el caso no se menciona en forma explícita, el lector de la obra completa identifica al Hombre de los Lobos en la descripción del joven rico, en situación de desamparo, acompañado por su personal de servicio. Recordemos los detalles del análisis que permiten a Freud inferir el éxito de su terapia, y no olvidemos tampoco hasta qué punto Serguéi Pankejeff recusó a lo largo de su vida ese presunto logro terapéutico.

En un momento dado del análisis, por sentirse muy a sus anchas en la situación en que se encuentra, el paciente deja de colaborar. Si hay una falla, no se debe por tanto a Freud, sino a la falta de cooperación de Pankejeff. En las conversaciones con Karin Obholzer, el Hombre de los Lobos alude a una metáfora de Freud. Escuchémoslo: “Freud decía que si uno tenía un psicoanálisis detrás de sí, *podía* curarse. Pero que para eso también había que *querer* curarse. Que era como un pasaje de ferrocarril. El

pasaje me da la posibilidad de hacer un viaje, pero no me obliga a hacerlo. La decisión es mía” (p. 77).

Así las cosas, en un psicoanálisis el éxito se debe a la sagacidad del analista, y el fracaso a la mala voluntad del paciente que no quiere y por consiguiente no puede. ¿Habría que deducir que, en materia de curación por el diván, *querer es poder*? Nos encontraríamos entonces ante un método Coué vienés. Es inútil con ello invocar la pesada maquinaria freudiana. Cuando se conoce la fobia de Freud hacia los ferrocarriles, un lugar en el cual fantaseó el complejo de Edipo, no sorprende que aporte el pasaje pero se sienta totalmente irresponsable del uso que se haga de él...

Con el comienzo del análisis, el Hombre de los Lobos había recuperado el gusto por la vida, su autonomía y un rigor en las relaciones con sus íntimos. Freud había dilucidado la neurosis de su infancia, y entonces la situación le convenía. Leamos “Análisis terminable e interminable”: “Y se discernía con toda nitidez que el paciente sentía asaz cómodo el estado en que se encontraba y no quería dar paso alguno que lo acercase a la terminación del tratamiento. Era un caso de autoinhibición de la cura; corría ésta el riesgo de fracasar a causa de su propio éxito” (p. 232) [XXIII, p. 220]. Freud dio entonces muestras de un coraje sin nombre: “Recurrí al medio heroico [*sic*] de fijarle un plazo” (*ibid.*) [*ibid.*], y como por encanto, la curación se produjo. Eso dice Freud...

En *El yo y el ello*, el analista explica que la reacción terapéutica negativa expresa un sentimiento de culpa inconsciente, de masoquismo, de resistencia del superyó, de pulsión de muerte. Él se apresta a curar, y como la terapia está lista para generar su efecto, éste, justamente *porque* la meta está próxima a alcanzarse, no tiene lugar y la meta se aleja. A Freud no se le pasa por la cabeza hacer de un fracaso un revés; es menester que el fiasco sea un éxito, porque el psicoanálisis ignora las fallas. Cuando el observador cree encontrarse frente a un caso de falta de éxito terapéutico, se equivoca: en efecto, se trata *aquí* de una falta de éxito que prueba el éxito *allá*. ¿Qué responder ante semejante sofisma?

Tercer subsofisma: una neurosis puede ocultar otra. Con este nuevo artificio teórico, Freud atiende, sana, lleva la cura a su término, elimina los síntomas, deduce el éxito de la terapia, pero algún tiempo después ve reaparecer a su paciente con nuevos problemas. El psicoanalista trata bien lo que trata, pero no se le puede hacer responsable de lo que no ha tratado, como si una neurosis fuera un todo del que pudiera tomarse sólo una parte a fin de ocuparse de ella sin tocar el resto.

Así, cuando Emma Eckstein, la paciente de la venda de gasa olvidada en la nariz después de la operación de Fliess, vuelve a ver a Freud a raíz de nuevos síntomas que la aquejan, no es cuestión de confesar un fracaso terapéutico: Freud atendió como correspondía una primera neurosis, que, dice, desapareció por completo. En cambio, la paciente vuelve a causa de una segunda neurosis que él no pudo tratar, y con razón, ya que en la época no existía. Emma ha sido operada, y esa operación genera y alimenta el nuevo problema. La mujer sufre de hemorragias que el psicoanálisis relaciona con su estructura psíquica fundamentalmente histérica: fue atendida y curada una vez, pero no podría tenerse al analista por responsable de esta nueva neurosis aparecida tras la operación. Aun cuando los errores de diagnóstico freudianos hayan tenido consecuencias desastrosas para la paciente, el psicoanalista

triunfa: habrá tratado y curado dos neurosis, una tras otra.

Ese pase de manos lleva a Freud a escribir en “Análisis terminable e interminable” que es necesario “prever el destino ulterior de una curación” (p. 232) [XXIII, p. 226]. Extraña formulación que induce a creer que una curación podría no ser definitiva y, por tanto, que se trataría de una *no curación*, porque lo característico de aquélla es ser definitiva; de lo contrario se habla de remisión. La alternativa, en efecto, es: o bien la curación se produjo y no hay que considerar secuelas, o bien hay que considerar secuelas y entonces la curación no se produjo. Pero tampoco en este aspecto podría Freud admitir que el psicoanálisis no cura todo lo que toca: si trata y cura, lo que reaparece no tiene nada que ver con lo tratado, que ha sido curado. Estamos, pues, ante otro mal, ya que el primero se ha eliminado.

Sexto sofisma: la ineficacia del psicoanálisis se remedia no con su abandono, sino con aún más psicoanálisis. Así, cuando se haya intentado todo para hacer imposibles las críticas (prohibir el juicio del fulano no analizado; decretar enferma a la persona que manifieste un espíritu crítico; tachar de antisemita al adversario intelectual; descalificar al paciente reacio debido al beneficio de su enfermedad; disculpar al psicoanalista y hacer del fracaso el fruto de su éxito; salvar el método siempre taumatúrgico), la corporación tiene todavía la posibilidad de acusar al psicoanalista. Pero no de cualquier manera: el espíritu de equipo obliga.

Y es que no hay mal psicoanálisis, sólo psicoanalistas que no lo son lo suficiente. En otras palabras, analistas no lo bastante curtidos, no lo bastante duchos, que no tienen todavía la experiencia suficiente. Así como en el marxismo leninismo los campos se explican por escasez de marxismo leninismo, el fracaso terapéutico no prueba que la terapia sea mala, sino que no es lo bastante fuerte, potente, imperiosa. Si el psicoanálisis marra el tiro, hay que permitirle acertar con aún más psicoanálisis.

Con este tipo de razonamiento, todas las jugadas son ganadoras. Freud, el psicoanálisis y los psicoanalistas siguen siendo intocables porque la doctrina les ofrece un estatus de extraterritorialidad intelectual. Freud toma como una ofensa personal cualquier cuestionamiento de la más mínima de sus tesis. ¿Cómo podría ser de otra manera, si se trata de alguien que hizo saber con toda claridad que su vida se confundía con el psicoanálisis, que se identificaba con él, que éste era su hijo, su criatura, su creación? El doctor vienés presuntamente liberado de su *psiconeurosis muy grave* hizo de ésta un objeto fusional. Sus discípulos se prosternan desde hace un siglo frente al mismo tótem convertido en tabú. Ahora bien, no es misión del filósofo arrodillarse ante los tótems.

QUINTA PARTE

IDEOLOGÍA

La revolución conservadora

Tesis 5: El psicoanálisis no es liberal, sino conservador

1. SIEMPRE HAY QUE ESPERAR LO PEOR

“No todos los seres humanos son merecedores de amor.”

SIGMUND FREUD, *El malestar en la cultura* (XVIII, p. 289) [XXI, p. 100]

El cerrojo sofisticado ilustra la naturaleza hermética del psicoanálisis: sistema cerrado sobre sí mismo, incapaz de aceptar la discusión, la crítica, el comentario, sin transformar de inmediato al adversario en enemigo enfermo, neurótico, ni enmarcar su reticencia en una psicopatología que requiere, legitima y justifica el uso del diván, el psicoanálisis no encarna la tradición filosófica *liberal* de la Ilustración, que, por su parte, no criminaliza a los opositores, no los medicaliza, no los insulta, no los desprecia.

En el debate del siglo XVIII, la agresividad no se encuentra entre los filósofos ilustrados sino entre los *antifilósofos* que se oponen a los defensores del espíritu de la *Enciclopedia* y para ello recurren al ataque *ad hominem*, ridiculizan al adversario, deforman sus tesis y descalifican el debate para reemplazarlo por la calumnia, la maledicencia, la insinuación. Recuérdese el asunto de los *cacouacs* [14], del griego *kakos*, malo. Los antifilósofos acometen contra los pensadores de la Ilustración con argumentos polémicos y panfletarios que hacen pensar en los que Freud y los suyos utilizan para despreciar a sus adversarios.

¿El rasgo característico de los *anti-Ilustración*? Su pesimismo radical: partidarios del pecado original de los cristianos, paladines de un mal radical ontológico heredado de la culpa adámica, defensores de una mala naturaleza humana, oscura, negra, a causa del consumo del fruto del árbol prohibido, detestan a los filósofos que, en la estela rousseauniana, sostienen la existencia de una buena naturaleza humana; que, a la sombra de Condorcet, creen en el progreso de la humanidad y en una teleología de la historia ajustada al perfeccionamiento de los hombres, y que, por último, en la lógica de los enciclopedistas, consideran que un buen uso de la razón contribuye al retroceso de las supersticiones.

Ahora bien, lo hemos visto, a Freud no le gustan los filósofos ni la filosofía; no cree en la bondad natural de los hombres —“¿Por qué la guerra?”, lo veremos, lo afirma sin ambages—; no se adhiere en modo alguno a una teoría del progreso ni a un perfeccionamiento de la naturaleza humana; no cree en la historia y, dando la espalda a las causalidades racionales, hace sacrificios a las causalidades mágicas y sostiene la idea de una herencia filogenética a contrapelo de todo sentido común biológico: el complejo de Edipo, el asesinato del padre, la escena primitiva, el acoplamiento de los padres, la comida caníbal del genitor, otras tantas escenas transmitidas en Freud como el pecado original de los cristianos. Se recordará asimismo que Freud cree en la numerología, el ocultismo, la transmisión de pensamientos, la telepatía, y apela a rituales de conjuro de la mala suerte, creencias, todas ellas, radicalmente

incompatibles con la enseñanza filosófica de la Ilustración.

Una postal bien consolidada hace de él el *heredero de la filosofía de las Luces* en el siglo XX. La acompaña a menudo la doble afirmación de que, en política, sería un *judío liberal ilustrado*, y en el terreno de las costumbres, un *gran liberador del amor*. En los capítulos siguientes veremos hasta qué punto la complacencia exhibida por Freud ante el austrofascismo del canciller Dollfuss y la figura de Benito Mussolini; la colaboración de freudianos, con el aval del maestro, en el Instituto Göring que reglamenta *sin prohibirlo* el uso del psicoanálisis bajo el Tercer Reich; la criminalización de la masturbación; la homofobia, la misoginia y la falocracia ontológicas, y el franco rechazo de toda liberación sexual, deslustran un poco las imágenes piadosas difundidas por los discípulos de Freud.

El rechazo de la historia, la denegación de lo real y la desconsideración de las causalidades materiales caracterizan el psicoanálisis, que prefiere el fantasma, el símbolo, el pensamiento mágico, la fantasía, los relatos mitológicos, las fábulas metapsicológicas. Esta epistemología antojadiza explica sus grandes divagaciones ideológicas. Es indudable que éstas ponen a Sigmund Freud, el freudismo y el psicoanálisis en la corriente de los antifilósofos, el linaje antiguo de los enemigos de la Ilustración. En el mejor de los casos, el psicoanálisis da pábulo a una corriente conservadora; en el peor, a una corriente reaccionaria.

Freud criticó explícitamente el uso de su disciplina con fines de liberación sexual. Sólo los defensores del freudomarxismo, que dan la espalda a los fundamentos freudianos, reincorporan la historia a su visión del mundo y utilizan el psicoanálisis para criticar el mundo capitalista, responsable, sobre todo según Wilhelm Reich y tras él Herbert Marcuse y Erich Fromm, de las neurosis modernas. En las seis mil páginas de la obra completa de Freud se buscaría en vano una crítica franca del capitalismo, pero también del fascismo o el nacionalsocialismo, en tanto que se encontrarán en varias ocasiones ataques muy argumentados contra el socialismo, el comunismo y el bolchevismo. Entre 1922, fecha de la llegada al poder de Mussolini, y 1939, año de la muerte de Freud, éste publicó más de un millar de páginas en las cuales no hay análisis alguno de los fascismos europeos. Desde 1933, fecha del ascenso de Hitler al poder, hasta la desaparición de Freud seis años después, sería igualmente inútil buscar el nombre del *Führer* en sus publicaciones.

Las opiniones sobre la liberación sexual están dispersas en la obra completa. Sacada del contexto y desconectada del movimiento general del pensamiento freudiano, tal o cual afirmación puede parecer en contradicción con tal otra: una vez, Freud parece lamentar el peso de la restricción cultural sobre las prácticas sexuales y denuncia la responsabilidad de esa losa de plomo moral en la etiología de las neurosis, pero, en otra oportunidad, deplora que algunos puedan querer aligerar ese peso. Aquí Freud critica el papel de la religión, pero allá señala que su debilitamiento causa un recrudecimiento de las patologías mentales. ¿Qué hay que entender?

La reflexión freudiana sobre la cuestión de la liberación sexual parece más compleja de lo que podría creerse a primera vista, y supone interesarse en el ordenamiento de tesis de diverso tenor. *Primero*: Freud comprueba que toda sociedad, toda civilización, toda cultura se constituyen a través de la sofocación de las pulsiones sexuales; *segundo*: deplora esa sofocación transformada en causa

principal de las neurosis; *tercero*: expresa el anhelo de que las cosas cambien; pero, *cuarto*: sabe que esto es una mera expresión de deseos, porque no ignora que las cosas no cambiarán jamás, habida cuenta de que esencializa una naturaleza humana con el objeto de dar definitivamente la espalda a la historia: los hombres no cambiarán nunca, siguen siendo lo que son desde la más remota Prehistoria y serán por toda la eternidad lo que han sido. El conjunto ilustra una filosofía visceralmente pesimista en virtud de la cual siempre hay que esperar lo peor.

Como buen lector de *La genealogía de la moral*, Freud sabe que los instintos sexuales, la libido, las pasiones y las pulsiones constituyen otras tantas fuerzas dionisiacas capaces de hacer vacilar los cimientos del edificio social apolíneo. Tampoco ignora que la sustancia misma del orden social procede de la reconducción de esas fuerzas libidinales. La renuncia a sí mismo constituye al grupo y en ella hay una suerte de contrato social cuyo material es la pulsión libidinal. El inconsciente de la primera tópica, o el ello de la segunda, quieren el placer, el júbilo, la satisfacción del flujo pulsional.

La economía libidinal es hedonista: la pulsión aspira a expandirse, su expresión coincide con un júbilo corporal. Los hombres son naturalmente hedonistas, pero la sociedad les impone el ideal ascético. *El malestar en la cultura* lo afirma: los hombres “quieren alcanzar la dicha, conseguir la felicidad y mantenerla” (XVIII, p. 262) [XXI, p. 76]. Positivamente, buscan el placer; negativamente, evitan el displacer, una conducta que comparten con los animales. De modo que “es simplemente, como bien se nota, el programa del principio de placer el que fija su fin a la vida” (*ibid.*) [*ibid.*]. En este punto estamos más allá del bien y del mal. Freud refiere el funcionamiento de una fuerza independiente de la moral, una fuerza que no es inmoral, sino amoral. Que ignora el vicio y la virtud, el bien y el mal, lo bueno y lo malo: una fuerza que *es*, y punto.

Pero ese principio de placer no podría erigirse en ley, porque el principio de realidad se lo impide. En primer lugar, todo se opone estructuralmente a la dominación no compartida del placer: cuando es, éste es breve y no puede durar. Si durara, se convertiría en un sufrimiento. Lo propio del júbilo es, por consiguiente, su carácter efímero, su naturaleza fugaz. Una vez que hubo placer, nuevas fuerzas aspiran a su turno a la satisfacción. El placer no termina nunca. El hedonismo libidinal actúa como un movimiento perpetuo.

En segundo lugar, se goza poco del estado de placer, y más del contraste entre placer y displacer. Nuestra capacidad de goce está limitada por nuestra constitución fisiológica. Un orgasmo que durara horas terminaría por destruir al sujeto que lo experimentara. El sufrimiento es más fácil. Más frecuente, más duradero, más capaz de consolidarse. Llega de todas partes, pero pueden señalársele tres orígenes: viene del cuerpo que se encamina hacia su decadencia, su destrucción, su desaparición; proviene del mundo exterior, abundante en todo tipo de agresiones, y nace asimismo de nuestras relaciones con los otros, un criadero de negatividades.

Lúcidos, la mayoría de los hombres no preguntan demasiado, sabedores de que la violencia del mundo podría arrastrarlos. Nadie ignora que la dicha es frágil, fugaz, difícil de conseguir, y lo es cada vez más a medida que pasa el tiempo. El principio de placer, que anima a los niños ignorantes del principio de realidad, debe dejar su

lugar a este último, que supone renunciaciones, sacrificios, privaciones, abnegaciones y por lo tanto frustraciones. Con el paso de los años —y pasan rápido—, ya no buscamos de manera infantil un placer simple y fácil; bajo los embates de la violencia del mundo, nos contentamos con disfrutar de no sufrir. El hedonismo negativo se erige entonces en ley y la ataraxia epicúrea retoma funciones bajo el régimen de las pasiones freudianas.

Freud establece una especie de catálogo de las “técnica[s] del arte de vivir” (XVIII, p. 268) [XXI, p. 81]. Éstas constituyen otras tantas estrategias para no ser (demasiado) desdichado, por consiguiente para ser (un poco) dichoso. Pero el pesimismo freudiano impregna esa revista de los medios de no sucumbir a la negatividad. Siguen a cada uno de ellos una ponderación, una comprobación de los límites, una impotencia: todos parecen caminos sin salida, diversiones en el sentido pascaliano del término, sucedáneos que no hacen mella en lo esencial, el principio de nirvana que habita lo vivo, esto es, el tropismo natural que lleva a la vida a recuperar el estado de antes de la vida, la nada.

Despleguemos pues las recetas existenciales de ese catálogo de lo que se puede hacer a la espera de la muerte para ser lo menos desventurado posible. Uno puede: querer satisfacer todas las necesidades sin restricción alguna, la ambición más tentadora, cierto es, *pero* también la más costosa, pues muy pronto se descubre el alto precio que habrá que pagar por esa imprudencia. Uno puede: aislarse del mundo, mantenerse a distancia de la gente, una técnica práctica, eficaz para alcanzar con rapidez cierta serenidad, un verdadero reposo, *pero* el apartamiento del mundo nunca podría ser la meta de una vida. Uno puede: invertir en las posibilidades prometeicas de la civilización, querer ser dueño y señor de la naturaleza y aspirar a la felicidad de todos, *pero* ese ideal no se alcanza jamás, siempre hay en el planeta más personas insatisfechas que satisfechas. Uno puede: recurrir a las sustancias alucinógenas, a los tóxicos, como sucede en todos los continentes, todas las latitudes y todos los pueblos, *pero* —Freud sabe de qué habla— de ese modo se embotan las sensaciones, se destruye el cuerpo y con ello, además, una cantidad considerable de energía se pierde, se derrocha, se disipa, se aparta de proyectos quizá más interesantes, y cualquiera entenderá que una solución semejante aumenta la probabilidad de los engaños y las desdichas. Uno puede: pretender la extinción de los deseos, como nos incitan a hacerlo algunas sabidurías orientales, *pero* esa elección supone la economía de la existencia, la muerte en vida y a fuego lento. Uno puede: procurar dominar la vida pulsional mediante el triunfo sistemático del principio de realidad, *pero* el sujeto reduce entonces todas sus posibilidades de goce, ya que es más placentero satisfacer una pulsión salvaje que dar razón a una pulsión domesticada. Uno puede: desplazar la libido hacia otros objetos por la vía de un trabajo psíquico, intelectual, como en el caso de la sublimación, *pero* esta posibilidad no está al alcance de cualquier advenedizo, sólo es patrimonio de los artistas, los creadores, los investigadores, y, por lo demás —Freud vuelve a hablar con conocimiento de causa—, la satisfacción así lograda no es plena y total. Uno puede: sumergirse en las ilusiones, perder todo contacto con la realidad y abstraerse en el mundo del arte, actuar y vivir como esteta, *pero* muy pronto la decepción acude a la cita; nadie podría consagrar la vida entera a las fantasías. Uno puede: invertir a fondo en el mundo laboral y hallar una

satisfacción en la cabal entrega a la actividad profesional, donde fuertes componentes libidinales (narcisismo, agresividad, erotismo) desempeñan un papel importante, *pero* la posibilidad de una auténtica expansión en un trabajo querido, escogido, deseado, es extremadamente rara, porque la mayoría trabaja movida por la necesidad, la obligación de ganarse la vida y perderla en actividades embrutecedoras que generan frustraciones y, por tanto, producen contestaciones políticas. Uno puede: refugiarse en la vida amorosa y activar un retorno regresivo hacia lo que le procuró satisfacción cuando era niño, *pero* el amor es un sufrimiento, renuncia de sí y abandono del propio destino en posesión de un tercero al que uno queda entonces atado de pies y manos, y que puede hacerle la vida imposible, dejarlo, enfermarse, envejecer, morir, otras tantas nuevas vulnerabilidades y oportunidades de agravar el sufrimiento. Uno puede: querer rehacer el mundo y aspirar a una civilización menos frustrante, menos represiva, menos castradora, menos costosa para el principio de placer, más apta para facilitar la satisfacción de una vida pulsional, *pero* el peligro de caer en el delirio acecha al utopista.

Freud desalienta a todos los utopistas deseosos de cambiar la sociedad en el sentido hedonista o de la liberación sexual. Considera entonces el caso en que

un número mayor de seres humanos emprenden en común el intento de crearse un seguro de dicha y de protección contra el sufrimiento por medio de una transformación delirante de la realidad efectiva. No podemos menos que caracterizar como unos tales delirios de masas a las religiones de la humanidad. Quien comparte el delirio, naturalmente, nunca lo discierne como tal (XVIII, p. 268) [XXI, p. 81].

¿Hacen falta advertencias más claras para los *delirantes* que deseen cambiar algo —lo que fuere— del mundo tal cual es? La solución no está en otro mundo, sino en la gestión de éste, y veremos cómo al abordar la cuestión de las relaciones del jefe y la masa.

Ninguna solución permite imaginar la posibilidad de la dicha positiva. Tanto la dicha individual como la colectiva definen ilusiones. ¿La familia? Los peligros del amor en pareja son los mismos que los de las familias: estas microcomunidades invitan a la secesión con respecto al mundo e incrementan las probabilidades de negatividad; lo que nos incumbe comienza a interesar entonces a todos los miembros de la tribu y la fragilidad de uno se convierte en la fragilidad de otro.

De igual manera, si ampliamos la pareja a la familia y la familia al resto de la humanidad, también nos internamos en un camino sin salida. Ante todo porque amar a todo el mundo en general es no amar a nadie en particular, y luego —y aquí damos con el fondo del pensamiento político freudiano— por la sencilla razón de que “no todos los seres humanos son merecedores de amor” (XVIII, p. 289) [XXI, p. 100]. Tal es el imperativo categórico de todo pensamiento político pesimista, y de Maquiavelo a Cioran pasando por Joseph de Maistre, constituye una ontología del pensamiento reaccionario.

¿La solución? “Discernir la dicha posible en ese sentido moderado es un problema de la economía libidinal del individuo. Sobre este punto no existe consejo válido para todos; cada quien tiene que ensayar por sí mismo la manera en que puede alcanzar la bienaventuranza” (XVIII, pp. 270-271) [XXI, p. 83]. Cada uno para sí en un mundo de ruido y furia, de guerra y agresividad, de violencia y brutalidad, de pulsión de

muerte y bestialidad, de crueldad y barbarie, de salvajismo y ferocidad, de dictaduras y revoluciones. El cuadro freudiano, negro, muy negro, invita al lector de *El malestar en la cultura* a ingeniárselas para satisfacer sus pulsiones como pueda. Ley de la selva: una posición *política*...

Cada cual obrará según su temperamento, su carácter, su estilo libidinal: el narcisista que disfruta de bastarse a sí mismo encontrará sus soluciones; el hiperactivo descubrirá en la acción un motivo de satisfacciones; el fuerte componente erótico se expandirá en una actividad sexual a su medida. Pero ¿y el enfermo, el neurótico, la persona afectada de trastornos psicológicos? Le costará, no lo conseguirá, seguirá insatisfecha, descontenta. De todas maneras, la felicidad no está hecha para esas figuras condenadas, a las cuales les quedan —“satisfacciones sustitutivas” (XVIII, p. 271) [XXI, p. 84]— la huida en la enfermedad, la entrega a una religión. ¿Y si no? Resta entonces una toxicidad más grande, un veneno más violento: la *psicosis*.

Ése es pues el cuadro freudiano de la inevitable miseria existencial de los hombres: la dicha no es posible; sólo existen breves y decepcionantes satisfacciones hedonistas; todas las hipótesis para generar bienestar chocan con la decepción, el desengaño, la desilusión; la mayor dicha pensable se confunde con el menor dolor posible; las soluciones colectivas, comunitarias, altruistas, están condenadas al fracaso; el amor aumenta los riesgos de lo peor; la pareja y la familia aceleran las potencialidades de sufrimiento, y la política no puede hacer nada en absoluto por la felicidad de la humanidad.

¿Las soluciones? No ignorar nada del movimiento perpetuo del mundo que es lucha de la vida contra lo que la amenaza: la muerte. Ahora bien, la nada triunfa siempre, porque yace en el corazón de la materia que nos constituye. ¿Nuestro destino? Avanzar hacia la nada, dirigirnos cada segundo de nuestra existencia hacia el estado que preexistía al ser; en otras palabras, nada. ¿Y, sabedores de esto? Ingeniárselas solo, hacer lo mejor posible, transigir con lo peor, improvisar ante lo incurable, componérselas con la propia animalidad. Si uno encuentra algo que le procure una satisfacción egoísta, muy bien. ¿Si no? Si no, la neurosis o bien, peor, la psicosis, es decir, la muerte para el mundo en el mundo. Freud no deja de afirmarlo: siempre hay que esperar lo peor.

2. UNA LIBERACIÓN SEXUAL CLANDESTINA

“Ni por asomo el consejo de gozar de la vida sexualmente cumple un papel en la terapia analítica.”

SIGMUND FREUD, *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (XIV, p. 448) [XVI, p. 393]

Como conclusión a sus reflexiones en “Análisis terminable e interminable”, Freud aborda la cuestión de la educación sexual de los niños. Algunos incitan a emprenderla. Los padres del pequeño Hans fueron pioneros en la materia, antes de que su vástago ilustrara la rúbrica fóbica de los *Cinq psychanalyses*. ¿Será esa educación capaz de debilitar en alguna medida el pesimismo ontológico de Freud? En absoluto. Es cierto, éste no llega al extremo de hablar de nocividad o de considerar superflua esa inquietud pedagógica, pero afirma que los niños no hacen nada con ese saber impartido, porque la naturaleza primitiva de las cosas está demasiado profundamente arraigada para que una educación cualquiera pueda lograr sus objetivos.

Uno se convence de que ni siquiera están prontos a sacrificar tan rápido aquellas teorías sexuales —uno diría: naturales— que ellos han formado en acuerdo con su organización libidinal imperfecta y en dependencia de ésta: el papel de la cigüeña, la naturaleza del comercio sexual, la manera en que los niños vienen al mundo. Todavía largo tiempo después de haber recibido el esclarecimiento sexual se comportan como los primitivos a quienes se les ha impuesto el cristianismo y siguen venerando en secreto a sus viejos ídolos (p. 249) [XXIII, p. 236].

Para decirlo en otras palabras: la historia no cambia en nada el asunto, y tampoco la pedagogía, la educación, la instrucción o la cultura, ya que la ley procede de pulsiones que escapan al accionar de los hombres. Freud esencializa y deshistoriza la sexualidad: ésta es lo que fue, será lo que ha sido, y la idea de actuar aunque sea en una mínima parte para modificar las cosas es una mera ilusión de la mente.

Su pesimismo trágico lo lleva a afirmar que la tiranía de las pulsiones es total e inevitable. El principio de placer impulsa a toda persona que desea realizar las violentas aspiraciones de su inconsciente. Pero el principio de realidad contiene ese deseo, limita su expansión e impide que el placer constituya la ley. La civilización y la cultura proceden de esa tensión permanente entre placer y realidad. Una completa liberación es impensable: correspondería a una selva generalizada en la cual reinaría la violencia, si no la astucia. Los más fuertes, los más astutos, los más hábiles, los más listos impondrían su ley a los más débiles, a los solitarios, a los desposeídos.

Esta oposición clásica en Freud entre *principio de placer* y *principio de realidad* no deja de hacer pensar en el par *dionisiaco* y *apolíneo* de Nietzsche: por un lado, la embriaguez, los pámpanos, la viña, la danza, el canto, la poesía, la música, el mito,

las fuerzas misteriosas, el artista subjetivo; por otro, la escultura, el orden, la forma, la arquitectura, la sobriedad, la calma, la sabiduría, la medida, el silogismo, la dialéctica, la ciencia, el diálogo. Arquíloco contra Homero. El triunfo exclusivo de uno de los principios lleva a la catástrofe. Es menester una sutil dialéctica de idas y vueltas entre las dos instancias. Un mundo dionisiaco sería tan loco como un mundo apolíneo; de igual modo, un mundo en que triunfara el principio de placer no sería viable, y otro tanto puede decirse en el caso del principio de realidad.

La liberación sexual supondría pues la atribución de plenos poderes al principio de placer, sin miramiento alguno por el principio de realidad. Freud es incapaz de dar su aval a este tipo de propuesta: “Ni por asomo el consejo de gozar de la vida sexualmente cumple un papel en la terapia analítica”, escribe en las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (XIV, p. 448) [XVI, p. 393]. Los problemas no se deben a la sofocación sexual sino al funcionamiento intrínseco del inconsciente. Hágase lo que se haga en términos de liberación, el problema persistirá, porque el funcionamiento pulsional produce naturalmente la represión. Si aquella sofocación tuviera que desaparecer, debería encontrarse un sustituto bajo la forma de nuevos síntomas. El problema en la *sofocación sexual* no es, por tanto, la *sofocación*, sino... la *sexualidad*.

Freud sostiene la idea de la necesidad de un obstáculo y una oposición para estimular la sexualidad. En “Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa” podemos leer, en efecto, lo siguiente:

Es fácil comprobar que el valor psíquico de la necesidad de amor se hunde tan pronto como se le vuelve holgado satisfacerse. Hace falta un obstáculo para pulsionar a la libido hacia lo alto, y donde las resistencias naturales a la satisfacción no bastaron, los hombres de todos los tiempos interpusieron unas resistencias convencionales al goce del amor. Esto es válido tanto para los individuos como para los pueblos. En épocas en que la satisfacción amorosa no tropezaba con ninguna dificultad, por ejemplo durante la decadencia de la cultura antigua, el amor perdió todo valor, la vida se volvió vacía e hicieron falta intensas formaciones reactivas para restablecer los valores afectivos indispensables. En esta conexión puede aseverarse que la corriente ascética del cristianismo procuró al amor unas valoraciones psíquicas que la Antigüedad pagana no podía prestarle. Alcanzó su máxima significatividad en el ascetismo de los monjes, cuya vida era ocupada casi exclusivamente por la lucha contra la tentación libidinosa (XI, p. 138) [XI, p. 181].

¿Son éstas las palabras de un liberador de la sexualidad?

Con todo, Freud estima que el torno puede aflojarse un poco, pero ni pensar en terminar con él. En materia de sexualidad, no es un revolucionario: apenas un reformista en extremo prudente. Algunas de sus intervenciones deben comprenderse en ese contexto. Por ejemplo, una carta a Fliess en la cual invita a su amigo a encontrar, lo más pronto posible, un medio contraceptivo seguro que dispense del recurso al *coitus interruptus*, una catástrofe que da origen, dice, a muchas neurosis. A su juicio, un descubrimiento contraceptivo sería “un método evidente para reformar la sociedad —miembros y nervios— mediante la esterilización del comercio sexual” (7 de marzo de 1896). Es el mismo Freud, un Freud privado, que expresa el deseo de que haya academias donde se enseñe a hacer el amor...

Así, en dos oportunidades, tras ciertos análisis en los cuales afirma la necesidad de la sofocación de la sexualidad y del sometimiento del principio de placer al principio de realidad, modula un tanto sus palabras e invita a efectuar algunas adecuaciones.

Por ejemplo, en las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* se niega a pasar por un defensor de la moral sexual dominante: “No somos, por cierto, reformadores, sino meramente observadores, pero no podemos dejar de mirar con ojos críticos, y nos ha sido imposible tomar partido en favor de la moral sexual convencional o tener en alta estima la manera en que la sociedad procura ordenar en la práctica los problemas de la vida sexual” (XIV, p. 450) [XVI, p. 395]. No quiere intervenir en un análisis para sugerir a su paciente una vida sexual liberada en vez de una práctica ascética.

Quien haya pasado por la experiencia del análisis queda, a su entender, “duraderamente protegido del peligro de la inmoralidad, por más que su patrón de moral se desvíe de algún modo del usual en la sociedad” (XIV, p. 451) [XVI, p. 395]. El diván da en este punto la impresión de una desmaterialización de la sexualidad: a la sazón, ésta se torna puramente simbólica en virtud de la alquimia analítica que transforma el inconsciente en consciente y, debido a ello, elimina la represión y los síntomas asociados. Digámoslo en otros términos: no hace falta una liberación sexual política y social, el psicoanálisis actúa como una purificación de la sexualidad en todos los individuos que se echan en el diván.

Así como en las *Conferencias...* invita, tras su rechazo de la liberación sexual, a la liberación individual por obra del diván, Freud prosigue su crítica de la moral sexual dominante en “Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa” con una conclusión abierta. Ha señalado, en efecto, el carácter irreductible de la oposición entre la reivindicación pulsional y la exigencia social, entre el principio de placer y el principio de realidad, entre el egoísmo libidinal y el tributo represivo legítimamente exigido por la sociedad, pero termina con una pirueta: “Pero de buena gana concedo que [...] otras orientaciones del desarrollo de la humanidad acaso puedan corregir el resultado que aquí hemos considerado aisladamente” (XI, p. 141) [XI, p. 183]. ¿Cuáles? No lo sabremos.

“La moral sexual ‘cultural’ y la nerviosidad moderna”, artículo aparecido en marzo de 1908, es un texto francamente crítico sobre la moral sexual dominante, que a juicio de Freud encierra la sexualidad en el marco estrecho y estricto de la monogamia conyugal. Esa coacción obliga a la mentira, la hipocresía y el engaño. Todos se engañan y al mismo tiempo engañan a los otros. Freud sabe de qué habla... Sofocada la sexualidad, el resultado son los trastornos sexuales, la perversión o la inversión. Quienes pueden sublimar se libran de ellos, es cierto, pero ¿y los demás? Se hunden en la neurosis.

El matrimonio apaga el deseo. La maternidad desvía la libido de la pareja hacia el hijo o los hijos. El deseo desaparece. También el placer. La frustración es ley. Lo ideal sería una sexualidad completamente libre, pero la sociedad no lo permite. Por eso, los hombres frecuentan los burdeles, mientras que las mujeres se refugian en la frigidez o la neurosis una vez que los hijos se marchan del hogar familiar. Queda la masturbación, un paliativo muy inocente que, aunque parezca sorprendente, Sigmund Freud condena como una fuente importante de trastornos psicológicos.

Frente a esta implacable constatación, Freud promueve su disciplina: en 1925, en “Las resistencias contra el psicoanálisis”, siempre en la línea del rechazo de una liberación sexual generalizada, social, política, comunitaria y global, elogia los méritos del psicoanálisis que

Propone aflojar la severidad de la represión de las pulsiones y, a cambio, dejar más sitio a la veracidad. En el caso de ciertas mociones pulsionales en cuya sofocación la sociedad ha ido demasiado lejos, debe admitirse una medida mayor de satisfacción; en cuanto a otras, los métodos inadecuados de la sofocación por vía represiva deben sustituirse por un procedimiento mejor y más seguro (XVII, pp. 132-133) [XIX, p. 233].

No se cuente con Freud para saber dónde, cuándo y cómo aflojar la severidad de la represión, como no sea dando más cabida a la veracidad... No se esperen detalles sobre los lugares en los cuales la sociedad ha ido demasiado lejos en lo relativo a la sofocación. No se piense que es posible encontrar precisiones sobre el procedimiento más idóneo para reemplazar el método de sofocación censurado. O bien...

O bien, entiéndase esto: la solución freudiana no es política, en el sentido global y general del término, sino individual. Freud propone el diván, *su* diván. Nada de liberación sexual general, global y política, sino un ajuste de cada quien a su propia subjetividad libidinal. La sociedad vive y sobrevive de la sofocación de la sexualidad, dejémosla en su papel; en cambio, el psicoanálisis repara los daños individuales. La solución freudiana, en consecuencia, no es *apolítica* sino *antipolítica*: individualista, egotista, personal, a medida. El diván vive exclusivamente de la represión exigida por la sociedad; Freud no se propone abordar los medios políticos de disminuirla, menguarla. El freudomarxismo se consagrará a ello, pero aquél habría abominado de esta extrapolación.

A buena distancia del monasterio y el burdel, Freud teoriza pues la justa medida en materia de vida sexual. Nada de teoría pura, doctrina política o declaración de principios universal, sino una posición nominalista: una propuesta a medida, individualista, a fin de que cada cual, en el mundo tal y como es, encuentre una solución para su propia vida sexual; poco importan el resto del mundo, la neurosis de la humanidad o la miseria sexual planetaria. El diván, ésa es la solución. La revolución sexual y la liberación de las costumbres constituyen callejones sin salida. Este método Coué propuesto por el psicoanálisis procede, reiterémoslo, del esquema de vida personal que Freud lleva a las dimensiones de una teoría universal.

En efecto, se ha casado con Martha Bernays y ésta le ha dado seis hijos. Las cartas a Fliess lo testimonian: al parecer, su vida sexual fue fluctuante, lo hemos visto, y comportaría periodos de impotencia con su esposa legítima, pero su sexualidad parece haber funcionado bien con la cuñada, y ello con el consentimiento, el acuerdo tácito o el silencio de Martha. La leyenda da crédito a la tesis de una renuncia muy temprana, alrededor de los treinta y siete años, a toda actividad sexual, para legitimar la ficción de una sublimación en la invención de la disciplina. La hipótesis presenta la doble ventaja de corroborar la tesis doctrinal freudiana y de echar un velo sobre la sexualidad adulterina y simbólicamente incestuosa del maestro.

El diván se convierte, entonces, en el instrumento sobre el cual se lleva a cabo el reglaje de la intersubjetividad sexual: ni demasiado, ni demasiado poco. Ni monje ni libertino. El pesimista trágico sustenta la opinión conservadora en el terreno sexual y político: el psicoanálisis no debe ponerse ni por asomo al servicio de la liberación sexual; la sofocación de los instintos es consustancial al ser y, a través de la sublimación, a la permanencia de la civilización y la cultura. Si liberáramos aquí, tendríamos que restringir allá, puesto que el interdicto funda el ser de la sociedad.

Freud quiere ser el garante de ese interdicto fundacional. El psicoanálisis actúa como brazo armado de ese anhelo conservador.

En contraste, Freud quiere sin duda poner el psicoanálisis al servicio de la reparación de los estragos, pero no es cuestión de afectar la máquina que los produce. “La moral sexual ‘cultural’ y la nerviosidad moderna” funciona como una máquina de guerra contra la sexualidad judeocristiana: tiene, sin duda, acentos nietzscheanos; brama, trueno y echa pestes contra la sofocación de la sexualidad presentada como *el* factor de las neurosis; denuncia la hipocresía, los cuerpos deteriorados, las investiduras en *impasses* neuróticos; critica los efectos perversos de la monogamia conyugal, del familiarismo, y hace responsable al ideal ascético cristiano de las patologías mentales, la frigidez, la masturbación, las perversiones, la angustia, pero el parto de esta montaña de peroratas es un ratón: “El remedio para la nerviosidad nacida de este último [el matrimonio] sería más bien la infidelidad conyugal” (VIII, p. 211) [IX, pp. 174-175]. Todos comprenderán entonces que la solución no está en la liberación sexual, sino en la improvisación individual, una salida de emergencia un poco lastimosa en la cual el diván se ofrece como último recurso.

3. LA MASTURBACIÓN, ENFERMEDAD INFANTIL DEL FREUDISMO

“Si el acto de Onán se concibe en un sentido simbólico, significa que ha entregado su semen a la Madre (Madre Tierra). Su pecado, por tanto, es un incesto.”

SIGMUND FREUD, en *Actas de la Sociedad Psicoanalítica de Viena* (vol. 3, p. 335)

En la pluma de Freud encontramos una sorprendente crítica de la masturbación. Sorprendente, porque la lucidez del personaje en lo concerniente al carácter brutal de la sofocación de la sexualidad por la moral dominante habría podido hacer creer que el placer solitario iba a concebirse como una salida posible e inofensiva a esa tiranía de los cuerpos: una satisfacción obtenida sin perjuicio para sí ni para los otros, ¿cómo criticarla, condenarla, perseguirla, con el mismo ardor porfiado que los confesores cristianos más doctrinarios?

La lectura de las *Actas de la Sociedad Psicoanalítica de Viena* muestra, para nuestro asombro, el grado de atraso mental de los psicoanalistas acerca de esta cuestión. El famoso manual del doctor Samuel Tissot (1728-1797) que predecía las peores enfermedades a los masturbadores encontró una descendencia intelectual en la mayor parte de los discursos pronunciados por los psicoanalistas sobre el tema. *El onanismo*, subtítulo *Ensayo sobre las enfermedades sexuales que produce la masturbación*, fue un superventas europeo construido sobre la prevención de esta práctica sexual común y corriente, presentada como un perjuicio extremo para la salud. Freud sigue los pasos de Tissot y pierde la oportunidad de hacer un progreso capaz de erigirlo en un médico de la Ilustración sexual.

Así, la Sociedad Psicoanalítica dedica once sesiones a la cuestión del onanismo entre el 25 de mayo de 1910 y el 24 de abril de 1912, todas las cuales muestran al areópago convencido del carácter perjudicial de la práctica: ¡la suya, infaliblemente! La primera sesión se titula “Discusión sobre los efectos nocivos de la masturbación”. El tono queda anunciado... Freud afirma que “la neurastenia es causada por una masturbación excesiva” (vol. 3, p. 540), sin tomar la precaución de precisar cuándo comienza el exceso.

Con la sofística interpuesta, no es la masturbación como tal lo que los psicoanalistas condenan, sino los fantasmas que la acompañan. Nos encontramos frente a una lógica idéntica a la del sacerdote en el confesionario: la culpa está menos en el gesto que en los malos pensamientos. Sin prueba ni demostración algunas, pero siempre sobre la base del principio de performatividad que transforma una afirmación subjetiva en verdad objetiva, los analistas de la reunión asocian el onanismo a los fantasmas incestuosos, la homosexualidad y la perversión.

La lógica freudiana de una sofística que recurre a la performatividad y la socorre perdura tanto sobre este tema como sobre los demás: los fantasmas aludidos corresponden a una realidad, y el hecho de que el masturbador no la recuerde no es la

prueba de su inexistencia sino de su represión. En consecuencia, el gesto onanista remite, aunque el masturbador persista en la negación —y sobre todo si lo hace—, al fantasma de unión sexual con la madre y al de copulación con el semejante sexual, en la pura lógica del apartamiento de una sexualidad que Freud califica de normal, esto es, heterosexual y genital.

Una serie de razones desaconsejan el onanismo: es *un acto antisocial* mediante el cual el individuo se opone a la sociedad, porque muestra, en efecto, que no la necesita; es *un acto demasiado simple* mediante el cual la persona se acostumbra a no hacer esfuerzos para gustar o seducir; es *un acto desrealizador* mediante el cual el sujeto pone lo real en segundo plano y se conforma con fantasmagorías y lo imaginario; es *un acto hedonista* tras el cual es difícil aceptar las restricciones necesarias que impone la sociedad en la vida conyugal; es *un acto regresivo* que confina a quien lo practica en la etapa sexual de la infancia en la que reside la nocividad psíquica fundadora de las psiconeurosis, y es *un acto antinatural* porque tiene, en las mujeres, un carácter masculino...

Ningún despliegue argumentativo acompaña esta serie de críticas asestadas de manera perentoria: ¿de qué manera podría el gesto poner en peligro o socavar la sociedad? No se hace *contra* ella, sino *sin* ella. ¿Por qué, en materia de sexualidad, la complejidad debería preferirse a la simplicidad? ¿Cuanto más difícil mejor, cuanto más fácil menos defendible? ¿En nombre de qué? ¿Dónde está la prueba de que la relación sexual definida como clásica, es decir, con penetración genital entre un hombre y una mujer, se nutre de menos fantasmas y de más realidad que la práctica masturbatoria? Y además, aun cuando los psicoanalistas tuvieran razón, ¿en nombre de qué justificaciones habría que preferir un real deprimente a un imaginario divertido? Por otra parte, ¿por qué debería prohibirse el placer? ¿Qué autoriza la crítica del hedonismo en materia de sexualidad? En cuanto al placer regresivo, ¿por qué proscribirlo? Si el onanista encuentra una satisfacción en él, es porque está momentánea o duraderamente privado de la posibilidad de un placer que no sea regresivo; ¿por qué, entonces, avalar la frustración a través de una renuncia a ese placer simple? Por último, ¿cómo puede Freud, que plagia a Fliess en la cuestión de la bisexualidad y cita el discurso de Aristófanes en el *Banquete* de Platón para explicar la ambivalencia sexual de cada quien, negar un placer presuntamente masculino a las mujeres y viceversa? ¿Cómo ser, además, tan perentorio y distinguir con tanta claridad entre placer masculino y placer femenino? ¡Los argumentos de los asociados analistas parecen bien pobres! ¿Antisocial? ¿Simplista? ¿Desrealizador? ¿Hedonista? ¿Regresivo? ¿Antinatural? Y si es así, ¿qué? En lo tocante a la sexualidad, ¿por qué ha de ser necesario que el placer sea social, complicado, real, triste, adulto, natural, si sabemos, por otra parte, que ninguno de esos conceptos supone una definición muy precisa?

Generoso, Freud admite algunas ventajas de una práctica que, al parecer, no reprueba personalmente: el onanismo contrarresta, de una u otra manera, la abstinencia sexual, que podría en otras circunstancias tener un efecto patógeno, aunque el juego freudiano opone abstinencia patógena y masturbación patógena; reduce la potencia sexual, algo beneficioso en una civilización donde es preciso componérselas con la propia libido y avenirse a la desoladora vida sexual higiénica a

la cual condena la conyugalidad; permite al hombre joven dedicarse a otras tareas, y evita el peligro del contagio de la sífilis al que exponen los lupanares. Lo cierto es que, a pesar de esas contadas ventajas reconocidas a desgana, la masturbación está en la órbita de la patología sexual porque la norma, y en la asamblea de analistas nadie la cuestiona, sigue siendo heterosexual, genital, conyugal y monógama.

La sesión del 22 de noviembre de 1911 vuelve al tema. Freud toma la palabra para examinar las relaciones mantenidas por el masturbador con sus fantasmas incestuosos. ¡La imposibilidad de tener una relación sexual con su madre explicaría los graves estados depresivos en los que se hunden los discípulos de Onán! Freud bosqueja el retrato del masturbador: tiene miedo a las reuniones; tiende a la soledad; manifiesta una desconfianza excesiva; en la adolescencia, se distingue por una “aspiración mórbida a la veracidad”; está ávido de amistades auténticas; carece de espontaneidad; teme ser observado por todo el mundo; en ciertas ocasiones, no puede valerse de las manos; tiene una manía apasionada por sacrificarse por algo, pero es o bien egoísta o bien hiperaltruista.

A veces, la masturbación puede traducirse en disposiciones loables: inclinación a la virtud o a una perfección moral particular; tendencia a la elección de una profesión en las ciencias puras; afición a la “pureza del lenguaje”; aversión hacia cualquier muestra de cinismo; propensión a la fijación de fechas; miedo a la impotencia; sobrevaloración de la fundación de una familia; impresión, en las jóvenes, de haber perdido la virginidad y no poder ya tener hijos. Por último, la frutilla del postre: “Todo onanista encarna de hecho a dos personas, a su primera nodriza (madre) y a sí mismo”.

Será necesario celebrar una sesión complementaria. Esto permite a Freud remitir a la historia de Onán en la Biblia y explicar las razones por las que el masturbador mantiene una relación incestuosa con su madre. “Si el acto de Onán se concibe en un sentido simbólico, significa que ha entregado su semen a la Madre (Madre Tierra). Su pecado, por tanto, es un incesto” (vol. 3, p. 335). Ése es el motivo por el cual toda masturbación está acompañada por un sentimiento de culpa.

Ahora bien, Freud no ignora la verdadera historia de Onán, porque la indica al comienzo de su demostración. Si Onán derrama el semen sobre la tierra, es por negarse al *incesto real* y no por practicar un *incesto simbólico*, dado que Dios lo ha instado a embarazarse a la mujer de su hermano muerto. Se niega a tener una relación sexual con su cuñada (una situación capaz de recordar a Freud unas cuantas cosas...) y, para evitarla, comete ese acto que da origen a su celebridad. Pero Freud quiere ignorar la lección del texto, el rechazo del incesto, para hacerle decir lo contrario: el incesto simbólico por asimilación de la Tierra a la Madre.

En otra sesión, critica la idea de que la culpa procede de la religión: “Se ha demostrado [*sic*] históricamente [*sic*] que el sentimiento de culpa existía en épocas en que todavía no se trataba de religión” (vol. 3, p. 83). Todos recordarán, en efecto, que la culpa remite al “mito científico” del asesinato del padre de la horda primordial y las famosas demostraciones históricas de *Tótem y tabú*. Persiste, pues, su estrecha relación con el fantasma incestuoso.

Cuarta discusión sobre el mismo tema. Habrá once, recordémoslo. Ese 24 de enero de 1912, Freud propone una hipótesis en la que se deja ver a las claras que, en rigor

de verdad, jamás renunció a la teoría de la seducción. A su juicio, las mujeres que se masturban reactivan el fantasma del padre que las sedujo en su infancia. De tal suerte que, así, se sumergen en su actividad sexual infantil. En la séptima sesión, Freud insiste en la peligrosidad de la actividad onanista. La cita merece que nos extendamos en ella: “La opinión de que la masturbación es nociva está respaldada por observaciones hechas por un crítico completamente objetivo [*sic*], a cuyo entender el embrutecimiento ulterior de los jóvenes árabes se debía a su masturbación excesiva y practicada sin ninguna inhibición” (vol. 3, p. 62).

“Epílogo de la discusión sobre la masturbación”: tal es el título de la última sesión, celebrada el 24 de abril de 1912. Freud hace una síntesis y luego da a conocer sus conclusiones. Condensa todo lo dicho en las once reuniones consagradas a la cuestión. Y agrega que la masturbación provoca daños orgánicos, sin decir cuáles. El onanismo causa las neurosis, porque remite a la sexualidad infantil e impone una fijación en ella. De modo que, al remontarnos a lo más remoto, descubrimos el complejo de Edipo y el fantasma incestuoso. Esas prolongadas discusiones repartidas a lo largo de dos años no marcan, pues, ningún progreso con respecto al texto publicado en 1898 con el título de “La sexualidad en la etiología de las neurosis”. Freud no busca, porque ya ha encontrado: todas esas sesiones apuntan a confirmar las tesis de dicho artículo.

En esa época proponía “deshabituarse” (p. 230) [III, p. 268] a los pacientes masturbadores en los hospitales, bajo el control y la supervisión regular de médicos. Freud no quiere saber por qué razones la persona recurre a esta sexualidad solitaria: ha decidido su carácter patológico, su papel genealógico en la producción de las neurosis y su explicación por la incapacidad para consumir el único verdadero deseo imposible de satisfacer: la unión sexual con la propia madre. Este hombre que pretende haber inventado el psicoanálisis y utilizarlo en sus tratamientos, con los que obtiene, dice, resultados indiscutibles, ¿cómo procedía para *deshabituarse* a los pobres individuos que, a causa de ese gesto banal y sin consecuencias, se veían criminalizados según las modalidades psiquiátricas de entonces? ¿Mediante la hipnosis? ¿El método de Breuer? ¿La imposición de manos en la frente con presión en el momento adecuado? ¿O acaso el diván, que hacía a la sazón la fortuna de Freud, en todos los sentidos del término?

No, en absoluto. Ya hemos conocido el objeto: con el llamado método del psicróforo, que Freud indica a un paciente en una carta del 9 de abril de 1910 dirigida a Ludwig Binswanger, un psicoanalista que trata de sostener su edificio freudiano con la fenomenología husserliana. Recordemos que el susodicho psicróforo se presenta bajo la forma de una sonda refrigerada, una especie de catéter hueco que, después de introducirse en la uretra, permite una inyección de agua fría. En otra carta, Freud escribe: “No creo que la sonda pueda hacerle mal; reemplazará más bien la masturbación, lo disuadirá de masturbarse” (21 de abril de 1910). He aquí, en efecto, una medicina revolucionaria capaz de mitigar la indigencia del diván.

4. EL MUTILADO PENE DE LAS MUJERES

“La anatomía es el destino.”

SIGMUND FREUD, “Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa” (XI, p. 140) [XI, p. 183]

Freud, entonces, sintió durante toda la vida atracción sexual por su madre, al punto de extrapolar una teoría general del complejo de Edipo; se casó con una joven mientras cortejaba a la hermana; fue amante de su cuñada a lo largo de su existencia, y recordemos que ella vivía bajo el techo conyugal y tenía que atravesar el dormitorio de la pareja para entrar o salir de su cuarto; mantuvo con su hija menor una relación simbólicamente incestuosa, ya que la psicoanalizó, le asignó durante su prolongada enfermedad el papel de enfermera que negó a su mujer e hizo de ella su Antígona; pudo ver en el detalle analítico que Anna se encaminaba hacia un franco rechazo de los hombres y luego hacia la homosexualidad, y psicoanalizó a la amante de su hija y a los hijos de la amante. Digámoslo de otra manera: las relaciones concretas que mantenía con el sexo femenino fueron por lo menos tortuosas.

Cabe sospechar que la teoría sufre las mismas torsiones. Cuando traduce los ensayos feministas de Stuart Mill, Freud no pierde una sola oportunidad de fustigar las tesis progresistas del filósofo utilitarista, porque, para él, como lo dice con toda franqueza en “Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa”, “la anatomía es el destino” (XI, p. 140) [XI, p. 183] y las mujeres están sometidas a su fisiología de tales. Estamos en 1912, Simone de Beauvoir tiene cuatro años...

Este texto es la segunda de las “Contribuciones a la psicología del amor”, la primera de las cuales es “Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre”, artículo aparecido en 1910. Un tercer componente de la serie se publicará en 1918 con el título de “El tabú de la virginidad”. Esa “psicología del amor” no carece de interés: funda, si se quiere recurrir a un vocabulario contemporáneo, una teoría misógina, falócrata y homofóbica. Freud considera, en efecto, que la mujer no debe buscar la autonomía profesional y por lo tanto económica, y que su papel consiste en ser una buena esposa y una buena madre; concibe la fisiología femenina como una interrupción con respecto al modelo fálico; cree asimismo en la existencia de un esquema normal que llevaría al sujeto hacia la heterosexualidad monogámica, conyugal y familiar, y, para terminar, ve la homosexualidad como un inacabamiento del ser durante el despliegue de su trayectoria libidinal. Puesto que la naturaleza dio a las mujeres la belleza, el encanto y la bondad, que no pidan más, escribe a su novia el 15 de noviembre de 1883.

En “El tabú de la virginidad”, Freud divulga el lugar común de los misóginos y los falócratas según el cual una mujer emancipada muestra siempre, por su liberación misma, una hostilidad hacia los hombres: cuando una mujer quiere su libertad, Freud

considera que amenaza al macho en su soberbia y daña su potencia. Toda demanda de autonomía se asimila a una amenaza de castración. Ésta es la teorización de esa pasión común: las mujeres aspiran al pene del hombre del que carecen, y por eso su animosidad. El modelo, en consecuencia, es sin duda el macho dotado de un falo. El pene: tal es la ley.

“Tras esta envidia del pene sale a la luz el encono hostil de la mujer hacia el varón, nunca ausente del todo en las relaciones entre los sexos y del cual proporcionan los más claros indicios los afanes y producciones literarias de las ‘emancipadas’” (XV, p. 93) [XI, pp. 200-201]. Tras los pasos de Ferenczi, que propone la genealogía de ese *encono*, Freud cree que la inferioridad física de la mujer en el acto sexual practicado en los comienzos de la humanidad la sometió forzosamente a la dominación masculina, y el inconsciente guarda la huella de esa sumisión; de allí el resentimiento, la hostilidad y el encono transmitidos de manera filogenética.

Si el falócrata construye su visión del mundo a la sombra del falo pensado como palabra clave de esa visión del mundo, Freud merece a las claras el epíteto. En *¿Pueden los legos ejercer el análisis?* escribe:

incluso la vida sexual de la mujer adulta sigue siendo un *dark continent* [continente negro] para la psicología. Pero hemos discernido que la niña siente pesadamente la falta de un miembro sexual de igual valor que el masculino, se considera inferiorizada por esa falta, y esa “envidia del pene” da origen a toda una serie de reacciones característicamente femeninas (XVIII, p. 36) [XX, p. 199].

El valor del pene como metro patrón en materia de vida sexual; su falta sentida con dolor por las mujeres; la superioridad otorgada a los hombres por su sexo, y la inferioridad de las mujeres inducida por esa ausencia anatómica, y esa falta de pene como explicación de la psicología femenina emparentada con un continente oscuro de la psicología: ¿qué mejor manera de decir, en efecto, cuando todo el edificio conceptual se construye sobre el rechazo del cuerpo, la denegación de la fisiología, la evitación de la carne, que ese retorno de lo reprimido constituye el gran problema... de Freud, y no de las mujeres?

Según él, todo el problema de las mujeres radica en que no son hombres... Dan fe de ello dos textos pasmosos: “Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos”, aparecido en 1925, y “Sobre la sexualidad femenina”, de 1931. En ellos descubrimos a un Freud imprevisiblemente deseoso de considerar la anatomía, la fisiología y la carne; en otras palabras, el verdadero cuerpo. Él, que durante toda la vida abogó por una metapsicología construida sobre la base de alegorías, metáforas, tópicos conceptuales, ahora se muestra fascinado por la entrepierna de las mujeres, frente a la cual el pasmo lo paraliza porque no ve en ella lo que sí hay en él. ¡Pues bien, a su entender, el hecho de que la mujer no tenga pene es la causa de todo su misterio y todas sus miserias!

El texto de 1925 examina la cuestión del complejo de Edipo en la niña pequeña. Aclaremos de paso que Freud lo escribió para el noveno Congreso de la Asociación Psicoanalítica Internacional, celebrado en Bad Homburg, Alemania, al que su estado de salud le impidió asistir. Fue su hija quien lo leyó al público. Nadie ignora que para el varón pequeño las cosas son simples: desea unirse sexualmente a su madre y, debido a ello, porque su padre le prohíbe esa unión, aspira al asesinato simbólico de

éste. Pero ¿en la niña? ¿Hay que invertir las cosas y afirmar que querría unirse a su padre y ve a su madre como una rival de la que es preciso deshacerse? Jung habló de un complejo de Electra para significar lo que pasa en la evolución de las niñas: ¿qué hay que pensar al respecto?

Al leer las siguientes líneas, pocos dejarán de evocar las relaciones mantenidas por Freud con su hija Anna:

Todo analista ha tomado conocimiento de mujeres que perseveran con particular intensidad y tenacidad en su ligazón-padre y en el deseo de tener un hijo de él, en que ésta culmina. Hay buenas razones [*sic*] para suponer que esta fantasía de deseo fue también la fuerza pulsional de su onanismo infantil, y uno fácilmente recibe la impresión de hallarse frente a un hecho elemental, no susceptible de ulterior resolución, de la vida sexual infantil (XVII, pp. 194-195) [XIX, p. 270].

Las sesiones de análisis con su hija habrán permitido al padre, probablemente, deducir esta teoría de sumo valor... para ese único caso: Sigmund & Anna, pero ¿para cuántos más en el planeta?

Freud cuenta su visión acerca de cómo descubre el pastel la niña pequeña: “Ella nota el pene de un hermano o un compañerito de juegos, pene bien visible y de notable tamaño, y al punto [*sic*] lo discierne como el correspondiente, superior, de su propio órgano, pequeño y escondido; a partir de ahí [*sic*] cae víctima de la envidia del pene” (XVII, p. 195) [XIX, p. 270]. Así es, por tanto, cómo pasan las cosas: basta con comprobar la falta de pene para que surja el deseo del pene faltante; tal es el sentido del *a partir de ahí* de Freud. En el varón, el sexo sólo puede ser *bien visible* y *de notable tamaño*, mientras que en la niña, el clítoris, pene sustituto, no podría ser más que *pequeño* y *escondido*. En el *Esquema del psicoanálisis*, Freud extiende la metáfora del pequeño pene escondido que es el clítoris al oponer los “órganos desarrollados de uno de los sexos” [los varones] y los “mutilados rudimentos del otro [las niñas], a menudo devenidos inútiles” (p. 58) [XXIII, p. 188]. Algunas páginas más adelante, habla de los “genitales” del machito y del “mutilado pene” (p. 64) [XXIII, p. 193] de la hembra.

Cuando el varón descubre el clítoris de la niña, se muestra indeciso y poco interesado, no ve nada o niega su percepción. Más adelante, bajo el peso de la amenaza de castración, comprende por fin lo que está en juego: si por casualidad metiera la pata y, por ejemplo, se masturbara o deseara sexualmente a su madre, eso es lo que le esperaría, un cuerpo de niña, un bajo vientre sin falo, una entrepierna desprovista de pene, una carne castrada. El texto de “Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos” lo afirma con claridad: el cuerpo femenino es una “criatura mutilada” (XVII, p. 196) [XIX, p. 271]. ¿Qué mejor manera de hacer del cuerpo de la mujer *un castigo*? En el espíritu y la letra de Freud, el padre de la horda primordial encarna al superhombre, mientras que la mujer personifica al subhombre. En otras palabras: el falo magistral contra el pene faltante.

Sin preocuparse por respaldar sus alegaciones con pruebas, Freud sigue adelante con el impulso adquirido: ver el pene faltante es desearlo de inmediato. Y diserta sobre la cicatriz, el sentimiento de inferioridad, la herida narcisista. La niña espera, pues, que algún día le sea dada la gracia de poseer ese órgano. Pero también puede, en una lógica de denegación, afirmar que lo tiene y comportarse a continuación como un hombre. La historiografía crítica muestra cuánto debe el texto “Pegan a un niño”

al análisis de Anna Freud conducido por su padre.

Es en el contexto genealógico de la homosexualidad femenina, en consecuencia, donde Freud invoca y cita el trabajo sobre “Algunas consecuencias psíquicas...”. Frente a la evidencia de que no tienen pene, afirma que tres caminos se ofrecen a las niñas: rechazar su sexualidad y desarrollar un resentimiento contra la madre y un amor al padre; negar la castración y privarse de su destino de mujeres al hacerse homosexuales, y elegir al padre como objeto y aspirar a obtener de él un regalo, a saber, un hijo. ¿Cómo no pensar en el destino de Anna Freud en esta teoría presentada como universal?

Siempre sin pruebas, y sin preocuparse por apoyar sus afirmaciones en la clínica, Freud asesta esta hipótesis: la renuncia al pene se efectúa en beneficio de una nueva investidura, la de tener un hijo. Pero donde podría imaginarse la búsqueda de un padre escogido según las lógicas exogámicas, Freud plantea que dicha búsqueda se lleva a cabo dentro del círculo endogámico. La mujer, en efecto, “resigna el deseo del pene para reemplazarlo por el deseo de un hijo, y *con este propósito* toma al padre como objeto de amor” (XVII, p. 199) [XIX, p. 274]. En esta configuración, la madre se convierte en un motivo de celos. Así, Freud siempre se sale con la suya: el complejo de Edipo funciona sin duda de dos maneras, un modo masculino y un modo femenino, pero para alcanzar el mismo fin, a saber, el deseo del niño de unirse al padre del sexo opuesto y la caracterización del padre del mismo sexo como rival por destruir.

Esta disparidad en el desarrollo edípico saca a relucir un carácter particular en las mujeres: están menos sometidas al superyó. De tal modo,

rasgos de carácter que la crítica ha enrostrado desde siempre a la mujer —que muestra un sentimiento de justicia menos acendrado que el varón, y menor inclinación a someterse a las grandes necesidades de la vida; que con mayor frecuencia se deja guiar en sus decisiones por sentimientos tiernos u hostiles— estarían ampliamente fundamentados en la modificación de la formación-superyó (XVII, p. 201) [XIX, p. 276].

En otras palabras, a pesar de su extrema complejidad, la teoría freudiana coincide con los lugares comunes misóginos y falócratas: las mujeres ignoran la justicia y basan su comportamiento en sus sentimientos y pasiones, y no en la razón o la inteligencia. Por ello, concluye el filósofo habitualmente presentado como un progresista, no es cuestión de dejarse “extraviar por las objeciones de las feministas, que quieren imponernos una total igualación e idéntica apreciación de ambos sexos” (XVII, p. 201) [XIX, p. 276].

El otro texto, “Sobre la sexualidad femenina”, confirma esas hipótesis freudianas. La anatomía como destino supone una variación sobre el tema de la bisexualidad. La vagina pasa por ser el órgano específicamente femenino, y el clitoris, por un residuo del masculino. De allí una doble sexualidad en las mujeres. La niña pequeña, para conseguir acceder a una sexualidad de mujer, debe renunciar a la masturbación clitoridiana, resto masculino, en beneficio de una llamada sexualidad clásica y normal con placer vaginal. En *Tres ensayos de teoría sexual*, Freud explica que la frustración del paso del estadio clitoridiano al estadio vaginal es en las mujeres la causa de muchas neurosis, y sobre todo de la histeria.

Ahora bien, esta separación supone en Freud una suerte de ablación ontológica:

¿cómo imaginarla posible, cuando la acompaña una condena moral que hace del placer clitoridiano un goce prohibido por ser masculino? ¿De qué manera puede una mujer considerar su propio placer y marginar el clitoris, con el pretexto de que sólo la vagina está habilitada para funcionar como zona erógena adulta? Freud parece encontrar aquí un medio mucho más eficaz que el psicróforo para disuadir a las mujeres de una masturbación fácil: ésta pasa a ser un componente de la sexualidad regresiva, es decir de la mala sexualidad. La buena, como por azar, requiere una habilidad masculina de la que pocos hombres parecen capaces.

Para terminar, a despecho de sus consideraciones sobre la inexistencia de lo puramente masculino o puramente femenino en la configuración de la bisexualidad, Freud no puede evitar adherir a los lugares comunes asociados a las definiciones de los géneros. Por ejemplo, en el *Esquema del psicoanálisis* escribe, a la vez que reivindica la imprecisión, que su definición será insatisfactoria, por empírica y convencional: “Llamamos ‘masculino’ a todo cuanto es fuerte y activo, y ‘femenino’ a lo débil y pasivo” (p. 59) [XIII, p. 188]. Pero, sea como fuere, la cosa está escrita en un texto que presenta la síntesis de sus descubrimientos.

En otro texto, *Moisés y la religión monoteísta*, Freud aborda la cuestión del paso del matriarcado al patriarcado y señala que ese suceso constituyó un progreso considerable en la evolución de la humanidad. El paso del poder de la madre al poder del padre marca

un triunfo de la espiritualidad sobre la sensualidad, o sea, un progreso de la cultura, pues la maternidad es demostrada por el testimonio de los sentidos, mientras que la paternidad es un supuesto edificado sobre un razonamiento y sobre una premisa. La toma de partido que eleva el proceso del pensar por encima de la percepción sensible se acredita como un paso grávido en consecuencias (p. 153) [XXIII, p. 110].

Siempre la oposición entre la mujer sensual, irreflexiva, movida por sus pasiones, sus pulsiones, su instinto, sus vísceras, su útero, y el hombre, ser de razón, de cogitación, de reflexión, de pensamiento, de control, de cerebro.

A la falocracia y la misoginia de Freud se suma una *homofobia ontológica*. La honestidad obliga a señalar que en 1897 él firma la petición del sexólogo alemán Magnus Hirschfeld por la derogación de un artículo del Código Penal de Alemania que reprimía la homosexualidad masculina. De igual modo, en 1905, los *Tres ensayos de teoría sexual* afirman sin dejar dudas que “los invertidos no son degenerados” (VI, p. 71) [VII, p. 126], declaración que tiene el mérito de la claridad. Por eso hablo de una *homofobia ontológica* y no de una homofobia política o militante. ¿En qué se las distingue?

La homofobia política aplica la discriminación y hasta la criminalización contra esta práctica sexual; la homofobia ontológica la considera con referencia a una norma frente a la cual aparece como anormal o *perversa*, para utilizar la palabra de Freud. La perversión no es aquí moral sino tópica: ya hemos dicho que Freud concibe la sexualidad como la unión de dos individuos de sexo diferente con vistas a una copulación genital. Citemos una frase tomada de la sección titulada “Desviaciones con respecto a la meta sexual” de los *Tres ensayos...*: “La unión de los genitales es considerada la meta sexual normal en el acto que se designa como coito y que lleva al

alivio de la tensión sexual y a la extinción temporaria de la pulsión sexual” (VI, p. 82) [VII, p. 136]. En Freud, las manos, la boca o el ano no forman parte de los órganos genitales, que son específicamente el pene y la vagina.

En el *Esquema del psicoanálisis* se confirma con escasas diferencias la tesis de los *Tres ensayos...*: en él se cartografía la llamada evolución sexual normal y se propone un modelo tipo con los estadios oral, anal, sádico anal y fálico. Luego se describe el complejo de Edipo seguido por un periodo de latencia. Por último, se conceptualiza el estadio genital, en cuyo transcurso el individuo fija su libido sobre un objeto sexual al margen de su sexo y en un mundo exogámico. Ésa es la norma según Freud. En ese caso particular, la homosexualidad se presenta como una “inhibición del desarrollo” [XXIII, p. 176].

La homosexualidad puede ser ocasional, momentánea y no definitiva: concierne entonces a un momento de la evolución sexual del sujeto, afecta a individuos alejados de una pareja del otro sexo a causa de razones puntuales (la prisión, la vida en una guarnición, la guerra, la vida en una comunidad exclusivamente masculina, etcétera). Puede vivirse de manera vergonzosa o reivindicarse con orgullo. Se asocia a veces a la heterosexualidad. Pero también puede ser definitiva y expresarse a través de la incapacidad de vivir una relación sexual con un individuo del sexo opuesto. Toda sociología general resulta pues aventurada.

En el terreno de la genealogía de la homosexualidad, en cambio, Freud no vacila y presenta su explicación en “Introducción del narcisismo”: las primeras satisfacciones sexuales provienen del autoerotismo, succión, masturbación y otras actividades relacionadas con las pulsiones de autoconservación; a continuación, los objetos de fijación de la libido pasan a ser las personas a las cuales se debe la subsistencia, en primer lugar los padres, ante todo la madre, e igualmente la nodriza.

Freud habla entonces de una *perturbación* para explicar que algunos, en este caso los homosexuales, escapan a ese esquema y se eligen a sí mismos como objeto libidinal.

Hemos descubierto que ciertas personas, señaladamente aquellas cuyo desarrollo libidinal experimentó una perturbación (como es el caso de los perversos y los homosexuales), no eligen su posterior objeto de amor según el modelo de la madre, sino según el de su persona propia. Manifiestamente se buscan a sí mismos como objeto de amor, exhiben el tipo de elección de objeto que ha de llamarse narcisista (XII, p. 231) [XIV, p. 85].

El homosexual sería, por tanto, incapaz de amar a otro, un tercero perteneciente al sexo opuesto al suyo, porque se ama a sí mismo. En consecuencia, cada cual tiene dos maneras de trazar su camino libidinal: la investidura de la persona que lo alimenta, la madre, o lo protege, el padre, o la de sí mismo, lo que uno es, lo que querría ser, lo que ha sido, una doble posibilidad que Freud denomina *amor por apuntalamiento* o *amor narcisista*. El primero define al heterosexual, el segundo, al homosexual.

En una nota agregada en 1910 al capítulo “Las aberraciones sexuales” de los *Tres ensayos de teoría sexual*, Freud desarrolla la cuestión de la genealogía narcisista de la homosexualidad: el niño, dice, presta de ordinario su afecto a los padres y más precisamente a la madre que lo alimenta. Esta fijación debe ser breve, con anterioridad a la elección de nuevos objetos sexuales. Ahora bien, el homosexual no logra llevar hasta su término el camino *normal*: sobre la base del principio narcisista,

ama a una persona de su sexo, pues identifica al tercero consigo mismo, el niño antaño amado, mimado, rodeado de afecto por su madre. De modo que los homosexuales “buscaron a hombres jóvenes, y parecidos a su propia persona, que debían amarlos como la madre los había amado” (VI, p. 78) [VII, p. 132, nota 13].

A pesar de las peticiones de principio que apuntan a no estigmatizar a la comunidad homosexual a causa de sus prácticas, otra parte de Freud no puede dejar de escribir: “En todos los tipos de invertidos es posible comprobar el predominio de constituciones arcaicas y de mecanismos psíquicos primitivos. La vigencia de la *elección narcisista de objeto* y la *retención* de la importancia erótica de la *zona anal* aparecen como sus caracteres más esenciales” (*ibid.*) [VII, pp. 132-133, nota 13, agregado de 1915]. Aquí, el arcaísmo y el primitivismo se entienden como signos de inacabamiento, incumplimiento de un proceso evolutivo que Freud presenta como prototípica. Así como la mujer es un hombre no acabado, el homosexual es un tipo sexual imperfecto.

La ley freudiana encarna una ley de hombre que posee a las mujeres y las somete, una aventura de dominantes *fuertes y activos*, para utilizar cualidades habitualmente expuestas como masculinas por la mayoría en general y por Freud en particular. Del pene faltante de las mujeres al camino libidinal interrumpido del homosexual, Freud cartografía un mismo otro mundo, el de las *aberraciones*. ¿Progresista y revolucionario en materia de costumbres, Sigmund Freud?

5. “SALUDO RESPETUOSO” DE FREUD A LOS DICTADORES

Un periodista (que habla con Reich sobre Freud): “¿Era socialdemócrata?” Reich: “Me parece que no”.

WILHELM REICH, *Reich habla de Freud*

El *conservadurismo ontológico* de Freud supone que la represión sexual es, sin duda, perjudicial para el individuo en cuanto está en el origen de las neurosis, pero también que una liberación sexual lo sería en la misma medida, porque pondría en peligro el edificio social; su *conservadurismo sexual* enseña que la crítica de la moral sexual dominante va acompañada de un elogio del sálvese quien pueda libidinal individual, en el que cada uno debe salir a flote por su cuenta y, llegado el caso, pedir una ayuda al psicoanálisis para inventar su salvación pulsional personal, y su *conservadurismo de las costumbres* estigmatiza la masturbación, transforma a las mujeres en subhombres y a los homosexuales en seres inacabados desde un punto de vista libidinal. De modo que Sigmund Freud se mueve en las antípodas de la filosofía de la Ilustración, visto que la política del personaje culmina el retrato de un antifilósofo radical.

Cuesta imaginar, en efecto, que la política de un hombre cuya ontología se revela tan negra sea rosa. El pesimismo trágico prohíbe el optimismo social. ¿A qué puede parecerse la política de Sigmund Freud? La cuestión despierta poco interés y la historiografía freudiana pasa rápidamente sobre el tema so pretexto de que no habría mucho que decir. La tarjeta postal política se resume la mayoría de las veces en este programa mínimo: el maestro del psicoanálisis vienés era un *judío liberal moderado e ilustrado*. La realidad parece bien lejos de esa ficción tranquilizante, porque judío ciertamente fue, pero liberal, moderado e ilustrado, sin duda no.

Freud parece no haber tomado jamás conciencia de que fuera de su consultorio vienés de Berggasse 19 había un mundo real verdaderamente existente. Da la impresión de vivir en un universo de mitos, fábulas, ficciones, fantasmas, un universo en el cual se mueve como contemporáneo de sus estatuillas asirias o grecorromanas, como lector y escritor, y parece más familiarizado con los mitos griegos y la compañía de los Átridas que con la historia de sus contemporáneos que cruzan la puerta acolchada de su gabinete de consulta.

Su relación con la historia supone la más completa denegación: su historia, en el sentido de *la historia de su propia persona*, pero también de *la historia de su tiempo*, aquella en la cual, sea cual fuere la idea que tenga de ella, se desenvuelven su persona y su obra. Su negativa a inscribir su pensamiento en la trama contemporánea de las influencias, las lecturas, los encuentros, los intercambios; su ardor para borrar las huellas de su progresión intelectual mediante la destrucción sistemática de documentos; sus ganas, muy pronto, de hacer difícil y hasta imposible la tarea de sus

biógrafos futuros; su irritación visible en la correspondencia con interlocutores que se atreven a poner en perspectiva la producción de un concepto y las condiciones históricas particulares, por ejemplo, la pulsión de muerte y la presencia de sus hijos en el frente o el fallecimiento de su hija, y su silencio total, en la obra, acerca de tal o cual acontecimiento político: todo esto pone a Freud en un teatro de ideas puras en el que él anima las marionetas de sus personajes conceptuales sin otra inquietud que la de ofrecer un bello espectáculo intelectual.

En la obra completa se entrevén en ocasiones algunas sombras tendidas por la Historia: la Primera Guerra Mundial en “De guerra y muerte. Temas de actualidad” (1915); consideraciones sobre los movimientos de masas y las relaciones entre el jefe y la masa en *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921), una obra donde encontramos igualmente alusiones al socialismo (XVI, p. 38) [XVIII, p. 94]; críticas a la Revolución bolchevique y el comunismo en *El malestar en la cultura* (1930), pero, en su obra publicada, no hay *ningún análisis* del fascismo mussoliniano o del nacionalsocialismo.

La única historia que parece interesar a Freud es la suya: los dos textos autobiográficos que son *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico* (1914) y *Presentación autobiográfica* (1924) muestran a un autor que sobresale en el arte de escribir su propia historia y la de su disciplina, de la que no deja de decir —perdón por reiterarlo— que se confunde con su vida. La historia de uno mismo, sí; la historia de los otros, no. La primera se cruza a veces con la segunda, pero ésta es algo así como un decorado para una pieza en la que Freud tiene el papel protagonista.

Busquemos entonces en otra parte, y no en los artículos publicados en revistas o los libros, lo que Freud pensaba sobre la cuestión política. ¿La correspondencia? Refleja el sentimiento general: exclusión de la historia del mundo y polarización excesiva en la historia egotista y narcisista de la disciplina y sus disciplinarios, por la vía de congresos, balances de las fuerzas en juego, comentario de los trabajos en curso, informaciones privadas sobre los muertos, los enfermos, los nacimientos familiares y de amistades, contabilidad de los leales y los traidores, noticias de los hijos, avance de la disciplina en Europa y el mundo.

¿Habría que recurrir por tanto a las memorias, los recuerdos? En efecto, en ellos encontramos informaciones más amplias. Así, aun cuando sepamos que nadie es un gran hombre para su ayuda de cámara, no carece de interés escuchar lo que Paula Fichtl, una mujer modesta que estuvo cincuenta y tres años al servicio de los Freud, padre e hija (de ellos, diez junto al maestro en Viena, y luego en el exilio londinense adonde lo siguió), puede contar de esos tiempos de relativa intimidad.

Efectivamente, en *La vida cotidiana de Sigmund Freud y su familia: recuerdos de Paula Fichtl* podemos leer lo siguiente:

El gobierno austriaco es sin duda “un régimen más o menos fascista”, dice Freud a Max Schur, su amigo y médico; pese a todo, según el recuerdo que guarda Martin, el hijo de Freud, decenas de años después, “tenía todas nuestras simpatías”. La masacre cometida por el Heimwehr entre los obreros de Viena deja a Freud indiferente (p. 75).

Veamos por el lado del canciller Dollfuss. ¿Quién es? En una palabra: el creador del austrofascismo. El 4 de marzo de 1933, este cristiano conservador y nacionalista

suprime la república e instaura el partido único, anula la libertad de prensa y establece un Estado autoritario, católico y corporativista. Deroga los derechos de huelga y reunión y disuelve el Parlamento. El 30 de mayo del mismo año decreta la ilegalidad del Partido Socialista y el 20 de junio hace lo mismo con el Partido Nacionalsocialista, en este caso no debido a grandes incompatibilidades doctrinarias sino porque Hitler reclama la anexión de Austria a Alemania. Dollfuss crea un partido único, el Frente Patriótico, y gobierna por decreto. El 3 de abril de 1933, Freud escribe una carta a Max Eitingon, que reside en Berlín: “Nadie entiende aquí nuestra situación política y no se juzga probable que las cosas evolucionen de manera análoga a lo que sucede en su país; la vida sigue por aquí su curso sin trastornos, excepción hecha de los desfiles que ocupan a la policía”.

En Viena, el 12 de febrero de 1934, estalla un alzamiento obrero que genera una represión sangrienta del ejército: el saldo es de entre mil quinientos y dos mil muertos y cinco mil heridos; ésa es la masacre que *deja a Freud indiferente*... En la revuelta, los socialdemócratas armados con pistolas ametralladoras se enfrentan a los disparos de artillería del ejército. El combate dura treinta y seis horas. Un puente ferroviario es dinamitado para impedir el avance de un tren blindado que acude a sofocar la rebelión. La soldadesca de Dollfuss utiliza gases y recurre a la aviación. La represión es terrible. Los tribunales de excepción sustancian juicios sumarios y dictan penas capitales. Los obreros condenados mueren en la horca. En una carta enviada el 5 de marzo de 1934 a Hilda Doolittle, Freud señala que la represión se ha abatido sobre los bolcheviques —¡socialdemócratas, a decir verdad!—, lo cual tampoco lo molesta porque, según propia confesión, no espera nada bueno de ese lado del espectro político.

¿Qué dicen los biógrafos de esas tomas de posición política *claras y netas* de Freud? Se buscará en vano el nombre de Dollfuss en las mil quinientas páginas de la *Vida y obra de Sigmund Freud* firmada por Ernest Jones. En *Freud: una vida de nuestro tiempo*, Peter Gay habla ¡de “la neutralidad de Freud” (p. 684)! Por su parte, el biógrafo más reciente, Gérard Huber, escribe en *Si c’était Freud*, de 2009, que este último “espera que amaine el temporal frente al ‘fascismo específico y autóctono’ del canciller austriaco” (p. 786). Tampoco se encuentra mención del dictador fascista en el libro de Paul Roazen, a pesar de que su título es *Freud: su pensamiento político y social*.

El recuerdo mencionado de Paula Fichtl podría tomarse con pinzas si no lo corroboraran dos cartas enviadas por Freud a dos corresponsales en 1933 y 1934. Estos documentos muestran, en efecto, que la actividad policial de un régimen fascista visible en la calle lo deja indiferente, porque Freud constata que *la vida sigue su curso sin trastornos*; que la represión militar, bélica, brutal y sangrienta de una revuelta de socialdemócratas asimilados a bolcheviques, con artillería, gas, aviones y horcas no podría ser mala, porque impide algo mucho peor, a saber, la instauración de un régimen bolchevique, pese a que, como lo atestigua la historia, los socialdemócratas habrían constituido en el plano político una muralla contra el marxismo leninismo.

Los escritos breves freudianos están compuestos, entonces, de cartas. Pero también

de todo aquello en que Freud dejó estampada su firma. Así, una dedicatoria elogiosa a... Benito Mussolini. Éstos son los hechos: Edoardo Weiss, un psiquiatra que estudió medicina en Viena, es el único psicoanalista de Italia en la década de 1920 y fundó en su país una sociedad psicoanalítica y una revista de psicoanálisis. Se trata, pues, *del* psicoanalista italiano. En 1933, ante el caso de una paciente que se resiste a su análisis, pide a Freud autorización para presentársela. La mujer va a Viena, acompañada por su padre y su analista.

El padre de la joven, amigo de Mussolini, pide a Freud uno de sus libros con una dedicatoria para regalárselo al Duce a su regreso a Italia. Freud tiene setenta y siete años y disfruta de una reputación internacional. Puede decir que no: *dice que sí*. A partir de allí, debe elegir entre lo que considera su obra maestra, *La interpretación de los sueños*, o textos de lectura más fácil, como la *Psicopatología de la vida cotidiana* o *El chiste y su relación con lo inconsciente*. Es indudable que el carácter técnico de los trabajos sobre metapsicología o de *Más allá del principio de placer* los descarta como elecciones posibles. Escoge “¿Por qué la guerra?”, abre el librito y escribe estas palabras: “A Benito Mussolini, con el saludo respetuoso de un anciano que reconoce en la persona del dirigente a un héroe de la cultura. Viena, 26 de abril de 1933”. Y luego firma...

¿Quién es Benito Mussolini en 1933? En primer lugar, el sostén de la política fascista del canciller Dollfuss. A continuación, un dictador que conduce Italia con mano de hierro desde hace once años, con un programa fascista que en su mayor parte es similar al de Dollfuss: partido único, supresión de la oposición política, cacería de la izquierda, disolución de los partidos, nacionalismo exacerbado, persecución de los sindicalistas, violencia callejera de brutales milicias, asesinatos políticos, encarcelamientos arbitrarios, leyes que prohíben a los no fascistas ser funcionarios, censura de la prensa, derogación del derecho de huelga, corporativismo, operaciones militares en la cuenca mediterránea con un objetivo claramente imperialista, instrucción militar, intelectual y física de los niños de acuerdo con los principios fascistas, política natalista militante con impuestos a los solteros, subsidios a los nacimientos, prohibición del aborto y la contracepción, control de la radio. Eso es Mussolini el día de aquella firma funesta.

¿Qué dice la dedicatoria? Presenta un *saludo respetuoso*. Ahora bien, cualquiera sabe que, en un régimen fascista, el saludo equivale a un acto de acatamiento al dictador. Es inútil comentar el respeto, que también expresa una deferencia. Además, al dirigirse a la persona del Duce, la dedicatoria hace referencia a su función de dirigente asimilada a la de un *héroe de la cultura*. Sería vano buscar en esas palabras alguna ambigüedad, porque no la hay: el 26 de abril de 1933, en su consultorio de Berggasse 19, Viena, Sigmund Freud, de setenta y siete años, psicoanalista mundialmente conocido y en plena posesión de sus facultades, dedica un libro a un dictador fascista a quien saluda como un hombre de cultura...

El asunto no plantea duda alguna. ¿La prueba? Ernest Jones informa del hecho pero falsifica la dedicatoria. He citado la que se lee en el ejemplar conservado en los Archivos Nacionales de Roma. Ésta es la formulación escogida para la *Vida y obra de Sigmund Freud*: “De parte de un anciano que saluda en el dirigente a un héroe de la cultura”. ¿Por qué hacer desaparecer el carácter *respetuoso* del saludo? ¿Por qué

motivo quitar del medio el hecho de que Freud *reconozca* al dictador el estatus de hombre de cultura? Si no hay nada que ocultar, ¿por qué ocultar? Y disimular justamente lo más problemático... Ahora bien, hay tanto que ocultar en esta historia, que el propio Edoardo Weiss la cuenta en detalle a Ernest Jones y le pide explícitamente que no diga nada.

La hagiografía no puede ignorar la materialidad, la literalidad de ese texto. Para rehabilitar a su héroe, le bastará con trabajar en el sentido oculto, su significación profunda, su carácter simbólico —el contenido latente, diremos nosotros—, lo cual permitirá decir una vez más que esa dedicatoria de homenaje y respeto a Mussolini no puede ser una dedicatoria de homenaje y respeto a Mussolini, sino otra cosa que cuadre mejor con la leyenda y la postal del judío vienés liberal y progresista.

De modo que la más jesuítica de las retóricas se pone en funcionamiento para disimular la fechoría. *Primer argumento:* Freud era un aficionado a las antigüedades, un coleccionista de piezas de arte antiguo, amaba Roma y leía mucho sobre temas arqueológicos. Ahora bien, Mussolini amaba la Roma imperial que le servía de modelo. Es cierto. El saludo fascista procede de ella; la inscripción de la Roma fascista en el espíritu del autoritarismo cesarista, y más adelante la expedición bélica imperialista a África y otras mil cosas señalan la predilección del fascismo por la Roma antigua. Pero en las circunstancias de 1933, con Hitler en el poder desde cuatro meses atrás, presentar a Mussolini como un héroe de la cultura no significa tanto hacer de él un romano contemporáneo de Julio César como fascistizar toda la Antigüedad romana.

Segundo argumento: la obra completa de Freud da testimonio de un antifascismo visceral, se dice, por lo cual la dedicatoria no puede decir en el espíritu lo que dice en la letra. Pero ésta es una manera más de conformarse con la leyenda y la postal y negarse a leer lo que Freud escribe sobre las relaciones entre el jefe y la masa, la necesidad de que un caudillo contenga las pulsiones de las muchedumbres, el carácter inevitable del gran hombre en política y su parentesco con el padre de la horda primordial: léase o reléase *Psicología de las masas y análisis del yo*, e incluso *Tótem y tabú*, si no *El malestar en la cultura*. En el capítulo siguiente examinaré la desventurada compatibilidad entre muchas tesis freudianas y una política fascista.

Tercer argumento: la ironía, el guiño del viejo sabio que no elige por azar “¿Por qué la guerra?”, un texto que la leyenda presenta como un breviario de pacifismo. ¡Pero para afirmar tamaña tontería es menester no haberlo leído! Puesto que sus páginas ilustran el pesimismo cesarista del personaje a quien mucho le gustaría, de hecho, que la guerra desapareciese, pero que conoce la inutilidad de su protesta, porque no duda —toda su obra es un testimonio en ese sentido— de que jamás se pondrá fin a la pulsión de muerte, el deseo de agresividad, el odio mortal de los hombres entre sí, y por ello es razonable imaginar otra cosa que la desaparición de la guerra en el planeta: o bien confiar en el gran hombre, el *héroe de la cultura*, para esculpir esa energía negra, o bien poner a mal tiempo buena cara, esto es, avenirse al eterno retorno de las guerras.

“¿Por qué la guerra?” es el resultado de un encargo hecho por el Comité de Artes y Letras de la Sociedad de Naciones, que promovía un intercambio epistolar entre Sigmund Freud y Albert Einstein sobre el tema. En consecuencia, la crítica olvida de

ordinario que si el texto pasa por ser un elogio del pacifismo, es exclusivamente a raíz de la parte escrita por Einstein, que era un sincero pacifista y un activo defensor del desarme. Fue el físico quien alentó la presencia de Freud en el papel de interlocutor, un papel que a éste no le gustaba mucho, porque no le permitía ocupar el primer plano.

El 8 de septiembre de 1932 escribe a Eitingon (a quien obsequia, además, un magnífico lapsus) que ha terminado “la tediosa y estéril discusión con [tachado: Eitingon...] Einstein (¡espero que no vea nada degradante en esta inversión!)”. Siempre ciego a la viga que tiene en el ojo, Freud cree probablemente que Eitingon se sentirá halagado al ser confundido con Einstein, pero aclaremos que el contexto es un intercambio epistolar presentado algunas líneas antes como un “castigo”.

En una carta escrita a Jeanne Lampl-de Groot, el 10 de febrero de 1933, Freud da su opinión sobre las tesis pacifistas de Albert Einstein contenidas en dicho intercambio. Se trata, escribe, de “tonterías”. Por lo tanto, habrá que distinguir con claridad dos registros en “¿Por qué la guerra?”. *Por un lado*: un Einstein evidentemente deseoso de encontrar la manera de hacer la paz, para lo cual propone invitar a los Estados a renunciar a una parte de su soberanía con el fin de constituir un organismo internacional en condiciones de impedir las guerras, en otras palabras, una Sociedad de Naciones dotada de los medios prácticos para hacer realidad su teoría; un Einstein desolado por la existencia de mercaderes de armas que prosperan sin que los Estados jamás los inquieten; un Einstein que denuncia la propaganda ideológica de los Estados que, con una prensa, una escuela y una Iglesia a sus órdenes, embrutece a los pueblos y los envían al combate; un Einstein que no ignora la existencia en el hombre de pasiones agresivas y pulsiones de muerte, pero que fustiga a los dictadores que dan lustre a la “psicosis colectiva” (XIX, p. 67) [XXII, p. 185], y un Einstein que considera que también es guerra la “persecución de minorías raciales” (XIX, p. 68) [XXII, p. 186], en suma, un Einstein que recita *tonterías*, *dixit* Freud.

Y, *por otro lado*, el registro de Freud. Einstein le hace una pregunta clara: “¿Hay algún camino para evitar a la humanidad los estragos de la guerra?” (XIX, p. 66) [XXII, p. 183]. La respuesta se hace esperar mucho; el tiempo de espera se consagra a llenar esta carta fechada en septiembre de 1932 con consideraciones convencionales sobre la violencia, el vigor muscular y el derecho del más fuerte, las relaciones entre las herramientas y las armas, la transferencia de la violencia a una autoridad superior, es decir, el banal contrato social. Cortés, Freud dedica algunas líneas a celebrar a la potencia invitante, o sea la federación internacional que manejaría los conflictos de intereses. Luego elogia algunas guerras que “contribuyeron a la trasmutación de violencia en derecho, pues produjeron unidades mayores dentro de las cuales cesaba la posibilidad de emplear la violencia y un nuevo orden de derecho zanjaba los conflictos” (XIX, p. 73) [XXII, pp. 190-191]. En rigor, por tanto, no hay una posición pacifista en esta justificación de la guerra para reemplazar la violencia tribal por la violencia de Estado y legitimar que se califique de derecho la fuerza que suprime todas las otras. Puesto que el hecho de zanjar los conflictos mediante la violencia estatal desplaza la guerra pero no la elimina. *Estas líneas no podían disgustar a Mussolini...*

Pero la respuesta llega al final de la carta: “¿Por qué nos sublevamos tanto contra

la guerra, usted y yo y tantos otros? ¿Por qué no la admitimos como una de las tantas penosas calamidades de la vida? Es que ella parece acorde a la naturaleza, bien fundada biológicamente y apenas evitable en la práctica” (XIX, p. 79) [XXII, p. 196]. Y también, un poco más adelante: “Es discutible que la comunidad no deba tener también un derecho sobre la vida del individuo; no es posible condenar todas las clases de guerra por igual; mientras existan reinos y naciones dispuestos a la aniquilación despiadada de otros, éstos tienen que estar armados para la guerra” (*ibid.*) [XXII, p. 197].

En consecuencia: la lucidez y el pragmatismo nos obligan a concluir que la guerra es una necesidad cruel de la vida; que está biológicamente fundada; que es casi inevitable; que la comunidad tiene derechos sobre los individuos que la constituyen; que no todas las guerras son malas en sí mismas; que hay que aceptarlas; que el desarme es una utopía, una quimera, y que es menester estar armado mientras otros lo estén, es decir, siempre. Ciertamente, es preciso querer la paz, desear el fin de la guerra, educar, invertir en la cultura que aparta de la agresividad, pero ¿quién educará, y cómo? La solución freudiana no escandalizaría a Mussolini: Freud estima, en efecto, que hay que instruir a una élite para dirigir a las masas. Tal es la solución al problema de la guerra: un elitismo aristocrático con el objeto de educar a las masas en la renuncia pulsional.

Esta posición constituye la *utopía política freudiana*, y, por más que lo lamentemos, no deja de recordar el programa fascista. Puede entenderse así que Freud ofrezca “¿Por qué la guerra?” a Mussolini no como un Diógenes irónico que se burla del hombre de poder, sino como un filósofo platónico consejero del príncipe. Leamos:

Debería ponerse mayor cuidado que hasta ahora en la educación de un estamento superior de hombres de pensamiento autónomo, que no puedan ser amedrentados y luchen por la verdad, sobre quienes recaería la conducción de las masas heterónomas. No hace falta demostrar que los abusos de los poderes del Estado y la prohibición de pensar decretada por la Iglesia no favorecen una generación así. Lo ideal sería, desde luego, una comunidad de hombres que hubieran sometido su vida pulsional a la dictadura [*sic*] de la razón. Ninguna otra cosa sería capaz de producir una unión más perfecta y resistente entre los hombres, aun renunciando a las ligazones de sentimiento entre ellos. Pero con muchísima probabilidad es una esperanza utópica. Las otras vías de estorbo indirecto de la guerra son por cierto más transitables, pero no prometen un éxito rápido. No se piensa de buena gana en molinos de tan lenta molienda que uno podría morir de hambre antes de recibir la harina (XIX, p. 79) [XXII, p. 196].

¿A qué se refiere Freud cuando reprueba la crítica de la Iglesia a ese proyecto de educación de un *estamento superior de hombres*? Aunque no se mencione, podemos imaginar una referencia discreta a la lucha que enfrentó al fascismo mussoliniano y la Iglesia Católica, Apostólica y Romana que, fiel a su mensaje universalista e igualitario en los papeles, combatió el proyecto nacionalista y desigual de Benito Mussolini, que aspiraba a la creación de un “nuevo italiano”. Como se sabe, esa lucha feroz terminaría por resolverse con la firma, el 11 de febrero de 1929, de los acuerdos de Letrán, es decir, del concordato.

Tal cual lo testimonian las publicaciones, en política Freud se instala pues en posiciones *públicas* anticomunistas, antibolcheviques, antisocialistas, antisocialdemócratas, mientras que, de manera exclusivamente *privada* —la correspondencia lo demuestra—, se muestra favorable a las tesis del austrofascismo

de Dollfuss y el fascismo de Mussolini. Por eso defiende concepciones francamente desigualitarias si no raciales, por no decir racistas. ¿Cómo entender, de lo contrario, la siguiente frase, siempre de “¿Por qué la guerra?”: “Ya hoy las razas incultas y los estratos rezagados de la población se multiplican con mayor intensidad que los de elevada cultura” (XIX, pp. 80-81) [XXII, p. 197]? Sería vano buscar en la pluma de Einstein el equivalente de semejantes villanías.

“¿Por qué la guerra?” podía, por tanto, complacer a Mussolini con dedicatoria o sin ella, y no contribuir a su edificación intelectual, filosófica y moral en el sentido pacifista, como lo enseña la vulgata para alimentar el mito de un Freud judío liberal, moderado, pensador de la Ilustración, fermento de progresismo social, ético y cultural. ¿Qué hacer, entonces, con las espantosas tesis políticas contenidas en esa carta de trece páginas impresas: la pulsión de muerte en el origen de la guerra desaparecerá con el fin del último hombre; la guerra es pues una necesidad inevitable de la naturaleza; no queda por ello sino avenirse a esta evidencia pulsional; algunas guerras instauran el derecho por la fuerza, lo cual sería una manera adecuada de terminar con la fuerza del derecho, una idea que, como es obvio, se apoya en un grosero paralogismo; el ideal sería una sociedad elitista con un puñado de hombres superiores como dirigentes de las masas, lo cual tendría el mérito de invertir el actual movimiento de multiplicación de las “razas” incultas en detrimento de las “razas” de elevada cultura?

Al leer estas páginas pasmosas de Freud, podemos comprender que éste calificara de “tonterías” las tesis pacifistas de Einstein. Y que no hubiera elegido por casualidad “¿Por qué la guerra?” como regalo al héroe de la cultura que era el dictador italiano desde hacía más de diez años. De igual modo, la dedicatoria no aparece como un error, el rasgo de ironía de un viejo sabio con referencia a un tirano a quien era preciso educar, sino como el real homenaje respetuoso de un hombre cuyas tesis psicoanalíticas, diseminadas en la obra completa, no invalidan la dedicatoria. Muy por el contrario...

6. EL SUPERHOMBRE FREUDIANO Y LA HORDA PRIMORDIAL

“Todos los individuos deben ser iguales entre sí, pero todos quieren ser gobernados por uno. [...] El ser humano es un animal de horda, el miembro de una horda dirigida por un jefe.”

SIGMUND FREUD, *Psicología de las masas y análisis del yo* (XVI, p. 60) [XVIII, p. 115]

La hagiografía sólo da crédito a los textos debidamente publicados por Freud. Por eso, grandes mofas frente a los recuerdos de una vieja doméstica que revela que el maestro confesaba cierta simpatía por el régimen austrofascista de Dollfuss; soberano desdén por una dedicatoria reducida al rango de anécdota en la cual el héroe vienés pasa por un esteta irónico, un viejo sabio socrático que se burla del dictador italiano al vestirlo con el atuendo, demasiado holgado para él, de héroe de la cultura, y desconsideración del procedimiento consistente en atribuir tanto valor a una carta privada como a una publicación oficial, una actitud asimilada a la exploración de cubos de basura, aun cuando la correspondencia aparezca en las colecciones de “psicoanálisis” de grandes editoriales.

Aceptemos entonces las reglas del juego y abordemos la cuestión de la compatibilidad del freudismo y el fascismo sobre la base exclusiva de los artículos de Freud aparecidos en revistas con anterioridad a su muerte y los libros expresamente publicados por editoriales autorizadas por él. Dejemos de lado los comentarios de actualidad, las palabras dichas al acaso y recuperadas por oyentes que las refieren con imprudencia, los juicios rápidos sobre los sucesos de la hora, las opiniones de un día emitidas bajo el signo de lo actual, las declaraciones del momento motivadas por un interlocutor, la coyuntura, la circunstancia, la ocasión. Veamos pues la obra, abordemos el monumento.

“¿Por qué la guerra?” se ocupa del tema del bolchevismo:

Dicen que en comarcas dichosas de la Tierra, donde la naturaleza brinda con prodigalidad al hombre todo cuanto le hace falta, existen stirpes cuya vida transcurre en la mansedumbre y desconocen la compulsión y la agresión. Difícil me resulta creerlo, me gustaría averiguar más acerca de esos dichosos. También los bolcheviques esperan hacer desaparecer la agresión entre los hombres asegurándoles la satisfacción de sus necesidades materiales y, en lo demás, estableciendo la igualdad entre los participantes de la comunidad. Yo lo considero una ilusión (XIX, p. 78) [XXII, p. 195].

Freud señala que, mientras esperan esa hora dichosa, los bolcheviques armados hasta los dientes construyen la cohesión de su grupo a través del odio a todo lo que es ajeno a él. ¿Dicha, superabundancia, prosperidad, mansedumbre, abolición de la coacción, desaparición de la agresividad, construcción de la igualdad por la revolución marxista? Freud no cree ni un segundo en ello. Mussolini tampoco.

Las *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* también se refieren a la cuestión del bolchevismo. Freud acepta el determinismo propuesto por la doctrina marxista: de hecho, la infraestructura económica puede condicionar la superestructura ideológica, puesto que, como el pensamiento de Marx, la filosofía de Freud enseña que la libertad, el libre albedrío, la conciencia de un sujeto libre y autónomo, la posibilidad de que un individuo se imagine inmune a toda influencia, constituyen increíbles ficciones metafísicas. En su negación de la autonomía, Marx y Freud libran un combate similar en el mismo campo ontológico. Así es: tanto para uno como para otro el hombre es un efecto y no una causa, aquí de sus pulsiones libidinales y su vida psíquica, allí de las condiciones de la producción económica. Pero la camaradería no va mucho más allá de esas premisas metafísicas.

Los caminos, en efecto, se separan cuando Freud puntualiza que las meras condiciones económicas no bastan para explicar la alienación de los hombres. También hay que contar con las “mociones pulsionales” y un indefectible “placer de agredir” (XIX, p. 264) [XXII, p. 165]: el optimismo de Marx supone que la revolución proletaria ha de abolir un modo económico y luego hará realidad la apropiación colectiva de los medios de producción, y por lo tanto suprimirá la alienación; el pesimismo de Freud impide imaginar el fin de la pulsión de muerte y del tropismo natural de los hombres a hacerse la guerra. El bolchevismo parte de un análisis a medias correcto, pero deduce conclusiones falsas; el psicoanálisis parte de bases más justas y llega a certezas inmutables...

Freud prosigue su análisis y afirma que, encarnado en el bolchevismo, el marxismo se ha convertido en una especie de religión científica y tecnológica cuya crítica está prohibida: “Las obras de Marx han reemplazado a la Biblia y al Corán como fuentes de una Revelación, aunque no pueden estar más exentas de contradicciones y oscuridades que aquellos viejos libros sagrados” (XIX, p. 265) [XXII, p. 166]. El marxismo reivindica su pertenencia al materialismo y critica las ilusiones del idealismo, pero no por eso deja de ser víctima de las ilusiones, en especial la más importante de todas, consistente en imaginar una humanidad futura dichosa y pacificada en la cual los hombres han de vivir imbuidos de amor y fraternidad.

En consecuencia, el optimismo marxista está, desde un punto de vista ontológico, en las antípodas del pesimismo freudiano: cuando se lo coteja con la idea de un progreso de la humanidad (la línea de fuerza de toda filosofía de la Ilustración, pues no existe *Aufklärung* pesimista), el pensamiento trágico de Freud se transforma en visión del mundo de estirpe antifilosófica, en el sentido dado a la antifilosofía en ese final del siglo XVIII, esto es, en doctrina construida sobre el basamento ontológico del mal radical, una suerte de pecado original, una prehistoria sombría emparentada con la herencia filogenética del asesinato del padre de la horda primordial.

Freud destaca la amplia y notoria distancia entre esa afirmación de un futuro pacificado y la realidad de un presente en contradicción con esos fines: la URSS, en efecto, está armada hasta los dientes, es belicosa, está pronta a la agresión, transforma en enemigos a quienes son ajenos a ella, exagera los odios entre propietarios y desposeídos, alimenta el resentimiento de los pobres contra los ricos. El bolchevismo funciona como una religión: exige sacrificios, sufrimientos y privaciones aquí y ahora en nombre de una hipotética dicha en un más allá muy lejano. Hoy, sangre y

lágrimas; pasado mañana, felicidad y dicha para todos.

Esta condena del totalitarismo soviético podría hacer de Freud un precursor lúcido del juicio sobre los fascismos europeos. Veremos que no hay nada de eso... Las *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* datan de 1932 y se publicarán en 1933, año de la llegada de Hitler al poder. Ese texto muestra sin ninguna duda posible a un pensador político muy sagaz cuando se trata de aplicar su espíritu crítico al marxismo, la Revolución Rusa, el bolchevismo, el totalitarismo soviético. Retomados en *El malestar en la cultura*, esos planteamientos desbaratan por completo la tesis de un Freud apolítico.

En *El malestar...* ya encontrábamos esa crítica meditada de la ontología soviética. El marxismo leninismo se equivoca, por tanto, en lo referido a la *cuestión de la teleología optimista*, pero comete asimismo un error con su *teoría de la desigualdad social*: Freud no cree que la desigualdad entre los hombres obedezca a una mala distribución política, económica y por ende cultural entre ellos. A su entender, esa desigualdad es natural y jamás podrá hacerse nada para remediarla.

Con ello, una revolución proletaria, una apropiación colectiva de los medios de producción, un nuevo reparto de las riquezas, una nueva administración de los bienes de consumo a cargo del sóviet: una política de izquierda, para decirlo con todas las letras, constituye a sus ojos una utopía. La magia de una dictadura del proletariado jamás realizará la paz social, la armonía entre los hombres, la dicha de la humanidad.

En efecto, la agresividad de los hombres no depende de una cultura susceptible de ser corregida, sino de una naturaleza incorregible: los hombres están hechos así, la pulsión de muerte no tiene nada que ver con el modo de producción capitalista de las riquezas, no desaparecerá como por encanto gracias a un cambio político, sino que procede del fondo pulsional de cada quien. Mientras haya seres humanos habrá guerras, asesinatos, crímenes, homicidios, violencias, brutalidades, agresividad, explotación. La revolución nunca borraré las desigualdades.

Por ejemplo: podemos imaginar todas las revoluciones posibles e imaginables, nada impedirá jamás las desigualdades en el ámbito sexual. ¿Qué harán los bolcheviques una vez exterminados todos los burgueses so pretexto de suprimir las desigualdades sociales, cuando se vean en la necesidad de abordar el problema claramente más insoluble de las desigualdades sexuales? ¿Qué hacer ante la disparidad pulsional natural entre los hombres? Lo social no lo es todo, tampoco lo político; por el contrario, lo que persiste cuando se cree haberlo resuelto todo es el problema de las pulsiones.

En contraste, Freud rescata una cosa en la aventura bolchevique: que hace posible *el nacimiento de grandes hombres*. Con referencia a 1917, y después de haber sido tan negativo con respecto al carácter de esa revolución, escribe:

Hay también hombres de acción, inmovibles en sus opiniones, inaccesibles a la duda, insensibles para los sufrimientos de los demás cuando están en juego sus propósitos. A tales hombres debemos que, de hecho, se haya realizado ahora en Rusia el ensayo grandioso de un orden nuevo de esa índole. En una época en que grandes naciones proclaman esperar su salvación de la sola reafirmación de la piedad cristiana, la revolución en Rusia —a pesar de sus desagradables detalles— produce el efecto del Evangelio de un futuro mejor (XIX, p. 267) [XXII, p. 167].

Escalofríos garantizados...

Aquí vemos, pues, asomar el optimismo político freudiano: la Revolución bolchevique da origen a hombres de acción, caracteres insensibles a los otros, tipos y temperamentos indiferentes a la piedad cristiana, personas porfiadas y firmes en sus convicciones, individuos que —se ha leído bien— constituyen otras tantas esperanzas de un porvenir mejor. Cuando Freud publica este texto, la trigésimo quinta de las *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*, el Kremlin alberga a un tal Iósif Dzhugashvili, llamado Stalin.

Freud, lo hemos visto en el caso de la dedicatoria a Mussolini, piensa la historia como discípulo de Burckhardt o Hegel: por un lado, la masa inculta, irremediabilmente presa de sus pulsiones y animada por el instinto, y por otro, el escultor de esas fuerzas oscuras encarnado en una gran figura. Tal es la verdad de la historia. Una vez más, tampoco en este punto se muestra Freud como filósofo de la Ilustración, es decir partidario de una soberanía popular encarnada en la democracia, sino como pensador de la antifilosofía que asocia el poder a la figura única del hombre que lo personifica: ayer el rey, hoy, al menos en su hoy... el *dictador*.

Esta frase está, en efecto, en consonancia con el análisis elaborado en *Psicología de las masas y análisis del yo*, un texto aparecido en agosto de 1921. En el capítulo que interesa a nuestro objetivo político, “La masa y la horda primordial”, Freud retoma las grandes tesis de *Tótem y tabú* sobre la horda primordial y el asesinato del padre como matriz de la masa y el jefe, la muchedumbre y su guía. ¿En qué consiste la psicología de la horda? Esta materia humana en fusión supone la desaparición de la personalidad individual consciente. Los sentimientos y pensamientos se orientan en las mismas direcciones. Priman la afectividad y lo anímico inconsciente. Las intenciones emergentes ignoran la postergación, quieren su satisfacción aquí y ahora.

¿Qué pasa con el jefe de la horda? Es libre. Sus actos intelectuales son fuertes e independientes. Su voluntad no tiene necesidad alguna de la voluntad de los otros. Su yo está poco ligado desde un punto de vista libidinal: “No amaba a nadie fuera de sí mismo, y amaba a los otros sólo en la medida en que servían a sus necesidades. Su yo no daba a los objetos nada en exceso” (XVI, p. 63) [XVIII, p. 117]. La comparación de ese retrato con el que las *Nuevas conferencias*... ofrecen del gran hombre producido por la Revolución bolchevique no carece de interés: el padre de la horda primordial, el revolucionario marxista leninista, pero también el canciller Dollfuss, iniciador del austrofascismo, o Benito Mussolini, el Duce italiano, si no Stalin, el dictador del Kremlin, participan de una misma lógica: ¡la del superhombre de Nietzsche!

En efecto, con el desconocimiento más acabado de la naturaleza ontológica de la figura del superhombre nietzscheano, Freud incorpora al superhombre a su propia causa, un tropismo corriente en los medios fascistas y autoritarios de la época. Una simple lectura de *Así habló Zaratustra* muestra que el superhombre designa al individuo que conoce la naturaleza trágica de lo real, porque ha comprendido el mecanismo del eterno retorno de las cosas bajo el signo de lo mismo; en consecuencia, emancipado de la cuestión del libre albedrío, cuyo carácter ilusorio no ignora, comprende que no hay otra solución que admitir esa tragedia, amarla, y accede con ello a la alegría. Ése es, en *Nietzsche*, el documento de identidad del superhombre.

¿Y en Freud? El superhombre nietzscheano exhibe una exacta coincidencia con el jefe de la horda primordial:

En los albores de la historia humana él fue el superhombre que Nietzsche esperaba del futuro. Todavía hoy los individuos de la masa han menester del espejismo de que su conductor los ama de manera igual y justa; pero al conductor mismo no le hace falta amar a ningún otro, puede ser de naturaleza señorial, absolutamente narcisista, pero seguro de sí y autónomo (XVI, p. 63) [XVIII, p. 118].

Tal es pues el superhombre freudiano: un padre primordial, el padre de los padres, que no ama nada ni a nadie, salvo a sí mismo. Celoso, intolerante, dueño de todas las hembras, autócrata que prohíbe a sus hijos el acceso a las mujeres e inhibe a la masa al vedar toda relación sentimental, ese superhombre freudiano, el padre de la horda primordial, crea por tanto la psicología de las masas. En el transcurso de su análisis, que no ocupa más de una página, Freud pasa imperceptiblemente del *padre de la horda primordial* al *superhombre nietzscheano* y luego a los *reyes*, para terminar en los *jefes*.

A la vista de ese jefe, la muchedumbre siente una atracción magnética: su fuerza genera un poder hipnótico. Ahora bien, el hipnotizador despierta en el sujeto “una porción de su herencia arcaica” (XVI, p. 66) [XVIII, p. 121], y todos hemos conservado la facultad particular de dar nueva vida en nosotros mismos a esos fragmentos más sombríos y antiguos.

El conductor de la masa sigue siendo el temido padre primordial; la masa quiere siempre ser gobernada por un poder irrestricto, tiene un ansia extrema de autoridad: según la expresión de Le Bon, sed de sometimiento. El padre primordial es el ideal de la masa, que gobierna al yo en remplazo del ideal del yo (XVI, p. 67.) [XVIII, p. 121].

Para diferenciarse de los análisis de Ferenczi, Freud explica que, en la hipnosis, se invita al sujeto a dormir. De ese modo, “el hipnotizador ocup[a] el lugar de los padres” (XVI, p. 66) [XVIII, p. 121]. Si se trata de la madre, nos encontramos en la situación del apaciguamiento por el halago; de tratarse del padre, en la de la amenaza. En la hipnosis se pide desinvertirse por completo del mundo para concentrarse en la persona que aspira al sueño. Anonadar lo real y presentificar al hipnotizador: en eso consiste el mecanismo de la operación. Así se devela el esquema en el cual se ve el individuo integrante de una masa ante la presencia de un jefe: hace una regresión, vuelve a ponerse en el pellejo de un hijo que obedece a su padre.

Tal es, en consecuencia, la clave de la política freudiana: el mundo se divide entre la horda primordial y el padre, la masa y el jefe, la muchedumbre y el superhombre, el grupo y el caudillo, el pueblo y el gran hombre. Salgamos de la ontología, extrapolemos y entremos luego en la historia contemporánea de Sigmund Freud: encontraremos entonces la separación entre los austriacos y el canciller Dollfuss, los italianos y el Duce, los alemanes y el Führer, otras tantas encarnaciones del esquema ideal freudiano.

La masa es bárbara, intolerante, brutal; sólo respeta la fuerza; quiere ser dominada; aspira a temer a un amo; es conservadora; en ella desaparecen las inhibiciones, y también las contradicciones; ignora la verdad; está sometida a la sugestión; es influenciable y crédula; sus sentimientos son simples y exuberantes; la excitan

estímulos excesivos; se burla de la lógica; siempre debe repetírsele lo mismo; al no respetar más que la fuerza, no se deja influenciar por la bondad; exige que sus héroes sean fuertes; su alma es el alma de los primitivos; está sujeta a la potencia mágica de las palabras con las cuales se la puede apaciguar o excitar; atesora muy particularmente las ilusiones, y se pone bajo la autoridad de uno solo, cuyo prestigio paraliza la crítica o la capacidad de reflexionar libremente.

Ésta es la realidad pensada por Freud tras las huellas de Gustave Le Bon. Más allá del bien y del mal, sin interés en reír o llorar, pero con el deseo de comprender, aquél describe un real que, según afirma, es ahistórico: desde los comienzos de la humanidad, las cosas existen de conformidad con ese orden; son así cuando él escribe su texto y despliega los argumentos de su análisis, y seguirán siéndolo después, y mucho tiempo aún, mientras persistan los hombres, ya que Freud cree en la verdad trascendental de sus afirmaciones.

Ahora bien, esa posición ontológica, metafísica, hace definitivamente imposible una política optimista. En el siglo XVIII, la antifilosofía suponía una colusión entre pesimismo trágico y política autoritaria, en la época, el drama del pecado original y la necesidad de una monarquía de derecho divino; en tiempos de Freud, la fatalidad de la pulsión de muerte y la necesidad de una figura de jefe carismático capaz de imponer con éxito el enderezamiento de esa pulsión mediante una política adecuada.

Resumamos: las masas son informes, necesitan un jefe en condiciones de conducirlos; la pulsión de muerte es natural y no cabe imaginar su erradicación; la sociedad no tiene que ser hedonista, debe apuntar a la homeostasis del grupo; el hombre es naturalmente malo y ninguna revolución podría hacerlo bueno; la desigualdad no depende de una economía o una historia sobre las cuales se pueda actuar, sino de la naturaleza, contra la cual no se puede hacer nada; lo ideal sería una élite educada para dirigir a los hombres; la guerra es inevitable y lo razonable es hacerse a la idea de que siempre habrá que contar con ella; el marxismo leninismo se equivoca en sus fundamentos ontológicos y su teleología optimista, pero, de todos modos, el bolchevismo deja entrever una esperanza con su cosecha de grandes hombres asimilados a superhombres brutales y sin vergüenza con los cuales es posible conducir a las masas.

Habíamos dejado pues a Freud cuando, en 1933, interpelaba al gran hombre de cultura en Mussolini, y junto al canciller Dollfuss en 1934. Ahora, el 2 de marzo de 1937, escribe a Ernest Jones: “La situación política parece oscurecerse cada vez más. Tal vez no haya manera de poner dique a la invasión nazi y su cortejo de desventuras para el psicoanálisis, como para todo lo demás... Por desdicha, el único protector que hemos tenido hasta el momento, Mussolini, parece dejar las manos libres a Alemania”. Es forzoso constatar, por tanto, que en esa fecha Freud sigue considerando a Mussolini como un recurso...

Entre la dedicatoria y esta carta a Jones, el Duce ha cometido crímenes de guerra en Etiopía, donde utilizó armas químicas contra la población civil abisinia; ha hecho bombardear *ex profeso* hospitales y masacrar civiles —entre ellos centenares de monjes coptos—, y ha firmado acuerdos con Adolf Hitler a fin de enviar tropas a unirse al bando franquista en la Guerra Civil española. Pero no importa, Freud no

escribe una palabra contra él, y buscaremos en vano análisis del fascismo que puedan constituir la contraparte de su crítica del marxismo leninismo y el bolchevismo.

No cabe duda de que, en cuanto judío, Sigmund Freud no puede rescatar nada del nacionalsocialismo. En cambio, el cesarismo autoritario de Mussolini y el austrofascismo de Dollfuss ilustran a las mil maravillas las tesis de *Psicología de las masas y análisis del yo*: “El ser humano es un animal de horda, el miembro de una horda dirigida por un jefe” (XVI, p. 60) [XVIII, p. 115]. Para marcharse de Austria tras la invasión del ejército nazi de Hitler, Freud solicita la intervención de Edoardo Weiss, el amigo de Mussolini que había pedido la dedicatoria, para obtener del dictador italiano un visado de salida. El “héroe de la cultura” no se digna a responder.

En ese momento, y sólo en ese momento de la vida de Freud, podemos descubrir en *Moisés y la religión monoteísta* estas frases, que nos habría gustado leer dieciséis años antes: “Con parecida violencia [a la de la Rusia soviética], el pueblo italiano es educado para el orden y el sentimiento del deber” (p. 76) [XXIII, p. 52]. Lo cierto es que, algunas líneas antes, el mismo Freud escribe que “la institución de la Iglesia Católica opone una vigorosa defensa contra la difusión de aquel peligro cultural [el peligro nazi]. ¡Ella, hasta ahora la acérrima enemiga de la libertad de pensamiento y del progreso hacia el discernimiento de la verdad!” (p. 76) [XXIII, p. 53]. Un segundo prólogo redactado en Londres en junio de 1938 volverá a esta idea de una Iglesia resistente para invalidar lo antedicho. En *Vida y obra de Sigmund Freud*, Ernest Jones dirá, en el colmo de la ironía, que Freud era “un mal conocedor de los hombres” (vol. 2, p. 436)...

Fue quizás a causa de esa falta de psicología que Freud no excluyó la posibilidad de seguir viviendo y trabajando en una Austria nazificada. Pese al exilio de una gran cantidad de analistas judíos que huyen del Reich nacionalsocialista porque saben hasta qué punto arriesgan el pellejo, Freud no cree que puedan atacarlo: se estima demasiado célebre... Sus dos hijos han tomado el camino del exilio. El 10 de mayo de 1933 se organiza un inmenso auto de fe en el cual se queman libros de autores de izquierda, socialdemócratas, demócratas, marxistas y judíos. Entre muchas figuras ilustres de la literatura, la filosofía, el pensamiento, la ciencia y el psicoanálisis, encontramos a Einstein y Freud. Pero el nazismo, si bien condena a esos hombres *porque son judíos*, no hace otro tanto ni con la teoría física de la relatividad ni con la doctrina freudiana del psicoanálisis.

Ya en enero de 1933, Ernest Jones, el fiel amigo inglés, aunque obligado a renunciar a su cargo en el Instituto de Psicoanálisis de Berlín por psicoanalistas no judíos, planea postular a Felix Boehm, otro analista no judío, a la cabeza de la entidad para “favorecer una política de colaboración con el nuevo régimen”, según escribe Élisabeth Roudinesco en *Retour sur la question juive* (p. 136). En 1935, el mismo Jones, presidente de la Sociedad Psicoanalítica Británica, biógrafo de Freud, fundador de la Asociación Psicoanalítica Norteamericana y presidente de la Asociación Psicoanalítica Internacional, acepta presidir en Berlín la sesión de la Sociedad Psicoanalítica Alemana en la que los judíos son forzados a renunciar.

La estrategia de colaboración de las instancias oficiales del psicoanálisis con el régimen nacionalsocialista había sido decidida por Freud, según lo testimonia la

correspondencia con Max Eitingon, también judío. Una primera carta del psicoanalista ruso lo interroga francamente el 19 de marzo de 1933. ¿Qué hacer con el Instituto de Berlín? ¿Cómo prepararse para el destino que probablemente vaya a reservársele? Respuesta de Freud en tres tiempos: antes de entrar en detalles, aclara que la cuestión no es de actualidad, pero que podría resolverse así: en caso de una prohibición del psicoanálisis o de una clausura administrativa, aguantar hasta que el barco se hunda; en la hipótesis de que el Instituto se salve, pero con el apartamiento de Eitingon por ser judío, permanecer en Berlín y ejercer una influencia oficiosa, con el objetivo de mantener la entidad para asegurar su supervivencia, y en caso de que la institución persista, pero ahora con la hipótesis de que Eitingon deba abandonar la capital y dejar su lugar a un adversario ideológico de la disciplina freudiana, el buró de la Asociación Psicoanalítica Internacional tendría que descalificar al Instituto. La carta del 21 de marzo propone la línea a seguir: “querría sugerirle este principio: nada de provocaciones, pero aún menos de concesiones”. En su respuesta del 24 de marzo de 1933, Max Eitingon sugiere hacer lo necesario para que el Instituto quede en manos de un “indiferente”, una palabra que, para engañar a la censura, significa entonces *un no judío*. A lo cual agrega que no planea marcharse de Berlín, aunque a fines de ese mismo año se exilará en Palestina y morirá a raíz de una crisis cardíaca el día de su cumpleaños, a los sesenta y dos años.

Contrariamente a lo que a menudo se dijo, el psicoanálisis no fue perseguido como tal. Sí lo fueron los psicoanalistas judíos por ser judíos, pero de ningún modo por ser analistas. La creación de un Instituto Göring, así denominado por el primo del mariscal, permitió al psicoanálisis seguir existiendo bajo el Tercer Reich entre comienzos de 1936 y 1945, tal cual lo demuestra con minucia un libro de Geoffrey Cocks titulado *La Psychothérapie sous le III^e Reich*, una obra de historiador que prueba con muchos pormenores y una abundante documentación que, durante el régimen nacionalsocialista, “una instancia nazi facilitaba la supervivencia del psicoanálisis” (p. 21). La mujer de Matthias Göring se analizaba y su hijo seguía un análisis didáctico, prueba adicional, aunque anecdótica, de que el psicoanálisis no era *por esencia* un enemigo del nacionalsocialismo.

En una carta fechada el 17 de abril de 1933, Sigmund Freud informa a Eitingon de una reunión que ha tenido ese mismo día con Felix Boehm en Viena; en el correo que sigue, del 21 de abril, Eitingon cuenta a su vez en detalle su entrevista con el emisario del Reich sobre la cuestión de las relaciones entre psicoanálisis y nacionalsocialismo. De esa conversación se desprende que el psicoanálisis podrá seguir existiendo y que no se le declarará la guerra, si bien eso no excluirá la persecución de los psicoanalistas judíos a causa de su judeidad.

Constatemos que Sigmund Freud, Max Eitingon y Felix Boehm, el emisario de los nazis, se entienden sin inconveniente alguno para organizar, en julio de 1933, la separación de Wilhelm Reich, cuyas posiciones comunistas escandalizan a Anna Freud y su padre. En lo concerniente a esta exclusión de un psicoanalista judío y de izquierda por la maquinaria nazi, Freud escribe a Eitingon: “Lo deseo por motivos científicos, no tengo nada contra el hecho de que el asunto adopte un cariz político y le ofrezco todos los papeles de mártir que quiera” (17 de abril de 1933). Él había advertido: con el régimen nazi, nada de provocaciones y nada de concesiones.

¿Provocaciones? En realidad, no las hubo.

CONCLUSIÓN

UNA ILUSIÓN DIALÉCTICA

Al cabo de este análisis se impone un interrogante: si Freud fue en verdad un fabulador abrumado por un pesado *dossier*; si fue un filósofo que detestaba la filosofía para mejor desplegar su pensamiento en el solo marco filosófico; si muy pronto aborreció a los biógrafos porque sabía que esa ralea haría un día la historia de lo que él y sus amigos se afanaron en presentar bajo el signo de la leyenda; si su odisea fue la de un “aventurero”, según propia confidencia, dispuesto a todo para conseguir lo que reclama de manera obsesiva como un derecho: la celebridad y la riqueza, la gloria y la fama planetaria; si su pretensión de ser un científico legitimado por la clínica oculta la proposición subjetiva, personal y autobiográfica de una psicología literaria; si su gran pasión fue el incesto y amplió su fantasma al universo entero para soportar con mayor facilidad su augurio; si borró las pruebas del revoltijo teórico y clínico de su trayectoria para presentar su descubrimiento bajo la forma de un continuo científico lineal exclusivamente debido a su genio; si sus empresas de escritura autobiográfica, sobre todo la *Presentación autobiográfica* y la *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico*, fabrican esta versión feérica de un hombre genial que descubre por sí solo todo el continente virgen del inconsciente; si la clínica freudiana fue una corte de los milagros durante años, incluidos los del diván; si el psicoanalista falsificó a sabiendas los resultados clínicos a fin de disimular los fracasos de su dispositivo analítico; si el diván cura en la estricta medida del efecto placebo; si la epistemología freudiana procede de la mera afirmación performativa; si Freud recicló el viejo dualismo de la filosofía occidental, al oponer el cuerpo y el alma bajo la forma de plasma germinal fisiológico e inconsciente psíquico, y lo hizo con el objeto de descuidar el primero para mayor beneficio del segundo; si magnificó la causalidad mágica, especialmente mediante el uso de las facilidades simbólicas, en detrimento de toda razón razonable y razonante; si la aventura vienesa se conforma con encarnar, en su tiempo, y de acuerdo con los tropismos del momento, la vieja lógica chamánica de los hechiceros, los magos, los curanderos y los exorcistas; si el pesimismo de Freud le hace dar la espalda a la filosofía de la Ilustración y lo pone del lado de lo que en el siglo XVIII se llamaba antifilosofía; si, debido a ello, lo vemos sostener el cesarismo autoritario de Dollfuss o de Mussolini, y si se descubre en su obra materia ontológica para dar lugar a una falocracia misógina y homofóbica y no a una reflexión sobre la liberación sexual, ¿cómo explicar entonces el éxito de Freud, del freudismo y del psicoanálisis durante un siglo?

Es evidente que no hay una única respuesta a este interrogante, sino varias. Éstas son las más, y, desde luego, no agotan un tema que constituiría por sí solo una

continuación de esta obra. *Primera razón del éxito*: por primera vez, *Freud hace que el sexo entre en el pensamiento occidental* por la puerta grande, cuando la Europa cristiana lo reprime desde hace un milenio y produce un cuerpo neurótico al invitar a construirlo a imitación del cuerpo angélico de Jesús, el cuerpo supliciado de Cristo, el cuerpo virgen y madre (!) de María: otras tantas incitaciones a generar auténticos desórdenes psíquicos en condiciones de justificar una etiología sexual de las neurosis.

En este orden de ideas, el texto más revolucionario de Freud es sin disputa *Tres ensayos de teoría sexual*, porque instala francamente la sexualidad en la claridad del análisis filosófico. En efecto, la historia de la filosofía occidental en su versión dominante ha excluido concienzudamente el sexo. La historia de esa represión, la odisea de esa exclusión, la epopeya de ese apartamiento, la aventura de esa denegación constituyen por sí solas la materia de vastas enciclopedias: destrucción de la opción sensualista y materialista antigua en beneficio de la desmaterialización platónica de los cuerpos; desconsideración de la carne voluptuosa pagana en nombre del espíritu cristiano entregado por entero a la imitación del anticuerpo de Jesús o la carne supliciada del Cristo muerto; movilización de la mayor parte de la filosofía occidental en pos del mundo inteligible, la sustancia pensante y el registro nouménico en desmedro del mundo sensible, la sustancia extensa o el registro fenoménico; inscripción de la modernidad fenomenológica, estructuralista, neokantiana, en ese linaje tradicionalista: la sexualidad sigue siendo el gran no dicho del Occidente cristiano, *al que le da estructura...*

Cuando la sexualidad aparece en la historia de la filosofía, está liofilizada, modificada, transfigurada, teorizada, otras tantas maneras de excluir una vez más el cuerpo, la carne y el sexo. Surge asimismo bajo la forma de un retorno de lo reprimido, pero como negativo de la versión cristiana: por ejemplo en Sade y luego en Georges Bataille, esos dos neognósticos que piensan el cuerpo como cristianos invertidos, y por lo tanto como cristianos impenitentes. El parentesco entre *La leyenda dorada* de Jacobo de Vorágine, *Las 120 jornadas de Sodoma* del marqués de Sade y *Madame Edwarda* de Bataille es indiscutible.

Freud sigue la estela del Nietzsche que escribe en *Crepúsculo de los ídolos*: “No fue sino el cristianismo con su fondo de resentimiento *contra* la vida el que hizo de la sexualidad algo impuro: *enlodó* el comienzo, la condición primera de nuestra vida” (“Lo que debo a los antiguos”, § 4). Freud procura mirar la sexualidad de frente, sin intervención de la moral moralizadora. Piensa la libido más allá del bien y del mal, sin preocuparse por juzgar o condenar moralmente. En las antípodas de Sade o Bataille, no recupera el sexo para gozar de él de manera transgresora: el hecho de ser judío lo dispensa de las aberraciones católicas del marqués y su discípulo.

Tres ensayos de teoría sexual aparece en 1905, pero será constantemente reeditado y sufrirá modificaciones en 1910, 1915, 1920 y 1925. Los tres ensayos son “Las aberraciones sexuales”, “La sexualidad infantil” y “Las metamorfosis de la pubertad”. En ellos podemos conocer a niños que se masturban y se entregan a juegos sexuales con sus compañeros, criaturas que gozan al defecar, lactantes que sienten placer al chupar el pecho de su madre, homosexuales con su deseo, adolescentes onanistas, la bisexualidad de cualquier hijo de vecino, practicantes del cunnilingus y la sodomía, fetichistas del pie o el pelo, zoófilos, voyeuristas y exhibicionistas, sádicos y

masoquistas, si no otras fantasías sexuales, mujeres clitoridianas y mujeres vaginales, y todo sin juicios de valor, sin moral, sin condena. La anatomía del sexo a la luz fría de la lámpara cialítica de un filósofo. Piénsese el efecto que un libro de este calibre puede generar en el mundo del pensamiento de los primeros años del nuevo siglo. Hablar de sexo en una civilización que lo disimula de manera neurótica es asegurarse una audiencia fija.

Segunda razón de ese éxito: muy rápido y muy pronto, Freud comprendió que, al modo bélico y combatiente de san Pablo, había que poner al psicoanálisis en orden de marcha, y crear para ello una organización militante extremadamente jerarquizada, construida a la manera de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana. Los comités secretos, el uso de circulares sólo destinadas a los miembros de confianza, las asociaciones de elegidos, la unción del padre fundador, la trama, la red nacional, europea y luego internacional, la creación de sociedades, escuelas, revistas, editoriales especializadas, los congresos, la publicación de actas, todo eso hace del psicoanálisis *una disciplina que reivindica abiertamente la dominación universal, y se forja los medios para alcanzarla* al margen de toda moral.

Freud aceptó la organización jerárquica y piramidal de sus discípulos. El Comité Secreto —Rank, Ferenczi, Jones, Abraham, Eitingon y él mismo— funcionó durante once años, desde 1912, cuando Ernest Jones lo estableció, hasta agosto de 1923, fecha de la última reunión antes de su desaparición a causa de disensiones entre los miembros. Jones, entonces, confirma a Freud el 7 de agosto de 1912 la creación de “un pequeño grupo estrechamente solidario, encargado, como los paladines de Carlomagno, de defender el reino de su maestro y velar por la aplicación de su doctrina”. Desde los primeros intercambios sobre el tema, Freud, entusiasta, responde que “ese consejo secreto compuesto de los mejores y más dignos de confianza entre nuestros amigos” le permite imaginar la vida... y la muerte con más serenidad. La idea viene de una discusión entre Ferenczi y Jones, pero Freud se la apropia: “Usted dice que fue Ferenczi quien tuvo la idea, pero es posible que sea mía, formulada en tiempos mejores” (1 de agosto de 1912), ¡sobre todo en la época en que esperaba que una máquina de guerra de esas características fuera conducida por Jung!

El Comité Secreto permitía a los fieles ostentar un anillo con una piedra preciosa antigua y tallada engastada en él. Los discípulos más cercanos, más fieles, más adeptos a la causa, más celosos, recibían ese regalo del maestro, que significaba así su unción. La propia Anna recibió de su padre el famoso anillo de matrimonio simbólico en mayo de 1920. Lou Andreas-Salomé, la esposa de Ernest Jones, Dorothy Burlingham —la amante de su hija— y Marie Bonaparte, entre otras mujeres, también disfrutaron del derecho a tenerlo. Freud distinguía así no tanto a los apóstoles como a los evangelistas.

En cuanto a los apóstoles, cinco en un principio, ejercían su magisterio dentro de la Sociedad Psicoanalítica de los Miércoles. Desde el otoño de 1902, por iniciativa de Stekel (cuyo nombre sería más adelante olvidado por Freud, a raíz de haberse disgustado también con él), todos los miércoles por la noche, Freud reunía en su casa un pequeño grupo de médicos, profanos interesados y también psicoanalistas, los primeros. En su *Autobiografía*, Stekel se describe como “el apóstol de Freud, que era

mi Cristo”. Y más adelante: “Brotaba una chispa, se difundía de un espíritu a otro, y cada velada era como una revelación”.

En una atmósfera de furioso consumo de tabaco, los apóstoles sentaban las bases del cuerpo de la doctrina: cigarrillos y cigarros sobre la mesa, café y pasteles, discusiones. En 1906, el grupo llega a tener hasta diecisiete personas. Otto Rank se convierte en su secretario, lleva un registro de las presencias, cobra los aportes y hace la síntesis de lo dicho. Freud toma la palabra en último lugar y da término a las sesiones. En ellas se habla de casos clínicos, lecturas, proyectos de escritura, se confiesan algunos detalles de la propia vida amorosa o sexual, se revelan prácticas masturbatorias, se cuentan somatizaciones durante los periodos de abstinencia sexual. El padre del pequeño Hans asiste a las reuniones.

El ambiente no tarda en tornarse agresivo. Todos rivalizan en originalidad. Se comienza a reivindicar la paternidad de tal o cual idea. Freud propone que cada uno decida lo que se convertirá en propiedad colectiva o se mantendrá como propiedad intelectual individual. La diplomacia brilla por su ausencia, también la delicadeza. Reinan la hostilidad, la animosidad, la agresividad. En los debates, los enfrentamientos son ásperos. En 1907, después de una reunión, Freud dice a Binswanger: “Entonces, ya ha visto lo que es esta banda”.

Esta microsociedad es en 1908 la matriz de la que saldrá la Sociedad Psicoanalítica de Viena, y servirá de dispositivo prototípico internacional. Al principio, cada uno debía tomar la palabra al menos una vez; más adelante, esa intervención oral se transformó en voluntaria y opcional. Las *Actas* de esta venerable asamblea se conservaron, editaron y publicaron. En el transcurso de sus veladas, siempre los miércoles, en un primer momento en casa de Freud y luego, desde 1910, en el Colegio de Médicos, la asamblea abordó el problema de la masturbación para consagrarle no menos de once sesiones.

Para las comunicaciones, Freud perfecciona un sistema de red. Ante todo con las circulares, la primera de las cuales se envió el 7 de octubre de 1920. En su origen, este tipo de mensaje mitigaba las disparidades de correspondencia entre los miembros del Comité Secreto y aparecía una vez por semana; más adelante, la frecuencia fue de una vez cada diez o quince días. Mantenía a todos al corriente de los cambios notables en la doctrina o de tal o cual acontecimiento. Estas circulares desaparecieron junto con el Comité. En 1909 se creó el *Jahrbuch für psychoanalytische und psychopathologische Forschung* [“Anales de Investigación Psicoanalítica y Psicopatológica”], con Jung como redactor en jefe: Freud publicó en él su análisis del caso del pequeño Hans. A continuación, en 1912, Otto Rank y Hanns Sachs fundaron la revista *Imago*. Esta publicación se proponía aplicar el psicoanálisis a las ciencias humanas. En poco tiempo llegó a tener doscientos treinta abonados. El año siguiente, el mismo Rank funda la *International Zeitschrift für Psychoanalyse* [Revista Internacional de Psicoanálisis]. En 1919, la sustanciosa donación de Anton von Freund (un rico cervecero deseoso de agradecer a Freud, que lo había liberado de los trastornos neuróticos surgidos luego de un cáncer, del que moriría algunos meses después), permite por fin la creación de una editorial, la Internationaler Psychoanalytischer Verlag, siempre con Rank como director y miembro fundador. Circulares, periódico, revistas, editorial: la doctrina puede circular y dispone de redes

mediológicas autónomas.

Agreguemos a esto un sistema de encuentros internacionales bajo la forma de congresos que actúan como otros tantos concilios para distinguir a amigos de enemigos, discernir entre la ortodoxia doctrinal y la heterodoxia de los traidores y establecer orientaciones generales de la disciplina: decisión de fundar el *Jahrbuch* en Salzburgo el 26 de abril de 1908, con cuarenta y dos miembros en la sala y nueve comunicaciones, una de ellas de Freud, *A propósito de un caso de neurosis obsesiva*, más conocida como el *caso del Hombre de las Ratas*; enfrentamiento con Adler y los adlerianos, exclusión de los vieneses en beneficio de los zuriqueses, Jung y los jungianos en Núremberg el 30 y 31 de marzo de 1910; confirmación de la luna de miel entre Freud y Jung en Weimar el 21 y 22 de septiembre de 1911; posterior ruptura entre ambos en Múnich en septiembre de 1913; intercambios sobre las neurosis de guerra y la posibilidad de instalar dispensarios de psicoanálisis gratuito en Budapest en 1918, sin consecuencias; reunión alrededor de Freud y su hija, reconciliaciones de posguerra entre analistas procedentes de naciones antaño beligerantes en La Haya, del 8 al 11 de septiembre de 1920; consideraciones alternativas de una mujer, Karen Horney, sobre la teoría freudiana de la envidia del pene en Berlín entre el 23 y el 27 de septiembre de 1922; en 1925, congreso en Bad Homburg sin Freud, demasiado afectado por el cáncer, razón por la cual envía a su hija, que se encargará de leer el texto misógino de su padre, mientras que Max Eitingon, por su parte, hablará de las condiciones de admisión en los institutos psicoanalíticos, del análisis didáctico y de la formación de los analistas; en el congreso de Oxford de 1929 Anna vuelve a representar a su padre, que le aconseja no tomar demasiado en serio a Ernest Jones y se felicita de que no se haya casado con él; ruptura con Ferenczi en Wiesbaden en 1932, con el empeño de Freud, a continuación, por asesinar a su ex amigo en los papeles, transformándolo en un enfermo; Anna lee un fragmento de análisis hecho por su padre sobre Moisés en París en 1938, y, para terminar, muerte del padre fundador en 1939.

Esa urdimbre fue eficaz en el planeta entero, y al cabo de muy poco tiempo. Cada uno de los congresos contemporáneos de Freud reúne a menos de un centenar de analistas. Durante el primero de ellos, celebrado en Núremberg en 1910^[15], Sándor Ferenczi propone la creación de la Asociación Psicoanalítica Internacional (api), cuya presidencia quedará en manos de Jung. Un siglo después, en 2010, esta misma asociación está presente en treinta y tres países, y cuenta con once mil miembros. El psicoanálisis ha penetrado en la conciencia de la mayoría de los que podríamos llamar hombres probos. Recordemos que en 1902 la Sociedad Psicoanalítica de los Miércoles reunía a seis personas...

Tercera razón de ese éxito: además del sexo y la espada, los esquemas legendarios de una religión. El psicoanálisis se presenta como una visión del mundo totalizadora que tiene respuesta para todo y propone un concepto, el inconsciente, con el cual es posible subsumir la totalidad de lo que ha sucedido, sucede y sucederá en el planeta. Funciona como una metafísica de sustitución en un mundo sin metafísica: la Primera Guerra Mundial borró todos los puntos de referencia éticos, morales y religiosos, y el psicoanálisis ofrece elementos para construir *una religión en una época posterior a la*

religión. Al popularizarse, la obra da lugar a un catecismo, una vulgata con la cual se constituyó desde entonces lo que Robert Castel llama de manera muy oportuna psicoanálismo.

El psicoanálisis fue construido por sus turiferarios de acuerdo con un esquema cercano al de la religión cristiana. Así, la biografía de Freud según el modelo propuesto por Ernest Jones se fabrica con arreglo a los criterios de la leyenda cristiana sobre la vida de Jesús. Entre los ejemplos, el hijo distinguido por su nacimiento para ser ungido por el Espíritu Santo: nacido con buena estrella, destinatario de la profecía de una pitonisa que anuncia un porvenir excepcional, confirmación de ese sino extraordinario en un café del Prater; la vocación descendida sobre él como una lengua de fuego tras conocer el texto de Goethe “Die Natur”; el encuentro con Charcot como si éste fuera san Juan Bautista; la renuncia temprana a la sexualidad a fin de reunir y sublimar todas sus fuerzas mentales y libidinales en la creación de su obra; la ascesis existencial constitutiva del genio; el retiro al desierto con las pruebas iniciáticas que son la muerte del padre y un autoanálisis presentado por todos los hagiógrafos como un momento extraordinario, heroico, inaudito, que va a dar origen al psicoanálisis; el anuncio de la buena nueva, etimológicamente el Evangelio, que es la salvación por el psicoanálisis; la creación de una ciencia en condiciones de modificar el cómputo intelectual y generar un nuevo calendario; las curaciones milagrosas: la hemorroísa, la resurrección de Lázaro, el ciego y el parálítico en Jesús, Anna O., Dora, el pequeño Hans, el Hombre de las Ratas y el Hombre de los Lobos en Freud; la predicación en el desierto y la presunta calumnia de los contemporáneos; el cáncer y el exilio vividos como una Pasión moderna, y la muerte como fecha de nacimiento de la leyenda.

De allí el interés de los hagiógrafos por disimular todo lo que contradice ese relato legendario y controlar los documentos y los archivos a fin de evitar aquello que muestra a un Freud vacilante con respecto a su carrera; a un Freud motivado por el dinero, la ambición, el éxito, la gloria; a un Freud que anda a tientas, busca, se equivoca; a un Freud que revuelve casi por doquier para encontrar lo que pueda hacer rápidamente su fortuna vienesa, en todos los sentidos del término; a un Freud que lleva a cabo un autoanálisis para guardar las formas; a un Freud que a lo largo de su vida engaña a su esposa con su cuñada; a un Freud que hurta numerosos descubrimientos efectuados en su tiempo en el ámbito de los tratamientos de la enfermedad mental para proponer un mosaico llamado psicoanálisis; a un Freud que miente sobre curaciones que no logra; a un Freud que transmite las claves de su descubrimiento a su hija menor transformada en virgen para la ocasión, y todo lo que se revela pura y simple leyenda cuando se hace un poco de historia, por mínima que sea.

Ni siquiera la doctrina escapa a una lectura comparada con el esquema cristiano: el psicoanálisis como *parusía* que redime los *pecados* filogenéticos del mundo que son el asesinato del padre, el banquete caníbal, el complejo de Edipo; la verdad del mundo sensible que reside en un principio inteligible, el inconsciente, una instancia metapsicológica invisible, omnipotente, omnipresente, omnisciente, increada, inmortal, eterna, inaccesible al tiempo, con un papel similar al de una *Providencia* que veda todo libre albedrío; un *fruto prohibido*, el incesto, y una *soteriología*, el

psicoanálisis y su ritual en el diván, para asegurar la *redención* a través de una terapia por la palabra que recuerda en más de un concepto la *confesión* auricular.

La propia lógica de la doctrina parece singularmente construida sobre el principio de la Iglesia, con su Papa (Freud en persona), sus obispos y cardenales (los psicoanalistas del primer círculo y de la primera hora, Alfred Adler & Carl Gustav Jung, Sándor Ferenczi & Karl Abraham, Wilhelm Stekel & Otto Rank), su ritual (el diván, la sesión), sus concilios (los congresos), su ortodoxia (el freudismo), sus herejías (el adlerismo y el jungismo), sus evangelistas y sus apóstoles (Ernest Jones), sus Judas (Adler y Jung) y sus ordenaciones (de la investidura solemne por el anillo a la iniciación por el pase lacaniano). Nunca acabaríamos de señalar el parentesco de los esquemas: Freud como Dios monoteísta; su vida como Hijo de Dios encarnado en la Tierra; su obra como doctrina de salvación, y su devenir universal en la forma de Iglesia.

Cuarta razón de ese éxito: el siglo XX habría de ser el de Freud al mismo tiempo que el de la pulsión de muerte. De la carnicería de 1914-1918 al genocidio ruandés, pasando por los totalitarismos nazi, soviético y fascista, Auschwitz, Hiroshima y todas las guerras posibles e imaginables, esos cien años fueron nihilistas. Ahora bien, el psicoanálisis propone una ontología nihilista al poner un peligroso signo de equivalencia entre lo normal y lo patológico. Niega, en efecto, la diferencia de naturaleza entre la salud mental y la enfermedad mental, para hablar en cambio de una diferencia de grado, de modo que la locura, la perversión, la neurosis, la psicosis, la paranoia y la esquizofrenia se convierten en una nueva norma, la de una época loca, en sustancia, mientras se estigmatiza al insolente que goza de una Gran Salud, para recurrir al vocabulario nietzscheano. Esta *adecuación entre el nihilismo freudiano y el nihilismo de la época* pudo contribuir a su éxito.

En efecto, Freud no dejó de decirlo en su obra completa: lo normal y lo patológico no constituyen dos modalidades heterogéneas del ser en el mundo, sino grados diferentes de una misma manera de ser en el mundo. En otras palabras, nada distingue en lo fundamental al psicoanalista en su sillón y al neurótico echado en el diván, nada separa de manera radical al verdugo sádico y su víctima inocente, nada permite trazar una oposición franca entre la patología de dictadores como Dollfuss, Mussolini o Hitler y sus víctimas y chivos emisarios, del bolchevique al judío pasando por el opositor. ¿Hitler? ¿Etty Hillesum? Una única y la misma cosa desde el punto de vista del psiquismo.

¿Queremos pruebas? En las *Actas de la Sociedad Psicoanalítica de Viena*, durante la reunión del 25 de mayo de 1910, el secretario anota lo siguiente: “El profesor Freud objeta [...] que la distinción de principio entre individuo normal e individuo neurótico parece fundamentalmente cuestionable” (vol. 2, p. 532), pero también es posible remitirse a *Moisés y la religión monoteísta*, libro final que data de 1938 y en el cual podemos leer esto en lo concerniente a los fenómenos de la vida psíquica que algunos dividen entre “normales” y “patológicos”: “las fronteras entre ambos no son netas, los mecanismos son en vasta medida los mismos” (p. 167) [XXIII, p. 120]. Y en muchos otros lugares, por ejemplo en *Psicopatología de la vida cotidiana*, de 1901: “Todos nosotros somos un poco neuróticos” (p. 296) [VI, p. 270]; en los *Tres*

ensayos de teoría sexual, de 1905: “Los psiconeuróticos, un grupo numeroso de seres humanos, no distante del de los sanos” (VI, p. 169) [VII, p. 211]; de nuevo en las *Actas*, esta vez de 1912: “Se ha reconocido de manera general que las diferencias entre los individuos normales y los neuróticos son de naturaleza cuantitativa y no cualitativa” (vol. 4, p. 59); en “Análisis terminable e interminable”, de 1937: el yo normal, “como la normalidad en general, es una ficción ideal. [...] Cada persona normal lo es sólo en promedio, su yo se aproxima al del psicótico en esta o aquella pieza, en grado mayor o menor” (p. 250) [XXIII, p. 237], y en el *Esquema del psicoanálisis* de 1938: “Hemos discernido que el deslinde de la norma psíquica respecto de la anormalidad no se puede trazar científicamente” (p. 69) [XXIII, p. 197].

Si el psicoanalista tiene razón, debemos llegar a la conclusión de que se puede hablar del *caso Freud* como este mismo habla del *caso del Hombre de los Lobos*, del Hombre de las Ratas o de Anna O. Y, de hecho, la pasión incestuosa que lo devoró durante toda su vida, el deseo de matar a *su* padre, las ganas de acoplarse con *su* madre, los sueños sexuales con una de *sus* hijas, la relación fusional y sexualmente inhibidora con *su* hija menor Anna, la sexualidad adúltera con *su* cuñada, la actividad teórica frenética con referencia a la masturbación que parece haber sido *su* gran pasión —no queda sino sonreír ante los recuerdos de Paula Fichtl, asombrada de que los bolsillos de los pantalones de Freud “tuvieran siempre grandes agujeros” (p. 36) —, todo esto muestra a un Freud psíquicamente cercano a Bertha Pappenheim, Serguéi Pankejeff, Ernst Lanzer o algún otro paciente célebre.

Se entiende que, por razones de supervivencia psíquica personal, Freud haya sentido una gran proximidad de vida psíquica perturbada con sus analizados. Pero, más allá, esta afirmación teórica perentoria funda un nihilismo ontológico perdurable: si el loco es igual al hombre de buena salud psíquica, si el asilo psiquiátrico está lleno de enfermos mentales que apenas se distinguen de los médicos que supuestamente los atienden, si el médico casi no se diferencia del enfermo, entonces todo da lo mismo y, en lo sucesivo, ya nada permite pensar lo que distingue al verdugo de su víctima.

Así las cosas, ¿cómo pensar, por ejemplo, la solución final que va a afectar a la familia de Freud? ¿De qué manera captar intelectualmente lo que distingue *en el plano psíquico* a su hermana Adolfine, muerta de hambre en el campo de Theresienstadt, o a sus otras tres hermanas, desaparecidas en los hornos crematorios de Auschwitz en 1942, de Rudolf Höss, el comandante de ese campo de siniestra memoria, *si nada los diferencia en lo psíquico*, como no sean algunos grados apenas visibles y tan poco importantes que Freud jamás teorizó esa distancia mínima, pero pese a ello tan capital?

El nihilismo ontológico con respecto a los psiquismos corresponde punto por punto al nihilismo metafísico del siglo XX, visible en su integridad en el triunfo de la pulsión de muerte. Pues con esos mismos conceptos Freud habría podido imaginar que la persona en quien prevalece la *pulsión de vida* y la que se ha entregado en cuerpo y alma a la *pulsión de muerte* no pueden ser equivalentes. La distinción entre lo normal y lo patológico, como se separa al necrófilo, el zoófilo, el pedófilo, el perverso, el sádico para quien el otro no existe, de cualquiera que integre la existencia

del otro como una inquietud ética en su visión del mundo, bastaría para hacer salir al psicoanálisis freudiano del atolladero decadente y *fin-de-siècle* en el cual ha proliferado como una planta venenosa. El siglo XX podía pues ser el cauce del psicoanálisis y permitirle seducir a tantos intelectuales heterogéneos que se erigían a continuación en repetidores de esta visión pesimista del mundo.

La seducción se ejerció muy rápidamente sobre la élite intelectual europea. Freud, antifilósofo radical, pensador pesimista, teórico de la fatalidad pulsional, se convirtió paradójicamente en el pensador de la vanguardia artística, el inspirador del dadaísmo y de los *Manifestos* de André Breton, la musa del método paranoico crítico de Dalí, el genio tutelar de la introspección de Gide que ganó entonces a la editorial Gallimard. Aun cuando Breton, a la sazón un joven poeta, se sintió decepcionado al conocer al anciano doctor en Viena en 1921, por descubrir en él a una especie de médico de provincia con su clientela en la sala de espera, un viejo gruñón que no amaba a Francia porque consideraba que Francia no lo amaba lo suficiente, Freud fue, de mala gana (era vehemente en sus opiniones contra los surrealistas), el parangón de la modernidad nihilista de la primera posguerra.

La historia del devenir de esa teoría en vulgata para nuestros tiempos posmodernos aún está por escribirse: la manera como el psicoanálisis, en cuanto disciplina vienesa, generó una ideología de sustitución de la decepción posterior a mayo de 1968, daría materia para escribir un muy voluminoso libro. Las barricadas se pensaron, en efecto, como un momento revolucionario destinado a dar un futuro a Marx, Mao, Lenin, Trotski. Como todo el mundo sabe, no sucedió nada de eso. Por eso, en la década de 1970, el reciclado de una gran cantidad de izquierdistas, si no de comunistas, que se volcaron al psicoanálisis, convertido en religión alternativa bajo la forma de la servidumbre a un nuevo maestro cuyo nombre era Jacques Lacan, un histrión muy influenciado por... ¡el surrealismo! El éxito del psicoanálisis fue entonces el de una forma particular de hipnosis, si no una nueva variación sobre el viejo tema de la alucinación colectiva...

El psicoanálisis acompañó la desinversión política y la nueva investidura del ego, el dios de los periodos de decadencia. Con el final de la revolución política como actualidad inminente, la renuncia a los paraísos marxistas leninistas o maoístas, el triunfo del pompidouismo, la dominación de la mercancía y la conversión del liberalismo —sin oposición digna de ese nombre— en ideología brutalmente dominante, el repliegue sobre sí mismo fue ley. Engendró entonces el monstruo del individualismo liberal asimilable al egoísmo, si no al egotismo. Como no podía cambiar el mundo, el sujeto posmoderno se lanzó a la búsqueda de los medios de vivir en él, con todo, de manera confortable. El diván proponía al paciente encontrar su lugar en el nihilismo de un mundo que hacía agua por todos lados.

Para terminar, puede aducirse una *quinta razón* para explicar el éxito del psicoanálisis: *su mediatización posterior a 1968 por intermedio del freudomarxismo*. El pesimismo ontológico de Freud y sus opciones políticas cesaristas (dedicatoria a Mussolini; apoyo al austrofascismo de Dollfuss; vehemencias críticas contra el bolchevismo, el marxismo, el comunismo; silencio sobre el fascismo o el nazismo; teoría del “superhombre” freudiano como caudillo necesario de la horda; utopía

política elitista de una aristocracia capaz de guiar a la masa) desaparecieron bajo la bandera roja de psicoanalistas que invocaban al propio Freud y la Revolución.

Wilhelm Reich, por ejemplo, publica en 1927 una primera versión de *La función del orgasmo*, un texto en el cual compone una variación sobre el tema freudiano de la etiología sexual de las neurosis, pero amplía el análisis gracias a la introducción de la historia en el proceder analítico. Freud piensa en términos nouménicos, conceptualiza y manipula alegorías y metáforas, da a la mitología y el símbolo un mayor poder que a lo real y la historia, e inscribe su pensamiento en el marco filosófico clásico del idealismo. Reich, en cambio, biologiza e historiza el psicoanálisis y nunca hace una lectura separada del inconsciente y de las condiciones históricas en las cuales éste actúa.

La primera edición del libro de Reich comienza con una dedicatoria a Freud con ocasión de su cumpleaños: “A mi maestro el profesor Freud, como testimonio de profundo respeto”. Pero la ampliación del texto en las ediciones siguientes, que ahora incluye, por ejemplo, consideraciones sobre “El origen social de la represión” o “La irracionalidad fascista”, no podía complacer al destinatario de la dedicatoria, y tampoco la manera reichiana de pensar el orgasmo como descarga de energía obstaculizada por una sociedad capaz de reforma. Mientras que Freud cree definitivamente inevitable, si no necesaria, la sofocación de los instintos por la civilización, Reich propone otro camino, cuyo programa enuncian con toda claridad los títulos de sus obras: *La revolución sexual* o *La lucha sexual de los jóvenes*, e incluso *Psicología de masas del fascismo*, un texto fundamental que plantea una crítica radical del fascismo. A su condena de éste quedan asociadas la familia y la Iglesia, dos instancias que funcionan de consuno con él. Estamos lejos de la dedicatoria amistosa al Duce...

Cuando se trata de publicar *La significación de la genitalidad*, primera versión de *La función del orgasmo*, Freud no ve inconvenientes en hacerlo en su editorial, con tal de que el manuscrito se reduzca un poco. En cambio, el texto titulado “El carácter masoquista”, de 1932, le disgusta soberanamente, pues ve en él un intento de “propaganda bolchevique” (carta a Max Eitingon, 9 de enero de 1932). En ese artículo, en efecto, Reich considera que “la pulsión de muerte [es] la actividad del sistema capitalista” (carta de Freud a Ferenczi, 24 de enero de 1932). Ahora bien, Freud, muy apegado a la naturaleza trascendental de sus conceptos, no podría aceptar una genealogía fenoménica —política, en este caso— de las psicopatologías.

Una carta suya a Eitingon, fechada el 20 de noviembre de 1932, presenta a Reich como “un incordio”. Luego, la editorial freudiana renuncia a publicar *Análisis del carácter*. Para terminar, mientras que con el acuerdo de Freud las instancias psicoanalíticas negocian con el régimen nacionalsocialista para definir las modalidades de la continuidad del psicoanálisis bajo el régimen nazi, ¡Reich es excluido a causa de sus compromisos políticos de izquierda! En efecto, al contrario de Freud, cuya clientela de pago proviene de la gran burguesía vienesa, Reich trabaja en una clínica psicoanalítica en la cual atiende *gratuitamente* a obreros fabriles, empleados domésticos, desocupados, trabajadores agrícolas. Anna Freud lamenta que en Viena Reich haya hablado de psicoanálisis en reuniones comunistas. En una carta a Eitingon, la hija de su padre escribe: “Papá se alegraría mucho si Reich dejara de

pertenecer a la asociación” (17 de abril de 1933). En julio del mismo año, Reich será excluido. Transigir con los nazis, sí, con un comunista, no...

La enseñanza de Reich se resume, por tanto, en la necesidad de la liberación sexual; un elogio del júbilo a través del orgasmo; una promoción de la educación sexual para todas y todos, empezando por los jóvenes; una lectura crítica del fascismo y el capitalismo como producciones de la sofocación libidinal milenaria; un ataque en regla contra la familia, aparato de enderezamiento represivo y de producción de neurosis; una desconsideración del patriarcado monógamo; una severa acometida contra el judeocristianismo, promotor de una moral sexual que es el origen de todas las patologías; la necesaria asociación entre un psicoanálisis posfreudiano y un marxismo postsoviético; la posibilidad de realizar la felicidad en este mundo mediante la acción política, y el uso del psicoanálisis con fines hedonistas, comunitarios y libertarios. ¿Cómo habría podido mayo del 68 hacer caso omiso de semejante dinamita intelectual?

Una segunda bomba freudomarxista estalla en la Europa de la posguerra: su nombre es Herbert Marcuse. Para quienes ignoren el detalle de la obra completa de Freud, una vez más en los veinticinco años posteriores a su muerte, el psicoanálisis puede parecer, a través del filósofo alemán exilado en los Estados Unidos, una disciplina liberadora, libertaria, hedonista, un pensamiento capaz de dinamitar el cristianismo, criticar violentamente los totalitarismos pardo o rojo, nazi o estalinista, y suministrar los medios de una política alternativa.

Marcuse no oculta que debe a Reich el hecho de situarse en el terreno del freudomarxismo. En el epílogo de *Eros y civilización* saluda un libro de aquél, *La irrupción de la moral sexual*, que asocia a Freud y Marx en una pareja muy improbable. Digamos: que reúne la afirmación de la existencia de una libido sofocada por la sociedad y la creencia en la posibilidad de terminar con esa sofocación en una sociedad donde el principio de placer no sucumba a la omnipotencia del principio de realidad y, antes bien, alimente un nuevo principio de este orden.

Eros y civilización aparece en 1955 con el subtítulo *Una investigación filosófica sobre Freud*. ¿Su proyecto? No una exposición del psicoanálisis, sino una filosofía del psicoanálisis. En él, Marcuse se propone lo siguiente: criticar la sociedad industrial; soltar la rienda a las necesidades instintivas; abolir la sofocación de la sexualidad; desconectar la libido de la maquinaria capitalista; liberar al individuo por la satisfacción integral de sus necesidades; luchar por la vida y en consecuencia por el placer, y en consecuencia por la alegría; promover un uso político de la cultura, en virtud del cual el principio de placer se convierta en la verdad del principio de realidad, y terminar con la productividad, la sociedad de consumo, el trabajo asalariado alienante. En 1964, *El hombre unidimensional* vuelve a la carga. La obra aparece en Francia en 1968...

Es indudable que Freud no se reconocería en ese nietzscheanismo de izquierda que reivindicaba su paternidad para convocar a poner fin al viejo mundo, que su doctrina no planeaba suprimir. Recordemos que Freud, entregado a su ficción literaria y sin inquietarse por la historia, se instalaba en posiciones radicalmente pesimistas y consideraba el psicoanálisis como una terapia individual, si no individualista. Para él

no era cuestión de cambiar el mundo. El diván enseñaba, teóricamente, a vivir mejor en un mundo imposible de cambiar.

Después de este breve desvío por Reich y Marcuse podemos comprender que el freudomarxismo haya dado de Freud una imagen seductora, del freudismo una reputación de teoría liberadora y del psicoanálisis una dimensión revolucionaria. Pero las escasas relaciones que Freud tuvo concretamente con Reich muestran hasta qué punto el freudomarxismo (que disfruta de mi preferencia) estaba en las antípodas del freudismo, y cabe imaginar la consternación que las tesis de Marcuse habrían suscitado en el doctor vienés. Los retratos de Freud junto a los del Che Guevara, Marx y Mao contribuyeron mucho a la buena reputación del psicoanálisis en el siglo XX, pero para dar crédito a esa asociación era menester no haber leído a Freud.

Hemos expuesto, entonces, cinco razones capaces de explicar en parte el éxito del psicoanálisis durante un siglo. *El sexo*: la irrupción de la sexualidad en el mundo del pensamiento dominado desde hacía un milenio por el ideal ascético; *la espada*: la voluntad determinada, deliberada y feroz de construir y organizar la disciplina de manera militante con fines de dominación del campo cultural, primero europeo y luego mundial; *la religión*: la construcción de la aventura freudiana sobre la base de los esquemas religiosos, con la proposición de una soteriología presuntamente convincente; *el kairos*: en otras palabras, el instante propicio para una adecuación entre el nihilismo de una doctrina y el de una época de fin de siglo, si no de milenio, y el malentendido del *freudomarxismo* que, ni freudiano ni marxista, da a Freud, al freudismo y al psicoanálisis un aura libertaria en un mundo cansado de sí mismo.

De manera irónica, podríamos convocar tres veces al mismo Freud para concluir esta obra. *Primero*: en *El porvenir de una ilusión*, explica en efecto lo que distingue la ilusión del error. Un error supone una falsa causalidad: por ejemplo, como en la generación espontánea, hacer nacer al gusano vivo de un simple montón de residuos muertos o explicar una afección neurológica por el desenfreno sexual. Una ilusión, por su parte, remite a un deseo íntimo: cuando Cristóbal Colón cree haber encontrado un nuevo camino marítimo hacia las Indias en el momento de descubrir América; o cuando algunos nacionalistas alemanes afirman que sólo los indoeuropeos son aptos para la cultura, e incluso cuando los alquimistas creían poder transformar el plomo en oro. Por tener sus raíces en un deseo extremadamente fuerte, la ilusión se emparenta con “la idea delirante de la psiquiatría” (XVIII, p. 171) [XXI, p. 31].

Y Freud prosigue, con referencia a las religiones:

Todas ellas son ilusiones, son indemostrables, nadie puede ser obligado a tenerlas por ciertas, a creer en ellas. Algunas son tan inverosímiles, contradicen tanto lo que trabajosamente hemos podido averiguar sobre la realidad del mundo, que se las puede comparar —bajo la debida reserva de las diferencias psicológicas— con las ideas delirantes. Acerca del valor de realidad de la mayoría de ellas ni siquiera puede formularse un juicio. Así como son indemostrables, son también irrefutables (XVIII, p. 172) [XXI, p. 31].

No ahorremos una sonrisa. Agreguemos a esto, para prevenir las críticas y los ataques que a su debido tiempo no dejarán de lanzarse (no se desgarran el velo de las ilusiones sin incurrir en la ira y el odio de los devotos), que Freud también escribe: “Cuando de religión se trata, los seres humanos incurren en toda clase de insinceridades y desaguisados intelectuales” (XVIII, p. 173) [XXI, p. 32]. ¿No

podríamos retomar punto por punto el primer momento de este análisis freudiano para aplicarlo al psicoanálisis?

Puesto que, de hecho, el freudismo, para quien haya hecho el esfuerzo de ver en el texto de qué se trata, sin contentarse con la vulgata y los catecismos editados y difundidos por la corporación, aparece sin duda como una ilusión indemostrable construida sobre inverosimilitudes en contradicción con las conclusiones alcanzadas gracias al simple uso de una inteligencia encauzada según el orden de las razones. Objeto de fe irreflexiva, de adhesión vital, de asentimiento visceral, necesidad existencial para organizar la vida o la supervivencia mental, el psicoanálisis obedece a las mismas leyes que la religión: alivia, conforta como la creencia en un más allá animado por nuestros deseos más indiferentes a lo real. En él, el deseo lo ocupa todo y la realidad no tiene derecho de ciudadanía. Las muletas dejadas en la gruta de Lourdes prueban que el agua puede curar, con tal de que sea bendita. ¿Por qué no la palabra, si se profiere en presencia del chamán que tiene el poder de sanar? Pero ¿la cantidad de prótesis dejadas como testimonio de los milagros vale como prueba de la existencia de Dios o de la verdad de toda la doctrina de la Iglesia? Tengo la debilidad de creer que no.

Una *segunda referencia* a Freud me autoriza, por una vez, a terminar este libro dándole la razón en cuanto a lo que escribe en 1937 en “Análisis terminable e interminable”:

¿Es posible tramitar de manera duradera y definitiva, mediante la terapia analítica, un conflicto de la pulsión con el yo o una demanda pulsional patógena dirigida al yo? Acaso no sea ocioso, para evitar malentendidos, puntualizar con más precisión lo que ha de entenderse por la frase “tramitación duradera de una exigencia pulsional”. No es, por cierto, que se la haga desaparecer de suerte que nunca más dé noticias de ella. Esto es en general imposible, y tampoco sería deseable (p. 240) [XXIII, p. 227].

Digámoslo de manera más breve y directa. Pregunta: ¿el psicoanálisis puede curar? Respuesta: no. Agregado: incluso es posible que no sea deseable. Vaya uno a saber por qué. ¿Beneficio de la enfermedad? Es probable.

Terminaremos este libro con la lectura de un *tercer texto*. Después de proponer que, según el análisis freudiano mismo, el psicoanálisis puede pensarse como una ilusión definida por el triunfo de la apetencia arrebatada por el deseo, a pesar de —si no contra— la realidad enseñada por la experiencia, y tras suscribir la afirmación de un Freud de ochenta y un años que, algunos meses antes de morir en el exilio y sin tener que preocuparse más por la fama, la gloria y el dinero, los premios Nobel, las medallas, las estatuas o las placas conmemorativas, sino simplemente por la verdad, reconoce que el psicoanálisis no cura, dado que jamás se termina con una demanda pulsional, nos es preciso, sin dejar de meditar sobre las reflexiones últimas del anciano que sabe que muy pronto va a morir, demorarnos sobre una idea tomada del *Esquema del psicoanálisis*.

Freud plantea con claridad los límites de los efectos de su terapia, sabe que ésta no puede todo, que no cura en absoluto, que no podría presentársela como una panacea, que conoce fracasos y que las resistencias al análisis son grandes:

Es verdad que no siempre triunfamos, pero al menos podemos discernir, la mayoría de las veces, por qué se nos negó la victoria. Quien haya seguido nuestras puntualizaciones sólo por interés terapéutico acaso nos

dé la espalda con menosprecio tras esta confesión nuestra. Pero la terapia nos ocupa aquí únicamente en la medida en que ella trabaja con medios psicológicos; por el momento no tenemos otros. Quizás el futuro nos enseñe a influir en forma directa, por medio de sustancias químicas específicas, sobre los volúmenes de energía y sus distribuciones dentro del aparato anímico. Puede que se abran para la terapia otras insospechadas posibilidades; por ahora no poseemos nada mejor que la técnica psicoanalítica, razón por la cual no se debería despreciarla a pesar de sus limitaciones (p. 51) [XXIII, p. 182].

La obra completa termina con este opúsculo extremadamente denso, destilado, depurado, estricto, seco, que va a lo esencial, así como un moribundo se acerca a su tumba sin temblar. Es en ese sitio mismo, el lugar exacto de los puntos suspensivos que materializan la frase inconclusa por efecto de la muerte, donde hay que pensar su obra. ¿*Despreciarla*, para mencionar la palabra utilizada por él? Desde luego que no. Pero sí sacarla de la leyenda a fin de inscribirla en la historia donde ha ocupado su lugar durante un siglo, a la espera de otras propuestas que no dejarán de aparecer y que, por supuesto, también serán obsoletas algún día. *Ése es el sentido de esta psicobiografía nietzscheana de Freud.*

Recordemos en efecto la lección de Nietzsche cuando, en una carta a Lou Andreas-Salomé, la amiga de Freud, decía que en la Universidad de Basilea enseñaba a sus alumnos que las relaciones entre los sistemas filosóficos se reducían a los actos personales de sus autores: “Este sistema es refutado y muere, pero la personalidad que está detrás de él es irrefutable; es imposible matarla”. Lo que valía ayer para Platón vale hoy para Freud. La fidelidad a los muertos no está en la devoción profesada a sus cenizas, sino en el ejercicio de la vida que, tras sus pasos, ellos hacen posible.

Argentan, solsticio de invierno

BIBLIOGRAFÍA

1. LEER TODO EN ORDEN

Trabajé con la edición de las *Œuvres complètes* publicadas por las Presses Universitaires de France [PUF] bajo la dirección científica de Jean Laplanche. Como no quería escribir una hagiografía, me decidí por estas nuevas traducciones que dicen armonizar el conjunto, de manera que un mismo concepto se traduzca siempre igual. Pues en la lógica del cerrojo sofisticado de la corporación, habría que dedicar una exposición al uso erudito y pedante de las traducciones que permiten a los turiferarios explicar que una palabra alemana no puede traducir lo que significa en francés, de suerte que se hace decir al texto, con el pretexto de una traducción más precisa, más moderna, más justa, más adaptada, algo distinto de lo que dice.

Tuve así la oportunidad de comprobar que la famosa “atención flotante” que Anne Berman utilizaba para su versión en *La Technique psychanalytique* (p. 62) era problemática, porque por ella nos enterábamos claramente de que el psicoanalista, en cuanto es su inconsciente el que está en contacto con el del analizado, puede muy bien adormilarse y hasta dormir durante la sesión, debido a la existencia misma de dicha “atención flotante”, sin que el trabajo del análisis se vea afectado. Habría que traducir entonces por “atención igual” aquello que, cabe sospecharlo, disipa el escándalo de ese concepto fabricado de cabo a rabo para justificar lo que, por mi parte, yo traduciría como el *oído distraído* del psicoanalista. En el contexto, Freud señala que la “atención flotante” es indispensable porque “uno se ahorra un esfuerzo de atención que no podría sostener día tras día a lo largo de muchas horas” [XII, pp. 111-112]. Para asistir al espectáculo de ese escamoteo, véase el artículo de Alain Abelhauser, “... donner ce qu’on n’a pas. Un chien de ma chienne”, publicado en la revista del Champ Freudien, *Ornicar? digital*, 82, 9 de febrero de 1999.

Adolescente sin un céntimo, y luego estudiante apenas un poco más adinerado, descubrí a Freud en las ediciones de bolsillo, y me pareció que la traducción de los *Tres ensayos de teoría sexual* hecha por Blanche Reverchon-Jouve, la compañera del poeta, o las de las *Conferencias de introducción al psicoanálisis*, *Tótem y tabú*, *Psicopatología de la vida cotidiana* y las “Cinco conferencias sobre psicoanálisis” realizadas por el doctor Simon Jankélévitch, el padre del famoso filósofo, si no las de la *Presentación autobiográfica*, los *Essais de psychanalyse* o *El delirio y los sueños en la “Gradiva” de W. Jensen*, a cargo de Marie Bonaparte, que fue amiga muy íntima de Freud, me pareció, decía, que esas traducciones no impedían un acceso correcto a la obra de éste.

Pero no quise brindar la oportunidad de que me dijeran que no había leído el texto adecuado: éste queda aquí establecido en sus veinte volúmenes, más uno de glosario e índices. Mi lectura de la obra completa se extendió entre junio y diciembre de 2009. Faltaban entonces, en esa edición de las obras completas, y entre los textos importantes, la *Psicopatología de la vida cotidiana* (vol. 5), *El chiste en su relación*

con lo inconsciente (vol. 7), *Moisés y la religión monoteísta* y el *Esquema del psicoanálisis* (vol. 20), que leí en las ediciones de bolsillo. Además de un puñado de traducciones afectadas, si no amaneradas, que, por ejemplo, reemplazan *désir* [deseo] por *désirance* [deseancia]. Con ello, ya no se leerá *Le Mot d'esprit et ses rapports avec l'inconscient*, como traducía Marie Bonaparte, sino *Le Trait d'esprit et sa relation avec l'inconscient*, según lo desea el equipo de Jean Laplanche. Haremos el duelo de *Psychopathologie de la vie quotidienne*, según S. Jankélévitch, con *Sur la psychopathologie de la vie quotidienne* en las manos. Ya no citaremos *Moïse et le monothéisme*, como lo vertía Anne Berman, sino *L'Homme Moïse et la religion monothéiste*. Cosa que, convengámoslo, cambia todo...

Quienes hayan leído *Ma vie et la psychanalyse* traducido por Marie Bonaparte tal vez no lo sepan, pero ya han leído *Sigmund Freud présenté par lui-même*, la versión de Fernand Cambon. Más, seguramente ignoran que leyeron asimismo la “*Autoprésentation*”, con comillas incluidas (!), puesto que se trata del mismo texto publicado por primera vez en 1925 con el título de *La Médecine du présent en autoprésentation*. El lector de buena fe tiene motivos para sentirse perturbado. Ese texto, que es un monumento de propaganda personal, se beneficiaría si alguna vez fuera editado con notas que mostraran la construcción de la leyenda por el propio Freud: en él, las contraverdades abundan. Pero en la perspectiva hagiográfica y anticrítica que prevalece, más vale multiplicar las traducciones y no establecer una edición verdaderamente crítica.

Recurrí igualmente a ediciones de recopilaciones de textos hechas por PUF en su colección “*Bibliothèque de Psychanalyse*”. Así, bajo el título de *La Technique psychanalytique*, traducción, ya lo dijimos, de Anne Berman, se leerán los textos siguientes: “El método psicoanalítico de Freud”, “Sobre psicoterapia”, “Las perspectivas futuras de la terapia psicoanalítica”, “Sobre el psicoanálisis ‘silvestre’”, “El uso de la interpretación de los sueños en el psicoanálisis”, “Sobre la dinámica de la transferencia”, “Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico”, “Acerca de la *fausse reconnaissance* (*déjà raconté*) en el curso del trabajo psicoanalítico”, “Sobre la iniciación del tratamiento”, “Recordar, repetir y reelaborar”, “Puntualizaciones sobre el amor de transferencia” y “Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica”. Este conjunto sumamente coherente permite en verdad acceder a lo que el título anuncia. Freud escribió muchos artículos, y numerosos libros se componen de su reunión. La dispersión en las seis mil páginas de la obra completa encuentra aquí un remedio cuando no se ha tomado la decisión de emprender una lectura sistemática de la obra en el sentido cronológico. Por mi parte, leí todo en orden y, de tal modo, comprendí que, a falta de una lectura integral, se puede creer durante mucho tiempo en la leyenda creada por Freud y sus turiferarios.

El artículo que en mi opinión es fundamental, porque significa en Sigmund Freud la conclusión de una vida y una obra y al mismo tiempo de una práctica analítica de más de medio siglo, “*L’analyse avec fin et l’analyse sans fin*” [“Análisis terminable e interminable”], traducido por J. Altounian, A. Bourguignon, P. Cotet y A. Rauzy, figura en el vol. 2 de *Résultats, idées, problèmes (1921-1938)*, perteneciente a la “*Bibliothèque de Psychanalyse*” de PUF (1985). Se incluirá en el vol. 20 de las obras completas.

Leí *Le Président Thomas Woodrow Wilson: portrait psychologique*, un texto escrito con la colaboración de William C. Bullitt, en la traducción de Marie Tadié, París: Union Générale d'Éditions, 1974, col. "10/18" [trad. esp.: *El presidente Thomas Woodrow Wilson: un estudio psicológico*, Buenos Aires: Letra Viva, 1973].

2. HAGIOGRAFÍAS, YA QUE NO BIOGRAFÍAS

Durante mis estudios de psicoanálisis en la universidad, la lectura de *Vida y obra de Sigmund Freud* de Ernest Jones se presentaba como el complemento indispensable para la comprensión de la genealogía de la disciplina. Los tres volúmenes, 1, *Infancia y juventud, 1856-1900*, 2, *Los años de madurez, 1901-1919*, y 3, *La etapa final, 1919-1939*, son la matriz de la mayoría de las biografías escritas a continuación, ya que el oficio de biógrafo es muy a menudo una actividad cuyas herramientas indispensables son unas tijeras y un tubo de pegamento.

Ahora bien, esta voluminosa obra (traducida por Liliane Flourney) es una leyenda en debida forma: rebosa de olvidos, mentiras, fabulaciones, distorsiones, prejuicios. También en este caso falta una edición crítica. Por ejemplo, ¿por qué no aparece en sus mil quinientas páginas el nombre de Emma Eckstein, que ocupó a Fliess y Freud durante cierto tiempo, como atestigua la correspondencia entre ambos, conocida por Jones, que había contribuido a su censura? La masacre de esta víctima de los dos compadres no podría, en efecto, tener cabida en una hagiografía.

El muy grueso libro de Ernest Jones es un modelo de contrainformación o desinformación. Y el prototipo de la construcción legendaria: vida y muerte de un héroe que sacrificó su vida para descubrir un continente inexplorado. ¿Su motor? El genio y nada más... La dedicatoria de ese monumento es: "A Anna Freud, digna hija de un genio inmortal". No hay manera más clara de decir que la intención será menos histórica que hagiográfica. Otro caso, otra vez, en que una edición crítica constituiría un trabajo epistemológico interesante: ¿cómo fabricar una mitología con la ciencia como rehén? Se comprende que con *Tótem y tabú* Freud haya podido hablar de "mito científico", y de "novela histórica" con *Moisés y la religión monoteísta*. Jones fue, aquí como en otros lugares, un alumno afanoso.

Los trabajos críticos del otro lado del Atlántico desbarataron muy pronto, en la década de 1970, la leyenda. De modo que la biografía de Peter Gay, *Freud, une vie*, traducción de Tina Jolas, París: Hachette, 1991 [trad. esp.: *Freud: una vida de nuestro tiempo*, Barcelona: Paidós, 1990], toma tímidamente en cuenta lo que no puede dejar de incorporarse. Cuando Ernest Jones hace silencio sobre aspectos litigiosos o francamente ficticios, Peter Gay apela a toda una dialéctica fina, invisible para quienes no están informados, con el objeto de conservar la trama de aquél y efectuar a la vez un trabajo de eliminación del polvo. En sus ochocientas páginas no encontramos ninguna revolución particular. Un prefacio francés indica la posición editorial adoptada. Firmado por Catherine David, se titula "De quel droit?" ["¿Con qué derecho?"] y ya en su octavo renglón nos informa de que "Freud sabía reconocer sus errores, y ése es uno de sus títulos de gloria". Quienes saben comprenden entonces que los pernos de la estatua se ajustarán aún más y que no se asistirá aquí a

un desmontaje del icono. En cuanto a los otros, los que ignoran la amplitud de la fabulación, todavía tendrán que esperar: éste es, desde luego, otro de los casos en que falta una biografía crítica. El reciente trabajo monumental —novecientas veinte páginas— del psicoanalista Gérard Huber, *Si c'était Freud: biographie psychanalytique*, Lormont: Le Bord de l'Eau, 2009, también se inscribe en la corriente hagiográfica. La primera frase del primer capítulo es: “Cuando se describe el árbol genealógico de un patriarca bíblico”, etcétera.

3. EL ODIOS COMO MÉTODO

El inicio de este *Freud. El crepúsculo de un ídolo* cuenta cómo, de adolescente, sucumbí a la leyenda freudiana alimentada por las editoriales serias de París —Gallimard, Presses Universitaires de France—, los editores de libros de bolsillo y los programas de filosofía de los últimos cursos del bachillerato, y luego, cómo seguí presa de su hechizo durante veinte años de actividad docente secundaria y universitaria. Ahora debo decir cómo me deshabilité por medio de la bibliografía.

La publicación del *Livre noir de la psychanalyse: vivre, penser et aller mieux sans Freud*, París: Les Arènes, 2005 [trad. esp.: *El libro negro del psicoanálisis: vivir, pensar y estar mejor sin Freud*, Buenos Aires: Sudamericana, 2007], bajo la dirección de Catherine Meyer, generó una avalancha de artículos en la prensa. Leí algunas reseñas, sobre todo en los diarios que consulto habitualmente, y todas presentaban la obra como un panfleto redactado contra Freud y el psicoanálisis para poner por las nubes y promocionar las famosas TCC (terapias conductistas cognitivas); una mezcolanza de colaboraciones, algunas de las cuales provenían de gente comprometida con antisemitas; una trama de odio personal contra Freud; un conglomerado de aproximaciones y errores fácticos. Lo que leí en la prensa me disuadió de comprar el libro y más aún de leerlo: verificar a través de su lectura la legitimidad de la paliza aplicada a esta publicación de 832 páginas habría sido muestra de un masoquismo que no se cuenta entre mis preferencias.

Por ejemplo, vi cómo se echaban pestes contra ese libro en la pluma de Élisabeth Roudinesco, que entre otras cosas escribía: “En él se trata a Freud de mentiroso, falsario, plagiarista, simulador, propagandista, padre incestuoso” (“Élisabeth Roudinesco contre-attaque”, *L'Express*, 5 a 14 de septiembre de 2005). Dicho así, en efecto, llueven los golpes y el asunto es tan grosero que uno hace a un lado la publicación, sin leerla. Al final de un programa de radio, me llamaron en relación con no sé qué libro y me preguntaron qué opinaba del “caso del *Libro negro*” que presentaba a Freud como mentiroso, propagandista, obsesionado con el sexo, los honores, el dinero, etcétera. A modo de conclusión, dije que semejante proceso era ridículo. *Lamento haberlo dicho*, porque los reproches que se hacen a Freud son legítimos. Y quienes los sostienen apelan a argumentos y pruebas, que no tienen quienes los rechazan. El odio no estaba en el campo de los antifreudianos sino en el de los defensores del psicoanálisis.

Bajo la dirección de Jacques-Alain Miller, estos últimos publicaron un *Anti-livre noir de la psychanalyse* (París: Seuil, 2006), un golpe mediático cuyos modos son

transparentes, puesto que este libro, publicado en febrero de 2006, pretende dar una respuesta colectiva al *Libro negro*. En buena lógica, un texto publicado en febrero de 2006 sobre un libro aparecido en septiembre de 2005 debe haber sido escrito entre estas dos fechas. Sin embargo, la mayor parte de la cuarentena de artículos que lo componen reciclan ponencias presentadas en el Foro Anti-TCC el 9 de abril de 2005..., ¡seis meses antes de la existencia del *Libro negro del psicoanálisis*! La École de la Cause freudienne, a la que se debe ese coloquio, se contentó pues con reciclar un trabajo militante contra las terapias conductistas, *tomando como pretexto un libro que, por tanto, jamás leyó*. En el *Anti-livre noir* casi no hay citas del *Libro negro*, apenas cuatro en trescientas páginas, y con razón.

Los psicoanalistas, agraviados por el informe del Instituto Nacional de Salud e Investigación Médica que en febrero de 2004 mostraba que ocupan, de lejos, el último lugar en la tabla de éxitos terapéuticos relacionados con la psicoterapia, mientras que las TCC son las primeras, encontraban en este caso la oportunidad de publicitar su coloquio confidencial de agosto de 2005: de tal modo que su *Anti-livre noir* obedece a las reglas elementales de la publicidad, por decirlo con cortesía, o de la propaganda, si se pretende hablar francamente.

Ahora bien, de los cuarenta y siete autores del *Libro negro*, sólo nueve invocan las TCC, entre ellos mi amigo Didier Pleux. No se justifica transformar ese libro en máquina de guerra de defensa de éstas. Pero al atraer la atención sobre ese punto y focalizar la discusión sobre ese tema, se evitaba el verdadero debate que tendría que haber permitido a los freudianos demostrar, con pruebas en su apoyo, que Freud no fue *un mentiroso, un falsario, un plagiaro, un simulador, un propagandista, un padre incestuoso*, cosas que, sin embargo, era efectivamente.

Si esas afirmaciones suponían una calumnia, una mentira, bastaba con tomarlas una tras otra y mostrar su falsedad de manera argumentada, sin odio, sin desprecio. Ahora bien, en el *Anti-livre noir de la psychanalyse* esos temas no se abordan en ninguna parte. Y es lógico. *El libro negro* proponía un debate sano, útil: los adversarios decidieron que no lo habría.

Será entretenido leer *Pourquoi tant de haine? Anatomie du “Livre noir de la psychanalyse”* (París: Navarin, 2005), un opúsculo de Élisabeth Roudinesco. Entretenido, porque se verá cómo funciona aquí de maravilla el descubrimiento psicoanalítico mayor hecho en los cursos de recreación, en virtud del cual *el que lo dice lo es*. El odio, en efecto, como podrá verse en ese librito, está en el bando de los defensores de la leyenda y no en quienes hacen un trabajo historiográfico.

El grueso *dossier* de prensa del *Libro negro* —más de doscientas páginas— avergüenza a la prensa francesa y a algunos nombres bien conocidos de la *intelligentsia* de Francia que, una vez más, se deshonran. Pero ya están acostumbrados. Hay en ello material para hacer un análisis bourdieusiano sobre la manera como se perpetúan las alucinaciones colectivas con la complicidad de una presunta *gran prensa*.

Una mención particular para elogiar la honestidad intelectual de Laurent Joffrin y *Le Nouvel Observateur*, que realizaron un verdadero trabajo periodístico sobre el libro y la polémica y salvan el honor de la profesión (véase “Retour sur ‘Faut-il en finir avec la psychanalyse?’”, *Le Nouvel Observateur*, 15 a 21 de septiembre de

2005). Élisabeth Roudinesco respondió con una crítica al texto de Joffrin, y luego convocó a “la crítica de fondo que merece plantearse a la obra que es el objeto de toda esta polémica”. En 2010, esa crítica de fondo todavía está por hacerse. Coincidió con Roudinesco: algún día habrá que abandonar el terreno del insulto, la injuria y la polémica para abordar por fin el tema como adultos.

4. LOS “AUFKLÄRER POSFREUDIANOS”

Se leerá, pues, la experiencia colectiva publicada con el título de *Psychothérapie: trois approches évaluées*, París: Inserm, 2004. Este trabajo de lectura engorrosa debido a su índole de informe administrativo se ocupa de los resultados en los ámbitos de los trastornos de ansiedad, del humor y del comportamiento alimentario (anorexia y bulimia), de la personalidad, de la dependencia del alcohol y de la esquizofrenia.

Otra obra de los freudianos se publicó contra el abrumador informe de los científicos: la firman Jacques-Alain Miller y Jean-Claude Milner y su título es *Voulez-vous être évalué? Entretiens sur une machine d'imposture*, París: Grasset, 2004. Se la incluyó en “Figures”, colección dirigida por Bernard-Henri Lévy, quien, con Philippe Sollers, no ahorró su respaldo a la causa freudiana. Así, podrá leerse su intervención en *Ornicar?*, 51, 2004.

No entraré en los detalles del *Libro negro* para reivindicar el derecho de inventario. Cuarenta y siete intervenciones no podrían constituir una completa homogeneidad sobre la totalidad de los temas. No todos los artículos son de un mismo nivel ni de una misma exigencia intelectual. Así sucede con cualquier obra compuesta de tantas colaboraciones. Pero el trabajo de Catherine Meyer ha tenido, tiene y tendrá importancia en la historia de lo que llamaré los “Aufklärer posfreudianos”.

Querría detenerme en la obra de Mikkel Borch-Jacobsen, que fue el desencadenante de mi lucidez. Ante todo *Souvenirs d'Anna O.: une mystification centenaire*, París: Aubier, 1995, y luego, con Sonu Shamdasani, *Le Dossier Freud: enquête sur l'histoire de la psychanalyse*, París: Les Empêcheurs de Penser en Rond, 2006. El primero de estos libros cuenta cómo se constituye, según la expresión del autor, “la primera mentira psicoanalítica”: falsificaciones, alteraciones, mistificaciones, en efecto, y todo con una altanería sin nombre. El segundo propone los términos del *dossier* que abruma a Freud: de la ficción del autoanálisis como genealogía de la disciplina al embargo de los archivos a fin de impedir el trabajo de los historiadores, pasando por los casos presentados como curados y que jamás lo fueron, y de la empresa hagiográfica de Ernest Jones a la “ciencia privada” que es en sustancia el psicoanálisis mostrado como universalmente válido, las cosas de las que nos enteramos son pasmosas.

Después de mi lectura tuve la oportunidad de conocer a Mikkel Borch-Jacobsen, que fue un lector atento de mi trabajo antes de la publicación y no dejó de corregir los errores que había en el manuscrito. También conocí a Jacques Van Rillaer, que me honró asimismo con una lectura y valiosas observaciones. Dejo constar aquí mi gratitud a ambos.

Jacques Van Rillaer, *Les Illusions de la psychanalyse*, Bruselas: Pierre Mardaga, 1980 [trad. esp.: *Las ilusiones del psicoanálisis*, Barcelona: Ariel, 1985], se cuenta entre quienes constituyen una autoridad en el tema, porque aprendió alemán para leer a Freud, se hizo psicoanalista tras defender su tesis, realizó un análisis didáctico y fue durante diez años miembro de la Escuela Belga de Psicoanálisis, antes de constatar que la aventura se inscribía bajo el signo de la ilusión. La obra toma alegremente diversos caminos, pero, *in fine*, una vez lanzados los fuegos de artificio, no sin humor o ironía, se descubre la naturaleza de la fábula freudiana.

Sintético y destinado al gran público, podrá leerse igualmente a Richard Webster, *Le Freud inconnu: l'invention de la psychanalyse*, Chambéry: Exergue, 1998 [trad. esp.: *Por qué Freud estaba equivocado*, Buenos Aires: Destino, 2002].

Dos gruesos libros podrían presentarse como genealógicos de la lectura crítica del psicoanálisis: Henri F. Ellenberger, *Histoire de la découverte de l'inconscient*, traducido del inglés por Joseph Feisthauer, París: Fayard, 2001 [trad. esp.: *Historia del descubrimiento del inconsciente: historia y evolución de la psiquiatría dinámica*, Madrid: Gredos, 1976], y Frank J. Sulloway, *Freud biologiste de l'esprit*, traducido del inglés por Jean Lelaidier, París: Fayard, 1998. En las antípodas de la leyenda, estos dos autores muestran que el psicoanálisis se inscribe en la historia y que debe mucho a préstamos que relativizan el carácter revolucionario de la empresa presuntamente solitaria de Freud.

Ellenberger comienza, en efecto, por las curaciones ceremoniales prehistóricas e incorpora a Freud en una corriente que lo antecede, con la cubeta de Mesmer, el magnetismo de Puységur, la hipnosis de Charcot, la medicina romántica y el análisis psicológico de Pierre Janet, y que también sigue vigente después de él, por ejemplo con Adler o Jung. Por lo tanto, Freud no es, al margen de la historia, un genio excepcional e insuperable, sino en la historia, un momento en el movimiento de los *curanderos*...

Sulloway muestra la magnitud de la deuda de Freud con la ciencia de su tiempo y señala que está lejos de ser un héroe; antes bien, leyó mucha literatura científica y saqueó en abundancia antes de rebautizar como propios descubrimientos realizados por personas que son desde entonces oscuros desconocidos. Nueve páginas incluidas como apéndice al capítulo 13 (pp. 467-475) proponen un “Catálogo de los principales mitos freudianos”, veintiséis en total, que, bajo la forma de cuadro, muestran cómo se construyó la leyenda y de qué manera hay que deconstruirla: el mito del héroe, el de la eficacia milagrosa del psicoanálisis, el de la ruptura con la biología, el del autoanálisis, etcétera.

5. EL ORO DE LA CORRESPONDENCIA

La literatura sobre el psicoanálisis es abundantísima. La cantidad de obras que explican, cuentan, teorizan, simplifican, complican, comentan, analizan, compendian, condensan, desarrollan, oscurecen la teoría de Freud es considerable. Como las glosas sobre el cristianismo o, hace poco, sobre la patrística marxista. En esas toneladas de papeles inútiles nada merece salvarse. Los psicoanalistas que publican sus reflexiones

equivalen a los obispos que imprimían sus prosopopeyas en la Edad Media cristiana o a los miembros del Politburó que editaban sus discursos marxistas leninistas pronunciados en el Sóviet Supremo.

En cambio, se leerá la correspondencia de Freud con distintos interlocutores, una mina de oro que muestra los bastidores de lo que en el escenario el actor se empeña en presentar como la real verdad. Si hay que leer sólo una, será Sigmund Freud, *Lettres a Wilhelm Fliess (1887-1904)*, París: PUF, 2006 [trad. esp.: *Cartas a Wilhelm Fliess (1887-1904)*, Buenos Aires: Amorrortu, 1994], “edición completa” según puede leerse en la portada, atravesada por una banda que se pregunta: “¿Otro Freud?”. Edición completa porque, en efecto, Ernest Jones y Anna Freud censuraron copiosamente esta correspondencia en la cual se descubre a un Freud... “mentiroso, falsario, plagiarlo, simulador, propagandista, padre incestuoso”, para repetir la bella letanía de Élisabeth Roudinesco.

Con ello, los signos de interrogación podrán eliminarse: sin duda es *otro Freud* el que propone esta primera edición íntegra, es decir, sin censura. Un Freud que manifiesta una endiablada mala fe en el caso de Emma Eckstein; un Freud que quiere dinero y celebridad, y los quiere pronto; un Freud que rinde culto a necesidades: numerología, telepatía, ocultismo, superstición; un Freud que afirma su deseo de acostarse con su madre; un Freud fascinado al contar a su amigo un sueño sexual con una de sus hijas, y un Freud que toma de Fliess su teoría de la bisexualidad. Esto es, un Freud sobre quien ninguno de los turiferarios se manifiesta, un Freud contado por algunos autores del *Libro negro*, un Freud que quieren ignorar con soberbia los autores del *Anti-livre noir*... Se entiende que la edición de esta correspondencia, al menos las cartas de Freud, dado que éste suprimió las de Fliess para evitar dejar huellas, haya generado tanta histeria en Anna Freud y Ernest Jones y en él mismo cuando supo que estaban en venta en una librería y quiso que las destruyeran. Una edición censurada, astutamente fabricada con fragmentos escogidos para ilustrar la leyenda, fue autoridad durante mucho tiempo con el título de *Los orígenes del psicoanálisis*.

Para los años de juventud: Sigmund Freud, *Lettres de jeunesse*, traducción de Cornélius Heim, París: Gallimard, 1990 [trad. esp.: *Cartas de juventud: con correspondencia en español inédita*, Barcelona: Gedisa, 1992], donde se encontrará el detalle de un Freud seducido por una muchacha porque está enamorado de la madre de ella (carta del 4 de septiembre de 1872). Véanse también, anecdóticas, las *Lettres de famille de Sigmund Freud et des Freud de Manchester (1911-1938)*, traducción de Claude Vincent, París: PUF, 1996 [trad. esp.: *Viena y Manchester: correspondencia entre Sigmund Freud y su sobrino Sam Freud, 1911-1938*, Madrid: Síntesis, 2000].

La correspondencia de viaje de Freud entre 1895 y 1923 se publicó con el título de *Notre cœur tend vers le Sud: correspondance de voyage, 1895-1923*, París: Fayard, 2005 [trad. esp.: *Cartas de viaje, 1895-1923*, Madrid: Siglo XXI, 2006]. En ella podrán leerse las postales que él envía a su mujer mientras disfruta de vacaciones con su cuñada... En la p. 57 hay un interesante cuadro de los periodos y lugares de estadia, así como de las compañías. El palmarés por haber sido la compañera de viaje más frecuente se lo lleva Minna. ¿Habrà que sorprenderse?

Sigmund Freud y Ludwig Binswanger, *Correspondance (1908-1938)*, traducción de Ruth Menahem y Marianne Strauss, París: Calman-Lévy, 1995. Por ella nos enteramos de que, pese a la omnipotencia del psicoanálisis, si damos crédito a lo que de él dice Freud, el 9 de abril de 1910 éste prescribe el psicroforo (sonda introducida en el pene para inyectar agua helada) como tratamiento para el onanismo, considerado como una enfermedad. Véase asimismo, para calibrar hasta qué punto el psicoanálisis no puede curar, esta frase en una carta del 28 de mayo de 1911: “A la cura psicoanalítica se la llama un ‘blanqueo de negro’”. En este libro vemos a Freud deseoso de hacer de su inconsciente un pariente del nóumeno kantiano, cosa que Binswanger rechaza.

Lou Andreas-Salomé, *Correspondance avec Sigmund Freud (1912-1936), suivi du Journal d’une année (1912-1913)*, traducción de Lily Jumel, París: Gallimard, 1992 [trad. esp.: *Sigmund Freud, Lou Andreas-Salomé: correspondencia*, México: Siglo XXI, 1977, y *Aprendiendo con Freud: diario de un año, 1912-1913*, Barcelona: Laertes, 2001], para advertir que también una mujer libre puede ser influenciable y desatender su libertad mental —que constituye por otra parte su grandeza—, para luego hacerse discípula en la menos interesante de las acepciones. Freud se confía mucho a ella en lo relacionado con Anna.

La *Correspondance (1906-1914)* con Carl Gustav Jung, traducción de Ruth Fivaz-Silbermann, París: Gallimard, 1975 [trad. esp.: *Correspondencia*, Madrid: Taurus, 1979], es interesante porque muestra cómo, sobre la base de un esquema probado en muchas relaciones de Freud con analistas muy allegados, el vínculo parte de una especie de sublimación amorosa para luego hundirse en el drama pasional. Del “Mi apreciado colega” (11 de abril de 1906) al “Apreciado señor presidente” (3 de enero de 1913) que anuncia la ruptura —“Le propongo, pues, que rompamos por completo nuestras relaciones privadas”—, pasando por “Mi querido amigo” (21 de junio de 1908) y “Querido amigo y heredero” (15 de octubre de 1908), Freud vive sus relaciones a la manera amorosa, incluso en el final, cuando suelta los perros y trata de enfermo a quien ha amado.

Con respecto a la carta del 25 de junio de 1931 en la que Freud dice a Stefan Zweig que ha observado que los músicos mantienen extrañas relaciones con los pedos, y que hay en ello una pista que debe profundizarse, véase *Correspondance*, traducción de Gisela Hauer y Didier Plassard, París: Rivages, 1991, col. “Petite Bibliothèque Rivages” [trad. esp.: *Correspondencia: con Sigmund Freud, Rainer Maria Rilke y Arthur Schnitzler*, Barcelona: Paidós, 2004]. En ella se descubre asimismo a un Freud descontento con Zweig, porque éste lo ha asociado a Mesmer y Mary Baker Eddy en *La Guérison par l’esprit*, traducción de Alzir Hella y Juliette Pary, París: Livre de Poche, 2003 [trad. esp.: *La curación por el espíritu (Mesmer, Mary Baker-Eddy, Freud)*, Barcelona: El Acantilado, 2006]. Pero no dirá nada a su autor. El descontento se expresa en una carta del 10 de septiembre de 1930 a su homónimo, Arnold Zweig, en *Correspondance: 1927-1939*, traducción de Luc Weibel y Jean-Claude Gehring, París: Gallimard, 1973 [trad. esp.: *Correspondencia 1927-1939*, Barcelona: Gedisa, 2000].

Para terminar, acerca de la cuestión política, la de las relaciones entre psicoanálisis y nacionalsocialismo, algunas cartas a Max Eitingon son una mina de informaciones:

Correspondance (1906-1939), traducción de Olivier Mannoni, París: Hachette, 2009. Esta correspondencia es igualmente indispensable para abordar la maquinaria de la institución psicoanalítica.

6. DOLLFUSS, MUSSOLINI, GÖRING Y FREUD

En lo referido a la política de Freud, las obras que dicen estar explícitamente consagradas al tema son lamentables: nada sobre la relación con Mussolini o Dollfuss, y nada sobre la colaboración con Matthias Göring, director del Instituto con el cual Eitingon y Freud encontraron un *modus vivendi*. En consecuencia, se evitará por completo a Paul Roazen, *La Pensée politique et sociale de Freud*, Bruselas: Complexe, 1976 [trad. esp.: *Freud: su pensamiento político y social*, Barcelona: Martínez Roca, 1972], así como el inútil y verboso *Freud apolitique?*, de Gérard Pommier, París: Flammarion, 1997, col. “Champs” [trad. esp.: *¿Freud, apolítico?*, Buenos Aires: Nueva Visión, 1987]. En cambio, es decididamente conveniente leer la notable obra de Geoffrey Cocks, *La Psychothérapie sous le III^e Reich: l’Institut Göring*, traducción de Claude Rousseau-Davenet y Jean-Loup Roy revisada por Monica Romani, París: Les Belles Lettres, 1987. Acerca de los psicoterapeutas, entre ellos los psicoanalistas, en ese libro se puede leer lo siguiente: “Aun en los peores momentos de la persecución nazi, siempre les resultó posible proseguir con sus actividades. Por añadidura, las condiciones particulares que prevalecieron a partir de 1933 permitieron a algunos psicoterapeutas alcanzar un estatus institucional y una capacidad de práctica antes jamás logrados, y sin igual desde entonces en Alemania” (p. 16). Recordemos que el libro apareció en la colección “Confluents Psychanalytiques” dirigida por Alain de Mijolla, quien, en las antípodas de los escritores de la leyenda, realizó con ese volumen un verdadero trabajo de editor de la historia del psicoanálisis.

El silencio acerca de la dedicatoria que Freud escribe a Mussolini en un ejemplar de “¿Por qué la guerra?” es la estrategia más probada a ese respecto. Como el tema se evita, el problema desaparece. Ésa es probablemente la razón por la que el voluminoso *Dictionnaire des œuvres psychanalytiques* de Paul-Laurent Assoun, París: PUF, 2009, encuentra la manera de silenciar ese hecho crucial. Sus 1.468 páginas se ocupan de todos los libros de Freud (y de algunos otros: Melanie Klein, Lacan, Jones, Rank, etcétera) con arreglo a un esquema idéntico: título en lengua original, traducciones, ediciones diversas, fechas de publicación, lugar de aparición, remisión a la obra completa, explicación del título, génesis de la obra, contexto, estructura, tesis y problemática, argumentación, propuestas conceptuales, aportes clínicos, características formales, recepción y posteridad, autores citados y correlatos. Seis páginas (pp. 956-961) se dedican a “¿Por qué la guerra?” (trece páginas en la obra completa), y en el momento titulado “Recepción y posteridad” nos enteramos, por ejemplo, de que veinticinco años después Denis de Rougemont publicó una reseña en la revista *Réalités*, 147, enero-abril de 1958. Pero no sabremos que, a petición de Edoardo Weiss, fundador de la Sociedad Italiana de Psicoanálisis, Freud redactó una dedicatoria elogiosa al Duce en la página de guarda de ese libro escogido

por él mismo.

Un extraño olvido que no es posible achacar a la ignorancia del autor, porque en una obra anterior titulada *L'Entendement freudien: logos et anankè*, París: Gallimard, 1984 —esto es, un cuarto de siglo antes del famoso *Dictionnaire*—, e incluida en la colección “Connaissance de l’Inconscient” (*Inconscient* con mayúscula) que dirigía el psicoanalista Jean-Bertrand Pontalis, la historia de la dedicatoria elogiosa de Freud a Mussolini es objeto de un análisis titulado “Freud y Mussolini” (pp. 253-256), ¡una reflexión como resultado de la cual aquél pasa por impartir una lección de filosofía política al dictador italiano! ¿Y al hacer de él un “héroe de la cultura”? ¿Y al dirigirle “el saludo respetuoso de un anciano”? Hay que recordar, claro, que Paul-Laurent Assoun habla sin temor al ridículo del “color anarquizante de la posición política de Freud” (p. 244, una idea reiterada en la p. 260)...

Nos referiremos entonces a los recuerdos de Paula Fichtl recogidos por Detlef Berthelsen bajo el título de *La Famille Freud au jour le jour: souvenirs de Paula Fichtl*, traducción de Lucien-Marie Robin, París: PUF, 1991 [trad. esp.: *La vida cotidiana de Sigmund Freud y su familia: recuerdos de Paula Fichtl*, Barcelona: Ediciones 62, 1995], una obra que los hagiógrafos considerarán sin duda despreciable, porque se trata de las confesiones de una empleada doméstica que estuvo cincuenta y tres años al servicio de los Freud, primero en Viena y luego en Londres. A quienes tengan ese testimonio por un cotilleo desdeñable, les recordaremos que se publicó en la “Bibliothèque de Psychanalyse” dirigida por Jean Laplanche, autor, junto con Jean-Bertrand Pontalis, de un *Vocabulaire de la psychanalyse* que es autoridad desde su publicación en PUF en 1967 [trad. esp.: *Diccionario de psicoanálisis*, Barcelona: Paidós, 1996]. La subcolección de esa colección se llama “Stratégies de la Psychanalyse”. Es en ese libro, lo recuerdo, donde puede leerse una afirmación de Freud a Max Schur, su amigo médico: “El Gobierno austriaco es por cierto ‘un régimen más o menos fascista’” (p. 75). Pese a todo, según el recuerdo que decenas de años después aún guarda Martin, el hijo de Freud, ese gobierno “tenía todas nuestras simpatías”. La masacre perpetrada por la Heimwehr entre los obreros de Viena deja a Freud indiferente. “¿Freud, apolítico?”, se preguntaba Gérard Pommier.

7. PARERGA UND PARALIPOMENA

Y además, para terminar esta bibliografía desordenadamente comentada, mencionemos los cuatro volúmenes titulados *Les Premiers psychanalystes: minutes de la Société Psychanalytique de Vienne*, traducción de Nina Schwab-Bakman, París: Gallimard, 1976, así divididos: vol. 1, 1906-1908; vol. 2, 1908-1910; vol. 3, 1910-1911, y vol. 4, 1912-1918 [trad. esp. parcial: *Las reuniones de los miércoles: actas de la Sociedad Psicoanalítica de Viena*, Buenos Aires: Nueva Visión, 1979, vol. 1, 1906-1908, y vol. 2, 1908-1909], una suma que transforma al lector en un ratoncito admitido en las veladas en las que se urde la aventura freudiana. Merecen leerse las interminables discusiones contra el onanismo, similares a las que podrían tener lugar en una reunión de catequisis.

Los trabajos de Paul-Laurent Assoun, *Freud, la philosophie et les philosophes*, París: PUF, 1976 [trad. esp.: *Freud, la filosofía y los filósofos*, Buenos Aires: Paidós, 1976], y *Freud et Nietzsche*, París: PUF, 1980 [trad. esp.: *Freud y Nietzsche*, México: Fondo de Cultura Económica, 1984], se mueven siempre en el sentido indicado por Freud. No se trata, por tanto, de considerar el tema desde el punto de vista de la represión freudiana de la filosofía. Estos dos libros se contentan con un copiado y pegado de las palabras del maestro, seguidas de una disposición universitaria de las informaciones sobre la cuestión. Es de esperar un estudio verdaderamente liberado de la tutela de Freud, es decir un libro libre de un hombre libre.

Para apreciar la distancia entre la afirmación de que Freud se valió del psicoanálisis para atender y curar a personas y la realidad que muestra un panorama muy distinto, véase, sobre el caso de Serguéi Pankejeff, el libro de Karin Obholzer, *Entretiens avec l'Homme aux loups: une psychanalyse et ses suites*, traducción de Romain Dugas, París: Gallimard, 1981 [trad. esp.: *Conversaciones con el Hombre de los Lobos: un psicoanálisis y sus consecuencias*, Buenos Aires: Nueva Visión, 1996]. Por ejemplo, en la p. 149: “En vez de hacerme bien, los psicoanalistas me hicieron mal”, afirma el hombre que, presuntamente curado por Freud, sigue todavía en análisis cuando tiene cerca de noventa años. Añádase, sobre el mismo caso, Patrick Mahony, *Les Hurlements de l'Homme aux loups*, traducción de Bertrand Vichyn, París: PUF, 1995.

La *Chronologie de la psychanalyse du temps de Freud (1856-1939)*, de Olivier Douville, París: Dunod, 2009, se propone hacer lo que el título indica. En ella descubrimos que la leyenda de un Freud aislado, solitario, poco querido, genio desconocido, no se sostiene ni por un instante. Muy rápido y muy pronto se comenzó a hablar de su trabajo en el planeta entero, como muestran las informaciones presentadas de la manera más neutra posible. Trabajo de verdadera desmitificación bajo su apariencia de catálogo de hechos desnudos.

Una biografía políticamente correcta de la hija de Freud: Uwe Henrik Peters, *Anna Freud*, traducción de Jeanne Etoré, París: Balland, 1987. En la misma vena, una biografía de Martha Freud: Gérard Badou, *Madame Freud*, París: Payot, 2006 [trad. esp.: *Martha Freud: una compañera irremplazable*, Buenos Aires: El Ateneo, 2007]. O bien, de Gabrielle Rubin, *Le Roman familial de Freud*, París: Payot, 2002. Los temas son apasionantes, pero su tratamiento, a menudo indigente: esos trabajos, en efecto, se inscriben en la perspectiva hagiográfica y agregan apéndices a la empresa de Ernest Jones. Faltan biografías de Freud y Anna, y de Martha y Minna, la mujer y la cuñada, que no abunden en la postal, sino que propongan un real trabajo de historiador. Digamos que el implacable embargo de los archivos para cualquier investigador que no muestre un celo freudiano impide un trabajo digno de ese nombre. Mientras los freudianos prohíban el libre acceso a los archivos, podrá pensarse que tienen cosas que ocultar, cosas que validan plenamente los trabajos críticos sobre el psicoanálisis. Por ejemplo, algunos archivos de la Biblioteca del Congreso de Washington están sellados hasta 2103. ¡Es preciso que haya cosas que ocultar para haber vedado hasta ese punto la posibilidad de efectuar un trabajo historiográfico sobre esa leyenda del siglo XX que fue el freudismo!

8. ¿TENER RAZÓN CON LA DERECHA O EQUIVOCARSE CON LA IZQUIERDA?

Tras haber revelado la verdad sobre la naturaleza criminal del régimen soviético en *El hombre rebelde*, Albert Camus tuvo que escuchar a Sartre decir que la buena recepción brindada a su libro por la derecha lo invalidaba, con lo cual daba a entender que la verdad está a la izquierda y el error a la derecha. Camus denunciaba los campos, pero Sartre no podía admitirlo con el pretexto de que “los capitalistas y los burgueses” suscribían el análisis hecho por aquél. Simone de Beauvoir escribe en “La pensée de droite aujourd’hui”, artículo incluido en *Faut-il brûler Sade?*, París: Gallimard, 1972, col. “Idées” [trad. esp.: *¿Hay que quemar a Sade?*, Madrid: Visor, 2000]: “La verdad es una, el error, múltiple. No es una casualidad que la derecha profese el pluralismo” (p. 85). La respuesta de Camus a Sartre: “La verdad de un pensamiento no se decide en función de que esté a la derecha o a la izquierda, y menos aún según lo que la derecha o la izquierda decidan hacer con él. Si la verdad, finalmente, me pareciera de derecha, estaría con ella”.

Todos padecemos de esa nociva hemiplejía que consiste en creer que la verdad está en un campo político y el error en otro, cosa que mis convicciones de izquierda, precisamente, me obligan a precisar. La posibilidad de ser un hombre libre cuando se reivindica un campo y no otro es negada por ambos a la vez. No importa. Camus mostró el camino: “Si la verdad, finalmente, me pareciera de derecha, estaría con ella”. Suscribo esta magnífica frase.

Por eso hay que abordar sin rodeos la cuestión de la crítica del psicoanálisis procedente de la derecha. Si un autor de esa tendencia escribe que Freud destruyó las pruebas de un error de prescripción que ocasionó la muerte de su amigo Fleischl-Marxow, ¿habrá que inferir que eso es falso *porque quien lo dice es de derecha*? Unos cuantos “historiadores” del psicoanálisis, turiferarios comprobados, no vacilan en responder que sí, puesto que, para ellos, un escritor de derecha miente siempre y un autor de izquierda dice siempre la verdad. ¡Se apreciarán los efectos de semejante desatino sobre la calidad del debate intelectual francés! Y sobre la posibilidad de promover la causa de la Historia. Muchos ex defensores del Partido Comunista en sus años estalinistas, del marxismo leninismo en los territorios de mayo de 1968 y del momento maoísta de la École Normale Supérieure de la década de los setenta, persisten en la ideología doctrinaria y son incapaces de discernir y aceptar la verdad histórica indiscutible cuando es enunciada por críticos derechistas.

En consecuencia, he leído a autores de derecha críticos del psicoanálisis y no pronunciaré mi juicio en función de su opción política sino con respecto a la calidad de su trabajo. Cuando, por ejemplo, leo a Gérard Zwang, *La Statue de Freud*, París: Robert Laffont, 1985, compruebo dos cosas: una capacidad para la objetividad en la exposición honesta del pensamiento de Freud a lo largo de varios centenares de páginas, pero también una militancia a ultranza que impide utilizar esta obra y tomarla como referencia. Así, en la p. 840, el autor está en una parte del libro donde critica el freudismo como fermento de la decadencia de nuestras costumbres y de la podredumbre de nuestra civilización, y presenta a sesentaiochistas lectores de Marcuse, Van Eigem [sic], Foucault “y toda la cohorte de barbudos mugrientos alternativos [que] elevan los revolcones en público, el ‘amor comunitario’ o la caca

en el salón al rango sublime de *desquite revolucionario liberador*". Zwang hace hablar a uno de ellos: "Quítate las bragas, hija de puta, te vamos a mostrar qué es la revolución sexual; y trata de no berrear: las sucias hijas de los burgueses son todas cómplices de los explotadores, y es muy posible incluso que tengamos a bien dártela por el culo". Por más que el autor, sexólogo (!), aficionado al arte, melómano histérico contra los barroquistas, bien pueda, en otro momento de su libro, proponer una alternativa psicológica al psicoanálisis, costará invocarla con serenidad.

Igual vindicta había recibido a Pierre Debray-Ritzen y su libro *La Scolastique freudienne*, París: Fayard, 1972 [trad. esp.: *La escolástica freudiana*, Madrid: Guadarrama, 1975], con prefacio de Arthur Koestler —a quien el autor consagró luego un *Cahier de l'Herne*—, y donde estigmatiza el discurso freudiano y lo compara con las logomaquias universitarias medievales pasadas de moda. A lo cual este mandarín de la medicina psiquiátrica agrega que el psicoanálisis no puede ser científico, en contra de lo que Freud dice constantemente. Como conclusión, anuncia que refutar no es tarea agradable y que no volverá al tema. Sin embargo, pasado un tiempo señala con honestidad que se desdice y publica *La Psychanalyse, cette imposture*, París: Albin Michel, 1991, para volver a la carga porque, diecinueve años después, el freudismo sigue engañando. Las apariciones del autor de una *Lettre ouverte aux parents des petits écoliers* en el estudio televisivo de *Apostrophes* mostraban a un médico de pajarita que denigraba su época y echaba pestes contra el psicoanálisis en nombre de la neuropsicología. Este biógrafo de Claude Bernard, defensor del método experimental, critica el psicoanálisis por culpabilizar a los padres de hijos anoréxicos. Relaciona la dislexia con la genética y ataca a Bettelheim. Sus palabras pueden consultarse aún en el sitio del Groupe de Recherche et d'Étude pour la Civilisation Européenne. Hacia el final de su vida, este tío de Régis Debray que ya no podía más conducía un programa literario en radio Courtoisie, un medio claramente situado a la derecha de la derecha. Una vez más, la crítica de Freud parecía ser una especialidad de los reaccionarios de derecha. ¿Cómo entender entonces la justeza de buenos argumentos críticos en un mundo donde lo esencial de la clase intelectual comulga menos con la izquierda que con su catecismo?

Por su parte, René Pommier firma un *Sigmund est fou et Freud a tout faux: remarques sur la théorie freudienne du rêve*, París: Éditions de Fallois, 2008, después de haber ganado lustre antaño en un combate contra un ídolo intelectual de St. Germain des Prés con su *Roland Barthes, ras le bol!* (Vincennes: Roblot, 1987). Normaliano, catedrático, doctor, profesor en la Sorbona, este racionalista que publica también en la editorial de los ateos de la Union rationaliste, puntualiza ya en la primera página de su libro que es amigo de Debray-Ritzen, pero que se siente aún más antifreudiano que él, que era psiquiatra infantil, en lo concerniente a la cuestión de la sexualidad de los niños. Así pues, sus "Observaciones sobre la teoría freudiana del sueño", subtítulo de su texto contra Freud, acompañado de un título más apto para satisfacer las ambiciones comerciales de su editor ["Sigmund está loco y Freud entiende todo al revés"], bastaron para incluir ese libro en la colección de panfletos incapaces de atacar el barniz del ídolo freudiano.

Por último, debo decir algunas palabras sobre *Mensonges freudiens* de Jacques Bénesteau, Bruselas: Pierre Mardaga, 2002, una obra subtitulada *Histoire d'une*

désinformation séculaire en cuyo corpus no he encontrado nada digno de mencionarse en el sentido de los aspectos —fastidiosos— que abundan en los libros de los autores precitados: nada de escritura polémica que recuerde, en el estilo, la tradición de la derecha de antes de la guerra; nada de ironía respaldada con insultos *ad hominem*; nada de mezclas con la historia contemporánea, por ejemplo las típicas alusiones a la responsabilidad del psicoanálisis en la decadencia de nuestra época o nuestra civilización, y nada de defensa de un negocio contra otro, aunque el autor, psicólogo clínico, trabaja en el sector científico. No obstante, este libro, que sintetiza los trabajos críticos sobre Freud y el psicoanálisis, ha sido objeto de un ataque en regla: sea por la conspiración de silencio (no encontró editor alguno en Francia), sea por la acusación de antisemitismo. En su obra, Bénesteau critica el uso que Freud hace del antisemitismo para explicar el aislamiento que le imponen sus pares, la falta de reconocimiento por la universidad, su lento camino al éxito. Para apoyar su argumento, señala que en la Viena de esa época muchos judíos ocupaban puestos importantes en la justicia, la política, el periodismo, el mundo editorial. Esto le valdrá que Élisabeth Roudinesco lo incluya en el campo del “antisemitismo enmascarado”: *enmascarado*, es decir, *invisible* aunque presente y real; advierta cada quien la sutileza y el carácter irrefutable de semejante alegación.

Ahora bien, la lectura de ese voluminoso libro no permite descubrir ninguna observación antisemita, y en él no se encuentra posición alguna que revele la preferencia política de su autor. El quid, sin embargo, está en otra parte. La obra tiene, en efecto, un breve prefacio de Jacques Corraze, sobriamente presentado como “profesor universitario honorario”. Este hombre, que es catedrático de filosofía y medicina, además de psiquiatra, es también un ex profesor de Bénesteau. Pero, asimismo, un simpatizante del Frente Nacional que coordinó una mesa redonda de la universidad de verano de esa agrupación y fue invitado de honor en una conferencia del Club de l’Horloge[16]. Forma igualmente parte de un comité por el restablecimiento de la pena de muerte y de una asociación por el respeto de la identidad francesa. Cuando Jacques Bénesteau se enfrentó en los tribunales a Élisabeth Roudinesco en torno al tema del presunto antisemitismo de su libro, contó con la asistencia profesional de Me Wallerand de Saint-Just, el abogado de... Jean-Marie Le Pen, que también encabezó la lista del Frente Nacional en las elecciones de 2001 en Soissons. François Aubral, que fue coautor con Xavier Delcourt del famoso *Contre la nouvelle philosophie* (París: Gallimard, 1977) [trad. esp.: *Contra la nueva filosofía*, México: Premia, 1978], defendió el trabajo de Bénesteau, sin dejar por eso de desvincularse de toda asociación con su prologuista.

Es difícil separar el *buen grano del trabajo crítico* auténtico y digno de ese nombre de la *cizaña política*, pero sobre todo politiquera. Inmersa en un contexto reaccionario, conservador, de derecha y de extrema derecha, toda esta literatura, aunque justa en el terreno de la denuncia de la fabulación freudiana, no pudo tener una verdadera repercusión en la totalidad del público. Cualquier crítica de Freud, del freudismo y del psicoanálisis podía pasar fácilmente por un acompañamiento político de esa nebulosa crítica. La confiscación del debate crítico por la “derecha” socavaba el debate.

9. TENER RAZÓN CON LA IZQUIERDA

Por fortuna, hay una crítica del psicoanálisis que no transige con esa cizaña y no obliga a discernir entre la justeza de un análisis crítico y su uso político derechista. Prueba de que la crítica de la disciplina no es patrimonio exclusivo del conservadurismo, la derecha reaccionaria o la extrema derecha disimulada o militante.

Así ocurre con los partidarios del freudomarxismo, que cuentan con mi simpatía. Entre ellos Wilhelm Reich, cuyo *La Fonction de l'orgasme*, París: L'Arche, 1971 [trad. esp.: *La función del orgasmo: el descubrimiento del orgón*, Buenos Aires: Paidós, 1974], iluminó mis años adolescentes, al igual que *Psychologie de masse du fascisme*, París: Payot, 1972 [trad. esp.: *Psicología de masas del fascismo*, Barcelona: Bruguera, 1980], y *L'Irruption de la morale sexuelle: étude des origines du caractère compulsif de la morale sexuelle*, París: Payot, 1972 [trad. esp.: *La irrupción de la moral sexual: estudio de los orígenes del carácter compulsivo de la moral sexual*, Buenos Aires: Homo Sapiens, 1973]. La biografía de Gérard Guasch, *Wilhelm Reich: biographie d'une passion*, Vannes: Sully, 2007, no calla el final trágico de un hombre que se hundió en la locura. Conviene leer, del propio Wilhelm Reich, *Passion de jeunesse: une autobiographie, 1897-1922*, París: L'Arche, 1990 [trad. esp.: *Pasión de juventud: una autobiografía, 1897-1922*, Barcelona: Paidós, 1990], un texto autobiográfico, y *Reich parle de Freud: Wilhelm Reich discute de son œuvre et de ses relations avec Sigmund Freud*, París: Payot, 1972 [trad. esp.: *Reich habla de Freud: Wilhelm Reich comenta su obra y su relación con Sigmund Freud*, Barcelona: Anagrama, 1970], para recapitular lo que él conserva de Freud (la necesidad del psicoanálisis), lo que supera (el ahistoricismo freudiano) y lo que propone (una acción política militante). La obra de Jean-Michel Palmier, *Wilhelm Reich: essai sur la naissance du freudo-marxisme*, París: Union Générale d'Éditions, 1969, col. "10-18" [trad. esp.: *Wilhelm Reich: ensayo sobre el nacimiento del freudo-marxismo*, Barcelona: Anagrama, 1970], constituye una buena introducción.

En 1959, Erich Fromm efectúa un interesante trabajo de inventario en *La Mission de Sigmund Freud: une analyse de sa personnalité et de son influence*, Bruselas: Complexe, 1975 [trad. esp.: *La misión de Sigmund Freud: su personalidad e influencia*, México: Fondo de Cultura Económica, 1960], y no oculta los vínculos de Freud con los regímenes autoritarios: "Un año antes de la victoria de Hitler, [Freud] desespera de la posibilidad de la democracia y presenta como única esperanza la dictadura de una élite de hombres valerosos y dispuestos al sacrificio" (p. 93). Su *Grandeur et limites de la pensée freudienne*, París: Robert Laffont, 1980 [trad. esp.: *Grandeza y limitaciones del pensamiento de Freud*, México: Siglo XXI, 1988], puntualiza con toda claridad lo que puede reprocharse al psicoanálisis, desde su epistemología antojadiza hasta su transformación en "una teoría de la adaptación", pasando por un examen crítico de los grandes conceptos freudianos: inconsciente, Edipo, transferencia, narcisismo, interpretación de los sueños. Fromm defiende la "biofilia" y ataca la "tanatofilia", dos conceptos cardinales. Para el primero, leer *Aimer la vie: causeries radiophoniques*, París: Epi, 1992 [trad. esp.: *El amor a la vida: conferencias radiofónicas*, Barcelona: Paidós, 1985], y para el segundo, *La*

Passion de détruire: anatomie de la destructivité humaine, París: Robert Laffont, 1975 [trad. esp.: *Anatomía de la destructividad humana*, Madrid: Siglo XXI, 1975].

Por último, Herbert Marcuse, que comienza por publicar *Eros et civilisation: contribution à Freud*, París: Éditions de Minuit, 1955 [trad. esp.: *Eros y civilización*, Barcelona: Seix Barral, 1969], sigue con *L'Homme unidimensionnel: essai sur l'idéologie de la société industrielle avancée*, París: Éditions de Minuit, 1964 [trad. esp.: *El hombre unidimensional*, Barcelona: Ariel, 1994], y, para terminar, presenta *Vers la libération: au-delà de l'homme unidimensionnel*, París: Éditions de Minuit, 1969 [trad. esp.: *Un ensayo sobre la liberación*, México: Joaquín Mortiz, 1969], entre otras grandes obras. Marcuse propone una crítica del capitalismo y del marxismo leninismo, de la sociedad de consumo y de la burocracia leninista, en favor de una sociedad organizada sobre la base del principio de placer. Esta obra fundamental fue de mucha utilidad a ciertos filósofos franceses de la llamada *French theory* (!), que tomaron la precaución de ocultar sus fuentes y no citarlo, a la vez que saqueaban por completo el fondo para contentarse con una vestidura típica de la década de 1970. Se encontrará una buena obra de síntesis en Jean-Michel Palmier, *Présentation d'Herbert Marcuse*, París: Union Générale d'Éditions, 1969, col. "10-18" [trad. esp.: *Introducción a Marcuse*, Buenos Aires: Ediciones de la Flor, 1970]. Dedicaré un volumen de mi *Contrahistoria de la filosofía* a estos tres autores.

10. CRÍTICAS FILOSÓFICAS

Se hallará asimismo una crítica del psicoanálisis freudiano en filósofos de calidad, alejados de toda polémica y con la única inquietud de hacer un trabajo digno de la Ilustración del siglo XVIII con respecto a esta nueva manera de encarnar la antifilosofía. La lista de autores que, sobre el tema, son representantes de la Ilustración (Alain, Jaspers, Politzer, Sartre, Popper, Wittgenstein, Deleuze y Guattari, Derrida) mostrará a los críticos de los críticos del psicoanálisis que uno no es forzosamente de derecha, de extrema derecha, petainista, vichysta, antisemita o compañero de ruta de los nazis quemadores de libros cuando se permite no estar de acuerdo con la fabulación freudiana y recurre a la razón razonable y razonante.

En la gran tradición del espiritualismo francés, Alain, por ejemplo, rechaza en *Éléments de philosophie* que el inconsciente se piense como una instancia autónoma con plenos poderes sobre el ser y la conciencia, y debido a ello lo erige en un "personaje mitológico". Véase "Notes sur l'inconscient", en *Éléments de philosophie*, París: Gallimard, 1962, col. "Idées", p. 149.

Karl Jaspers escribe en *La Situation spirituelle de notre époque*, París: Desclée de Brouwer, 1951 [trad. esp.: *Ambiente espiritual de nuestro tiempo*, Barcelona: Labor, 1955], que la teoría freudiana de la libido no puede bastar para abarcar a la totalidad del hombre, imposible de reducir a sus meros instintos y pulsiones. Filósofo y médico, psiquiatra y clínico, pensador del existencialismo, publica *Psychopathologie générale*, París: Alcan, 1928, col. "Bibliothèque des Introuvables" [trad. esp.: *Psicopatología general*, México: Fondo de Cultura Económica, 1993], obra traducida por un equipo que contará entre sus miembros a jóvenes normalianos, entre ellos un

tal Jean-Paul Sartre asociado a su amigo Paul Nizan. La obra será de importancia para Gilles Deleuze.

Georges Politzer, fusilado por los alemanes en Mont-Valérien en mayo de 1942, a los treinta y nueve años, fue un joven y brillantísimo filósofo, interrumpido en el desarrollo de su genio por la barbarie nazi. Se le debe una *Critique des fondements de la psychologie*, París: Rieder [trad. esp.: *Crítica de los fundamentos de la psicología*, Barcelona: Martínez Roca, 1969], un texto publicado en 1928 cuando el autor tenía veinticinco años, que recusa el inconsciente freudiano presentado como sello del carácter mitológico y precientífico del psicoanálisis, para oponerle una “psicología concreta” injustamente olvidada. Se leerá asimismo *Écrits 2: Les fondements de la psychologie*, textos reunidos por Jacques Debouzy, París: Éditions sociales, 1969, donde se descubrirá la trayectoria de un joven filósofo tentado por Freud que luego rectifica su entusiasmo inicial —le gustaba entonces que esa nueva disciplina escandalizara al burgués—, para escribir artículos que muestran un campo de trabajo prometedor pero abandonado.

Sartre, especialista de lo inconcluso, dedica un capítulo de *L'Être et le Néant: essai d'ontologie phénoménologique*, París: Gallimard, 1943 [trad. esp.: *El ser y la nada: ensayo de ontología fenomenológica*, Madrid: Alianza, 1989], al “psicoanálisis existencial”: cuarta parte, “Tener, ser y hacer”, capítulo 2, “Hacer y tener”, primer desarrollo, “El psicoanálisis existencial”. *Baudelaire*, después *San Genet*, *comediante y mártir* y por último *El idiota de la familia*, mil quinientas páginas pese al inacabamiento, constituyen otros tantos ejercicios concretos de la revolución en el psicoanálisis por la cual, a mi juicio, su autor dejará un nombre en la historia de la filosofía. Bajo los efectos del coridrane, el alcohol y otros estimulantes que tornan brumosas las exposiciones, y por debajo del brillante normaliano con el genio propio de un hombre que transfigura en texto todo lo que toca, se supone una intuición genial que no deja de ser una potencialidad insuficientemente explotada: un psicoanálisis sin el inconsciente freudiano, que atribuye a la conciencia, el para sí en la jerga sartreana, un papel arquitectónico en la construcción de uno mismo.

Karl Popper, autor de *La sociedad abierta y sus enemigos*, una obra de 1945 que sitúa al filósofo como fundador del antitotalitarismo del siglo XX, publica en 1972 *Conocimiento objetivo*, en el cual considera el psicoanálisis como la astrología o la metafísica; en otras palabras, como visiones del mundo basadas en proposiciones no científicas, por ser incapaces de someterse a un procedimiento epistemológico que suponga su falsabilidad: el freudismo escapa a la verificación de sus hipótesis por la reiteración regular de experiencias en condiciones de verificar su validez.

Ludwig Wittgenstein ofrece una lectura singular de un Freud que, al proponerse desmitificar el mundo, termina por sumar mitos a los mitos. Por eso una paradoja legítima la inclusión de su obra y del psicoanálisis entre las mitologías posmodernas. Véanse las “Conversations sur Freud”, en *Leçons et conversations sur l'esthétique, la psychologie et la croyance religieuse, suivies de Conférence sur l'éthique*, París: Gallimard, 1982, col. “Idées” [trad. esp.: “Conversaciones sobre Freud”, en *Lecciones y conversaciones sobre estética, psicología y creencia religiosa*, Barcelona: Paidós/Universidad Autónoma de Barcelona, 1992]. Con referencia a una de las conversaciones, Rush Rhees observa: “[Wittgenstein] estimaba que la enorme

influencia del psicoanálisis en los Estados Unidos y Europa era un peligro, ‘no obstante lo cual pasarán muchos años antes de que dejemos de ser serviles a su respecto’. Para aprender algo de Freud, es preciso tener una actitud crítica, y en general el psicoanálisis nos aparta de ella” (p. 88).

Gilles Deleuze, que en su *Abécédaire* tuvo palabras extremadamente violentas contra Wittgenstein y quienes lo invocan, no dejó de leer a Jaspers y Sartre, Popper y Politzer, y al propio Wittgenstein sobre estos temas. También leyó a Reich y Marcuse, regularmente citados en *L’Anti-Œdipe*, París: Éditions de Minuit, 1972 [trad. esp.: *El anti-Edipo: capitalismo y esquizofrenia*, Barcelona: Paidós, 1998], una obra cuyo genio está menos en las ideas que en su disposición en el espíritu del *happening* y la *performance*, Fluxus y la figuración narrativa, así como en la creación de una lengua específica, un tropismo muy a la moda en esos años. La crítica hecha por Deleuze y Guattari a Freud y el psicoanálisis concierne al deseo. La filosofía del deseo de esos dos autores supone la “construcción de agenciamientos” y no un pensamiento que remita a la castración, al Padre y la Madre, al Falo. En una conversación sobre el deseo, Deleuze decía: “No se haga psicoanalizar, busque, mejor, los agenciamientos que le convengan”.

Para terminar, Jacques Derrida, quien, en una conversación de 2001 con Élisabeth Roudinesco, convertida en el modelo del psicoanálisis en Francia, afirma lo siguiente en un capítulo paradójicamente titulado “Elogio del psicoanálisis”, perteneciente al libro titulado *De quoi demain: dialogue*, París: Fayard, 2001 [trad. esp.: *Y mañana, qué...*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2003], pp. 279-280:

La gran conceptualidad freudiana fue sin duda necesaria, lo admito. Necesaria para romper con la psicología en un contexto dado de la historia de las ciencias. Pero me pregunto si ese aparato conceptual sobrevivirá mucho tiempo. Tal vez me equivoque, pero el ello, el yo, el superyó, el yo ideal, el ideal del yo, el proceso secundario y el proceso primario de la represión, etcétera —en una palabra, las grandes máquinas freudianas (incluidos el concepto y el término de inconsciente)—, no son a mi entender más que armas provisionarias, incluso herramientas retóricas improvisadas contra una filosofía de la conciencia, de la intencionalidad transparente y plenamente responsable. Creo muy poco en su futuro. No me parece que una metapsicología pueda resistir mucho tiempo al examen. Ya casi no se habla de ella.

Que conste...

ÍNDICE DE NOMBRES Y CONCEPTOS

ECONOMÍA

capitalismo
Marx, K.
Proudhon, P.-J.

EPISTEMOLOGÍA FREUDIANA (véase también MORAL)

Errancias teóricas

fracasos terapéuticos
Freud científico
Freud y sus pacientes
mito científico
pruebas
psicología científica
 Anna O.
 Dora
 el caso *Mathilde*
 Emma Eckstein
 Fleischl-Marxow
 Hombre de las Ratas
 Hombre de los Lobos
 otros casos
 pequeño Hans
 presidente Schreber
voltereta

Errancias terapéuticas

balneoterapia
cocaína
electroterapia hipnosis
imposición de manos
masajes
psicróforo

ESTÉTICA

Escultura

Miguel Ángel, *Moisés*

Música

Mahler, G.

Strauss, R.

Wagner, R.

Pintura

Bosch, H.

El prestidigitador

Extracción de la piedra de la locura

Brouillet, A., *Una clase de medicina con el doctor Charcot en la Salpêtrière*

Leonardo da Vinci, *La Virgen, el Niño Jesús y santa Ana*

FILOSOFÍA

clase

Freud filósofo

Freud y la filosofía

verdad práctica

y autobiografía

FILÓSOFOS

Sigmund Freud

antifilósofo

archivos freudianos

carácter

cocaína

conquistador

criptomnesia

escritura

estudios

extrapolación

filósofo

frente a las críticas

infancia

los matrimonios

mundo mágico

nacimiento

ocultismo

pensamiento mágico

pensamiento y autobiografía

su autoanálisis

su enfermedad

su familia

su salud
sus fuentes
sus hijos
teoría de la seducción
vitalista
y el cuerpo
y el dinero
y el éxito
y el placer
y Josef Breuer
y la biografía
y la felicidad/la dicha
y la filosofía
y la guerra
y la muerte
y la política
y la religión
y la reputación/la fama
y la sexualidad
y las mujeres
y los honores
y Nietzsche
y Reich
y Schopenhauer
y su madre
y su padre
y su trabajo

Friedrich Nietzsche

contemporáneo de Freud
cristianismo superable
eterno retorno
filosofía y autobiografía
fuente de Freud
hombre a abatir
inconsciente
materialista
sabiduría
superhombre
verdad
visión del mundo
voluntad de poder
y el ideal ascético
y la filosofía
y la moral

y la pareja

HAGIOGRAFÍA

archivos controlados
correspondencia expurgada
discípulos del freudismo
Gay, P.
Jones, E.
Roudinesco, É.
construcción de una leyenda dorada

LIBERTAD

espíritu libertario
libido libertaria
libre albedrío
psicoanálisis libertario
socialismo libertario

MORAL

contrapostales freudianas
fabulación
mentiras freudianas
pruebas (destruidas o faltantes)
sexual
postales freudianas
verdad
vicio

OBRAS Y ARTÍCULOS CITADOS

Las 120 jornadas de Sodoma, D. A. F. de Sade
Abécédaire, G. Deleuze
“Acerca de la *fausse reconnaissance* (*‘déjà raconté’*) en el curso del trabajo psicoanalítico”, S. Freud
“Agregados a la interpretación de los sueños”, S. Freud
Aimer la vie [*El amor a la vida*], E. Fromm
“Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos”, S. Freud
Análisis de la fobia de un niño de cinco años, S. Freud

Análisis del carácter, W. Reich
 “Análisis terminable e interminable”, S. Freud
Anna Freud, U. H. Peters
Anticristo, El, F. Nietzsche
Anti-livre noir de la psychanalyse, L’, bajo la dirección de Jacques-Alain Miller
Anti-OEdipo, L’ [El anti-Edipo], G. Deleuze
A propósito de un caso de neurosis obsesiva, S. Freud
 “Arte de escapar a la aflicción, El”, Antifonte de Atenas
Así habló Zaratustra, F. Nietzsche
Autoanálisis de Sigmund Freud y el descubrimiento del psicoanálisis, El, D. Anzieu
Autobiografía, W. Stekel

Banquete, Platón
Baudelaire, J.-P. Sartre
Beziehungen zwischen Nase und weiblichen Geschlechtsorganen, Die [“Las relaciones entre la nariz y los órganos sexuales femeninos”], W. Fliess
 Biblia, la
Biblioteca, Apolodoro

 “Carácter masoquista, El”, W. Reich
 “Carácter y erotismo anal”, S. Freud
Cartas a Wilhelm Fliess (1887), S. Freud
Chiste y su relación con lo inconsciente, El, S. Freud
Chronologie de la psychanalyse: du temps de Freud (1856), O. Douville
 “Cinco conferencias sobre psicoanálisis”, S. Freud
Cinq psychanalyses, S. Freud
 “Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños”, S. Freud
Conferencias de introducción al psicoanálisis, S. Freud
Confesiones, Las, J.-J. Rousseau
Confesiones, san Agustín
Conocimiento objetivo, K. Popper
 “Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico”, S. Freud
Contrato social, J.-J. Rousseau
Contre-histoire de la philosophie [Contrahistoria de la filosofía], M. Onfray
Contre la nouvelle philosophie [Contra la nueva filosofía], F. Aubral y X. Delcourt
Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico, S. Freud
 “Contribuciones a la psicología del amor”, S. Freud
Correspondance (1906) [Correspondencia], S. Freud y C. G. Jung
Correspondance (1906), S. Freud y M. Eitingon
Correspondance (1908), S. Freud y L. Binswanger
Correspondance: 1927 [Correspondencia 1927], S. Freud y A. Zweig
Correspondance [Correspondencia: con Sigmund Freud, Rainer Maria Rilke y Arthur Schnitzler], S. Freud y S. Zweig
Correspondance avec Sigmund Freud (1912) [Sigmund Freud, Lou Andreas-

Salomé: correspondencia], L. Andreas-Salomé
Crepúsculo de los ídolos, F. Nietzsche
Crítica de la razón pura, I. Kant
Critique des fondements de la psychologie [*Crítica de los fundamentos de la psicología*], G. Politzer

“De guerra y muerte. Temas de actualidad”, S. Freud
De la historia de una neurosis infantil, S. Freud
De la naturaleza de las cosas, Lucrecio
De la sugestión y de sus aplicaciones a la terapéutica, H. Bernheim
Delirio y los sueños en la “Gradiva” de W. Jensen, El, S. Freud
De quoi demain [*Y mañana qué...*], J. Derrida y É. Roudinesco
Diario clínico, S. Ferenczi
Dictionnaire des oeuvres psychanalytiques, P.-L. Assoun,
“Dificultad del psicoanálisis, Una”, S. Freud
Discurso del método, R. Descartes
Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres, J.-J. Rousseau
“Doctor Reik y el problema del curanderismo, El”, S. Freud
“Doctrina trascendental del juicio”, I. Kant
Dossier Freud: enquête sur l’histoire de la psychanalyse, Le, M. Borch-Jacobsen y S. Shamdasani
“Duelo y melancolía”, S. Freud

Ecce Homo, F. Nietzsche
Écrits 2: Les fondements de la psychologie, G. Politzer
Edipo rey, Sófocles
Éléments de philosophie, Alain
En busca del tiempo perdido, M. Proust
Enciclopedia, D’Alembert y Diderot
Enigmas y triunfos del psicoanálisis, P. Daco
Ensayos, M. de Montaigne
Entendement freudien: logos et anankè, L’, P.-L. Assoun
Entretiens avec l’Homme aux loups: une psychanalyse et ses suites [*Conversaciones con el Hombre de los Lobos: un psicoanálisis y las consecuencias*], K. Obholzer
Eros et civilisation: contribution à Freud [*Eros y civilización*], H. Marcuse
“Esbozo de una teoría general de la magia”, M. Mauss
“Escisión del yo en el proceso defensivo, La”, S. Freud
Esquema del psicoanálisis, S. Freud
Essais de psychanalyse, S. Freud
Estudios sobre la histeria, S. Freud y J. Breuer
“Etiología de la histeria, La”, S. Freud
Être et le Néant: essai d’ontologie phénoménologique, L’ [*El ser y la nada: ensayo de ontología fenomenológica*], J.-P. Sartre

Famille Freud au jour le jour: souvenirs de Paula Fichtl, La [*La vida cotidiana de*

Sigmund Freud y su familia: recuerdos de Paula Fichtl], D. Berthelsen
Fausto, J. W. von Goethe
Faut-il brûler Sade? [¿Hay que quemar a Sade?], S. de Beauvoir
Fonction de l'orgasme, La [La función del orgasmo: el descubrimiento del orgón], W. Reich
Formación del espíritu científico, La, G. Bachelard
Fragmento de análisis de un caso de histeria, S. Freud
Freud apolitique? [¿Freud, apolítico?], G. Pommier
Freud biologiste de l'esprit [Freud, Biologist of the Mind], F. J. Sulloway
Freud et Nietzsche [Freud y Nietzsche], P.-L. Assoun
Freud inconnu: l'invention de la psychanalyse, Le [Por qué Freud estaba equivocado], R. Webster
Freud, la philosophie et les philosophes [Freud, la filosofía y los filósofos], P.-L. Assoun
Freud, une vie [Freud, una vida de nuestro tiempo], P. Gay
Fundamentos de la metafísica de las costumbres, I. Kant

Gaya ciencia, La, F. Nietzsche
Genealogía de la moral, La, F. Nietzsche
Grandeur et limites de la pensée freudienne [Grandeza y limitaciones del pensamiento de Freud], E. Fromm
Guérison par l'esprit, La [La curación por el espíritu], S. Zweig

Handwörterbuch der Sexualwissenschaft [“Manual de sexología”], M. Marcuse
“Herencia y la etiología de las neurosis, La”, S. Freud
“Histeria”, S. Freud
Histoire de la découverte de l'inconscient [Historia del descubrimiento del inconsciente], H. F. Ellenberger
Hombre rebelde, El, A. Camus
Homme unidimensionnel: essai sur l'idéologie de la société industrielle avancée, L' [El hombre unidimensional], H. Marcuse
Humano, demasiado humano, F. Nietzsche
Hurléments de l'Homme aux loups, Les, P. Mahony
Hypnotismus, Der, A. Forel

Idiota de la familia, El, J.-P. Sartre
Ilíada, Homero
Illusions de la psychanalyse, Les [Las ilusiones del psicoanálisis], J. Van Rillaer
Inconsciente, Lo, S. Freud
Inhibición, síntoma y angustia, S. Freud
“Interés por el psicoanálisis, El”, S. Freud
International Zeitschrift für Psychoanalyse [“Revista Internacional de Psicoanálisis”]
Interpretación de los sueños, La, Artemidoro
Interpretación de los sueños, La, S. Freud
“Introducción del narcisismo”, S. Freud

Irruption de la morale sexuelle, L' [*La irrupción de la moral sexual*], W. Reich

Jahrbuch für psychoanalytische und psychopathologische Forschung ["Anales de Investigación Psicoanalítica y Psicopatológica"]

Journal d'une année (1912) [*Aprendiendo con Freud: diario de un año*], L. Andreas-Salomé

Lecciones sobre las enfermedades del sistema nervioso: dadas en la Salpêtrière, J.-M. Charcot

Leçons et conversations sur l'esthétique, la psychologie et la croyance religieuse [*Lecciones y conversaciones sobre estética, psicología y creencia religiosa*], L. Wittgenstein

Lettre ouverte aux parents des petits écoliers, P. Debray-Ritzen

Lettres de famille de Sigmund Freud et des Freud de Manchester (1911) [*Viena y Manchester: correspondencia entre Sigmund Freud y su sobrino Sam Freud*]

Lettres de jeunesse [*Cartas de juventud: con correspondencia en español inédita*], S. Freud

Leyenda dorada, La, J. de Vorágine

Livre noir de la psychanalyse: vivre, penser et aller mieux sans Freud, Le [*El libro negro del psicoanálisis: vivir, pensar y estar mejor sin Freud*], bajo la dirección de C. Meyer

Lutte sexuelle des jeunes, La [*La lucha sexual de los jóvenes*], W. Reich

Madame Edwarda, G. Bataille

Madame Freud [*Martha Freud: una compañera irremplazable*], G. Badou

Malestar en la cultura, El, S. Freud

Manifiesto del Partido Comunista, K. Marx

Manifiestos del surrealismo, A. Breton

Manual popular de gimnasia de sala médica e higiénica, D. G. M. Schreber

Más allá del bien y del mal, F. Nietzsche

Más allá del principio de placer, S. Freud

Ma vie et la psychanalyse [*Autopresentación biográfica*], S. Freud

Médecine du présent en autoprésentation, La [*Autopresentación biográfica*], S. Freud

Memorias de un enfermo de nervios, D. P. Schreber

Mensonges freudiens, J. Bénesteau

"Método psicoanalítico de Freud, El", S. Freud

"Mi contacto con Josef Popper-Lynkeus", S. Freud

Mis recuerdos de Sigmund Freud, L. Binswanger

Mission de Sigmund Freud: une analyse de sa personnalité et de son influence, La [*La misión de Sigmund Freud: su personalidad e influencia*], E. Fromm

"Moisés de Miguel Ángel, El", S. Freud

Moisés y la religión monoteísta, S. Freud

"Moral sexual 'cultural' y la nerviosidad moderna, La", S. Freud

"Motivo de la elección del cofre, El", S. Freud

Mundo como voluntad y representación, El, A. Schopenhauer

Nacimiento de la tragedia, El, F. Nietzsche
 “Natur, Die”, J. W. von Goethe
 “Negación, La”, S. Freud
 “*Notre coeur tend vers le Sud*”: *correspondance de voyage* [*Cartas de viaje*], S. Freud
 “Novela familiar de los neuróticos, La”, S. Freud
Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis, S. Freud
 “Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica”, S. Freud

Onanismo, El, S. Tissot
Origen de las especies, El, C. Darwin
Orígenes del psicoanálisis, Los, S. Freud

Papers on Psycho-Analysis, E. Jones
Passion de détruire: anatomie de la destructivité humaine, La [*Anatomía de la destructividad humana*], E. Fromm
Passion de jeunesse: une autobiographie [*Pasión de juventud: una autobiografía, 1897*], W. Reich
 “Pegan a un niño”, S. Freud
Pensée politique et sociale de Freud, La [*Freud: su pensamiento político y social*], P. Roazen
 “Perspectivas futuras de la terapia psicoanalítica, Las”, S. Freud
Philosophie des Unbewussten, E. von Hartmann
Poesía y verdad, J. W. von Goethe
 “¿Por qué la guerra?”, S. Freud
Porvenir de una ilusión, El, S. Freud
Pourquoi tant de haine? Anatomie du “Livre noir de la psychanalyse”, É. Roudinesco
Premiers psychanalystes: minutes de la Société psychanalytique, Les [*Las reuniones de los miércoles: actas de la Sociedad Psicoanalítica de Viena*], colectivo
Presentación autobiográfica, S. Freud
Présentation d’Herbert Marcuse [*Introducción a Marcuse*], J.-M. Palmier
Président Thomas Woodrow Wilson: portrait psychologique, Le [*El presidente Thomas Woodrow Wilson: un estudio psicológico*], S. Freud y W. C. Bullitt
Primera consideración intempestiva, F. Nietzsche
Proyecto de psicología, S. Freud
 “Psicoanálisis”, S. Freud
 “Psicoanálisis y telepatía”, S. Freud
Psicología de las masas y análisis del yo, S. Freud
Psicopatología de la vida cotidiana, S. Freud
Psychanalyse, cette imposture, La, P. Debray-Ritzen
Psychanalyse de l’humour érotique, G. Legman
Psychanalyse, Die, L. Frank

Psychologie de masse du fascisme, La [*Psicología de masas del fascismo*], W. Reich
Psychopathia sexualis, R. von Krafft-Ebing
Psychopathologie générale [*Psicopatología general*], K. Jaspers
Psychothérapie sous le IIIe Reich, La, G. Cocks
Psychothérapie: trois approches évaluées, O. Canceil, J. Cottraux *et al.*
¿Pueden los legos ejercer el análisis? Diálogos con un juez imparcial, S. Freud
Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) *descrito autobiográficamente*, S. Freud
“Puntualizaciones sobre el amor de transferencia”, S. Freud

¿Qué es la propiedad?, P.-J. Proudhon

“Recordar, repetir y reelaborar”, S. Freud
“Recuerdo de infancia en *Poesía y verdad*, Un”, S. Freud
Reich parle de Freud: Wilhelm Reich discute de son oeuvre et de ses relations avec Sigmund Freud [*Reich habla de Freud: Wilhelm Reich comenta su obra y su relación con Sigmund Freud*], W. Reich
“Relación de fantasías de flagelación y un sueño diurno, La”, A. Freud
Remarques sur la théorie freudienne du rêve, R. Pommier
República, Platón
“Resistencias contra el psicoanálisis, Las”, S. Freud
Résultats, idées, problèmes (1921), S. Freud
Retour sur la question juive, É. Roudinesco
Revolución sexual, La, W. Reich
Roland Barthes, ras le bol!, R. Pommier
Roman familial de Freud, Le, G. Rubin

San Genet, comediante y mártir, J.-P. Sartre
Scolastique freudienne, La [*La escolástica freudiana*], P. Debray-Ritzen
“Sexualidad en la etiología de las neurosis, La”, S. Freud
Si c'était Freud: biographie psychanalytique, G. Huber
Sigmund est fou et Freud a tout faux, R. Pommier
Sigmund Freud présenté par lui-même, F. Cambon
Significación de la genitalidad, La, W. Reich
Situation spirituelle de notre époque, La [*Ambiente espiritual de nuestro tiempo*], K. Jaspers
“Sobre Demócrito”, F. Nietzsche
“Sobre el psicoanálisis ‘silvestre’”, S. Freud
Sobre el sueño, S. Freud
“Sobre la dinámica de la transferencia”, S. Freud
“Sobre la iniciación del tratamiento”, S. Freud
“Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa”, S. Freud
“Sobre la sexualidad femenina”, S. Freud
Sobre las revoluciones de los orbes celestes, N. Copérnico
“Sobre las trasposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal”, S. Freud

“Sobre los recuerdos encubridores”, S. Freud

“Sobre psicoterapia”, S. Freud

“Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre”, S. Freud

Sociedad abierta y sus enemigos, La, K. Popper

Souvenirs d’Anna O.: une mystification centenaire, M. Borch-Jacobsen

Statue de Freud, La, G. Zwang

“Sueño y telepatía”, S. Freud

“Tabú de la virginidad, El”, S. Freud

Technique psychanalytique, La [Trabajos sobre técnica psicoanalítica], S. Freud

Teogonía, Hesíodo

Tótem y tabú, S. Freud

Trabajos sobre metapsicología, S. Freud

Tratado de ateología, M. Onfray

Trauma del nacimiento, El, O. Rank

Tres ensayos de teoría sexual, S. Freud

“Über coca”, S. Freud

“Uso de la interpretación de los sueños en el psicoanálisis, El”, S. Freud

Vers la libération: au-delà de l’homme unidimensionnel [Un ensayo sobre la liberación], H. Marcuse

Vida y obra de Sigmund Freud, E. Jones

Vocabulaire de la psychanalyse [Diccionario de psicoanálisis], J. Laplanche y J.-B. Pontalis

Voluntad de poderío, La, F. Nietzsche

Voulez-vous être évalué? Entretiens sur une machine d’imposture, J.-A. Miller y J.-C. Milner

Wilhelm Reich: biographie d’une passion, G. Guasch

Wilhelm Reich: essai sur la naissance du freudo-marxisme [Wilhelm Reich: ensayo sobre el nacimiento del freudomarxismo], J.-M. Palmier

Yo y el ello, El, S. Freud

POLÍTICA

austrofascismo

bolchevismo

comunismo

Dollfuss

fascismo

Instituto Göring

lucha de clases

Marx, K.

marxismo

Mussolini, B.
nacionalsozialismo
socialismo

PSICOANÁLISIS

Anna Freud
autora
infancia
nacimiento
nombre de pila
sexualidad
y la leyenda freudiana
y Marilyn Monroe
Antifonte de Atenas
claridades posfreudianas
complejo de Edipo
costo de un análisis
desarrollo de un análisis
devenir
diván
emancipador
historiadores del psicoanálisis
inconsciente
invención
jerarquizado
límites
mediatización
represión
sublimación
sueño
telepatía
una ciencia
una terapia
y autobiografía
y curación
y error
y nihilismo
y política
y religión

PSICOPATOLOGÍA

fobia

histeria
neurosis
paranoia
psicopatología freudiana
Religión
antisemitismo
ateísmo
cristianismo
Dios
Jesús
Moisés
pecado
sacerdote
san Pablo
una neurosis
Vaticano
y sexualidad

SEXUALIDAD

adulterio
amoral
análisis filosófico
bisexualidad
castidad
educación sexual
Freud
homosexualidad
incesto, infantil
liberación sexual
onanismo
trastornos
y religión

VIDA FILOSÓFICA

autobiografía
dinero
éxito
familia
honores
matrimonio
reputación/fama
verdad biográfica

y pensamiento

NOTAS

[1] Los números romanos remiten al volumen correspondiente de Sigmund Freud, *Œuvres complètes*, París: Presses Universitaires de France, 1989-2010; a continuación se indica el número de página. Cuando sólo se indica el número de página, se trata de una obra todavía no aparecida en esta edición, y la referencia a la traducción utilizada se encontrará entonces en la bibliografía, al final del volumen. [Entre corchetes, la referencia a la edición castellana, *Obras completas*, 24 volúmenes, Buenos Aires: Amorrortu, 1978-1985, de la que se han tomado las citas de Freud, así como los títulos de sus escritos. (N. del T.)]

[2] “*Déni soit qui mal y pense*” en el original, juego de palabras con la divisa de la monarquía inglesa, “*Honni soit qui mal y pense*”, “Infame sea el que piense mal”. (N. del T.)

[3] En español en el original. El francés reserva esta forma para referirse a los conquistadores españoles del Nuevo Mundo. Para distinguirla, la palabra figurará en cursiva en todas sus apariciones en el libro. (N. del T.)

[4] En realidad, Huston rodó el filme en 1962, con Montgomery Clift en el papel de Freud y Susannah York en el de la paciente histérica. Al parecer, Sartre, que no figura en los créditos, era quien quería que Marilyn Monroe interpretara este último papel. (N. del T.)

[5] Alusión a Ferdinand Cheval (1836-1924), cartero rural francés que dedicó treinta y tres años de su vida a la construcción de un “palacio ideal” de arquitectura feérica en la localidad de Hauterives, donde también erigió su tumba en un estilo similar. (N. del T.)

[6] La observación se refiere, claro está, a las *Œuvres complètes* publicadas por las Presses universitaires de France, que, no obstante, publicaron ese trabajo con el título de *Esquisse d'une psychologie scientifique* en el volumen *La Naissance de la psychanalyse*. Las *Obras completas* publicadas por Amorrortu Editores lo incluyen, en cambio, en su volumen 1, con el título de *Proyecto de psicología*. (N. del T.)

[7] Debemos aclarar que la versión castellana de J. L. Etcheverry no dice “Planteo entonces esta afirmación”, sino “Formulo entonces esta tesis”, lo cual es bastante distinto. Hemos modificado la traducción para ajustarnos al sentido de la observación de Onfray. (N. del T.)

[8] Hemos reemplazado el término “premisa” utilizado por la versión castellana del *Esquema del psicoanálisis* por el de “postulado” de la traducción francesa de la que se vale el autor. (N. del T.)

[9] El adjetivo “indiscutible” no figura en la traducción castellana. (N. del T.)

[10] Traducimos como “deseo vehemente” el *désirance* del original, traducción a su vez del alemán *Sehnsucht*. *Désirance*, un neologismo en francés, podría verse por “deseancia”, en un juego entre “deseo” y “ansia”; sin embargo, ambos neologismos, el francés y el castellano, generan una sensación de extrañeza que parece ajena al término alemán que pretenden traducir. (N. del T.)

[11] La versión castellana dice “Es cuestión de un tacto”. La modificamos para corresponder a la referencia a la “animalidad” que hace el autor a continuación. (N. del T.)

[12] Técnica de curación y mejoría basada en la autosugestión hipnótica, que pretende llevar al paciente a adherirse a las ideas positivas que se impone a sí mismo. Su creación es obra del psicólogo y farmacólogo francés Émile Coué (1857-1926). (N. del T.)

[13] Libro que en francés reúne los cinco casos emblemáticos de Freud: *Dora*, *el pequeño Hans*, *el Hombre de las Ratas*, *el presidente Schreber* y *el Hombre de los Lobos*. (N. del T.)

[14] Término aparecido en Francia en 1757 con el que se denominaba, y ridiculizaba, a una presunta “tribu salvaje” que vivía en París, compuesta por los filósofos de la Ilustración en general y los autores de la *Enciclopedia* en particular. (N. del T.)

[15] El primero de carácter oficial, ya que antes hubo otro en Salzburgo, en 1908. (N. del T.)

[16] “Círculo de reflexión política” que reivindica el nacional liberalismo y aboga por la integración del Frente Nacional en una alianza de gobierno de derecha. (N. del T.)

SOBRE EL AUTOR

Michel Onfray (1959) es doctor en Filosofía y fue profesor en un instituto durante veinte años, hasta que abandonó la educación nacional en 2002 para crear e impulsar la Universidad Popular de Caen. Es autor de unos cincuenta títulos, traducidos a más de veinticinco lenguas. Entre los más destacados están *Teoría del cuerpo enamorado* (2000) y *Tratado de ateología* (2005).

Título original: *Le crépuscule d'une idole. L'affabulation freudienne*, publicado por Bernard Grasset, un sello de Éditions Grasset & Fasquelle, 2010

© 2010, Michel Onfray

© De la traducción: Horacio Pons

© 2014, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-306-1627-5

Diseño de cubierta: Pep Carrió

Imagen de cubierta: Time & Life Pictures / Getty Images

Conversión ebook: Negra

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

[Freud. El crepúsculo de un ídolo](#)

[Cita](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[Prefacio. El salón de postales freudianas](#)

[Primera parte. Sintomatología.](#)

- [1. Prender fuego a los biógrafos](#)
- [2. Destruir a Nietzsche, dice...](#)
- [3. El freudismo, ¿un nietzscheanismo?](#)
- [4. Copérnico, Darwin, si no nada...](#)
- [5. ¿Cómo asesinar a la filosofía?](#)

[Segunda parte. Genealogía. La cabeza de freud niño](#)

- [1. Una "psiconeurosis muy grave..."](#)
- [2. La madre, el oro y los intestinos de Sigmund](#)
- [3. Edipo, un espejismo en un coche cama](#)
- [4. La gran pasión incestuosa](#)
- [5. Bautizar, nombrar, determinar...](#)
- [6. Nacer bajo el signo histérico](#)
- [7. Una vida edípica](#)
- [8. La verdad del "mito científico"](#)
- [9. Matar al padre, una vez más y siempre](#)
- [10. La Antígona virgen y mártir](#)

[Tercera parte. Metodología. Castillos en el aire](#)

- [1. La corte de los milagros freudianos](#)
- [2. A la caza de los padres perversos](#)
- [3. Un "conquistador" en una oscura claridad](#)
- [4. La ficción performativa del inconsciente](#)
- [5. ¿Cómo dar la espalda al cuerpo?](#)

[Cuarta parte. Taumaturgia. Los resortes del diván](#)

- [1. Sigmund en el país de las maravillas](#)
- [2. El reino de las causalidades mágicas](#)
- [3. El diván, una alfombra mágica de gas hilarante](#)
- [4. Una abundancia de curaciones de papel](#)
- [5. Freud no inventó el psicoanálisis](#)
- [6. Un cerrojo sofisticado](#)

[Quinta parte. Ideología. La revolución conservadora](#)

- [1. Siempre hay que esperar lo peor](#)
- [2. Una liberación sexual clandestina](#)
- [3. La masturbación, enfermedad infantil del freudismo](#)
- [4. El mutilado pene de las mujeres](#)
- [5. "Saludo respetuoso" de Freud a los dictadores](#)

[6. El superhombre freudiano y la horda primordial](#)

[Conclusión. Una ilusión dialéctica](#)

[Bibliografía](#)

[Índice de nombres y conceptos](#)

[Notas](#)

[Sobre el autor](#)

[Créditos](#)

Índice

Freud. El crepúsculo de un ídolo	2
Cita	3
Dedicatoria	4
Cita	5
Prefacio. El salón de postales freudianas	6
Primera parte. Sintomatología.	20
1. Prender fuego a los biógrafos	21
2. Destruir a Nietzsche, dice...	26
3. El freudismo, ¿un nietzscheanismo?	34
4. Copérnico, Darwin, si no nada...	40
5. ¿Cómo asesinar a la filosofía?	44
Segunda parte. Genealogía. La cabeza de freud niño	49
1. Una “psiconeurosis muy grave...”	50
2. La madre, el oro y los intestinos de Sigmund	60
3. Edipo, un espejismo en un coche cama	71
4. La gran pasión incestuosa	78
5. Bautizar, nombrar, determinar...	88
6. Nacer bajo el signo histérico	95
7. Una vida edípica	100
8. La verdad del “mito científico”	104
9. Matar al padre, una vez más y siempre	110
10. La Antígona virgen y mártir	123
Tercera parte. Metodología. Castillos en el aire	132
1. La corte de los milagros freudianos	133
2. A la caza de los padres perversos	145
3. Un "conquistador" en una oscura claridad	152
4. La ficción performativa del inconsciente	159
5. ¿Cómo dar la espalda al cuerpo?	170
Cuarta parte. Taumaturgia. Los resortes del diván	182
1. Sigmund en el país de las maravillas	183
2. El reino de las causalidades mágicas	190
3. El diván, una alfombra mágica de gas hilarante	203
4. Una abundancia de curaciones de papel	216
5. Freud no inventó el psicoanálisis	231

6. Un cerrojo sofisticado	239
Quinta parte. Ideología. La revolución conservadora	248
1. Siempre hay que esperar lo peor	249
2. Una liberación sexual clandestina	255
3. La masturbación, enfermedad infantil del freudismo	260
4. El mutilado pene de las mujeres	264
5. “Saludo respetuoso” de Freud a los dictadores	271
6. El superhombre freudiano y la horda primordial	279
Conclusión. Una ilusión dialéctica	288
Bibliografía	302
Índice de nombres y conceptos	321
Notas	335
Sobre el autor	337
Créditos	338